

Pedro Saz Pérez



Cruce de caminos

Cruce de caminos

Cruce de caminos

Pedro Saz Pérez

Teruel, 2017

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín. Colección *Literatura*, 4

Primera edición, 2017

© Pedro Saz Pérez, 2017

Edita:

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín (CECAL).

C/ Magdalena, s/n.

44112 Tramacastilla (Teruel).

Diseño de cubierta e ilustración:

© M^a Carmen Martínez Samper.

Depósito legal: TE -xx- 2018.

ISBN: 978-xxxx-xx-xx-x.

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Imprime: Perruca. Industria Gráfica.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso expreso del autor.
Publicación no venal.

(...) Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magníficamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad, perdón.

(Extracto del discurso pronunciado por el presidente de la República Manuel Azaña en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938).

A mi mujer, María Dolores
A mis hijos, Mado y Pedrovi
A mi anónimo donante

A todos aquellos serranos que murieron durante la Guerra Civil,
y uno muy especial a los republicanos, los grandes olvidados de la contienda.

A todos los serranos exiliados como consecuencia de la Guerra Civil.

A los serranos muertos en los campos de concentración nazis.

A todos los republicanos que todavía yacen en una cuneta, y a sus familias,

A todos los que sufrieron represión durante la postguerra.

Los protagonistas

Los derrotados: Rubén.

Aquella mañana a mediados de septiembre de 1936 era casi idéntica a la de los últimos días. Los minutos transcurrían con una lentitud exasperante, tanto, que a Rubén Hernández el paso del tiempo se le estaba haciendo eterno. Por supuesto, no ayudaba ni mucho menos su insistencia en la contemplación del reloj de bolsillo, ya que tenía la impresión de que sus manecillas apenas se movían. Pero aunque el joven no dejara de lamentarse, lo cierto es que apenas disponía de otras opciones que le permitieran escapar de aquel tedio insostenible. Estaba escondido en la camara de una vieja casona entre trojes, haces de encañadura y diferentes objetos de labranza, y contaba además con la compañía ocasional de un atigrado y juguetero gato casero. Recostado al lado de un ventanuco aprovechaba la única fuente de luz que penetraba en la habitación, para ojear un desgastado libro en medio de algún que otro impertinente bostezo. En un momento dado, sus tripas comenzaron a importarle fiel reflejo de que la hora de comer estaba próxima, aparentemente el hastío de aquella mañana había llegado a su fin. Por eso no quiso demorar la espera más tiempo de lo debido y acercándose a la carnera que colgaba de una viga del techo, la abrió y extrajo de su interior un trozo de embutido casero. Luego, con cierta parsimonia, recogió un cantero de pan y sin hacer ascos a su dureza se lo llevó inmediatamente a la boca. Iniciaba su comida tal y como venía haciendo durante las últimas jornadas.

Sin embargo, aquel día estaba muy lejos de parecerse a ninguno de los anteriores. Apenas había mordisqueado la longaniza cuando escuchó un murmullo de voces cada vez más intenso que procedía de la calle, al instante, se asomó a la pequeña ventana de la cam-

bra con todas las precauciones del mundo. Desde la altura de aquella casa tenía una visión privilegiada del centro neurálgico del pueblo, los alrededores del Ayuntamiento y la puerta de entrada a la iglesia que formaba una pequeña e irregular plazuela.

Rubén no tardó en reconocer a los causantes de aquella algarabía porque descubrió al Jefe de la Falange local, José María Cavero, golpeando con una fusta a alguien que tenían maniatado y tumbado en el suelo. Los gritos estridentes del fascista se escuchaban a la perfección por encima de las súplicas de algunos espectadores. Instantes después, un nuevo registro de voces se sumó a los existentes, se trataba de las quejas de una mujer que imploraba para que se diera fin a aquella tortura. Rubén no pudo evitar fijarse detenidamente en dicha representación e instintivamente dejó de masticar su comida escupiéndola al suelo. No era para menos, había reconocido al detenido... se trataba de Rafael y también a la persona que suplicaba parar aquel tormento, su esposa Violeta.

No pudo evitar un grito de dolor impresionado por aquel espectáculo, no en balde se trataba de su mejor amigo y mentor del que no sabía nada desde hacía meses y, a pesar de su insistencia, no le habían podido dar razón alguna los dueños de la casa donde estaba ocultado. Su primer impulso fue el de salir de allí y bajar a la calle para defenderlo aunque fuera a brazo partido, pero antes de abrir la puerta tuvo un instante de lucidez y acabó deteniéndose. Era imposible escapar de su escondite, estaba desarmado e indefenso y, lo que es peor, pondría en peligro la vida de sus parientes que tanto se habían expuesto al haberlo cobijado. Volvió a asomarse por el ventanuco y comprobó cómo aquella malhadada escena parecía haber llegado a su fin. José María Cavero había dejado de apalearlo y se alejaba del lugar después de dar las órdenes oportunas a los guardias allí presentes.

Mientras miraba a la calle, Rubén seguía completamente hipnotizado la sucesión de acontecimientos que estaban teniendo lugar. Aún con todo, su crispación no tardó en dispararse de nuevo. En esta ocasión alcanzó cotas elevadas, ya que observó como uno de los guardias civiles se encaraba con Violeta y en plena discusión le golpeaba en la cara con la culata de su carabina, haciéndola caer al suelo junto a su hija que lloraba desconsolada. Lleno de rabia e impotencia ante semejante brutalidad volvió a morderse los labios y, reconociendo las limitaciones a las que se veía abocado, comenzó a golpear con los

puños la pared que tenía enfrente. Era tanta su furia, que en unos segundos sintió un ligero escozor en los nudillos, se había rasgado la piel y algunas gotas de sangre resbalaban entre sus dedos.

La intensidad del momento vivido hizo que Rubén se desplomara, quedándose sentado en el suelo mientras con las manos se tapaba la cara. Se sentía débil y avergonzado por no haber podido defender a sus amigos, pero estaba claro que se trataba de una misión imposible, por más que se negara a reconocer. Ese era Rubén, un hombretón de casi veintidós años de edad, alto, enjuto, con las facciones de la cara alargadas y remarcadas por una nariz aguileña junto a unas orejas carnosas y dilatadas. Al mismo tiempo se trataba de una persona valiente, muy amigo de sus amigos aunque algo temerario, tanto, que tenía que estar escondido porque su vida corría peligro si lo descubrían. Ese era el castigo reservado a los desertores.

Y eso precisamente era lo que había hecho Rubén, huir de la compañía del ejército donde cumplía su etapa militar en Zaragoza. Esta ciudad, había caído en manos de los militares golpistas durante los primeros días de la sublevación y allí conoció los horrores de la guerra. Pero ni él ni muchos de sus compañeros estaban dispuestos a actuar de verdugos contra la población civil cuyo único delito había sido defender la legalidad republicana. Por eso, a las primeras de cambio, fueron frecuentes las deserciones, incluso a sabiendas de las consecuencias que sufrirían en caso de ser capturados.

Sin embargo, Rubén tuvo suerte y antes de una semana ya estaba en las proximidades de su pueblo, Monterde de Albarracín, una pequeña localidad con algo más de medio millar de habitantes perdida en plena Sierra de Albarracín. Antes de entrar allí, dudó entre buscar alguna de las columnas republicanas dispersas por la Sierra para unirse a ellas, u ocultarse en su pueblo, que por un azar del destino se encontraba en plena y difusa línea del frente. Optó por esto último y, tras un velado encuentro con su madre, decidieron que lo mejor sería esconderse en la casa de unos parientes de los que nadie podía sospechar. Se trataba de personas mayores que vivían solas, siempre se habían preciado de ser de derechas y por lo tanto —aunque solo fuera en teoría— afectos a los insurgentes. Tal circunstancia, era fundamental para que nadie del pueblo pudiera ni siquiera imaginar la importancia de los lazos familiares que existían entre ellos, y el trato de favor que siempre se habían dispensado a pesar de estar en las antípodas en materia política y religiosa.

Pasados unos minutos volvió a escuchar nuevamente un estridente vocerío en la calle, aunque en esta ocasión habían cambiado los actores. Ahora, se trataba de mosén Pascual, que discutía a voz en grito con la propia madre de Rubén, Concepción, y con su íntima amiga Margarita, la suegra de Rafael. Volvió a sentirse incómodo en aquella singular prisión y más al escuchar las palabras subidas de tono y amenazas vertidas por el cura. Aunque cuándo aguzaba el oído, aquellas mujeres no se quedaban atrás y respondían con vehemencia a la actitud provocativa e inquisitorial del sacerdote.

La tristeza y amargura por los sucesos de aquella jornada dejaron una huella indeleble en el ánimo de Rubén. Durante los siguientes días apenas comió, los remordimientos por lo sucedido lo tenían atezado y sin capacidad de reacción. Pero es que además, la situación se había vuelto tremendamente endiablada, nadie en el pueblo ni siquiera sus parientes tenían noticias de Rafael después de su marcha, tan solo que lo habían llevado al cuartel de la Guardia Civil de Cella, pero nada más. Tampoco las contadas visitas de su madre y Margarita le insuflaban los ánimos necesarios para enfrentarse a la cruel realidad de lo que estaba sucediendo. Concepción sí había sabido de la existencia en el pueblo de Rafael, pero prefirió no decir nada a su hijo para evitar males mayores.

Además, por si fuera poco, las noticias que llegaban sobre la guerra eran confusas y muchas veces contradictorias. No acababa de tener claro la ubicación exacta del frente aunque lo suponía alejado, porque después de la indefinición existente durante los primeros días, en estos momentos, Monterde se encontraba controlado por los rebeldes. La situación en el pueblo se había calmado desde que apresaron a Rafael y ya no volvieron a producirse nuevas detenciones. Sin embargo, apenas un mes más tarde, nuevamente escuchaba desde su escondite un notable trasiego de personas, junto a la ruidosa y precipitada marcha de varios carromatos cargados con todo tipo de bártulos. Daba la impresión de estar produciéndose un éxodo masivo. De pronto, se abrió la puerta de la cambra y apareció su tío respirando entrecortadamente por el cansancio y las prisas.

—Sobrino, tenemos nuevas que darte —le comentó con cierta precipitación.

—¿Qué ocurre?

—Han llegado noticias de que los milicianos están muy cerca y lo mejor que podemos hacer es irnos a Pozondón o Santa Eulalia, como otras personas del pueblo hicieron a comienzos de la guerra.

—Pero no tenéis nada que temer —quiso excusarle—. Vosotros no habéis hecho nada, al contrario, si sigo vivo es gracias a que estoy escondido en vuestra casa.

—No nos fiamos de lo que hagan esos bárbaros, según hemos escuchado cometen toda clase de tropelías —expuso temeroso mirando a su mujer que inquieta le estiraba de las mangas de la chaqueta para que acabara cuanto antes la conversación—. Mira, tú sigue aquí y cuándo entren en el pueblo vete con ellos si ese es tu deseo, aunque procura que nadie te vea salir de esta casa porque eso nos delataría. Ya se han empezado a ir muchas personas de bien y nosotros estaremos mejor con unos buenos amigos que tengo en Pozondón. Pierde cuidado que ya está todo decidido.

Dicho y hecho, sus parientes apenas tardaron unos minutos en preparar el carro con los escasos objetos de valor que podían transportar y marcharse acto seguido. Durante aquella noche, Rubén tampoco salió de su privilegiado escondite y aguantó pacientemente a que amaneciera para decidir qué camino tomar según se sucedieran los acontecimientos. Y tal como esperaba, al poco de la madrugada observó movimientos por la calle de algunos milicianos que, sigilosos, indagaban sobre la presencia de soldados rebeldes o simpatizantes fascistas. Guiados por varios paisanos comenzaron a penetrar en algunas casas para registrarlas, aunque no hubo ningún enfrentamiento armado debido a la precipitada huida del día anterior.

Casi una hora después, con el camino ya expedito, un centenar largo de milicianos del Batallón Ferrer de la Columna del Rosal entraba por la calle Mayor en dirección al Ayuntamiento. El grueso de la tropa quedaba allí mismo. Mientras, un grupo se dispersaba por las calles de la localidad avisando a los vecinos para que acudieran sin falta a los alrededores de la Casa Consistorial. Habían entrado al pueblo, en una amplia operación que estaban llevando a cabo las Milicias Confederales con un total de casi mil quinientos efectivos. Intentaban cortar las comunicaciones entre Teruel y Albarracín, con el objetivo de aislarla y poder hacerse con el control de toda la Sierra, para luego atacar la capital de la provincia.

Rubén comprobaba cómo la presencia de los vecinos del pueblo era cada vez más numerosa, especialmente la de aquellos que siempre se habían manifestado de ideas avanzadas. Seguía observando cómo se desarrollaba la vida en la calle y no tardó en ver a varios de sus paisanos confraternizar con los milicianos que, llenos de euforia, los vitoreaban agradeciendo su llegada. Pero unos repetidos golpes en la puerta de la vivienda donde se escondía, y las llamadas para que salieran las personas que estuvieran dentro, le hicieron reconvenir que lo mejor sería hacerles caso, al fin y al cabo pertenecían al mismo bando.

Una vez en la calle, acudió a su casa en primer lugar para ver a su madre y hermanos, en un reencuentro largamente esperado. Por todas partes, los vecinos celebraban la conquista republicana y Rubén no esperó mucho tiempo para sumarse a la algarabía general, eso sí, marchó después al domicilio de Violeta para ofrecer su ayuda en lo que estimara oportuno. Estuvieron hablando durante un buen rato, pero la mujer no supo qué responderle cuando Rubén le pidió razón sobre Rafael, ignoraba por completo su paradero desde que lo sacaron del pueblo.

Durante aquella mañana, los sucesos se fueron desarrollando de manera totalmente mecánica, como si formaran parte de un plan preestablecido o que ya hubiera sido realizado en otras ocasiones. Una vez la Columna del Rosal tomó el control absoluto del pueblo, se procedió a organizar la ocupación. Lo primero que hicieron fue acudir a las viviendas de las familias pudientes, y con ayuda de numerosos vecinos, requisaron todos los bienes que en su huida no habían podido transportar. Diferentes muebles, mantelerías, alimentos y con especial atención todo tipo de aperos fueron sacados a la calle y custodiados por los milicianos, ante la expectación creada por el uso que se iba a hacer de aquella expropiación.

No todos los vecinos que habían permanecido allí podían considerarse de izquierdas o incluso anarquistas, también eran numerosos los que no simpatizaban para nada con dichas ideas. Muchos de ellos habían preferido quedarse en sus casas antes que buscar acomodo en otros pueblos, porque nunca se habían destacado en la política y pensaban que por eso nada tenían que temer. Tan solo se marcharon las familias ricas, o aquellas que temían represalias debido a su pasado conservador o reconocida religiosidad.

Tras el primer impacto que supuso la llegada de las fuerzas republicanas, numerosos paisanos fueron perdiendo el miedo a la nueva situación y ayudaban a los milicianos en todas las tareas que les eran requeridas. Pero cuando varios de estos penetraron en la iglesia y comenzaron a sacar fuera del templo las imágenes de culto y el altar, tirándolos al atrio sin ninguna contemplación, más de un vecino titubeó. Aquello sobrepasaba con creces lo imaginable, por lo que comenzaron a dar crédito a las noticias que habían llegado al pueblo días atrás. Tan solo casi medio centenar de personas accedieron totalmente decididas a ayudarlos, y en poco más de una hora ya lo tenían todo amontonado fuera de la iglesia. Luego, el miliciano que parecía llevar la voz cantante en aquel acto prendió fuego, y aquellos objetos religiosos comenzaron a arder ante la consternación de más de un monterdino.

—No os asustéis de nada —comentó el incendiario mientras levantaba la mano intentando rebajar la tensión del momento.

En el instante en que cesaron las murmuraciones se dirigió a los vecinos con voz firme y decidida. Sus palabras, sonaron claras entre el crepitar de las llamas, que comenzaban a devorar las imágenes que algunos de los presentes habían estado venerando justo hasta la víspera.

—Los fascistas han declarado la guerra al pueblo y nosotros estamos aquí para defenderlo, por eso os digo que hay que terminar con todo aquello que ha contribuido desde siempre a la opresión. Se acabaron las pleitesías y vejaciones con las que nos han tratado los caciques y la Iglesia durante toda nuestra vida. Estamos metidos de lleno en esta guerra y para ganarla tenemos que hacer también nuestra revolución. Ni Dios, ni Patria, ni Rey, ni Gobierno ¡Viva la Anarquía! ¡Viva el comunismo libertario!

La respuesta de los vecinos fue menos entusiasta y unánime de lo que cabía esperar, y una vez realizada se produjo un instante de tenso silencio roto, tan solo, cuando los monterdinos más afines al ideario anarquista comenzaron a vitorear el conocido lema. Otros tantos les siguieron y por fin los gritos parecieron sonar algo más convincentes. Una vez desahogada la tensión se produjo un nuevo silencio, entonces, otro miliciano tomó el relevo de su compañero y continuó con la arenga.

—Hemos liberado a este pueblo y desde hoy mismo comienza una nueva etapa en la vida de sus habitantes. Para empezar, hay que

destruir todo lo que representa el régimen de los poderosos y sus medidas de opresión —Mientras hablaba, se aproximó a la puerta de la cárcel situada en los bajos del Ayuntamiento y cogiendo un hacha comenzó a golpearla hasta que la hizo añicos—. Esta puerta hay que tirarla también a la hoguera pues no sirve para nada. En la nueva sociedad que vamos a crear, no habrá ni amos ni esclavos, todos seremos libres y viviremos de nuestro trabajo por igual —luego señalando con el dedo a la iglesia continuó—. Desde ahí nos han mortificado con todo lo bueno y lo malo, siempre hemos tenido que ser sumisos ante los abusos porque así lo decían los delegados de Dios. Pues bien, a partir de ahora, ese edificio que fue antaño uno de los centros de poder contra el pueblo nos servirá para albergar todo lo necesario para vivir, por eso, vamos a mantener allí la intendencia. Será nuestro almacén y cocina.

Las manos de muchos de los presentes se alzaron impetuosas al cielo mientras un grito unánime atronaba en el atrio de la iglesia. Las canciones revolucionarias eran cantadas sin pausa en medio del jolgorio general. Dentro de esa vorágine festiva, los milicianos penetraban en el profanado edificio, otrora centro religioso del pueblo y ahora reconvertido en el centro neurálgico y puesto de mando.

Con la requisita de imágenes religiosas y su posterior quema llegó la resaca de aquel día, el primero de una nueva época que se alumbraba llena de esperanza y felicidad, según insistían los milicianos anarquistas. Rubén, apenas había colaborado al principio, pero la actitud que mantenían los miembros de la Columna del Rosal le acabó por contagiar, y fue uno más de los participantes en aquella orgía de fuego purificador. Abrió los ojos ante lo que estaba sucediendo y pensó que por fin había encontrado su lugar en el mundo. Hasta esos momentos, era consciente de todo lo que odiaba en esta vida y aborrecía con especial inquina la religión y los caciques pero, sin embargo, ignoraba hacia donde se encaminaría en el futuro. Republicano convencido, antes de la guerra había convivido en el sindicato local con sus colegas del pueblo, ya fueran socialistas y republicanos como Rafael, o anarquistas en el caso de Boro el maestro o Manuel el cabrero. Con todos ellos tenía puntos en común y apreciaba una serie de cualidades que, si bien los diferenciaban en la forma, también les unía en la lucha contra el capitalismo, el mayor enemigo de la clase trabajadora. Pero en esos momentos, la situación se había transformado al estar inmersa la

democracia republicana y el fascismo en una lucha sin cuartel. Rubén se vio arrastrado por aquella dinámica de guerra, y vio en la revolución que se estaba gestando una prolongación del espíritu que había transformado España años atrás con la proclamación de la II República. Intuyó que por fin había acabado con la indefinición política y social en su vida y se prometió que a partir de ese día sería un miliciano más. Ahora, comprendía los actos que había emprendido durante los últimos meses y que le llevaron a desertar del ejército y esconderse posteriormente en la casa de sus parientes de Monterde. Sin el menor género de dudas, ese sería su destino.

Durante esa noche, los milicianos se calentaron junto a los resoldos de varias hogueras que aún se mantenían en el atrio de la iglesia, y cuando por fin Rubén decidió acudir a dormir a su propia casa, ahora ya sin trabas ni cortapisas, la felicidad quedaba plenamente reflejada en su rostro. Junto a su familia, estuvieron hasta bien entrada la noche hablando de la revolución y la guerra que había que ganar como fuera para poder asentar definitivamente los principios libertarios.

A la mañana siguiente, tenían previsto partir dos centurias de milicianos en dirección a Albarracín, pero antes de iniciar la marcha uno de sus componentes más excitados no paraba de preguntar si había algún beato derechista para darle un escarmiento. Por supuesto, el común de los vecinos calló ante aquella demanda tan disparatada como peligrosa y nadie comentó nombre alguno. Pero, como en la mayoría de los pueblos, siempre existe algún sujeto sin escrúpulos cuya única aspiración en esta vida es la de estar a bien con el poder, y en Monterde no podía faltar uno de ellos. De manera que, cierto delator de infausto recuerdo no dudó en acusar a uno de sus convecinos por ignorados motivos, ya que ni tan siquiera su forma de ser era como habían demandado. Acto seguido lo detuvieron, pero no le hicieron daño, ya que daba la impresión que tan solo querían hacer mofa de él, sobre todo, porque cuando horas más tarde iniciaron la marcha hacia Albarracín se olvidaron del acusado dejándolo en la plaza. Pero en el momento que ya estaban saliendo del casco urbano, el impresentable calumniador fue corriendo hacia ellos gritándoles que se olvidaban de llevarse al detenido. El miliciano que comandaba las centurias, torció el gesto al escuchar la demanda e hizo que todos volvieran, buscó de nuevo al inculpado y en esta ocasión se lo llevó con ellos. A partir de ese momento, su familia dejó de tener noticias de aquel pobre infeliz.

También durante esa misma mañana, Rubén —que no se había enterado de lo sucedido—, junto a varios jóvenes se presentaron a los milicianos para unirse a ellos. El primer encargo que les hicieron fue el de acudir a las casas de los vecinos para convocarlos a una asamblea que tendría lugar al medio día en la plaza del pueblo y en la que se iban a dar los primeros pasos para la creación de la Colectividad local. Y así fue, llegada la hora indicada, ya estaban todos reunidos en medio de un ambiente tremendamente festivo y expectante.

—Una revolución no se gana si no existe una mínima organización y tenemos que estar todos prestos a ella, bien sea en la batalla o en la retaguardia —comentó el miliciano destacado en el incendio del día anterior, esta vez subido a un carro para que todos los presentes lo vieran y pudieran escuchar—. Aquí, en Monterde de Albarracín, vamos a organizar una Colectividad de campesinos que comprenderá todas las tierras y bienes de los terratenientes que han sido expropiadas por el pueblo y la de aquellos miembros que deseen formar parte de ella. Y haremos lo mismo con los animales de labor y el ganado. Estamos en una nueva etapa de la vida campesina en la que partimos de cero, por eso en nuestra Colectividad se acabaron los lindes que delimitaban la propiedad. El campo no necesita vallas sino brazos que lo cultiven y, para este caso, los campesinos de Monterde se organizarán según sus propios criterios. Ahora os vamos a repartir unos impresos para que los leáis con detenimiento y a todos los que estén de acuerdo en formar parte de ella os esperamos mañana por la mañana en el Ayuntamiento con las hojas rellenas y firmadas. Y si alguno de vosotros no sabe leer o escribir con gusto le ayudaremos.

Entre tres milicianos se encargaron de hacer llegar a los jornaleros y campesinos presentes en la asamblea las ventajas y virtudes del colectivismo que era la antesala del comunismo libertario, el último eslabón del progreso humano, según insistían. Los arrebatadores discursos y el trato dado por los recién llegados, dando voz a los que nunca la habían tenido, hacían pensar a los presentes que, en efecto, la revolución que se estaba gestando les acabaría llevando a un mundo más justo. Había entusiasmo entre buena parte de los vecinos, sobre todo los jóvenes y jornaleros, pero no tanto con los pequeños propietarios que eran más proclives al reparto equitativo de las tierras expropiadas a los terratenientes.

Ya durante la República se había creado un sindicato y la mayor parte de sus miembros se decantaron por incluirlo en la Federación

Nacional de Trabajadores de la Tierra afecta a la U.G.T. La decena larga de anarquistas locales quedaron en franca minoría pero decidieron seguir militando en el mismo sindicato, aunque manteniendo una cierta autonomía interna. La labor del desaparecido Rafael Pérez y otros sindicalistas locales a lo largo de la República, resultó fundamental para crear una conciencia colectiva en defensa de la Reforma Agraria y de la lucha obrera y campesina. De ahí que, a pesar de que el ideal colectivista no fuese la principal opción de los campesinos de Monterde, tampoco resultó una idea tan extraña en el imaginario popular. La lucha por la Reforma Agraria y un reparto más justo de la riqueza campesina había ido desbrozando el camino.

Durante el resto de la mañana fue reorganizado el Ayuntamiento dando cese a los concejales existentes que habían sido nombrados por los militares golpistas. Se creó en su lugar un Concejo Municipal, compuesto por tres vecinos partidarios de la colectivización y otros tres que no lo eran, manteniendo, eso sí, el conjunto de la infraestructura municipal. La misión de este Concejo era la de atender el aprovisionamiento de la Colectividad y, por extensión, la del propio pueblo.

Esa misma tarde Rubén junto a otros mozos acudieron a cavar trincheras en varios puntos que fueron considerados como primordiales para la defensa de la población. Estaban orientadas hacia noreste, porque el ejército rebelde se mantenía firme en las localidades próximas de Pozondón y Cella. Tenían por seguro que en el momento que se recrudeciera el ataque a Albarracín acudiría alguna de las Banderas de la Legión que defendían Teruel, o una de las Compañías del Ejército acantonada en los pueblos del Alto Jiloca para aliviar el cerco a la capital de la Sierra.

A pesar de la peligrosidad del momento, durante las siguientes semanas se siguió adelante con la proyectada colectivización ignorando el peligro latente que acechaba. Se creó un Consejo local para administrar la Colectividad integrado por un secretario, tesorero y vocales entre los que figuraban jornaleros o pequeños campesinos con una contrastada capacidad para organizar los procesos de producción. Las discusiones sobre su funcionamiento se realizaban en el Ayuntamiento y todos los presentes tenían voz y voto. Durante las tardes y, después del trabajo, se reunía allí la gente y se decidía democráticamente dónde y de qué manera lo harían al día siguiente. Como no había muchos adultos en el pueblo a causa de la guerra, se hicieron collas de diez a

quince jóvenes con un capataz mayor e iban a trabajar a los sitios convenientes. La principal labor realizada por los miembros de la Colectividad durante esos días fue la de labrar los campos y prepararlos para la próxima cosecha. Se antojaba extraño que un término municipal como aquel, lleno de *piazos* de pequeño tamaño, separados y perfectamente delimitados, apareciera ahora como uno solo que abarcaba algunos valles en su amplitud sin ninguna linde que los distinguiera y todos los campesinos juntos acondicionándolos.

Para la gente joven resultaba más fácil aclimatarse a lo nuevo y en realidad estaban entusiasmados, sin embargo, a los mayores les costaba entender los nuevos tiempos que traía consigo la revolución proclamada por los milicianos. Finalmente, la Colectividad abarcó a la mayor parte de los habitantes que habían quedado en el pueblo aunque, a decir verdad, algunos lo hicieron más por miedo que por convicción. Y eso que los que se negaron a ingresar no fueron perseguidos, ni siquiera amonestados, simplemente quedaron apartados del común de los vecinos que sí pertenecían a ella.

Lo cierto, es que el recelo de los agricultores no inscritos siempre estuvo latente, como cuando un camión llevó troncos de sabinas a Valencia y volvió al poco tiempo con provisiones que se repartieron exclusivamente entre los miembros de la Colectividad. Otra cuestión que significó un cambio radical respecto a las épocas pasadas, fue que el dinero dejó de circular por el pueblo. No tenía valor alguno, y el secretario de la Colectividad comentaba que había que imprimir vales de comida o billetes locales tal y como venía haciéndose en otros lugares de fuerte implantación colectivista. En definitiva, el inmenso asombro de los habitantes de Monterde de Albarracín hacia todas aquellas novedades fue corriente durante los primeros días.

Sin embargo, aquella aparente normalidad se hizo añicos a finales de noviembre con el ataque perpetrado por el ejército golpista una vez asegurada Albarracín y otras poblaciones cercanas. Las primeras escaramuzas llegaron desde Pozondón y sorprendió desprevenidos en la trinchera a varios monterdinos entre ellos Rubén.

—Cubriros que vienen los *Pacos*.

—¿Qué?

—Sí hombre, los fascistas ¿O es que no los veis por aquellas lomas?

—Entonces ¿por qué les llamáis así?

—Si no os cubrís como os digo cuando os enteréis será demasiado tarde.

Apenas había realizado este comentario cuando las balas comenzaron a silbar alrededor de la trinchera.

—Escuchadme bien, cuando veáis a los *Pacos* por estos montes lo primero que tenéis que hacer es esconderos lo mejor posible. Si prestáis atención oiréis cómo el sonido de sus balas es diferente al nuestro, muchos fascistas utilizan balas explosivas que explotan cuando dan de lleno en el objetivo ocasionando una gran carnicería.

En efecto, la onomatopeya del sonido que producía aquellos proyectiles era muy similar a ese nombre y causaba pavor entre los militares republicanos por sus demoledores efectos. Los disparos entre ambos bandos se sucedían, pero no pasaban de ser una mera confrontación de trincheras era como si estuvieran tanteándose para averiguar los efectivos contrarios y preparar el asalto definitivo. Durante dos días, fueron frecuentes las escaramuzas con el ejército rebelde procedente de Cella y Santa Eulalia. Y lo que era previsible, las bajas comenzaron a ser habituales y una de ellas, la más sensible, fue la del propio médico del Batallón. La misma mañana de su fallecimiento los milicianos sufrían el embate de fuerzas cada vez más numerosas, hasta que cayó herido de consideración por otra bala explosiva el secretario de la Colectividad, persona importante y muy estimada entre sus compañeros. Rubén estaba cerca de la víctima cuando fue alcanzada y, en el fragor del tiroteo, le fue encomendado que buscara a cuatro jóvenes para llevar al herido en camilla hacia la población de Torres, un bastión fuerte del mando republicano que estaba situado al sur de Monterde y contaba con los auxilios necesarios. Bajó corriendo al pueblo y buscó a cuatro mozos para cumplir con el encargo. El tiempo apremiaba.

Tuvo algún que otro problema con los reclutados, sus respectivas familias no estaban por la labor de dejarlos marchar aunque finalmente dieron su brazo a torcer. Entre todos ellos destacaba Eugenio Lahuerta, un muchacho de apenas diez y ocho años, robusto, bien dispuesto, muy amante de aventuras y aquella marcha hacia Torres tenía pinta de serlo. Además, desde muy joven, había frecuentado el sindicato del pueblo y, sus familiares, sin ser de los más destacados, siempre habían estado relacionados con el republicanismo local. Una vez com-

pleta la cuadrilla y dispuesta para la marcha, todos se despidieron de sus familias con el sentimiento a flor de piel, aquella empresa no parecía ser arriesgada pero estaban en guerra y cualquier cosa podía ocurrir. Rubén hizo lo propio con su madre y hermanos, además Eugenio vivía muy cerca de su casa y cuando pasó por allí vio a sus padres que lo abrazaban con sentida emoción, su madre incluso lloraba como si presintiera una calamidad.

—Rubén quiero pedirte un favor.

—Usted dirá doña Juana.

—Solo quiero una cosa, que cuides de mi hijo.

—Así lo haré no se preocupe, se lo devolveré sano y salvo, le doy mi palabra.

Los dos jóvenes dieron un último adiós y Eugenio se abrazó a su familia que no podía reprimir un semblante serio ante aquella partida tan precipitada. Cuando llegaron al Ayuntamiento, ya estaban esperando el resto de la cuadrilla de camilleros junto a un miliciano que no tardó en dar las órdenes oportunas.

—Venga, no demoréis más la marcha, el secretario está muy mal y no conviene perder el tiempo —comentó nervioso y con cierta precipitación—. Acortad la ruta todo lo que podáis, vosotros conocéis el terreno mejor que nadie y sobre todo tú, Rubén, que eres el encargado de dirigir la operación. En el momento que lleguéis a Torres buscad a los médicos y les dais esta carta, en ella, explico todo lo que ha pasado y quiénes sois vosotros, para evitar problemas. Además, tienes la consigna de hoy por si encontráis centinelas. Marcharos ya que los fascistas están cada vez más cerca ¡Vamos!

Dicho y hecho. Los monterdinos levantaron la camilla y con paso decidido comenzaron el recorrido. En un principio y jóvenes como eran, el ritmo era notable, pero el peso del herido junto a la incomodidad del traslado al ir cuesta arriba por las montañas obraba en su contra. Cada vez se encontraban más cansados a pesar de las rotaciones entre los cinco. Además, en sus delirios, el secretario se movía con frecuencia por lo que no tuvieron más remedio que detenerse en varias ocasiones para poder calmarlo. Dos horas más tarde ya casi habían recorrido la mitad del camino, entonces decidieron descansar aprovechando que la senda por donde transitaban se aproximaba a la Fuente del *Alma Negra*.

—Estoy reventado no sé cómo vamos a llegar —dijo uno de los camilleros.

—Yo tampoco puedo con mi alma —comentó otro de ellos.

—Esta caminata es absurda. El miliciano está muy mal y no creo que llegue con vida —protestó un tercero.

—Pero ¿qué dices?, —cortó en seco Rubén con un tono de voz brusco y directo—. Nuestra obligación es hacer todo lo posible para llegar a tiempo, luego ya se apañarán los médicos y podremos volver al pueblo.

—Yo te insisto que no llegará, además hace un rato que ni delira ni se mueve para nada —y tal como hablaba, aquel camillero se arrodilló al pie del herido para tomarle el pulso— ¡Joder! Este hombre está muerto —exclamó dando un brinco.

Al instante, se levantaron todos como un resorte para acercarse a la camilla, con la intención de cerciorarse del macabro comentario. Y una vez comprobaron que era cierto, cundió el nerviosismo y comenzaron a hablar todos a la vez sobre lo que tenían que hacer.

—Lo enterramos aquí mismo y volvemos al pueblo —era la frase más repetida.

—No lo podemos hacer, dijimos que lo llevaríamos a Torres y es lo que haremos —sentenció Rubén.

—Pero está muerto...

—¿Y qué...? —volvió a insistir—. Aunque está mal decirlo ahora por lo menos no se moverá... además, ya hemos hecho la parte más dura del camino y todo lo que queda es cuesta abajo. Nos vamos a portar como hombres y a cumplir con la palabra dada así que ya estamos tardando en reiniciar la marcha, venga ¡vámonos ya!

Así lo hicieron aunque a regañadientes y, salvo Rubén, que además de ser el mayor estaba más curtido debido a su paso por el ejército, todos miraban de reojo al difunto con cierta aprensión...

Otras dos horas más tarde, divisaban el pueblo de Torres de Albarracín al fondo de un precioso valle junto a la vega del río Guadalquivar. Cuando iniciaron la bajada el trasiego de personal era cada vez más frecuente y observaban a los labradores cómo trabajaban los campos. Pero así mismo, los camilleros eran el centro de atención, con-

forme descendían por la senda y se cruzaban con algún que otro carro. Hasta que llegó el momento en que un grupo de soldados saltó de una de las trincheras y se dirigió hacia ellos, entonces Rubén, les gritó con fuerza la contraseña que le dieron en Monterde. Una vez reconocidos, les explicó el encargo y todo lo ocurrido desde que salieron del pueblo, al tiempo que les daba la carta que le habían entregado. Reiniciaron la marcha pero ahora directamente hacia el cementerio y mientras se quedaban allí velando al difunto, acudió un oficial para comprobar personalmente los detalles de la carta.

Comenzaba a anochecer y, cansados como estaban después de aquella dura y penosa caminata, fueron atendidos convenientemente. Cenaron y los alojaron en una casa de la localidad, indicándoles que al día siguiente podrían volver a Monterde. Pero cuando se levantaron, ya bien entrada la mañana y salieron a la calle, les extrañó apreciar un trasiego continuo de personas que parecían alteradas. Observaron a muchos soldados que salían de las casas donde habían estado hospedados y, con suma diligencia, acudían a la carretera para subirse en dos camiones que inmediatamente se dirigieron hacia la parte alta de la Sierra. Era evidente que algo grave estaba ocurriendo. Rubén decidió que lo mejor sería acudir a la casa de la familia Valdemoro que era donde se encontraban los mandos y la intendencia republicana para preguntar o ver si podían hacer algo. Nada más llegar, observó al oficial que los había atendido la tarde anterior cómo daba órdenes a varios soldados y, en el momento que éstos se fueron, acudieron los cinco monterdinos.

—¿Aún estáis aquí?, —comentó con evidente gesto de sorpresa— ¡Menos mal! Muchachos, tengo una mala noticia que daros... vuestro pueblo ha caído en poder de los fascistas.

Los jóvenes enmudecieron ante aquel comentario y se miraban boquiabiertos sin atreverse a pronunciar palabra alguna. Como no podía ser de otro modo fue Rubén el que se atrevió a preguntar.

—Y ahora ¿qué podemos hacer?

—Nada. Esperar aquí será lo más seguro. Podéis poneros en contacto con vuestros paisanos, han huido muchos de Monterde durante esta noche y ya de madrugada han empezado a entrar en Torres.

Mientras el oficial les comentaba cuál era su parecer, reconocieron al fondo de la calle a un grupo de monterdinos hablando con

varios vecinos de la localidad. Acudieron allí de inmediato y se abrazaron a ellos, preguntando atropelladamente sobre sus respectivas familias y cuáles habían sido las circunstancias de su precipitada marcha. Luego, siguieron indagando por el pueblo y a pesar del numeroso gentío, Rubén pudo descubrir algunos familiares en un grupo de refugiados. Sin embargo, entre ellos no figuraban su madre y hermanos que, según le indicaron, se habían quedado en el pueblo por voluntad propia. Eso sí, le colmó de alegría ver a Violeta y su hija Libertad con las que habló aunque por poco tiempo durante esa mañana, hasta que la intendencia republicana y la generosidad de una familia de Torres hizo el resto, trasladándose ambas a su casa.

Las sensaciones que tenía Rubén por todo lo que estaba viendo eran más bien agrídulces. Por una parte, contento al no haberse producido muertes entre la gente del pueblo pero, por otra, se encontraba desolado debido a las altas expectativas que había depositado en la revolución que se proclamó en Monterde con la entrada de los milicianos anarquistas. Poco más de un mes duró el efímero ensayo de la Colectividad y ciertamente acabó como el rosario de la aurora por culpa de la maldita guerra. Sin embargo, aquella experiencia y las expectativas que había creado fue todo un aldabonazo para la gente del pueblo respecto al modo de vida que habían conocido. En realidad, representó una auténtica convulsión a pesar de lo poco que duró, y así fue especialmente para los jóvenes, que entendieron a la Colectividad como una experiencia única y revolucionaria.

Los vaivenes de la guerra, sobre todo en la línea del frente, estaban creando el caos y la incertidumbre más absoluta. Si cuando iba a entrar la columna de milicianos anarquistas a mediados de octubre de ese año salieron del pueblo en desbandada muchas de las familias relacionadas con los sublevados, ahora les habían tocado el turno a los republicanos, despectivamente llamados “Rojos” por el bando contrario. En este último caso, los destinos fueron los pueblos de Noguera y especialmente Torres, que acogió a la mayor parte de los refugiados. De la misma manera, no pudieron salir más que con lo puesto y en ambas poblaciones fueron acomodados en diferentes casas.

Por otra parte, el grupo de jóvenes monterdinos siguieron caminos diferentes. Dos de ellos se reunieron con sus padres que también habían huido y, después de una breve estancia, salieron junto a un tercero hacia el sureste de la Sierra para alistarse en la Columna Eixe-

Uribe compuesta fundamentalmente por miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. Mientras, Eugenio y Rubén tuvieron noticias de la pronta llegada a Torres de los anarquistas del Batallón Ferrer de la Columna del Rosal, uniéndose de nuevo a ellos. Después de varios combates, llegó a establecerse una nueva línea de frente por los alrededores del municipio de Toril y Masegoso. Desde esta posición, hasta el norte de la provincia de Cuenca, era la zona ocupada por los milicianos.

El resto del otoño fue duro para Eugenio y Rubén y eso, que apenas tuvieron oportunidad de entrar nuevamente en combate una vez quedó estabilizado el frente en la zona sur de la Sierra de Albarra-cín. Eso sí, ambos se integraron a la perfección en la columna anarcosindicalista y tuvieron una gran alegría cuando se reencontraron con su paisano Manuel después de una larga convalecencia, al haber sufrido una herida de consideración. Se trataba de una persona de mediana edad que contaba con bastante predicamento en Monterde, ya que fue uno de los primeros anarquistas de la localidad que luchó junto al maestro para que el sindicato que se formó en el pueblo perteneciera a la CNT. Finalmente no pudo conseguirlo, pero siempre acató la voluntad de la mayoría. Era todo un personaje, agradable y generoso, querido por todos en su pueblo y en la Columna de milicianos. Anarquista convencido, predicaba con el ejemplo y siempre estaba dispuesto a todo con tal de facilitar los medios de vida a sus compañeros, animando y compartiendo sus escasas pertenencias. Eso sí, aunque pudiera parecer un contrasentido, desde que estaba en la milicia solo añoraba un par de cosas: consolidar la revolución por una parte y la familia, junto a su trabajo de pastor, por otra. Era la viva muestra de que un miliciano podía ser revolucionario, pero también tradicional en cuanto a las relaciones familiares.

Los monterdinos, alternaron la permanencia en las trincheras con breves estancias en la retaguardia y en más de una ocasión tuvieron que bajar a Cañete, población donde estaba situado el Cuartel General del mando republicano que operaba al norte de la provincia de Cuenca junto a los Montes Universales. Hasta que llegó un momento en el

que se dieron de bruces con un tenebroso asunto íntimamente relacionado con la guerra. A primeros de diciembre un grupo de milicianos entre los que figuraban Eugenio y Rubén bajaron de permiso a Huérquina, localidad muy próxima a Cañete. Una parte de ellos se encontraba bebiendo en la pequeña cantina del pueblo cuando penetraron en la misma el Comisario Político de la Columna con un grupo de milicianos armados dirigiéndose directamente a las mesas donde estaban sentados. Buscaban a dos personas que, una vez identificadas, fueron desarmadas y sacadas de allí.

—No se os ocurra cometer ninguna tontería —comentó el comisario al resto de los presentes.

—¿Cuál es la acusación si puede saberse? —preguntaron al unísono varios milicianos aunque sobresalió la voz de Eugenio Lahuerta, sin lugar a dudas, quien mantenía una amistad más estrecha con los acusados.

—Eso es algo que no os incumbe... seguid sentados y procurad no meteros en líos que no está el horno para bollos —habló de nuevo con cierta rudeza—. Ya os enteraréis en el momento oportuno.

Hicieron caso los presentes y cuando estaban saliendo los detenidos, el último de los milicianos que los custodiaba —asimismo conocido por todos— se giró para responder a baja voz aquello que había negado comentar el comisario.

—Están acusados de varias violaciones y asesinatos...

—¡Venga ya! Pero... ¿qué dices...? violadores y asesinos ¡Bah! No me lo puedo creer... —comentaron los presentes sin dar pábulo a lo que acababan de escuchar.

—Lo que habéis oído ¡menudo par de perlas! —Insistió de nuevo—. Y no hay la más mínima duda que han sido ellos, existen varios testigos que los incriminan... No creo que tarden en juzgarles porque hay más detenidos...

—¿Qué pasa ahí? ¿Vienes o quieres que vaya por ti? —se escuchó con fuerza desde la calle.

El miliciano, salió raudo del local con la cabeza baja. De un salto subió encima del camión donde estaban aposentados sus compañeros junto a los detenidos que mantenían una pose imperturbable

sin mostrar emoción alguna. Todavía tuvo que aguantar la bronca del Comisario Político debido a su tardanza.

Mientras tanto, en la cantina, Eugenio y Rubén junto a los presentes no salían de su asombro por todo lo ocurrido. Pasaron unos minutos llenos de tensión mientras seguían hablando del suceso cuando penetró Diógenes, otro de los milicianos de la Columna.

—Vengo andando desde Cañete y no os podéis imaginar la que hay liada en el Cuartel General —comentó—. Están los mandos alborotados por la que han montado unos milicianos en un pueblo de aquí cerca...

—No me digas que se trata de unos que han violado a varias mujeres y cometido asesinatos... —mencionó alguien de la mesa.

—¿Ya os habéis enterado...?

Todos los presentes asintieron con los gestos, cabizbajos, porque nunca se lo hubieran esperado de los detenidos. Sin embargo, el que aparecía más abatido era Eugenio que miraba al suelo y con ambas manos se acariciaba la cabeza como si todavía no acabara de comprender los últimos acontecimientos. Y mientras seguía callado, inmerso en sus pensamientos, el resto de soldados comenzaron a contar al recién llegado la detención que había tenido lugar.

—No me lo puedo creer —interrumpió la conversación Eugenio con un tono de marcada incredulidad— ¿Cómo puede un miliciano portarse como si fuera un criminal? A los que han detenido los he visto actuar en esta guerra y siempre me parecieron cabales y arrojados ¿Cómo puede ser que tuvieran esa doble vida y nadie se diera cuenta? ¡Joder! se trata de nuestros compañeros... sigo sin podérmelo creer...

—Sus crímenes no son de ahora, fue hace un par de meses mientras se encontraban por estos pueblos —Diógenes dirigió sus palabras a Eugenio comprobando el estupor en el que todavía estaba sumido—. Y no te equivoques, nuestra causa es digna, seguramente la más digna que existe en este mundo, y estoy seguro que todos los que estamos aquí daríamos la vida a gusto por nuestros ideales en defensa de la libertad y la justicia social... Pero una cosa es la ideología que nos lleva a luchar por una vida mejor para la clase obrera y otra bien distinta que existan sujetos que se aprovechen de nuestra doctrina para su lucro personal. Si no me equivoco, creo que ellos se unieron a la

Columna cuando vaciaron las cárceles al comienzo de la guerra, combatían junto a nosotros pero por lo visto no practicaban con el ejemplo. Y no te preocupes, la justicia del pueblo cumplirá con su deber y si son ciertos los crímenes que han cometido, lo pagarán con su vida.

Aquellas palabras calmaron en cierta medida los ánimos encrespados de los presentes. Aunque hubiera jóvenes imbuidos de ideología anarquista como Eugenio, que jamás se habría podido imaginar situaciones como aquella, la realidad era que el ser humano resultaba impredecible y ya había quedado sobradamente demostrado en aquel día. Los más jóvenes aprendieron la lección, por mucho que creyeran a pies juntillas las virtudes del anarcosindicalismo, siempre se toparían con sujetos de esa calaña.

El miliciano que había intentado levantar el ánimo decaído de Eugenio era conocido por los monterdinos, pero nunca habían mantenido una íntima amistad. Sin embargo, a partir de ese momento, confraternizaron hasta tal punto que se hicieron prácticamente inseparables. La candidez que demostraban algunos jóvenes milicianos movidos más por la utopía igualitaria del anarcosindicalismo que por el materialismo hizo mella en él que, rememorando sus años de docencia, apreciaba en ellos cualidades innatas de la juventud que convenían ser preservadas.

Pocos días más tarde, mientras se encontraban construyendo una de las tantas posiciones fortificadas de defensa que iban desde El Cañigral a Cañete, llegó la noticia sobre el resultado del juicio y no pudo ser más concluyente. El Tribunal de Derecho impuso para los encausados cinco condenas a muerte, entre ellas las de sus antiguos compañeros y siete largas penas de cárcel. Estaban comentando las sentencias, cuando llegó el correo y todos los milicianos se abalanzaron ansiosos para recoger la correspondencia. Los monterdinos sabían de sobra que no la recibirían porque sus respectivas familias se encontraban en la zona enemiga pero, a pesar de todo, se acercaron al grupo con cierta dosis de envidia mientras escuchaban los nombres de los agraciados. Y les llamó poderosamente la atención cuando vieron a su compañero Diógenes acudir a recoger una carta que en principio no iba destinada a él porque habían llamado a otra persona.

—Pero ¿qué haces hombre si esa carta no es para ti? —no pudo contenerse Rubén.

Diógenes los miró sonriendo y antes de abrirla les hizo un gesto con la mano para que esperaran un momento. Luego, se encaminó hacia un cobertizo donde se resguardaban del frío reinante cuando no había movimiento de tropas, abrió el sobre y leyó la carta. Pocos minutos más tarde, salía de nuevo del abrigo y cuando marchaba hacia donde se encontraban sus amigos comenzó a nevar con fuerza inusitada. No les quedó más remedio a todos que suspender los trabajos y guarecerse en los refugios hasta que pasara el temporal. Se sentaron contentos los cuatro al borde de una casamata a medio construir ya que la aparición de la nieve había detenido los trabajos.

—No te imaginaba en esa faceta de leer las cartas de los demás —insistió de nuevo el monterdino.

—Te equivocas de plano, esa carta era para mí...

Por un instante se mantuvo callado y pensó que ya tenía la suficiente confianza con sus compañeros como para hacerles una confesión, que por otra parte no tenía la menor importancia.

—Mi verdadero nombre no es Diógenes, sino Pedro Vicente Martín, y todo tiene una explicación —les comentó de improviso ante su extrañeza y expectante mirada mientras se acomodaban mejor, intuían que les iba a dar una larga explicación—. Como veis, mis dos apellidos son también nombres y desde siempre he dudado con cuál de ellos quedarme, más aún, si de chico en el colegio me llamaban con cualquiera de los tres. Vamos, un auténtico lío...

—Estoy de acuerdo que te tuvo que resultar muy complicado pero ¿Qué tiene que ver con el nombre por el que te conocemos? —le interrumpió Eugenio con cierta precipitación.

—Tranquilo muchacho, tranquilo —intentó sosegar con una media sonrisa aquel ímpetu juvenil—. Yo, antes de la República, estudié a los clásicos y leyendo a un tal Zenón de Citio descubrí un mundo nuevo que bien podía entroncar con el anarquismo. Sí queridos amigos, abracé esta doctrina gracias a la filosofía de los autores clásicos, y a partir de ese momento me afilié a la CNT con todo el peligro que ello representaba, pues Primo de Rivera nos perseguía a sangre y fuego. Eso sí, no solo me gustaba Zenón, también sentía predilección por otro clásico llamado Epicuro pues, aunque era diferente, también su ética se basaba en la moral. Pero aun con todo, en aquella época me asombraba ante personajes como Diógenes de Sinope, y siempre lo

tuve como un modelo de vida a seguir por su maravillosa e irreverente locura.

—¿Espera un momento, ese no era un sabio que vivía como un pobre y su casa era un tonel? —Le interrumpió Rubén.

—Así es... pero tú ¿Cómo lo sabes? —preguntó realmente asombrado.

—Porque cuando la República, todos los sábados por la noche en la cantina de mi pueblo hacían tertulias filosóficas.

—¡No me digas! Desde luego ¡vaya casualidad! —Exclamó fascinado por semejante revelación—. Bueno, como os iba diciendo, hablaba tanto de él que mis amigos empezaron a llamarme así, y yo feliz y contento, por fin había conseguido ser conocido a través de un nombre con el que me sentía plenamente identificado. Al poco tiempo de la proclamación de la República, comencé a impartir clases de griego, latín y filosofía en un instituto de Valencia, y desde entonces todo el mundo me conoce como Diógenes. Pero os estoy aburriendo con mi cháchara, tenéis que perdonarme que cuando empiezo a hablar del tema no paro y...

—No compañero, no te preocupes —intervino nuevamente Rubén—lo que pasa es que cada vez me recuerdas más al maestro anarquista que tuvimos en mi pueblo durante casi toda la República y que hablaba igual que tú. Él y el secretario eran los que participaban en las tertulias que te he comentado.

—¿Y qué fue de ellos?

—El maestro tuvo suerte y salió de allí con su familia justo antes de que se levantaran los fascistas, lo último que sé de él es que estaba viviendo en Valencia. Mientras que del secretario solo te puedo decir que sigue ejerciendo en el pueblo

La tormenta de nieve comenzó a aminorar ante la desolación de los milicianos y, en el momento que se paró completamente, no les quedó más remedio que salir de nuevo a cavar las zanjas por donde tenía que discurrir aquella posición. La conversación que tuvieron resultó crucial para Rubén, no porque Diógenes le recordaba una barbaridad a Boro, el maestro anarquista de Monterde, sino porque siempre estaba dispuesto a instruirse y con él, quedaba claro, que si ponía de su parte aprendería como nadie. También el antiguo profesor

sentía simpatía por aquellos jóvenes que tanto se interesaban en ampliar sus conocimientos. Durante los siguientes días, Eugenio y Rubén entablaban conversación con él siempre que podían y comenzaron a considerarlo como su maestro. No así Manuel, que bien por su edad o al estar a vuelta de todo, más que filosofar —algo que por otra parte no entendía— era partidario de la acción directa y dejar de lado aquellas zarandajas.

Durante todos los días que siguieron, Rubén era como una esponja, y absorbía los comentarios de Diógenes casi con más intensidad que la escasa comida que les proporcionaba la intendencia de la Columna. De esta manera se enteró que su compañero era soltero, durante toda su vida se había dedicado a los estudios y la lucha obrera, aparte de que no creía en la familia tal y como estaba establecida. Pero sobre todas las cosas, su amor se decantaba con el mundo clásico griego y así se lo hacía saber siempre que tenía la menor ocasión. Como cierto día, mientras estaban cavando una zanja le salió a Diógenes una medalla por encima del cuello de la camisa, que rápidamente volvió a guardar.

—Vaya con el que se las daba de ateo si esconde las medallas —soltó Rubén en medio de una socarrona sonrisa.

—No te equivoques que no tiene nada que ver con lo que estás pensando —respondió el aludido con incomodidad.

Las risas de los milicianos presentes ocasionaron un breve receso en la faena, además, durante los últimos días no se había producido ninguna alarma y estaban más relajados de lo normal. Diógenes torció el gesto, todo lo concerniente al mundo religioso estaba mal visto en la Columna y, aunque no le apetecía para nada airear sus intimidades, sería más conveniente darle una explicación a Rubén. Lo cierto es que se había contrariado bastante, pero aquel simulado enfado tan solo le duró un instante, el suficiente, como para darse cuenta de que en realidad no le importaba comentar determinados aspectos de su vida a los monterdinos, por el apego que les había cogido. Además, aquellos jóvenes ya se habían sincerado en más de una ocasión y conocía tanto sus inquietudes como la historia de sus vidas. De manera que, esperó al siguiente descanso y llamó a Rubén por ser el más sensato de ellos, además del artífice de la broma. Ambos se fueron hasta una hoguera donde podían calentarse, el frío imperante se podía com-

batir con el trabajo, pero cuando éste faltaba era conveniente suplirlo bien con el inexistente aguardiente o con el calor del fuego. Tan solo los acompañaban en aquella hoguera otros cuatro milicianos que hablaban en un corro aparte, el resto de la tropa estaba disperso entre las diferentes fogatas de aquella trinchera o realizando otras labores. Nada más comenzar la conversación, le hizo prometer a Rubén que no hablaría con nadie sobre la misma y, una vez le dio su palabra, comenzó a contarle un insólito relato.

—Como te he venido diciendo durante estos días, soy un enamorado de la Grecia clásica y por supuesto ateo convencido, no creo en ninguna religión desde la aparición del cristianismo. Por eso te digo que te equivocas en lo de la medalla, mira lo que es —dijo mientras sacaba el cordoncito de su cuello y recogía el objeto que pendía de él.

—Pero eso... parece una moneda...

—Y lo es Rubén. Se trata de una dracma griega, una moneda de la antigüedad clásica.

El monterdino no salía de su asombro, y ciertamente comenzó a sentirse mal ya que había importunado a su compañero con cierta jocosidad. Diógenes comprendió su azoramiento y durante ese día y en otros sucesivos le estuvo contando el porqué de la cadena. Lo cierto, es que se lo tuvo que repetir en más de una ocasión para que lo pudiera entender, mientras Rubén seguía extrañado por no habérselo oído decir nunca al maestro de Monterde en sus tertulias. Finalmente, comprendió los motivos que tenía para llevarla colgada del cuello, ya que era costumbre entre los antiguos griegos que al morir les colocaran una dracma en la boca. Con este óbolo, pagarían al barquero Caronte en su viaje por la laguna Estigia hacia el inframundo, ya que era la única manera que tenían los muertos para poder descansar en paz. Luego, más serio, le hizo volver a prometer que si caía en la guerra hiciera lo posible para ponerle su dracma debajo de la lengua, todo ante el reproche de Rubén por lo que consideraba una auténtica majadería. Y algún tiempo más tarde, Diógenes le hizo entrega de otra dracma que guardaba en su mochila y que tenía también un orificio a través del cual pudieron introducir un cordoncillo que hizo el papel de cadena. Otro de los regalos que le hizo fue el permitirle la lectura de varios libros que guardaba como un tesoro en su mochila. Sin embargo, a Rubén le costaba una barbaridad poder entender los mecanismos pro-

pios por los que se regían las diferentes etapas de la historia y así se lo hizo saber a su maestro una vez acabó de leer uno de los ejemplares.

—No entiendo muchas de las cosas que hablan estos personajes y mucho menos cómo era la vida cuando la Revolución Francesa... en líneas generales puedo reconocer algunos aspectos pero ahí queda todo... Quizás sea porque solo estudié de joven y muy pronto me puse a trabajar..., no sé pero me cuesta todo un mundo hacerme a la idea sobre algo que no he conocido.

La respuesta de Diógenes no se hizo esperar. Buscó, sobre todo, no abrumar al joven lector y darle unos sencillos consejos sobre la manera de encarar la lectura de un libro que versara sobre tiempos pasados.

—Cuando quieras comprender la historia de una época diferente a la que vives, olvídate de lo que has conocido hasta ahora y relájate. Por un momento, cierra los ojos, deja libre tu mente y después de abrirlos de nuevo déjate llevar por el texto que vayas leyendo. Imagínate que lo desconoces todo respecto a dichos años. De manera que, intenta recrear esa nueva realidad que van construyendo para ti las palabras escritas y, con toda seguridad, acabarás sumergiéndote en un mundo nuevo, fascinante e inédito para ti.

La relativa placidez de los milicianos construyendo trincheras y diferentes posiciones fortificadas por la Sierra acabó a finales de 1936. El alto mando republicano mandó a varias Columnas a la conquista de Teruel. La del Rosal, tenía la orden de tomar Gea de Albarracín y marchar luego hacia el Jiloca, mientras otras cinco Columnas junto a una Brigada Mixta y la XIII brigada Internacional confluían en dirección a la capital. Sin embargo, a pesar de contar con superioridad tanto de armamento como de efectivos, la operación acabó en el más absoluto de los fracasos por la falta de sincronización de todos los elementos participantes en aquel asalto.

El bautismo de fuego para Eugenio y Rubén tuvo lugar en Gea de Albarracín el 25 de diciembre. Se trataba de un pueblo con un casco

urbano bastante irregular, lleno de pequeñas y retorcidas calles algunas de ellas sin salida, un sinuoso trazado que hizo muy costosa su conquista. Y si al final se logró, lo cierto es que fue solo a medias, ya que resultó imposible tomar el cuartel de la Guardia Civil. Sufrieron numerosas bajas, pero afortunadamente para Rubén y sus amigos ninguno de ellos resultó herido. Apenas cinco días lograron mantener la plaza ya que llegaron refuerzos a los sitiados desde Teruel y la Columna del Rosal tuvo que abandonar la localidad. El resto de las que habían participado en dicho dislate hicieron lo propio, y aquella vergonzante huida hacia las posiciones de las que habían partido, afectó al ánimo de los republicanos y quebró la confianza que muchos vecinos de Gea y otros pueblos de la Sierra habían depositado en el triunfo gubernamental.

Todavía tuvieron lugar una serie de escaramuzas durante la primera semana del mes de enero de 1937, aunque finalmente se volvió al punto de partida con el mal sabor de boca de los milicianos, por cómo se había desarrollado aquel combate. Pero el fracasado intento sí tuvo consecuencias, la inoperancia demostrada por las Columnas en la primera fase de la contienda donde cada una hacía la guerra por su lado, fue utilizada como excusa por el gobierno de la República para publicar un decreto de militarización de las Milicias Populares. Como consecuencia del mismo, los miembros de la Columna del Rosal quedaron distribuidos en las Brigadas Mixtas números 59, 60 y 61, que a su vez estaban compuestas por cuatro batallones y cada uno de estos por cinco compañías. Esa era la nueva estructura orgánica básica del ejército y, afortunadamente para los monterdinos, todos fueron agrupados en la 61 Brigada Mixta, 3º Batallón, 2ª Compañía.

Sin embargo, la decisión del Gobierno no fue tan unánimemente aceptada como cabía suponer, según la ideología imperante en las columnas anarquistas el miliciano era el elemento crucial de la revolución, formaba parte del pueblo y luchaba por él. Este movimiento buscaba una transformación de la sociedad para poder ganar la guerra y crear un mundo nuevo, por lo tanto, estaba en las antípodas de la disciplina cuartelaría por muy republicana que fuera, a la que se acabaría llegando, sin lugar a dudas, como consecuencia de aquella militarización. Eso sí, a pesar de la imposición gubernamental seguían considerándose la mayor parte de sus integrantes como lo que habían sido hasta estos momentos, soldados de las Milicias Confederales. Pero,

tanto la cadena de mandos como la organización, estuvieron en adelante más en consonancia con un ejército moderno.

Durante las siguientes semanas el ánimo de los milicianos estaba bastante decaído por la transformación realizada pero también había quien no se atrevía a exponer en público sus argumentos, entre ellos un variopinto grupo donde se incluían los compañeros monterdinos y Diógenes. Todos ellos, coincidían en que había sido un auténtico varapalo las últimas actuaciones y que por mucho arrojo y entusiasmo que demostraran, no se podía ganar una guerra si no existían mandos adecuados o una estrategia común para dirigirla y, ello, perfectamente podía ir al compás de la militarización. Para sostener sus argumentos insistían que esas carencias organizativas no se daban en absoluto en el bando contrario donde imperaba la disciplina propia de los militares profesionales, y la fallida toma de Teruel era una buena prueba. De eso se trataba precisamente, porque en esta guerra por un lado combatía el pueblo y una parte del ejército. Mientras que en el otro, era el mayor porcentaje del ejército y de la oficialidad que había combatido en Marruecos, además, contaba con la ayuda de los moros y especialmente de las potencias fascistas de Alemania e Italia. Casi nada.

Pasado aquel amargo trance se fue consolidando todavía más la excelente amistad que existía entre Diógenes y Rubén. Este último, absorbía como una esponja las lecciones de su autodenominado maestro, especialmente en lo que respecta a su afición por la lectura. Pero lo cierto es que la contienda estaba muy lejos de desaparecer y en esa primavera fueron frecuentes las escaramuzas por toda la Sierra. Durante el mes de marzo de 1937, los principales enfrentamientos se dieron en la zona montañosa situada entre los pueblos de Bezas y Royuela. Una de las refriegas tuvo lugar en el conocido como Patio de Arriba del Rey don Jaime, un hermoso valle flanqueado por enormes roquedales de rodano que dotaban al entorno con un característico tono rojizo, perfectamente ensamblado con el intenso verde del bosque de pinos que lo poblaba.

Varias de aquellas alturas estaban en manos del ejército franquista y el nuevo movimiento de tropas republicanas que se estaba gestando hacía necesario conquistarlas. Y fue el día 26 de marzo, en plena festividad del Viernes Santo, la fecha escogida para dar un golpe de mano en dicho lugar. De manera que, apoyados por la artillería, dos

batallones de la 61 Brigada Mixta se lanzaron al ataque. Lo cierto es que dicha empresa se antojaba difícil, los obuses lanzados apenas alcanzaron sus objetivos y por el contrario, sí lo hicieron entre la maraña del pinar situado al pie mismo del roquedal. Poco a poco, los soldados iban ascendiendo por las escarpadas laderas aguantando la balacera enemiga y cobijándose entre las rocas o los pinos.

Como solían hacer siempre que podían Eugenio, Rubén, Manuel y Diógenes apenas se separaban en las refriegas que participaban, su instinto de supervivencia y el compañerismo miliciano iban al unísono, tal y como sucedía en esta ocasión. Delante de ellos en aquel avance, iba también un antiguo miliciano del que sabían muy poco a pesar del tiempo que habían pasado juntos, tan solo, que se llamaba Vicente. Desde que lo conocieron les había llamado la atención su arrojo en la batalla, ya que era el primero en iniciar las hostilidades y el último en abandonarlas, siempre que tuvo oportunidad no cejó hasta alcanzar sus objetivos. Pero al mismo tiempo, también era conocido por ser una persona poco habladora, rehuía todo contacto y mantenía un carácter más bien huraño, no se le conocían amigos entre los milicianos y cuando estos hablaban de él, debido a sus actos, lo conocían como el *Temerario*.

En el combate que se encontraban en estos momentos por supuesto iba el primero y en esta ocasión lo hacía delante de ellos. Cuando ya estaban casi en la cumbre, hizo un movimiento como si intentara subir por el estrecho paso que vislumbró entre las rocas. Sin embargo, mientras se encontraba en un claro entre los pinos, de uno de ellos afectado por los obuses de la artillería, se soltó una rama de considerable tamaño. El estruendo fue enorme y, lo que es peor, cayó de lleno sobre el infortunado Vicente que lo dejó atrapado sin poder moverse y con la parte superior de su cuerpo perfectamente visible para el enemigo. Rubén se dio cuenta de lo sucedido y no dudó en actuar jugándose la vida. A una indicación suya le cubrieron sus compañeros y comenzó a correr cuesta arriba mientras serpenteaba las balas enemigas, hasta que llegó junto al herido. A pesar de los disparos de cobertura realizados por los milicianos, lo cierto es que los militares franquistas los seguían teniendo a tiro y alguno que otro rebotó por los alrededores, era un peligro seguir en esa posición ya que no tardarían en acertar a cualquiera de los dos. Por fin, tras un esfuerzo considerable, logró liberarlo de la presión ejercida por la rama y Vicente

pudo escapar de su prisión. Aunque estaba dolorido, recogió su fusil del suelo y sin mediar palabra con su salvador se resguardó entre las rocas. Instantes después ya estaba en la cima y, sorprendiendo a los defensores del puesto, comenzó a dispararles desde el flanco. Al pillarlos desprevenidos, posibilitó la subida por el otro lateral de efectivos republicanos de manera que, cogidos entre dos fuegos, buena parte de los soldados franquistas fueron abatidos y el resto se rindió para salvar su vida.

Durante aquella tarde, estuvieron los milicianos en la cota recién tomada hablando sobre todo de la enésima hazaña realizada por Vicente el *Temerario*, gracias a él nuevamente habían conseguido una victoria. Pero Rubén seguía sin comprender la reacción que había tenido su compañero con él ya que mantenía su clásica compostura, es decir, sin hablar con nadie y aislado como si no hubiera pasado nada. Llegó un momento que el joven monterdino quiso descansar y se alejó un poco para sentarse al pie de un pino, allí seguía durante varios minutos cuando un ruido le sobresaltó, giró la cabeza para ver de dónde venía y se dio de bruces con el *Temerario*.

—Escúchame bien, nunca jamás vuelvas a repetir la tontería que acabas de hacer esta mañana y mucho menos conmigo —le dijo con un tono brusco como si estuviera buscando pelea—. Prefiero morir que ser el causante de la muerte de un compañero... ¿cómo te llamas?

—Rubén.

—Bien Rubén espero no tener que volver a repetírtelo, pero me tienes que prometer que me harás caso en adelante.

—No entiendo por qué hablas así precisamente tú que siempre estás a la vanguardia en todos los combates. A los luchadores como tú hay que salvaguardarlos porque sois un ejemplo a seguir...

—No sabes lo que dices —le interrumpió con sequedad.

—¿Cómo qué no? —Intentó defenderse mostrando su admiración—. Eres el tío que conozco con más cojones de toda la brigada, es más, te puedo asegurar que en esta puta guerra no he conocido a nadie como tú.

Este sencillo pero tosco razonamiento alteró a su interlocutor, que se decidió a contrarrestar la opinión de su salvador. Instantes des-

pués daba la impresión de que se le había desatado la lengua, nadie recordaba haberle escuchado decir dos frases seguidas.

—No te equivoques conmigo Rubén, que hacer las cosas por cojones pero sin conocimiento te convierte en un alocado, y cuando te encuentras con alguien así lo mejor es mantenerse lejos. En esta guerra los soldados tienen que ser valientes y actuar con arrojo en la batalla pero, ante todo, tienen que tener un mínimo de sentido común, en caso contrario están perdidos y más pronto que tarde serán carne de cañón.

Fue realizar este comentario y Vicente volvió sobre sus pasos, dejando a su salvador sumido en un mar de dudas por todo lo que acababa de escuchar. Con el ceño fruncido y un humor de mil diablos, el *Temerario* se fue junto a unos milicianos que habían empezado a acondicionar la posición y dotarla de los medios necesarios para la defensa. Lo hizo como acostumbraba siempre que trabajaba, siguiendo las órdenes recibidas y en el más absoluto silencio. Pero el peligro de muerte que había padecido, le había traído a la memoria ciertos acontecimientos que marcaron su existencia tiempo atrás y, cuando tuvo un momento de descanso, se alejó de sus compañeros hasta que encontró la soledad que buscaba al abrigo de un frondoso árbol. Se recostó sobre el tronco y evocó de nuevo los tristes episodios que habían marcado su existencia, algo que nadie de la Brigada conocía y, por supuesto, él haría lo posible para que siguiera siendo así.

Su mente voló hacia los comienzos de la República que fueron los momentos más hermosos de su vida porque lo tenía todo, una bella mujer y un hijo que lo colmaban de la felicidad más absoluta. Pero todo finalizó un nefasto día durante el invierno de 1934, cuando el techo de su casa se vino abajo y acabó con la vida de su familia, él se salvó al encontrarse trabajando en el momento del desplome. Mientras estaba desescombrando la casa, sus amigos le hicieron notar la mala calidad de la construcción que él había pagado a precio de oro a un cacique local, que luego se desentendió del accidente con la complacencia de las autoridades. Su desesperación llegó a tal punto que se abandonó en todos los sentidos y finalmente decidió acabar con su propia vida. De manera que se hizo con una pistola y marchó a un hermoso prado de un pueblo del Rincón de Ademuz frecuentado por su familia y donde años atrás había conocido a la que sería su esposa. En aquel lugar de tan gratos recuerdos quiso dar el punto final a su

existencia y marchó allí cierta madrugada. Pero mientras estaba sentado al pie de un árbol desde donde se divisaba dicho prado y tenía el arma dispuesta en la mano, escuchó los lamentos de una mujer que se aproximaba. Sus lloros y gritos de dolor eran cada vez más audibles, de manera que se tumbó en el suelo intrigado por aquel inesperado suceso. Y, tras unos breves instantes, observó la silueta de una mujer joven que, sin dejar de llorar, pasaba junto a él y se sentaba en el verde césped varios metros más adelante. Vicente seguía confundido y sin poder reaccionar, más tarde supo que aquel acto se debía al final de una tormentosa relación que no había podido superar. En un instante observó cómo sacaba un cuchillo de su bolso, pero la expectación llegó a su punto culminante cuando la desconocida extendió su brazo izquierdo y con el derecho hizo la intención de efectuar un corte en su muñeca. En ese preciso momento, Vicente se incorporó y corrió hacia ella con la pistola en la mano. Las palabras que siguieron a continuación, todavía resonaban frescas en su cerebro a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Qué haces mujer...? ¡Estate quieta, no cometas ninguna locura...!

Ella se giró en el momento que escuchó aquella frase, se alzó con rapidez y ambos se encontraron frente a frente, cada uno sujetando el arma con la que habían dispuesto dar fin a sus respectivas vidas. Se miraron sin pronunciar palabra, en sus ojos se advertía la más profunda tristeza pero en silencio descubrieron las intenciones que les había llevado allí. Durante unos instantes no se atrevieron a realizar ningún comentario, paralizados por la sorpresa de encontrarse en aquel lugar, precisamente durante esa madrugada. Y, tras la tensión inicial, fue Vicente el que se decidió a dar el primer paso.

—No me puedo creer lo que está ocurriendo...

La mujer se mantenía en silencio. Ahora ya más serena, había dejado de llorar y miraba fijamente a aquel extraño que había surgido de repente, sus músculos se relajaron y bajó los brazos rendida por el estrés padecido. Seguía sin hablar y fue nuevamente el hombre quien lo hizo, preso todavía de cierta excitación.

—Esta coincidencia no puede ser por casualidad... o el destino es cruel y juega con nosotros o es que quiere darnos una nueva oportunidad —comentó con voz pausada serenando todavía más el ánimo

de la mujer, y tras un ligero titubeo se atrevió con una descabellada idea dada la situación del momento—. Dime ¿qué hacemos...? Seguimos adelante con el propósito que nos ha traído hasta aquí, o quizás merezca la pena intentar un nuevo comienzo.

Un intenso silencio siguió a aquellas palabras, todavía ensimismados y confundidos en sus pensamientos, tras el cual ambos decidieron dar una nueva oportunidad a la vida, aunque fuera tan solo porque resultaba increíble un suceso como el que acababan de tener. Pocos meses más tarde decidieron irse a vivir juntos al pueblo de él. Ambos reencontraron la felicidad perdida, pero como no podían ni querían olvidar el pasado se dedicaron a participar de lleno en las actividades sindicalistas de la localidad. Lo cierto es que tenían sobradas razones para la lucha sin cuartel. Él, estafado por uno de los caciques de su pueblo con el resultado de la muerte de su propia familia y ella, humillada y vejada por el hijo de un ricachón que la dejó embarazada y después la obligó a abortar clandestinamente. Sin embargo, esa hostilidad les resultó cara. Al producirse el levantamiento militar fueron encarcelados todos los simpatizantes republicanos del pueblo y los militantes de la CNT, donde ellos eran además de los principales cabecillas. Nada pudo hacer Vicente por su compañera al encontrarse fuera de la localidad, y dos días más tarde tuvo noticias de que todos los detenidos habían sido fusilados por los fascistas.

A Vicente le sobrevino una fuerte depresión, pero en contra de lo que le ocurrió cuando fallecieron su primera mujer e hijo, en esta ocasión decidió que el suicidio no era el mejor camino a seguir. Bien es cierto que acabaría muriendo como todo ser humano, pero antes se llevaría por delante a todos los fascistas y capitalistas que pudiera, ya que la vida para él había dejado de tener sentido. En el momento que pudo entró en contacto con una columna anarquista que se desplazaba de Madrid al frente de Teruel, y poco tiempo tardó en ser reconocido por sus compañeros como un hombre sombrío, solitario, silencioso y ciertamente temerario. Siempre era el primero en lanzarse al ataque y buscar al enemigo, sobre todo en el cuerpo a cuerpo, pero antes de cualquier combate necesitaba un momento de intimidad. Para desgracia suya no poseía ninguna fotografía de sus seres queridos, por eso, en dicha retrospectiva cerraba los ojos e intentaba recordarlos. Sin embargo, el inexorable paso del tiempo le iba sumiendo en la desolación más absoluta, las imágenes que evocaba su mente eran cada vez más

borrosas y se negaba a pensar que pudiera llegar un día en que no las recordara con la suficiente nitidez. Por eso cada vez era más atrevido en sus actos, quería morir con el pensamiento y la imagen intacta de sus recuerdos.

Durante la primavera de 1937 continuaban las refriegas en la parte central de la Sierra de Albarracín, siendo especialmente intensas en el triángulo situado entre los pueblos de Bezas, Royuela y Terriente. Y fue a comienzos del mes de abril, en el momento que el ejército republicano estaba atacando a las fuerzas franquistas estacionadas por esa zona cuando ocurrió el primer hecho luctuoso que afectó a la cuadrilla de monterdinos. Cierta mañana de infausto recuerdo para Rubén se encontraban no muy lejos del municipio de Terriente, cuando los soldados republicanos se lanzaron en tromba desde sus posiciones hacia la cota enemiga donde los militares rebeldes se defendían con ardor a sabiendas de su inferioridad numérica.

Desde el momento que saltaron de la trinchera Eugenio, Rubén junto a sus compañeros y, por supuesto, Vicente el *Temerario* a la vanguardia de todos ellos, iban sorteando como buenamente podían los disparos del enemigo refugiándose a menudo sobre algún saliente de roca o entre las sabinas. Sin embargo, a pesar de todas aquellas precauciones, varios soldados fueron alcanzados o dejaron su vida al poco de iniciar el recorrido. Y uno de los afectados fue Manuel, apenas había dado unos pasos cuando sintió que las balas enemigas le alcanzaban en el pecho. Durante unos instantes mantuvo el fusil en su mano, hasta que finalmente acabó escurriéndosele entre los dedos. En ese momento levantó la cabeza y miró al cielo mientras las balas del enemigo silbaban a su alrededor sin atinarle de nuevo, como si intuyeran que no era necesario porque él ya estaba muerto. La sangre brotaba sin cesar de su pecho y comenzó a sentir que le costaba respirar por más que abriera la boca e intentara inhalar una nueva bocanada de aire.

Por un instante, le dio la impresión de que a su alrededor el tiempo discurría a cámara lenta en medio de un tenebroso silencio, mientras veía a sus compañeros subir la cuesta y cómo algunos caían

malheridos o muertos. También apreció el contorno de aquella tierra tan parecida a la de Monterde, llena de matorrales y sabinas, aparte de su pueblo era el lugar idóneo para dar el último adiós, aunque maldita la gracia. Intentó seguir en pie pero le resultaba más difícil a cada segundo que pasaba hasta que por fin no pudo aguantar más y cayó de rodillas. De esta manera permaneció durante unos instantes, con los brazos caídos, exhausto y, al momento, sintió la boca reseca e intentó tragar saliva.

—Hasta aquí... hemos llegado... Manuel... —balbuceó con enormes dificultades.

Pero ya no pudo decir nada más, las fuerzas le flaquearon definitivamente y cayó de bruces al suelo. Cuando se encontraba en esa posición abrazado a la tierra exhaló su último suspiro con la imagen de aquel lugar impresa en sus retinas.

Totalmente ajenos a las bajas causadas por el ejército franquista, los soldados republicanos tomaron por fin aquel maldito día la ansiada cota de la Muela de Terriente. Allí quedaron muertos todos sus ocupantes salvo dos que corrieron montaña abajo para intentar llegar a sus posiciones situadas hacia el oeste. La carnicería había sido enorme pero apenas les dio tiempo a recuperarse, los mandos decidieron seguir avanzando con la intención de eliminar de fascistas aquella parte de la Sierra. Sin embargo, dos días más tarde, el ejército franquista volvía a recuperar la cota aunque persistieron los encarnizados combates por dicha zona. En esas fechas la confusión fue la nota dominante, tanta, que nadie supo dar cuenta a Eugenio y Rubén del lugar exacto donde había perecido y estaba enterrado su paisano Manuel.

Además, se dio la fatal coincidencia de que alguna semana después el alto mando republicano decidió relanzar las hostilidades por los municipios situados alrededor de Albarracín. De esta manera, a mediados del mes de abril de 1937, el ejército gubernamental ocupaba los pueblos de Bronchales y Monterde después de una serie de enfrentamientos que tuvieron lugar hacia el norte de la Sierra. La alegría de Eugenio y Rubén fue enorme al ver de nuevo a sus respectivas familias, todo lo contrario que la de Manuel a la que tan solo pudieron certificar su muerte pero, con la desgracia añadida de ignorar su paradero, tan solo que había tenido lugar en un punto indeterminado del término de Terriente.

Apenas cinco meses más tarde de la retirada de Monterde, los milicianos ahora reconvertidos en brigadistas volvían nuevamente a ocuparla gracias al repliegue del ejército franquista. Al poco tiempo de su entrada comenzaron a llegar al pueblo, alguna de las familias que se habían marchado a finales de noviembre del año anterior con el avance del ejército golpista. De la misma manera, los simpatizantes franquistas habían vuelto a salir días atrás. El ejército republicano ya no encontró en Monterde un recibimiento tan entusiasta como durante el otoño anterior y, era lógico, ya que no estaban muchos de los partidarios de la República o los afines al sindicalismo. Aún con todo, el ánimo era lo suficientemente bueno como para organizarse al igual que en aquella ocasión. De esta manera, la iglesia volvió a ser ocupada, utilizándose como albergue e intendencia del Batallón que se mantuvo en el pueblo para organizar su administración y defensa. Igualmente, el Ayuntamiento se acabó disolviendo y se creó el Concejo Municipal mediante el nombramiento de una terna de seis vecinos, tal y como se hizo meses atrás.

En poco tiempo el ambiente de confraternización ya era elevado, fundamentalmente, por la presencia de los dos monterdinos y porque varios de los soldados eran antiguos milicianos bien conocidos por los vecinos del pueblo. Una de las primeras acciones llevadas a cabo fue la de continuar con el antiguo proceso de colectivización retomando el Centro de la Colectividad. Esta misma situación se dio asimismo en el cercano municipio de Bronchales y allí también se refundó la Colectividad junto a la Escuela Libre de campesinos y soldados. Pocos días más tarde salió del pueblo el grueso del Batallón quedándose tan solo dos Compañías para guarecerlo, sostener la línea del frente y reforzar las trincheras construidas por ellos mismos meses atrás.

Respecto a la Colectividad de Monterde se pudo aprovechar los sembrados del otoño e incluso parte de los tardíos y, una vez puesta en marcha, se requisó nuevamente los aperos de labranza a los hacendados locales. Apenas hubo más contratiempos durante los siguientes días ya que la vida del Centro seguía las pautas de cuando fue creado. Volvieron las collas de jóvenes y una persona mayor que les indicaba el trabajo a realizar previamente acordado en la asamblea de la tarde anterior. En la primera reunión se firmó el Acta de la Colectividad llegándose al acuerdo de que una vez segada la mies, el pueblo se quedase

únicamente con la necesaria para su sustento y, el resto, fuese para alimentar a los soldados.

Además se instruyó de nuevo la Escuela Libre donde acudían todos aquellos que querían aprender y los vecinos del pueblo que todavía no sabían leer ni escribir, siendo Diógenes uno de los maestros más activos. A esta labor también ayudó Rubén cada vez más comprometido con la cultura gracias a su nuevo compañero. Aunque lo cierto, es que su tarea estaba lejos de la docencia y se dedicaba a ayudar a la instrucción de los más pequeños en aquello que le solicitaban, canciones incluidas. Una de ellas, les llegó a gustar tanto que los niños decidieron cantarla todos los días antes de comenzar las clases.

Quisiera ver los hombres como hermanos
sin distinción de raza ni color
y que jamás turbase a los humanos
el triste afán del odio y el rencor.
Quisiera ver fundidos los cañones
que emblema son del odio y el rencor
y su metal cambiado en las naciones
por el arado emblema del amor.
Quisiera ver las tierras cultivadas
que el bien llegase a todos por igual
quisiera ver borradas las fronteras
que uniese al hombre el brazo fraternal.
Quisiera ver siempre aclamada
la paz universal.

La escuela también pudo contar con la ayuda de otro maestro de la compañía y varias mujeres del pueblo. El método de enseñanza dio un giro radical centrándose en la naturaleza, tal y como tuvo lugar en otras localidades de la Sierra como Noguera o Bronchales. Fueron frecuentes las excursiones al campo y una didáctica novedosa donde se intentaba desarrollar la capacidad escolar, dejando de lado la autoridad y las imposiciones coercitivas.

También eran frecuentes en la plaza del pueblo las charlas de los antiguos milicianos que no habían perdido ni mucho menos el espíritu revolucionario, a pesar del decreto de militarización de las Milicias Populares a comienzos de año. Casi todos los domingos se

reunían vecinos y soldados para dar rienda suelta a sus opiniones sobre las necesidades del pueblo. Tomaba la palabra aquel que lo estimaba oportuno si tenía algo importante que comentar, el personal, solía escuchar con atención y si había que discutir así se hacía por lo que en más de una ocasión hubo incluso palabras gruesas. El domingo 6 de junio de 1937 un joven miliciano alzó la mano, quería comentar a los presentes sus impresiones sobre el futuro de la juventud revolucionaria. Para concretar su postura había dedicado sus descansos durante los últimos días y llevaba escritas sus reflexiones en un papel que leyó en aquella especie de ágora rural.

Todos los jóvenes revolucionarios tienen el deber de combatir el vicio para poder formar una España limpia de toda clase de vagos, donde no se conozca el vicio que tanto mal ha ocasionado siempre a la humanidad, tal como el juego, la prostitución y el alcohol. Los jóvenes sean de las Juventudes Socialistas Unificadas, de las Juventudes Libertarias o de los que fuera tenemos que despegar una labor para redimir a la juventud de los hábitos viciosos (...) convirtiéndonos en verdaderos anatematizadores de los hábitos burgueses, de esa moral amoral que solo conduce a la degeneración (...) En fin, todos los jóvenes marxistas o libertarios hemos de trabajar por una nueva sociedad que no conozca de la miseria, la explotación, la injusticia y el parasitismo, y donde la honradez y la moralidad ocupe el primer plano (...) y para ello, trabajo y disciplina revolucionaria.

Aquellas palabras, pronunciadas por un imberbe miliciano que apenas había cumplido los veinte años fueron vitoreadas por todos los presentes y, a continuación, se dedicaron a discutir sobre la fórmula más adecuada para conseguir dicha regeneración. De hecho, tanto Rubén como Eugenio habían cambiado sustancialmente desde que se sumaron a la Columna del Rosal en el otoño de 1936. Bien es cierto, que muchos milicianos apenas diferían del resto de los mortales en cuanto a gustos o perversiones y eran dados en el momento que había la menor ocasión a beber, jugar o frecuentar prostíbulos. Sin embargo, parte de los anarquistas con los que coincidieron en la antigua Columna eran ascetas en el sentido amplio del término. Nunca les vieron fumar o beber, ni mucho menos ir con prostitutas porque decían que eran vicios burgueses que había que desterrar junto al capitalismo, algo que en un principio dejó sorprendidos a Eugenio y Rubén pero que al

final tuvo cierta influencia sobre sus hábitos. Ahora bien, las personas que más se asombraron ante la charla de aquella mañana fueron los propios vecinos de la localidad. No atinaban a entender como aquellos milicianos, a los cuales consideraban nada menos que fieros y sanguinarios revolucionarios, cobijaran semejantes pensamientos.

Fueron unos días inolvidables para Eugenio y Rubén ya no tanto por la suerte de convivir con sus familias sino porque se trataba de una situación bastante insólita. Daba la impresión de estar en la guerra como si fuera un trabajo cualquiera, ya que resultaba normal que salieran de casa para irse a la trinchera o a cumplir con las órdenes de los superiores. Pero dado el curso de la guerra resultaba inevitable que esta situación no durara demasiado tiempo. Y así ocurrió. El día 7 de julio entraron en Bronchales y Monterde dos batallones de su misma Brigada y, poco tiempo después, el resto de los efectivos de la 42 División se encontraba combatiendo en el interior de Albarracín. Estos movimientos se habían llevado a cabo debido a que el Alto Mando republicano había decidido apoyar la ofensiva que se estaba realizando en Brunete y, además, se pretendía cercar a Teruel lo antes posible para un próximo asalto. La reacción del ejército franquista no se hizo esperar y comenzaron a producirse por los pueblos de alrededor combates cada vez más virulentos. El día 10 de julio, un total de ocho batallones de las fuerzas rebeldes partieron desde los pueblos del Jiloca y Teruel en dirección a Albarracín y acabaron reconquistándola el 15 de ese mismo mes. Durante esos días fueron frecuentes los enfrentamientos en los pueblos de la vanguardia republicana como Bronchales y Monterde.

Desde sus trincheras, Eugenio y Rubén veían pasar a menudo escuadrillas de trimotores *Junkers* que bombardeaban las posiciones republicanas en Albarracín, el estruendo de las bombas era tan considerable que se escuchaba en los pueblos de alrededor. Una vez los sublevados conquistaron la capital de la Sierra se dirigió a Monterde un batallón de soldados, otro de marroquíes Tiradores de Ifni y una bandera de la Legión. Pero el grueso del ejército franquista lo hizo fundamentalmente hacia el sur, por lo que las fuerzas republicanas que guardaban Bronchales y Monterde se vieron obligadas a abandonar estas poblaciones y acudir hacia el nuevo frente, para intentar cortar el paso a los sublevados.

El Batallón de Rubén tuvo que organizar una retirada muy compleja desde Monterde. No solo se marchaban los soldados sino

que también un número considerable de civiles partidarios de la República temerosos de las represalias de los fascistas si se quedaban en el pueblo. Así pues, casi un centenar de personas la mayor parte ancianos, mujeres y niños salieron de dicha localidad en la madrugada del 16 de julio para unirse con los que huían de Bronchales a zona segura. En total, casi cuatrocientas personas se fueron prácticamente con lo puesto ya que el tiempo apremiaba y había que poner tierra de por medio lo antes posible. Durante aquella penosa marcha hubo incluso una mujer que dio a luz en una cueva.

El grupo de refugiados finalizó su andadura en Royuela donde les atendieron de la mejor manera posible dadas las circunstancias. Desde allí se dividieron en dos grupos, uno marchó a Terriente mientras que el otro se dispersó entre Salvacañete, Cuenca y Utiel. A esta última localidad acudieron varias familias monterdinas, entre ellas los padres y hermanos de Eugenio. Antes de la despedida, la madre del joven le recordó a Rubén la promesa que le había hecho cuando se llevó a su hijo de Monterde de que se lo devolvería sano y salvo al acabar la guerra. Por otra parte, la familia de Rubén prefirió quedarse en el pueblo a pesar de los peligros que tal acto les podía suponer, los hermanos eran pequeños y su madre no quería correr más riesgos.

El avance del ejército sublevado hacia el sur de la Sierra era imparable. Entre los días 25 al 31 de julio ocuparon los pueblos de Royuela, Calomarde, Villar del Cobo, Frías, Moscardón, Terriente, Saldón, Valdecuenca y Toril y Masegoso. De seguir así daba la impresión de que no se detendrían hasta llegar a Cuenca o incluso Valencia, de manera, que el Alto Mando del ejército instó a las fuerzas gubernamentales para que defendieran a todo trance aquella línea del frente.

Por ello, los efectivos de la 42 División republicana se habían hecho fuertes en el extremo sur de la Sierra de Albarracín, mientras tanto la Brigada de Rubén estaba acantonada entre Masegoso y Arroyofrío. Este último lugar se encontraba a los pies del Puntal Lázaro que era el pico más alto del contorno y, allí, los milicianos de la Brigada estaban preparando la defensa a marchas forzadas. Aprovechaban la irregular geografía del cerro para organizar las trincheras, cubrir el entorno de fosos, colocar parapetos, varios muros para la defensa y buscaron además la perfecta ubicación de los nidos de ametralladoras y la artillería. Pero todo aquel esfuerzo parecía no ser suficiente para vencer al enemigo, debido al estado anímico de los combatientes después de

la derrota en Albarracín y la huida precipitada por tantos pueblos de la comarca. De esta situación se daban perfecta cuenta los mandos republicanos y algunos milicianos, entre ellos Vicente el *Temerario*, que constantemente arengaba a sus compañeros con la intención de insuflarles los ánimos necesarios.

—Yo no me alisté a las Milicias Confederales para correr por la Sierra como si fuera un cobarde y me imagino que vosotros tampoco; de manera, que aquí y ahora tenemos que prometer no retroceder jamás de esta posición. O paramos a los fascistas o está todo perdido —repetía una y otra vez.

No tardó mucho tiempo en tener oportunidad de demostrarlo ya que el día 2 de agosto dio comienzo de nuevo las hostilidades. La 61 Brigada Mixta, tuvo que vérselas con una bandera de la Legión y los tabores de la Mehala de Tetuán que eran tenidos por los moros más crueles y sanguinarios. Los choques eran terribles y las bajas durante ese día y en los sucesivos se fueron acumulando en ambos bandos, pero a pesar de todo el Puntal Lázaro se mantenía firme así como el resto de las trincheras en aquella parte de la Sierra.

Tal como pasaban los días el estancamiento del frente se preveía que iba para largo, sin embargo, un suceso casual alteró definitivamente los tiempos. El día 19 de agosto acudió a la posición republicana desde la retaguardia un pequeño grupo de civiles acompañados de varios soldados y, una vez allí, se dirigieron directamente al puesto de mando de la Brigada. Al instante, salió el capitán del 3 Batallón a la búsqueda de cinco voluntarios que conocieran el terreno y tuvieran buena puntería para realizar una misión importante. Debido al breve receso del combate que había en esos momentos no tardó en volver con ellos. Se trataba del propio Rubén, Eugenio, Vicente, un miliciano natural de Jabaloyas y Diógenes que entre todos además de ser el de más edad era el tirador más experimentado.

—Cuento con vosotros para dar un golpe de mano a los moros —comentó el capitán—. Acabamos de tener noticias gracias a estos compañeros de Toril y Masegoso de la manera de actuar que tienen los tabores que nos están atacando... pero será mejor que os lo cuenten ellos mismos.

Ante aquella petición, el grupo de civiles dirigió la mirada a uno de ellos que fue quien finamente se decidió a hablar. Su tono de

voz era grave, conocedor de la importancia de las noticias que llevaba. Pero al mismo tiempo, estaba ciertamente cohibido por la presencia de los soldados y la expectación que había causado desde que habló con ellos en Masegoso durante esa misma mañana.

—Como le he comentado a vuestro capitán, nosotros somos vecinos de Toril y Masegoso que está aquí al lado y todos hemos pertenecido al sindicato de la CNT que hubo en el pueblo... y por si no lo saben era uno de los más importantes de toda la Sierra de Albarracín... Bueno, a lo que iba... lo que hemos venido a deciros, es que mi hermano y yo somos pastores de toda la vida y estos días atrás como íbamos de sesteros teníamos el ganado guardado en una paridera del campo. Y ahora viene lo bueno, desde el comienzo de la guerra tengo unos prismáticos que me viene de perlas para vigilar por si acaso... Lo que quiero decir, es que he visto desde allí que los moros tienen mucho aprecio a alguien a quien veneran y rodean antes de liarse a pegar tiros... es como si necesitaran que les diera su bendición para coger las armas. Y observándolos detenidamente me he dado cuenta de que no hacen nada hasta que les da el visto bueno... pasa igual que aquí con los curas solo que ellos están como hipnotizados con el suyo...

—Ese individuo es un santón y cada Mehala tiene uno —interrumpió el capitán aquel relato—. He dejado que os lo comentara él a su manera, ha visto uno de sus ritos más importantes antes de entrar en la batalla así que ya sabéis como piensan los moros. Primero el santón los bendice... igual hasta les asegura que si mueren irán al paraíso con un montón de vírgenes o que resucitarán en su tierra ¡Qué sé yo! Pero lo que es bien cierto es que son más arrojados y sanguinarios que nadie y eso que pelean al lado de requetés y legionarios. Después de la bendición es cuando sus mandos les ordenan entrar en combate y ya habéis visto cómo se las gastan. Por eso, vuestra misión será eliminar al santón. Para ello, acompañaréis a los pastores que os indicarán la forma de acercaros lo más posible sin ser descubiertos y matarlo cuando tengáis la menor oportunidad. El peligro vendrá luego porque tendréis que esconderos a toda prisa, pero antes disparad una bengala para que sepamos que habéis cumplido con la misión y en ese preciso momento atacaremos todos a una. Llevaros una *Breda* con la munición correspondiente que no puedo daros nada mejor... Diógenes, carga tú con el fusil ametrallador y encárgate de la operación que eres el más veterano —concluyó.

Así quedaron. Acto seguido iniciaron todos juntos el camino hacia Masegoso donde se deshizo el grupo, los vecinos se fueron a sus ocupaciones diarias y los pastores junto a los milicianos de la Brigada se mantuvieron a la espera escondidos en una casa. Una vez la tarde llegaba a su fin y los pastores creyeron conveniente llevaron a los soldados por zonas escarpadas y peligrosas del monte que ellos conocían a la perfección, hasta rebasar las líneas enemigas. Ya era de noche cuando por fin arribaron a la paridera donde guardaban el ganado y pudieron descansar. Antes de amanecer se levantaron de nuevo y mientras uno de los pastores se llevaba las ovejas hasta el pueblo de Toril, el otro les guiaba e iba comentando como realizarían la retirada y donde podrían esconderse, estaba claro que sería un suicidio el combate frontal. Finalmente, llegaron a un saliente en mitad de la ladera que tenía la forma de una pequeña atalaya desde donde se divisaba el campamento franquista, ahora ya solo quedaba esperar el momento apropiado para asestar el golpe.

Los milicianos estaban totalmente decididos a sabiendas de la peligrosidad de aquella misión. Se sentían con fuerza para llevarla a cabo especialmente Vicente el *Temerario* que tal y como acostumbraba, serio y sin hablar apenas, esperaba con impaciencia el momento de pasar a la acción. Lo cierto es que la ocasión sobrevino alrededor de una hora más tarde al ver como un grupo de moros se dirigía hacia una tienda de campaña y de la misma salió un personaje que les comenzó a hablar. En la atalaya, el pastor no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo monte abajo, mientras que los milicianos buscaban el mejor punto de colocación para no errar el blanco. Una vez los soldados estuvieron conformes con su posición, cada uno cargó su máuser; por su parte, Diógenes acoplaba lo mejor posible su ametralladora pese a la incomodidad del terreno.

—Mirad, es ese que acaba de salir de aquella tienda —comentó el pastor de sopetón y con evidentes signos de impaciencia—. Es él, seguro, lo reconozco por la vestimenta y sus barbas... estoy completamente seguro.

—No tenemos que fallar, hay que disparar todos a una aunque lo veamos caído —ordenó Diógenes—. En el momento que lo tengamos a tiro me vais dando el visto bueno y cuando yo lo indique disparamos todos a la vez. A partir de ese instante no hay que parar hasta acabar el cargador aunque nos parezca que ya esté muerto.

Y así fue como lo hicieron. Mientras el santón hablaba o bendecía a los suyos, cada uno de los milicianos fue indicando que ya lo tenía en el punto de mira y, a la voz de Diógenes, se produjo una descarga cerrada que dio en el blanco a pesar de la distancia. Continuaron disparando tal y como habían quedado hasta vaciar los cargadores y, una vez lo hicieron, desde el campamento se inició la consabida réplica. Los milicianos no tardaron en levantarse y en el momento que se disponían a salir, Rubén lanzó su bengala tal y como habían convenido. Mientras escapaban de aquel lugar comenzaron a escucharse disparos de bala y artillería provenientes del Puntal Lázaro y, aunque desde abajo les continuaban atacando, cada vez oían menos tiros. Por el contrario, aumentaba considerablemente el estruendo desde la posición de la 61 Brigada Mixta al campamento de las tropas franquistas.

Diógenes había tenido que abandonar el fusil ametrallador para poder correr más ligero y eso fue con toda seguridad lo que le salvó la vida, ya que por la ladera del monte donde se encontraban comenzaban a subir algunos moros disparando y persiguiéndolos. Sin embargo, los milicianos tuvieron suerte porque llegaron a lo alto del cerro sin más contratiempos. Luego, tenían que atravesar la pequeña planicie de la cima y cuando iniciaron la bajada por el otro lado de la montaña, todavía no habían aparecido sus perseguidores. A partir de ese momento y cuesta abajo, la densa vegetación junto al bosque de pinos volvía a ser el paisaje predominante. El pastor les iba indicando donde podrían guarecerse mejor y fueron repartiéndose todos entre tres escondites.

El primero de ellos fue para Vicente y Rubén mientras que los otros dos estaban casi al final de la ladera. El refugio era perfecto aunque no muy amplio. Se trataba de una roca de gran tamaño en cuyo borde se alzaba un enorme pino y varios arbustos situados en la parte inferior impedían ver el boquete existente entre la piedra y el suelo. Allí se mantuvieron agazapados durante unos minutos conteniendo la respiración por si aparecía el enemigo, hasta que llegó un momento que se creyeron a salvo, pero estaban equivocados. Cuando ya pensaban que había pasado lo peor, unos ruidos les previnieron de todo lo contrario ya que por la ladera bajaban algunos soldados escudriñándolo todo a su paso. Pero ellos se encontraban relativamente tranquilos porque, a pesar de la estrechez de la abertura, estaban muy bien camuflados y la veintena larga de moros que Rubén creyó ver pasar lo hicieron sin que advirtieran su presencia.

Transcurrían los minutos y no había novedad pero a pesar de todo Rubén y Vicente no se movieron del lugar ni tan siquiera hablaron, tan solo algún que otro susurro por cualquier incidencia. En un momento dado empezaron a percibir el sonido de un silbato que provenía desde la cima de la montaña y sonaba una y otra vez con machacona insistencia. No tardó en escucharse algunas voces de sus perseguidores llamándose entre ellos y, a continuación, los milicianos observaron cómo volvían a subir todo lo rápido que podían obedeciendo el reclamo de su capitán. Además comenzaron a oír disparos de forma más nítida y concluyeron que algo estaba ocurriendo no muy lejos de allí.

Ya se habían marchado todos o al menos así lo creyó Rubén cuando en un acto de relajación se asomó de su escondite con tan mala fortuna que dos soldados moros lo descubrieron. Apenas le dio tiempo a reaccionar y si bien volvió a meterse en el arbusto, uno de ellos, le disparó dándole en el hombro mientras el otro lo agarraba del cuello de la camisa y lo sacaba de allí. Rubén, dolorido, se quejaba amargamente y cuando iba a recibir el disparo de gracia sonó un tiro que alcanzó a su agresor matándolo al instante. En ese momento, el otro soldado intentó levantar su fusil para rematar a Rubén. Pero antes de que ni tan siquiera pudiera apuntarle, de un gran salto y con agilidad felina se le echó encima el *Temerario* y, derribándole al suelo, le clavó repetidas veces el puñal en el pecho. Todavía no había muerto cuando se colocó a su espalda y levantándole el cuello, de un solo tajo, le seccionó la garganta.

—Así os gusta matar, así quiero que mueras —fueron sus palabras.

Luego miró con recelo a su alrededor por si todavía había alguno más, pero tan solo apreció a media ladera como el pastor y los otros milicianos subían lo más rápido que podían. Se giró y a continuación fue hacia donde estaba Rubén. Éste sangraba ligeramente en su hombro izquierdo pero impedía la hemorragia apretando con la mano ilesa.

—Mantén la presión que te voy a vendar la herida —le comentó.

—Me has salvado la vida.

—No me lo agradezcas a mí agradéceselo a Diógenes, si no

llega a disparar al primero que te iba a rematar ahora mismo ya estarías en el otro barrio. Pero dejémonos de sermones y parabienes que el peligro todavía no ha pasado.

—Estad tranquilos que se han ido todos —intentó calmarlos el miliciano de Jabaloyas.

—¿Estás seguro? —Preguntó el *Temerario*.

—¡Sí! De golpe y porrazo se detuvieron y comenzaron a subir a toda prisa. Salimos con cuidado y vimos que solo quedaban dos por donde tenáis el escondite, menos mal que Diógenes se dio cuenta de todo.

—Tuvo que ser cuando escucharon el silbato —intervino Rubén—. Los de abajo seguro que no lo sintieron pero aquí arriba sí se oyó. Yo creo que tenía que ser una llamada para que se agruparan.

—¿Qué hacemos, nos quedamos aquí o subimos a ver qué pasa? —intervino Eugenio algo nervioso por todo lo ocurrido.

—Podemos subir pero por donde yo os guíe —indicó el pastor—. Por una parte del alto sobresalen unas rocas de tamaño considerable y podremos ver lo que ocurre desde el Puntal Lázaro hacia aquí, además, será fácil escondernos hasta que decidamos qué hacer.

—De acuerdo, marchemos allá.

Subieron los cinco hacia la cumbre rodeando la montaña para no salir del pinar y ocultándose tal y como habían quedado. El lugar era idóneo ya que nadie los había visto, en el peor de los casos se podrían defender y vender caras sus vidas. Observaron con sus prismáticos cómo se estaba desarrollando la lucha de los dos ejércitos entre el recodo de la montaña y el llano. Sonrieron abiertamente, al parecer la 42 División estaba haciendo retroceder a moros y legionarios.

Desde comienzos de agosto y hasta esos momentos, el ejército republicano estaba sosteniendo como buenamente podían las acometidas de los franquistas, éstos, nunca se imaginaron que sus contrincentes realizarían un contraataque tan sorpresivo desde sus posiciones. La muerte del santón de la Mehala les había pillado desprevenidos y llegaron a pensar por un momento que los tenían rodeados. Luego, a la señal convenida, un intenso fuego de artillería fue machacando todas sus líneas y los milicianos bajaron en tromba desde el Puntal Lázaro

echándolos de su campamento. No solo tomaron esa posición sino que en pocos días los hicieron retroceder hasta el cerro Azor, situado varios kilómetros más al noreste.

La repercusión de este avance fue impresionante porque contagió a toda la línea defensiva republicana y, tras repeler los ataques franquistas, contraatacaron las Milicias Confederales ganando parte del terreno perdido durante el pasado mes. Finalmente, el día 20 de agosto cesaron los combates a gran escala en esta zona de guerra, aunque eso sí, todavía se mantuvieron algunas escaramuzas. Desde ese momento y hasta el final de la guerra, la línea del frente en los Montes Universales quedó establecida en estas nuevas posiciones.

La herida sufrida por Rubén no revertía excesiva importancia y tras un breve descanso en Cañete se reincorporó de nuevo a su Brigada. No tenía palabras para agradecer a sus compañeros el haberle salvado la vida pero, feliz y todo como estaba, observaba con preocupación el progresivo distanciamiento de Vicente. Persistía con su carácter hosco y melancólico y cuando cualquiera de ellos pretendía indagar sobre qué le sucedía obtenía el silencio como respuesta. No contó jamás a nadie las verdaderas causas que habían originado su actitud, ni mucho menos que cada día tenía más difícil recordar con un mínimo de precisión los rasgos de sus seres queridos, eso le dolía como nadie podía imaginar.

A mediados de diciembre de 1937, el Estado Mayor del ejército de la República había puesto en marcha el asalto definitivo a Teruel. Varios Cuerpos del Ejército comenzaron una maniobra envolvente con la intención de aislar la capital. Hacia el norte, en una amplia zona situada entre Sierra Palomera y el río Alfambra, se dirigió la 42 División que había partido desde el Rincón de Ademuz. El trasiego de los soldados era enorme sobre todo en los emplazamientos artilleros y, además, por la llegada de camiones transportando pertrechos y combatientes. A las proximidades de los Altos de Celadas, se dirigía un batallón de la 61 Brigada Mixta con la 2ª Compañía de Rubén encargada de realizar el emplazamiento de las trincheras.

Todo era movimiento con los grupos de militares esparcidos por un área considerable. Conforme se iban aproximando a la zona que tenían asignada, observaron un apelotonamiento de la tropa y a cierto soldado encima de un promontorio que parecía arengar a los presentes. Por ese mismo lugar tenía que pasar la Brigada e iban escuchando cada vez con más nitidez al orador. En el momento que estuvieron lo suficientemente cerca como para oír sus palabras y ver con claridad quien las decía, Diógenes, que iba en cabeza del grupo se detuvo en seco e hizo que la mayor parte de sus compañeros lo imitaran.

—¿Qué pasa, por qué nos paramos? —fue el comentario generalizado.

—¿Pero es que no conocéis al que está hablando? —Diógenes preguntó incrédulo.

—¡No! —Respondieron al unísono.

—¡Es el poeta del pueblo!

—¿Quién?

—El poeta del pueblo, Miguel Hernández.

Ninguno de los presentes excepto Diógenes lo conocía personalmente. Y en efecto, se trataba del mismísimo Miguel Hernández, fiel seguidor de la República que actuaba en el frente defendiéndola y arengando a los soldados con su verbo intenso y reivindicativo. El resto de los miembros de la Brigada, que en un principio no se habían percatado de la presencia del poeta detuvieron su marcha y, por unos instantes, escucharon sus cálidas palabras animando al combate. Aquel parón duró algo más de lo previsto, hipnotizados como estaban por la intensidad del mensaje declamado por aquel maravilloso autor. Y cuando momentos después reiniciaron el camino todavía resonaban en sus cabezas algunos de aquellos poemas.

Caídos sí, no muertos, ya postrados titanes,
están los hombres de resuelto pecho
sobre las más gloriosas sepulturas:
las eras de las hierbas y los panes
el frondoso barbecho, las trincheras oscuras.

A pesar del intenso frío y la nieve que durante esos días se cebaba en la provincia de Teruel, todos los soldados de la 42 División

realizaban sus cometidos con renovado entusiasmo creyendo que no tardaría en llegar la tan ansiada toma de la capital. También sus comisarios políticos tenían una ardua labor que cumplir y a ella se dedicaban con gran afán siempre que eran requeridos.

—Necesito a cinco voluntarios para una misión peligrosa y para ello quiero milicianos audaces, sin miedo, de absoluta confianza y a ser posible que conozcan Teruel. Y por supuesto también cuento contigo que la vas a tener que dirigir —comentó el Subcomisario y Secretario General de la 42 División a su amigo y compañero el Comisario Político del 3 Batallón.

—Por mi parte no hay ningún problema aunque por lo que me dices tiene toda la pinta de ser muy arriesgada.

—Sí lo es, pero por encima de todo se trata de una misión secreta que proviene del Alto Mando del Cuerpo del Ejército, por eso te necesito. Durante el día de hoy os daré todos los datos y mañana tendréis que ir sin falta a Teruel.

—Creo que tengo a los compañeros que me pides... espera un momento que vuelvo con ellos.

Dicho y hecho. El Comisario se dirigió a una loma donde varios milicianos estaban acondicionando a marchas forzadas una construcción defensiva. Desde que escuchó la propuesta lo tenía claro por lo menos con dos personas en las que podía confiar totalmente, el uno por arrojado y valiente, el otro por reflexivo y cabal.

—Vicente... Diógenes... bajad que quiero hablar con vosotros.

Los dos aludidos dejaron sus respectivas tareas y acudieron prestos a la llamada del Comisario Político. Una vez estuvieron juntos los apartó a cierta distancia para que la conversación que iba a mantener con ellos no fuera escuchada por nadie más.

—Iré al grano, necesito de vosotros para una misión peligrosa que se ha de realizar en Teruel, pero tenéis que elegir a tres compañeros más que sean de vuestra absoluta confianza y que también estén dispuestos a correr con los riesgos. Además, de ser posible sería conveniente que fuesen de Teruel o por lo menos que la conociesen.

Tras unos instantes de vacilación salieron a relucir los nombres de Eugenio y Rubén, junto al de otro miliciano que conocían llamado

Teófilo y era natural de un pueblo próximo llamado Corbalán. El comisario dio su conformidad y ante una indicación suya fueron a buscarlos, en unos minutos ya estaban reunidos. Ante aquella novedad, lo cierto es que todos habían aceptado encantados y expectantes y eso que tan solo sabían que el Comisario Político quería comentarles cierta cuestión. Pero lo que les llenaba de orgullo y satisfacción al grupo de amigos de Rubén, especialmente a Eugenio, era la sensación de ser personas importantes dentro de la 61 Brigada Mixta. Era la segunda vez en pocos meses que habían pensado en ellos para realizar algún cometido significativo, porque con toda seguridad es lo que parecía ser aquella llamada. Eso sí, también era cierto que cualquier excusa merecía la pena para salir de aquel lugar y hacer lo que fuera —pensaban los elegidos—, todo, antes que acabar congelado o aguantar un minuto más aquel puñetero invierno. Poco tiempo tardaron en llegar al barracón donde estaba instalado el mando de la 61 Brigada Mixta. Nada más entró el grupo, se toparon con el Subcomisario y Secretario General de la 42 División al que saludaron formalmente con el puño en la sien. Éste los llevó a todos a una sala contigua que estaba vacía y sin más dilación comenzó a comentarles el por qué se encontraban allí. El tiempo apremiaba.

—A partir del momento que empiece a hablar ya no habrá vuelta atrás, por eso quiero que me confirmes definitivamente si son el tipo de personas que te he pedido —le preguntó al Comisario del Batallón antes de comenzar.

—¡Sí! Son todos milicianos desde los tiempos de la Columna del Rosal y completamente de fiar —respondió el aludido.

—El cometido que tenéis que realizar es muy delicado —se dirigió a los soldados el Subcomisario de la División—. En primer lugar, os tengo que decir que la orden viene dada desde el mismísimo Alto Mando.

Fue nombrar a las altas esferas y más de un voluntario comenzó a pensar que maldita la gracia el haberse ofrecido tan desinteresadamente, o también que quizás el frío que hacía no era para tanto y se había precipitado... Siguió hablando el Comisario, informándoles que les iban a dar un salvoconducto para que actuaran en Teruel como Comisionados del Alto Mando para seguir el desarrollo de la batalla y el estado de la ciudad. Irían los cinco más el Comisario Político del Ba-

tallón. Y como tapadera les acompañaría el fotógrafo que cubría los acontecimientos militares publicados en el semanario “Libertad”, órgano de la 42 División del XIII Cuerpo del Ejército. Llegado el momento de comenzar a exponer el propósito que les había llevado allí, el Subcomisario extrajo de una carpeta que llevaba consigo el retrato de una persona y la entregó al miliciano que tenía más cerca, indicándole que memorizara sus rasgos y la fuera pasando al resto de sus compañeros.

—Vuestra misión será buscar a un prisionero de los fascistas que se llama Javier Bordón. En realidad, se trata de un espía de nuestra División que fue detenido cuando quería salir de la capital y que dispone de conocimientos precisos sobre los movimientos de los facciosos por la Sierra de Albarracín, además del organigrama que han creado para tener bajo su control a cada uno de sus pueblos. Y por lo que hemos llegado a saber, está al corriente de otras cuestiones de suma importancia que ha estado investigando durante las últimas semanas. Según nos ha comunicado nuestro servicio de información, antes de comenzar el ataque a Teruel lo tenían encerrado junto a otros republicanos en uno de los sótanos situados en el edificio del Seminario pero que lo desconocían todo sobre él, su tapadera en la capital era perfecta.

—¿Y por qué tenemos que ir nosotros a rescatarlo y no cualquier unidad de las que ya están combatiendo en la capital? —preguntó uno de los milicianos recogiendo sin duda alguna el pensamiento del resto de los presentes.

—Por dos motivos. Primero, la Sierra de Albarracín ha sido desde que comenzó la guerra un asunto exclusivamente nuestro, siempre hemos estado a punto de hacernos con su control pero hemos fallado en todas las ocasiones. Y en segundo lugar, se trata de una cuestión que afecta a los mandos de nuestra División y ellos no quieren injerencias de nadie. Aunque combatimos en el mismo bando cada Cuerpo del Ejército tiene su propia forma de actuar y el nuestro no quiere intromisiones de ningún tipo, ¿he satisfecho tu curiosidad?

El miliciano calló incómodo por la hosca respuesta dada y pensó que lo mejor sería estar callado y asentir el resto de la explicación. En ese momento, recordó los consejos que muchos amigos siempre le habían dado: en el ejército no te presentes voluntario ni a comer, así nunca tendrás de arrepentirte de nada.

—Pero no se trata solo de comprobar si aún vive y traerlo aquí —continuó el Subcomisario tras la breve interrupción—, también tenéis que impedir a todo trance que dé con él cierto capitán de la 40 División que están combatiendo allí mismo. Este oficial se llama Trinidad Piquer y lo más seguro es que ya lo esté buscando porque estamos convencidos que cuenta con su propio grupo de investigación —volvió a extraer otra fotografía de la carpeta que asimismo entregó a los milicianos para que lo pudieran reconocer.

Llegado ese momento todavía se puso más serio y después de un breve silencio comentó con tono grave mirándolos fijamente y con marcada intensidad.

—Ahora quiero que sepáis el fondo de esta cuestión, o Javier Bordón viene con nosotros o no va con nadie y con el capitán Trinidad Piquer todavía menos. Tenemos que tener en cuenta que van a utilizar toda la documentación que obtengan contra nuestra División, pero no lo vamos a permitir bajo ningún concepto. Supongo que no tengo que enseñaros las múltiples formas que existen para hacer desaparecer a una persona... o dos... sin que nadie se entere ¿Estamos?

Rubén no pudo evitar torcer el gesto ante aquella revelación, no le importaba combatir contra quien fuera pero eso de matar a nadie a sangre fría jamás lo había hecho y ni tan siquiera se lo había planteado. Además, tuvo la mala suerte que el Subcomisario apreciara los cambios en el rictus de su rostro.

—¿Te ocurre algo? —inquirió con determinación.

—No, nada... —titubeó incómodo.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, mi...!

—Bueno, pues prosigamos —le interrumpió con sequedad—. Por último y lo más importante, esta conversación no puede salir de aquí ya que tenemos mucho en juego... el éxito de esta empresa depende exclusivamente de vosotros y de que mantengamos nuestros pasos en el más absoluto secreto.

A continuación, extrajo de la carpeta unos documentos y tras anotar el nombre correspondiente se lo entregó a cada uno de ellos junto a otro especial para el comisario del Batallón. Eran su salvocon-

ducto por el trabajo de Comisionados junto a un plano de Teruel. Una vez que el Subcomisario se despidió de los milicianos, éstos continuaron en aquella sala comentando los pormenores de la operación y observando con detenimiento las fotografías. Antes de partir a la madrugada del día siguiente se les agregó el fotógrafo. Una vez estuvo el equipo al completo subieron los siete al camión ambulancia que hacía el servicio de sanidad de la Brigada para acercarlos todo lo posible a Teruel. El trasiego por las cercanías de la capital era considerable y la batalla para su conquista se encontraba en el punto más álgido, por eso, las dificultades de tránsito eran enormes. Casi habían llegado a su destino, cuando escucharon una serie de explosiones y, el conductor, observó cómo varios cazas *Messerschmitt* de la Legión Cóndor alemana bajaban en picado desde el cielo y ametrallaban los vehículos que circulaban por la carretera. Todos los ocupantes del camión salieron del mismo con rapidez y se tendieron en el suelo al abrigo de cualquier hueco donde pudieran protegerse del fuego enemigo.

La artillería republicana intentaba repeler aquel ataque. Al final acabó consiguiéndolo y uno de los aparatos resultó alcanzado estrellándose contra el suelo entre el júbilo de los artilleros y la soldadesca en general. Pero a pesar de la retirada momentánea de los aviones enemigos, lo cierto es que habían tenido oportunidad de realizar varias pasadas que ocasionaron algunos muertos y heridos. Uno de los soldados afectados fue el propio Diógenes que había sido alcanzado por la metralla en su brazo izquierdo, pero aunque sangraba, lo cierto es que su herida no era grave. Sin embargo ya no podía continuar, por lo que no tuvo más remedio que retornar con la ambulancia para ser atendido en el hospital de campaña. Se trataba de un contratiempo importante pero por encima de todo estaba el cumplimiento de la misión. Era ya el mediodía cuando los milicianos llegaban a las proximidades de la plaza de Carlos Castel, también conocida como del Torico, en medio de un desolado paisaje.

Durante los últimos días del año 1937 y en medio de aquella infernal batalla, los combatientes en la capital turolense morían tanto por las balas enemigas como por el intenso frío que se padecía durante

ese invierno. Caminar entre las ruinas causadas por los constantes bombardeos y ateridos por aquel tiempo gélido resultaba toda una proeza para los soldados republicanos, tanto, como evitar las caídas a causa del suelo helado o por los cascotes que cubrían las calles.

Después de varios días de lucha, las únicas posiciones rebeldes que quedaban en la capital turolense eran la Comandancia Militar y el Seminario. Este último edificio de infausta memoria había sido utilizado para encarcelar a los republicanos de Teruel desde el comienzo mismo del levantamiento militar y, en estos momentos, era todo un símbolo en ambos contendientes. Para los autodenominados “Nacionales” representaba la resistencia numantina frente al ejército republicano, mientras que éstos lo consideraban la antesala del terror y había que conquistarlo a toda costa. El ejército de la República llevaba tiempo intentando acabar con este reducto y aunque el empuje de la tropa era considerable, su avance apenas ofrecía resultados satisfactorios debido a la resistencia que encontraban. Parapetados entre las numerosas ruinas los defensores vendían cara su piel. Se agazapaban en cualquiera de los huecos dispersos entre los escombros del edificio y disparaban contra los atacantes, ocasionando un número considerable de bajas. Una vez el grupo de Rubén se presentó a los mandos de la División que efectuaba los ataques al Seminario, acompañaron a los soldados que cada vez se encontraban más cerca del edificio hasta que llegada la noche se retiraron a un puesto más seguro.

A la mañana siguiente día de nochebuena y en medio del enésimo asalto, los proyectiles lanzados por la artillería republicana comenzaron a caer cerca del Seminario. Un grupo de los Comisionados compuesto por el miliciano de Corbalán, el fotógrafo y el comisario no perdían el contacto con el capitán Trinidad Piquer desde la noche anterior y se encontraban junto a él, aunque algo retirados de donde estaban teniendo lugar los enfrentamientos. Por otra parte, Eugenio, Rubén y Vicente el *Temerario* iban a la vanguardia del ataque junto a los soldados que se estaban aproximando al Seminario, su objetivo común. En un momento dado escucharon el ruido ensordecedor de un obús al explosionar y, unos segundos después, otro más descargó a poca distancia e hizo que se derrumbaran los restos del edificio que separaba a los contendientes. La onda expansiva de la explosión los lanzó al suelo como si fueran simples guiñapos y la enorme polvareda que siguió a continuación, impedía ver la situación en que había que-

dado todo aquél contorno. Unos segundos de inquietante silencio siguió al estampido y poco a poco la nube de polvo se fue disipando entre las ruinas.

La detonación había lanzado a Rubén al otro lado del cráter ocasionado por el estallido de la bomba y su estado era lamentable con el cuerpo magullado y sangrando ligeramente por la cabeza, además, permanecía semiinconsciente y cubierto de cascotes. A su lado, Vicente exhalaba su último aliento de vida. Una viga de madera le había aplastado el pecho y tenía el resto del cuerpo cubierto con los fragmentos de una pared. Por fin había visto cumplido su objetivo con la muerte y en los últimos instantes de su existencia parecía que incluso sonreía, pensando que en el momento que cerrara los ojos estaría para siempre con su añorada familia. Cerca de ambos se encontraba Eugenio, el cual no había sido tan afectado y aunque también cayó al suelo apenas tardó en levantarse. Iba serpenteando entre restos de hielo y los escombros acumulados como si se tratara de un sonámbulo, sin tener la más mínima idea de hacia dónde se dirigía. También en uno de los extremos de aquél boquete, en la zona que lindaba con el Seminario, emergió otra figura que se tambaleaba torpemente e intentaba abrirse paso entre un cúmulo de piedras.

Al momento, una brisa gélida comenzó a soplar con cierta intensidad y ayudó a que la niebla se fuera disipando. Ya casi comenzaba a vislumbrarse más nítidamente los contornos del lugar cuando aquellas dos siluetas fantasmales acabaron situándose frente a frente, a pocos metros de distancia. Siguió un instante de estupor todavía anonadados por los efectos de la explosión. Asimismo, el tétrico silencio que se había adueñado del ambiente imponía lo suyo, casi más que el ruido de los disparos o el estallido de las bombas. Sin embargo, esta tregua de mortífera sordina no tardó mucho tiempo en desaparecer y comenzó a escucharse de fondo, como un turbador susurro, el lamento estremecedor de los heridos de ambos ejércitos. En ese instante, los dos soldados recompusieron su ánimo y al poder distinguirse con más claridad se dieron cuenta que pertenecían a los bandos opuestos de aquella guerra fratricida.

Eugenio miró con insistencia a su alrededor tratando de encontrar su perdido fusil y lo mismo ocurría con su anónimo enemigo. Ninguno lo encontró en la zona más próxima, sin embargo, entre lo que se adivinaba restos de una pared esparcida por el suelo pudieron

apreciar la forma de una pistola y hacia allí corrieron a trompicones. Los dos acabaron resbalándose entre los restos de fango y hielo, pero fue el falangista quien al llegar primero se abalanzó sobre el arma y, tras cogerla, apuntó hacia la cabeza de su oponente. En el preciso momento en que iba a disparar abrió los ojos de par en par como si no diera crédito a lo que estaba descubriendo.

—¿Eugenio...? —Preguntó en medio de su asombro y tras un breve examen a la figura que tenía enfrente concluyó con determinación— ¡Tú eres Eugenio Lahuerta!

Por su parte, el joven monterdino escrutó detenidamente la cara de su enemigo ante la sorpresa ocasionada por aquel reconocimiento. Dudó un instante, pero a pesar del tiempo transcurrido y de la barba descuidada que poblaba su rostro no tardó en descubrir de quien se trataba.

—Maldito fascista. De todos los hijos de puta de tu ralea he tenido la desgracia de caer en manos de... ¡José María Caveró! —exclamó frunciendo el ceño y apretando los puños con fuerza mientras éste seguía apuntándole con la pistola.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro del falangista y quiso disfrutar de aquél maravilloso momento antes de ejecutarle. Iba a matar a un condenado “Rojo” que para más inri conocía, era de su mismo pueblo y, además, tenía muchas cuentas pendientes que saldar. Ese rencor visceral hacia todo lo que representaba se podía percibir en el cariz de la mirada que mantenía frente al rostro de Eugenio. Y ante tal circunstancia, José María Caveró se relamía por dentro pensando en lo que se disponía a realizar ¡No se podía pedir más!

Sin embargo, con lo que no contaba el falangista era la felina reacción que tuvo Eugenio Lahuerta. Dándose ya por perdido y no teniendo nada que temer se lanzó como una centella hacia su oponente sujetándole el brazo en el preciso instante que se disponía a disparar. Como consecuencia del forcejeo, la pistola salió como un resorte de su mano perdiéndose entre el fondo de unos cascotes. Entonces, al faltarles algún arma, los dos contendientes pasaron directamente a las manos forcejeando con fuerza. Aquella pugna solo duró un instante porque acabaron por separarse y, sin más dilación, se inició una lucha brutal sin tiento ni pausa y con toda la violencia del mundo. Después de la más variada tipología de golpes el cansancio comenzaba a hacerse

notar. Apenas se mantenían en pie pero seguían enzarzándose y, ahora, abrazados literalmente en un cuerpo a cuerpo cada uno de ellos intentaba estrangular al contrario.

Eugenio daba la impresión de que podía con su adversario y con sus manos atenazaba cada vez con más ímpetu el cuello de su oponente, mientras los dedos de José María comenzaron a dejar de presionar con la fuerza del principio. Sin embargo, viendo que acabaría mal en aquel envite realizó un último esfuerzo y golpeó furiosamente con su cabeza la del adversario que, sin esperarlo, cayó medio inconsciente al suelo. Respiró con fuerza el falangista, como si intentara recuperar de golpe todo el aire que le había faltado cuando estuvieron a punto de estrangularle. Se sentó encima de Eugenio y comenzó a propinarle puñetazos ensañándose con rabia, éste, se sintió definitivamente derrotado y acabó por abandonarse a su suerte. Entonces, José María le aprisionó la garganta con la mano izquierda y con la derecha tanteó por su alrededor buscando algún objeto con el que descargar su furia.

El joven republicano apenas tenía fuerza para oponerse y con sus dos manos intentaba evitar la presión que ahora ejercía sobre su cuello aquel odiado paisano. No lo consiguió, además, los latidos de su corazón se aceleraron cuando vio cómo José María se disponía a golpearle con una piedra. El falangista, sintiéndose ganador de aquella pelea se relajó durante un instante tratando de recomponerse y se dispuso a machacarle la cabeza. Levantó con fuerza el brazo para proporcionar más ímpetu al golpe y cuando se disponía a dárselo notó un chasquido en su espalda y, a continuación, el aire comenzó a faltarle fallándole las fuerzas. La piedra se resbaló entre sus dedos cayendo a su lado y, José María, en medio de un persistente ahogo se dio de bruces con Eugenio en un abrazo mortal.

La figura de un soldado republicano se aproximaba por detrás de ellos y cuando llegó donde estaban puso el pie encima de la espalda del rebelde, hizo presión con una mano y extrajo el machete clavado en su espalda. Era Rubén, que instantes atrás había podido recomponerse de los efectos producidos por la explosión y se dio cuenta de lo que le estaba sucediendo a su compañero. Luego, cogió al falangista por el hombro tirándole con fuerza hacia un lado para liberar a su amigo. Éste fue recobrándose poco a poco y tras un instante le dio la mano a su salvador para que le ayudara a incorporarse.

—¿Has visto quién es? —preguntó Eugenio todavía asombrado y algo nervioso por lo que le había sucedido.

Rubén miró hacia el caído que se encontraba tumbado boca arriba con los brazos abiertos, se acercó y ojeó detenidamente sus facciones.

—¡No puede ser! No me digas que es José María...

—Pues sí, él es ¿Qué te parece? Estaba a punto de matarme, si no llega a ser por ti no lo cuento. Te debo la vida amigo.

—Déjate de tonterías, ayudarse es el deber de los auténticos compañeros. Tú habrías hecho lo mismo ¿o no?

Eugenio Lahuerta se disponía a confirmar aquella pregunta cuando la explosión cercana de un nuevo obús impidió su respuesta. De forma instintiva ambos se tiraron al suelo al tiempo que con sus brazos protegían la cabeza. En el momento que se levantaron, Rubén se acercó hacia el falangista y colocándole los dedos en la yugular comprobó que mantenía el pulso, entonces lo zarandeó sin miramientos.

—Despierta de una vez José María, que mala hierba nunca muere... maldita sea tu estampa José María Cavero ¡Despierta de una vez! Has sido el carnicero más hijo de puta que han parido en Monterde —le gritó Rubén con un tono de voz cargado de odio.

El benjamín de la ilustre familia monterdina conocida como *Los Señoritos*, seguía manteniendo los ojos abiertos y aunque respiraba con cierta dificultad ladeó la cabeza para observar detenidamente a Rubén. Su mirada estaba cargada asimismo de un profundo resentimiento conocedor de su muerte inmediata. Aunque más que la puñalada, lo que le dolía en realidad era que hubiera sido a manos de un paisano suyo perteneciente a la camarilla de “Rojos” de Monterde, catterva miserable a la que aborrecía más que a nada en este mundo. Una mueca de asco y odio se hizo visible en su cara tensionando los músculos faciales hasta el máximo, sobre todo cuando escuchó la voz de su presunto ejecutor.

—De esta no sales José María, vamos dime ¿qué hiciste con Rafael? Te lo llevaste un día y hace más de un año que no sabemos nada de él. ¿Qué has hecho?, ¿lo matasteis o lo tenéis encerrado...? Vamos, ¡dímelo!

En estos momentos, José María, a pesar de encontrarse en tan delicada situación comprobó que todavía guardaba un as en la manga. La vida se le escapaba por momentos y él lo intuía pero a pesar de todo esbozó una sonrisa cargada de mordaz ironía y miró fijamente a los ojos de Rubén.

—Solo te puedo decir... que estará pudriéndose... en el infierno... —expuso a media voz, casi sin aliento y en medio de incesantes dolores.

—Te mueres y tú lo sabes —insistió Rubén con firmeza— ¿cómo puedes tener semejante redaños para tratar así a una familia que no te ha hecho nada en la vida salvo pensar de distinta manera? ¿Qué culpa tiene Violeta que malvive con una infinita pena por no saber nada de su marido? Se hombre al menos por una vez en la vida y dínos lo que sabes ¿dónde está Rafael?

—Que... te jodan... “Rojo” de mierda.

En ese preciso instante hizo explosión una mina muy cerca de donde se encontraban y acabó por derribar los restos de la pared que les protegía de las posiciones enemigas. Un sinfín de ligeros y minúsculos cascotes surcó el aire alojándose no muy lejos de allí. En el momento que escampó, desde las ruinas del Seminario comenzó a lloverles una salva de disparos ahora que los defensores franquistas volvían a tenerlos a tiro. Otro nuevo obús explotó cerca del edificio donde se parapetaba el último reducto de los rebeldes turolenses. Entonces, Eugenio y Rubén echaron a correr hacia sus posiciones dejando a José María Cavero vendido a su suerte. Antes de salir de allí aún pudieron contemplar a su compañero Vicente el *Temerario* que yacía sepultado casi por completo, fue una mirada fugaz pero suficiente. Estaba muerto y nada podían hacer por él, de manera, que se fueron escondiendo entre las ruinas y gritaron con fuerza a los soldados republicanos para que no les dispararan.

Una vez los Comisionados de la 42 División estuvieron juntos de nuevo, procuraron recobrar el ánimo después de la experiencia sufrida y pasaron a comentar las nuevas que habían descubierto. Básicamente dos cuestiones afloraron de aquel encuentro, que el susodicho capitán era de armas tomar, ladino, retorcido e hijo de mala madre y que la caída del Seminario todavía iba a ser cuestión de días. Pero lo más importante fue la muerte de su compañero Vicente el *Temerario*,

algo que les dolió a todos de manera especial. En el momento que tuvieron la oportunidad recogieron su cadáver para enterrarlo junto al resto de republicanos muertos durante aquella jornada. Pero eso sí, nunca nadie conoció la historia de su vida, fue un secreto que el malogrado miliciano se llevó a la tumba.

Dos semanas más tarde, el viernes 8 de enero del año 1938, el coronel Rey d'Harcourt jefe militar de la plaza se rindió al ejército republicano. Al día siguiente después de repasar como todas las jornadas la fotografía de Javier Bordón, los Comisionados supervivientes observaban la rendición del último bastión de los rebeldes en el Seminario, mientras el fotógrafo tomaba las instantáneas pertinentes. Una vez los militares franquistas y aquellos que todavía podían valerse por sí mismos salieron del edificio, varios soldados entraron para comprobar los heridos de consideración que seguían amontonados en los sótanos y que todavía no habían sido evacuados. También lo hicieron ellos y, mientras el fotógrafo immortalizaba aquellas escabrosas escenas, seguían escudriñando todo a su alrededor intentando descubrir allí a Javier Bordón. En el momento que penetraron entre los restos del Seminario el hedor llegaba a hacerse insoportable, pero a pesar de todo decidieron continuar aunque lo harían por separado. Eugenio y Rubén se irían por una parte mientras que los otros tres buscarían por el lado contrario, eso sí, quedaron que al cabo de dos horas se verían de nuevo en la plaza del Torico.

En el interior del edificio los heridos se acumulaban por decenas y, junto a ellos, extendidos en el suelo, se hallaban una gran cantidad de cadáveres. Algunos estaban depositados allí desde hacía varios días por lo que el ambiente era casi irrespirable a pesar de las gélidas temperaturas. Sin embargo, comprobaban las facciones de todos ellos con el ánimo encogido, tanto, por el macabro aspecto de los difuntos como si se asemejaban a quien estaban buscando.

Seguían caminando por aquel recinto cuando al pie de uno de los fallecidos comprobaron la presencia de una niña de corta edad y a su madre velándole. Sus gritos histéricos se hacían sentir por encima de los amargos quejidos de los heridos, tanto, que los dos monterdinos fijaron su atención y detuvieron su marcha para apreciar mejor los rasgos del difunto. La mujer, que se mantenía arrodillada a sus pies volvió su cabeza al sentirse observada y escudriñó con determinación a los soldados censurando aquella intromisión a su intimidad. Las miradas

se cruzaron durante un instante, tras el cual, Eugenio Lahuerta atinó a realizarle una pregunta con cara de estupefacción, como si no se acabara de creer lo que estaba viendo.

—Eres... ¿María Rosario?

Se trataba de la segunda sorpresa que tenía en menos de quince días con una de las familias monterdinas a las que más aborrecía en este mundo. La mujer, después de una breve vacilación frunció el ceño al reconocer asimismo a los soldados.

—¿Vosotros...? ¿Qué hacéis aquí? Acaso venís a hurgar en mi herida. No habéis tenido bastante con haber matado a mi marido que encima queréis burlaros de una pobre viuda —respondió la mujer elevando la voz todavía más.

Eugenio quiso responderle pero se anticipó Rubén.

—Si José María Cavero ha muerto lo ha sido en acto de guerra y en cualquiera de ellas mueren los combatientes a centenares y a miles. No te puedo decir que lo siento, en ese caso mentiría y el engaño no forma parte en mi manera de ser, pero si algo lamento relacionado con tu marido es el daño que ha ido haciendo a su paso. Son muchas las personas a las que mandó fusilar o incluso llegó a asesinar con sus propias manos, sus actos los hemos padecido muchas familias de la Sierra —y mirando fijamente a la mujer con un tono de voz rudo y seco le conminó a decir la verdad—. Dime ¿qué sabes de los desaparecidos del pueblo desde que comenzó la guerra? Tu marido seguro que te habrá contado algo...

—No sé nada malditos bastardos y aunque lo supiera no os lo diría jamás —gritó con las facciones de su cara contraídas y los ojos desorbitados en medio de una incontenible ira.

La hija de María Rosario llevaba un rato haciendo mohines de disgusto. Las exclamaciones subidas de tono casi alaridos que estaba realizando su madre a los recién llegados le habían afectado y gemía desconsolada abrazándose a ella con fuerza. Entonces, Eugenio levantó el fusil apuntando a aquella insolente mujer que les estaba desafiando pero Rubén alzó rápidamente la mano para sujetar el cañón y lo bajó al instante. A continuación negó con la cabeza.

—Vámonos, no merece la pena...

—Iros escoria inmundada y dejadme en paz con mi difunto... un día llegará que os tendréis que arrepentir por haber nacido. Os juro por la muerte de mi esposo que me las pagaréis todas juntas. Por estas... —certificó su amenaza besando los dedos de la mano colocados en forma de cruz.

Los aludidos siguieron su camino sin hacerle el menor caso, ignorando a aquella mujer que seguía gritándoles todo tipo de maldiciones conforme se alejaban. Lo cierto es que el aspecto de aquel lugar era ciertamente lamentable y no solo por ser un cúmulo de ruinas. Durante muchas madrugadas, grupos de falangistas y guardias civiles habían realizado sacas con los republicanos turolenses encerrados en este edificio y, sus cuerpos, terminaron dispersos entre las numerosas fosas que circunvalaban la capital turolense, en especial los Pozos de Caudé. Al cabo de algunos minutos acabaron de recorrer la lúgubre estancia y salieron de las ruinas del Seminario de Teruel sin haber podido encontrar ningún vestigio de Javier Bordón. Cuando pasado el tiempo convenido se encontraron de nuevo en la plaza del Torico, sus tres compañeros tampoco lo habían encontrado. Sin embargo, tenían novedades importantes que comunicar.

—Por vuestras caras veo que tampoco habéis dado con él —comentó a modo de saludo el Comisario—. Nosotros tampoco, pero tenemos una buena noticia que daros... el capitán Trinidad Piquer murió ayer por la tarde.

—Pero ¿cómo ha sido?, ¿en combate? No lo entiendo si siempre lo hemos visto bien cubierto —preguntó Rubén.

—Parece ser que de la forma más fortuita y tonta. Estaba un grupo de soldados y civiles desescombrando unas ruinas para que se pudiera transitar cuando un civil inexperto tocó una bomba que no había explotado. A consecuencia del estallido se derrumbó toda una fachada, con tan mala suerte que cayó encima de varias personas matando a dos de ellas, una, nuestro famoso capitán. Mirémoslo por el lado positivo: un problema menos.

—Pues nosotros no hemos encontrado a Javier Bordón en la Comandancia Militar ni en el Seminario. Tenemos que seguir investigando, por eso he pensado que podemos separarnos mañana de nuevo y luego nos volvemos a juntar en este mismo lugar —propuso Rubén.

—Sin embargo yo he pensado otra cosa —comentó el Comisario ciertamente receloso por aquella intromisión a su autoridad—. Llevamos aquí varios días y aunque no lo hemos encontrado es importante que sepan nuestros mandos la muerte del capitán. Mañana por la mañana me iré con el fotógrafo a la División para informar al Subcomisario de todos los movimientos que hemos realizado hasta este momento y, cuando pueda, volveré con las nuevas órdenes que nos den. Mientras tanto os doy su fotografía para ver si lo encontráis. Ojead por todos los rincones y preguntad si hay supervivientes entre los prisioneros del Seminario y, sobre todo, recordad que nadie tiene que saber los motivos reales de nuestra estancia. Y no os preocupéis por mí que esta ciudad no es tan grande y cuando vuelva sabré encontrarlos.

Al día siguiente de la rendición del ejército franquista en Teruel, seguían apareciendo cadáveres muchos de ellos por congelación, y personas heridas o escondidas entre las numerosas ruinas esparcidas por toda la ciudad. Si bien momentáneamente había cesado el sonido infernal de la guerra, lo cierto es que muchos turolenses seguían agazapados entre lo que quedaba de sus casas, con el miedo pegado al cuerpo por lo que pudiera ocurrir. Además, la propaganda realizada por los facciosos había hecho mella en muchas familias que no se atrevían a salir de sus escondites, al considerar que los matarían sin piedad.

Durante esa mañana y en medio de una copiosa nevada, los tres últimos milicianos Comisionados de la 42 División se dirigían nuevamente hacia el Seminario, abriéndose paso entre los numerosos restos de edificios que estaban esparcidos por el suelo. Ninguno de los militares que pasaban por allí, podía imaginar que aquel espacio que intentaban recorrer fue tiempo atrás una preciosa calle dedicada al escritor turolense del Siglo de Oro, Yagüe de Salas. Caminaban como podían por una senda que se estaba habilitando entre las ruinas cuando escucharon voces lastimeras provenientes de un montículo de paredes derruidas. Su asombro fue máxime al ver cómo dos huesudas manos pugnaban por salir de una pequeña abertura. Se aplicaron con tiento y, después de mucho escarbar moviendo piedras y alguna que otra viga

de madera, lograron agrandar aquel boquete por donde ya podrían salir las personas allí encerradas.

—¡Sacad primero a mi hija y sujetadla para que no se vaya! —se escuchó el eco de una temblorosa voz.

Entre todos ayudaron a salir a una mujer de unos treinta años aunque debido a la extrema delgadez y palidez de su piel aparentaba unos cuantos más. A renglón seguido hicieron lo propio con la persona que les había demandado auxilio, su madre. Las dos mujeres presentaban una imagen calcada con la única diferencia de la edad, eran muy flacas, de tez pálida, vestidas con harapos y cubiertas sus cabezas con sendos pañuelos negros. Aquella estampa quedaba remarcada por la suciedad y el polvo que cubría sus figuras dotándolas con un aspecto ciertamente fantasmal, incluso, cuando se cubrieron con sendas mantas para protegerse del frío reinante en la superficie. Viéndolas con detenimiento, quedaban patentes las tremendas necesidades por las que habían pasado aquellas mujeres durante los últimos tiempos. Aunque estaba nevando, la luz del día les molestaba y con los antebrazos alzados procuraban dar sombra a sus apesadumbrados ojos.

—Muchas gracias por ayudarnos, llevamos dos días abriéndonos paso entre los escombros y casi estábamos en las últimas —exclamó la mujer de más edad—. Por cierto ¿de qué bando sois?

—Del gobierno legítimo de España —respondió Eugenio hinchando el pecho como si fuera un pavo real.

—¿Republicanos? ¡No me lo puedo creer! Por fin habéis conquistado Teruel... un poco tarde pero... ¡ya era hora! —Exclamó la mujer y a continuación mientras se sacudía el polvo siguió dando explicaciones sobre sus vivencias en aquel derruido edificio—. Cuando comenzaron los bombarderos nos escondimos mi hija y yo, nos daba miedo lo que pudieran hacernos los falangistas o los guardias civiles, que tanto monta, monta tanto. Llevábamos días sin salir del sótano hasta que sentimos un estruendo terrible y el edificio se desplomó, pero quedó una bóveda encima del sótano y gracias a ella hemos logrado sobrevivir... No tendréis por casualidad algo de comer, hace tanto que no probamos bocado que estamos desfallecidas. Por eso hemos salido de nuestro escondite y me daba lo mismo con quien me encontrara, si era con los míos para celebrarlo y, si era con los fascistas, pues que nos mataran, así podríamos descansar de una vez por todas.

—Lo cierto es que han tenido mucha suerte ya que somos del mismo bando —comentó Rubén—. Además, llevamos en las mochilas latas y algo de pan que gustosos repartiremos con vosotras y luego nos marcharemos a nuestras ocupaciones. La guerra no es solo pegar tiros, eso es lo más fácil, lo verdaderamente difícil es gobernar y consolidar todo lo ganado.

Sacaron de cada uno de sus macutos sendos pedazos de pan que, viendo lo pequeños que eran, decidieron dárselo todo a aquellas mujeres así como dos latas de comida que también iban a compartir. Acto seguido la madre guardó las latas y dos de aquellos panes en un bolsillo de su delantal, luego, desmigó el tercero dándole un puñado a su hija. Mientras lo paladeaba con ganas y comentaba con los soldados las nuevas que se habían producido en Teruel, éstos comprobaron lo extraña que era la hija de aquella valiente señora. No hablaba y mantenía la mirada completamente perdida, como ausente. Teófilo quiso darle un par de nueces que todavía tenía guardadas en la mochila pero al realizar el ademán de entregárselas, la mujer se asustó y dio un paso atrás con la mirada aterrorizada. Por si fuera poco, debido a los numerosos cascotes que estaban esparcidos por aquél lugar tropezó cayendo de espaldas contra el suelo. Tuvo suerte, tan solo sufrió un golpe y, aunque por los gestos de su cara se presumía que había sido doloroso, apenas se le escuchó queja alguna. Los milicianos acudieron a levantarla pero se adelantó la madre que se interpuso y logró alzarla por sí sola.

—¿Le pasa algo a su hija? —preguntó Rubén.

—Nada. No os preocupéis y muchas gracias por vuestra ayuda pero podemos valernos solas —respondió la mujer agradecida por las deferencias que estaban teniendo con ellas.

—No lo dudamos —insistió en esta ocasión Eugenio— pero escúcheme bien, si no saben adónde ir les puedo indicar el mejor lugar. Sigán por aquí hacia el Palacio Episcopal y luego continúen en dirección al parador del *Tozal*, debajo mismo del Arrabal están agrupando a muchos turolenses para llevarlos a un lugar seguro. Allí les atenderán debidamente.

Sin embargo, cuando la joven escuchó aquellos nombres lanzó un alarido gutural y se estrechó con fuerza a su madre. Por primera vez los soldados escucharon su voz.

—Nooooooooo, no quiero ir por allí, noooooooooo...

—Pero ¿por qué no quieres acudir a donde te indicamos si es lo mejor para vosotras? —le insistió Eugenio mirándola directamente a la cara aunque ella rehuía su mirada y seguía abrazada a su madre.

—No tengas miedo —intervino Rubén—. Venga, os vamos a acompañar para que veas que todo es normal... Teruel está en manos de la República, no hay nada que temer.

—Ves hija mía, tenemos que hacer caso a los soldados —comentó de nuevo mientras la acariciaba con ternura hasta que acabó por tranquilizarla.

Instantes después, a pesar de las dudas que mantenía aquella joven asustadiza comenzaron a caminar tras convencerla su madre de que no pasaba nada. Por otra parte, el temporal había remitido considerablemente su fuerza y en estos momentos tan solo nebusqueaba. Apenas habían dado los primeros pasos cuando la mujer indicó a dos milicianos que acompañaran a su hija, mientras que ella caminaría por delante junto al tercero buscando la mejor ruta para poder transitar entre aquel auténtico caos.

—¿Qué le ocurre a tu hija? —preguntó Rubén de nuevo una vez comenzaron a caminar juntos.

—La pobre ha sufrido mucho en la vida especialmente desde que comenzó la guerra —fue una respuesta escueta pero sirvió para iniciar la conversación.

—Todos la estamos padeciendo en alguna medida —manifestó Rubén que también se hacía partícipe de aquél estado de ánimo.

—Puede ser pero hay personas más fuertes y llevan la presión de manera diferente —le rebatió mirándole a la cara.

—¿Y ese es el caso de ella?

—En efecto, lo es.

La mujer se mantuvo en silencio durante unos instantes pensando en si merecía la pena comentar al desconocido soldado las desgracias padecidas por su familia, de las cuales, su hija había sido la más afectada. Por fin se decidió a hacerlo pensando que era una forma de expulsar los demonios que llevaba dentro, una catarsis que la liberaría del pesado lastre que acumulaba desde un tiempo atrás.

—Mi hija siempre fue una mujer muy sensible, quizás demasiado, por eso todas las cuestiones le afectaban a ella mucho más que al resto de las personas —inició la conversación con un tono de voz muy bajo dando la impresión de que no quería que nadie más que él la escuchara.

Conforme caminaba miraba de reojo a su hija por si ésta seguía la conversación de aquella historia que iba a comenzar a narrarle y, de la que por otra parte, era la principal protagonista. Sin embargo, la joven caminaba mirando abstraída las ruinas por donde pasaban como si intentara reconocer a qué calles pertenecían.

—Estaba muy unida a la familia especialmente a su padre y a su hermana pequeña —continuó la madre tras darse cuenta de que su hija no podía escuchar sus comentarios—. Fue inmensamente feliz durante la República, conoció al hombre de su vida y se casó con él. Pero al poco de iniciarse la Guerra Civil comenzaron los problemas. Mi marido tenía amigos en el Frente Popular y frecuentaba la sede de Izquierda Republicana pero, solo eso, ni era un significado miembro del partido ni nada parecido tan solo un colaborador ocasional. Al poco de levantarse los militares lo apresaron llevándolo al Seminario con otros muchos cautivos de Teruel y mi hija llevó muy mal aquel encierro —respiró profundamente como dándose ánimos ante lo que se disponía a contar y después de un breve silencio se decidió por fin—. Un día a finales de agosto de 1936, algunos falangistas y guardias civiles escogieron a un grupo de personas de aquella prisión y los trasladaron a la plaza del Torico, según ellos, para dar un escarmiento. Al mismo tiempo, reunieron a todos los transeúntes que estaban por los alrededores de la plaza entre los que figuraban mis dos hijas obligándoles a presenciar como los fusilaban y, tras ordenarles que aplaudieran tal y como los ejecutaban, les conminaron a cantar el himno de la Falange brazo en alto. Pero no acabó ahí la cuestión, durante aquella tarde con el suelo todavía empapado con la sangre de las víctimas, sus asesinos organizaron un baile en el mismo lugar. Era una forma de trivializar el suceso como si no hubiera ocurrido nada o formara parte de la vida cotidiana, además, obligaron a asistir al evento a numerosas mujeres y entre ellas a mis horrorizadas hijas. Nosotras teníamos conocimiento de que mi marido continuaba encerrado en el Seminario y siempre estuvimos con el alma en vilo por lo que le pudiera ocurrir. Ahora bien, en el momento que vimos los fusilamientos de la plaza del Torico y

supimos además de otras sacas realizadas con prisioneros del mismo centro, aumentó nuestro pesar.

Detuvo la conversación durante unos breves momentos como para reordenar las ideas, ahora la historia comenzaba a ser más difícil de contar debido a la crueldad de los sucesos que se fueron sucediendo.

—Jamás sabremos si fue por ese motivo, pero lo cierto es que una semana después mi hija sufrió unos accesos de fiebre y a consecuencia de ellos tuvo un aborto. Ella se encontraba cada vez más triste, además no veía a su marido desde el inicio de la Guerra Civil ya que le pilló trabajando por la zona de Cuenca. Luego supimos de él, nos contaron que se había unido a los republicanos y se encontraba en esos momentos batallando por la Sierra de Albarracín. Pero todo empeoró a los pocos meses cuando fusilaron a quien nos servía de correo y a través de terceros tan solo sabíamos que continuaba vivo, pero nada más. La situación de los hombres de la familia nos tenía en vilo. Un yerno del que tan solo sabíamos que se encontraba por la Sierra de Albarracín y mi esposo encerrado en el Seminario, donde desde un tiempo atrás las sacas de prisioneros eran continuas. Y así llegó un nefasto día en el que me enteré que en una de ellas se llevaron a mi marido... y nunca más supe de él —en estos momentos la mujer ya no podía más y tuvo que contenerse las lágrimas, no obstante continuó con la narración.

—Mi hija ya estaba muy mal y su mente comenzaba a desvariar pero lo peor tuvo lugar durante el pasado verano. Por el conducto de algunos amigos supimos que su marido se encontraba luchando entre el sector de Bezas y El Campillo. Pero a los pocos días las noticias que teníamos no podían ser peores, se decía que los republicanos de aquella zona habían caído prisioneros en manos de la Bandera Palafox, perteneciente al batallón Legionario del Tercio de Sanjurjo...

Volvió a suspirar entrecortadamente la mujer y en estos momentos no pudo reprimir el llanto, con un pañuelo se enjugó las lágrimas que ahora sí salían a borbotones de sus ojos y continuó con la parte central del relato mordiéndose los labios por aquellos dolorosos recuerdos.

—Y nunca olvidaré ese día de julio. Mientras caminábamos las tres por una callejuela del centro de la capital escuchamos un gran alboroto y acudimos a ver qué se trataba. Era un desfile del Tercio que

desde el Óvalo iba a pasar por la plaza del Palacio Episcopal y, mientras desfilaban jaleados por el personal, comprobamos horrorizadas los trofeos que llevaban. Se trataba de un sinfín de despojos humanos... brazos, piernas, manos, orejas, testículos... todos los órganos que una persona se pueda imaginar ensartados en sus bayonetas. Aquel espectáculo era el más horripilante que nunca habíamos presenciado, más aún cuando nos enteramos que los militares de aquel desfile eran los mismos que tenían prisionero a mi yerno. Nos miramos incrédulas y comenzamos a temernos lo peor... que quedó corroborado cuando algunos alborozados espectadores comentaron que aquellos restos pertenecían a los soldados republicanos que habían cogido por la zona de Bezas. En medio del sarcasmo comentaban que los habían obligado a desnudarse y luego los ametrallaron hasta matar a un centenar de ellos. Aquel golpe fue demasiado y mi hija comenzó a perder la razón... ya nunca volvió a ser la misma, sobre todo desde hace dos meses cuando mi otra hija murió en un bombardeo...

Detuvo el comentario de nuevo y tras realizar un prolongado suspiro quiso concluir con aquella narración. Rubén conservaba el semblante serio aunque prestaba suma atención y mantenía los ojos bien abiertos para no perder detalle de aquella increíble y penosa historia.

—Y aquí me ves intentando sobrevivir por ella, si por mí fuera hace días que ya estaría en el otro mundo. Desde que murió mi hija pequeña prácticamente dejamos de salir de nuestra casa. Durante los últimos días nos hemos mantenido escondidas en el sótano con las pocas provisiones que pude conseguir, hasta que se derrumbó la finca. A veces lamento que una bomba no explote encima mismo de nuestras cabezas y ponga fin a esta miserable vida. Soy bastante cobarde y yo sola no lo puedo hacer, pero rezo cada noche para que el día siguiente sea el último y ponga fin a nuestra desdichada existencia.

Apenas comentó esas últimas palabras cuando llegaron al Arrabal en el preciso momento en que dejó de nevar. Allí, un considerable número de personas estaban reunidas junto a las hogueras huyendo de las gélidas temperaturas, mientras esperaban que los mandos militares decidieran por fin sobre su traslado. Los milicianos se despidieron de aquellas mujeres de semblante triste que cogidas del brazo caminaban en busca de calor humano y protegerse del frío. Las siguieron con la mirada hasta que sus figuras casi se perdieron entre la multitud que

se agolpaba en aquel lugar. En ese momento Rubén se dio cuenta de que no conocía sus nombres, levantó la mano y quiso llamarlas, pero en el último instante recapacitó y volvió a bajarla tras pensar que para él resultaba más apropiado que siguieran siendo anónimas. Aquella puñetera guerra estaba llena de historias como la que acababa de oír y ellos no eran más que simples combatientes, su misión radicaba en luchar contra el fascismo e impedir que vivencias como las escuchadas durante esa mañana volvieran a repetirse. Los tres soldados se miraron a los ojos, dieron media vuelta y retomaron el camino hacia el Seminario de Teruel.

—¿Rubén, qué te comentaba aquella mujer? —preguntó Eugenio—Hablabla con la voz tan baja que me daba la impresión de que no quería que la escucháramos los que íbamos detrás.

—Es la historia más triste que he oído en mi vida... venga, vayámonos ya y os la iré contando conforme caminemos.

La toma de Teruel había sido un hito en la Guerra Civil ya que resultó ser la primera y única capital de provincia conquistada por el ejército republicano. Esta acción representó un quebradero de cabeza para el propio Franco, que nunca perdonó al general Rey d'Harcourt que rindiera la plaza y se propuso reconquistarla a sangre y fuego. Comenzaron inmediatamente los preparativos para su recuperación en la que tuvieron un papel destacado la aviación alemana e italiana. Su inestimable ayuda les proporcionó el dominio del aire, sin que la República pudiera hacer nada para contrarrestar la abrumadora superioridad del bando sublevado. Tanto la Legión Cóndor como la Aviación Legionaria italiana camparon a sus anchas por el cielo turolense e hicieron sufrir lo indecible a los soldados republicanos y la población civil, debido a los continuos bombardeos a la que se vio sometida. Además, la artillería machacaba continuamente las posiciones republicanas y, a pesar de los numerosos contraataques que tuvieron lugar, no lograron neutralizarlas.

Durante aquel mes de enero de 1938 caminar por la capital turolense se había convertido en algo casi tan peligroso como esquivar

las balas. El frío era glacial con numerosas ventiscas y nevadas que se sucedían continuamente, ello, junto a la debilidad de muchas personas por la carencia de una alimentación adecuada, estaba sembrando la ciudad de muertos y heridos. Las noches se hacían eternas y eso que Rubén, Eugenio y Teófilo eran unos privilegiados ya que disponían de las mantas suficientes —dos cada uno— para cubrirse. Además, contaban con las capas de abrigo del ejército republicano que era de lo mejor que se podía encontrar en aquella guerra y no era una cuestión baladí. Cuando oscurecía las temperaturas comenzaban a bajar en aquel crudo invierno considerado como el más frío del siglo XX, en su punto álgido llegaron nada menos que hasta los 20 y 30 grados bajo cero. Dormían formando una piña y extremando los cuidados, cualquier descuido al moverse podría dejar sin protección a uno de ellos y, a la mañana siguiente, aparecer muerto o con las extremidades congeladas. Por eso precisamente, una de las características de la batalla de Teruel fue la gran cantidad de amputaciones que sufrieron los soldados sobre todo en los pies, una desgracia conocida como los “Pies negros”.

Por todo ello y durante varios días poco pudieron hacer Rubén y sus compañeros en la misión que tenían encomendada, tan solo esperar a que mejorara el tiempo para poder seguir con la rutina de la búsqueda. Además, no se podían poner en contacto con el Subcomisario que les había encomendado aquel servicio y esperaban el regreso del Comisario Político de su Batallón para conocer las nuevas órdenes al respecto. Pero no las tenían todas consigo, el día que se marchó junto al fotógrafo lo hizo en medio de una considerable nevada que se mantuvo a intervalos durante casi una semana y, aunque el tiempo fue mejorando, el frío seguía siendo la nota dominante y hacía bastante difícil el tránsito por las carreteras.

En esos días, la 42 División se tuvo que emplear a fondo para rechazar las embestidas a las que se vieron sometidos en las proximidades de Sierra Palomera. Poco a poco iba cundiendo el desánimo entre las fuerzas republicanas debido a que el avance del bando sublevado hacia la capital turolense se iba haciendo realidad. Los problemas aumentaron al enterarse de que los rebeldes habían conquistado el pueblo de Celadas el día 17 de enero. Dicha pérdida les cayó como una jarra de agua fría, porque dicho municipio estaba situado entre donde se encontraba asentada su División y Teruel. El desencanto por aquel

suceso no mudó ni tan siquiera al conocerse que varios contraataques republicanos habían recobrado algunas posiciones.

Las noticias llegaban a la capital con cuentagotas y, cuando lo hacían, la mayor parte de las veces eran poco halagüeñas. Todo este cúmulo de circunstancias ocasionó que en la segunda quincena de enero, comenzaran a producirse alguna que otra vergonzante desbandada entre los supervivientes de las diezmadas brigadas republicanas. Cuando dicho mes estaba llegando a su fin, los Comisionados de la 42 en Teruel seguían sin tener noticias de sus mandos. Aun con todo, en el momento que el tiempo lo permitía seguían con las investigaciones sobre el paradero del denostado personaje.

Durante aquellas fechas, las bajísimas temperaturas seguían formando parte de la vida cotidiana. Eugenio padeció de sabañones en ambas manos aparte de un intenso picor que casi le impedía mover los dedos mientras que, Teófilo y Rubén sufrieron los efectos del frío en el cuello y sobre todo las orejas. Todo ello, a pesar de que iban enfundados con guantes y con una manta se cubrían el cuello y parte de la cara. En medio de aquel dislate resultaba inevitable que en ocasiones pensarán que igual no merecía la pena tanto esfuerzo pero, después de algún que otro titubeo, siempre asomaba la cantinela de que había que cumplir con el deber.

Aún con todo tuvieron suerte, cierto día encontraron a un hombre que también había estado preso en los sótanos del Seminario y les comentó que la persona que buscaban sobrevivió, por lo menos, hasta la toma de aquel lugar del que escaparon gracias al boquete abierto durante un bombardeo en la pared del edificio. Aquella noticia fue un bálsamo para su estado de ánimo y a partir de aquel día multiplicaron los esfuerzos en todas las concentraciones de refugiados, por ver si tenían la suerte de encontrarlo en alguna de ellas. El último día de aquel mes se dirigieron a uno de los puntos donde se reunían las personas que iban a ser enviadas a otras poblaciones más seguras, aunque tras la consiguiente inspección tampoco lo encontraron. Sin embargo, apenas habían subido el repecho de vuelta hacia el centro de la capital cuando Eugenio se detuvo en seco y pensativo. No dudó en parar a sus compañeros.

—¿Qué te pasa Eugenio?

—Yo... desde que hemos salido de ahí abajo no hago más que

darle vueltas a una figura entre los refugiados que... Rubén vuelve a enseñarme la fotografía. Puede ser una locura o quizás me equivoque pero a estas alturas no perdemos nada con ello.

—¿A quién has visto? —comentó al tiempo que se la entregaba.

—No os lo puedo asegurar, pero nos hemos cruzado la mirada durante un instante y pienso que se parece mucho a la persona que estamos buscando. He creído apreciar en ese rostro la forma de los ojos tan característica de Javier Bordón —comentó mientras escrutaba por enésima vez su retrato—, lo cierto es que está algo cambiado pero juraría que es él.

No hubo más palabras. Los tres volvieron sobre sus pasos hacia el anterior punto de reunión mientras Eugenio llevaba entre sus manos el preciado retrato. Apenas habían entrado en contacto con los refugiados cuando comenzaron a escudriñar sus rostros, pero el número era tan considerable que no daban abasto incluso se dio el caso de que al estar en constante movimiento más de uno llegó a ser parado e inspeccionado en un par de ocasiones.

—¡Aquí, venid! —gritó de pronto Eugenio— ¡Aquí!

Solo tardaron un instante en llegar al punto donde el joven monterdino reclamaba con tanta insistencia la presencia de sus compañeros. Ambos lo hicieron apartando a las personas que les estorbaban quizás hasta con cierta brusquedad, el cansancio por lo ocurrido durante las últimas fechas y las ganas de finalizar aquella misión les estaban minando el ánimo.

—¿Te llamas Javier Bordón?

La persona aludida no hizo el menor gesto ni pronunció palabra alguna. Dejó en el suelo la maleta que portaba y miró altanero a los tres milicianos que le habían rodeado al tiempo que el resto del personal se apartaba bruscamente abriendo un gran círculo en torno a ellos.

—Y si así fuera ¿qué pasaría? —retó a los soldados a pesar de que su evidente afonía impidió una perfecta audición.

—No estás en situación de hacerte el valiente, de manera que vas a venir con nosotros hasta que averigüemos si eres quien buscamos. Así que ¡Andando!

Se trataba de un joven de unos treinta y tantos años, de aspecto atlético aunque bastante delgado y por el sonido de su voz en medio de un proceso febril, recogió la maleta y junto a los soldados salieron de entre la muchedumbre. Pero apenas habían andado unos pasos cuando escucharon los gritos de una mujer.

—¡Javier!, ¿a dónde lleváis a mi marido...? Javier ¿qué ocurre?

—Quieta ahí Belén no te acerques y márchate a Valencia con nuestra hija —esforzó la voz para que le escuchara en la distancia.

Los soldados se detuvieron en seco, incómodos, comprobando cómo la mujer no le hacía el menor caso y, con una niña pequeña en los brazos, corría abriéndose paso entre los propios captores para abrazarse con el detenido. Rubén los miraba extrañado porque quedaba claro que aquella persona era la que estaban buscando. Cuando recibieron el encargo del Subcomisario nunca imaginó que se encontraría con alguien de esas características, la verdad es que su aspecto, que no su rostro, se le suponía diferente. Habían idealizado a un hombre escurridizo y carente de escrúpulos. Sin embargo, se habían topado con un joven padre de familia de lo más normal y, por si fuera poco, la enfermedad que aparentemente sufría le dotaba de una cierta fragilidad que facilitaba la empatía de sus interlocutores.

Los tres milicianos se miraron para decidir qué hacer, lo cierto es que la situación era sumamente engorrosa. Estaban incomunicados con los mandos de su División, de manera que por ahora no lo podían trasladar. Pero es que además les habían ordenado matarlo en caso de que no quisiera ir con ellos y eso era otro cantar, sobre todo, por la inesperada aparición de su mujer e hija. Para acabar de rematar aquel entuerto el curso de la batalla de Teruel había trastocado todos sus planes y, antes de realizar cualquier acto irreparable, convenía saber cuánto más mejor de aquel turbio asunto. Mientras caminaban por el Arrabal, la mujer no dejaba de llorar y les suplicaba que dejaran en libertad a su marido que no había cometido ningún crimen. Cansados de escuchar tantos lamentos se detuvieron en un descampado y Rubén tomó la palabra dirigiéndose a ella.

—Su marido sabe que tiene cierta documentación que pertenece a la 42 División y nos la tiene que dar.

Javier Bordón quiso intervenir pero fue interrumpido con total decisión por su mujer que daba toda la impresión de ser una persona viva, resuelta y con carácter.

—Espere un momento ¿me está diciendo que esta detención se debe a los informes que le pidieron a mi marido sobre la Sierra de Albarracín?

—¡Sí!

—Entonces estoy perdido... no existe informe alguno —comentó esta vez el detenido en medio de su afonía.

Los milicianos les apuntaron con sus rifles y por un instante dio la impresión que lo iban a ejecutar ahí mismo. La mujer volvió a interponerse entre ellos, dejó la niña en el suelo y abrió los brazos en cruz intentando protegerle todo lo posible.

—Un momento por favor esperen y hablemos —imploró con determinación—. Si nos quieren matar lo harán de todas formas. Por eso, qué más da que todos sepamos antes del porqué estamos aquí y los motivos que tienen para lo que pretenden hacer.

No les pareció mal aquella propuesta, de manera que tras volver a mirarse, los milicianos asintieron en silencio, sin contradecirla. Y aunque por supuesto no pensaban hacerle ningún daño, no era el caso de su marido si no les convencían sus argumentos. Eso sí, Rubén no lo tenía tan claro. Nunca en su vida había ejecutado a nadie y, si bien durante los últimos días había estado sopesando dicha posibilidad, lo cierto es que no se sentía con el valor suficiente como para poderla realizar. Aún con todo formaba parte de un grupo de Comisionados por lo que tenía que ceñirse también al criterio de sus compañeros. En definitiva, todos ellos no tenían nada que perder y mucho que ganar si conseguían dar el carpetazo definitivo a todo aquel embrollo.

—Vamos a ver —dijo ella—, nos acaban de decir que mi marido tiene un informe que les interesa... ¿y por eso lo han detenido?

—Mira mujer —comentó Rubén adoptando una postura extremadamente rigurosa y formal—, no te puedes ni remotamente imaginar lo grave que es esta situación, así que todo lo que vamos a hablar a partir de ahora irá totalmente en serio y tendrá consecuencias. Os vamos a decir lo que queremos y por vuestro bien espero que vosotros digáis la verdad, en caso contrario todo esto acabará muy mal. Estamos aquí porque viendo la importancia del caso, el Subcomisario de nuestra División organizó un comando para sacar a tu marido de la cárcel del Seminario y recoger dichos documentos.

Javier Bordón quiso comentar algo pero fue su mujer quien volvió a tomar la iniciativa.

—Vaya, vaya... nada menos que un comando... pero cuántos eran ¿ustedes tres? —preguntó extrañada.

—No... en un principio éramos... siete —titubeó Rubén dándose cuenta en esos momentos de la enorme desproporción que existía dado el resultado.

—¿Ha dicho siete personas?, —repitió incrédula— ¿Siete?

—Por supuesto... ¿qué hay de extraño en ello? —respondió con cierta incomodidad.

—¿A usted qué le parece? Siete personas para atrapar a este peligroso bandolero que tiene informes comprometedores sobre la Sierra de Albarracín. Si no fuera que está en peligro nuestra vida me moriría de risa. No encuentran nada raro en que elijan a tantas personas para un cometido tan sencillo.

—Nosotros somos soldados y tenemos que obedecer.

—¡No! Ustedes son ante todo personas y si son de la 42 División me imagino que también han sido milicianos. Recuerden lo que pensaban sobre la organización del ejército antes de la militarización, pues si no me equivoco en este caso se cumplen todos sus temores.

—Esta conversación no nos lleva a ningún lugar —intervino Teófilo con cierta incomodidad.

—No, por favor, espere —la mujer volvió a dirigirse a Rubén que daba la impresión de ser el más comprensivo—. Me ha dicho que fue el Subcomisario de la División quien organizó todo esto... pues entonces comienzo a verlo claro. Permítame un momento que quiero enseñarles un documento importante.

La mujer cogió la maleta que llevaba su marido y rebuscó en su interior con elevadas dosis de ansiedad. Por fin encontró una vieja carpeta, la desplegó y entre todos los papeles extrajo una hoja que entregó a Rubén.

—Mire, se trata de la prueba que va a aclarar de una vez por todas este endemoniado asunto, léala y comprenderá lo que le estoy diciendo.

—Pero... esto es un certificado de matrimonio.

—En efecto, es el mío, Javier Bordón y Belén Burzurri... nosotros. Y ahora mire los padres de los contrayentes ¿conoce al mío?

—A ver... ¡Sí! Lo conozco... es uno de los mandos de nuestra División.

—Y aún le diré más, hace tiempo que no nos tratamos porque estaba empeñado en que me casara con el hijo de un militar que era íntimo amigo suyo. A pesar de las presiones emocionales que padecí me marché de casa la víspera de la boda para irme con el auténtico amor de mi vida, Javier. Por aquel disgusto, mi padre lleno de rencor dejó de hablarme y mí frustrado pretendiente que con el tiempo he sabido que era el Subcomisario de la 42 División, es decir, quien os ha mandado aquí, juró que nos haría la vida imposible... Desde entonces hemos sufrido un auténtico calvario ya que los dos odian a muerte a mi marido.

Aquellas palabras tan cargadas de razón y la amarga sinceridad que mostraba Belén hicieron mella en los milicianos que, se miraban entre nerviosos y confundidos, esperando que uno de ellos diera el primer paso y comentara qué hacer. Pero cuando Rubén se disponía a hablar, quien lo hizo en realidad a pesar de las dificultades fue el detenido Javier Bordón. Su bajo tono de voz obligó a que los milicianos aguzaran el oído para poder escuchar sus palabras.

—Yo puedo seguir con esta historia... también hay algo de verdad en la misión que estaba realizando en la Sierra de Albarracín. Quiero que sepan que ésta no me fue encargada por nadie conocido de mi suegro, sino por un capitán llamado Trinidad Piquer, perteneciente a otra División con la que mantienen enconados enfrentamientos ideológicos y personales. Si a vosotros os han mandado de la 42 es que se habían enterado del encargo, pretendían quedarse con el informe y de paso mandarme al otro barrio, de esta manera el Subcomisario mataría dos pájaros de un tiro... ¿Cómo vamos a ganar la guerra si cada uno la hace por su cuenta y encima los que mandan anteponen sus intereses al bien común? Hemos quedado en decir la verdad y es lo que estoy haciendo... Como os he comentado, me mandaron realizar un informe sobre las causas del fracaso de las Brigadas Mixtas que llegaron a ocupar la Sierra durante un breve tiempo. Lo hice pero no lo tengo escrito, intuía que podría ser mi muerte por eso lo tengo grabado

aquí —dijo señalando con el dedo su cabeza, al tiempo que un fuerte carraspeo le impidió continuar con la narración, momento que fue aprovechado por Rubén para animarlo a seguir.

—Nosotros dos pertenecemos a la 61 Brigada Mixta pero antes fuimos de la Columna del Rosal y, si conoces las causas, estaríamos sumamente agradecidos de que nos las contaras.

—No hay ningún problema, aunque si sois como pienso milicianos con sentido común no os será difícil reconocer los hechos. Pues bien... la planificación fue desastrosa porque la revolución que representaba las colectividades era muy difícil que calara entre la población de todos los pueblos... tan solo lo haría en aquellos con mayor número de jornaleros o campesinos con muy pocas tierras —detuvo su alocución durante un instante para poder beber agua ya que su garganta se resentía cada vez más—. En el resto de las localidades resultaba hasta contraproducente, la mayoría de la población eran pequeños campesinos que lo único que pretendían era repartirse los campos de los terratenientes... Para poder implantar la revolución, se necesitaba un tiempo prudencial que el ritmo de la contienda no permitía. Era loable la actitud de los milicianos ayudando al pueblo a emanciparse de los opresores, pero tenían un problema imposible de superar que era la dirección de la guerra... La población de la Sierra de Albarracín esperaba mucho de nosotros y les fallamos a las primeras de cambio al no saber defenderlos de los fascistas... Nuestro principal problema era no saber cómo enfrentarnos en los combates y, a las primeras de cambio, echábamos a correr ¿Me equivoco en la apreciación sobre lo que nos pasó en la Sierra de Albarracín?

—No te equivocas, yo pienso lo mismo...

—Yo también...

—Y yo...

—Todavía existe una última cuestión que era la de acabar con los elementos facciosos o contrarrevolucionarios en los pueblos. Ahí también tendríamos que haberlo hecho mucho mejor. En casi todas las localidades ejecutamos a los que nuestros compañeros de allí señalaban, pero teníamos que haber estado seguro de hacerlo con aquellos que realmente lo merecían... Hicimos demasiado caso muchas veces sin preguntar y despachamos a personas por cuestiones nimias, con ello nos granjeamos más enemigos que si se hubieran realizado juicios

populares... Que una cosa era quien nos odiaba a muerte y estaba dispuesto a matarnos o a realizar actos de sabotaje y, otra bien diferente, era que pensarán de manera distinta sobre nosotros, la revolución colectivista o de la misma República... Eso no era motivo para ajusticiar a nadie, no hay que olvidar que en la manera de actuar somos totalmente diferentes a los fascistas que sí lo hacen con los que piensan de otra manera... Y para muestra tenemos la cantidad de sacas y fusilamientos que han realizado en la Sierra de Albarracín junto a los desmanes cometidos contra los republicanos y sus indefensas familias...

Un nuevo carraspeo con el consiguiente dolor de garganta le hizo pensar a Javier Bordón sobre la conveniencia de no seguir hablando, sus últimas palabras solo las había podido pronunciar mediante un esfuerzo considerable. Belén, aprovechó la turbación de los milicianos para coger a su niña en brazos y juntarse nuevamente con su marido. Pasada la tensión inicial del encuentro, Rubén, Eugenio y Teófilo se miraban en silencio, dándose cuenta de que habían estado a punto de cometer un gravísimo error. Volvieron a colgar sus fusiles observando con cierta envidia la imagen de aquella familia mientras seguían abrazados.

—Si os dejamos marchar ¿qué pensáis hacer? —tomó la iniciativa Rubén.

—Seguir con nuestro camino. Primero a Valencia y si podemos queremos irnos a Méjico, Argentina o cualquier país de Hispanoamérica —respondió la mujer.

—Iros en paz. Si por alguna casualidad vemos todavía al Subcomisario o a tu padre les diremos que os encontramos muertos —concluyó Rubén.

Una vez hizo mención Rubén de que los dejaba en libertad, Javier, Belén y su hija apenas tardaron en salir del Arrabal hasta el punto de concentración de los refugiados. Allí, cientos de personas pretendían marchar a Valencia huyendo de la ratonera en que se había convertido Teruel. Por su parte, los milicianos volvieron al centro de la capital por otro camino mientras comentaban los pormenores de la misión que les habían encomendado, junto a las fatales consecuencias que había tenido en algunos compañeros y en la moral de ellos mismos. No dejaban de pensar que los habían utilizado de la manera más cobarde e infame, precisamente a ellos que siempre se habían mostrado dispues-

tos a dar su vida si hiciera falta por la revolución y la República. Una andanada de bombas que cayeron a no mucha distancia de donde se encontraban les volvió de nuevo a la eterna cantinela durante esas fechas. Los fascistas atacaban de nuevo y, como solían hacer, la población civil era el principal objetivo.

Días más tarde habían quedado aislados en Teruel los antiguos Comisionados de la 42 División sin saber a ciencia cierta qué suerte habían tenido sus compañeros, aunque intuían un completo desastre tal y como se estaba desarrollando la batalla. Sobre todo cuando llegaron a Teruel algunos milicianos de la 61 Brigada Mixta y comentaron abochornados la derrota que habían sufrido cerca de Alfambra. Nada menos que una carga de caballería a la antigua usanza bajo el mando de un general golpista, sin que los mandos republicanos hubieran sabido reaccionar. Aquello era el principio del fin, a mediados de febrero las continuas acometidas del ejército franquista habían acabado por descomponer el ejército republicano en el frente de Teruel y, en estos momentos, no pasaban de ser más que grupos desconectados entre sí.

En una de esas ofensivas, varios soldados entre los que figuraban Eugenio, Rubén y Teófilo habían quedado aislados a las afueras de la capital. Intentar la vuelta de nuevo a Teruel o marchar hacia la antigua posición de su División habría sido un suicidio. Se había roto el primer arco defensivo exterior que protegía a la capital y además ignoraban donde se encontraban exactamente sus compañeros de la Brigada. Por eso, no les quedó más remedio que intentar salir de aquella encerrona y buscar la protección de la zona republicana situada al este de la capital. Para ello decidieron ir hacia Corbalán, el pueblo de Teófilo, ya que conocía dicha ruta perfectamente y de esta manera no se perderían entre el cambiante frente de guerra. Una vez iniciado el trayecto, aparte del intenso frío tuvieron que sortear multitud de peligros. Quizás el más importante era el de los cazas alemanes, los temidos *Messerschmitt*, que constantemente realizaban pasadas ametrallando las bolsas de soldados republicanos que huían de Teruel.

La luz de la tarde comenzaba a declinar cuando arribaron a una pequeña laguna situada a mitad de camino donde se encontraron con

un buen número de soldados republicanos de su División, varios de ellos heridos. Eugenio y Rubén habían llevado a Diógenes en el pensamiento desde que se separaron al inicio de la misión en Teruel, por eso lo buscaron entre ellos aunque no lo pudieron hallar y, lo que es peor, tampoco nadie lo conocía. La temperatura seguía siendo gélida en una tarde con pocas nubes y la nieve helada que cubría la tierra. Y para colmo no tenían leña al carecer de árboles las montañas del contorno, aunque lo cierto es que tampoco les hubiera servido porque encender una hoguera habría delatado su posición.

Teófilo comentó la existencia de varias parideras no muy lejos de aquel humedal donde podrían guarecerse del frío. Todos asintieron y, aunque se encontraban al límite de la resistencia, siguieron al guía hasta que se toparon con una de ellas justo cuando anochecía. Ignoraban si aquel lugar era una trampa o los peligros que les podrían acechar. Nadie preguntó ni dijo nada, en su desesperación, los soldados daban la impresión de que preferían morir por una bala antes que congelados. A pesar del susto que se dieron al entrar en la vieja paridera tuvieron suerte porque encontraron agazapados en un rincón, algunos sanitarios y varios milicianos heridos. Al momento casi estaba completo el recinto con la presencia del medio centenar de soldados recién llegados que se apiñaron en la parte de menor altura. Toda aquella concentración de personas hizo su efecto y, después de tapar las aspilleras para que no penetrara el helado viento, fueron entrando en calor poco a poco. El silencio era la nota dominante, roto tan solo por los carraspeos de los enfermos y los quejidos de los heridos colocados en el centro del habitáculo para que conservaran mejor el calor. Uno de los sanitarios que habían encontrado en la paridera pasó junto a Eugenio y en el momento que éste se dio cuenta lo detuvo con el brazo.

—Por casualidad no conocerás a un compañero de la 42 que se llama Diógenes y estaba herido de un brazo en el hospital de campaña —le preguntó.

—¡Sí! Sé quién dices —respondió—. Venía con nosotros junto con otros heridos, pero pierde cuidado que su evolución va bien aunque excesivamente lenta...

—¿Y dónde está, que aquí no lo encuentro? —no le dejó continuar.

—Se ha separado junto a varios compañeros antes de llegar a

la laguna —rebajó el tono de voz ante el creciente nerviosismo del joven miliciano—. Querían ir a la vega del río Alfambra cerca del pueblo de Tortajada para ver si cogían alguna hortaliza o cualquier cosa que comer, llevamos varios días sin probar bocado.

—¿Queda muy lejos ese lugar? —preguntó con renovado interés.

—A unos dos kilómetros —en este caso fue Teófilo quien intervino como buen conocedor de aquella zona.

—Y por dónde podría ir allí —Eugenio insistió de nuevo mientras recogía del suelo el petate.

—¿Pero tú estás loco o qué? No pensarás ir allí esta noche —le rebatió el sanitario espantado por la intención de aquel joven tan ingenuo como impetuoso.

—Por supuesto que sí ¡Venga Rubén! ¡Vámonos! —solicitó la complicidad de su compañero.

—Espera un momento, eso que pretendes hacer es una auténtica barbaridad —en este caso fue nuevamente Teófilo quien quiso convencerlo ya que sin lugar a dudas aquel era un acto de lo más irreflexivo—. No conoces estos montes, estamos bajo cero y la tierra helada, lo menos malo que te puede pasar es que te pierdas.

—¿Rubén...? —imploró de nuevo la ayuda de su compañero.

—Creo que tiene razón —el aludido también intentó contenerle—. Iremos, te lo prometo, pero tendrá que ser por la mañana.

—Dices bien —concluyó Teófilo—. Escúchame Eugenio, lo mejor será que esperes a que se pueda ver lo mínimo y os acompañaré yo mismo. Hasta ese lugar no existe apenas vegetación, son lomas peladas, peligrosas y además creo que ya están en poder de los fascistas. Es preferible descansar y mañana a primera hora nos vamos solo los tres, será la mejor manera de no llamar mucho la atención.

Así lo hicieron y durante aquella noche durmieron todos los soldados apelonados en la paridera. Aunque lo cierto es que los monterdinos casi no pegaron ojo, nerviosos como estaban por las ganas que tenían de encontrarse con su compañero. Apenas había salido el sol cuando en medio de un intenso frío cogieron sus armas y petates e iniciaron la marcha. Marchaban hacia la vega del Alfambra atrave-

sando un paisaje todavía blanquecino por antiguas nevadas aún sin derretir. Se abrigaron bien gracias a sus capotes republicanos, el frío era considerable y daba la impresión de que el invierno de aquel año no iba a finalizar nunca. El terreno, como había comentado Teófilo la noche anterior, era áspero, rocoso y sin apenas vegetación salvo los campos de secano situados entre las zonas más bajas de los pocos valles que atravesaron.

Ya era de día cuando subieron a una montaña desde donde se dominaba el río y la multitud de huertos ahora baldíos que poblaban su ribera. Se agazaparon en la cumbre y con los prismáticos comenzaron a reconocer el terreno para ver si los podían localizar, pero no lograron ver a nadie. Llevaban varios minutos en esa posición cuando observaron en la carretera que discurría por la otra parte de la vega, un convoy de camiones del ejército franquista. Ellos se encontraban lejos y pensaron que no había peligro, sin embargo, no dejaban de vigilar los alrededores por si advertían alguna novedad. Y así ocurrió, el convoy se detuvo y del mismo salieron varios soldados que reconocieron como norteafricanos de un tabor, debido a su inconfundible vestimenta. Al principio iban despacio pero no tardaron en acelerar el paso hasta atravesar los huertos y subir hacia una loma no muy lejos de donde ellos se encontraban. Al mirar allí detenidamente comprobaron que se dirigían hacia otro piquete de moros que custodiaban a varios soldados republicanos. Esta circunstancia les sobresaltó aunque en un principio no existía peligro alguno de que los descubrieran, más aún si seguían manteniéndose a ras del suelo, de manera que siguieron observando con los prismáticos.

Al momento, las pulsaciones de Rubén se aceleraron. Hizo una indicación a sus compañeros para que miraran hacia donde bajaba el grupo con los detenidos, ya que entre ellos, creía haber descubierto a Diógenes. El lugar donde se habían parado era los aledaños de una destartada trinchera. Observaban como los soldados les apuntaban con sus rifles esperando la llegada de un oficial, con toda seguridad para ver qué hacían con los prisioneros. La situación era muy tensa y, lo que es peor, no podían intentar absolutamente nada ya que el enemigo era numeroso y ellos tan solo tres. De manera, que se tenían que contentar con observar y esperar que se los llevaran prisioneros, aunque también temían otro resultado conociendo los antecedentes del ejército norteafricano.

Eugenio, pero sobre todo Rubén tenían el corazón en un puño y a punto de estallar por la tensión del momento, mientras tanto, comprobaban como un oficial con ademanes desangelados conversaba con los prisioneros. La excitación seguía aumentando y llegó a su punto más álgido cuando el militar dejó de hablar y, dando media vuelta, se marchó de allí como si tal cosa. En ese preciso momento los moros se abalanzaron sobre los indefensos detenidos y con sus puñales los degollaron a todos. Aún no habían muerto aquellos pobres infelices y seguían todavía con espasmos cuando ya les estaban quitando las botas y abrigos. Además, dos de ellos les iban registrando minuciosamente para recoger los objetos de valor que llevaban encima. La imagen era dantesca y los monterdinos no pudieron seguir mirando, bajaron los prismáticos y completamente desolados cerraron los ojos con impotencia. Se produjo un tenso silencio mientras Teófilo seguía comprobando los movimientos de aquellos salvajes que retornaban hacia los camiones.

—¡Vamos! Tenemos que salir de aquí enseguida, esto se puede poner muy feo —comentó el miliciano de Corbalán en el momento que el convoy desapareció de la vista.

—Vete tú si quieres, no podemos obligarte a que te quedes —le rebatió Rubén.

—Es una locura lo que estoy imaginando que pensáis hacer.

—Lo sabemos pero estamos dispuestos a todo —insistió—. Nosotros vamos a bajar... creo que no hay peligro, ya no veo a nadie por allí.

—No sé si me arrepentiré por lo que voy a decir pero iré con vosotros, aunque con la condición de volver lo antes posible.

—De acuerdo, vámonos ya.

Los tres milicianos se dirigieron raudos hacia el lugar de la masacre por la otra ladera de la montaña para que nadie pudiera descubrirlos desde la vega del Alfambra. Luego, bajaron por un pequeño cortado que separaba ambos cerros hasta llegar a la abandonada trinchera donde había tenido lugar aquel tremendo episodio. Una vez allí quedaron consternados por el dantesco espectáculo que tenían ante sus ojos, todos los cuerpos yacían en el suelo en medio de una espantosa sangría que empapaba una tierra jaspeada de tonos ocre, blancos

y rojos. Los soldados tenían abierta la garganta y la sangre todavía brillaba en el cuello y pecho, les faltaban las botas a varios de ellos así como los capotes de abrigo pero lo que más les dolió fue encontrarlos con evidentes signos de haber sido registrados a conciencia, de arriba abajo. No cabía la menor duda, sus vidas y objetos de valor no eran más que un simple botín de guerra. Incluso a uno de los muertos le habían seccionado un dedo, con toda seguridad, por tenerlo hinchado debido al frío y no poder quitarle el anillo. Entre todos los cuerpos por fin dieron con el pobre Diógenes, estaba demacrado, con la barba de varios días y muy delgado.

—¿Qué hacemos?, ¿no podemos dejarlos así? —indicó Eugenio.

—¿Y qué quieres...? ya es tarde para hacer nada —comentó Teófilo mientras nervioso escudriñaba los alrededores.

Rubén pensó por un instante cual sería la solución más adecuada y rápidamente se lo hizo saber a sus compañeros.

—Podemos hacer algo mejor que dejarlos aquí para que se pudran y los animales vengan a devorarlos. Metámoslos en la trinchera y cubramos sus cuerpos con tierra y piedras, tenemos que enterrarlos con la mayor dignidad posible aunque sea en esta fosa.

Así lo hicieron y, uno a uno, los fueron depositando con sumo cuidado dentro de la zanja. Cuando Eugenio y Rubén cogieron a Diógenes un escalofrío recorrió sus cuerpos, estaban enterrando no a un soldado sino al amigo con el que habían padecido todo tipo de calamidades y los vaivenes de la guerra desde que se conocieron a comienzos de la misma. Además, Rubén le debía la vida, algo que no podía olvidar y mucho menos en estos aciagos momentos, por ello, mientras depositaban el cuerpo iba recordando fugazmente las vivencias que habían tenido en común. Los estaban colocando apelotonados en la trinchera a lo largo de unos seis metros y, una vez lo hicieron con el último, comenzaron a cubrirlos con cascotes y tierra mientras Eugenio se iba a buscar piedras entre las zonas sin nieve para revestir aquella inusual sepultura. Mientras lo hacían, no dejaban de mirar en dirección a la vega y la lejana carretera por si observaban alguna incidencia. Ya estaban los cuerpos casi cubiertos de tierra cuando Rubén recordó cierta cuestión que le había pasado desapercibida, se detuvo de pronto y le pidió a su compañero que hiciera lo mismo.

—Espera, hazme el favor, para un momento.

—¿Qué ocurre ahora? —Teófilo seguía mostrando inquietud— No podemos estar aquí toda la mañana...

—¡Lo sé!, pero me había olvidado de algo importante que tengo que hacer por mi compañero.

—¿Qué...?

—Será solo un instante, no te apures que acabo enseguida.

Y tal como estaba pronunciando estas palabras, Rubén se arrojó en la trinchera y comenzó a quitar de forma compulsiva los cascos y la tierra que había cubierto los cuerpos, desplazó al que estaba arriba y una vez con Diógenes no paró hasta dejar limpia su cara. Le levantó el cuello cuidadosamente y observó que, en efecto, no llevaba la medalla. Con toda seguridad se la habrían quitado los moros. Entonces, Rubén desabrochó su propia camisa y cogió el colgante con la dracma griega que le regalara su amigo. A continuación, le abrió la boca colocándole la moneda debajo de la lengua tal y como Diógenes le había indicado en su momento que hacían los antiguos griegos. Luego le presionó la mandíbula cerrándole la boca y colocó nuevamente al otro muerto encima. Salió de la trinchera y continuó echando cascotes y tierra, ante el asombro de sus compañeros que ignoraban el motivo real de aquel comportamiento. Una vez estuvieron enteramente cubiertos, comenzaron a depositar encima del todo las piedras que había ido recogiendo Eugenio. Lo hicieron en el más completo y respetuoso silencio, la consternación por todo lo ocurrido todavía les tenía embargado el ánimo. Cuando acabaron de cubrir aquella singular tumba, Eugenio y el otro miliciano miraron detenidamente a Rubén, cuyo rostro era el vivo reflejo de los instantes vividos.

—Tenemos que irnos ya, aquí seguimos en peligro —Teófilo volvió a insistir por enésima vez.

—Iros vosotros solos que yo tardaré un minuto, necesito quedarme a solas aunque sea un momento... hacedme el favor.

Los dos compañeros le hicieron caso y volvieron sobre sus pasos mientras lo dejaban al pie de la trinchera. Rubén seguía cariacontecido por la muerte atroz que habían padecido aquellos infelices y, más aún, del que consideraba su compañero, maestro y amigo. En la más completa intimidad quería dedicarle unas palabras que fueran fiel reflejo de la profunda amistad que siempre habían mantenido.

—Querido Pedro Vicente Martín, también conocido como Diógenes. Ante todo, quiero decirte que para mí ha sido un honor haberte conocido y agradecer lo mucho que te debo, porque si no fuera por ti ya estaría muerto. Además, me abriste los ojos a la vida, me enseñaste lo que ésta significa y poder vivirla con dignidad, por eso, siempre estarás presente en mi corazón... Y, por último, cumplo con el deseo que un día me pediste... espero que con la dracma pagues a Caronte para que te lleve en su barca por la laguna Estigia y Hades te pueda dar la bienvenida al inframundo... Descansa en paz.

Echó una última mirada y tras recoger su fusil siguió la estela de sus compañeros. No tardó mucho tiempo en dar con ellos y casi al medio día llegaron a la vieja paridera donde descansaban los milicianos. Poco tiempo tardaron en salir todos en dirección a Corbalán. Aún les quedaba un buen trecho por lo que debían extremar las precauciones, sobre todo, porque tenían que traspasar la difusa línea del frente que separaba a ambos ejércitos.

Mientras el ocaso del sol comenzaba a teñir de sombras la ribera del Ebro, aumentaba la expectación y el nerviosismo de los soldados republicanos por la anunciada ofensiva contra el ejército franquista prevista para el día 24 de julio de 1938. Tanto Rubén como Eugenio no podían ser menos e intentaban calmar sus ánimos, pero lo cierto es que resultaba una misión imposible. En el pensamiento de ambos soldados durante aquellos momentos, quedaba la huella indeleble de la batalla de Teruel junto a las innumerables muertes de muchos de sus compañeros, especialmente las de Vicente el *Temerario* y Diógenes. También recordaban que tras su arribada a Corbalán las cosas no sucedieron como habían previsto. Sus intentos de reincorporarse a la 61 Brigada Mixta fueron impedidos por el rápido avance de las tropas franquistas hacia el mar en la provincia de Castellón.

Pero ahí no acabaron los problemas, ni mucho menos. Ante aquella ofensiva quedó aislada finalmente la bolsa de milicianos, por lo que tuvieron que permanecer durante algún tiempo entre los pueblos de Cantavieja y Villarluengo. Hasta que la presión del ejército franquista fue tan fuerte que aquel grupo no tuvo más opción que irse

de allí y atravesar el Maestrazgo que ya estaba en poder de las fuerzas enemigas. No todos los compañeros lograron ponerse a salvo en aquella marcha. Varios murieron por las heridas o en pleno combate, como Teófilo, el miliciano de Corbalán, sin cuya ayuda no habrían podido escapar de Teruel. Tras un azaroso y accidentado viaje llegaron finalmente a las proximidades de Tortosa, y después de cruzar el río Ebro, Eugenio y Rubén entraron a formar parte nuevamente de la 42 División aunque ahora en la 59 Brigada Mixta. Para su fortuna, en la misma no figuraban ninguno de los mandos que les encomendaron la misión secreta en la capital turolense meses atrás.

Y en estos momentos se encontraban a punto de embarcarse en una nueva batalla que tenía visos de ser totalmente distinta a la del invierno anterior en Teruel. Todo estaba previsto después de una intensa preparación en la que participó la Compañía de Eugenio y Rubén, algunos de cuyos miembros espionaron a comienzos del verano las posiciones enemigas en la otra ribera del río. Sin embargo, llegada la fecha previamente acordada de la invasión que era la madrugada del 24 de julio, el Alto Mando republicano decidió suspender las operaciones y posponerlas una jornada más. Los motivos de dicha demora radicaban en que no se había acabado de disponer por completo la compleja maquinaria bélica además de los suministros y, no querían bajo ningún concepto, repetir los errores de la batalla de Teruel. Todo este recelo tenía su lógica, desde la pérdida de aquella plaza el ejército republicano había ido acumulando derrota tras derrota y, a medianos de abril de 1938, la España republicana había quedado partida en dos tras llegar los sublevados a Vinaroz. Asimismo, a partir de esta localidad el ejército franquista había ido conquistando posiciones más al norte hacia la ribera del Ebro y también al sur, llegando casi hasta las puertas de Sagunto.

Ahí radicaban los problemas que se cernían en esos momentos sobre la República. La amenaza sobre Valencia era tan considerable que convenía abrir un nuevo frente que aliviara dicha presión. Además, el presidente del Gobierno Juan Negrín tenía la esperanza de que si las fuerzas gubernamentales triunfaban en esta batalla todavía podrían conseguir que las potencias europeas, sobre todo Francia e Inglaterra, creyeran factible el triunfo de la República y les dieran su apoyo. Otro de los objetivos de las autoridades radicaba en alargar todo lo posible la Guerra Civil, de manera que pudiera enlazar con la contienda eu-

ropea que se preveía inminente. Las actuaciones de las potencias fascistas de Italia y Alemania habían situado a Europa en una crisis sin precedentes, sobre todo por parte de esta última nación, con la reciente anexión de Austria y la presión que venía ejerciendo sobre los Sudetes checoslovacos.

La situación del ejército republicano presentaba en esos momentos una diferencia sustancial respecto a la del inicio de la Guerra Civil. Sus combatientes estaban más fogueados y contaban con una mejor equipación gracias al levantamiento parcial de la frontera francesa ocurrido entre mediados de marzo a junio. Dicha apertura había permitido la entrada de mejores y novedosas armas procedentes de Checoslovaquia y Méjico, además de seguir contando con la ayuda de la URRS.

Por fin, tras la insoportable espera llegó el momento largamente deseado y a los pocos minutos de comenzar el día 25 de julio de 1938, varias Divisiones de las fuerzas republicanas desplegadas entre las localidades de Mequinenza y Amposta cruzaban el Ebro por doce puntos diferentes. Lo hicieron con rapidez y determinación, amparados en una noche sin luz gracias a la luna nueva. El intento de la República era crear varias cabezas de puente y, partir de ahí, podían hacerse con el control de Gandesa, excelente punto de comunicaciones desde donde se podría pasar a una segunda fase de reconquista. El traslado a la ribera controlada por el ejército franquista se realizó gracias a cientos de barcasas de todo tipo escondidas durante los últimos días, y a la labor de las brigadas de pontoneros militares y civiles.

Así fue también como ocurrió entre Mequinenza y Fayón, localidades situadas en el extremo norte de la zona que se pretendía atacar cuya conquista fue encomendada a la 42 División. En el momento que llegó la hora de la marcha varios milicianos pasaron a la otra ribera del río en barca o a nado. Una vez allí se deshicieron de los vigilantes enemigos y, a continuación, comenzaron a cruzar en barcasas los soldados de dos Brigadas de la División. Sin embargo, la 59 Brigada Mixta se mantuvo en un principio en la retaguardia, a la espera de que se consolidara la cabeza de puente para poder pasar a la margen derecha del Ebro. Y por fin, durante la madrugada del 28 de julio, cruzaron el río a través de una pasadera flotante cerca de Mequinenza dirigiéndose al sur hacia Fayón.

Los primeros momentos de la invasión habían sido de caos y sorpresa absoluta para las tropas franquistas, una parte de las cuales eran tabores moros que mandaba el general Yagüe. Fue tan grande su desconcierto que incluso el ejército gubernamental llegó a capturar un regimiento entero de soldados sin apenas resistencia. Una vez se hubieron rendido, dos compañías fueron encargadas de desarmarlos a todos y llevarlos custodiados a la otra parte del río. Entre aquellos prisioneros se encontraban un buen número de moros, los republicanos que habían combatido contra ellos los miraban con bastante recelo conociendo como habían actuado en las batallas que los habían enfrentado. En el momento de su rendición ya habían abandonado sus armas, pero ahora eran minuciosamente cacheados antes de pasarlos a un recinto acordonado. Esa era una labor que desagradaba bastante a Eugenio que tenía todavía presente la imagen de sus compañeros degollados en la vega del río Alfambra. Apenas habían comenzado los registros y activo como era ya se encontraba en medio de aquellos soldados. Allí percibía el penetrante olor de los prisioneros tras varios días de batalla bajo el asfixiante calor estival, tufillo por otra parte no muy diferente del que él mismo emitía. Pero cuando estaba inspeccionando a uno de los moros casi le sobrevino una arcada de la fuerte pestilencia que emanaba su ropa, más concretamente el zurrón que le colgaba a modo de bandolera.

—¿Qué llevas ahí?

—Yo no entiendo.

—No me lo creo. Venga, dame esa bolsa que voy a ver que guardas que huele tan mal.

—¡No! ¡No! ¡No! Solo mío... paísa... solo mío...

El soldado moro tenía agarrada la cinta del zurrón y no la soltaba a pesar de los tirones de Eugenio, empeñado en comprobar qué demonios había dentro que olía tan mal. Al final del forcejeo acabó rompiéndose y suelta la bolsa cayó al suelo derramando todo su contenido. El prisionero se arrodilló al instante y comenzó a recoger los objetos esparcidos en la tierra, mientras los milicianos que estaban realizando el registro hacían un corro aislándolo del resto.

—Pero ¿qué demonios es esto? —gritó Eugenio al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

No daba crédito a lo que estaba viendo y se agachó también para cerciorarse de que era cierto.

—¡No me lo puedo creer! Vamos a ver qué hay dentro de este trapo... son dedos humanos y estos huesos... también son de dedos... y aquí... anillos... medallas... y esto que es... un diente... es un diente de oro. Maldito asesino a eso has venido a España a degollar y robar a los republicanos...

Rojo de ira como nunca lo habían visto sus compañeros cogió al soldado marroquí del cuello de la camisa y lo empujó fuera de allí. Una vez en medio del campo lo echó al suelo sin contemplaciones, se acercó a uno de los milicianos que los custodiaban para cogerle el fusil y, a continuación, totalmente decidido, lo ejecutó. Mientras tanto, otro de los soldados que estaba registrando a los prisioneros había recogido el zurrón con las piezas de oro junto a un trapo donde colocó los dedos amputados. Con celeridad fue a entregárselo al teniente del Batallón que había acudido al escuchar el disparo poniéndole en antecedentes. Tuvo suerte Eugenio que todo acabara en una monumental bronca y tan solo el apercibimiento de que la siguiente vez se las tendría que ver con un consejo de guerra. Eso gracias a la intercesión de Rubén que puso al oficial en antecedentes sobre lo que le ocurrió a Diógenes junto al trastorno que padecía su compañero desde entonces. Horas más tarde acabaron de efectuar los registros a todos los prisioneros trasladándolos a continuación a la otra parte del río. Y ocurrió un hecho significativo, cuando quedó libre el recinto donde los habían cacheado aparecieron varios dedos y piezas de oro desperdigadas por el suelo.

En el momento que tuvieron controlados a todos los prisioneros, el resto de la 59 Brigada Mixta con Eugenio y Rubén se unía a las fuerzas que estaban intentando conquistar el pueblo de Fayón. Sin embargo, tras la sorpresa inicial, el bando sublevado se había recompuesto y ahora hacían frente a los republicanos que, a pesar de tener controlada la carretera entre Mequinenza y Fayón, les resultaba imposible conquistar ambas localidades. Por si fuera poco, la artillería y la aviación franquista habían comenzado a multiplicar sus acciones y bombardeaban continuamente las posiciones gubernamentales causando un número importante de bajas. Mientras tanto, la fuerza aérea republicana seguía sin aparecer aunque lo cierto es que poco daño podía causar, ya que además de tener menos efectivos la mayor parte de ellos estaban siendo utilizados en la línea del frente alrededor de Gandesa.

Por todo ello, la 42 División tan solo pudo penetrar unos 15 kilómetros de profundidad en los seis días que duró su ofensiva logrando, eso sí, ser el foco de atención que era su principal objetivo y poder distraer al resto de las fuerzas franquistas del principal ataque a Gandesa.

Los combates eran cada vez más cruentos y, entre tanta violencia, también existían pequeños instantes de euforia como cuando eran abatidos algunos aviones fascistas. Lo cierto es que todos los días derribaban a uno o dos aunque se trataba de una victoria pírrica, ya que el daño que causaban era tremendo. Cuando llegó el mes de agosto la situación ya se había estancado y resultaba evidente que no podía mejorar, sobre todo, debido a que el bando sublevado había recibido refuerzos de varias divisiones que provenían de otros frentes. Durante esos días tuvieron lugar frecuentes ataques y contraataques por parte de los contendientes, de manera que la ofensiva del ejército franquista sembró de cadáveres aquella franja de terreno. Y cuando se vio que era imposible resistir por más tiempo, las fuerzas de la 42 División comenzaron a abandonar la cabeza de puente entre los días 5 y 7 de agosto. De los 9.500 soldados que pasaron el río Ebro entre Mequinzenza y Fayón al inicio de la batalla, tan solo regresaron 3.500. Por fortuna, entre los supervivientes de aquella carnicería se encontraban Eugenio y Rubén.

Pocos días más tarde, las tres Brigadas de la 42 División tenían la orden de confluir en el pueblo de Flix para pasar de nuevo a la margen derecha del río Ebro. La primera en llegar fue la 59 Brigada Mixta aunque con gran apuro, porque durante todo el trayecto habían tenido que aguantar los numerosos ataques de la aviación fascista. Una vez en la localidad no se libraron ni mucho menos de ellos ya que también eran continuas las incursiones aéreas. La misión de aquellos bombardeos era la de destruir todos los puentes y pasarelas de pontones a lo largo del Ebro. Sobre todo se cebaron en las más transitadas como era el caso de Flix que, además, contaba con un puente de hierro construido durante la misma noche en la que comenzaron a pasar las tropas republicanas. A pesar de que constantemente sufrían daños por los bombardeos, los ingenieros habían ideado un sistema de ensamblaje gracias al cual volvían a rehacerlos por la noche. Unas dos horas se necesitaba para hacer las pasarelas sobre pontones y medio día los puentes de vanguardia, mientras que los de madera y hierro costaban de dos a tres días.

El caso de la población de Flix era bastante singular, tal y como pudieron descubrir Eugenio y Rubén. Durante la mañana misma de su llegada estuvieron a cubierto entre la arboleda de la ribera. Mientras esperaban la llegada de las otras dos Brigadas de la 42 División, se ordenó a los soldados que habían participado en la construcción de las pasaderas de Fayón que acudieran a prestar ayuda a los pontoneros militares y civiles. Su misión consistía en acoplar los bloques de corcho y madera con los que hacían los puentes. En el momento que llegaron al río, les llamó poderosamente la atención la presencia de uno realizado con alambre y cartón, con el consiguiente susto para todos ellos al pensar que tenían que atravesar el Ebro sobre algo tan inconsistente. Pero estaban equivocados.

—No pretenderán que pasemos el río en este puente de papel —protestó Eugenio.

—Tranquilo que lo haréis en uno bien firme —respondió uno de los pontoneros.

—Ya me imagino que debe ser así por las planchas que estamos encajando, pero entonces ¿qué diablos pinta este puente de broma? —insistió de nuevo.

—Hace su papel te lo digo en serio. Sabes, la aviación fascista nos viene machacando todos los días desde que se inició la ofensiva. Sus bombarderos vuelan muy alto, tanto, como para no distinguir los puentes reales de los falsos, de manera que en el caso de que lo destruyan se van tan tranquilos y felices. Eso sí, pueden hacerlo o no, pero lo cierto es que por las noches no paramos ni un minuto, ya os daréis cuenta porque hasta que os manden a la otra orilla nos ayudaréis en la construcción.

Estaba en lo cierto el pontonero de Flix y en los dos días que estuvieron en la población, Eugenio y Rubén hicieron excelentes migas con Jaime, un hombre de cuarenta y tantos años, natural de esa localidad y que vivía con su familia en una casita de labradores en la margen derecha del río a poca distancia de Flix. Ya durante la primera noche que pasaron allí con los pontoneros civiles, pudieron apreciar algo extraordinario. En un momento dado se tuvo noticia que de la otra parte del río querían evacuar a un grupo de heridos y, desde el lado donde ellos se encontraban, iban a mandar suministros. Entonces, acompañaron a Jaime y a otros pontoneros a las afueras de la población. Tras

entrar en un barracón les vieron accionar un curioso dispositivo que elevaba una pasadera que se había mantenido sumergida por el día para hacerla invisible a la aviación. A través de ella, circularon las ambulancias con los heridos en una dirección y los pertrechos con las provisiones hacia la otra. De esta manera, los monterdinos supieron allí mismo la táctica que utilizaban para mantener fluida la marcha de vehículos y soldados entre ambos lados del Ebro. La pasarela de pega que daba igual si la destruían porque la volvían a rehacer como el señuelo que era, los puentes y pasaderas de madera y corcho cuya construcción no era muy costosa en tiempo, y el maravilloso ingenio sumergible que solo se alzaba del agua cuando la situación lo requería.

Varios días convivieron con los pontoneros de Flix, especialmente con Jaime con el que llegaron a congeniar bastante. Así estuvieron hasta mediados de agosto, momento en que acabaron por confluír las tres Brigadas en la localidad. Y por fin, una noche calurosa hasta el extremo, la 42 División pasó el río a través de una pasarela sobre pontón recién construida con destino a la Puebla de Masaluca, distante a una treintena de kilómetros. Tenían que apresurarse. Un tercio del camino discurría entre innumerables labrantíos de olivos y almendros con pequeñas alturas, donde a plena luz del día podían ser descubiertos por la aviación enemiga. Afortunadamente, cuando llegó la madrugada ya se había dejado atrás aquellos campos y lograron alcanzar las primeras estribaciones montañosas que, aunque no eran muy elevadas, podían pasar más desapercibidos al estar cubiertas de pinos y matorral. Una nueva etapa comenzaba para Eugenio y Rubén en esta fase de la batalla.

Durante el resto de ese verano su División estuvo situada en una amplia zona que rodeaba el pueblo de La Fatarella. La batalla de Teruel con toda su crudeza resultó casi un juego de niños comparado con la experiencia que se vivió en esta ocasión. Si en aquel entonces fue el tremendo frío quien causó casi tantas bajas como las de la propia guerra, en la del Ebro lo fue el asfixiante calor y en ocasiones la falta de agua. Llegado el caso, los soldados necesitaban de un considerable espíritu de supervivencia por la imposibilidad de acceder al agua cuando se llevaba varios días encerrado en una posición y, eran además, constantemente bombardeados por la artillería y la aviación enemiga. Eugenio y Rubén, como otros tantos de sus compañeros, no dudaron en beber hasta su propia orina depositada en una cantimplora una vez

que ésta se había enfriado. La locura y el humor negro también se unían en ocasiones, como cuando se jugaban una lata de conserva francesa a los “Piojos” y ganaba el preciado manjar quien más insectos contaba una vez espolsada su camisa encima de una mesa. Pero por encima de aquellas aberraciones, lo que más sobrecogía a los combatientes era el nauseabundo olor a muerte que transportaban las brisas del aire cuando se movía en medio de aquel calor abrasador. Era la consecuencia de los cientos de cuerpos insepultos que habían quedado en medio del campo de batalla y resultaban imposibles de enterrar. Eso sí, prácticamente a diario, con una macabra regularidad la Legión Cóndor alemana, La Aviación Legionaria italiana y la Fuerza Aérea Nacional sembraban el más absoluto terror, ante el que nada podía hacer la aviación republicana claramente inferior en número y eficacia.

Por todo ello, el signo de la guerra se iba decantando poco a poco en favor del bando sublevado. Tampoco ayudaba para nada la situación política europea cada vez más plegada a las imposiciones de Alemania. Así pues, a finales de septiembre con los acuerdos de Munich, las democracias occidentales cedían ante el expansionismo nazi y les permitían la ocupación de los Sudetes checoslovacos. De manera indirecta, este cúmulo de cesiones afectaba a la República española que ahora quedaba abandonada a su suerte. En este contexto, las Brigadas Internacionales que combatían en España también dejaron de prestar servicio a la República durante esas mismas fechas. Aquello, no fue sino un vano intento del gobierno para que Franco imitara la acción con los legionarios extranjeros, algo que por supuesto no tuvo lugar. Y precisamente, la 35 División internacional del XV Cuerpo del Ejército al que pertenecía también la 42 División, fue relevada del frente del Ebro a finales de septiembre. Esta falta de efectivos fue paliada en parte por la “Quinta del Biberón”, jóvenes todavía adolescentes que se vieron obligados a tomar las armas aunque, para su desgracia, la in-experiencia les hizo ser básicamente carne de cañón.

Durante el mes de octubre de 1938, se recrudece la ofensiva fascista con continuos avances y retrocesos en la parte central donde estaban situados los efectivos de la 42 División. El ejército republicano se encontraba perfectamente asentado sobre el terreno, manteniendo la idea de prolongar todo lo posible aquella batalla aunque fuera con un alto coste humano. Por otra parte, Franco no estaba dispuesto a sufrir el considerable desgaste más tiempo del necesario y, a finales de

mes, lanzó a sus fuerzas contra las posiciones enemigas causando una gran destrucción y mortandad, sobre todo en la División de Eugenio y Rubén. Su plan consistía en realizar una brutal acometida en un punto concreto y, para ello, utilizaba los recursos conjuntos de la artillería y la aviación. En este último caso, los primeros protagonistas eran los bombarderos *Junkers*, y, más tarde, acudían los bombarderos en picado *Stukas* y los cazas *Messerschmitt* para completar el acoso desde el aire. Luego, cuando las posiciones habían quedado literalmente machacadas y sin capacidad de reacción, se ordenaba a la infantería completar la conquista.

En los últimos días de octubre, los supervivientes de la 59 Brigada Mixta soportaban a duras penas todos aquellos embates desde su posición en las proximidades de La Fatarella. Desde allí mismo, tenían una excelente visión a lo lejos de los meandros del Ebro con los pueblos de Ascó y Flix. La derrota parecía irremediable, había soldados que suspiraban por cruzar lo antes posible aquel río del que les separaban aproximadamente unos seis kilómetros. En esos momentos de máxima tensión comenzaron a producirse deserciones y los oficiales estaban cada vez más tentados a retirarse, pero las órdenes del Alto Mando eran claras: fusilar a todo el que lo intentara. Los soldados se encontraban psicológicamente en el límite y tremendamente cansados de aquella batalla, ésta había comenzado a finales de julio en medio de un intenso calor y, en estos momentos, empezaban a caer las primeras nevadas. Pero a pesar de algunas circunstancias negativas, la nota predominante de los soldados republicanos en la batalla del Ebro fue el tremendo arrojo y valor que demostraron en el combate ante un enemigo superior. Se luchó en todas las posiciones, palmo a palmo de terreno. Solo retrocedieron cuando ya era materialmente imposible la defensa.

A partir del mes de noviembre, la situación cambió todavía a peor como consecuencia de los continuos ataques del bando sublevado. Se había iniciado la ofensiva definitiva y las maltrechas fuerzas de la República hacían lo imposible para contener la ruptura del frente. Pero todo se vino abajo para la 42 División entre los días 11 y 14 de noviembre, cuando una División de requetés navarros y el Ejército marroquí de Yagüe se hicieron respectivamente con el cruce de Camposines y La Fatarella. En ese momento, las fuerzas republicanas iniciaron la retirada bajo la constante presión enemiga. El día 15 hubo

suerte, ya que amaneció con bastante niebla y pudieron salir sin el acoso de la aviación pero, cuando se fue disipando, los soldados republicanos pudieron comprobar el horror de la guerra. En la campaña que atravesaron Eugenio y Rubén junto a sus compañeros no solo encontraron almendros y olivos, sino todo tipo de material de guerra destruido, vehículos, carros de combate e incluso aviones. Y por encima de todo les abrumó la presencia de innumerables restos humanos, un espectáculo verdaderamente dantesco como nunca en sus vidas habían presenciado.

Cuando se encontraban cerca del río pudieron ver un grupo numeroso de civiles sacando enseres de una casa para colocarlos en dos carros, y, entre ellos reconocieron a Jaime, el pontonero de Flix. El tiempo apremiaba pero todavía pudieron hablar durante un momento y despedirse a la espera de una mejor ocasión. Ya bien entrada la noche llegaban por fin al pueblo de Flix. No pudieron sino impresionarse por la riada humana que intentaba salir en dirección a la todavía zona gubernamental. Soldados, coches y carros se entremezclaban en aquel informal batiburrillo, donde el miedo se palpaba en el aire ante el futuro incierto que se cernía sobre todos ellos. Los dos monterdinos tuvieron el dudoso honor de formar parte junto al teniente coronel Manuel Tagüeña, jefe del XV Cuerpo del Ejército, del último grupo de personas que cruzaron el puente de hierro de esa población ya que fue volado por los artificieros durante las primeras horas del día 16 de noviembre. Cuando a la mañana siguiente se retiraba el ejército republicano en dirección al pueblo de La Granadella, Eugenio y Rubén tenían la sensación de que no solo habían perdido una batalla, sino la propia guerra y que la II República española tenía los días contados. Atrás habían dejado el mismísimo infierno donde reposaban los restos de cien mil soldados muertos por defender a cualquiera de las dos Españas.

El tobillo de Eugenio Lahuerta le estaba ocasionando cada vez más problemas y ralentizaba considerablemente la marcha de su compañero Rubén, desde que salieron de Gerona durante la tarde del día 3 de febrero de 1939. No dejaba de pensar que aquella herida había

sido cuestión de mala suerte, pero lo cierto es que a lo largo de una guerra resultaba prácticamente imposible quedar ileso. Por ello podía dar gracias al destino, tanto él como Rubén acabaron sin heridas de consideración y, en cambio, habían visto morir a muchos de sus compañeros durante los dos años largos que llevaban batallando por la piel de toro.

Pero el disgusto de Eugenio era consigo mismo. La herida de su maltrecho tobillo no se había producido por una refriega con el enemigo, sino que tuvo lugar debido a su torpeza durante los bombardeos que padeció Gerona en los días previos a su conquista. En uno de ellos, posiblemente el más letal de todos realizado el 28 de enero de 1939, tuvo la mala fortuna de tropezar en un descuido y caer al suelo cuando acudía con Rubén a un refugio subterráneo. Quedaron separados entre la muchedumbre que corría despavorida, más aún cuando las explosiones comenzaron a sentirse en las casas próximas. Una vez pasó el peligro y los bombarderos ya habían lanzado su mortífera carga, soldados y civiles comenzaron a desescombrar las viviendas derruidas. Pudieron rescatarlo con una herida importante en su pie pero con vida a fin de cuentas, no así a tres personas que fallecieron como consecuencia de aquel derrumbe.

Fue a raíz de la caída de Gerona cuando Eugenio y su amigo Rubén se sintieron definitivamente vencidos y pensaron que su única salida era marcharse junto a los miles de refugiados que en estos momentos se dirigían a la frontera. Con anterioridad, desde que cayó Barcelona a finales de enero, aquel movimiento había ido aumentando exponencialmente. Tanto los militares republicanos como el personal civil que temía por su vida marchaban por las carreteras que conducían a Francia, buscando el refugio que ya no encontraban en su patria. Eso ocurría también en la carretera que desde Gerona se dirigía a La Junquera, ya que se encontraba cada vez más transitada conforme pasaban los días y el ejército franquista iba consolidándose en Cataluña. La mayor parte de aquella gente hacía el camino a pie, aunque también otros lo realizaban en carro, e incluso se veían algunos coches y camiones militares transportando tropas o heridos. Rubén llevaba un petate al hombro donde habían guardado las pertenencias de los dos, además, tenía que sostener también a Eugenio que se quejaba constantemente de su lesionado tobillo y apenas podía apoyarlo en el suelo. Por todo ello, su camino era un auténtico calvario, con frecuentes paradas al

igual que otros soldados que, como ellos, ayudaban a sus compañeros heridos. A todas estas dificultades había que añadir que se encontraban en pleno invierno, las bajas temperaturas afectaban a la fortaleza física de los que habían emprendido la huida.

La noche del 3 de febrero la pasaron a la intemperie cubiertos tan solo con dos mantas y poco más que un chusco de pan para cenar. La caminata del día siguiente fue similar, con la única diferencia del cansancio acumulado que les obligaba a detenerse aún más a menudo. También el frío aumentaba así como el número de refugiados que seguía incorporándose. En el momento que comenzaba a oscurecer decidieron descansar debajo del puente que salvaba el río Muga, a su paso por la población de Pont de Molins. Aquel lugar se encontraba repleto de personas que llenaron el recinto de hogueras para combatir el relente nocturno. Rubén y Eugenio fueron de los primeros en bajar y buscar acomodo junto a la pared del puente que daba a la localidad. Allí se encontraban ya dos milicianos, uno de ellos, con una fea herida en un costado que le mantenía empapada la ropa de sangre. El silencio de aquella noche tan solo era roto por los gemidos de los heridos y el crepitar de las llamas pero nadie hablaba si no era estrictamente necesario, como hicieron ellos con sus compañeros ocasionales. Al romper el alba reiniciaron la marcha, aunque en esta ocasión acordaron ir los cuatro juntos; Rubén ayudando a Eugenio y el otro miliciano haciendo lo propio con su compañero.

Cuando enlazaron con la ruta comprobaron como aquella marea humana que serpenteaba a lo largo del camino era cada vez más densa. Llevaban andados apenas tres kilómetros cuando escucharon el griterío de la gente junto al ruido inconfundible de los aviones. Todas las personas se hicieron a un lado de la carretera, escondiéndose de la mejor manera posible para evitar ser alcanzados por la metralla. Aquellos minutos se hicieron eternos, algunos soldados disparaban contra los aviones aunque sabían que era imposible dañarlos. Les cegaba una ira inmensa por aquel acto criminal en el que los cazas fascistas acribilaban a gente indefensa, ancianos, mujeres, niños y también soldados republicanos cuyo único delito era huir de la guerra. Cuando acabó aquella andanada mortífera, los aviones retornaron a sus bases con el pleno convencimiento de haber cumplido con la consigna impuesta: causar el mayor número de bajas y amedrentar de paso a la población enemiga. Pero no había tiempo para lamentaciones y salvo los com-

pañeros o familiares de los que habían caído, el resto del personal se levantaba inmediatamente para continuar con la marcha. Así lo hicieron Eugenio y Rubén, que junto a sus dos nuevos compañeros reiniciaron el camino, mientras observaban los destrozos causados por la aviación en esa misma mañana y también en fechas anteriores. El espectáculo era verdaderamente dantesco, en ambos lados de la carretera aparecían los restos de camiones y carros destrozados por las bombas, junto a caballos destripados o sus cuerpos hinchados.

Llevaban varios minutos andando cuando un ruido les sobresaltó nuevamente. Al girarse comprobaron cómo un convoy de varios vehículos militares y camiones hacían sonar el claxon reiteradamente para abrirse paso entre la muchedumbre. El miliciano que acompañaba a los monterdinos estaba exhausto por el tremendo esfuerzo que venía realizando con su compañero también desde Gerona, al que prácticamente tenía que llevar en volandas. Se detuvieron los cuatro para recuperar el aliento y dejar pasar al convoy militar que iba lleno de personas heridas y soldados. Muchos les hacían señales con la intención de que pararan, pero ningún vehículo lo hizo. Cuando volvieron a reincorporarse en la columna, escucharon el sonido a lo lejos de otro camión militar que se había quedado rezagado y como la gente le seguía abriendo el camino. Pero en el momento que se encontraba cerca de ellos, el miliciano dejó súbitamente a su compañero en el suelo y se colocó en el centro de la calzada, alzó una mano para detenerlo mientras con la otra disparaba al aire una ráfaga de metralleta.

—¡Alto! ¡Detén el camión ahora mismo! —ordenó tajante.

—¿Qué pasa? —Respondió el oficial que iba en la cabina, el cual bajó al momento con una pistola en la mano— No tenemos tiempo que perder así que quítate de en medio.

—No pienso moverme de aquí si no me das una respuesta convincente. Quiero ver que lleváis en el camión.

—¡Heridos! Soldados que no pueden valerse por sí mismos...

—Pues aquí también hay muchos que no pueden dar ni un paso —bajó a continuación el tono de la demanda hasta convertirlo casi en una súplica—. Mi teniente, por lo que más quiera, compruebe a ver si pueden subir algunos más. Si no lo hace lo haré yo y también muchos de los que están a nuestro alrededor —volvió a encrespase.

En ese momento varios presentes unieron sus voces a las del soldado mostrando sus rifles en actitud amenazadora. El oficial calibró durante un instante la situación en la que podía derivar aquel tumulto. No era cuestión de alarmar más de lo necesario porque además les había dicho la verdad, por ello, convino que lo mejor para salir del paso era que lo vieran con sus propios ojos.

—No tengo por qué hacerlo pero vente conmigo y verás cómo es cierto lo que te acabo de contar.

Después de enfundar su pistola y decirle al soldado que bajara su arma le indicó que lo siguiera hasta detrás del camión. A una indicación suya abrieron la lona desde dentro y todos pudieron comprobar la veracidad de sus palabras.

—Mi teniente por favor ¿no cabe nadie más? —Insistió de nuevo—. Aquí hay personas que tienen heridas graves y no van a aguantar la marcha... es imposible que lo hagan.

—A ver ¿Cuántos soldados caben todavía? —Preguntó el oficial dirigiéndose a alguien en el interior del camión—. Venga aligerad que no tenemos todo el día.

—Podríamos hacer sitio todavía para tres... no, espere mi teniente... cuatro... que hay un fallecido más... —respondió el soldado aludido.

El oficial dio una orden y subieron dos personas a ayudar a bajar al difunto que depositaron sobre un campo próximo a la carretera.

—Que se acerquen todos los heridos y mutilados que estén en peor estado y subirán los cuatro que más lo necesiten —alzó la voz todo lo que pudo.

En un instante ya había un buen puñado de heridos que imploraban su ayuda. Escogió a cuatro de ellos entre los que se hallaba el compañero del miliciano, pero no así Eugenio, cuya herida no revestía la importancia de otros que realmente se encontraban entre la vida y la muerte. Apenas subieron todos cuando el teniente después de una inquisidora mirada al autor de aquella parada, ordenó seguir la marcha rápidamente. Con la tensión del momento recelaba que se pudiera producir algún alboroto más ya que podía acabar muy mal, dadas las necesidades de los que huían en tan dramáticas condiciones.

—Vaya, ha tenido suerte tu amigo —comentó Rubén.

—¡Sí! Me alegro por él pero ignoro cuánto durará porque su herida es muy grave. Por cierto me llamo José pero todos me conocen por mi apellido, Hidalgo.

Hechas las presentaciones se ofreció para ayudarles en el resto del camino aunque apenas hablaron contagiados por aquel clima tan depresivo. Bastaba con mirar alrededor para darse cuenta de aquella tragedia y, conforme seguían andando, el flujo de huidos se iba incrementando considerablemente. El frío y la humedad de las últimas nevadas visibles en las cercanas estribaciones del Pirineo calaban en lo más hondo de aquel enjambre humano, a pesar de que muchas personas iban cubiertas con mantas. Llamaba poderosamente la atención la triste imagen ofrecida por los niños que no entendían nada aquella situación o los ancianos, que pugnaban por aguantar el infernal ritmo de marcha. Pero por encima de todo estaban las mujeres, muchas de ellas con la única compañía de los hijos y abuelos. Su estampa era deplorable. Llevaban a cuestas bien a sus bebés o a los escasos bártulos que habían podido salvar de sus casas, en estos momentos, ellas eran el sostén de sus familias y las auténticas protagonistas de la huida. El cansancio, una infinita tristeza y el miedo quedaban reflejados en las miradas de todos ellos, era como una especie de estigma que mostraba el verdadero rostro de la derrota.

Aquella lúgubre estampa chocaba frontalmente con el mundo racional y a poco que algún observador girara la vista se daba de bruces con imágenes de auténtica pesadilla. Así le ocurrió a Hidalgo que, en un momento dado, comprobó a una mujer que caminaba por la otra parte de la carretera y llevaba un niño pequeño entre sus brazos aunque no efectuaba movimiento alguno, tan solo sus extremidades se movían al compás de la marcha. Con un ademán le indicó a Rubén que los mirara y el gesto con el que le respondió confirmó sus peores sospechas: sin duda alguna aquel pequeño estaba muerto. Observaron a las personas que caminaban junto a ellos y el anciano que los acompañaba también se dio cuenta de que aquellos militares los estaban contemplando. Sus miradas se cruzaron durante un instante en medio de un penetrante silencio, pero fue suficiente para que los soldados pudieran imaginar las penosas circunstancias que padecía aquella familia. Ese era uno de los tantos dramas que asolaban a las miles de personas que caminaban penosamente por la carretera de camino a su exilio en Fran-

cia. Los principales afectados fueron las mujeres y sus hijos, muchos de los cuales murieron en aquella travesía como consecuencia del frío o la deficiente alimentación.

Varios minutos más tarde volvieron a pasar tres camiones cargados de personal pero, en esta ocasión, no pararon a pesar de la súplica de los numerosos heridos y mutilados. El espectáculo era cada vez más espantoso y tuvo su punto culminante por una nueva incursión de la aviación franquista antes de llegar a la población de La Junquera. Nuevamente volvieron a esconderse, escuchándose otra vez los gritos y blasfemias contra los causantes de tanta angustia y dolor. Aquel raid había afectado y de qué manera a Hidalgo, cuyo rostro reflejaba una enorme tensión de la que se hicieron eco Rubén y Eugenio.

—¿Te ocurre algo? tienes la cara desencajada...

—No es la primera vez que paso por tragos tan amargos como los de estos ataques, pero es algo que no lo puedo remediar —respondió.

—Duro tuvo que ser lo que pasaste para que se te haya transformado el rostro de esa manera... pero perdona quien soy yo para...

—No te disculpes, es la guerra y cada uno de nosotros seguro que ha sufrido trances semejantes... Os aseguro que estos dos ataques que hemos padecido de la aviación con todo el desastre y muerte que han ocasionado, no son nada comparable al que sufrí hace ahora dos años.

—Por el tono de cómo lo dices creo que no debería haberte hecho el comentario... hay ocasiones donde los recuerdos son malos compañeros de viaje y me temo que en esta ocasión...

—No te preocupes ya te he dicho que no pasa nada y además igual no conocéis el suceso al que me estoy refiriendo... ¿Habéis escuchado hablar alguna vez de la “Desbandá” de la carretera Málaga-Almería?

—No...

—Yo tampoco...

—Pues fijaros, una de las mayores masacres de esta puñetera guerra y ni tan siquiera la conocen muchos de los propios republicanos... Os lo contaré aunque sea por encima.

La gravedad de las palabras de Hidalgo aumentó la consternación de Eugenio y Rubén pero también la de otros refugiados, ya fue-

ran civiles o militares, que caminaban a su lado y habían escuchado aquella conversación. La gente de alrededor andaba en silencio desde el comienzo de la marcha. Entre los ruidos de las pisadas junto algún que otro lloro y gemido, se escuchaba la voz temblorosa del soldado mientras recordaba un suceso que nunca debió de haber ocurrido.

—Hace casi dos años, me encontraba defendiendo Málaga del ataque de los “Camisas Negras” italianos y los fascistas de Queipo de Llano... Cuando finalmente entraron en la capital comenzaron las masacres y la multitud enloquecida por salvar su vida tomó la carretera rumbo a Almería. Éramos miles de personas, si me apuráis muchas más de las que vamos hacia Francia... y como aquí la inmensa mayoría eran civiles, aunque también algunos militares entre los que me encontraba yo con los restos de mi compañía... Y ahora viene mi mayor pesadilla, la carretera estaba abarrotada y los fascistas comenzaron a machacarnos desde todos los puntos. Nos cañoneaban desde los barcos, en tierra también la artillería, mientras que los aviones hacían pasadas interminables... Aquello fue un auténtico matadero y miles de personas, la mayoría civiles perecieron en aquella desbandada ¡Qué paradoja! Por el pánico de morir a manos rebeldes, la gente se marchó de sus casas con lo puesto para acabar sucumbiendo en la carretera de Málaga a Almería. Aquello era un macabro ejercicio de tiro al blanco porque no nos podíamos defender... , por eso, quedaron allí para siempre miles de personas casi todos civiles... muertos..., destrozados por el estallido de las bombas... ancianos, mujeres y niños. Se disparaba desde lejos al bulto, sin ninguna otra consideración... Así que ya sabéis que es lo que fue la “Desbandá” de la que os he hablado... No os podéis ni imaginar el dolor que siento cada vez que lo recuerdo o cuando lo he tenido que contar... , creo que nunca más haré la menor mención de ello pero vosotros estáis en la obligación de hacerlo saber a todo el mundo... Estoy convencido que algún día las cosas cambiarán y quizás España pueda ser otra vez una República. O puede que también se renueven los gobernantes de este mundo y la decencia entre a formar parte de la vida política... En ese momento, habrá que hablar alto y muy claro de todo lo que hemos padecido en esta maldita guerra para que las generaciones que vengan sepan a qué atenerse ante el horror del fascismo.

Hidalgo dejó de hablar casi de repente, exhausto, por todos aquellos recuerdos que llevaba a cuestas como si fueran un estigma imposible de sobrellevar sin un mínimo de cordura. También Eugenio,

Rubén y todos los anónimos acompañantes que habían escuchado aquellos comentarios hicieron lo propio. La tristeza se estaba apoderando de sus rostros, justo en unos momentos en los que hacía falta más que nunca el valor y la decisión de seguir adelante, conocían de sobra lo que les esperaba si se quedaban en aquella irreconocible España. La marcha seguía siendo pesada y el silencio la nota dominante. Las miradas de los refugiados se dirigían hacia el suelo o el horizonte en una súplica constante de llegar cuanto antes a Francia y, sobre todo, de no sufrir más ataques de los fascistas.

La bolsa de los que huían era tan considerable que existía un cierto apelotonamiento entre La Junquera y el paso fronterizo de Le Perthus. Además, el tiempo empeoraba y la nieve había hecho ya su aparición, por ello, Rubén y sus compañeros decidieron guarecerse entre los árboles de un bosque próximo. A la mañana siguiente intentarían pasar a Francia aunque lo último que conocían del exilio era muy poco halagüeño. Si bien la frontera estaba abierta desde el pasado 27 de enero, lo era tan solo para civiles y militares heridos. Las noticias desde entonces eran más bien contradictorias y comenzaba a cundir un creciente nerviosismo ya que el avance enemigo era imparable. Podía generarse una enorme bolsa de personal civil y militares republicanos cercados entre las tropas franquistas y la misma frontera. Nada cambió al día siguiente, manteniéndose las condiciones impuestas para poder cruzar al país vecino. Hidalgo y Rubén insistieron a Eugenio en acompañarle hasta donde pudieran porque, el joven, al estar herido sí que cumplía con los requisitos impuestos. Sin embargo se resistía, ya que prefería seguir junto a ellos antes que aventurarse él solo a lo desconocido. Afortunadamente, cuando la tarde estaba llegando a su fin llegó la esperada noticia de que quedaba abierto el paso de Le Perthus para todos los refugiados sin excepciones. No obstante, al encontrarse ellos todavía en el bosque algo lejos de Francia, no les quedó más remedio que esperar allí durante una nueva noche, ya partirían a la mañana siguiente.

Y por fin, el día 7 de febrero de 1939 cruzaban el paso de Le Perthus varios miles de españoles, entre ellos Eugenio, Rubén e Hidalgo, su nuevo compañero. Siguiendo las indicaciones de los gendar-

mes, todos los militares que les precedieron habían lanzado sus armas al suelo quedando acumuladas en varios montículos. Ellos hicieron lo mismo y pensaron que ya había pasado lo peor, pero estaban muy equivocados. No tardaron en tener la extraña e inesperada sensación de que en Francia no iban a ser bien recibidos a pesar de tratarse del país que, con remarcada y empalagosa autosuficiencia, se tenía como el adalid de los derechos humanos. Conforme fueron entrando en territorio francés, los exiliados españoles se dieron de bruces con la nueva realidad que les esperaba.

—*Allez, allez, reculez!* —Gritaban unos gendarmes al tiempo que les empujaban o golpeaban con sus fusiles.

—¿Qué demonios nos dicen? —preguntó Eugenio.

—Creo que no quieren que sigamos adelante y reculemos para que esos de ahí nos registren —respondió Hidalgo.

—En mi pueblo solo hacemos recular a los animales —volvió a comentar el joven monterdino con evidentes gestos de malhumor.

—Pues mucho me temo que esta gente nos está tratando como si lo fuéramos —remachó Rubén.

En efecto, habían acertado. La actuación de los gendarmes y de las fuerzas coloniales francesas, fundamentalmente los senegaleses, era de lo más brutal y vejatoria. A pocos metros de la frontera los registraron de arriba abajo, sin ninguna contemplación y con mucho desprecio, incluso se dieron casos donde les llegaron a arrancar los galones y el resto de objetos de valor que pudieron encontrar. Una vez el contingente de refugiados llegó a ser lo suficientemente amplio, los dirigieron a pie durante casi treinta kilómetros hacia la población costera de Argelès-sur-Mer en cuya playa se había improvisado un campo de concentración. Los recientes acontecimientos en Cataluña y el resto de España, habían desbordado a la administración francesa que no se esperaba tal afluencia de exiliados. Además, era una situación que no les agradaba para nada y la desgana, apatía y el desinterés más absoluto primaba sobre otras consideraciones. En dicha situación tuvo mucho que ver Édouard Daladier, presidente del gobierno francés con su decreto del año anterior, en el que propugnaba la detención y posterior expulsión de todos los extranjeros indeseables y, esta calificación, fue asignada también en estos momentos a los refugiados españoles.

Cuando finalmente llegaron al campo de concentración, se dieron cuenta de la precipitación con la que las autoridades francesas habían actuado, allí todo era provisional, en realidad, una playa inmensa poblada ya por miles de compatriotas que estaba rodeada de estacas y alambradas. Argelès-sur-Mer se encontraba dividido en varias secciones. Por una parte los niños, ancianos y mujeres, en otra los heridos y, por último, los hombres a su vez separados en zonas diferentes según fueran civiles o militares. Las labores de vigilancia estaban encomendadas además de la Guardia móvil, al 7º Regimiento de Spahis y al 24 de Tiradores Senegaleses. Estos dos últimos grupos pertenecían a las tropas coloniales que mantuvieron una actitud tremendamente hostil y agresiva hacia los refugiados españoles. Con ellos descargaron toda su ira contenida, a imagen de la actitud que con sus pueblos había mantenido la propia metrópoli.

En el momento que llegaron al campo de concentración cada uno de los grupos marchó a su área correspondiente, Eugenio fue con los heridos, mientras que Hidalgo y Rubén lo hicieron hacia el sector militar. Una vez dentro apenas tardaron en hacer piña con otros soldados para protegerse del frío y la humedad reinante y sobre todo para hablar, hasta esos momentos la experiencia de la entrada en Francia había sido de lo más decepcionante. Pero pasaban las horas y no ocurría nada, por supuesto tampoco tuvieron acceso al agua ni les proporcionaron alimentación. Comenzaron a pensar que más que refugiados parecían detenidos. Seguían comentando sus impresiones cuando empezó a oscurecer en su primer día de exilio.

—¿Cómo vamos a pasar esta noche con el frío que hace? Ni tan siquiera tenemos leña para encender una hoguera y calentarnos —comentó Rubén a su compañero de viaje.

—Tienes razón, algo habrá que hacer —respondió—. Pero espera un momento que allí veo a un grupo de personas y me parece que están cavando... voy a ver qué están haciendo.

Hidalgo se marchó raudo hacia aquel lugar mientras Rubén continuaba hablando con varios soldados sobre los sucesos de aquel día. Pocos minutos más tarde volvió el miliciano con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me acabo de enterar la forma de no morirnos de frío durante esta noche y las sucesivas —les comentó excitado—. Tenemos que

cavar un hoyo en la arena que cubra nuestros cuerpos y luego nos tapamos con las mantas, es lo que se viene haciendo en este campo desde que llegaron los primeros españoles.

—Pues manos a la obra. Démonos prisa que se hará de noche enseguida —dijo Rubén a los presentes.

Aquel grupo de unos treinta soldados no tardó en comenzar a excavar de cualquier forma, ya fuera con las manos o con alguna madera. Tras varios minutos de dura faena consiguieron realizar un rectángulo en la playa donde podían caber todos. Apenas tardaron en echarse a dormir, muertos de cansancio por las emociones, el frío y el hambre que habían pasado durante ese día.

A la mañana siguiente, la situación empeoró considerablemente y se produjo una auténtica avalancha de refugiados que llegó a doblar el existente en Argelès-sur-Mer. Seguían sin proporcionarles agua potable y casi habían acabado con la de sus cantimploras. Tampoco habían recibido alimento alguno por parte de las autoridades francesas y solo unos pocos disponían todavía de ciertas reservas. Pero dentro de lo que cabe tuvieron suerte ya que a media mañana un camión pasó cerca de las alambradas con chuscos de pan. Militares franceses los tiraban al suelo ante las carreras de los hambrientos republicanos que preferían perder su orgullo antes que morir de hambre. Eso mismo hizo el grupo de Rubén y, aunque fuera pan, por lo menos algo comieron durante ese día. También a media tarde les llevaron agua potable pero tan poca que la tuvieron que racionar. Y qué decir de la más elemental higiene, al carecer de letrinas hacían sus necesidades donde podían y luego las enterraban, o también evacuaban a la orilla del mar. Al finalizar aquel día, los internos en Argelès-sur-Mer eran aproximadamente unas 60.000 personas.

Así era la vida en el campo de concentración y los exiliados comenzaban a pensar que no había escapatoria en aquella auténtica encerrona. Durante los días siguientes tan solo mejoró un poco la ración de comida diaria aunque seguía siendo escasa. Después de sobrevivir al inicio de su internamiento solo a pan y a un vaso de agua sucia diaria, comenzaron a darles en las fechas siguientes algo de caldo caliente o incluso latas de sardinas, aunque cada una la tenían que repartir entre varios refugiados. Y más tarde, gracias a las campañas realizadas por partidos y sindicatos franceses de izquierda, les llegaron por fin alimentos y mantas.

Al estar situado el campo entre una zona pantanosa y la playa era numerosa la presencia de cañaverales y arbustos. Con ellos, los refugiados se ingeniaron para realizar chamizos con los que evitar dormir al raso, mientras esperaban pacientemente que les construyeran los barracones. Pero por otra parte estaba la población local que, asumiendo riesgos notables, proporcionaron siempre que les fue posible alimentos y ropa a los refugiados especialmente a los niños, en una encomiable actuación que reconocieron los propios españoles. Que una cosa era la población francesa y otra bien distinta sus dirigentes, las fuerzas de orden y los militares.

Pasados los primeros días de incertidumbre se fueron acomodando a la nueva situación dándose a conocer entre ellos. Aquel boca a boca logró que Rubén tuviera constancia de la presencia de un nutrido grupo de turoleses, varios de ellos, de la Sierra de Albarracín. Cuando finalmente pudieron contactar resultaron ser de varios pueblos próximos a Monterde como Pozondón, Bronchales, Orihuela del Tremedal, Albarracín y otros más de la Sierra. Aquella búsqueda la realizó junto a Hidalgo con el que había llegado a congeniar bastante y viendo que el lugar donde los encontraron reunía mejores condiciones decidieron quedarse junto a ellos. Como había un notable desnivel debido a la existencia de unas dunas, acondicionaron un rústico chamizo para poder guarecerse mejor de las inclemencias del tiempo. Para todos ellos aquel fue un encuentro feliz, en alguna ocasión durante la República habían coincidido en las fiestas de sus respectivos pueblos o en actos políticos. El recuerdo de aquellos años les ayudó a sobreponerse de las penosas circunstancias que estaban viviendo.

Aunque Rubén participó en numerosos encuentros con sus paisanos, lo cierto es que primaba sobre todo la reciente amistad con Hidalgo por lo que pasaban largas horas conversando. Supo enseguida que la Brigada de su nuevo compañero había sido diezmada. Primero en el Ebro y, con posterioridad, defendiendo diferentes enclaves en Cataluña especialmente Gerona, en cuya defensa perecieron los últimos. Cuando departían, los temas eran variados y hacían referencia tanto a sus respectivas vidas antes de estallar la guerra como a los sociales. Y ahí destacaba Hidalgo, un ácrata visceral que había sorteado de la mejor manera posible los prejuicios antisistema de su ideología. Le comentaba a Rubén que nunca quiso saber nada de política y se mantuvo al margen hasta las elecciones de 1936, en las que acudió a

votar por primera y única vez con la intención de ayudar al triunfo del Frente Popular, y que pudieran salir de la cárcel los presos anarquistas. Por su parte, Rubén, como antiguo miembro de la Columna del Rosal se mantenía firme en su credo republicano y revolucionario, aunque también le gustaba recordar pasajes de su vida en Monterde y sobre todo de la Sierra de Albarracín. Tanto nombraba a la Sierra que Hidalgo comenzó a llamarle más frecuentemente con el apodo de *Serrano*, algo que por otra parte no molestaba ni mucho menos al propio Rubén.

A mediados de febrero el ánimo de todos los exiliados se vino abajo cuando comenzó a correr el rumor, luego confirmado, de que las tropas franquistas habían llegado hasta la misma frontera francesa. Pero por fortuna, una vez pasados los primeros días de estupor sobrevino la reacción, con tal fuerza, que puso de manifiesto a las autoridades francesas que los republicanos españoles podían haber sido vencidos en el campo de batalla, pero ni mucho menos los habían derrotado. Aunque a decir verdad, no todo el mundo pensaba igual.

—Sabes *Serrano* estoy pensando en hacer una locura, no aguanto en este lugar ni un día más. Me importa un bledo que los fascistas hayan conquistado Cataluña pero para morir aquí mejor me escapo, robo todas las armas que pueda y me vuelvo a España a liarme a tiros hasta que me maten —Hidalgo no podía soportar aquel encierro y así se lo hizo saber.

—Ni se te ocurra pensar semejante disparate. Pero no te das cuenta que eso lo que quieren esos malditos —le replicó Rubén— ¿Por qué te crees que nos tratan como animales? Yo te lo diré: para doblegarnos. Y como muestra tienes al camión ese que pasa todos los días con los altavoces a todo volumen aconsejándonos volver a España, porque Franco dice que no habrá represalias a los que no tengan delitos de sangre. Ya estoy escuchando a más de uno comentar que no puede resistir más y que prefiere regresar, que lo único que ha hecho es combatir con el ejército y presupone por ello que no le va a ocurrir nada.

—Por lo que veo, muy seguro estás de lo que dices Rubén, pero aunque tengas razón yo no sirvo para estar encerrado y mucho menos en estas condiciones... —insistió de nuevo en sus argumentos—. Además, cada día que pasa noto que me encierro más en mí mismo. Tengo momentos terribles, incluso llevo a entender a todos los pobres infeli-

ces que se han quitado la vida en este maldito campo. Si continuó aquí estoy seguro que acabaré como ellos...

—¡Hidalgo, no digas eso ni en broma! Es impropio de una persona como tú que piense semejante barbaridad, lo que tenemos que hacer es resistir y no dejar que se salgan con la suya —le siguió rebatiendo Rubén—. Te voy a hacer dos preguntas para que recapacites ¿por qué no nos dan casi comida?, ¿por qué nos tienen aquí al aire libre, sin cobijo alguno, a pesar de que ya están las maderas para poder hacer barracones? Yo te lo diré: Con el objeto de que nos rindamos y dejemos de ser un estorbo para ellos, así podrán hacer de nosotros todo lo que quieran.

—Yo sí que sé algo al respecto —intervino uno de los paisanos de la Sierra de Albarracín—. He escuchado esta mañana hablar a unos ingenieros españoles que se habían ofrecido a construirlos pero los franceses se han negado en redondo.

—Y me imagino el motivo... no quieren de ninguna manera que nos sintamos como en casa y, si las hacemos nosotros, igual se piensan que nos queremos quedar aquí de por vida —corroboró otro miliciano— ¡cómo si no tuviéramos nada mejor que hacer! Por eso las están construyendo ellos y más lentos no pueden ir. Si nos dejaran ya habríamos hecho más del triple y por lo menos no nos moriríamos de frío como los pobres infelices que recogen los camiones todas las mañanas.

—Jodidos gabachos... —protestó Rubén, pero en la mitad del comentario no pudo evitar una exclamación de júbilo— ¡Mirad a quien tenemos aquí, si es nuestro querido Eugenio!

En efecto se trataba del joven miliciano monterdino que llegaba cojeando y se abrazaba efusivamente a Rubén, luego, hizo lo propio con Hidalgo y el resto de los compañeros de la Sierra de Albarracín que le fueron presentados.

—¡Qué ganas tenía de veros! —comentó en medio de una amplia sonrisa—, llevo un día indagando por vosotros pero nadie me daba razón. Acudí a preguntar a los Spahis moros y no sabéis la de bastonazos que me dieron solo por hablarles, por supuesto, ni se ocurrió hacerlo con los negros esos del Senegal que también se cómo se las gastan.

—¿Y cómo te encuentras?, ¿cómo te ha ido?

—Me encuentro bien aunque la pierna dudo que la pueda recuperar del todo —le cambió el gesto de la cara mientras respondía.

—¿Cómo dices eso?, ¿es que acaso no te han curado en la enfermería?

—Pero ¿de qué enfermería hablas Rubén?, si donde nos llevaron era un cuchitril acotado para los heridos con un dispensario vacío... por no haber no había ni una triste silla, ni siquiera medicamentos con los que poder curar y apenas algunos médicos y enfermeras. Y eso que fuera del campo se veía ambulancias y material sanitario, creo que enviado por países extranjeros, pero que los franceses se negaban a utilizar. Solo dejaban entrar a la Cruz Roja aunque los pobres no daban abasto. Sabes la de soldados que he visto morir en estos días... si me llego a quedar allí hubiera muerto también, pero de pena y melancolía.

—¿Y por eso has salido de la enfermería, para buscarnos?

—Comencé a pensar que mi vida corría peligro ya que cada vez hay más enfermos y mueren a decenas todos los días, sobre todo los niños... Escuché decir a uno de los heridos que sabía francés, que los médicos hablaban de que cada vez fallecía más gente de enfermedades como la disentería, diarreas, tuberculosis y tifus... ¿qué queréis que os diga?, pues que cuanto más lejos de la enfermería mejor.

Detuvo su alocución durante un breve instante y miró fijamente a Hidalgo al tiempo que le propinaba un par de palmadas amistosas en el hombro.

—Tengo que darte una mala noticia... el compañero tuyo que subieron con los heridos al camión murió... fue al día siguiente de llegar yo al dispensario.

—También me apena, era una buena persona... vaya, ahora soy el único superviviente de toda mi Compañía... en fin, yo sabía que con las heridas que tenía no podía durar mucho y si encima en el hospital faltaba de todo como dices, pues era cuestión de días... ¿dónde lo enterraron que quisiera ir?

—No lo sé. Tan solo te puedo decir que esa misma mañana lo recogieron junto con otros fallecidos y se los llevaron en un camión fuera del campamento... Lo siento...

—¡Putra guerra! Así vamos a terminar todos de una u otra manera. Te das cuenta Rubén por qué me quiero ir de este maldito campo —dijo Hidalgo mientras hacía un gesto con la mano y se alejaba de allí buscando un lugar donde poder intimar con sus recuerdos y los de su compañero muerto.

Pasado aquel emotivo instante del reencuentro, Rubén le comentó sobre lo que había estado haciendo desde que se separaron. De esta manera, Eugenio se puso al día de la organización que se estaba gestando en el propio campo de concentración y, cómo ante la manifiesta dejación de las autoridades francesas, los republicanos españoles habían comenzado a realizar algunas obras por su cuenta. Básicamente hoyos para utilizarlos en diversas funciones como cubrirlos con ramas y maderas para construir letrinas. En otros lugares hacían improvisadas cocinas para preparar las legumbres que de vez en cuando les echaban desde un camión, aunque las tenían que cocinar con agua salada cogida del mar. O también, pequeñas cantidades de carne que habían comenzado a repartir desde hacía pocos días. Eso sí, últimamente habían perforado otros pozos con la suficiente profundidad como para llegar a la capa freática y extraer un agua, que a pesar de ser salobre se podía utilizar en casos extremos. Los franceses también les daban agua, pero aunque decían que era potable lo cierto es que se había sacado del mar a base de bombas desalinizadoras, y aunque se suponía que estaba depurada realmente no era así. Muchos refugiados hacían sus necesidades en el mar y, como aquellos artilleros no la purificaban lo suficiente, eran frecuentes algunas enfermedades como la disentería.

El día siguiente del reencuentro con Eugenio fue con toda probabilidad el más frío desde que llegaron a Argelès-sur-Mer. Conforme pasaban las horas, los ánimos en el campo se iban exaltando dada la impericia y dejación de los franceses en la construcción de los barracones, sobre todo, porque ya disponían de las tablas para poderlos levantar. Cuando llegó aquella noche y las temperaturas se volvieron realmente insoportables, los refugiados decidieron no esperar más y, mediante un acto de fuerza, se repartieron aquella madera para prenderle fuego. Eugenio, Hidalgo, Rubén y varios compañeros de la Sierra de Albarracín también participaron en aquel altercado que rápidamente se extendió como la pólvora por todo el campo de concentración. Multitud de hogueras se propagaron a lo largo y ancho de la

playa y, aunque fue tan solo durante una noche, sirvió para calentar a los exiliados españoles.

Las represalias no se hicieron esperar y se cebaron sobre los cabezallas del acto, por supuesto, el servicio de inteligencia francés en el campo tomó buena nota de todos los que participaron activamente. A partir de esa fecha y quizás como consecuencia de aquella acción, los franceses —ahora sí— redoblaron su actividad y aceleraron la construcción de los barracones.

A finales de febrero otra noticia alteró considerablemente a los refugiados. Francia, el país que les mantenía encerrados en campos de concentración acababa de reconocer al Régimen franquista como el gobierno legítimo de España. Aquello fue considerado como una traición y les quedó claro a la mayoría que nada bueno tenían que esperar del país que les había acogido. Pero tras aquel auténtico mazazo sobrevinieron nuevamente las ganas por salir adelante, manteniendo la dignidad por encima de todo. Y eso que la propaganda francesa no cesaba y periódicamente insistía a los refugiados que la mejor opción para ellos era volver a España. Lo cierto es que en buena medida consiguieron sus fines y miles de compatriotas, sobre todo los que se habían exiliado con sus familias y no se sentían responsables de nada, optaron finalmente por volver. Otra cosa bien diferente es que las autoridades franquistas cumplieran con las promesas de perdón, lo cierto, es que a muchos les sobrevino la cárcel o la muerte frente al pelotón de fusilamiento. De entre el grupo de Rubén, tan solo un paisano natural de Albarracín optó por volver a pesar de las advertencias de sus compañeros.

Los refugiados que quisieron mantenerse en el campo no se quedaron ociosos ni mucho menos, aunque lo cierto, es que la vida allí sin nada que hacer era sumamente tediosa. Pocos periódicos entraban en Argelès-sur-Mer ya que estaba prohibida sobre todo la prensa socialista o de izquierdas, aunque con el tiempo y de forma clandestina comenzaron a entrar todo tipo de diarios e incluso elaboraron revistas propias. Pero donde Eugenio, Rubén e Hidalgo pudieron colaborar activamente fue en un Barracón de Cultura de los muchos que se crearon en el campo. Allí ayudaron en todo lo que les fue demandado, aprovechándolo además para recibir las primeras lecciones de francés junto al resto de los soldados que quisieron aprender el idioma. Sobre todo era Rubén el más activo de los tres, especialmente interesado desde la experiencia de la Escuela Libre que organizaron los milicianos

en Monterde, y las influencias recibidas a lo largo del tiempo por el malogrado Diógenes.

Con la llegada de la primavera la situación en el campo comenzó a mejorar ostensiblemente respecto a las temperaturas, pero seguían siendo mal vistos por las autoridades. Tan solo la ayuda internacional y las colectas realizadas en Francia paliaban algo las tremendas necesidades de los españoles. Todo ello les estaba sumiendo en un progresivo tedio a pesar de las actividades que realizaban los tres antiguos milicianos en el Barracón de Cultura aunque, afortunadamente, la situación comenzó a cambiar conforme los días comenzaron a hacerse más largos. A partir de entonces, muchos refugiados se acostumbraron a sentarse sobre la arena de la playa para discutir en la mayoría de las ocasiones el monacorde tema de la derrota de la República Española. De esta disyuntiva tampoco se escaparon Rubén y sus compañeros, sobre todo a partir del primero de abril de 1939, cuando se dio por finalizada la guerra incivil.

—No había nada que hacer, cuando miraba a mi alrededor solo veía campesinos y trabajadores con algunos soldados de reemplazo, mientras que enfrente estaba el ejército de África nada menos —expuso uno de Bronchales.

—Quizás nos faltó preparación o dejar de hacer cada uno la guerra por su cuenta como ocurría con las columnas de milicianos —aquel era siempre el recelo de Eugenio.

—O la revolución tenía que haberse realizado únicamente cuando se hubiera ganado la guerra. Eran varios frentes los que había que atender y lo primero era vencer a los fascistas —en este caso Rubén parecía tenerlo claro.

—Pero yo tengo mi propia teoría —expuso Hidalgo en último lugar—. Si perdimos la guerra no fue por nuestros errores sino más bien por la injerencia de los fascistas y la cobarde mezquindad de Francia e Inglaterra. Tanta ceguera era de estúpidos o de interesados. O los dirigentes de las democracias europeas eran rematadamente tontos o habían llegado a un acuerdo secreto con los fascistas para cederles España a cambio de que les dejaran en paz. Sí, os puede parecer que deliro, pero creo que con nosotros hicieron una nueva cesión al estilo de los Sudetes y Austria con Alemania o Abisinia con Italia, en caso contrario no me lo explico.

Y como casi todas las mañanas desde que llegó el buen tiempo, cada uno de los refugiados exponía a menudo sus criterios del porqué de la derrota republicana. Lo hacían con todo el énfasis y la vehemencia del mundo actitud, por otra parte, que siempre había sido la seña de identidad de los españoles cuando trataban de explicar sus puntos de vista.

Aunque lo cierto es que si algo les quedaba claro durante aquellos días era la provisionalidad de la situación que se estaba viviendo. Desde el comienzo mismo de la crisis motivada por la avalancha de los republicanos exiliados, la administración francesa había optado por improvisar otros campos de concentración en diferentes zonas del país. Se tenía que aligerar el número de refugiados ya que resultaba imposible seguir manteniendo lugares como Argelès-sur-Mer. Los franceses habían conseguido el regreso de varios miles de españoles y aunque seguían insistiendo en que se marcharan, lo cierto, es que ahora solo se realizaba el retorno a cuentagotas o mediante engaños. Llegado el mes de mayo comenzaron a repartir los refugiados de Argelès entre otros campos pero, eso sí, lo hicieron en base a los registros que disponían sobre la ideología y la actitud mantenida por ellos durante los meses de encierro. Estos nuevos campos eran conocidos como de “Acogida” o “Centros de Internamiento”, dada la consideración peyorativa que había comenzado a calar entre los franceses al conocer realmente lo que significaban los campos de concentración alemanes. Pero lo cierto es que aunque cambiaran de nombre, las diferencias eran mínimas respecto al resto de campos de concentración del país vecino.

A primeros de mayo, unos cinco mil refugiados aproximadamente procedentes de Argelès-sur-Mer fueron trasladados al campo de acogida de Gurs, situado en el departamento de los Bajos Pirineos. Lo hicieron en trenes de mercancías hasta la ciudad de Pau y de allí fueron caminando a Gurs, situado a unos cuarenta kilómetros de distancia. Eugenio, Rubén, Hidalgo y el grupo de la Sierra de Albarracín lo hicieron en uno de los primeros viajes, dándose de bruces en un atardecer con la que iba a ser su casa durante los próximos tiempos. Se trataba de un complejo nuevo, ya que fue construido entre los meses de marzo

y abril de ese año con unas dimensiones de más de un kilómetro y medio de largo por unos doscientos de ancho. Una amplia calle lo atravesaba a lo largo mientras que a ambos lados se situaban los *ilots* o parcelas, aisladas del resto mediante alambradas y contando cada una de ellas con treinta barracones.

Si en un principio aquel lugar pudiera parecer un compendio del buen hacer apenas tardaron en descubrir que todo era pura fachada. Los barracones estaban contruidos de madera demasiado fina como para mantener el calor, además, solo disponían de una puerta de entrada y no existían ni ventanas ni calefacción a pesar de estar situado en las faldas del Pirineo. Cada barracón tenía una capacidad de 144 m² y albergaba a sesenta internos que vivían hacinados en tan pequeño espacio. El amplio grupo de los turolenses que conoció Rubén en Argelès-sur-Mer fue destinado también a Gurs, aunque lo hicieron en barracones diferentes y, aunque seguían en contacto, ya no fue como en el anterior campo de concentración.

La vida en Gurs durante las primeras semanas fue más dura de lo que cabía esperar. La comida seguía siendo escasa y de mala calidad, mientras que las lluvias embarraron el campo y, lo que es peor, se filtraba entre aquella débil techumbre y les caía a los refugiados que dormían en el suelo sobre sacos llenos de paja. Eso sí, por lo menos en cada *ilot* había aseos y retretes, aunque para llegar allí en ocasiones tuvieran que atravesar auténticos barrizales.

Durante ese verano, las autoridades francesas siguieron con el acoso a los refugiados para que retornaran a España. Todavía consiguieron que lo hicieran casi seis mil de ellos, entre los que no se encontraba Rubén y sus amigos. No obstante, la confraternización entre los internos y la administración del campo de Gurs era evidente y, en la fiesta nacional francesa del 14 de julio, tuvieron lugar una serie de actos festivos y deportivos que acabó con los exiliados cantando La Marsellesa. Por todo ello no resultó extraño que en este campo se reprodujera la experiencia de los Barracones de Cultura a semejanza de los que se realizaron en Argelès-sur-Mer. Y aunque no participaron Eugenio e Hidalgo que dedicaban su tiempo a cosas más mundanas, sí lo hizo Rubén. Precisamente por su actividad entraba en contacto muy a menudo con los funcionarios del campo y llegó a trabar cierta amistad con alguno de ellos. En el trato cotidiano el idioma no representaba ningún obstáculo, el español era la lengua común del lugar al

tener dicha nacionalidad la inmensa mayoría de los que allí estaban. Además, había que tener en cuenta que el resto de los encerrados había pertenecido a las Brigadas Internacionales que combatieron en la Guerra Civil. Tampoco existían problemas de lenguaje con los funcionarios, muchos de ellos vecinos de localidades próximas o cercanas a la frontera española. Eso sí, con los guardias ya era otro cantar y lo charrureaban tal y como los españoles hacían con el francés. Últimamente, Rubén siempre se enzarzaba con uno de ellos, un pedante de cuidado que solía mirar a los refugiados por encima del hombro.

—¿Qué? Todavía no os habéis liado a tiros con los nazis —le preguntó Rubén a modo de saludo un día a finales de julio.

—Nosotros miedo no... ser superiores a alemanes. Ejército nuestro mejor que ellos... *est invincible*. Además la *Ligne Maginot est superbe et impénétrable*... allí morirán todos los que... entrar... —eran los argumentos que utilizaba para pavonearse.

—Ya... ya... cuando llegue ese día hablaremos.

—*Oui*. La France es *très* superior a la España... —siempre terminaba con frases altaneras el guardia francés.

Sin embargo, la aparente tranquilidad en el campo concluyó el 1 de septiembre con la invasión de Polonia por parte de las tropas alemanas. Dos días más tarde, Inglaterra y Francia aliadas de Polonia declararon la guerra al Tercer Reich con la consiguiente movilización de sus tropas. Se vivieron unos momentos de tensión en Gurs y más de un refugiado pensó en fugarse. La verdad es que no habría resultado complicado, la vigilancia no era extrema ni las alambradas que cercaban los *ilots* y el campo de acogida lo suficientemente altas o densas, como para no poderlas superar. Además, tan solo algunos privilegiados lo habían conseguido mientras que al resto de los evadidos resultó fácil encontrarlos. Su destino en ese caso fue peor y después de pasar una temporada en un *ilot* de castigo fueron trasladados a otros campos de peores condiciones.

Si bien es cierto que escaparse de allí no era una empresa complicada, lo verdaderamente difícil venía luego porque no tenían a donde ir, ni poseían dinero, ni dominaban el idioma. No quedaba más remedio que permanecer en Gurs aunque atentos a todas las novedades que pudieran producirse. Por lo pronto, ninguno de los franceses que los custodiaban tenía temor alguno respecto a una posible guerra con

Alemania. Más aún, cuando los guardias hablaban con Rubén seguían manteniendo su conocida retahíla, que eran muy superiores e invencibles y que la Línea Maginot sería su muerte si se atrevían a atacarles. Por el contrario él junto al resto de los españoles, excelentes conocedores de la capacidad militar de las potencias fascistas, tenían el alma en vilo por si se producía el choque final.

Pero la movilización en Francia sí que tuvo una notable repercusión sobre los exiliados. Al estar militarizados los varones, las autoridades galas vieron la ocasión de sacar provecho de los refugiados. Hacia finales del mes de septiembre, obligaron a todos los españoles encerrados en los campos de concentración entre 20 y 48 años a elegir entre una terna de obligado cumplimiento. Y como no podía ser de otro modo también ocurrió en Gurs.

—Lo tengo claro compañeros me voy a alistar a la Legión Extranjera y tú *Serrano* ¿qué piensas hacer que te veo muy callado? —dijo Hidalgo cierta mañana a primeros de octubre, ante la sorpresa de sus compañeros por semejante decisión.

—Llevo varios días dándole vueltas y creo que también lo tengo decidido —comentó asimismo Rubén con un gesto de cierto abatimiento—. Puestos a elegir entre volver a España, alistarme a la Legión o formar parte de las Compañías de Trabajadores Extranjeros, creo que no hay color. Escapar de aquí puede ser fácil pero ¿adónde ir?, ¿qué hacer? En fin cuando me propongan algún trabajo decente me iré.

—Yo estoy con Rubén y también creo que es lo mejor. Además empezamos juntos en la guerra y así tenemos que continuar —Eugenio corroboró también el planteamiento de su paisano.

—Yo también he tenido mis dudas —intervino nuevamente Hidalgo—, pero no me queda más remedio que alistarme con ellos a pesar de cómo nos han tratado desde que llegamos aquí. En España soy hombre muerto, como creo que lo está mi familia y, si me voy a trabajar, ya me enterado que a la mayor parte se los quieren llevar a la Línea Maginot y allí van a ser carne de cañón. No, yo me niego, prefiero ir a pegar tiros aunque sea en África. Pero sobre todas las cosas lo que más me jode es tener que prestar juramento otra vez, un anarquista como yo comprometiéndome de nuevo con otro país y tirando por la borda la base fundamental de mi ideología. En fin, espero seguir vivo

por muchos años y saber qué ha sido de mi familia, es lo único que quiero de esta vida...

—¿Cuándo te irás? —le preguntó Rubén con marcada desilusión.

—Nos dijeron a todos los que nos alistamos que la marcha sería dentro de tres días a lo sumo.

Y así fue, aunque antes de que llegara ese momento estuvieron conversando sobre los temas preferidos de Rubén el *Serrano*, Eugenio e Hidalgo que eran respectivamente la República, la Revolución y el Anarquismo. Lo cierto, es que cada uno de ellos siempre encontraba argumentos para insistir sobre la infinita superioridad de sus criterios, esa era su inveterada costumbre desde los tiempos de Argelès-sur-Mer. Una vez que se marcharon los voluntarios de la Legión, los habitantes del campo seguían en la misma indefinición de la *Drôle de Guerre*, o guerra en broma, que era la situación que se vivía en Francia desde primeros de septiembre. Se había declarado la guerra pero ninguno de los contendientes osaba dar el primer paso. Nadie se atrevía a vaticinar cuando tendría lugar el primer enfrentamiento pero, lo que sabían a ciencia cierta, es que finalmente ese momento llegaría.

Una gran cantidad de internos del campo de acogida de Gurs ya se habían ido con las Compañías de Trabajadores Extranjeros, mientras que Eugenio y Rubén todavía seguían en él. Eso sí, llegado el caso, habían optado por marcharse con cualquiera de las empresas que se dedicaban a las labores agrícolas, al ser el único trabajo que habían tenido antes de la guerra. Además, de ser posible, elegirían alguna de aquella parte de los Pirineos para estar más cerca de España. Hasta ese momento no se habían decidido por ninguna de las que habían llegado al campo en busca de trabajadores, por el trato denigrante de muchos de patronos de aquellas compañías, denominadas genéricamente *chantiers*. Por supuesto, Eugenio y Rubén no estaban dispuestos a que les examinaran detenidamente la boca, los músculos o su aspecto, a imagen y semejanza de como hacían los negreros en tiempos de la esclavitud.

Había llegado la primera semana del mes de febrero de 1940 y la población interna de Gurs se había reducido casi hasta la mitad de los 15.000 que llegaron a existir. Los monterdinos estaban cansados de la mala alimentación y de sufrir casi tanto frío como en el pasado invierno. Una mañana que la lluvia había dejado más embarrado que de costumbre el suelo del campo, tuvieron una visita inesperada en la parcela donde se encontraba su barracón. Se trataba del mismísimo administrador del Campo con un pequeño séquito de guardias, funcionarios y una persona que por sus ademanes y vestimenta era el centro de atención. Hicieron salir a todos los hombres que quedaban en los barracones de aquel *ilot* y escucharon al comandante militar hacer la presentación de Pierre Girardon, propietario de un *chantier* forestal que pretendía contratar a varios internos. Esta era una persona de unos cincuenta años, complexión delgada y con un aire despierto y afable que comenzó su alocución en un perfecto castellano ante el asombro de todos.

—Poseo una empresa situada en un pueblecito de les *Pyrenées* que tala árboles y produce carbón vegetal —expuso a modo de presentación—. Con motivo de la movilización me he quedado sin operarios y necesito de algunos de vosotros para poder continuar con la producción.

En principio no les pareció mal la idea a Eugenio y Rubén, por lo que junto a una decena de compañeros de la parcela se presentaron voluntarios. Pierre Girardon les pidió que se acercaran y los examinó mirando detenidamente a los ojos de cada uno de ellos, para él, una manera de comprobar la franqueza y la voluntad de aquellos refugiados. Acto seguido se giró sonriendo al comandante del campo.

—*Albarracin sont ici?* —Le preguntó al militar.

—*Oui. Sont-ils tous!* —Respondió con rotundidad.

Pero lo que ambos ignoraban eran los avances en el conocimiento del idioma francés por parte de Eugenio que entendió aquel misterioso comentario, daba la impresión de que el comandante les había llevado a la parcela donde había varios internos de dicha comarca. Mientras los voluntarios acudían a los respectivos barracones para recoger sus pertenencias, no dudó en comunicarle a Rubén su extrañeza al escuchar aquella conversación. Nada menos que le había preguntado si estaban todos los de Albarracín y el comandante le había

respondido afirmativamente algo que, una vez enterado, también alarmó a Rubén.

Sin embargo, no pudieron escuchar el diálogo que tuvieron a solas el comandante del campo y el patrón del *chantier*, en este caso sus recelos habrían aumentado considerablemente.

—*Le Albarracin sont-ils à nous?*

—*Oui! Il n'y a pas de socialistes, communistes et les anarchistes en particulier.*

—*Très bien. Merci beaucoup.*

De aquella conversación quedaba claro que buscaban personas con una filiación política determinada y, que por supuesto, ninguno de los internos sospechara nada. Cuando éstos se juntaron de nuevo, enfilaron acompañados por los guardias el camino hacia donde se encontraban las dependencias del campo a fin de realizar los trámites burocráticos. Rubén miró con detenimiento al resto de voluntarios comprobando la presencia de los otros paisanos de la comarca que había conocido en Argelès-sur-Mer, y que en Gurs se encontraban en otro barracón de la misma parcela. Entre todos ellos se había corrido la voz de la conversación que había escuchado Eugenio, de manera que cuando llegaron al puesto administrativo se adelantó Rubén para dirigirse con determinación a su nuevo patrono.

—Hemos entendido lo que has hablado con el comandante del campo y la verdad es que no acabamos de comprender qué pretendes ¿por qué preguntabas si estaban todos los de Albarracín? No nos...

—Tranquilizaos que no hay nada que temer —le interrumpió levantando la palma de la mano al tiempo que la movía reclamando sosiego—. Os lo pensaba decir de camino al *chantier*, pero puesto que intuís algo raro no tengo inconveniente en comentarlo ahora mismo. Una vez me hayáis escuchado, si alguno de vosotros prefiere quedarse no pondré ningún inconveniente.

Todos los presentes le miraron expectantes, por fin se pondría punto y final al misterio que les venía incomodando desde que Eugenio tradujo aquella conversación. Por su parte Pierre rogó que les acompañara, retrocediendo de nuevo hacia la amplia calle que dividía el campo y que en estos momentos se encontraba vacía.

—No es que lo diga yo, pero os habréis dado cuenta que mi español es bastante bueno. Esa es la clave del porqué hablé con el comandante del Campo buscando personas de Teruel y si eran de la Sierra de Albarracín mucho mejor. Durante varios años estuve viviendo en Valencia, ya que mi padre trabajaba en una empresa dedicada a la transformación de la madera y, por ello, acudíamos a todas las subastas que se realizaban en los montes de las provincias próximas. Por eso, en numerosas ocasiones le acompañe a Albarracín donde pasamos largas temporadas pujando por las que realizaba la Comunidad de Albarracín. Ese es el contacto que tengo con vuestra tierra, allí trabé amistad con muchos serranos y los prefiero por su manera de ser antes que a los de cualquier otro lugar. Dicho esto, si estáis de acuerdo con trabajar en el *chantier* que yo dirijo no se hable más y venid conmigo. En cuanto al contrato de trabajo cobraréis lo estipulado en este caso que son 0'50 francos diarios, aunque ya veré la forma de compensaros con algo más.

Escuchada la aclaración, todos los presentes aceptaron el ofrecimiento y después de cumplimentar los trámites burocráticos subieron en dos camiones donde se acomodaron de la mejor manera posible. Todavía quedaban varias horas de camino hasta su destino, situado en las proximidades de una pequeña población de les *Hautes Pyrénées* llamada Bordères-Louron. Allí llegaron al atardecer pero todavía con la suficiente luz como para apreciar la belleza del lugar. Un pequeño pueblecito donde destacaba una iglesia con varios tejados empinados de color gris y una torre puntiaguda que sobresalía entre los edificios de la localidad. Las casas estaban construidas en forma y color a imagen y semejanza del templo, dotando al núcleo urbano con un tono rústico acorde con la multitud de pequeños enclaves en esta parte del Pirineo francés. Atravesaron un minúsculo puente próximo a la plaza de la iglesia que servía para superar el cauce de un riachuelo. Luego, continuaron desde allí por un camino rural en medio de un denso bosque hasta que llegaron por fin a su destino. Una vez allí, el dueño los acompañó a las dependencias donde había habilitado sus dormitorios para que pudieran descansar y acomodarse. Cuando casi eran las ocho de la tarde los mandó llamar para cenar y, junto a los otros trabajadores del *chantier* que allí se encontraban, acudieron a una antigua y enorme cuadra que había sido reconvertida en un rústico comedor. Al llegar allí coincidieron con el resto de los empleados que regresaban del tajo mientras Pierre Girardon les presentaba a sus nue-

vos compañeros. Llamó mucho la atención a los monterdinos la presencia entre aquel grupo de otros tantos paisanos de la Sierra de Albaracín que, aunque no se conocían, se saludaron efusivamente.

—Espero que los nuevos me perdonaréis por no haberos confesado toda la verdad de vuestra contratación en Gurs —comentó el patrón a modo de disculpa y bienvenida—, aunque contaba con el beneplácito del comandante, que es amigo nuestro, no podía decir lo mismo del resto de los militares que allí se encontraban. El jefe del campo estaba al tanto de mi interés en contrataros y os ha mantenido a salvo de patronos sin escrúpulos porque piensa como yo, que podéis ser más útiles para la causa de la libertad aquí en estas montañas que en cualquier otro lugar.

En ese momento, los comensales, que apenas habían probado bocado comenzaron a prestar toda su atención a aquellos comentarios, nuevamente extrañados y confusos por tanto misterio.

—Supe de vuestro inconformismo en Argelès-sur-Mer y de que fuisteis de los más activos en el campo, tanto cuando la quema de maderas como en las Barracas Culturales. Pues bien, quiero que sepáis que en este *chantier* no solo cortamos árboles y hacemos carbón vegetal...

Detuvo su alocución por un instante como si quisiera reorganizar aquel discurso a los presentes que, boquiabiertos, habían comenzado a preguntarse entre ellos qué es lo que pretendía en realidad Pierre Girardon.

—No quiero hablar más de la cuenta antes de tener vuestro compromiso de que toda persona que se quede aquí será uno más de nuestros camaradas. La mayor parte de los integrantes de este *chantier* son españoles como habéis podido comprobar, solo los más mayores son franceses que no han sido militarizados y están preocupados por la deriva de la *Drôle de Guerre* que estamos sufriendo.

—Si se trata de hacer frente al fascismo aquí estamos para luchar a brazo partido con todos vosotros —comentó Rubén levantándose del banco para luego apostillar—, estoy seguro que todos pensamos lo mismo... Si te digo la verdad, ya tenía ganas de encontrar alguien en este país que tuviera agallas y las ideas tan claras como las tenemos nosotros.

Todos los presentes alzaron las voces aceptando los criterios expuestos por el *Serrano*. En medio de aquella celebración alguien comenzó a entonar “La Marsellesa”, momento en que se levantaron y comenzaron a cantar aquella canción cuyo sonido atronó en el comedor.

Por fin una buena noticia había conseguido levantar el ánimo de aquellos milicianos después de su derrota en la Guerra Civil española. En efecto, aquel *chantier* era en realidad como tantos otros, una tapadera gracias a la cual se lograba sustraer un número considerable de refugiados susceptibles de seguir combatiendo el expansionismo nazi. Y lo lograban antes de que fueran obligados a marchar con las Compañías de Trabajadores Extranjeros a la línea Maginot o a cualquier obra defensiva de la costa atlántica. Básicamente, todos los integrantes de los *chantiers* habían formado parte de las columnas de milicianos socialistas, comunistas o anarquistas que combatieron en la Guerra Civil. Durante los siguientes meses, Rubén y sus compañeros recorrieron el cuadrante sur que iba desde la ciudad de Pau hasta Saint-Gaudens y la frontera con España. Su trabajo consistía en talar determinadas áreas de los bosques para la venta de madera. Además fabricaban carbón vegetal de forma bastante parecida a como se realizaba en algunas masadas de la Sierra de Albarracín o, los serranos, cuando emigraban durante el invierno a otras comarcas para trabajar de carboneros. El constante trasiego y movimiento de los trabajadores del *chantier* facilitaban en gran medida que pudieran eludir el seguimiento policial y, además, Pierre Girardon tenía declarados menos obreros de los que trabajaban en realidad con el mismo motivo de ocultación.

A las pocas semanas de su estancia, Rubén era uno de los trabajadores más estimados por el patrón. No solo por su pericia en un trabajo al que había estado acostumbrado durante su juventud, también veía en él una persona leal y honrada que siempre decía lo que pensaba aunque ello le pudiera ocasionar algún que otro disgusto. Con el beneplácito de Pierre Girardon acabó siendo uno de los capataces que formaban parte del *chantier* forestal, acompañando en numerosas ocasiones a su patrón cuando viajaba por trabajo.

Si algunos franceses ilusos pensaron por un momento que la *Drôle de Guerre* iba a ser eterna es que no conocían o no querían enterarse de cómo actuaban los nazis del Tercer Reich. El día 10 de mayo de 1940, la *Wehrmacht* puso punto y final a esos sueños e invadió Francia. La guerra en realidad fue un paseo militar que ni tan siquiera pudo detener la inexpugnable línea Maginot, tanto es así, que el 22 de junio de ese mismo año se firmaba el armisticio por el cual Francia quedaba dividida en dos partes. Una de ellas, la más occidental, estaba ocupada por el ejército alemán; y la otra, denominada la Francia Libre o Estado Francés bajo el mando del mariscal Pétain, tenía la capital en Vichy y era un país tutelado por Alemania. Este estado títere abarcaba la zona por donde desarrollaba su trabajo el *chantier* de Pierre Girardon y tenía como límite occidental las proximidades del campo de acogida de Gurs. Justamente allí acudieron con dos camiones a finales del mes de junio —poco antes de que se efectuara el cambio de gobierno—, para ver la posibilidad de recoger a más refugiados impidiendo su traslado a Alemania, como suponían que tendría lugar. Llegaron justo a tiempo, en el preciso momento que el comandante del campo estaba quemando los archivos para evitar que cayeran en manos de los alemanes, ya que al día siguiente pasaba su administración al gobierno de Vichy. Se había producido una auténtica desbandada de los exiliados del campo pero aún pudieron reclutar casi treinta internos, elección, que contó con el beneplácito de su amigo el jefe militar de Gurs, buen conocedor de sus expedientes. A pesar de las prisas en el campo de acogida, Rubén, pudo reconocer entre los guardias que todavía permanecían allí al que siempre se jactaba pregonando la invencibilidad del ejército francés. Desde luego, aquella ocasión la pintaban calva.

—Hola amigo ¿te acuerdas de mí?

—*Oui*. Tu... Rubén.

—Solo quería decirte una cosa. Recuerdas que siempre me decías que no os iba a pasar como a España, que vuestro ejército era muy superior al alemán y otras zarandajas por el estilo...

—*Je ne te comprend pas*.

—Déjate de vainas que sé que me entiendes perfectamente y además te lo voy a decir muy despacio para que no tengas dudas —insistió en medio de una socarrona sonrisa, con un hablar pausado y remarcando el tono de voz cada una de sus palabras—. Los fascistas os

han vencido en tan solo cuarenta y cinco días pero a los españoles tardaron casi tres años. Lo siento mucho y por supuesto no me alegro para nada, pero ahora comprenderéis por fin lo que significa el fascismo y todo lo que sufrimos en nuestro país. *Au revoir!*

El guardia seguía todavía con el ceño fruncido cuando los nuevos miembros del *chantier* salían a toda prisa de aquel lugar. A partir de esa fecha y a pesar de las modificaciones de los grupos de trabajadores realizados por el Régimen de Vichy, lo cierto es que la empresa forestal de Pierre Giraron pudo subsistir durante los siguientes meses. Pero los problemas eran múltiples. Tenían que multiplicar las precauciones, porque tanto ese *chantier* como otros enclavados en esta parte de los Pirineos se encontraban cerca de la Francia ocupada por Alemania pero dentro de la Francia Libre colaboracionista.

Este nuevo Estado Francés rompió con la legalidad democrática de la III República francesa y transformó sus estructuras en un régimen autoritario. El gobierno de Vichy comenzó a aplicar desde su implantación una política xenófoba con una constante persecución de elementos izquierdistas o minorías étnicas como los judíos y gitanos. Pero sobre todo elevó su inquina hacia los españoles calificados por su presidente Pétain como indeseables y, por lo tanto, podían ser deportados a España, condenados a muerte, encarcelados o enviados a los campos de exterminio nazis. Desde ese momento, el campo de concentración de Gurs —ahora ya considerado como tal— fue concebido para albergar a los adversarios del nuevo Estado, especialmente los judíos.

Si hasta entonces la actividad clandestina de la empresa de Pierre Girardon había sido la de cobijar a los refugiados y hacer acopio de armas, a partir de estos momentos ampliaron sus objetivos. En buena parte de los *chantiers* los milicianos exiliados fueron los primeros en organizar la resistencia contra los invasores nazis, a pesar del trato denigrante que habían tenido con ellos las autoridades galas. Sin embargo no fue nada fácil que en aquel momento se sumaran más franceses a la Resistencia, la mayor parte de ellos preferían esperar acontecimientos antes que enfrentarse al invasor, tan solo, los enemigos acérrimos del Régimen de Vichy se unieron a los partisanos.

Los voluntarios galos del *chantier* de Pierre Girardon estaban cada vez más duchos en el manejo de las artes de la guerra. Rubén, el *Serrano*, tenía un papel principal y además de enseñarles a disparar les

mostraba tácticas militares y la manera de enfrentarse a enemigos superiores. Coincidiendo con el encuentro de Hitler y Franco en la localidad de Hendaya el 23 de octubre de 1940, tuvo lugar el primer enfrentamiento de relieve del grupo de Pierre Girardon que a partir de esa acción comenzaron a autodenominarse *Le Bois Noir*, algo así como “Los de la Leña Negra”. Aquella incursión no representó más interés que el de ser un punto de inflexión sin retorno aunque lo cierto es que tuvo una importancia relativa. En realidad, fue un golpe de mano que ocasionó la destrucción de la caseta de vigilancia erigida por el gobierno de Vichy en el nudo de comunicaciones de Lannemezan. Hubo un ligero combate con los guardias que lo custodiaban y ocasionó dos heridos pero, a pesar de todo, pudieron hacerse con el pequeño arsenal que allí se guardaba.

Eugenio y Rubén estaban encantados de entrar de nuevo en acción aunque fuera en desventaja con el enemigo, algo que por otra parte ya se habían acostumbrado. En el resto del año 1940, las acciones fueron más bien escasas siendo además programadas por Rubén y ejecutadas por un número reducido de hombres, sin olvidar que durante la mayor parte del tiempo seguían con las labores agrícolas del *chantier*. Si bien con todos los integrantes existía una encomiable amistad, ésta, era más fuerte entre los paisanos de la Sierra de Albarracín. Tanto añoraban a sus pueblos o hablaban de ellos a la menor oportunidad, que un día decidieron apodarse de la misma manera y, si había más de un guerrillero nacido en esa localidad, lo harían por número. Desde ese momento Rubén, además de ser conocido como *Serrano*, también lo fue como *Monterde Uno*, mientras que Eugenio era *Monterde Dos*.

A pesar de que tenían que ir con mucho cuidado lo cierto es que en esa parte del Pirineo no tenían problemas de movimiento. Rubén acostumbraba a acompañar a Pierre Girardon en muchas de las visitas que realizaba a los pueblos y bosques del contorno y, en poco tiempo, tuvo un excelente conocimiento de la parte sur de los dos departamentos del Pirineo donde actuaban. Quizás el momento más emotivo fue cuando ambos acudieron a Mascaras, una pequeña comuna cercana a la capital del distrito, Tarbes. Allí pudo conocer a la mujer de su patrono Madeleine y a su hija, una niña de pocos años. Era peligroso viajar fuera del cobijo de aquellas montañas que el patrono conocía como la palma de su mano, por eso, le comentó a su

esposa que tardarían en volverse a ver. Después de pasar un día entero retornaron caminando hasta Bordères-Louron.

Durante los dos años siguientes, los componentes del *chantier* redoblaron los combates contra las fuerzas del gobierno de Vichy aunque ciertamente a escala pequeña. De esta manera menudearon asaltos a cuarteles de policía para conseguir armas y ocultarlas, actos de sabotaje, voladuras de centralitas de energía eléctrica, descarrilamientos y cualquier tipo de acción que perjudicara los intereses alemanes al modo que actuaba la Resistencia francesa. Pero sobre todas las cosas, Rubén junto con Pierre y unos pocos partisanos crearon una red de pasos a España. A través de los cuales pudieron cruzar a un buen número de judíos, soldados e incluso aviadores que habían sido derribados en Francia y, una vez en España, eran embarcados hacia Inglaterra en la clandestinidad. Fueron frecuentes las visitas a los enclaves de Aragnouet, Tramezaigues, Loudenvielle y Bagnères de Luchon y a partir de estas localidades situadas en el extremo sur del Pirineo se jugaron la vida para sacarlos de Francia. Todo ello mientras el *chantier* seguía en marcha manteniendo la producción todo lo posible y, por supuesto, con un número de empleados liberados del trabajo para asestar golpes de mano a los nazis, a pesar de la presión de la Gestapo y la policía francesa colaboracionista.

Pero esta situación comenzó a dar un vuelco trascendental a primeros de noviembre de 1942 con el desembarco aliado en África. La principal consecuencia fue que el día 11 de dicho mes Alemania invadió el territorio de la Francia Libre ocupando el país en su totalidad. Por todo ello la situación cambió radicalmente en la zona de influencia de *Le Bois Noir*, ya que los alemanes pasaron a ocupar los pueblos y ciudades de dichos departamentos. Este acto soliviantó a la población que no aceptaba bajo ningún concepto la presencia de las tropas alemanas patrullando por sus calles. A partir de entonces comenzó a producirse un aluvión de voluntarios para combatir a los invasores. Menudearon las partidas autónomas de partisanos englobados en lo que se conocía genéricamente como la Resistencia francesa, y que urgía organizarlas para hacerlas más operativas.

En vista de esas deficiencias y del escarnio producido entre la población del extinto Estado Francés por aquella infame presencia, tuvo lugar en las proximidades de Borderès-Louron una reunión clandestina el último domingo de febrero de 1943. En ella, se in-

tentaba organizar las diferentes partidas en un ente que fuera lo suficientemente poderoso como para coordinarse y poder enfrentarse con éxito a los alemanes. A dicha asamblea acudían dos posturas claramente diferenciadas. Por una parte, los que pretendían crear en base al movimiento guerrillero lo más parecido a un pequeño ejército que se dedicara a realizar choques frontales con el enemigo y, que tenía como principal valedor, a un partisano recientemente incorporado llamado Philippe Guinot,. Se trataba de una persona de gran estatura, aspecto desgarrado y con un tono de voz entre amenazante y desagradable que lograba amedrantar a sus adversarios. Desde el primer momento dio la impresión de querer encabezar aquella organización y, para ello, intentaba hacerse valer en base al más rancio nacionalismo antes que por sus méritos en la lucha contra los alemanes, que hasta esos momentos habían brillado por su ausencia. Mientras que la otra postura estaba compartida por algunos delegados y los partisanos de *Le Bois Noir*, con Pierre Girardon y Rubén a la cabeza.

Las discusiones durante aquella mañana fueron agrias y muy tirantes. Ni tan siquiera lograba convencerlos Rubén a pesar de haber llevado el peso de muchas acciones. Insistía en que la mejor manera de combatir a un enemigo superior en armamento y hombres, era con la actuación de pequeñas partidas que atacaran en el momento justo y se retiraran rápidamente para mezclarse con la población hasta el momento de realizar una nueva incursión. Hostigando continuamente y atacando sus puntos más frágiles con sabotajes o golpes de mano era como se lograría debilitar al enemigo y finalmente derrotarlo, aunque para esto último se requería una ayuda mayor como la proporcionada por el ejército. Pero por mucho que insistiera Rubén en sus argumentos no lograba convencer a los representantes. Resultaba imposible razonar con algunos de ellos especialmente con Philippe que, a pesar de ser un lerdo en materia militar, acabó sacando ese punto de *grandeur* que tanto rechinaba a los hispanos. Se permitió alardear de que ellos valían tanto o más que el ejército alemán y, además, mirando directamente a los ojos de su opositor español le espetó que no necesitaban de ningún extranjero para que les dijeran cómo tenían que combatir. Rubén no pudo aguantar semejante contestación y en un acto puramente instintivo estuvo a punto de tirar por la borda la reputación que tenía entre los partisanos de la región.

—*Il y a plusieurs années que nous avons fait en Espagne et a réussi à prendre un ...*

—*Les envahisseurs ...*

Pierre Girardon interrumpió la frase de Rubén. En ese preciso instante comenzó a caminar hacia él colocándole el brazo sobre su hombro al tiempo que le daba unas ligeras palmadas para calmarlo y que no cayera en las provocaciones de Philippe. Y no era para menos. En aquellos momentos de abatimiento nacionalista por la reciente invasión no hubiera sentado nada bien entre los franceses que un extranjero y, para más inri, español, les recordara que las guerrillas de su país ayudaron a derrotar al mismísimo Napoleón. Tuvo suerte Rubén con aquella intervención de Pierre en el último momento al cortar la palabra con la que pensaba culminar la frase y dijo “invasores” en lugar de nombrar al idolatrado emperador. Pero finalmente no hubo nada que hacer, acordándose por mayoría que había que realizar alguna acción extraordinaria aunque para ello se utilizara a la mayor parte de los partisanos de la zona.

Desde el momento mismo de la invasión, los alemanes habían comenzado a construir unas líneas de defensa fuertemente fortificadas a lo largo de los Pirineos, aprovechando para ello la ubicación de antiguas construcciones medievales. Aunque la llegada del invierno y las fuertes nevadas provocaron la paralización de los trabajos, durante los albores de la primavera de 1943 ya era posible seguir con ellos. Philippe convenció a los asistentes para atacar lo más pronto posible cierta atalaya conocida como Castel-Vielh cercana a Bagnères de Luchon y, una vez destruida, continuar con el resto de la red defensiva. Por todo ello se tendría que contar con el máximo de efectivos guerrilleros, condición indispensable para poder asegurar el triunfo.

Durante la primera semana de marzo de 1943 se estuvieron realizando los preparativos ante la desazón de *Le Bois Noir* por el irracional intento de jugárselo todo a una carta. Además, las nevadas en aquellas fechas aunque algo más espaciadas y tenues seguían persistiendo, sin embargo, aquel ataque estaba totalmente decidido y no se cambiaría el día ni tan siquiera por las inclemencias del tiempo. Así pues, llegado el segundo fin de semana del mes de marzo, un número cercano a los doscientos partisanos confluyeron en los alrededores de la cascada d’Enfer, en pleno valle de Pique y a unos pocos kilómetros

de la atalaya de Castel-Vielh, el punto que continuaban fortificando los nazis y se pretendía destruir.

La última tormenta de nieve había caído en los días previos, de manera que resultaba imprescindible caminar con bastante cautela porque la ruta escogida transitaba sobre el fondo de un valle con mucha vegetación. Ya había amanecido el lunes 15 de marzo cuando los partisanos comenzaron a rodear Castel-Vielh y se apostaron por las inmediaciones rodeando el emplazamiento. Miraban con los prismáticos para observar los movimientos de los alemanes y, se extrañaron, al ver que custodiaban el recinto unos soldados con rasgos mongoles pertenecientes a las tropas de montaña reclutadas en el Asia Central. Alrededor de la atalaya se podía observar varios puntos defensivos que estaban construyéndose, en uno de ellos, incluso asomaba entre la tierra lo que parecía ser la torreta de un carro de combate *Panzer*.

En el momento que Philippe con sus lugartenientes consideraron oportuno se ordenó la acometida y un fuego intenso barrió los alrededores de la atalaya mientras los partisanos avanzaban. Sin embargo cuando resultaron evidentes los puntos desde donde estaban disparando, otra lluvia de fuego y proyectiles comenzó a caer pero, esta vez, en las posiciones de los guerrilleros. Se trataba de una emboscada, habían caído en la trampa y además estaban cercados por el fuego enemigo que llegaba de todas partes. Por delante eran los alemanes que se defendían desde la zona central de la atalaya y, también por detrás, en las laderas de las montañas que circunvalaban aquel lugar. Además, Pierre y Rubén habían comprobado que por el fondo del valle donde ellos habían caminado se veían alemanes y pudieron distinguir la presencia de varios morteros. Una mirada a su alrededor les confirmó que sus compañeros estaban cayendo como moscas, aquello era una auténtica carnicería. Sin embargo, la rendición no entraba entre sus planes, significaba la muerte o el traslado a los campos de concentración de Alemania tras los pertinentes interrogatorios de la Gestapo.

El fuego cruzado sobre ellos los estaban machacando y no había más solución que marcharse de allí lo antes posible o, de lo contrario, ya sabían el fin que les esperaba. Pierre observó detenidamente los alrededores y comprobó que a media ladera de la montaña, hacia el sur de su posición, el fuego no era tan intenso por lo que supuso que era el flanco más débil de los atacantes. Ordenó a los partisanos que le seguían que concentraran las descargas en dicho punto y se fueran pro-

tegiendo alternativamente mientras avanzaban. Tras unos minutos angustiosos que se hicieron eternos lograron por fin romper el cerco a pesar de que varios de ellos cayeron por las balas o las explosiones. En aquella huida prácticamente no se miraba hacia atrás, muchos de los partisanos tenían un pánico irracional ante el peligro de perder la propia vida.

En un momento dado, dos proyectiles explosionaron casi al mismo tiempo cerca de donde se encontraban Eugenio y Rubén. Tras unos segundos, éste último se alzó medio aturdido como consecuencia de la onda expansiva y no se percató que su paisano, aunque también se levantó al instante, caminaba cojeando de su pierna maltrecha. Los supervivientes no dejaron de correr mientras sintieron los disparos y, en el momento que se creyeron a salvo, se detuvieron exhaustos comprobando que aquel grupo tan solo lo formaban diez partisanos. Había que poner tierra de por medio lo más rápidamente posible. Después de pensarlo detenidamente, Pierre decidió que bordearían el Cériré hasta llegar por un frondoso bosque al valle de Lys, distante todavía unos pocos kilómetros. Una vez allí ya podrían considerarse a salvo.

Cuando por fin llegaron al lugar indicado, apenas tardaron en encontrar una cabaña situada en las proximidades de un prado que albergaba un sinuoso riachuelo. Aquella construcción no resultaba visible para quien desconociera el entorno, si bien estaba situada cerca del valle la densidad del follaje y los árboles la ocultaban a la perfección. El refugio era poco espacioso, pero resultaba el lugar más apropiado para esconderse y descansar después de las intensas horas vividas tras el fiasco del asalto a Castel-Vielh. Ignoraban si existían más supervivientes, pero suponían que era posible a pesar de no tener la certeza por la forma de como tuvo lugar la retirada.

—¿Qué nos ha pasado Pierre? La encerrona que hemos sufrido lleva el tufo de la traición —comentó Rubén en español una vez acondicionaron a los heridos en el interior.

—Con toda seguridad ha debido de ser así, pero no te quepa la menor duda de que ya tendremos tiempo para averiguar la verdad —respondió.

—¿Qué habrá sido de Eugenio? Venía con nosotros y después de una explosión creía que corría cerca pero cuando me he querido dar cuenta ya lo había despistado —comentó con tono lastimero.

—No te culpes Rubén, no se podía hacer nada más. En una de las veces que me he girado por si nos venían persiguiendo, continuaba detrás de nosotros junto a varios compañeros y, entre ellos, me ha parecido ver a *Bronchales Dos* y a *Frías*. Luego, cuando me he querido dar cuenta los había perdido de vista... por eso no te puedo asegurar si está vivo o muerto... lo siento. Lo que hemos visto todos es que el desastre ha sido mayúsculo porque ha caído la mayor parte de la partida.

—Maldito sea Philippe y su condenado ego. Todo lo ocurrido es por su culpa —Rubén alzó su voz sin poder contener la rabia acumulada.

—Lo que menos podemos hacer ahora es culparnos los unos a los otros, ya habrá tiempo de buscar responsabilidades por todo lo ocurrido —intentó calmarlo y poner los tiempos adecuados ante aquella desagradable situación—. Lo urgente ahora mismo es buscar un médico y traerlo aquí para que cure a nuestros heridos, luego, trataremos por todos los medios de reorganizarnos. Rubén, tú me acompañarás a la comuna de Aragnouet para encontrarlo y ver si nos podemos enterar de algo más.

Dejaron al resto de los partisanos en la cabaña y ambos se marcharon sin perder más tiempo en busca del doctor que vivía en dicha población y, del que suponían, no habría problemas al simpatizar con la Resistencia. Pero el camino hacia allí de unos treinta kilómetros estaba lleno de obstáculos, ya que tenían que atravesar escarpadas montañas y bordear varios lagos pirenaicos sobre un terreno ya nevado. Tuvieron que hacer noche en pleno monte llegando a su destino a media mañana del día siguiente. Enseguida pudieron contactar con el médico, el cual, les informó sobre las últimas noticias de la radio donde la propaganda nazi insistía una y otra vez que habían dado muerte o capturado a más de cuatrocientos partisanos en Castel-Vielh. Quedaba claro que era una cifra exagerada ya que hablaba de más del doble de los que en realidad fueron y encima existían supervivientes, pero nada podía extrañar de las noticias emitidas por los discípulos de Goebels.

El viaje de vuelta fue asimismo complicado y tremendamente pesado, cuando llevaban recorrido aproximadamente la mitad del camino comenzó a nevar de nuevo sobre un terreno donde todavía eran visibles los efectos de la última borrasca. Cuando por fin llegaron al

valle de Lys arreciaba el temporal y unos densos copos de nieve empezaron a caer cada vez con más fuerza. En el preciso momento que tuvieron a la vista el refugio donde habían dejado a sus compañeros se dieron cuenta de la presencia de un nuevo grupo compuesto también por unas quince personas. Tras el primer sobresalto comprobaron que se trataba de partisanos por lo que respiraron tranquilos. Pero cuando Pierre y el médico estaban atravesando el riachuelo, Rubén, que se había quedado rezagado, reconoció entre los recién llegados la inconfundible figura de Philippe Guinot. Se detuvo en seco, sin apenas pestañear ni quitarle el ojo de encima mientras Pierre y el doctor ya se encontraban en la otra orilla. Rubén seguía parado en el mismo lugar cuando por fin el destinatario de su mirada se dio cuenta de que estaba siendo observado y por quién.

El español dejó caer al suelo la ametralladora, luego se despojó de su abrigo que echó asimismo a la nieve, a renglón seguido hizo lo propio con la mochila, cartucheras y machete, para acabar finalmente con la boina que lanzó hacia atrás sin mirar. Por su parte, Philippe no había perdido detalle de aquella acción e intuyendo lo que pretendía hizo lo propio. Al instante, ambos comenzaron a caminar hasta encontrarse cara a cara al borde mismo del riachuelo. El silencio de todos los presentes era tan profundo como el del monte en plena nevada tal y como ocurría en esos precisos instantes. No hubo más palabras y ambos se enzarzaron en una lucha feroz golpeándose con toda la saña del mundo. Philippe era más alto y tenía más envergadura que Rubén, pero éste le superaba en agilidad, coraje y rabia, toda la rabia del mundo que no había logrado contener por el recuerdo de Eugenio y tantos partisanos sacrificados por culpa de aquel pedante. Ignoraba cual había sido la suerte que habían corrido sus compañeros, pero había visto morir a demasiados en aquel infausto lunes y tenía enfrente al que consideraba el único culpable. Estaban llegando al agotamiento a causa de los golpes que se estaban propinando. O bien caían en el agua o se revolcaban por la nieve contaminando su pureza con el rojo de la sangre. Hasta que llegó un momento en que casi no se podían tener de pie y, Philippe, exhausto por el esfuerzo y los golpes recibidos, sintió que le fallaban las piernas y cayó de rodillas en el agua. Su agotamiento fue a más y apoyó las palmas de la mano dentro del riachuelo mientras se colocaba a cuatro patas y respiraba entrecortadamente. Rubén se giró dando por finalizado el combate dirigiéndose hacia la cabaña donde todos seguían mudos ante aquella pelea. Pero apenas

había dado dos pasos cuando escuchó las únicas y entrecortadas palabras que se pronunciaron en aquel combate.

—*Merde... espagnol!*

El monterdino se giró con inusitada rapidez y le propinó un fuertísimo puntapié en pleno rostro. Philippe cayó de espaldas en medio del río con los brazos en cruz y lanzando por la boca en su caída borbotones de sangre que se distinguieron perfectamente entre los copos blancos de nieve. Al desplomarse, quedó inmediatamente cubierto de agua aunque fue tan solo durante un instante. Rubén lo recogió del cuello de su chaqueta y, no sin esfuerzo, logró sacarlo en el momento que llegaban el resto de sus compañeros para ayudarlo. Los dos quedaron juntos, tumbados en el suelo y rodeados por los partisanos, así permanecieron durante unos segundos hasta que Philippe recobró el conocimiento. Luego, Rubén se pudo levantar aunque con grandes dificultades, le miró directamente a los ojos y todavía titubeante por el esfuerzo realizado no dudó en recriminar a su adversario.

—*Nous avons besoin de toutes les mains... pour combattre les Allemands* —le dijo que la única razón por la que no había acabado con él era que necesitaban de todas las manos para luchar contra los alemanes.

—Tienes razón Rubén pero haz el favor de dejarlo... no merece la pena insistir —Pierre intentaba hacerle entrar en razón hablándole en español para que se tranquilizara porque todavía seguía alterado.

Pero el *Serrano* seguía en sus trece y mientras caminaba hacia la cabaña abriéndose paso entre los partisanos respondía en su idioma materno al jefe del *chantier* por aquel vano intento de calmarlo.

—Tanto costaba hacer un estudio previo del ataque... como le insistimos tú y yo... comprobar cuantos alemanes estaban en la fortificación... estudiar sus pautas de conducta... y... en base a ellas decidir el número de partisanos que actuarían... y cómo enfocar el ataque... Lo hemos jugado todo a una baza y... siendo el enemigo tan superior y no haber previsto nada por nuestra parte... era ir a una muerte segura... y todo por su culpa... Maldito sea para siempre ese jodido bastardo —dijo esto último mientras se giraba y señalaba con su dedo al partisano francés.

La humillante derrota en Castel-Vielh tuvo nefastas consecuencias para aquella partida de la Resistencia. Unos doscientos partisanos tomaron parte, de los cuales tan solo sobrevivieron treinta y cinco dispersos durante varios días en diferentes grupos por las estribaciones de los Pirineos. El resto fueron muertos, heridos o hechos prisioneros. Lo último que descubrieron Pierre y Rubén es que habían llevado los supervivientes a París antesala de su ejecución o traslado a los campos de exterminio nazis, a partir de ahí les perdieron la pista. Rubén dejó de tener noticias de sus paisanos de la Sierra de Albarracín, pero lo que más le dolió y llevó presente durante el resto de la guerra fue la desaparición del joven Eugenio Lahuerta. Tras una exhaustiva investigación durante las siguientes semanas descubrieron que la emboscada de los alemanes se debió a cierto delator que, una vez detenido, fue inmediatamente ajusticiado. El *chantier* forestal de Pierre Girardon tuvo que cerrar y los partisanos supervivientes de *Le Bois Noir* engrosaron una nueva partida del Maquis en la región, nombre, con el que empezó a conocerse a los miembros de la Resistencia Francesa a partir de esa primavera.

Durante algo más de un año, la partida del Maquis de Rubén y Pierre Girardon combatió contra los alemanes y la Milicia Francesa colaboracionista por la zona sur de los Pirineos. Después de la captura o muerte de sus paisanos de la Sierra de Albarracín, los compañeros de Rubén habían dejado de apodarlo *Monterde Uno* y de nuevo volvían a llamarle *Serrano*. Algo que él agradecía aunque solo fuera por dejar atrás los tristes recuerdos asociados con dicho apodo. En ese lapso de tiempo se sucedieron una gran cantidad de enfrentamientos e innumerables actos de sabotaje contra las instalaciones y fuerzas enemigas. El campo de acción de esta partida seguía siendo la zona comprendida entre Tarbes y Bagnères de Luchon. En esta última localidad contaba Rubén con la ayuda de varios españoles huidos a Francia al comienzo de la Guerra Civil, entre ellos, Ángel y Vicenta. Se trataba de un matrimonio ya mayor originario del Bajo Aragón, que le tenían en gran estima porque le recordaban mucho a su único hijo del que desconocían su paradero desde el levantamiento militar. Junto a ellos, Rubén

hallaba lo más parecido al calor del hogar, siempre que tenía oportunidad los visitaba y se reconfortaban mutuamente. Pero no solo encontraba amistad, ya que como consecuencia del trabajo del matrimonio en una cantina eran los ojos y oídos del Maquis en Bagneres de Luchon.

Un nuevo suceso vino a enaltecer el ánimo de los franceses en la víspera del verano de 1944 y fue el desembarco en Normandía el día 4 de junio. A partir de ese momento se redoblaron las acciones del Maquis en esta parte del Pirineo, una labor que estuvo coordinada con las fuerzas aliadas y gracias a la cual lograron hacer retroceder a los alemanes. A comienzos de agosto se estaba gestando una gran ofensiva y, Rubén, tuvo conocimiento gracias al matrimonio aragonés, de que los alemanes estaban reagrupando sus fuerzas e iban a partir inmediatamente hacia la ciudad de Tarbes para defenderla del acoso de la Resistencia francesa. Excelentes conocedores del aquel terreno decidieron preparar una emboscada al convoy. Para ello marcharon campo a través con la intención de llegar lo más rápidamente posible a un pequeño pero enrevesado puerto, ya que era por allí donde ineludiblemente tenían que pasar los alemanes. Unas curvas cerradas antes de atravesar cierto puente eran el lugar idóneo para poderlos detener. Los integrantes de la partida de Rubén se hicieron con explosivos en un pequeño arsenal perfectamente camuflado a mitad de camino y, acto seguido, prepararon la emboscada. Aquellos partisanos ascendían a una treintena de efectivos comandados por Pierre Girardon y en el que Rubén seguía siendo su hombre de confianza.

Bien parapetados entre la espesura del bosque esperaron con calma la llegada del convoy compuesto por un *Kübelwagen* y dos camiones con soldados. Habían colocado cargas de dinamita en los troncos de varios pinos intuyendo la reacción que tendrían los alemanes. Llegado el momento los vehículos se detuvieron donde habían previsto y, en efecto, ante la indicación del capitán que los dirigía varios soldados del primero de los camiones fueron a inspeccionar el pequeño puente. Miraron por su alrededor e incluso bajaron por un terraplén para comprobar que no había ninguna trampa y por supuesto que los pilares estaban intactos. Una vez revisado hicieron la señal convenida y el convoy se puso nuevamente en marcha, pero cuando estaban a poca distancia del puente los partisanos hicieron explotar las cargas y varios pinos se desplomaron ladera abajo, unos antes del puente y

otros detrás del último camión. En el momento que los alemanes quedaron encerrados en aquel tramo de la carretera, los morteros iniciaron un redoble mortal lanzando proyectiles sobre el blanco detenido de los camiones, todavía con muchos de los soldados en su interior. El tiroteo era continuo pero llevaban las de perder los alemanes, más aún, cuando a las primeras de cambio un proyectil impactó de lleno en uno de los dos camiones que estalló al prenderse el depósito de gasolina. Los últimos supervivientes decidieron rendirse tirando sus armas al suelo y levantando los brazos.

Los partisanos bajaron de sus escondites y los agruparon junto a varios heridos, luego, movieron con grandes dificultades los troncos caídos a ambos lados del puente y revisaron el *Kübelwagen* junto al otro camión que todavía podía ser utilizado a pesar de los destrozos ocasionados por los proyectiles. La intención era continuar el viaje hasta las proximidades de Tarbes para contactar con el grueso del Maquis que intentaba liberar la ciudad. Los guerrilleros estaban a punto de subir al camión cuando Rubén observó cómo unas manos pugnaban por salir entre el amasijo de hierros del vehículo destrozado. Les dijo a sus compañeros que esperaran y, se acercó allí, con precaución. Cuando minutos atrás observó los restos no vio ningún superviviente, la explosión lo había alcanzado de lleno y le extrañaba que todavía existiera alguien con vida. En el momento que estuvo a su lado, movió varios trozos de metal y quedó horrorizado por la impresión que le causó aquel pobre infeliz todo cubierto de sangre, sujetándose los intestinos con ambas manos y sin poder moverse al tener las piernas atrapadas. Resultaba imposible que hiciera algo por él ya que sus heridas eran mortales de necesidad, aunque lo peor era que antes de llegar a su fin con toda seguridad sufriría un auténtico calvario. Los ojos llorosos del soldado imploraban piedad a Rubén, pero éste nada podía hacer y lo negó con la cabeza.

—*Töte mich... bitte*—suplicó el herido en su idioma materno y al ver la cara de desconcierto de su interlocutor lo repitió en francés—. *Tue moi s'il te plaît.*

A pesar del fuerte acento alemán Rubén entendió lo que le demandaba aunque observando también su estado se lo podía imaginar. Rematarlo como pedía era sin duda alguna la mejor solución pero no resultaba nada fácil. Transcurridos unos segundos y tras un ligero tuteo, Rubén se decidió por fin y levantó su metralleta apuntándole a

la sien. Sin embargo cuando se disponía a apretar el gatillo volvió a mover la cabeza, le resultaba imposible cumplir con aquella petición. Estaba inmerso en un dilema, si bien acabar con su vida era en un acto de misericordia, por otra parte no podía hacerlo a sangre fría ya que nunca había matado a nadie de esa manera. Con toda seguridad habían caído bajo sus balas muchos enemigos en España y Francia aunque siempre en el campo de batalla, jamás había participado en ninguna ejecución. Y si bien quedaba claro que éste no era el caso, no acababa de decidirse a pesar de las constantes súplicas del herido.

—*Je vous prie de me tuer* —le insistió de nuevo.

—*Je suis désolé, mais je ne peux pas* —Rubén expuso sus reparos.

El alemán miró a su alrededor y realizando un esfuerzo sobrehumano con el rostro crispado de dolor elevó su brazo con mucha parsimonia hacia una mochila próxima. Luego mencionó algo totalmente ininteligible a Rubén y señalándole asimismo con el dedo dio la impresión de pedirle que la cogiera. Si bien se extrañó por aquella solicitud le hizo caso y, tras abrir la mochila, extrajo de su interior varios objetos entre ellos un estuche grande de cuero.

—*Ouvrez-le...*

Hizo lo que le pidió y abriéndolo sacó unos prismáticos, con toda seguridad los mejores que había visto en su vida.

—*Regardez par vous-même... sont quand je suis en Russie soviétique... Gardez-les, mais s'il vous plaît... juste cette douleur insupportable...*

Se los estaba regalando al tiempo que le imploraba nuevamente que pusiera fin a su vida pero, a pesar de todo, Rubén seguía sin tener el suficiente valor. Miró con detenimiento al soldado y pensó que tenía que hacer algo al respecto. No podía dejarlo allí en semejante estado, ni pedirle a ningún partisano que lo rematara, él lo había descubierto y se había convertido en una cuestión de amor propio que tenía que solventar. Había que hacer algo porque el tiempo apremiaba, más aún, cuando observó como sus compañeros ya estaban en condiciones de iniciar la marcha. Entonces tuvo una idea, quizás descabellada, pero la situación también lo era. Miró con insistencia a su alrededor hasta que descubrió una pistola, la recogió y comprobó que estaba intacta con su cargador lleno.

—*Je ne peux pas vous tuer, je l'ai essayé et je trouve qu'il est impossible... Si je vous donne cette arme vous aussi...* —le entregó el arma haciéndole ver que estaba cargada y que a él le resultaba imposible cumplir con la petición que con tanta insistencia le demandaba.

—*Ja!.. Oui!..* —el soldado alemán entendió sus argumentos y con el rostro congestionado por el dolor agradeció la acción del partisano.

Entonces Rubén le entregó la pistola y durante un instante ambos se miraron con profunda firmeza y comprensión. Ahora no se trataba de enemigos, eran ante todo seres humanos que la guerra había colocado en bandos opuestos. Pero por otra parte también era un acto arriesgado, le estaba dando un arma a quien había estado combatiendo hasta pocos minutos atrás y quizás todo aquello formara parte de una estratagema, un postrer engaño para poder morir matando. Esta idea revoloteó en la cabeza de Rubén tan solo unos segundos y, finalmente, decidió fiarse de su primera intuición.

—*Danke* —agradeció el soldado alemán en su idioma materno.

El partisano no le respondió aunque asintió con la cabeza mientras lo miraba. En su interior las dudas se estaban disipando ya que se trataba de un acto de humanidad en medio de aquella barbarie y tenía que cargar con las consecuencias de sus actos, se equivocara o no. Se levantó llevando en su mano el regalo de aquel moribundo para dirigirse hacia sus compañeros que ya lo estaban reclamando. Apenas había dado varios pasos cuando se escuchó un disparo e inmediatamente todos se pusieron a cubierto. El *Serrano* continuaba caminando y, por supuesto, sin girarse. Por fin aquel soldado alemán había acabado con su sufrimiento.

—¡Putra guerra! —masculló Rubén entre dientes.

Sus compañeros seguían apuntando hacia donde había sonado el disparo extrañados por la aparente tranquilidad del español mientras iba introduciendo el estuche en su mochila.

—*Assuré que rien ne se passe, allons-y maintenant* —les comentó que no ocurría nada animándoles de paso a marchar de allí.

A continuación se dirigió hacia donde estaba Pierre que ya se había aposentado en esa especie de jeep alemán que ellos llamaban *Kübelwagen*, haciéndole sitio a su lado.

—Mejor te cuento en mi idioma lo que ha ocurrido —le dijo nada más sentarse—, si se enteran éstos no me van a comprender ni aprobarán lo que acabo de hacer y lo más seguro es que acabemos discutiendo.

Durante el resto del camino le estuvo comentando el caso y ambos convinieron que la guerra no podría deshumanizarles. Si todavía continuaban vivos cuando ésta terminara tendrían que hacer todo lo posible en tiempo y esfuerzo para poder superar los traumas generados por su culpa.

La partida del Maquis procedente de Bagnères de Luchon llegó a las proximidades de Tarbes a mediados del mes de agosto, uniéndose a los miembros de la Resistencia que al mando del coronel Heyraud iban a comenzar el asalto definitivo. El choque se inició el día 17 y ocasionó multitud de bajas entre los partisanos y el ejército alemán, continuando los combates hasta el 20 de agosto en que se rindieron las últimas tropas de ocupación. Como colofón a la victoria y en medio de la algarabía general, el jueves 24 de agosto desfilaron las fuerzas libertadoras por las calles de Tarbes engalanadas para la ocasión. Se trataba de la primera gran victoria del *Serrano* contra los nazis y, mientras desfilaba entre vítores y muestras de júbilo, no dejaba de pensar en España y de lo que sería capaz de hacer para que dicha bienvenida también pudiera recibirla allí, en su querida y añorada patria.

Las siguientes semanas fueron fructíferas para los partisanos de la Resistencia Francesa. El grupo del Maquis donde militaban Pierre y Rubén continuaba la lucha y aunque encontraban una feroz resistencia seguían su avance imparable, ahora ya fuera de los límites geográficos desde donde actuaron en un principio. Los alemanes habían sido expulsados de los departamentos de *Hautes-Pyrénées* y *Haute-Garonne* y, a comienzos de septiembre, se encontraban combatiendo en la región de Borgoña. En uno de los tantos enfrentamientos que tuvieron lugar Rubén, tuvo la desgracia de caer herido aunque de escasa consideración y, junto a varios partisanos, fueron evacuados al hospital más cercano que se encontraba en la ciudad de Auxerre.

Cuando apenas habían transcurrido una semana ya comenzaba a encontrarse mucho mejor. Movía su maltrecho hombro cada vez con más soltura y conforme pasaba el tiempo sentía que ya estaba curado. Por todo ello, su vida transcurría como la de todos aquellos heridos que prácticamente podían valerse por sí mismos. Durante las mañanas acudía a la enfermería para recibir su medicación diaria, luego, se trasladaba a un pequeño parque situado en los alrededores del hospital donde pasaba horas que se le hacían eternas disfrutando del sol. Mientras tanto, para hacer más llevadera aquella interminable espera, conversaba con otros militares que se encontraban en su misma situación y escuchaba las novedades del curso de la guerra. Su recuperación marchaba viento en popa y tan solo le molestaba la impertinente rutina pero, aunque Rubén no lo podía ni sospechar, aquellos días de hastío estaban llegando a su fin.

El viernes día 15 de septiembre de 1944 iba a ocurrir un suceso que marcaría definitivamente su vida futura. Tal y como hacía todas las mañanas se disponía a entrar en la enfermería, para ello, atravesaba una amplísima sala de altos techos y grandes ventanales adaptada para atender a los heridos recién llegados y que no podían valerse por sí mismos. Al penetrar en aquella estancia, los diálogos de enfermeras y pacientes junto a las quejas lastimeras de muchos de ellos resonaban como el zumbido que produce un enjambre de abejas. Pero en esta ocasión algo cambió, ya casi había llegado a la puerta de la enfermería cuando escuchó una voz con perfecta nitidez por encima del murmullo general.

—¡Serrano...! ¡Serrano...!

La cabeza de Rubén se giró al instante como si se le hubiera activado un resorte mecánico. Miró hacia donde creía que provenía aquella voz pero no podía distinguir con nitidez las facciones de los enfermos de aquel punto, debido al resol que penetraba por las enormes ventanas y daba de lleno a las camas allí situadas. Seguía examinando el lugar cuándo observó cómo la mano de una persona se alzaba moviéndose hacia los lados intentando llamar su atención.

—¡Serrano... aquí... soy yo! —se escuchó de nuevo la voz.

Rubén comenzó a caminar hacia aquel punto pero seguía sin reconocer al herido, la luminosidad continuaba siendo tan fuerte que le impedía apreciar con precisión el rostro de quien le llamaba. Tal

como caminaba al encuentro de aquel extraño aumentaba a partes iguales su intriga y expectación, por eso, una vez llegó a la cabecera de la cama no pudo evitar una exclamación de sorpresa y alegría.

—Hidalgo... ¡eres tú!

En efecto, se trataba de su antiguo compañero en tiempos de los campos de concentración de Argelès-sur-Mer y Gurs, aquel irreductible anarquista que junto a otros españoles acabó alistándose en la Legión extranjera. Tras la alegría por el inesperado reencuentro se produjo un instante de silencio en el que ambos compañeros lo dedicaron a inspeccionarse con detenimiento y, tras ese profundo aunque breve repaso, quedó peor parado Hidalgo a pesar de tener el cuerpo cubierto con una sábana. Este hombretón era de enorme estatura, en su cara de tez morena y surcada por innumerables arrugas sobresalían unos ojos pequeños separados por una nariz ganchuda, prominente y recia como era su propia figura. Pero por encima de todo destacaba el aspecto tan desaliñado que presentaba remarcado al estar varios días sin afeitarse. Acababa de llegar herido del frente y por su estado se intuía que iba a permanecer allí bastante tiempo ya que llevaba un brazo en cabestrillo y la pierna izquierda inmovilizada.

Tras el cambio de impresiones, Hidalgo levantó de nuevo su mano ilesa y la acercó a Rubén estrechándola con evidentes muestras de afecto. Una vez las separaron se inició una conversación con cierto ímpetu, sin darse la más mínima pausa y pretendiendo recabar lo antes posible toda la información sobre sus respectivas vidas. Solo en el momento en que se apaciguaron los ánimos pudo realizarse un diálogo en toda regla. Rubén le contó cómo había transcurrido su vida desde que se despidieron en Gurs y, las terribles consecuencias de la derrota contra los alemanes en la emboscada de Castel-Vielh, con la pérdida de Eugenio Lahuerta. Y una vez hubo finalizado, comenzó Hidalgo a narrarle las peripecias que había sufrido desde su separación.

—En primer lugar, te diré que hace tres días me hirieron en la toma de Andelot-Blancheville y aunque me veas así de aparatoso no tengo nada grave, todavía no ha llegado mi hora y si no que se lo digan a los centenares de alemanes que los españoles hicimos prisioneros en aquella batalla —remachó en medio de una amplia y socarrona sonrisa y tras un breve silencio continuó con la narración—. Como ya sabes me alisté con otros camaradas en la Legión extranjera ¡qué remedio! y

acabé en el norte de África. Al principio lo pasamos muy mal ya que el gobierno de Vichy era aliado de Alemania, pero cuando tuvimos oportunidad nos unimos a la Francia Libre y el grupo de españoles que iban conmigo nos integramos en la División Leclerc. Hemos peleado como no te puedes ni imaginar aunque nos perdimos el desembarco de Normandía. Sin embargo, el destino nos tenía preparada una sorpresa mayúscula, el hecho más maravilloso que un luchador antifascista como yo ha tenido a lo largo de toda su vida.

El gesto de asombro de Rubén no tenía límites ante lo que acababa de escuchar y, por la expresión relajada y llena de felicidad que mostraba Hidalgo, intuía que también acabaría contagiado del mismo entusiasmo. Este cúmulo de sensaciones aumentó cuando su amigo le cogió de nuevo la mano apretándola con fuerza, mientras le miraba a los ojos con la expresión del que va a contar un fascinante relato.

—*Serrano*, nuestra Compañía, la “Nueve”, fue la primera en entrar en París el día 24 de agosto. Los republicanos españoles que éramos la mayoría en ella fuimos los que iniciamos la liberación de la capital francesa. Tenías que haber visto los vehículos con nombres de nuestro país y cómo nosotros éramos jaleados cuando nos habríamos pasado... pero ahora que caigo... si hasta había dos tanquetas ligeras que hacían mención a tu tierra, una se llamaba Ebro y la otra Teruel.

—¿Qué dices Hidalgo?, ¡tú deliras!

—No *Serrano*, es tan cierto como que nos hemos de morir algún día. Eso sí, no lo preguntes a los franceses que te jurarán por su *Grandeur* que fueron ellos, pero cuando tengas oportunidad de ver a alguno de los nuestros ya verás cómo te dicen lo mismo que yo... —comentó ciertamente disgustado y con evidente incomodidad.

—Es difícil de creer lo que me dices, pero si mal no recuerdo, a ti las bromas te gustan más bien poco.

—Así es, sobre esto no te mentiría. En esta lucha han muerto compañeros nuestros y es algo que les debo aunque sea solo para honrar su memoria... —se produjo un nuevo silencio tras el cual Hidalgo recobró la compostura y continuó con su alocución—. Si vieras, *Serrano*, cómo nos vitoreaba la multitud cuando desfilamos al día siguiente por los Campos Elíseos. Por un momento me imaginé que eso mismo podía suceder en España, que entrábamos en Madrid como libertadores del fascismo desfilando por las calles y plazas de la capital.

Y que las mujeres, al igual que las parisinas, nos regalaban flores y besos y todo eran alabanzas por nuestra incontestable victoria. Y en medio de aquel desfile, por fin veía a mi mujer e hijos de los que nada sé desde que me marché de España...

Los ojos de aquel inveterado anarquista se tornaron vidriosos por un momento, incluso Rubén creyó percibir un ligero suspiro. Movido por un cierto rubor apartó la mirada al tiempo que Hidalgo llevaba su mano a los ojos y los presionaba como si quisiera borrar cualquier muestra de debilidad. Tras unos segundos, Rubén volvió su rostro hacia el herido que, en silencio, mantenía la mirada perdida hacia el fondo de la sala totalmente ausente y abstraído. Por eso quiso darle un ligero respiro, se había entusiasmado con la conversación y sus emotivos recuerdos le habían traicionado. Hidalgo se recompuso pasados esos instantes de total recogimiento, su rostro se tornó serio y profundo dejando atrás cualquier atisbo de sentimentalismo. Volvió a coger la mano del *Serrano* apretándola con más fuerza si cabe, como si quisiera impedir que se marchara antes de haberle contado sus más íntimas reflexiones.

—Escucha bien lo que te voy a decir amigo mío —le comentó mientras le miraba a los ojos y fruncía las cejas como si pretendiera cargarse de razón—, estoy convencido que los aliados nos van a vender como si fuéramos reses en una feria ganadera. Me da la impresión que no van a hacer nada por la República española y una vez vencidos los nazis se olvidarán de nosotros... Para ellos no representamos nada, lo verdaderamente importante son los propios países en guerra y si queremos revertir la situación de España lo vamos a tener que hacer nosotros mismos... Mira, a mí los comunistas me importan más bien poco, pero a mis oídos ha llegado el rumor de que hay un plan para que un ejército republicano entre por los Pirineos con la intención de reconquistar nuestro país y acabar con el fascista de Franco.

—Querido Hidalgo me parece que la herida te ha afectado también al cerebro, te lo digo sin mala intención créeme...

—Querido *Serrano* siento contradecirte pero mucho me temo que no.

Siguieron unos instantes de silencio donde Rubén movía con insistencia la cabeza y negaba los argumentos que acababa de escuchar a su compañero. Por su parte éste parecía la mar de feliz y, una vez le

soltó la mano, miraba hacia el techo dejando libre su imaginación. Durante el resto de la jornada continuaron conversando sobre aquel asunto y así estuvieron casi una semana más, justo, hasta el momento en que le dieron el alta a Rubén. El tema más recurrente en aquellos días basculaba sobre las posibilidades que se abrían para los republicanos españoles después de la victoria final contra Alemania. Y lo que son las cosas, Hidalgo, acabó convenciendo al *Serrano* de que la única forma de combatir y acabar con Franco estaba en manos de los propios españoles. Cuando finalmente se despidieron el ánimo decaído del anarquista, ya que sus heridas no mejoraban, contrastaba con la excitación de Rubén. Aquél le había contagiado su optimismo y esperanza en un futuro prometedor y así se marchó, con la firme y decidida determinación de entrar de nuevo en España.

—Adiós Hidalgo, nos veremos desfilando en Madrid.

—Allí estaré *Serrano* te lo juro por mi vida... y por lo que más quieras convence a todos los compatriotas que puedas, como no libe-remos nosotros a España no lo hará nadie ¡No lo olvides!

El ejército alemán se batía en retirada y los combatientes sabían que la victoria aliada era solo cuestión de meses. Las ansias por acabar con el estigma de derrotados que llevaban a cuesta los exiliados desde el final de la Guerra Civil, eran tan considerables que incluso para muchos de ellos no resultaba suficiente con ganar la guerra a los nazis. Los guerrilleros españoles que luchaban en el Maquis francés comenzaban a albergar renovadas esperanzas, de que una vez acabada la guerra por fin pudiera tocarle el turno a la liberación de España. Pero por otra parte, los recelos eran cada vez más fuertes y aumentaba el número de los que intuían el abandono por parte de las democracias occidentales, una vez finalizado el conflicto mundial. De manera que cuando se concretó definitivamente el proyecto de invasión a finales de septiembre, ya eran muchos los guerrilleros alistados para entrar en España.

Por su parte, Rubén había logrado convencer a varios compatriotas con las soflamas patrióticas que le insuflara Hidalgo en el hospital de Auxerre y, todos ellos, decidieron formar parte de las tropas

que participarían en la operación denominada “Reconquista de España”. Dicho plan pretendía crear una cabeza de puente en el Valle de Arán para asentar a los guerrilleros, nombrar un Gobierno provisional de la República, y lograr de esta manera el reconocimiento de las potencias democráticas. Lo primero que hizo Rubén fue despedirse de su mentor y amigo Pierre Girardon, fue un instante sumamente emotivo por los años que llevaban combatiendo juntos. El francés le comentó que una vez terminada la guerra pensaba asentarse en su casa de campo de Mascaras y allí lo tendría a su disposición para lo que gustara. Más tarde acudió a Bagnères de Luchon para pasar un fin de semana con sus amigos Ángel y Vicenta, haciéndoles partícipes del mencionado proyecto. Después de dejarles parte de su documentación y objetos personales marchó con varios compañeros a la ciudad de Foix, para alistarse en la Agrupación de Guerrilleros Españoles. Allí quedó asignado en una Compañía de la 551 Brigada perteneciente a la 204 División.

El 3 de octubre de 1944, fuerzas guerrilleras penetraron en España por varios puntos del Pirineo de Navarra, Huesca y Lérida teniendo lugar las primeras escaramuzas, aunque a los pocos días habían vuelto de nuevo a Francia. Pero aquello era solo el anticipo de lo que se pretendía. La principal irrupción estaba prevista que tuviera lugar a través del Valle de Arán durante la madrugada del día 19 de octubre. Rubén no pudo encontrar a su amigo Hidalgo entre los varios miles de guerrilleros que se habían inscrito, con toda seguridad, todavía convaleciente de las heridas que padecía.

El ánimo del *Serrano* y sus compañeros estaba por las nubes los días previos a la invasión. Era mucho lo que se jugaban y el riesgo que corrían aunque no era posible compararlo con el premio, nada menos que liberar a España del yugo del fascismo. Pero lo cierto es que a partir de ese punto de encuentro comenzaban las divergencias. Un buen número de guerrilleros pretendía crear en España una república comunista, mientras que otros se decantaban por el restablecimiento de la anterior República democrática. Aún con todo, aquel primigenio entusiasmo pronto comenzó a quebrarse sobre todo entre los guerrilleros más avezados o que habían visto las orejas al lobo en más de una ocasión y, Rubén el *Serrano*, era uno de ellos. El principal problema que apreció en los días previos a la invasión, se ceñía a la carencia de medios para una campaña que se suponía larga y que se iba a iniciar poco antes

del invierno en las proximidades del Pirineo. Si esa particularidad ya estaba prevista por los mandos era algo que ignoraba. Pero cuando en las horas previas a la marcha repartieron entre los guerrilleros las órdenes pertinentes y la munición, su ánimo se vino abajo inmediatamente, al no disponer apenas de cargadores de repuesto para sus metralletas *Stern*. Rubén observaba bastante precipitación y no las tenía todas consigo. Existía mucho entusiasmo pero apreciaba por enésima vez un cúmulo de fallos en la dirección ciertamente intolerables. Por si fuera poco, las sospechas que tenía sobre el proyecto se elevaron al máximo cuando el 16 de octubre, el gobierno de la Francia Libre bajo la presidencia de Charles de Gaulle, reconoció oficialmente al Régimen de Franco. No le salían las cuentas a Rubén de cómo era posible que bajo tales circunstancias se permitiera preparar el golpe contra España desde el propio país galo. Sin embargo, lo cierto es que a pesar de todas aquellas vacilaciones tenía decidido retornar a su país a costa de lo que fuera.

A las seis de la mañana del día 19 de octubre de 1944, unos cuatro mil guerrilleros de los cuales más de la mitad eran comunistas y el resto socialistas, anarquistas, o sencillamente republicanos cruzaron la frontera francesa repartidos en tres columnas. La principal, compuesta por varias Brigadas, lo hizo desde un paso al norte de Bagnères de Luchon con la intención de ocupar el Valle de Arán y su capital Viella. Una de esas Brigadas, la 551, se dividió a su vez en tres columnas menores, dos de ellas se dirigieron hacia el norte del valle del río Garona ocupando varios pueblos, mientras que la tercera columna en la que iba Rubén se dirigió al sur de dicho valle para tomar el municipio de Bosost. Objetivo que se logró al día siguiente tras una cierta resistencia en el cuartel de la Guardia Civil. En esa última población, se estableció el Estado Mayor de la Agrupación de Guerrilleros donde permaneció Rubén durante los siguientes días. En un principio los guerrilleros lograron sus objetivos básicamente al tratarse de pequeñas poblaciones, por eso los enfrentamientos no fueron muy numerosos debido además a las carencias en armamento que padecían.

Pero a pesar de su intento, las fuerzas invasoras detuvieron su avance el día 23 sin haber podido hacerse con Viella y el puerto de La Bonaigua, por lo que resultó imposible controlar todo el Valle de Arán. Además, para su desgracia, no tuvo lugar el tan ansiado levantamiento popular de una población represaliada y empobrecida que todavía padecía las consecuencias de la pasada Guerra Civil, ni tampoco recibie-

ron ayuda de las fuerzas aliadas que no hicieron absolutamente nada por ellos. Por si fuera poco, después de la sorpresa inicial, las fuerzas franquistas lograron rehacerse y rechazar el avance de los guerrilleros. Éstos corrían el riesgo de quedar aislados si seguían penetrando hasta el sur del Valle, las tropas enemigas contaban en aquella zona con más de 30.000 soldados mandados por el general Moscardó.

Viendo el fiasco de la operación el coronel Vicente López Tovar, al mando de las fuerzas expedicionarias, ordenó el 27 de octubre iniciar la retirada con el visto bueno del dirigente comunista Santiago Carrillo, repliegue, que logró completarse dos días más tarde. Pero no todos los guerrilleros estaban por la labor de volver a Francia. El principal motivo era el presidente francés Charles de Gaulle que había ordenado su desarme y estaban encerrando nuevamente a muchos de ellos en diferentes campos de concentración como el de Gurs. Nada cabía esperar del nuevo gobierno francés, por lo que muchos guerrilleros optaron por esconderse entre los montes próximos con el objetivo de incorporarse a las guerrillas que venían funcionando en diversas zonas de España.

Diferentes partidas con un número reducido de miembros iniciaron una diáspora hacia el interior del país y, así lo hizo Rubén, que junto a varios compañeros pretendían incorporarse a las guerrillas existentes en la provincia de Teruel. Eso sí, tenían que apresurarse porque el invierno se les estaba echando encima. Además, las estribaciones del Pirineo se iban a llenar de somatenes, guardias civiles y soldados con la única misión de darles caza y acabar con los últimos reductos de la fallida invasión. Para poder culminar con éxito su nueva misión, el grupo donde se encontraba Rubén siguió los consejos de tres de sus integrantes naturales de la ciudad de Balaguer. En un principio se refugiaron en las estribaciones de la Sierra del Montsec y, cuando sus enlaces lo vieron oportuno, marcharon a dicha localidad donde los escondieron en varias casas ubicadas en el extrarradio. Una semana más tarde, siete de los once guerrilleros decidieron seguir la ruta hasta el Maestrazgo turolense antes de que la crudeza del invierno les impidiera continuar.

El cansancio por la larga caminata se había cebado en Rubén que, exhausto, seguía tumbado en la verde alfombra que le ofrecía una gran mata de gayuba. Además, al estar rodeada por varios árboles y arbustos tenía lo imprescindible para poder descansar y un total aislamiento sobre su entorno. Por otra parte, aquel improvisado refugio situado hacia un extremo del monte de la ermita de San Cristóbal le proporcionaba una excelente visión de su añorado Monterde de Albarracín. Desde su llegada a dicho paraje, Rubén no dejaba de pensar en todo lo que había ocurrido desde que se marchara de allí durante el verano de 1937. Pero esos recuerdos, por muy dolorosos que fueran, no debían de apartarle ni un instante de los motivos que le habían llevado de nuevo a su pueblo. Aquel escondite era perfecto, tenía una excelente visión de las casas y con sus prismáticos comprobaba la vida en las calles con el trajín cotidiano de sus habitantes en un día cualquiera de primavera. Llevaba un buen rato observando el trasiego de los labradores con sus carros y aperos de labranza, o las mujeres como cargaban tinajas de agua en una fuente próxima. Sin embargo, por más que movía nervioso sus prismáticos no lograba identificar a ninguno de sus familiares ni tan siquiera apreciaba movimientos por los alrededores de su vivienda. Era sumamente extraño, por lo que decidió esperar la llegada de la noche cuando las luces de su casa le podían indicar la presencia de moradores.

Las sombras ya se habían adueñado del valle pero Rubén todavía seguía sin tener constancia de su familia ni, por supuesto, ninguna luz en su hogar que le hiciera suponer que estaba habitado. En un momento dado, abrió su macuto para extraer algo de carne seca que mordisqueó con preocupación mientras meditaba concienzudamente sobre cuál sería el siguiente paso a seguir. Después de pensarlo detenidamente decidió que esperaría a media noche y bajaría a la casa de Violeta, la mujer de su amigo Rafael, donde sí había podido observar algún movimiento. Dada la carencia de resultados tangibles era la opción más sensata que podía realizar. Conocía la existencia de una Agrupación Guerrillera que venía actuando en la Sierra de Albarracín pero ignoraba cómo poder entrar en contacto con sus integrantes y, por supuesto, no quería aventurarse por el bosque sin saber al detalle donde se refugiaban. Entre todas las opciones que tenía visitar a alguien del pueblo de su entera confianza era, sin lugar a dudas, la menos mala. Además, se daba la circunstancia de que Violeta disponía de un corral agregado a su casa cuya pared daba por el sur con el arroyo Manzano,

el cual, discurría por los límites del casco urbano al borde mismo de los campos de labor. Era el lugar perfecto para penetrar en el pueblo sin ser visto.

Todo estaba decidido, de manera que a mitad de la noche bajó de la montaña y dando un rodeo atravesó el riachuelo para encararse por aquella pared que, por otra parte, no ofrecía excesivas dificultades. Lo peor vino cuando tuvo que pasar por encima del tejado del gallinero y el ruido alteró a sus ocupantes, tanto, que acabaron por despertar a la dueña de la casa. Rubén se escondió detrás de la puerta que daba acceso al corral y contuvo la respiración cuando escuchó cómo se abría la cancela de la vivienda. Vio penetrar en el recinto a una mujer en camisión que sujetaba una toca a la altura de la garganta con una de sus manos, mientras que con la otra elevaba un candil todo lo que podía.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien ahí? —Preguntó con cierto recelo.

Rubén se mantuvo en silencio, no le interesaba para nada que tuviera lugar el más mínimo alboroto y primaba sobre todas las cosas su propia seguridad y la de aquella mujer. Con mucho sigilo se situó detrás de ella y con una mano le tapó la boca mientras con la otra sujetaba la que llevaba el candil.

—Violeta no digas nada que soy yo, Rubén —le comentó susurrando aunque con voz firme—. No pienso hacerte daño, solo quiero hablar contigo y que me respondas algunas preguntas... Sobre todo no grites por favor y tranquilízate... te voy a soltar...

Tal como decía estas últimas palabras aflojó la tensión que mantenía en sus brazos, algo que también había hecho ella desde el instante mismo que escuchó quién era. Una vez separados, la mujer dio un paso hacia adelante y se giró con cierta precaución al tiempo que alzaba la luz para observar con detenimiento al intruso.

—Perdona que haya entrado así en tu casa pero estaba hecho un lío y no sabía dónde acudir —se excusó.

—Es verdad... ¿eres tú, Rubén! —comentó ella con evidentes gestos de sorpresa y satisfacción.

Durante unos segundos se mantuvieron estáticos intentando redescubrir las facciones de sus respectivos rostros después de varios años sin verse. Entre la trémula luz de aquel viejo candil comprobaron cómo

sus figuras habían perdido la frescura de antaño que, por otra parte, era el inevitable resultado del transcurso de la vida y de los aciagos momentos que cada uno de ellos había padecido. Violeta se recogió con fuerza la toca y le invitó a pasar a su casa, aquellas noches de abril seguían siendo frías por esta parte de la Sierra. Una vez dentro, depositó el candil encima de la mesa de la cocina, se giró y abrazó a Rubén que respondió de la misma manera, plenamente complacido del resultado de aquel encuentro. La chimenea de la cocina mantenía todavía los rescoldos de la noche anterior por lo que no le resultó difícil a Violeta que volviera a prender la cepa que colocó. Poco a poco fueron entrando en calor, sobre todo Rubén, que ayudado por el vino y la cena rápida y frugal que le preparó la mujer creía encontrarse casi en el paraíso.

El resto de la noche lo pasaron hablando de todo aquello que les había ocurrido durante los pasados años. Para Rubén lo más importante era saber de su familia y, como no podía ser de otro modo, Violeta le contó las circunstancias que habían ocasionado que sus respectivas madres estuvieran viviendo juntas en una masada cerca del pueblo. El momento más triste fue saber que uno de sus hermanos había fallecido defendiendo la Ciudad Universitaria de Madrid aunque, afortunadamente, los más pequeños se encontraban viviendo con otros hermanos o trabajando en Valencia. Aún con todas las referencias que le dio sobre su propia familia, lo que le llamó poderosamente la atención fue la aciaga vida de Violeta y su hija Libertad. También se interesó por los padres de su querido amigo Eugenio Lahuerta, pero supo que ya no se encontraban en el pueblo al haberse marchado a vivir con sus otros hijos a Zaragoza. No pudo evitar una sensación de fastidio porque sabía que tarde o temprano tenía que pasar el mal trago de hablar con su madre. Llevaba como un baldón difícil de superar no haber cumplido finalmente con la promesa que le hizo en su día: entregárselo de nuevo sano y salvo al acabar la Guerra Civil.

Por su parte, Violeta, se enteró de que fue él quien dejó herido de muerte a José María Cavero en la toma de Teruel pero que a pesar de sus intentos no logró averiguar qué había sido de su marido Rafael. Rubén comentó largo y tendido sobre la epopeya que había vivido durante la Guerra Civil desde que se fuera por última vez de Monterde, su paso por Francia, y la fracasada operación del Valle de Arán. También, que había penetrado en España con la firme decisión de unirse a la guerrilla de la Sierra de Albarracín. Y aquí se encontraba, en casa

de sus mejores amigos solicitando ayuda para poder unirse a los guerrilleros de la zona.

—Estarás muy cansado por eso te vas a tener que acomodar en la cambra, eso sí, procura sobre todo no hacer ruidos para no despertar a mi hija. Y tranquilo, mañana mismo la mandaré a pasar unos días a casa de sus abuelos con la excusa de mi trabajo de costurera y el vestido que tengo que acabar antes del domingo. También hablaré con un enlace que conozco de los guerrilleros para que les haga llegar la noticia de tu llegada y pregunte dónde os podéis reunir. El jueves tengo que bajar a Teruel y, como en el trayecto veo a nuestras madres, pondré a la tuya sobre aviso ya que no sabíamos nada de ti desde que unos conocidos te vieron en Teruel a comienzos de 1938. No creo que tengas problemas de estar escondido aquí hasta el domingo que vuelve Serafín de Zaragoza. Allí han ido los Jefes de la Falange para tratar sobre el manifiesto de un tal Don Juan que quiere ser rey de España... ¿A dónde vamos a parar? Este país camina para atrás como los cangrejos...

Todo sucedió como tenía previsto Violeta y ese jueves al anochecer retornó de nuevo a su casa. Le dio el recado a Rubén de la enorme alegría que tenía su madre Concepción y de que guardaba sus ansias de verlo hasta que estuviera bien seguro de que no existía peligro. Sobre todas las cuestiones emotivas tenía que primar la seguridad, especialmente en los momentos tan convulsos como los que se estaban viviendo. Y una semana más tarde de su llegada, tuvo lugar el esperado encuentro con los guerrilleros de los Montes Universales en un apartado y recóndito lugar de la Sierra en Monterde de Albarraçín. Aunque sin lugar a dudas, el momento más emotivo ocurrió cuando por fin pudo ver a su madre Concepción. Pasó toda la noche en la masada donde estaba viviendo y, ella, le hizo prometer que extremaría las precauciones cada vez que fuera a visitarla, la Guardia Civil acudía con frecuencia y no era cuestión de tentar a la suerte.

Poco antes de la llegada de Rubén a Monterde, un número considerable de exiliados había penetrado procedente de Francia para organizar a las diferentes partidas guerrilleras que venían funcionando por estas tierras desde el final de la Guerra Civil. Eso sí, la lucha que se mantenía contra las fuerzas represoras del franquismo en la Sierra de Albarraçín era bastante singular, como tuvo oportunidad de comprobar el propio Rubén, al que una vez sus recientes compañeros conocieron su historia insistieron en apodarle de nuevo el *Serrano*. En una de sus

primeras actuaciones acudió, junto a dos guerrilleros, a una estafeta situada entre las localidades de Noguera y Bronchales para recoger la comida y mensajes allí depositados. Aquellas intervenciones le venían de perlas para ir familiarizándose con la guerrilla en la Sierra de Albarracín que, desde la llegada de nuevos miembros procedentes de Francia, se les empezaba a conocer de forma genérica como el “Maquis”.

Tras varias horas vigilando por los alrededores, los guerrilleros recogieron un paquete escondido en la pared medio derruida de un chozo. Con rapidez retornaron por el camino de ida y, cuando apenas habían pasado algunos minutos, notaron cierta presencia en el fondo del valle por lo que ralentizaron la marcha para observar de qué se trataba. Pero antes incluso de que pudieran sacar los prismáticos, uno de los guerrilleros hizo indicaciones de cómo varios números de la Guardia Civil subían con determinación hacia donde ellos se encontraban. En ese preciso momento los maquis se detuvieron en seco e, instintivamente, Rubén apuntó con su arma hacia los civiles. Sin embargo, cuando se disponía a disparar, uno de sus compañeros le bajó la metralleta hacia el suelo con cierta brusquedad.

—¿Qué quieres?, ¿que no salgamos vivos de aquí?

—Pero ¿qué dices...?

—En esta guerra no combates tú solo y aquí nosotros tenemos nuestras propias reglas y forma de actuar.

—¿Qué me quieres decir?

Rubén seguía atónito sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo. La inexplicable actitud de sus compañeros le había dejado sumido en la perplejidad más absoluta y esos instantes de indecisión lo tenían paralizado.

—Basta de cháchara y haz como nosotros... tienes que apuntar varios metros delante de ellos, lo realmente importante es que se detengan y no sigan avanzando ¿Has entendido?

El *Serrano* continuaba sin comprender pero no quiso discutir las palabras de su compañero e hizo aquello que se le ordenó. Y tal como había indicado, varios disparos se estrellaron entre los árboles, el manto de jaras y la tierra que había delante de los guardias civiles. Aquella detonación los detuvo de golpe y se parapetaron detrás de un pino derribado de grandes dimensiones, unos segundos después res-

pondieron con una salva de disparos. Rubén, por instinto se tumbó en el suelo aunque las balas silbaban lejanas, era como si los guardias ignoraran el lugar exacto desde donde les habían disparado o tuvieran desviado el punto de mira. Durante unos instantes se produjeron varias descargas pero en realidad era un cruce de disparos sin sentido, como si ambos contendientes apuntaran a enemigos invisibles. A una nueva indicación del jefe de la partida, los guerrilleros se arrastraron por el suelo y agazapados lograron llegar a la cima de la montaña. En ese momento se incorporaron y echaron a correr cuesta abajo hasta llegar a un pequeño prado. Seguían escuchando las detonaciones cada vez más lejanas y, por fin, tras el sobresalto inicial, llegaron a alcanzar el tupido bosque donde se podían resguardar con mayores garantías.

Después de una marcha forzada con la tensión a flor de piel y mirando constantemente a su alrededor por si aparecían nuevos guardias, los guerrilleros decidieron buscar un lugar donde descansar. El sol estaba en su cenit y, salvo raras excepciones, el Maquis no actuaba a pleno día por temor a ser descubiertos, de manera que allí permanecieron hasta el atardecer. A partir de ese momento los guerrilleros eran los auténticos dueños del bosque. Aquellas montañas eran poco menos que inaccesibles para el resto de los mortales, sin carreteras ni apenas caminos, tan solo sendas que había que conocer perfectamente, como ellos, para no perderse entre la exuberante vegetación.

—Estoy seguro que llevas rato dándole vueltas a asunto de los civiles ¿me equivoco, *Serrano*?

—En absoluto. Es la primera vez en mi vida que rehúyo un combate con el enemigo y mira que llevo años pegando tiros.

—Ignoro los métodos de la guerrilla en Francia pero me temo que te vas a tener que amoldar a las circunstancias que se dan aquí. Los guerrilleros de la Sierra de Albarracín no somos multitud como en Europa ni luchamos contra invasores. Aquí, todos nos conocemos, incluso el nombre de muchos guardias civiles y, de la misma manera, la mayor parte de ellos saben hasta de la leche que mamamos. Si te ves de frente con alguno y es su vida o la tuya entonces no tienes más opción que disparar. Y sobre todo, nunca dudes en hacerlo a la menor ocasión que tengas si se trata de algún falangista, somatén o cualquier voluntario de esos que se apuntan a todas las batidas contra nosotros. No olvides, que muchos de ellos son los mismos que se dedicaron a

dar paseos a los republicanos durante y después de la Guerra Civil. Pero si matamos a un guardia civil a sangre fría te aseguro que saltarán chispas y habrá represalias y, si es al contrario, por supuesto que también. En la medida de lo posible tenemos que fortalecer nuestra posición en la Sierra y, en principio, contamos con la simpatía de muchas personas y el apoyo de otras tantas. Para poder consolidarnos hay que dar los golpes de mano que sean necesarios y castigar a los fascistas sin piedad, pero con el resto hay que verlas venir.

—Me quieres decir que por eso no hemos disparado a matar, por temor a posibles venganzas. Yo he venido aquí a luchar y me encuentro con esto... ¡no me lo puedo creer! —Explotó un incrédulo Rubén ante lo que estaba escuchando.

—Pues tendrás que hacerlo. Si les hubiéramos disparado probablemente habríamos acabado con alguno de ellos pero no todos porque eran el doble que nosotros..., además, en el fondo del valle había otros a la espera del reconocimiento del terreno por parte de esos números. Con toda seguridad habrían subido y, quizás, ya estaríamos todos besando la tierra... No, Rubén, míralo por el otro lado. Ahora nos encontramos a salvo reconociendo el camino que nos lleva al campamento mientras que ellos están en su cuartel, con toda seguridad realizando el parte del enfrentamiento que han tenido con nosotros, pero ahí acaba todo.

No convencieron a Rubén las palabras del jefe de la partida, pero era lo que había y él solo un recién llegado que se tenía que amoldar a forma de actuar de aquel grupo guerrillero que, por otra parte, había elegido para seguir combatiendo el fascismo. En realidad, esta guerrilla no se parecía en nada a la que él había conocido. Le daba la impresión de que todos los actores que participaban en ella se habían acostumbrado o, sencillamente, se soportaban en aquel novedoso e inusual *statu quo* después de la dura represión que siguió a la Guerra Civil.

En las siguientes semanas continuó con su labor y ayudó a varias partidas a realizar golpes de mano en busca sobre todo de material militar. También confiscaron víveres y dinero a varios comerciantes de la zona acusados por los enlaces de ser fieles servidores del Régimen. El carácter de Rubén se fue transformando paulatinamente volviéndose más hosco y reservado, tan solo se apaciguaba cuando acudía a visitar

a su madre Concepción, o en las escasas y peligrosas ocasiones en las que veía a Violeta en Monterde de Albarracín.

Un día a finales de septiembre de 1945, un pequeño grupo de guerrilleros acudió a la estafeta de Monterde que estaba ubicada entre las dos vertientes del Barranco de *La Sierra* en sendos puntos conocidos como la Cueva del *Bu* y el aprisco del tío *Frascuelo*. Allí fueron con el encargo de recoger los víveres y notas que colocaban los enlaces del pueblo en ambos parajes. Una vez de vuelta y cuando se hallaban a medio camino de su campamento, sufrieron una emboscada de la que salieron increíblemente ilesos ya que los guardias civiles comenzaron a disparar demasiado pronto delatando así su posición. Ellos respondieron de la misma manera y, después de unos minutos de insulsa balacera, continuaron con su camino. No hubo necesidad alguna de comentar nada entre los guerrilleros y mucho menos Rubén que ya comenzaba a entender la idiosincrasia de algunos enfrentamientos. El que en determinadas ocasiones tuvieran lugar de esta manera no quería decir ni mucho menos que fuera la norma común. Lo cierto es que hubo encuentros donde se produjeron heridos, aunque hasta ese momento en la Sierra de Albarracín no hubo que lamentar ninguna muerte derivada de aquellas refriegas.

Durante esos primeros meses, el *Serrano* no salía de su asombro al comprobar las notables diferencias de la lucha guerrillera que había vivido en Francia con la existente en la Sierra de Albarracín. Pero su paroxismo llegó al máximo en las fiestas patronales de Valdecuencia, localidad situada en plena zona de actuación del Maquis. En la tercera semana de septiembre de 1946 convivieron en el baile las mozas del pueblo además de varios guardias civiles y guerrilleros todos ellos de paisano y, aparentemente sin problemas, a pesar de que conocían hasta sus nombres. Cuando días más tarde se encontraba Rubén en un campamento próximo y tuvo conocimiento de primera mano sobre lo ocurrido en aquella localidad, no pudo sino manifestar su disgusto. Por su mente sobrevoló la posibilidad de retornar a Francia, pero en el último momento comprendió que las circunstancias que había vivido en el país galo nada tenían que ver con las de España y más concretamente con la Sierra de Albarracín. Una hermosa tierra, escasamente poblada, donde sobrevivir decentemente resultaba poco menos que una hazaña. En ella, habitaba una población cansada por la pasada guerra que luchaba a su manera sorteando el hambre, la represión o la

complacencia según fuera el grupo social de cada una de las familias que intentaba salir adelante. No albergó ninguna duda de que aquella situación acabaría revirtiendo por la propia dinámica de la confrontación, si no había ido a más era como consecuencia de la inoperancia del Régimen franquista pero, en el momento que ésta se superara, el cainismo hispánico renacería de nuevo con más fuerza si cabe.

En la segunda mitad de ese año fueron aumentando las actuaciones del Maquis perteneciente a los sectores 5 y 11 de la Agrupación Guerrillera de Levante en la Sierra de Albarraçín, fundamentalmente, en la búsqueda de enclaves susceptibles donde poder montar campamentos. El más cercano a Monterde estaba situado muy cerca de la Fuente *Cañada de las Ceicas*, entre la manga territorial de Albarraçín y los términos municipales de Bronchales y Noguera. En líneas generales los terrenos más abruptos y escondidos resultaban ser los más indicados, teniendo como condición imprescindible la existencia de vías de escape para el caso de ser descubiertos. Pero sobre todo, lo más destacable fue el periodo de instrucción que iniciaron para adecuarse de la mejor manera posible a las circunstancias de la vida en el monte, aspectos como los movimientos tácticos de la guerrilla, asaltos, vigilancias, emboscadas y un sinfín de elementos que formaban parte de la lucha del Maquis. Además, se comenzó a consolidar una red de enlaces y estafetas con lo que ello suponía para el mantenimiento y la logística de la guerrilla. Debido a la experiencia que atesoraba Rubén desde su periplo con los partisanos de *Le Bois Noir* destacó a las primeras de cambio y, a pesar de ser uno de los recién llegados, no tardó en ser tomado en consideración. Por eso, en varias ocasiones le otorgaron la dirección de las operaciones en alguna partida guerrillera.

Una de ellas tuvo lugar precisamente cuando Violeta se dirigía a Teruel el último jueves de octubre de 1946. Un grupo de guerrilleros comandado por el propio Rubén la abordó a unos pocos kilómetros de Monterde con la intención de convencerla para que se integrara en el Maquis. Una vez se encontraron, el guerrillero decidió apartarse de la carretera mientras sus compañeros vigilaban.

—Necesitamos que seas nuestro enlace con los camaradas de Teruel. En principio te resultaría fácil porque todos los jueves acudes allí a vender, aunque también queremos que sepas que es sumamente peligroso y que arriesgas tu vida si algo sale mal. Una vez me dijiste que te pondrías a nuestra disposición para lo que hiciera falta y, ahora,

ha llegado el momento ya que tenemos previsto multiplicar nuestras acciones y todas las manos para coordinarlas serán pocas.

—Te lo dije y lo repito, por la memoria de mi marido Rafael y por mí misma acepto encantada, solo tienes que decirme lo que tengo que hacer.

—Cuando tengas que llevar algún mensaje los encargos te los dará nuestro enlace en Monterde —comentó el guerrillero—, ya que los recoge en la estafeta del pueblo que tenemos en el término municipal pero no siempre las puede llevar a Teruel. Ahora bien, lo que es más importante en tu labor es que no tienes que saber ni preguntar nada más de lo que te indiquemos. Las direcciones que te daremos la primera vez las tienes que memorizar y luego destruirlas pero, las notas manuscritas que recibas en cada ocasión tienen que llegar intactas a sus destinatarios. Eso sí, cuando tengas la más mínima sospecha de que algo va mal no dudes en destruirlas, todo antes de que los fascistas se hagan con ellas. No olvides nunca que muchas vidas estarán en juego.

—Pierde cuidado que sabré la manera de actuar en cada momento.

Una vez llegaron al acuerdo volvieron a separarse y, mientras Violeta marchaba de nuevo a Teruel ciertamente excitada por el paso que había dado en su vida, Rubén no dejaba de preguntarse si había hecho lo correcto. Sus dudas tenían un poso de razón. Se trataba de una mujer que había pasado por muchas calamidades y los peligros en esa nueva etapa iban a ser considerables. Pero al mismo tiempo, quiso consolarse en el sentido que todos los esfuerzos y sacrificios resultaban inevitables por muy terribles que fueran. Además, la brutal represión que afectaba a los derrotados de la guerra civil, hacía que muchos de ellos no dudaran en poner en peligro sus vidas con la intención de revertir la penosa situación que padecían.

Al llegar el año 1947 se intensificaron notablemente las acciones del Maquis en la provincia de Teruel y, por supuesto, en la Sierra de Albarracín. Tal es así, que una Compañía de Infantería del II Ba-

tallón del Regimiento Mallorca 13 acudió a varios municipios para contrarrestar la creciente movilización guerrillera. A pesar de todo ello, las órdenes recibidas por el Maquis insistían en seguir haciendo incursiones por los pueblos como medio de aprovisionamiento y especialmente de propaganda. Según los informes recibidos, Monterde de Albarracín era uno de los municipios más adecuados para realizar una de aquellas ocupaciones y, Rubén, fue el encargado de preparar el terreno a pesar de las discrepancias surgidas en el seno de la Agrupación Guerrillera.

Una de las principales medidas de control, que además estaba contemplada en los estatutos, era la de impedir acceder a los guerrilleros naturales de aquella localidad donde se fuera a actuar o que tuvieran familiares allí, debido a los problemas de seguridad que tal acción podía acarrear. En esta situación se encontraba Rubén por haber nacido en Monterde, aunque, también tenía a su favor, el hecho de que ya no vivía ningún familiar directo y además hacía diez años que sus habitantes lo vieron por última vez. El *Serrano* insistía en que el tiempo que había pasado desde entonces le beneficiaba, además, se había dejado barba y estaba prácticamente irreconocible. Tan solo había mantenido contactos con Violeta que, por supuesto, le había prometido guardar secreto de su presencia. El conocimiento del término municipal de Monterde de Albarracín tanto respecto a los parajes como a sus habitantes, era un punto a favor de que Rubén se involucrara en la ocupación prevista. Y aunque resultaba evidente que no dejaba de ser un riesgo, a lo largo de los meses había dado muestras de su templanza y saber controlar todo tipo de situaciones, por ello, finalmente logró convencer a la Dirección de que su presencia era necesaria.

Y tal como había ocurrido en alguna que otra ocasión a finales de mayo visitó a Violeta previo el aviso realizado a un enlace del pueblo. Tal y como era la costumbre de Rubén, una vez entrada la noche traspasó los umbrales del corral con el mayor de los sigilos y penetró en la casa tras recoger la llave escondida debajo de una teja rota. A pesar de que estaba esperándole, Violeta se despertó sobresaltada cuando escuchó abrirse la puerta levantándose al instante de la silla donde se había adormilado. En ese momento encendió el candil y se dirigió hacia Rubén, pero cuando estuvo de frente a él se detuvo e incluso dio un paso atrás.

—Rubén... ¿eres tú verdad?

—Por supuesto, pero... ¿es que no me reconoces?... ¡Ah! Ahora caigo, se trata de la barba...

—Vaya susto que me he llevado.

—Perdona Violeta pero tenía que haber hablado antes y así me habrías reconocido nada más entrar.

El estado de excitación de la mujer resultaba evidente porque se jugaba mucho con aquellas visitas. Además, por un instante había llegado a pensar que se trataba de un ladrón o que los había descubierto algún fascista del pueblo. Pero no era nada de ello, se trataba sencillamente de Rubén al que la barba cerrada de casi un mes le hacía irreconocible.

—No te preocupes Rubén, la duda que tuve al verte tan solo me duró unos segundos... —sonrió maliciosa.

—Entonces... ¿cómo te diste cuenta de que era yo?

—De la misma manera que todas las veces que has venido... por lo que hueles. Llevas encima de ti todos los olores del monte.

—Bueno ahora en serio... —comentó el *Serrano* completamente sonrojado al ser rigurosamente cierta aquella aseveración, la limpieza no formaba parte de la higiene del Maquis al estar encerrados en el monte y sujetos a marchas continuas—. Me envían de la Dirección para confirmar los informes que nos habéis pasado en la estafeta. Lo peor de esta visita es que no me puedo quedar mucho tiempo, a lo sumo una hora.

—Está bien que tengas prisa pero no perdemos nada por sentarnos, anoche preparé algo de cena y comida para que te lleves —Violeta intentó paliar de alguna manera su anterior e inoportuno comentario—. Además estarás sediento, toma bebe un vaso de vino...

—Solo beberé ya comeré en otro momento... aunque pensándolo bien creo que te haré caso —cambió de opinión nada más ver la cena—. Ya estoy más que harto de tantas gachas y carne seca de oveja, comeré aquello que me pongas y no rechistaré. Pero mientras tanto podemos seguir hablando de la importante noticia que nos hicisteis llegar, como te puedes imaginar estamos expectantes por ello.

—No voy a permitir que se mantengan tus dudas... y sí, en efecto, lo hemos confirmado. Hay un vecino de toda confianza que

lleva varios días rondando el Ayuntamiento para ver si podía sacar algo claro del asunto. Hace muy poco escuchó cierta conversación entre el secretario y el alcalde. El tema era sobre una comisión del pueblo que iba a ir durante un par de días a Teruel para organizar el tema del Referéndum que ha mandado hacer el Gobierno, y también, para resolver varios asuntos pendientes del Ayuntamiento. Además, a última hora se les ha unido el párroco que tiene que ir al Arzobispado y aprovecha el viaje de los falangistas. Es eso lo que siempre nos habéis pedido ¿verdad? Que en el momento que supiéramos algo sobre la marcha de los gerifaltes os lo hiciéramos saber. Pues ya está, el primer jueves y viernes de junio estarán fuera el secretario, el cura, el jefe de la Falange y dos carcamales de mucho cuidado, en realidad, los más peligrosos del pueblo.

—Esta es una excelente noticia que trasladaré a los Mandos. Bueno y ahora quiero comentarte una petición que me han hecho desde arriba para ti... ¿sería posible que acudieras a Teruel dos veces a la semana?

—Lo siento pero forzaría mucho la situación y, lo que es peor, crearía sospechas. Tienes que saber que yo no tengo tanta mercancía para llevar a Teruel, incluso a partir del mes que viene ya no es posible hacer más quesos. A veces solo acudo con lo justo y únicamente para no perder a mis clientes.

—Me imaginaba algo así pero lo tenía que preguntar.

—Bueno pues ya vale de parloteo y cena de una vez que sé que lo estás deseando.

—Ya voy que esto tiene una pinta... ¡Ah! Una cosa más al hilo de lo que me has dicho. Estoy pensando que como tú te vas el jueves a Teruel, antes de marcharte y si tienes la absoluta certeza que se van a ir los fascistas del pueblo, sería conveniente que colocaras una cortina azul en la ventana de la cambra y, en caso contrario, que fuera blanca. Hay que decirle lo mismo al pastor que te pasa las notas de la estafeta para que coincida la señal en las dos casas. Y una última cuestión... ya sé que no has comentado a nadie del pueblo sobre nuestros encuentros, pero quiero pedirte además que si alguna vez me ves por aquí ni se te ocurra llamarme por mi nombre.

—¿Qué quieres decir...?

—Mejor que no lo sepas... solo recuérdalo.

—Bueno... así lo haré, descuida.

A última hora del jueves 5 de junio de 1947, un grupo de veinte guerrilleros andaban por el camino viejo que desde Bronchales llegaba al pueblo de Monterde de Albarracín. Marchaban con sumo cuidado y vigilantes alternando la senda con las laderas de los montes hasta que llegaron a un alto conocido como la *Muela*, una enorme montaña coronada con una planicie y situada al oeste del valle donde se asentaba la población. Casi en el centro de aquel altiplano existía una enorme sima y, en sus proximidades, se encontraba un corral cubierto con chamizo y conocido como el chozo del tío *Vicente*, hacia allí se encaminaron. Rubén conocía como la palma de su mano aquel contorno de la montaña revestida en gran parte por sabinas rastreras también llamadas chaparras, un arbusto de gran tamaño que poseía un ramaje denso y aunque no superaba el metro de altura podía abarcar una superficie de varios metros cuadrados. Era la única cubierta vegetal que allí existía y, en las de mayor tamaño, pudieron esconderse los guerrilleros en más de una ocasión durante sus correrías por esta parte de la Sierra. Sin embargo, Rubén también tenía recuerdos desagradables de su paso por estas altiplanicies. Hubo momentos a comienzos de la primavera donde el tránsito era poco menos que imposible debido a la gran cantidad de mosquitos que complicaba la respiración si no iban cubiertos por pasamontañas. La única solución era tumbarse al borde de las chaparras y esperar que refrescara, de esta manera los guerrilleros tuvieron que estar en alguna que otra ocasión. Inmenso Rubén en aquellos recuerdos se encontraba escondido con el resto de la partida de guerrilleros en el chozo del tío *Vicente*, esperando que la luz del sol iniciara su repliegue definitivo. Apenas hablaban salvo comentarios intrascendentes, hasta que llegó el momento donde el *Serrano* volvió a insistir en un tema que le traía de cabeza desde que salieron del campamento.

—Venga, repitamos cada uno como nos tenemos que llamar en esta operación y os prometo que ya no volveré a insistir.

—¡Uno! ¡Dos!... ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco!...

Y así contaron sucesivamente hasta completar el número de guerrilleros que formaba parte de aquella partida.

—Joder Rubén parecemos críos en la escuela... ya podrías haber tenido otra idea...

—No te quejes que es lo mejor que podemos hacer. No queremos que nadie conozca nuestros nombres y tampoco que sepan los apodos para evitarnos cualquier tipo de problemas. Vamos a ver, llegado el momento ¿tú crees que es preferible que te llamen Lázaro o el *Seminarista* delante de todo el mundo, yo creo que lo mejor es que sea por tu número que es el *Tres*? Y así con cada uno de vosotros Rogelio el *Cachimba*, o quince; Segundo *Majuelas* o *Diez*... venga, no os quejéis tanto y que estos sean nuestros únicos problemas —sentenció con hartazgo ante las continuas protestas de sus compañeros.

Allí estuvieron hasta que lo estimó oportuno y comenzaron a bajar por una senda hasta el valle. Cuando tenían a la vista la población Rubén se adelantó y, colocándose en un lugar estratégico, sacó sus prismáticos para observar la ventana de la cambra en la casa de Violeta y la del pastor que les servía de enlace. El color de la cortina era el acordado y por ello afortunadamente el camino estaba expedito. Para él, la acción que iban a desarrollar era muy importante, no ya al tratarse de su propio pueblo, sino que era la de más envergadura y peligrosidad de todas las que había planificado hasta esos momentos en la Sierra de Albarracín. Respecto a que lo pudieran reconocer pensaba que resultaría imposible, diez años no pasaban en balde para nadie y él, durante todo ese tiempo, había cambiado bastante. Estaba algo más entrado en carnes, llevaba el pelo un poco largo y descuidado, tenía barba y usaba una vestimenta muy similar a la de los partisanos franceses, boina vasca incluida. Además, toda la operación se desarrollaría una vez hubiera anochecido. Por todo ello, tenía por seguro de que no le reconocerían, aunque por si acaso había decidido no colocarse debajo de las luces. Por supuesto procuraría hablar lo mínimo y en caso que se dirigieran a él, atendería por el número *Ocho*.

Los últimos rayos de sol estampaban con su tono anaranjado algunas nubes del cielo y su tenue luz quedaba reflejada en las montañas por donde caminaba aquel grupo del Maquis. Ya estaba oscureciendo cuando penetraron en Monterde por la calle Alemania,

antiguamente conocida como calle Mayor. A partir de ese momento los sucesos se fueron precipitando. Los guerrilleros llevaban planos del pueblo realizados por Rubén con las viviendas que había que inspeccionar y se dividieron en cuatro grupos. Dos de ellos acudieron a las casas de las familias pudientes para requisar todo lo que valiera la pena, animales, dinero y comida con especial incidencia en los jamones y embutidos. Otro grupo fue por las casas reclamando la presencia de los adultos para llevarlos al Salón del Baile. Y el último, en el que iba Rubén, se fue directamente hacia las dos abacerías del pueblo para hacer la requisa principal. Su grupo entró en el primer local tras encañonar a su dueño.

—Estas latas las confiscamos para el ejército del pueblo... y también las ristras de longanizas —ordenó Lázaro—. Y ahora vamos a la bodega que quiero ver lo que guardáis ahí.

Rubén se quedó en el mismo local custodiando a los presentes y cuando los otros cuatro compañeros alumbraron la bodega, la exclamación de asombro llegó a escucharse hasta en la tienda. De un palo travesero colgaban cinco preciosos jamones como nunca habían visto en sus vidas. Pero en el preciso momento en que se dirigían a decomisarlos se les interpuso la dueña de la abacería con los brazos en jarra mientras intentaba detenerles.

—¡Alto ahí! ¡Ni se os ocurra tocar esos jamones!

—¿Por qué dice eso?

—Pues porque son especiales y los estamos guardando para el señor obispo.

—Con más razón señora mía, con más razón, lo cierto es que si son para un ministro de la Iglesia sabrán mucho mejor —respondió uno de los guerrilleros.

—Pero no podéis...

—Si es por la Iglesia no se preocupe señora, que este antiguo discípulo reconvertido los santificará debidamente antes de darles el fin que se merecen —le interrumpió con socarronería Lázaro el *Seminarista*, ante el regocijo general de los guerrilleros por haber requisado aquellos jamones tan hermosos y nada menos que destinados al mismísimo obispo.

Dejaron todos los víveres decomisados en el Salón del Baile para marchar a la segunda abacería donde recogieron otros tantos jamones, tabaco y ropa. Cuando salieron de ella obligaron a sus dueños a punta de metralleta para que los siguieran y, junto con otras personas también retenidas, se encaminaron hacia el punto de encuentro. Antes de llegar allí y mientras tenían encañonados a los abaceros, se acercó a Rubén un niño de poca edad llorando sin parar.

—¿Por qué lloras pequeño? —preguntó.

—Porque vas a matar a mi papá —respondió entre gimoteos y todavía encanado por los lloros.

—Te equivocas. Nosotros no vamos por ahí matando a la gente.

Al momento, el *Serrano* introdujo su mano en el bolsillo, extrajo un par de caramelos que había recogido en la otra abacería y se los dio al niño.

—Toma pequeño estate tranquilo y acompaña a tu padre, ya verás como no pasa nada y en unos minutos habrá terminado todo.

No tardaron mucho en llegar al Salón del Baile, allí se encontraron con el resto de los guerrilleros y todas las personas que habían logrado reunir en la localidad. El dinero incautado ascendía a unas 30.000 pesetas recogidas de las familias pudientes y del Depositario del Ayuntamiento. Además habían conseguido quince jamones, diferentes víveres, ropa y tabaco. Para poder acarrear la ingente cantidad de artículos requisaron tres mulas que se encontraban ya convenientemente aparejadas. Fueron pocos los vecinos que se atrevieron a observar directamente la cara de los guerrilleros, la mayoría, prefería bajar la mirada o hacerlo por otro lado conforme iban penetrando en el Salón del Baile. Dentro del local solo se escuchaban murmullos de los paisanos sobre la suerte que podían correr pero, lo cierto, es que no había ningún peligro. Así lo hizo saber Lázaro el *Seminarista* cuando subió a la pequeña tarima donde se colocaban los músicos, y comenzó a hablarles sobre la importancia de la resistencia guerrillera en la lucha contra el franquismo.

—No tenéis que temer nada de nosotros que no pensamos haceros ningún daño. Somos el Ejército del pueblo que lucha contra los fascistas buscando el restablecimiento de la República democrática...

Aquella soflama política duró varios minutos entre el silencio sepulcral de los allí presentes. Más aún cuando insistió en que se boicoteara el próximo Referéndum sobre la Ley de Sucesión para la Jefatura del Estado o, en todo caso, que se votara “No”. Insistía el guerrillero que todo aquello no era más que una pantomima para quedar bien con las democracias occidentales pero, en realidad, se trataba de una estratagema utilizada por Franco para perpetuarse en el poder. Un porcentaje de vecinos no comulgaban para nada con la praxis guerrillera y se encontraban allí a la fuerza para evitar posibles represalias, aunque nada de ello tuvo lugar salvo la incautación de bienes y alimentos. Otros en cambio colaboraban o sentían una enorme simpatía por su causa, se trataba de familias con alguno de sus miembros represaliados por haber participado en diversas actividades durante la República o en la Guerra Civil. Pero nadie, ni siquiera los simpatizantes del Maquis se destaparon en aquel mitin. Todos sabían que los guerrilleros se marcharían de nuevo y entonces se las tendrían que ver con los falangistas del pueblo cuando volvieran de Teruel y, lo que es peor, sufrir además los interrogatorios de la Guardia Civil con las consecuencias que conocían de antemano.

En el momento que los guerrilleros salieron del Salón de Baile se encaminaron hacia el Ayuntamiento en compañía del alcalde y, una vez allí, rompieron los retratos de Franco y José Antonio, así como la bandera nacional. Nada más destrozar aquellos símbolos del Régimen la partida del Maquis retomó el camino de vuelta a su campamento por el mismo itinerario que les había llevado a Monterde. A pesar de ser la una de la madrugada lo hicieron con toda la rapidez que la oscuridad de la noche permitía, el tiempo apremiaba y, tan solo, podían considerarse a salvo en el momento que llegaran al refugio. Estaban saliendo los últimos vecinos del Salón del Baile y todavía pudieron escuchar las estrofas del himno guerrillero que, orgullosos, cantaban mientras se retiraban de Monterde.

Por las llanuras y montañas
guerrilleros libres van
los mejores luchadores
del campo y la ciudad.

La bandera de combate
con su manto cubrirá
al valiente compatriota
que en la lucha caerá.

El dolor ni la miseria
nos harán desfallecer
marcharemos adelante
sin jamás desfallecer.

Nuestros jefes nos ordenan
atacar para vencer
abnegados guerrilleros
tu lema es obedecer.

Todos, como un solo hombre,
a nuestros jefes escuchad,
para atacar al franquismo
y a España reconquistar.

Nuestros hijos, nuestros padres,
nuestros hermanos y novias
esperan de nuestras armas
el final de la victoria.

¡Vencedores del franquismo
a la batalla final!
¡Españoles, muera Franco!
¡Viva nuestra libertad!

¡Españoles, muera Franco!
¡Viva nuestra libertad!

Un vecino de entre todos los presentes no hacía más que darle vueltas a este asunto, era el principal responsable de la presencia del Maquis ya que fue él quien se enteró que el pueblo se iba a encontrar vacío de autoridades durante esos días. Sabía cómo se las gastaban las fuerzas represoras del Régimen ya que las había sufrido en sus propias carnes en más de una ocasión. Además, participaba plenamente de los planteamientos del Maquis aunque, por otra parte, tenía una familia y eso le retenía. Estaba hecho un lío y no sabía qué hacer pero, cuando al poco de marcharse los guerrilleros, escuchó a varios de los afectados cómo ya estaban indagando para descubrir la ayuda interior que habían tenido, no lo dudó. A la mañana siguiente se despidió de los suyos y marchó al monte, pasando a engrosar las filas del Maquis en el sector 11 de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

Cuando ya había amanecido al día siguiente, los guerrilleros soltaron las mulas mientras no tardaban de dar buena cuenta de alguno de los alimentos confiscados. Durante el resto del día, aquella partida se mantuvo en el mismo campamento ya que se trataba de un lugar privilegiado situado en lo alto de un cerro con una fuente en las proximidades y, además, estaba circunvalado por un denso bosque. El tema que estaban debatiendo los guerrilleros era la próxima acción a

realizar y, la mayoría, pensaba sobre cuál sería el siguiente pueblo que asaltarían siguiendo el esquema realizado en Monterde que parecía ser el más adecuado.

Ya bien entrada esa misma tarde, habían acabado con un jamón del lote reservado para el obispo entre la rechifla general siempre que salía a relucir aquel rocambolesco suceso. Estaban departiendo sobre las próximas medidas a tomar cuando uno de los tres centinelas se sobresaltó al escuchar el vuelo impetuoso de varias tórtolas en las proximidades de la fuente, en un principio no le dio importancia pero el extremo silencio que vino a continuación le puso en preaviso. Bajaba hacia la fuente para conocer la causa que había ocasionado aquel suceso, cuando observó a lo lejos la presencia de numerosos soldados subiendo en dirección al campamento. Volvió sobre sus pasos y dio la alarma. En cuestión de segundos los maquis ya habían recogido las pertenencias que podían llevar y comenzaron a correr a lo largo del cerro bajando por lugares que solo ellos conocían.

Los asaltantes eran numerosos, nada menos que dos secciones del ejército y dieciocho guardias civiles y, a pesar de su escaso conocimiento del terreno, no tardaron en descubrirlos. El tiroteo fue intenso pero la experiencia de los guerrilleros en trances similares junto a la oscuridad de la noche resultó fundamental para que toda la partida pudiera escapar sin sufrir más percances. Aunque lo cierto es que el resultado final fue la pérdida de los víveres obtenidos en Monterde y la del propio campamento, con el agravante, de que una vez descubierto resultaba imposible el restablecimiento de cualquier otro por dicha zona. Eso sí, el dinero guardado en una mochila resultó más fácil de transportar junto a unos pocos alimentos con escaso peso y que apenas ocupaban espacio. Marcharon hacia el recientemente establecido Campamento escuela del Rodeno sin dejar de discutir sobre las causas que habían hecho posible el que pudieran descubrirlos. Finalmente dieron como cierto que se debía a varios factores pero, sobre todo, haber vuelto directamente desde Monterde a su refugio y no soltar las mulas hasta que llegaron al mismo. Aquel cúmulo de despropósitos dieron al traste con las buenas vibraciones recogidas en la ocupación provisional del pueblo natal de Rubén.

El Campamento escuela era el más impresionante que el *Serrano* había visto en su vida. Un bello paisaje con un inmenso bosque de pinos entre grandes losas de rodeneo dotaban al entorno de un marco

incomparable, en el que quedaba puesto de manifiesto el maravilloso ensamblaje entre la naturaleza y la mano del hombre. Su emplazamiento era perfecto al estar situado en la cima de una montaña ubicada entre los términos municipales de Valdecuencia, Jabaloyas, Tormón y Rubiales, y a poco menos de dos kilómetros de la masía de Ligros. Las rocas de rodano fácilmente erosionables habían creado a lo largo del tiempo un auténtico laberinto con grandes moles de arenisca roja y, entre ellas, varios pasadizos donde se intercalaban pinos de gran tamaño. Para superar las diferentes alturas los guerrilleros habían labrado escalones encajados entre las estrechas aberturas.

Las dimensiones de aquel campamento eran colosales, tanto, que en el Maquis se conocía como la “Plaza de Toros”. En su interior se había habilitado una cocina, también no muy lejos de ella se construyeron dos chabolas y, algo más retirado, otra de mayor tamaño utilizada como escuela. En ella enseñaban a leer y escribir a muchos guerrilleros analfabetos, además, con cierta periodicidad, acudían aquellos que más destacaban en los distintos sectores de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Los cursos que se impartían allí eran múltiples y de una temática variada, ya que iban desde estudios sobre el marxismo hasta prácticas de tiro y manejo de explosivos, o las más complejas como la geografía y topografía. Incluso hasta se llegó a publicar una revista llamada “El Guerrillero” con diversas informaciones sobre la actuación del Maquis.

Desde que Rubén llegó al campamento ayudaba en todas aquellas tareas que le eran requeridas ya fuera en la escuela, la cocina, los inevitables turnos de guardia de una hora de duración y, por supuesto, actuó en varias acciones del Maquis en la Sierra de Albarracín y fuera de ella. Pero lo que llevaba peor era el tener que estar siempre preparado para la marcha ante cualquier incidencia, ya que las fuerzas franquistas llevaban tiempo detrás de ellos y estaba convencido que más pronto que tarde acabarían por descubrirlos.

Al poco tiempo de establecerse el *Serrano* y sus compañeros en este nuevo campamento tuvo conocimiento de cierta noticia que le causó un hondo malestar. La misma, estaba relacionada con las pautas de conducta que descubrió entre los guerrilleros nada más llegar a la Sierra y que tanto llegaron a escandalizarle. Ya sabía de antemano que solo era cuestión de tiempo que aquella presunta e inusual complicidad que se daba en determinados lances, acabara trágicamente. Y así ocu-

rió. Tuvo conocimiento de la muerte violenta de varias personas entre maquis y guardias civiles aunque lo que más le alarmó fueron ciertos ajusticiamientos que tuvieron lugar, algo que él jamás aceptó como norma. Para Rubén la muerte en combate resultaba inevitable y los contendientes sabían a qué atenerse pero, las ejecuciones a sangre fría realizadas por cualquier bando, no dejaban de ser un cruel y monstruoso crimen que deshonraba y deslegitimaba a sus autores.

La actividad en el campamento escuela del Rodeno durante el verano de 1947 estaba siendo la más activa que recordaba Rubén desde que llegó a la Sierra de Albarracín. Y por si fuera poco, el primero de julio se tuvo constancia de una noticia que cayó como un jarro de agua fría sobre los guerrilleros. Cierta golpe que pensaba dar el Maquis en una población cercana a Teruel durante la madrugada del próximo domingo, iba a acabar de mala manera por culpa de una delación. Para cometer aquel sabotaje el día del Referéndum se estaba preparando un pequeño grupo en la propia capital de la provincia, de manera que urgía prevenirles con la mayor rapidez. Pero existía un problema y estaba relacionado con la seguridad, ya que salvo una persona nadie más conocía el lugar exacto donde se encontraban. Apenas quedaba tiempo para ponerse en contacto con ella, tan solo podía hacerlo Violeta que como enlace del Maquis acudía todos los jueves a Teruel. Sin embargo, en esta ocasión ya era tarde para enviarle una nota y, dados todos los impedimentos que existían, la única solución que advirtió Rubén era la de ir personalmente a su pueblo y comentárselo.

Acordaron que acudiría él solo y, en caso de no estar el sábado de vuelta, se tendría que realizar una acción a la desesperada acudiendo algún voluntario a Teruel con el riesgo que comportaba. Rubén cargó su mochila con agua y víveres dirigiéndose con premura hacia su pueblo situado al norte de la Sierra. Primero atravesó el enorme bosque de pinos y rodeno que, desde allí, seguía a través del valle de *Dornaque* en las proximidades de Albarracín hasta llegar a la carretera principal que atravesaba la Sierra. Se decidió a cruzarla vadeando el río Guadaluviar por las cercanías del castillo de Santa Croche y a partir de ahí tuvo que extremar las precauciones, quedaba atrás el frondoso bosque y comenzaba el dominio del monte sabinar con los espacios más abiertos. Estaba acostumbrado a las grandes marchas para realizar todo tipo de acciones pero el cansancio y el estrés padecido durante ese día le estaban pasando factura. Como había comenzado a anochecer cuando

pasó por las cercanías de la masada de *La Lagosa* decidió pararse a descansar y echar un bocado. Una vez recuperadas las fuerzas continuó y a media noche llegó al Alto de la ermita de *San Cristóbal*. Desde el lugar acostumbrado vigiló durante unos minutos y en el momento que lo creyó oportuno decidió bajar. Algo más tarde saltó la pared del cobertizo de Violeta y, tras el consiguiente alboroto de las aves de corral, palpó debajo de la consabida teja rota hasta dar con la llave de la otra entrada de la casa. Cuando por fin entró escuchó a su dueña como bajaba por la escalera con el candil en la mano y un gesto en su rostro de honda preocupación. Una escena que se repetía demasiado a menudo.

—¡Eres tú! Pero quién te esperaba Rubén ¿sucede algo?

—¡Sí! Hay una novedad importante que tienes que saber antes de marcharte el jueves a Teruel.

El *Serrano* le contó los motivos que le habían llevado hasta allí y la importancia que daban en la Agrupación a la misión que le habían encomendado, luego, le dio la dirección del enlace de la capital donde tenía que acudir para que la memorizara. También le indicó que partiría de nuevo hacia el campamento del Maquis cuando ella volviera de Teruel y le hubiera confirmado el haber cumplido con su encargo.

—Si tienes que quedarte me parece muy bien —asintió Violeta— pero será según mis condiciones y tienes suerte porque mi hija se encuentra con la abuela en la masada de *Chulilla*. Esta noche dormirás en la cambra y mañana hablaremos. Has de saber que en mi casa corres peligro, guardo en el altillo los haces de encañadura y mi suegro suele venir a darles una vuelta casi todos los días.

A la madrugada siguiente subió Violeta a la cambra con un balde de agua, jabón y una toalla.

—Te dejo esto aquí para que te aceses ¿Pero es que nunca os laváis en el monte?

—A ser sinceros poco más que la cara por la mañana y hay algunos que ni eso. Es una vida muy agobiante la del guerrillero y tienes que estar preparado para salir pitando a la mínima. Además el agua de los ríos está muy helada... incluso en verano he visto enfermar a más de uno por meterse en el Guadalaviar...

—Bueno, pues en mi casa no tienes excusa.

—Si te digo la verdad ya tenía ganas de una buena limpieza pero siempre que he venido ha sido con prisa y...

—No insistas que te creo. Y hablando de dormir y esconderse, he pensado en algo que creo es la mejor solución. Ven, asómate a esta ventana.

Así lo hizo Rubén. Violeta le explicó que los vecinos de la casa de al lado se habían marchado a vivir a Valencia y, como no tenían familiares en el pueblo se encontraba vacía, por lo que convenía aprovechar tal circunstancia. A través de la ventana de la cambra podía salir hacia los tejados interiores que formaban como una replaceta donde no había peligro de que lo descubrieran, así podría forzar cualquier ventana y entrar en la otra casa. Una vez en ella y desde el otro lado tendría una excelente visión de la calle y la iglesia por si ocurría cualquier incidencia. Violeta se marchó de allí dejando que el guerrillero pudiera asearse con una toalla humedecida que, por otra parte, era la manera utilizada en pueblos de secano como Monterde para lavarse a fondo. Además, la víspera de su marcha a Teruel era el día de la semana que más trabajo acumulaba, tenía que recoger los huevos de varias casas y colocarlos en las canastillas envueltos con paja. Cuando al mediodía tuvieron oportunidad de comer juntos Rubén le contó las peripecias del campamento de Bronchales y, por supuesto, tuvieron tiempo de recordar al marido ausente, su gran amigo Rafael.

Entrada la tarde se despidieron. Tal como habían quedado pasó a través de la ventana de la cambra a la casa de enfrente acomodándose lo mejor que pudo. Acostumbrado a muchas noches de insomnio y vigiliyas apenas podía conciliar el sueño y se despertó en varias ocasiones. En la última de ellas, atinó a asomarse por la ventana cuando las campanadas de la iglesia daban las seis de la mañana, esa era la hora según le había comentado Violeta en la que solía partir hacia Teruel. Desde aquel privilegiado mirador observó la presencia de varias personas en la puerta del atrio de la iglesia que, en un momento dado, penetraron con prisa entornando nuevamente el portón como si quisieran pasar desapercibidos. Instantes después Violeta doblaba la calle pasando por delante mismo de la iglesia, marchaba resuelta con el paso firme mientras sujetaba con la mano el ramal de la mula. Unos cuantos metros detrás el tránsito de un carro rompía el silencio incorporándose como un protagonista más en la escena que estaba observando durante aquella madrugada.

Rubén mantuvo fija la mirada hasta que sus figuras se perdieron de vista entre las sombras de la plaza. Pero no se atrevió a volver a dormir, la aparición de aquellos individuos en las proximidades de la iglesia y su extraño comportamiento no acabó de convencerle. Otra cuestión era la del carro, pero al seguir un camino diferente redujo en parte su preocupación. Seguía impertérrito mirando a través de la ventana cuando después de más de una hora observó cómo dos carros se detenían junto al atrio y, al instante, los allí presentes se acomodaban en su interior. Le dio la impresión que más que ir a trabajar en realidad se iban de fiesta, jaleaban ruidosamente y aquellos sonidos estridentes se sobreponían al canto de los gallos que festejaban la aparición del nuevo día. Se fijó detenidamente en las personas allí reunidas y creyó reconocerlas a casi todas. Lo cierto es que no dejó de sorprenderle semejante compañía, pero se encogió de hombros y decidió que era hora de intentar dormir un poco más, en caso contrario la espera de Violeta hasta el mediodía del viernes se haría interminable. En un principio, daba la impresión de que aquella madrugada transcurría con total normalidad...

Reconvertidos y oportunistas:

Ramón Sánchez y el trío *Calavera*.

Las cuestiones administrativas se realizaban casi por inercia en Monterde de Albaracín a pesar de los casi dos meses transcurridos desde que se inició la Guerra Civil. El secretario del Ayuntamiento don Ramón Sánchez continuaba con su actividad como si la contienda no fuera con él. A finales del mes de julio de 1936 tuvo lugar un cambio de alcalde y concejales pero lo cierto es que le traía sin cuidado, como siempre, era la sombra del poder y se ufanaba de ello. No en balde había conocido en lo que se llevaba de siglo nada menos que tres sistemas de gobierno. Y ahora además en plena contienda militar, con toda seguridad se acabaría produciendo uno nuevo del signo que fuera. Por mucho que cambiaran los actores principales, el señor secretario se consideraba un auténtico superviviente, aunque en estos momentos su actividad estaba siendo supervisada más que nunca por los nuevos capitostes del pueblo, algo que conociendo su proceder no llevaba de buen agrado ni mucho menos.

Durante esa mañana a mediados de septiembre, se estaba dirimiendo en el Ayuntamiento la definitiva composición de la nueva Comisión Gestora. Allí se encontraban además mosén Pascual y varios falangistas, entre ellos José María Caveró, el Jefe de la Falange local. Gracias al cargo que ostentaba este último y, como máxima autoridad política en Monterde, insistía en concretar definitivamente una terna con varios nombres de contrastado patriotismo y que concitara la unánime aprobación de todos los presentes, algo que todavía quedaba lejos de conseguir. Por supuesto, mientras lo discutían en aquel despacho, don Ramón Sánchez hacía mutis por el foro y tan solo confirmaba alguna que otra cuestión cuando le preguntaban al respecto. El secretario no pertenecía a la Falange, actuaba como mero funcionario y observador. Una vez finalizado aquel trámite administrativo habían dado co-

mienzo los clásicos corrillos en los que llevaba la voz cantante el mayor cacique de Monterde. En esas se encontraban cuando un guardia civil abrió la puerta de la habitación dando la noticia del apresamiento de Rafael Pérez, el sindicalista más buscado en el pueblo desde el comienzo mismo de la contienda.

Después de que los falangistas salieran de estampida y a renglón seguido lo hiciera mosén Pascual, don Ramón Sánchez no tuvo más remedio que hacer lo propio aunque con cierta parsimonia. Mientras andaba no dejaba de pensar sobre cuál sería su actitud cuando se viera de frente con el detenido, al que si bien nunca había mantenido una íntima amistad lo cierto es que le tenía cierta simpatía, más que nada porque siempre lo vio como una persona cabal y honesta preocupada por el bienestar de sus convecinos. Aunque por conceptos como el de la propiedad y el reparto de tierras entre los jornaleros y campesinos pobres, era donde habían mantenido sus únicos enfrentamientos.

Ensimismado en los recuerdos, apenas se dio cuenta que ya se encontraba en la calle frente a la iglesia, pero de pronto se sobresaltó cuando escuchó los gemidos de una persona y un repetitivo silbido de bajo tono y corta duración, que se detenía con un chasquido. Giró la cabeza para mirar de donde provenían aquellos sonidos y comprobó apesadumbrado que se trataba de Rafael, el cual estaba siendo golpeado con una fusta por José María Caveró. Después de varios golpes el falangista detuvo la paliza, e inclinándose hacia el preso que se encontraba tendido en el suelo lo agarró del pelo levantándole la cabeza mientras le hablaba. Ramón Sánchez se había quedado al pie mismo de la entrada del Ayuntamiento situada a más altura de donde se estaban sucediendo los hechos, aunque no se atrevía a caminar hacia el grupo en un acto de pura cobardía. Intentó buscar la complicidad del cura párroco pero no lo veía por ningún lado, hasta que por fin observó cómo entraba en el atrio de la iglesia dando la espalda a semejante atrocidad. Mosén Pascual estaba huyendo para no presenciar la paliza, algo inaudito en un sacerdote salvo que estuviera completamente de acuerdo con dicho proceder.

El secretario nunca había apreciado nada digno en la tortura, ni por supuesto la hubiera permitido jamás. Intuía que si bajaba no le quedaría más remedio que interponerse entre ellos y lo más probable es que acabara enfrentándose a los falangistas. Por un momento pensó que lo mejor sería dejar que se desahogaran, ya tendría oportunidad

de mediar más adelante para que las represalias finalizaran con aquella paliza, por muy inhumana que fuera. Además vio cómo se aproximaba Violeta, la mujer de Rafael, con su niña en brazos, y se le encogió el alma por la escena que se iba a vivir. Previamente, José María Cavero había decidido marcharse después de dar unas indicaciones a los guardias presentes, mientras los monterdinos cada vez se iban congregando en mayor número junto al grupo. No se quiso significar de ninguna manera debido a que la situación de la guerra todavía no estaba consolidada para ninguno de los bandos, y en momentos como el presente desde su interior primaba el espíritu de supervivencia. Así pues, sintiéndolo mucho y ciertamente avergonzado por aquel comportamiento, dio media vuelta y penetró de nuevo en el Ayuntamiento. Se dirigió esta vez con paso firme y decidido hacia su despacho en la secretaría, cerró la puerta con llave y apagó la luz a continuación. Allí se mantuvo en la más completa penumbra, totalmente abatido, mientras no dejaba de pensar en sus próximos movimientos y en la difícil situación a la vista de los hechos, que iba a tener que soportar durante todo el periodo que durara la contienda civil.

Pasaron los días y el ambiente en el pueblo se fue relajando después de los intensos momentos vividos con la captura de Rafael. Por su parte, Ramón Sánchez no dejaba de llamar a sus colegas de Cella por si conocían el paradero del sindicalista, pero nadie supo darle razón. Más aún, en una de sus llamadas le llegaron a amenazar por las reiterativas preguntas sobre un “Rojo” por mucho que fuera de su propio pueblo, y que haría bien en lo sucesivo de no molestar más por si acaso. Aquella intimidación no era en balde, existían partidas de falangistas que se dedicaban a sembrar el terror mediante sacas nocturnas por los pueblos situados entre el Alto Jiloca y la Sierra de Albarracín y, a tenor de dicha amenaza, él podía ser una de las víctimas. Loco de miedo dejó de intentar sonsacar a nadie más y cuando Violeta le preguntaba si había averiguado el paradero de su marido, obtenía la llamada por respuesta o en todo caso le mostraba su desconocimiento.

Sin embargo, casi no le dio tiempo para acostumbrarse a los nuevos hábitos de los falangistas en Monterde, apenas un mes más tarde de estos tristes sucesos llegó la noticia al pueblo de que fuerzas confederales de la Columna del Rosal se encontraban muy cerca de la localidad, y que iban a tomarla de un momento a otro. El ejército golpista había iniciado la retirada hacia posiciones más consolidadas y la

población que simpatizaba con ellos hizo lo propio. Durante todo un día, fue incesante la huida de monterdinos hacia las localidades de Pozondón o Santa Eulalia con los carros llenos de enseres. Los primeros en marchar fueron los terratenientes junto a los falangistas, el cura y los más significados beatos del pueblo. Por supuesto, también se fueron los miembros de la Comisión Gestora que mandaba en el Ayuntamiento y había sido nombrada recientemente. Pero, a pesar de la fuga de tantos personajes importantes de la sociedad local, lo cierto es que don Ramón Sánchez no lo tenía nada claro y por varios motivos estaba sumido en un mar de dudas. Si se iba acabaría decantándose definitivamente como cómplice de los rebeldes, mientras que en caso de quedarse estaría con toda seguridad estigmatizado para los restos como amigo de los “Rojos”.

Su vida durante los últimos años había sido una auténtica cátedra de supervivencia. Fue un miembro activo del caciquismo electoral durante el periodo de la Restauración, y más tarde uno de los más conspicuos admiradores de la dictadura de Primo de Rivera hasta que comprobó el desmoronamiento del Régimen. Por último, abrazó el republicanismo a los pocos meses de la proclamación de la II República e incluso militó durante una breve etapa en el partido Radical. Para él una situación lógica, ya que durante toda su vida mantuvo una actitud posibilista respecto a los diferentes Gobiernos que jalaron la vida del país. Por eso siempre le había traído sin cuidado cual fuera el credo político de los gobernantes de turno, ya que lo único que le importaba era seguir manipulando a su antojo el Ayuntamiento, algo a lo que estaba acostumbrado casi desde su llegada misma a Monterde a comienzos de siglo. Su aparente desafección con la República sobrevino justo con el levantamiento militar y los vaivenes de la guerra durante las primeras semanas. Aunque eso sí, una cosa era de puertas afuera donde cada día que pasaba se empeñaba en demostrar su acercamiento a las nuevas autoridades y, otra, en su fuero interno, donde los despreciaba como nadie se podía imaginar. Para Ramón Sánchez seguía siendo una lucha entre la fuerza bruta del más rancio tradicionalismo junto al naciente fascismo, contra la cultura y la transformación de la sociedad que había comenzado a realizarse en la II República.

Por todo ello estaba hecho un auténtico lío y no sabía a qué atenerse. O se marchaba a Pozondón, donde tenía conocidos que po-

dían albergarlo hasta que llegaran mejores tiempos o se arriesgaba quedándose en el pueblo. Se encontraba inmerso en sus dudas, cuando recibió la precipitada visita de su vecina Engracia Lahuerta, más conocida como la tía *Rompa*, que llevaba a un niño de pocas semanas entre sus brazos.

—Pero *redió*s todavía está usted aquí don Ramón.

— ¿Y qué voy a hacer tía *Rompa*? Yo no he hecho mal a nadie... tan solo he cumplido con mi labor de secretario y no creo que eso sea un crimen... ¿No?

—Pues qué quiere que le diga... según el tío *Chalecos* los “Rojos” están a punto de entrar en el pueblo y son unos bárbaros que roban todas las propiedades de la gente de bien, violan y matan.

—Engracia, perdona que te diga esto pero tengo mis dudas de que lo hagan... además tú no eres una hacendada, ni tu familia se ha significado tanto como para temer nada de nadie.

—No es así, el tío *Chalecos* nos ha asegurado a los que estábamos en la plaza que roban a todo el mundo y yo me fío de él.

—¿Y por qué te crees todo lo que te dice?

—Porque es muy buena persona y siempre se ha portado muy bien con nosotros. A mi marido Vicente le da trabajo a menudo... y cuando se presentó para alcalde nos regaló media fanega de trigo por votarle ¿Le parece poco?

—Qué quieres que te diga Engracia... se aprovechó de todos vosotros para ser el mandamás del Ayuntamiento y encima se lo agradecéis... Los caciques de este pueblo os han estado utilizando a su antojo... ¿pero es que no os dais cuenta?

—No me diga usted eso don Ramón, que son palabras parecidas a las que decía Rafael y la calumnia es pecado... Mire, haga lo que quiera pero ya le he dicho... lo que tenía que decirle...

—Para un momento... ¿No habrá sido el tío *Chalecos* quien te ha mandado aquí?

—¡No! Yo... lo que pasa... es que he visto la puerta abierta y... me digo... voy a preguntarle a don Ramón a ver si se viene con nosotros...

—Está visto que en este pueblo no tenéis remedio. Cómo puede ser que nunca penséis por vosotros mismos y que siempre estéis a partir un piñón con los caciques que no hacen más que mangonearos en vuestras propias narices.

—Parece mentira don Ramón, una persona tan ilustrada como usted y las cosas que habla...

—Pues le dices a quien te haya indicado que vinieras a incitarme para que me fuera que haré lo que me dé la real gana y que yo solo me pliego a mi voluntad y no a los caprichos ni a los mandatos de nadie...

Casi sin acabar de escucharle, la tía *Rompa* dio media vuelta y se marchó hacia su casa situada al lado mismo del Ayuntamiento, sin dejar de pensar en los humos que se gastaba esa tarde el señor secretario. Apenas había dado unos pasos la mujer cuando escuchó la voz de su marido Vicente que la apremiaba para partir lo más rápidamente posible. El carro estaba con los bártulos imprescindibles para pasar una temporada junto con todos los alimentos que habían podido recoger. También se encontraban sus hijos, Fausto, Ramona y Joaquín, que harían el camino a pie mientras que la más pequeña, Ángeles, ya estaba subida al carro y Ramiro el recién nacido, lo llevaba entre los brazos. El miedo y la ignorancia dieron alas a muchas familias, que haciendo caso a los caciques salieron del pueblo para no volver hasta que la situación quedó definitivamente estabilizada casi dos años después.

Y lo que son las cosas cuando la tarde estaba llegando a su fin, el secretario advirtió la notable diferencia y la posición social entre aquellos que se habían quedado en el pueblo y los que se marcharon. Entonces pensó que quizás se estaba equivocando y lo mejor que podía hacer era irse cuando antes. En ese momento le entraron las prisas porque hacía algunas horas que habían partido los últimos, entre ellos la familia de la tía *Rompa*. De manera que hizo un acopio de sus bienes y preparó a la mula casi a tientas ya que la noche estaba muy avanzada. Cuando ya lo tenía todo dispuesto tuvo un mal presentimiento relacionado con su biblioteca, sus celos no eran para menos al poseer una de las mejores de toda la Sierra de Albarracín. Ese presagio le hizo detenerse y las dudas sobre qué hacer comenzaron a surgirle de nuevo.

En un principio pensó que tendría que echar un vistazo y ver si se podía llevar algunos ejemplares o si encomendaba a alguien su vi-

gilancia, en caso contrario ignoraba lo que podía ocurrirle. Abrió con su llave aquella extraordinaria habitación para observarla con desmedido entusiasmo una vez más. Sumido en un mar de dudas decidió por fin que lo mejor que podía hacer era marcharse, él hubiera podido ser un ferviente republicano en su momento pero no tenía nada que ver con las Milicias Confederales que campaban por la Sierra. Ya era muy tarde y pensó que lo mejor sería ir a la casa de su ama de llaves para comentarle que se hiciera cargo de la vivienda y, por supuesto, de la biblioteca. Sin embargo, cuando abrió la puerta observó que ya estaba a punto de amanecer y se escuchaban algunas voces lejanas. Fijó con detenimiento la vista hacia el final de la calle y le pareció ver a algunos milicianos armados. Entonces no lo dudó, ya era tarde para marcharse. Tenía que deshacer su equipaje lo más rápidamente posible y adaptarse a las circunstancias como si fuera un republicano más. Y sobre todo, acudir al Ayuntamiento como cualquier mañana y aparentar una normalidad bastante lejana de la realidad.

Así lo hizo, aunque los días sucesivos fueron muy diferentes a como el señor secretario había imaginado. En el pueblo se estaba gestando una auténtica revolución que había comenzado con la quema de las imágenes de la iglesia y continuó con la creación de la Colectividad, a la que sin embargo no quiso pertenecer. Pero por otra parte, su conocimiento de la actividad municipal junto a su ascendencia sobre la población y el hecho de que nadie hablara mal de él, hizo posible que se mantuviera en el Ayuntamiento aunque en un discreto — para su gusto — segundo plano. De esta manera estuvo hasta finales del mes de noviembre cuando después de varios choques en las trincheras que protegían Monterde de Albarracín, la Columna del Rosal replegó sus posiciones hacia el sur de la Sierra. La principal consecuencia fue un nuevo éxodo, esta vez de los más fervientes partidarios de la República, pero él tenía muy claro que su deber era quedarse en el pueblo para evitar males mayores.

La mañana siguiente de la salida de las fuerzas republicanas, don Ramón Sánchez se encontraba en su despacho del Ayuntamiento reorganizando el archivo municipal, a causa del desorden que se había acumulado después de la estancia y precipitada marcha de los milicianos. En un momento dado escuchó voces en la calle y, al asomarse al balcón, observó cómo desde el camino de las Eras a la ermita de San Cristóbal bajaba una columna de soldados pertenecientes a un tabor

de moros. Muchas mujeres del pueblo gritaban asustadas y apresuradamente se metían en sus casas. Los hombres tampoco parecían estar muy a gusto, incluso aquellos que añoraban la presencia de los militares golpistas. Había una sensación generalizada de miedo, por lo que el secretario no dudó en bajar a la calle para calmar al vecindario, en el preciso momento que el pueblo se veía invadido por los aliados norteafricanos del ejército rebelde.

—Paisa... Paisa... nosotros querer mucho a los ricos... paisa...

Esta letanía se escuchaba por todas las calles, unas frases con las que los nuevos ocupantes de la localidad pretendían congraciarse con la población, que sin embargo los llenaba de estupor ya que en esos momentos ninguna de las personas pudientes se encontraban en el pueblo. También en esta ocasión tuvo lugar una nueva ocupación de las casas abandonadas por haber huido sus dueños. Se repetía la misma circunstancia que la vez anterior, aunque en esta ocasión cambiando los actores de la misma. Si a mediados de octubre se fueron mayoritariamente la gente que se consideraban de orden, ahora les había tocado el turno a los partidarios de la revolución.

Una vez estuvieron asentadas las nuevas autoridades, y a pesar de los recelos con que acogieron la presencia del secretario por no haberse ido del pueblo en su momento, fue mantenido en su puesto. Inmersos en plena contienda estaba claro que la línea del frente en la Sierra de Albarracín no dejaría de sufrir modificaciones. Así ocurrió. A mediados de abril de 1937 se produjo nuevamente el abandono del pueblo por parte de las tropas rebeldes y la entrada en esta ocasión de la 61 Brigada Mixta republicana que ocupó la localidad hasta mediados del mes de julio. Lo cierto es que a pesar de todos los vaivenes de la guerra, don Ramón Sánchez se mantuvo en su cargo de secretario del Ayuntamiento de Monterde de Albarracín, aunque con cierta merma de su autoridad en las fases de dominio republicano.

A partir del verano de 1937 dio la impresión de que las tropas franquistas se estabilizaban definitivamente en la Sierra de Albarracín y, por extensión en Monterde, todo ello a pesar del postrer intento

del ejército republicano en tomar Teruel a finales de diciembre. Y justo un año más tarde, la nueva situación ya estaba consolidada y se fue produciendo una paulatina vuelta a la normalidad acentuada por el regreso al pueblo de los huidos de ambos bandos. Pero conforme se iba teniendo conocimiento del transcurso de la guerra y la más que previsible victoria franquista, se fue incrementando la marginación de las personas pertenecientes al bando perdedor. Y por el contrario comenzaron a aparecer algunos personajes, que habían abrazado con enfermizo entusiasmo los postulados ideológicos de la nueva España. Entre esos variopintos individuos destacaba en Monterde un trío que comenzó a ser conocido con el apelativo de *Calavera*, el cual iba a dar mucho que hablar y no para bien durante los siguientes años.

El mayor de todos ellos se llamaba Hugo Rodríguez y desde siempre había sido catalogado como uno de los tontos más ilustres del pueblo. Lo de insigne, le devenía por ser el hijo no reconocido de uno de los mayores terratenientes de la Sierra amancebado con una de sus criadas. Madre e hijo acabaron acomodados en una de las numerosas casas que su padre biológico poseía en la comarca, en este caso, Monterde de Albarracín. Ninguna persona del pueblo sabía con certeza —aunque se lo imaginaban— de donde sacaba el sustento el susodicho Hugo. En estos momentos vivía solo tras el fallecimiento de su madre y disponía de la única ayuda de una sirvienta pagada por el mayoral de su progenitor. Por todo ello tenía una vida plácida ya que estaba bien considerado por las autodenominadas “Fuerzas Vivas” de la localidad. Era muy corto de entendederas, incluso en cierta ocasión durante una exacerbada discusión, el propio don Ramón Sánchez le echó en cara que su coeficiente intelectual estaba más próximo a las piedras que a los primates. Obviamente era una comparación poco afortunada, pero la manera de ser de Hugo sacaba de las casillas a sus interlocutores en numerosas ocasiones. Para el común de los vecinos y a pesar de tener con él una cierta consideración lo trataban poco menos que como un pobre infeliz. Tanta candidez guardaba un lado oscuro y los monterdinos se cuidaban mucho de hacer comentarios delicados en su presencia, ya que uno de sus mayores defectos era la facilidad que tenía para irse de la lengua. En definitiva, un impenitente lenguaraz que conocía al dedillo todos los chismorreos locales y era el primero en hacérselo saber al cura y a los hacendados terratenientes. Por todo ello, Hugo Rodríguez era comúnmente conocido como *Chi-*

vato, apodo que, como tantos otros en los pueblos de la Sierra, solía hacer justicia al aludido.

Otro de los personajes del trío *Calavera* era Dionisio Vega, alias *Ungüevo*, mote por el que era conocido desde su adolescencia, cuando junto a sus amigos entre otras trastadas se dedicaban a robar gallinas y en la Cueva del *Gato* gozaban con ellas mediante un desviado comportamiento sexual. Allí, los compañeros de aventuras descubrieron que aquel consumado parlanchín tenía su fisonomía mutilada al faltarle un testículo. Y bien fuera como consecuencia del picotazo de una gallina al verse forzada —según juraban las malas lenguas— o un defecto de nacimiento, tal y como no se cansaba de repetir, lo cierto es que acabó con ese apodo tan malintencionado como real. Aunque para ser sinceros, aquel tarabilla en lo que destacaba más que nadie en el pueblo era por ser el mayor borrachín, no ya de Monterde sino uno de los más conocidos en toda la Sierra. De joven fue muy trabajador y ganó sus buenos dineros comerciando con quesos, carnes y sobre todo huevos en la granja de un vecino del pueblo. Pero acostumbrado a la buena vida cuando las cosas empezaron a torcerse comenzó a beber y fue para peor. Ser borracho no es ningún delito ni mucho menos pero pueden serlo sus consecuencias como en este caso, porque los problemas llegaban por su falta de control. Cuando se emborrachaba no daba pie con bola y sufrían sus embates aquellas personas que tenían la desgracia de encontrarse a su lado. Eso sí, aunque estuviera muy achispado poseía la virtud de poder distinguir si quien tenía enfrente era alguno de los gerifaltes del pueblo o un pobre destripaterrones. Mientras con los primeros se guardaba mucho de zaherirlos, a los segundos les sacaba a relucir un vocabulario de lo más lenguaraz e impertinente incitando siempre a la pelea o la discusión, como si le fuera en ello su propia vida.

El tercero en discordia era, con toda seguridad, el más peligroso e impresentable —que ya es decir— de los miembros del trío *Calavera*. Se trataba de Antonio Talanca alias el *Judas*, taimado individuo y más falso que una moneda de cuero. Nunca se le advirtió amistad íntima con ninguna persona del pueblo, ya que a sus cuarenta años todos le conocían y sabían que no podían fiarse de él siendo muy capaz de traicionar hasta su propia madre si con ello podía obtener algún beneficio. Era narcisista y egocéntrico como pocos y a pesar de ser el único del trío que estaba casado y tenía hijos, lo cierto es que daba la impresión

de que su familia le estorbaba. De manera que resultaba fácil verlo requebrar a todas las mujeres que se le ponían a tiro y cómo hacía uso de su recién conquistada autoridad para conseguir sus fines. De mediana estatura y más bien algo entrado en carnes, fue uno de los primeros en el pueblo que imitó al máximo jerarca local engominándose el pelo, al mismo tiempo que se dejó el bigote corto y fino también a imagen y semejanza de los prebostes del Régimen. Siempre fue un poco cascarrabias y lo cierto es que en ocasiones hasta resultaba gracioso contando chascarrillos, pero con el paso del tiempo fue trastocando aquella habilidad para acabar siendo un cretino burlón de todo aquel que se le ponía por delante. Solo le faltaba su acceso al poder local desde que se afilió a la Falange, a partir de ese momento se convirtió en un ser odioso, bufón y temido al mismo tiempo, siendo además el que manejaba los hilos de aquel aborrecible trío.

De manera que *Chivato*, *Ungüevo* y el *Judas* formaban el trío *Calavera* de infausto recuerdo en Monterde de Albarracín. Comenzaron a hacerse más de notar durante el otoño de 1938 cuando acudieron al Ayuntamiento para afiliarse al partido. No es que fueran fascistas en el sentido literal del término, más bien eran ese tipo de personajes que se arriman al poder de forma servil y agradecida para poder medrar de él. En un principio no habían sido conocidos por su militancia en ningún partido político, pero en el momento que apreciaron que los militares golpistas estaban ganando la Guerra Civil se decantaron por ellos como lo oportunistas que eran. De hecho, antes de su adhesión estaban siempre al acecho de las algaradas que realizaban los falangistas en Monterde, para sumarse a ellas con más interés incluso que los propios fascistas. De haber sido los republicanos quienes hubiesen ganado la contienda, con toda seguridad ellos habrían ayudado a los más exaltados a quemar las imágenes de la iglesia o participado decididamente en las ocupaciones de fincas para la Colectividad. Desde luego carecían de personalidad, aunque para ser sinceros solo tenían una, que era babosear a la sombra del poder y servir de correveidiles a los mandamases del pueblo. Se trataba de los típicos personajes que no podían digerir la borrachera de poder que suponía colocarse al lado de los vencedores, por ello, acabaron resultando más peligrosos como conversos que los propios dirigentes de la Falange. En definitiva, el trío *Calavera* eran los meapilas oficiales del cura párroco y ejercían de lameculos de los mandos falangistas, los caciques y sus adláteres. En los años sucesivos sembraron un auténtico terror en el pueblo, de manera que cuando iban en grupo los monterdinos

desaparecían como por arte de magia. A pesar de todo el poder acumulado durante esos años, lo cierto es que tuvieron que lidiar con un personaje que los odiaba más que nadie y con el que mantuvieron un conflicto de intereses, el secretario don Ramón Sánchez.

Había comenzado el mes de diciembre de 1938 y las primeras nevadas cubrían con su blancura inmaculada los contornos de la localidad. Las calles estaban impracticables y los vecinos solo acudían a sus quehaceres cuando éstos eran imprescindibles. Las labores en el campo resultaban imposibles debido al parón invernal. Sus únicas ocupaciones eran arreglar los útiles de labranza que estaban estropeados, acudir a los pajares a recoger el forraje con la jabega y llevarlo a las parideras para acondicionarlas o preparar la comida de los animales de labor. Era una época de recogimiento, a la espera de que la primavera comenzara de nuevo y con ella se renovara la ocupación en el campo.

Pero no solo los ganaderos y agricultores del pueblo habían ralentizado el trabajo, también en la secretaría del Ayuntamiento don Ramón Sánchez tenía menos que de costumbre. Además de la paralización laboral, lo cierto es que esta estación representaba para él un momento de íntima reclusión, no le apetecía para nada acudir a la cantina, más aún con el peligro que representaba caminar por las calles nevadas o con hielo. Y esos días de aislamiento forzoso le producían también una cierta añoranza sobre otras épocas más alegres de su vida, donde inconvenientes como el presente no le suponían ninguna dificultad. Por ello y sin poder evitarlo no dejaba de pensar en los años de la II República, con la sensación de libertad que se vivía y aquellos maravillosos sábados por la noche cuando junto al maestro del pueblo realizaban sus tertulias filosóficas en la cantina del tío *Morras*. Cómo echaba de menos a su recordado Boro a pesar de las broncas que tuvieron, porque mira que estar enamorado de la escuela de los Cínicos en lugar del orden de los Clásicos con Aristóteles y Platón a la cabeza. En fin, estos momentos y aquel obligado encierro conseguían sumirle en una prolongada melancolía.

De manera que, durante el primer sábado de diciembre, subió a su biblioteca e hizo todo lo que acostumbraba realizar ese día de la

semana. Abrió la cajonera de su escritorio y extrajo su botella de brandy junto a una copa, que acabó colmada con aquel preciado licor. Una mueca de fastidio vino a continuación sin que lo pudiera evitar. Uno de los efectos perniciosos de la guerra era la carencia de sus buenos puros habanos, de manera, que se tuvo que conformar con liarse un cigarrillo de petaca como los que fumaba el común de los habitantes del pueblo. Sobre un rincón de la mesa había varios papeles y carpetas amontonadas con cierto descuido, algo impropio en el secretario que se preciaba de haber sido siempre la persona más ordenada de Monterde. Los removió con cierto ímpetu hasta que por fin dio con el libro que estaba buscando. En realidad, casi se podía apostillar como librito por sus escasos medio centenar de páginas, pero para él tenía un valor incalculable por ser el último regalo que le hizo su amigo Boro, una semana más tarde del triunfo del Frente Popular en febrero del año 1936.

Por un momento se lo imaginó durante aquel día con sus comentarios escatológicos que hacían del maestro el arquetipo de lo banal, por mucho que siempre lo quisiera disimular con una socarrona sonrisa. Todavía recordaba cierto sábado donde conoció de sus labios por primera vez la frase típica valenciana luego tantas veces repetida: “Et vull més que a un bon cagar”. Don Ramón Sánchez, nunca entendió la afición de su amigo valenciano por mentar en tantas ocasiones cuestiones tan íntimas, delicadas y personales, que solo de pensarlas movía la cabeza con un mohín de asco. Pero lo que son las cosas, tanto fue el cántaro a la fuente que al final se acabó rompiendo. Y eso fue lo que ocurrió, acostumbrado a escuchar semejantes zafiedades en más de una ocasión se le escaparon tacos al estilo de Boro o se hizo el gracioso con alguna ventosidad sonora. Como cuando en cierta ocasión, reunido en su despacho con el *Judas* y *Ungüevo* se le escapó un *pedete* que hizo sus delicias porque fue de baja sonoridad y traicionero, dejando tras de sí los efluvios envolventes de un potaje de judías como Dios manda.

—*Spiracula culi foetida et iterata juvant ventrem* —comentó al observar los gestos de absoluta repugnancia de sus odiados y ocasionales interlocutores.

—Aquí háblanos en cristiano, chupatintas...

—No os pongáis nerviosos que no he mentado la madre de

nadie... tan solo os he referido que las respiraciones hediondas del culo reiteradas alivian el vientre.

—Pues si no te importa otra vez que quieras echarte un pedo lo dices antes o te sales de la habitación... ¡Serás guarro!

Acto seguido salieron enrabietados del despacho tapándose la nariz y no se detuvieron hasta la calle, donde comenzaron a despotricarle de la misma manera que él hizo en su momento con Boro cuando se sobrepasaba en situaciones parecidas

¡Qué recuerdos! ¡Qué maravillosos recuerdos! Cuánto daría para que todo volviera a ser como antes, pero eso era un sueño imposible. Además, su amigo junto a su mujer e hijos estaban a salvo en Valencia. Tuvo mucha suerte y se marchó del pueblo a primeros del mes de julio de 1936 como solía hacer todos los años durante esas fechas para pasar unos días con su familia. Pero la nostalgia por aquellos recuerdos tan solo le duró un instante, justo hasta que recogió aquel librito editado a comienzos de siglo y volvió a leer su estrambótico título: *Gracias y desgracias del ojo del culo*, obra del inmortal Quevedo y una breve exposición nada menos que de cierto Deán llamado Manuel Martí, titulado *Defensa del pedo*. Una auténtica obra maestra según la dedicatoria de Boro en la primera página de aquel ejemplar. Leyó por enésima vez su contenido mientras consumía otra copa de brandy y se fumaba hasta tres cigarrillos, todo ello en medio de una sonrisa de oreja a oreja. Cuando lo hubo terminado lo volvió a guardar en uno de los cajones del escritorio. Sería un libro maravilloso y todos los adjetivos que quisiera dedicarle el antiguo maestro, pero don Ramón Sánchez no consideraba oportuno, que algo tan escatológico coincidiera junto al resto de los ejemplares de su adorada y culta biblioteca.

Era una mañana fría y gris como suelen ser los días durante el invierno en la Sierra de Albarracín y ese mes de febrero de 1939 era calcado al de otros años, si acaso incluso más desapacible. El secretario del Ayuntamiento de Monterde había llegado puntual a su trabajo y, como siempre, la rutina en ocasiones hastiaba lo indecible. A pesar de que el final de la Guerra Civil se advertía muy próximo y que el pueblo

vivía en una aparente normalidad, estaba a punto de producirse un suceso que iba a dar al traste con toda esta monotonía e iba a condicionar la vida futura de don Ramón Sánchez. Apenas penetró en el Consistorio pudo comprobar que ya estaba caldeado por obra y gracia del alguacil, que como todas las mañanas era el primero en acudir al tajo. Después de vaciar la ceniza acumulada en el serrinero, había procedido a encenderlo y guardar una brazada de troncos en un pequeño cuarto utilizado como almacén y leñera.

Una vez realizados los saludos de rigor, Ramón Sánchez entró en la secretaría y se dispuso a mirar la correspondencia acumulada encima de la mesa de su despacho, ya que sus múltiples ocupaciones del día anterior le habían impedido revisarla por completo. Primero separó las cartas destinadas al alcalde dejándolas aparte, mientras que las restantes, después de haber leído su contenido, las fue colocando en cada uno de los apartados de la secretaría. Observó que entre todo el correo sobresalía un sobre grande, como los que solían mandar con la documentación de los boletines oficiales del Estado. Por tal motivo prefirió dejarlo para el último lugar y así podría leerlo con sumo detenimiento. De manera que una vez acabó de examinar el resto de las cartas recogió aquél sobre, extrajo el contenido y comenzó su lectura.

Se trataba de dos leyes publicadas en el Boletín Oficial del Estado los días 13 y 14 de febrero de 1939 que trataban sobre las Responsabilidades políticas y la Depuración de Funcionarios. La primera de ellas perseguía a aquellos que habían participado activamente en la política y los sindicatos durante la II República, mientras que la otra le afectaba de forma directa ya que fijaba las normas para la depuración de los funcionarios públicos y él era uno de ellos. Realizó una lectura rápida a la primera ley y pensó que a pesar de haber sido un conocido simpatizante del partido Radical durante un breve espacio de tiempo podía salir bien librado. Buena parte de los militantes de este partido en los pueblos de la Sierra habían sido profesionales de todo tipo, comerciantes e incluso muchos de los caciques de antaño que vieron en su programa político el más adecuado para mantener sus intereses. A partir del ecuador de la República, los resultados electorales del partido Radical comenzaron a bajar sustancialmente. Y ese fue el momento, en que muchos de sus integrantes o simpatizantes como el propio Ramón Sánchez comenzaron a abandonar aquel barco que se hundía sin remisión. De hecho, era tan ambigua la adscripción

política de muchos de sus seguidores que incluso una vez iniciada la Guerra Civil más de uno no dudó en cambiarse de bando. Pero lo que resultaba más importante y le tranquilizaba es que, salvo alguna rara excepción, hasta ese momento no se conocía casos de persecución activa de esos militantes en los pueblos de la Sierra por parte de los vencedores.

Sin embargo un escalofrío recorrió su cuerpo al acabar una lectura rápida de la segunda Ley, la que trataba sobre la Depuración de los Funcionarios, ya que prácticamente le afectaba todo su articulado. Hasta ese momento no había tenido problemas en el pueblo, ya que tanto Monterde como los municipios pequeños de la Sierra necesitaban a los secretarios de los Ayuntamientos para normalizar sus tareas burocráticas. Tan solo aquellos funcionarios que destacaron por su participación política, se les había depuesto cuando los sublevados llegaron a sus localidades. A él no le había ocurrido, pero no podía confiarse y conocía de sobra muchos casos donde había sobrevenido todo tipo de represión, cárcel o incluso algo más grave.

El pueblo de Monterde de Albarracín por supuesto tampoco se escapaba a esos hechos y él había tenido que intervenir en más de una ocasión para evitar barbaridades de todo tipo. Siempre había viejas cuentas que saldar y entre las atrocidades que son propias en todos los conflictos, se deslizaba con demasiada frecuencia el siniestro mantra de la delación. Acusaciones que enmascaraban en realidad venganzas personales por motivos muchas veces pueriles, pero que solían reservar un aciago fin a los denunciados. Y eso había ocurrido bajo el mandato de cualquiera de los dos bandos en aquella guerra fratricida, por regla general en el momento que cualquiera de ellos entraba en algún municipio serrano. Aunque en este caso, Ramón Sánchez estaba confiado en no ser acusado por parte de nadie y sabía que contaba con las simpatías de un amplio sector de sus paisanos. Eso sí, también es cierto que habían sido notorias sus diferencias con otros vecinos como el alcalde de la etapa republicana, el tío *Chalecos* y su infumable chusma de amigos. Mal asunto, pensaba mientras balanceaba la cabeza. Volvió a realizar una segunda lectura al texto de la ley ahora con más calma y no hizo sino confirmar sus pésimos augurios. Tenía que actuar con inteligencia y ponerse manos a la obra lo antes posible, si al final había alguna denuncia de por medio o alguien instigaba en la sombra contra él, lo pasaría realmente mal. Además, la ley especificaba que como fun-

cionario debería presentar en el plazo de ocho días una declaración jurada y que tenía que ser avalada por varios testigos.

Desde el primer momento tuvo claro los pasos a seguir, por lo que hablaría con dos de las máximas autoridades de Monterde. Todavía no había terminado la Guerra Civil pero en el pueblo se postulaban como máximos dirigentes Serafín, al ser el jefe de la Falange local y mosén Pascual por razones obvias. Don Ramón Sánchez mantenía una amistad más profunda con otras personas como el alcalde, el tío *Celipe*, que por otra parte era el padre de Serafín. Sin embargo el secretario tenía que buscar la cabeza del poder y en esos momentos el mando real en el pueblo estaba organizado alrededor de la Falange. Sabía que a media mañana Serafín solía pasar por el Ayuntamiento y además sería buena hora para contactar también con el cura. Así lo hizo, aunque la espera resultaba interminable y no existía manera de sosegar su ánimo ni podía concentrarse en su trabajo. Por fin, cuando apenas habían dado las doce, apareció Serafín para conocer de primera mano las novedades que se habían producido en el Ayuntamiento. Don Ramón Sánchez suspiró aliviado al verlo.

—Serafín tenemos que hablar urgentemente.

—¿Qué pasa que te veo tan nervioso?

Entonces, el señor secretario recogió las hojas del Boletín Oficial del Estado y señalando la Ley sobre la Depuración de Funcionarios le comentó atropelladamente la cuestión, algo que resultaba bastante inaudito en él. Los nervios le hicieron pasar un mal momento y tartamudeó brevemente. Serafín volvió a mirarlo extrañado por ese comportamiento tan impropio y le dio una palmadita en la espalda para que se relajara. Ojeó los artículos de la ley que tanto habían asustado a su interlocutor y al instante observó la cara del secretario que constantemente secaba el sudor de su frente y mantenía el pañuelo en su mano completamente húmedo.

—Tienes que ayudarme Serafín, nos tenemos que poner ya manos a la obra.

—Cuenta con ello pero deja que lea bien estos papeles y haga un par de llamadas. Tienes que tranquilizarte que también hablaré con mi padre en el momento que pueda y luego acudiré a tu casa para darte las nuevas que me vaya enterando.

—Se lo tienes que comentar también a mosén Pascual, necesito de vosotros dos para que confirméis mi declaración jurada.

—Así lo haré, no te preocupes que tendrás noticias mías lo antes posible y juntos veremos la manera de enfocar este asunto.

Don Ramón Sánchez tranquilizó su ánimo ante el trato que le dispensaba el hijo del alcalde, sobre todo, por haber empeñado su palabra en que estudiaría su caso y le ayudaría. En realidad se daba cuenta de que estaba metido en un auténtico lío. Por supuesto no ayudaba para nada la actuación que había mantenido en el Ayuntamiento casi desde el primer momento en el que entró como secretario a principios de siglo. Al poco tiempo de su incorporación se dio cuenta que podía manejar desde la secretaría todos los resortes municipales, no solo los administrativos sino también los que emanaban del poder político. Se aprovechó para ello de la dejación de las autoridades municipales, más preocupadas en las cosechas y los ganados que de sus propios cargos y que solían delegar en él muchas de las actividades del Consistorio. Por eso había tenido más de un roce con aquellos alcaldes que sí pretendieron actuar como tales y, por lo tanto, chocaron con las ansias de Ramón Sánchez por gobernar de facto el pueblo de Monterde.

Sabía de sobra que en la actualidad no contaba con el beneplácito de algunas personas que ya lo habían cuestionado en su momento, como el propio Serafín. En este grupo habría que incluir también a mosén Pascual y eso que el secretario cumplía como buen cristiano y acudía periódicamente a los oficios religiosos. Su relación personal con el pastor de la Iglesia nunca acabó de cuajar, entre otras cuestiones por la amistad que mantuvo aquél con Boro, el antiguo maestro del pueblo, ateo convencido, anarquista y enemigo acérrimo del cura. Y ahora precisamente se tenía que encomendar a estos dos personajes para intentar salvarse del tormento que se avecinaba. Pensaba en ello y las gotas de sudor se deslizaban por su frente una tras otra.

El resto de la mañana transcurrió muy lentamente, tanto que ya no sabía qué hacer. En el momento que completó su jornada cerró la secretaría y el Ayuntamiento pero no se fue a la cantina a tomarse el vermut como acostumbraba antes de comer. Acudió apresuradamente a su casa, ensimismado, abstraído por completo en sus pensamientos y sin tan siquiera responder al saludo de los escasos vecinos con los que se cruzó por la calle. Una vez en la vivienda se quitó el abrigo que

depositó en el perchero de la entrada y, penetrando en el comedor, se sentó en su butaca preferida al lado de la chimenea.

Tenía una criada desde hacía varios años que acudía a su casa diariamente para mantenerla en perfectas condiciones. Durante esa jornada, además de tener la calefacción a punto le había preparado la comida como siempre, pero él no se acababa de decidir a sentarse a la mesa de una vez por todas. Nervioso como estaba llegó un momento que ya no podía más y resolvió que lo mejor sería empezar a comer, por ver si de esta manera acababa entonándose y al fin se encontraba en condiciones de superar los acontecimientos. Apenas había dado algunas cucharadas al plato de cocido cuando escuchó como sonaba la aldaba de la puerta con insistencia. Se levantó y abrió la cancela. Frente a él tenía a los dos personajes que iban a dilucidar su futuro, tragó saliva y los invitó a pasar. Los tres acudieron directamente al comedor al tiempo que el anfitrión les invitaba a sentarse.

—Veo que hemos interrumpido tu comida, acaba con ella y luego hablamos con tranquilidad. Pensábamos que ya habías terminado —se excusó el jefe local de la Falange al haberse presentado tan pronto.

—La verdad es que no tengo apetito... Es igual, ya que estáis aquí hablamos... y en todo caso merendaré más tarde.

—Ya sabes a qué hemos venido, Ramón —entró en la conversación un receloso e inquieto mosén Pascual—. No hay inconveniente en avalarte como nos solicitas pero eso sí, antes tenemos que saber a qué nos atenemos ¿estarás de acuerdo, supongo?

—Por supuesto, solo tenéis que preguntarme lo que consideréis oportuno y de esta manera dejaremos las cosas claras.

—Pues bien, en primer lugar quiero expresar mi satisfacción por este encuentro, también espero que habrás tenido tiempo de sobra para arrepentirte de todas tus veleidades republicanas. Algo tendrás que decirnos al respecto, por ejemplo de tu participación en el partido Radical —empezó el párroco con el interrogatorio.

—Solo fui un simpatizante más y nunca tuve ningún cargo orgánico. Los seguía sobre todo al principio aunque al poco dejé de creer en ellos... no estaba de acuerdo con el proceder de sus dirigentes —se excusó el secretario.

—Pero aquí siempre te veíamos leyendo *El Radical* que era el órgano de difusión del partido y además comentabas con la gente muchas de las noticias que allí salían.

—Bueno, tengo que reconocer que durante unos pocos meses entre los años 1932 y 1933 fui suscriptor, pero solo eso. Y respecto a los comentarios, lo que yo hacía era ni más ni menos lo mismo que el resto de los vecinos de este pueblo, hablar de las noticias que publicaban los periódicos —respondió lo obvio aunque con un tono que ya denotaba cierta inquietud por el devenir del interrogatorio.

—Otra cuestión es el por qué continuaste de secretario cuando en la primavera del 36 el Gobernador Civil cambió a los concejales del Consistorio, y puso en el mismo a los del Frente Popular.

—¿Y quién si no iba a controlar los manejos de los “Rojos” en el Ayuntamiento?

—No nos insultes Ramón —saltó como un resorte Serafín—. Si te mantuviste en el puesto fue única y exclusivamente porque siempre has ansiado estar en el meollo del poder para controlarlo todo. Me parece muy bien que ahora quieras proteger los actos que hiciste durante ese tiempo y además que lo dejes rubricado por escrito, pero con nosotros no valen tus tretas. Dinos la verdad y te apoyaremos, luego en el escrito que hagas con el relato de los hechos pones lo que te digamos y en paz.

—De acuerdo, de acuerdo... si seguí en el cargo fue únicamente por mi propio interés —rectificó el secretario con un tono de creciente amargura.

—Muy bien ¿ves lo fácil que resulta decir siempre la verdad? Ahora, cuando describas en el informe tu actuación durante esa fecha indica lo que nos acabas de comentar, que lo hacías para controlar a los “Rojos”. Por cierto también tendrás que hacer constar que cuando entraron los milicianos en el pueblo durante el otoño del 36 y en la primavera del 37 seguiste en tu puesto en el Ayuntamiento, a pesar de que los vecinos más honrados habían marchado a Pozondón y Santa Eulalia por temor a las represalias.

—Así lo haré, aunque la verdad es que la situación era idéntica a la de la República. Alguien tenía que estar ojo avizor en previsión a los desmanes que pudieran cometer los “Rojos” y sobre todo para vigilar la Colectividad...

—¿Ya estamos otra vez con el mismo cuento señor secretario...?

—Bueno, vale, vale..., como vosotros digáis —volvió a recular.

—Esto va completamente en serio a ver si te enteras de una vez —levantó Serafín el tono de voz e insistió en su interrogatorio—. Y ahora dínos, ¿mantuviste cualquier tipo de relación con las autoridades de la República?

—Salvo las estrictamente profesionales, no.

—Ramón...

—He dicho que no, joder, por qué no me creéis...

—Guárdate los exabruptos para tus íntimos —entró en la disputa el párroco—. Si estamos aquí es para ayudarte pero si no estás de acuerdo con nuestro auxilio nos lo dices y volvemos por donde hemos venido.

Hicieron un amago de levantarse pero el secretario los detuvo en seco.

—No os vayáis, hacerme el favor... pero es que no se adonde queréis ir a parar con esas preguntas...

—Muy sencillo —volvió a insistir mosén Pascual—, tú piensa que estás en el confesionario de la iglesia e igual que cuando venías a confesarte hace tiempo tienes que decir toda la verdad y nada más que la verdad. Así, nosotros, siguiendo el ministerio de Nuestro Señor podremos perdonarte y ayudarte en el nuevo camino que quieres emprender.

—De acuerdo, pero en esta ocasión estáis equivocados, apenas he mantenido relaciones con dirigentes republicanos más que las estrictamente protocolarias... Bueno, cierta vez estuve en una reunión con otros muchos secretarios de la provincia, pero tenía un carácter más lúdico y festivo que revolucionario... O también cuando bajaba a Teruel por cualquier cuestión del Ayuntamiento y me tenía que entrevistar con los cargos de la Diputación o del Gobierno Civil, que por supuesto eran todos republicanos, pero nada más tenéis que creerme.

—En ese aspecto nos fiamos de tu palabra, pero —el cura entró de lleno en un tema que seguía escociéndole a pesar del tiempo transcurrido— me parece que la memoria te falla una barbaridad.

Vamos a ver... ¿y tú relación con el maestro del pueblo, ya no te acuerdas de ella?

—Pero Boro no era ni político ni republicano... era solo un anarquista.

—¿Y te parece poco? Eso es mucho peor, todos ellos se dedicaban a quemar las iglesias y a asesinar a los pobres curas.

—Eso lo harían algunos pero al maestro nunca le escuché decir nada por el estilo —protestó el secretario—. Además, la relación que manteníamos, algo que no niego, era bastante buena pero estaba basada en nuestro mutuo amor a filosofía griega nada más, tenéis que creerme. Ya sabéis que muchos sábados teníamos nuestra tertulia en la cantina del tío *Morras* y, aunque hablamos alguna vez de política, el tema de conversación versaba en la mayoría de las ocasiones sobre sucesos de actualidad o los autores clásicos de la filosofía.

—No me convences del todo Ramón, sabes más de lo que cuentas. Ahora bien, cuando hagas el escrito procura no extenderte demasiado en tus estrechas relaciones con el maestro, respecto a las tertulias tienes que insistir en que no eran políticas sino filosóficas. Y ahora en tu descargo dínos si has tenido también alguna relación con personas u organizaciones afectas a la causa nacional.

—Pues no se... con partidos no creo... aunque espera, ahora que caigo yo ayudé a mosén Rufino cuando fundó el sindicato católico-agrario en el pueblo, y por supuesto colaboré en su administración durante una época. Además, también estuve afiliado al mismo hasta la dic... quiero decir hasta que llegó al poder Primo de Rivera —quedaba claro que el secretario iba aprendiendo sobre la marcha y resultaba un excelente alumno.

—Eso está muy bien y lo tienes que reflejar lo mejor que puedas, incluso adórnalo como quieras porque es un punto a tu favor... Y por cierto, existe otra cuestión que queremos tratar contigo y aunque no lo creas lo hacemos por tu bien. Se trata del instructor que nombren para tu caso. Suponemos, que será un alto cargo de la Falange en la provincia y se puede presentar en cualquier momento en tu vivienda, para entre otras cosas revisarla de arriba abajo por ver si encuentra algo sospechoso ¡Y hay de ti como descubra algo turbio! Ya sabes que la pena es la requisa de todos tus bienes, la cárcel y ya te puedes despedir de tu trabajo para los restos. De manera que tú verás... Y hablando de

todo ello vamos a concretar un asunto de lo más importante... Ramón, nunca te hemos escuchado hablar de los libros que tienes pero por lo que sabemos de ti estamos seguros que debes de guardar una gran biblioteca. Venga, vamos a verla.

Los ojos del cura escudriñaban morbosos la respuesta gestual del secretario, bastante incómodo por los últimos derroteros de la conversación. Y al igual que ocurrió durante esa mañana en el Ayuntamiento, don Ramón Sánchez comenzó a sudar. Su ánimo decayó tanto que le devino un ligero temblor y su voz se quebró cuando expuso una tímida protesta, la verdad, sin excesiva convicción.

—¿Qué tiene que ver mi biblioteca en este asunto...?

—¿Otra vez secretario? —Intervino Serafín—. Tu biblioteca habla de ti más de lo que crees. Si en ella guardas libros prohibidos o fuera de lugar y acierta a verlos el instructor se te caerá el pelo y a nosotros una buena bronca por haberte avalado ¿Es que tenemos que estar lidiando contigo a cada pregunta que hacemos? No sigas tensando la cuerda que al final ésta se romperá y te vas a quedar solo frente tus demonios. Enséñanos la biblioteca de una vez y déjate de zarandajas —concluyó expeditivo.

Esto era demasiado para don Ramón Sánchez. Sin embargo no había vuelta atrás, lo tomaba o lo dejaba. Por supuesto no existía término medio y conocía de sobra cuál sería el resultado de cada una de sus decisiones. Por todo ello, cabizbajo y derrotado ya de antemano guio a sus pretendidos fiadores hasta el primer piso, extrajo de su bolsillo la llave de su cuarto más querido y después de abrir la habitación mostró su preciado tesoro a los intrusos. Con la intromisión de aquellos extraños en la biblioteca —a la que tan solo había accedido Boro en alguna ocasión o la limpiadora junto a él— no pudo evitar que un regusto amargo se revolviere en su estómago. Por su parte, Serafín y mosén Pascual no salían de su asombro al ver la excelente colección propiedad del secretario y, boquiabiertos, miraban con insistencia las diferentes estanterías a ambos lados de la habitación pobladas con todo tipo de libros.

—Que callado lo tenías ¿eh bribón?, —masculló con sorna Serafín.

El secretario no dijo nada, estaba realmente asustado por lo que le pudiera pasar a su preciado y culta biblioteca. No dejaba de ob-

servar como aquella pareja la examinaba con una actitud ciertamente inquisitorial.

—Ramón, este libro de los Napoleones ¿de qué va?

La pregunta del cura extrayendo un libro de la estantería tras leer su título logró que el secretario reaccionara no sin cierto temor.

—Habla de la República francesa, el Imperio y sus dirigentes —respondió.

—¿Has dicho República?, —dijo con tono crispado mosén Pascual remarcando la última palabra.

—Sí... pero en todo caso nada tiene que ver con nosotros... es la República francesa...

—Una República será siempre una República aquí, en China o en las quimbambas —replicó el cura haciendo uso notorio de su autoridad—. Además se trata de la patria de los librepensadores, ateos y masones, a esos no tenemos que darles cuartel ¡Hay que ver lo equivocado que estaba contigo! Yo pensaba que tu interés por los franceses radicaba en que destruyeron nuestra ermita de san Cristóbal o en sus andanzas por la Sierra. Pero eso era pedir demasiado, veo que de esta historia tan solo te interesa el tema de los franceses por su gobierno republicano.

—Pero si únicamente habla de Napoleón y sus sucesores ¿qué malo hay en ello? Es simple y llanamente un libro de historia... ¿qué problemas tienes con él... qué pretendes que haga?

—¡Destruyelo! O... mejor aún ¡Quémalo!

—¿Cómo?... ¿Qué le prendo fuego? Pero ¿qué estás diciendo? —rebatía el secretario echándose las manos a la cabeza.

—Ya lo has oído ¿qué quieres, que volvamos a empezar con lo de antes? Si lo que deseas es enfrentarte tú solo al instructor nos lo dices y acabamos, ya sabes cómo puede terminar tu vida. Pero si quieres nuestra ayuda para salir del lío en que te has metido tú solo tienes que seguir nuestro consejo y no hay peros que valgan ¿Estamos?, —y cogiendo el libro lo echó al suelo con rabia.

Don Ramón Sánchez miró con infinita tristeza el acto que acababa de realizar el cura pero no pronunció ninguna palabra. Observó

temeroso aquellos figones entrometidos que supuestamente le estaban ayudando a enmendar sus errores, pero no sintió consuelo alguno. Muy al contrario, conforme los veía examinar con mirada acerada y gestos severos los libros de su colección por ver a cuál de ellos condenaban, su frágil ánimo se venía abajo. No se veía con fuerza para contrarrestar su infortunio y pensaba que su amada biblioteca, que tantos años y esfuerzo le había costado lograr, tenía los días contados. Y cada vez que cualquiera de los dos le miraba, él bajaba la cabeza humillado, lleno de miedo y pesar.

—Secretario —llamó su atención Serafín con tono displicente como acostumbraba dirigirse a él en ocasiones, llamándole no por su nombre sino por su profesión— Y estos libros de aquí ¿qué son?... parece mentira que con lo que está cayendo aún sigas teniendo mierda como ésta. Vaya, Vaya... —volvió a insistir mientras releía los títulos—, que si el *Libro de oro del partido Republicano Radical*, este otro sobre los *Fundamentos del partido Radical-Socialista...* o *Al servicio de la República* del infumable Lerroux... y todavía veo más por aquí... pero... ¿qué significa todo esto...?

—No son libros revolucionarios —trató de justificarse don Ramón sin mucho éxito—, solamente hablan de los principios por los que se deben regir esos partidos políticos.

—Te equivocas —comentó el jefe de la Falange local mientras soltaba chispas por su boca—, solo se trata de mierda, pura y simple mierda. Sabes lo que te digo ¡Que al fuego con ellos!

Extrajo con rabia los ejemplares que acababa de denostar y con fuerza los echó al suelo mientras le insistía alzando la voz y mirándole fijamente a la cara.

—¡Quémalos!

A renglón seguido Serafín continuó con su más que conocida perorata.

—Los intelectuales como tú seguís sin querer asumir que con vuestra actitud habéis llevado España a la ruina y todos estos libros antipatriotas son una viva muestra. Si deseas que te avale respecto a la ley sobre la Depuración de los Funcionarios tienes que deshacerte de todos ellos y comprar libros de exaltación del Caudillo y de la “Cruzada” española. Solo así conseguirás mi beneplácito.

En la estantería situada al otro lado de la habitación, mosén Pascual, que seguía con su labor investigadora, dio con una colección de novelas del también republicano Vicente Blasco Ibáñez.

—Ya me parecía a mí que noveluchas de este tipejo no te deberían de faltar. Y ahora tendrás la desvergüenza de decirme que tampoco habla en ellas de la República.

—Solo hablan de la vida y de lo que tienen que hacer las personas para poder sobrevivir...

—¿Y qué me dices de estos otros? Valle Inclán, Baroja, Ortega y Gasset... pero mira si hasta tienes un libro escrito por un extranjero... a ver su título... *Madame Bovary*... —deletreó despacio el cura para mirar a continuación al atribulado secretario.

—Es una novela cruda, como la vida misma, pero te aseguro que no tiene nada que ver con lo que estáis buscando —intentó excusarse Ramón Sánchez aunque sin mucha convicción.

—Vaya si también tienes al Unamuno y por si fuera poco este libro habla... ¡de la agonía del cristianismo! Pero ¿qué basura es ésta? —mosén Pascual seguía manteniendo una actitud radical con aquellos libros que se apartaban de lo que consideraba correcto o decente y así lo estaba haciendo constar.

—Te equivocas, justamente trata de lo contrario... —volvió a disentir el secretario con la opinión del párroco.

—Siguen sin convencerme tus argumentos Ramón —cortó radical mosén Pascual—, como mínimo tienes que prender fuego a *La araña negra* de Blasco Ibáñez y si consideras que alguno más habla mal de la Iglesia o de la decencia te aconsejo que lo echés también a la hoguera. Tú ya los has leído, por lo tanto te puedes hacer una idea bastante aproximada de lo que te estamos exigiendo.

Mientras el párroco monterdino seguía mirando con ojos de halcón a la cuestionada biblioteca dio con otros ejemplares y exclamó:

—Por supuesto, ya me imaginaba que esto tampoco te podía faltar. Así que tus dotes de poeta tienen truco, por eso lees las bobadas del Machado o las mariconadas del García Lorca. Aquí sí que no hay peros que valgan ¡A la hoguera con todos ellos!

Y cogiendo la novela de *Los campos de Castilla* y las *Poesías completas* de Antonio Machado las echó al suelo. Acto seguido hizo lo propio con el *Libro de poemas* y el *Romancero gitano*, obras del inmortal García Lorca. Mientras tanto, el pobre secretario ya no sabía qué hacer ni qué decir, si esconderse o estrangular a aquellos impresentables que estaban menoscabando su libertad de elegir aquello que le apeteciera leer. Al primer intento de saltar sobre ellos tuvo que contenerse y morderse los labios para no decirles ningún inconveniente. Aquella situación era excesiva para él, pero lo peor estaba todavía por llegar. Serafín encontró en un estante un grupo de libros algo viejos y desgastados por el uso, aunque también pudiera ser que los comprara de segunda mano. Comenzó a ojearlos con una mezcla de curiosidad y desdén apenas contenido. Eran de filosofía, el tema preferido del señor secretario.

—Este Ramón está loco de atar, vaya ganas de leer temas de lo más infumable —pensaba mientras los ojeaba con notoria indiferencia.

Vio dos tomos similares y extrayendo uno de la estantería leyó su título *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, obra de Luís Navarro. No lo pudo remediar y con un gesto que denotaba una profunda repugnancia dio por concluida la lectura dejando el tomo nuevamente en su lugar. Por lo menos éste se salvaba. Siguió ojeando los de aquél estante buscando con insistencia a cuál de todos denostar, pero los libros allí depositados sólo hablaban de filosofía. Hasta que por fin encontró lo que estaba investigando con tanto ahínco.

—Bueno, bueno... otro libro republicano —comentó Serafín excitado al haber encontrado un nuevo ejemplar para condenar al caldoso.

Y sacándolo de la estantería se giró mirando a la cara del señor secretario, al tiempo que le increpaba con el libro en una mano y la otra señalándole con el dedo índice.

—¿Pero qué dices de libro republicano ni qué narices? —protestó don Ramón Sánchez con signos evidentes de congoja, sus enormes brazos levantados con las manos abiertas y los ojos desorbitados por la barbaridad que acababa de escuchar.

—¿No ves lo que pone aquí? —insistió aquél nuevamente.

—Sí, pone *La República*... pero es de Platón, un filósofo griego de la antigüedad...

Serafín no dejó que siguiera con sus argumentos y, alzando el pesado tomo sobre su cabeza, lo echó sin más contemplaciones al suelo provocando un ruido enorme y una profunda desazón en su desconsolado propietario. Y nada más volver la vista a la estantería dio vivas muestras de alegría por un nuevo hallazgo.

—Y este otro ¿qué?, también jurarás que solo es filosofía —comentó con sorna mientras mostraba un tomo de Patricio de Azcárate que versaba sobre la *Política* de Aristóteles.

Ramón sobrepasado por los acontecimientos estaba como petrificado, en silencio, con las manos todavía levantadas y mirando fijamente al hijo del alcalde. Por un instante se le antojó eterno aquél suplicio. No atinaba cómo reaccionar y si tenía algún sentido hacerlo. Aquéllos hombres estaban allí en teoría para salvarle la vida, pero ¿a cambio de qué...? Más aún, ¿merecía la pena tanto sacrificio? Mientras tanto Serafín había lanzado ese nuevo libro al suelo con el consiguiente estrépito.

—Secretario, estos dos libelos ¡que ardan como teas! —gritó con el énfasis de un poseso.

Los gritos del jefe de la Falange propiciaron que el secretario por lo menos volviera en sí, aunque ciertamente con pocos motivos para seguir luchando al ver los resultados que obtenía en el imposible intento de razonar con ellos. A renglón seguido, Serafín volvió a elegir al azar otro volumen de filosofía y al abrirlo comprobó una lámina donde aparecía un pordiosero sentado al pie de un tonel. Arqueó las cejas por un instante como si quisiera recordar algún suceso olvidado y, tras resolver sus dudas, se acercó a su dueño con el ejemplar abierto por esa página para hacerle un comentario:

—Oye Ramón, este mendigo que está sentado en la boca del tonel no será por casualidad aquél que siempre comentaba tu amigo el maestro, el Diógenes no sé qué.

—Sí, en efecto, se trata de Diógenes el *Cínico*, ¿no me digas que también te incomoda?

—Déjate de guasas y estate a lo que estamos que todavía tengo muy presentes las peroratas de tu querido amigo Boro. Por lo que recuerdo de sus comentarios sobre este sujeto para mí es realmente corrosivo.

—Escucha Serafín, en ese libro no solo aparece Diógenes, también están la vida y obras de los más grandes maestros de la cultura occidental.

—Para que veas que no soy intransigente —respondió el falangista con una burlona sonrisa—, este libro no lo tiraré al suelo como los demás, solo te digo que arranques las hojas donde se habla de Diógenes el *Cínico* y a la hoguera con ellas.

Al oír esta condena, Ramón Sánchez presionó los puños con rabia y se mordió el labio inferior con tanto ímpetu que tuvo que parar inmediatamente por el intenso dolor que le produjo. Pero no dispuso de mucho tiempo para poder quejarse porque a renglón seguido, el diabólico y malcarado párroco le escupió con rabia una nueva observación.

—Por si habías acumulado pocos pecados en esta vida Ramón, ahora tendremos que añadir el de la lujuria. Esto es demasiado, yo renuncio a defenderte por imposible.

Y mientras lanzaba esa perorata a un cada vez más indefenso y atemorizado secretario, con el dedo señalaba una de las colecciones de las que sentía más orgulloso don Ramón Sánchez: las novelas eróticas. Sin embargo, Serafín detuvo el intento del cura de abandonar la estancia.

—Escucha mosén Pascual, cuando decidimos ayudar al secretario ya intuíamos lo que íbamos a encontrar en esta casa. Además ¿qué pensabas? Si es un degenerado político no nos tiene que resultar extraño que también lo sea sobre otros aspectos de su vida privada. El vicio no conoce límites y eso tú con tu ministerio y el conocimiento que tienes de las personas lo tienes que saber mejor que nadie.

Tras unos instantes de enorme tensión logró calmarlo y, para refrendar sus argumentos, le llevó hacia una parte de la estantería donde momentos atrás había descubierto una serie de libros que ciertamente jamás hubiera esperado encontrar allí.

—Mira lo que acabo de hallar, no te lo vas a creer. A mí la verdad es que todavía me cuesta..., lee, lee estos títulos y verás.

Así lo hizo el párroco y a medida que los iba leyendo no salía de su asombro y entornaba sus ojos totalmente anonadado.

—Pero ¿Cómo es posible que junto a la bazofia que acabamos de expurgar tengas libros como estos? Resulta increíble ¿Qué hacen en tu biblioteca obras de los principales apologistas social cristianos? Es inaudito —volvía a insistir una y otra vez completamente atónito para a renglón seguido continuar leyendo entusiasmado aquél bloque de títulos.

La excitación de mosén Pascual no tenía límites, tanto como su asombro por encontrar todos esos libros donde menos se lo hubiera esperado. Seguía arrebatado en la contemplación de la estantería a la espera de encontrar nuevos ejemplares afines a sus creencias ideológicas. Por un instante detuvo su exaltación procurando guardar la compostura. Pero ahora el que mostraba su incredulidad era Serafín, que volvía a indicar al párroco el nuevo descubrimiento que acababa de realizar:

—Mira... si tiene aquí toda una colección sobre libros de agricultura... Mosén Pascual no te lo vas a creer, pero también tiene libros de la Restauración y de Primo de Rivera.

Y entre los ejemplares que encontró extrajo los dos que más le llamaron la atención, un libro del conde de Romanones sobre las *Responsabilidades del Antiguo Régimen* y otro de José María Pemán que versaba sobre *La Unión Patriótica* de Primo de Rivera. Los dos visitantes se giraron al unísono y miraron con cara de sorpresa a don Ramón Sánchez.

—¿Quieres explicarnos que pintan estos libros en tu biblioteca?

—Por supuesto, pero ¿qué os creáis?, —respondió con el ceño fruncido y una cierta altanería—. Una persona que se precie tiene que leer cuantos más libros mejor y de todos los matices e ideologías posibles, solo de esta forma nuestro intelecto llegará a comprender el mundo que nos rodea. Si únicamente leemos aquellos que hablan de lo mismo o son políticamente similares, solo conseguiremos desaprovechar una visión más amplia de la realidad y por ello nos condenaremos irremediabilmente al fracaso. En definitiva, perderemos la noción de la crítica que resulta indispensable para mejorar nuestra sociedad. Por eso tengo libros de todos los temas. En cuanto a los de carácter político, en mi biblioteca encontraréis monárquicos y republicanos, anarquistas y socialistas, del sindicalismo revolucionario y del católico-agrario. También dispongo del mundo rural y del urbano, de los que creen en Dios y los que no...

—Quieto parado Ramón Sánchez ¡Hasta ahí podíamos llegar!, —exclamó el cura visiblemente irritado por lo que acababa de escuchar—. Dios nos concedió el libre albedrío para abriarnos paso y ser los protagonistas auténticos de la historia. Pero el libre albedrío no está reñido con el sentido práctico de la vida y el intentar a través de nuestras obras cumplir con las enseñanzas de Nuestro Señor. Por eso resulta incomprensible una biblioteca donde puedan aparecer todo tipo de libros. La licencia eclesiástica que siempre fue una misión de la Iglesia ha pasado al olvido por culpa de la apostasía de los nuevos tiempos. Ciertamente me has asombrado con los últimos libros que hemos encontrado, pero eso no nos tiene que distraer de lo que hemos venido a hacer aquí. La posesión de esas últimas obras te salva por el momento, pero sigue sin ser suficiente por la cantidad de basura que almacenas en esta habitación. Piensa que nosotros te vamos a hacer algo así como el *Nihil Obstat* eclesiástico, para dar el visto bueno no a cada uno de los libros que posees, sino al conjunto de tu biblioteca. En la misma, tienes anclada una rémora que has de destruir lo antes posible para evitar negativas consecuencias.

—Pero eso no puede ser —intentó rebatirle el secretario—, en toda biblioteca que se precie deben de aparecer libros de toda condición.

—Te equivocas Ramón, el libre albedrío consiste en tener el discernimiento suficiente como para saber las obras que son apropiadas y las que no —sentenció mosén Pascual—. Todo este último descubrimiento que hemos hecho sobre libros de Primo de Rivera y del sindicalismo católico-agrario, solo me dice que tu salvación está próxima si haces lo que nosotros te exigimos, sin vacilación alguna y con la firmeza necesaria para llevar a cabo dicho cometido. Tal y como he escuchado en algún momento a Serafín supongo que estará de acuerdo conmigo.

—Lo que tú digas —intervino el falangista—. Sabes que pienso como tú.

—Pues bien, resulta imprescindible que hagas desaparecer todos aquellos libros que hemos desechado y tienes apilados en el suelo —se dirigió de nuevo mosén Pascual a don Ramón Sánchez mientras miraba de reojo a Serafín y ambos esbozaban una sonrisa cómplice—. Hazlo como quieras pero hazlo. Es igual si montas una hoguera en el

corral y les prendes fuego o si los tiras a la chimenea, míralo por el lado bueno, esta noche te vas a ahorrar alguna brazada de leña para calentarte. Esta biblioteca, tiene que quedar liberada de todos aquellos libros que pervierten al ser humano o que están en contra de las leyes de Dios. Y hablando de perversiones, todas esas novelas eróticas que he visto en la estantería ya las puedes incluir en tu saco de inmundicias. Vergüenza me daría a mí tener semejantes lecturas junto a obras piadosas como también tienes. Espero que todo esto te sirva de escarmiento. Por último, quiero que sepas que si tú cumples con nuestros deseos nosotros también cumpliremos contigo, te avalaremos ante el instructor de tu causa y firmaremos como testigos en el informe que realices —finalizó su perorata con el rostro visiblemente irritado.

—Mañana al mediodía vendré a dejarte algunos ejemplares que tengo en casa sobre la obra de nuestro insigne Caudillo y la grandeza de España —se ofreció Serafín—. Considéralas un préstamo y cuando pase un tiempo prudencial ya me las devolverás. No olvides entrar por alguna librería en Teruel cuando bajes por cualquier motivo y comprar libros de los que te hemos comentado.

Una vez expuestas las condiciones del apoyo, un silencio sepulcral se apoderó de la estancia. El cura y el falangista se miraron a los ojos y con un gesto decidieron dar por terminada la visita saliendo a continuación de la habitación, plenamente satisfechos por haber redimido a todo un pecador. Por su parte, Ramón Sánchez seguía como en trance, sin responder a ningún impulso exterior, ni tan siquiera se despidió de sus fiadores que bajaron las escaleras henchidos de placer por el deber cumplido. Y una vez que salieron a la calle volvieron a mirarse a la cara esbozando una sonrisa vanidosa por lo que acababan de realizar, nada menos que doblegar y bajar los humos al mandamás del pueblo durante los últimos años. Después de sus postreros movimientos habían dejado meridianamente claro que el tiempo del secretario había tocado a su fin. Estaban convencidos que a partir de ese momento iba a ser un mero pelele entre sus manos. Casi con toda seguridad, era mosén Pascual el más satisfecho de los dos y así se lo hizo saber a Serafín, cuando nada más salir le convidó a tomarse un vino en su casa y poder cambiar impresiones sobre todo lo acontecido.

Por su parte, el secretario no podía dejar de lado un latente pesar por lo ocurrido. En sus oídos todavía resonaba como un eco infame el tema de la quema de sus libros, el horror ante tal disparate no

hacía sino angustiarle todavía más conforme pasaban los minutos. Don Ramón Sánchez era una persona de mundo, con estudios, sin llegar a ser considerado un intelectual al uso, aunque estaba al tanto de las novedades y los movimientos sociales que se producían en España y en Europa. Pero últimamente todo eran malas noticias. Su patria estaba viviendo los estertores de una cruenta guerra civil, mientras que Europa se hallaba sumida en una crisis económica y social que había ocasionado la aparición del fascismo. Por supuesto, estaba al tanto de la ayuda militar que habían prestado Alemania e Italia a Franco para hacerse con el poder. Apoyo que, ciertamente, le había aterrado desde el primer momento, ya fuese por la ideología imperante en esos países —con la que no congeniaba en absoluto—, como por el abuso de poder que se llevaba a cabo especialmente en Alemania.

Precisamente, un acto ocurrido en este país le marcó para siempre. Tuvo lugar el 10 de mayo de 1933 y llegó a conocerse como el *Holocausto de libros*, cuando grupos de nazis perfectamente organizados prendieron fuego a miles de obras en varias ciudades del país. En el momento que el señor secretario tuvo conocimiento de aquellos hechos sufrió una gran conmoción, era como un enfrentamiento entre las pistolas y los libros y, por supuesto, quedaba claro quien tenía las de perder. Alemania era la gran aliada de Franco, por ello temblaba solo de pensar que los métodos germanos tuvieran su prolongación en España. Y tan solo unos minutos atrás, en el momento que mosén Pascual gritó la abominable frase ¡A la hoguera! para referirse a los libros que tenía que expurgar, le vino a la memoria los sucesos que tuvieron lugar en la Alemania nazi. Repasaba mentalmente las palabras del cura y las dudas le asaltaban con fuerza. Una cosa era estar asustado o solicitar la ayuda de los poderes locales y, otra bien distinta, era aceptar por las buenas una monstruosidad del calibre que acababa de escuchar. Pero el trasfondo del problema le traía de nuevo a la realidad donde las medias tintas no tenían cabida, es decir, hacía lo que le acababan de exigir con todas sus consecuencias o se exponía a lo que pudiera ocurrir. Estaba hecho un lío y tenía que pensar detenidamente en las diferentes opciones del caso para poder actuar después de la forma más apropiada.

Y mientras tanto allí seguía de pie, en la biblioteca, mirando embelesado a su alrededor e intentando asimilar todo lo ocurrido. Cuando por fin se decidió a salir ni tan siquiera osó recoger los libros tirados en el suelo, cerró la habitación y bajó al comedor retirando los

restos de la comida a un pozal. Luego dejó almacenados en un canasto de mimbre los cubiertos utilizados para que la mujer los limpiara al día siguiente. Ya liberado de sus quehaceres repasó las últimas horas vividas en aquel aciago día y, después de alimentar convenientemente la chimenea, volvió a sentarse en la butaca.

En medio de la relajación en la que estaba sumido en estos momentos, su mente vagaba errática y libre surcando entre las páginas escritas por los autores más importantes de la literatura universal. Esa era su particular búsqueda de la tranquilidad, intentar encontrar en alguna obra clásica momentos similares a los que estaba viviendo para ver la mejor forma de poder enfrentarse a ellos. Al instante recordó con infinita tristeza el pasaje del inmortal Alonso Quijano cuando le fueron quemados aquellos ejemplares de su preciada biblioteca por obra y gracia del barbero y el cura. Asintiendo con un mohín de tristeza se dio cuenta cómo en ocasiones la realidad superaba con creces la ficción. En efecto, en esos momentos Ramón Sánchez se sentía como el desdichado don Quijote, y el papel del barbero y el cura lo cumplían a la perfección Serafín y mosén Pascual. Estos últimos guiados por el más cruel e ignominioso fanatismo que puede dirigir al ser humano: la intolerancia.

Hacia la media tarde, don Ramón Sánchez salió de su casa todavía apesadumbrado por los resultados de la reciente visita. Seguía sin poder entender el alboroto ocasionado en Serafín y mosén Pascual por su amor a la lectura y la negativa de éstos a permitirle mantener íntegra la biblioteca conseguida con tantos esfuerzos. Dicha cerrazón le había ocasionado un desasosiego interno que le resultó imposible de superar a pesar de las horas transcurridas desde aquel maldito encuentro.

Necesitaba dar un paseo. Andar sería bueno para meditar y procurar una solución satisfactoria aunque era una cuestión que se le antojaba hartamente difícil. Casi tanto, como finiquitar los dolores de gota que padecía periódicamente a pesar de las atenciones del galeno local. Por un instante pensó hacia donde daría esa corta caminata y, finalmente, optó subir por el sendero de las Eras para enlazar con el camino viejo de Albarracín.

Al salir de su casa decidió que lo mejor sería girar hacia la derecha para transitar por la calle Mayor. Sin embargo, apenas penetró

en la calle le asaltó algo así como un recuerdo extraño e indefinido que le daba la impresión de estar cometiendo un error. En efecto, dicha vía ya no se llamaba de esa manera. Si quería evitarse problemas lo mejor sería que su memoria se fuera adaptando a las nuevas realidades del pueblo, para empezar tendría que reconocer en adelante a esa calle como la de Alemania. Ese era su nombre desde que un pleno del Ayuntamiento en el invierno de 1936 convino cambiar su nomenclatura en el momento oportuno, junto a otras como la del Horno o la Plaza, ahora conocidas como las calles de Italia y Generalísimo respectivamente. No podía olvidar eso ni los tentáculos del nuevo poder en Monterde, so pena de caer en nuevos agravios ante las actuales “Fuerzas Vivas” de la localidad que ya lo tenían entre ojos por su borroso pasado. Convenía sobre todas las cosas evitar que un desliz de este calibre a la hora de dar a alguien el nombre antiguo de la calle, diera al traste con su intento de amoldarse a los nuevos tiempos y sospecharan de su antiguo republicanismo.

Mientras iba andando hacia la mencionada vía escuchó como un grupo de personas hablaba a voz en grito, sin entender ni media de por dónde iban aquellos comentarios. Hizo un amago de cambiar de dirección pero en el último momento decidió seguir por el trayecto que ya tenía programado. Sin embargo, cuando giró hacia la antigua calle Mayor del pueblo ahora conocida como Alemania se dio cuenta que se había equivocado de ruta, en las puertas de la cantina estaba el mastuerzo del *Ungüevo* haciendo de las suyas. Conforme se iba acercando a los congregados e iba escuchando los comentarios no sabía a ciencia cierta cuál era el motivo de la discusión que mantenían. Tan solo resultaba evidente que el susodicho estaba por el medio y como ocurría siempre que lo hacía era cargado de razón. En el momento que éste vio cómo se acercaba el secretario don Ramón Sánchez, no dudó en increparle como hacía con todo el mundo cuando iba con algún trago de más. Y eso era algo que venía sucediendo con excesiva frecuencia durante los últimos tiempos.

—Pero mira a quien tenemos hoy por aquí, si es nada menos que el señor secretario ¿Qué se te ha perdido viejo parlanchín?

Don Ramón Sánchez se detuvo en seco y lanzó una mirada cargada de mala leche a su interlocutor. Llevaba un día de perros y después de la reunión que había mantenido durante ese mediodía no estaba para aguantar las gilipolleces de ningún soplagaitas. Quiso res-

ponderle con el primer impropio que le pasó por la cabeza pero en el último instante calló. Lo pensó detenidamente y decidió que lo más adecuado sería no seguirle la corriente replicándole cabreado, eso era lo que él esperaba. Mejor sería hacer lo contrario, es decir, atajarlo con la sorna que merecía la ocasión y, si con todo ello se irritaba aquel marmarracho, pues miel sobre hojuelas.

—Sabes Dionisio, nunca había caído en esta circunstancia pero acabo de darme cuenta que tus padres tuvieron que ser adivinos cuando te bautizaron con ese nombre.

—¿Por qué dices eso vieja cotorra? —respondió con una risita nerviosa buscando la complicidad de los presentes.

En realidad, esa brusca réplica era la lógica consecuencia de aquel inesperado comentario y de que el secretario hubiera detenido su camino. Para *Ungüevo*, lo ideal habría sido que no se hubiera parado y poder seguir increpándolo conforme se alejaba, ésta era su técnica preferida.

—Muy sencillo —comentó don Ramón Sánchez en medio de una irónica sonrisa—. Tus padres con toda seguridad tenían que tener algo de pitonisas, pues en caso contrario dime ¿por qué te pusieron el nombre del dios griego del vino? ¿O es que cuando eras tan solo un recién nacido te enganchabas como un poseso a la ubre de tu madre y por eso ya vislumbraban los derroteros que seguirías a lo largo de tu vida? Yo creo que ya entonces estaban convencidos que acabarías tus días embrutecido o alcoholizado en cualquier tugurio de mala muerte. Sabes *Ungüevo*, llevas camino de todo ello, te lo puedo asegurar. Las expectativas que hay sobre ti se van cumpliendo poco a poco como las estaciones del año o las fases de la luna...

—¡Para el carro secretario que cada día que pasa te pareces más al que tira de él! —le interrumpió con una mueca de rabia y asco.

—¿Y tú me vas a dar lecciones de urbanidad? —Se plantó serio el aludido ante aquel insulto—. Tú sí que eres un bruto... o mejor dicho más que un animal, cada día que pasa te comportas como lo haría toda una recua de acémilas. Vas hablando de carros y animales cuando tenías que estar callado. O es que te crees que hemos olvidado que has despanzurrado dos carros cuando ibas tan achispado que no veías ni el camino por donde transitabas, o aquel mulo que te tocó sacrificar cuando se cayó por el barranco. Sea por lo que sea, lo cierto es

que viendo como andas los días alternos y el del medio también, se puede concluir que tus progenitores acertaron plenamente. Y te repito una vez más que eres la viva imagen de Dionisio, el dios griego del vino —concluyó con determinación.

—¡Mentira! ¡Todo lo que dices son ¡pamplinas! —gritó exaltado su frase preferida. Al tiempo se espatarraba en el poyo de piedra y extendiendo los brazos movía nervioso la mano donde sujetaba la copa de pacharán derramando parte de su contenido.

—¡Ya estás otra vez con tu máxima favorita! Pero mira que resultas cansino siempre con la misma historia. Escucha *Ungüevo* —comentó ahora con cierta parsimonia don Ramón Sánchez relamiéndose con la respuesta que pensaba darle— yo creo que yerras en el concepto que tienes sobre dicha frase. Vamos a ver ¿por qué discutes todo lo que se te ocurre de forma tan gratuita y banal?, ¿lo haces porque así crees ser más interesante?, ¿o cada vez que mencionas ese término te ves de una inteligencia superior? Espera, espera, no me lo digas que ya lo he adivinado... piensas que discutiendo siempre de esa manera tan absurda, es como demuestras hasta donde llega tu nivel intelectual —vaciló unos segundos para calibrar mejor el remate de su intervención y sentenció—. Pues en efecto has acertado. Al decir siempre ¡Mentira! o ¡Pamplinas! a todo lo que te dicen y no te gusta, o hablar a la gente apestando a alcohol como apestas, es cuando demuestras donde se encuentra tu nivel intelectual. ¡Ah! Te aseguro que si san Etlíco levantara la cabeza lo primero que haría sería nombrarte Bodeguero mayor del reino...

—Eso son ¡Pamplinas! —Volvió a sentenciar el borracho del pueblo.

Y el señor secretario del Ayuntamiento viendo que con aquel pendenciero no había nada más que rascar lo miró de arriba abajo con patética condescendencia y manteniendo la mirada firme exclamó con una sonrisa burlona:

—¡Para ti la perra gorda!

Don Ramón Sánchez continuó su camino como si tal cosa dejando atrás al homónimo del dios griego del vino con un palmo de narices. Lo cierto es que la discusión mantenida con *Ungüevo* lejos de irritarle le había proporcionado unas sensaciones de paz y tranquilidad como hacía días no recordaba. Sobre todo, porque tal y como ascendía

por el sendero de las Eras iba dejando de escuchar el lejano murmullo de los vecinos del pueblo. Entonces, su mente comenzó a retomar los problemas que le habían llevado hasta allí en la conversación sostenida durante ese mediodía con Serafín y mosén Pascual. Las imposiciones que le habían dictado no dejaban de preocuparle y poco a poco iba acaparando todos sus pensamientos. No obstante, su mente se aclaraba conforme caminaba y una asociación de ideas se revolvía en su cerebro con tanta intensidad que incluso llegó a producirle una ligera jaqueca.

Cuando estaba casi en la cumbre detuvo su camino y se recostó sobre una enorme roca mientras con su mano presionaba la frente y las cejas proporcionándose un delicado masaje. Al instante, empezó a notar cómo el remedio natural daba su fruto y cesaba el dolor de cabeza. Entonces comenzó a percibir de una forma extraña e inusual el momento que acababa de vivir en la puerta de la cantina. Tras una breve reflexión una luz se encendió en su cerebro indicándole cuál tenía que ser la forma de actuar con sus paisanos. El señor secretario asintió sin medias tintas ni un atisbo de falsa modestia que estaba más capacitado que los vecinos de Monterde para lidiar con el que fuera, ya se tratase de los miembros del trío *Calavera*, el cura, caciques, falangistas o quien se terciara.

Gracias a su amor a la lectura y a la filosofía había adquirido los conocimientos y argumentos necesarios para enfrentarse con cualquiera y ello no era una cuestión baladí, tenía que aprovecharlo, y la discusión recién mantenida era buena prueba de sus aptitudes. De manera —pensó—, que si había sobrevivido a tres regímenes políticos con sus respectivos alcaldes tenía los bemoles suficientes para hacerlo con el cuarto, aunque fuera el más oscuro e intransigente de todos. Resultaba evidente que no tendría más remedio que claudicar en algunos aspectos, aunque dejarse perder una batalla quizás mereciese la pena ya que podía permitirle ganar la guerra. Tenía que poner todo su intelecto manos a la obra, pues en caso de que las cosas no salieran como esperaba su futuro se presentaba realmente negro. Su vida se iría a pique en un santiamén porque no disponía de más bienes que su trabajo, su casa y la biblioteca, por eso asumía con naturalidad que si lo depuraban como secretario era el fin con todas sus consecuencias. De manera que, firmemente decidido, tomó una de las decisiones más importantes de su vida y trataría por todos los medios el complacer los deseos de Serafín y mosén Pascual. Bajó de nuevo al pueblo dirigién-

dose hacia su casa por un camino diferente al de la ida, no fuera a toparse nuevamente con el berzotas del *Ungüevo*.

Mientras tanto, los parroquianos presentes en la discusión mantenida en los aledaños de la cantina no acababan de comprender del todo el lenguaje utilizado por el secretario, pero eso sí, se habían percatado del hecho de que las respuestas dadas por él había dejado cariacontecido al mayor borrachín del contorno. Aquellos vecinos podían ser rudos e incluso muchos de ellos analfabetos, pero no por ello eran tontos ni mucho menos y tomaron buena cuenta de todo lo ocurrido. Como sucede en estas ocasiones, al poco tiempo Monterde entero ya conocía el suceso y cómo don Ramón Sánchez había privado de palabras al lenguaraz, achispado y pendenciero del *Ungüevo*. A partir de ese momento Dionisio tuvo que ir con tiento y tan solo cuando iba totalmente beodo y no controlaba la situación, o cuando aquellos a los que increpaba no lo conocían lo suficiente, podía sermonearlos con su célebre frase buscando su enésima y gratuita discusión. Eso sí, tenía que ser exclusivamente en estos casos, ya que en el pueblo aprendieron la forma de atajarlo y cuando respondía con los famosos ¡Eso es mentira! o ¡Pamplinas!, le respondían solo o al unísono ¡Para ti la perra gorda! en medio del regocijo general.

Llegada la noche, don Ramón Sánchez se dispuso a calentar en la cocinilla económica la “Ropa vieja” del cocido preparada por la criada. Su ánimo había mejorado casi tanto como su apetito. Si bien aquella tarde había tomado una drástica y firme decisión, lo cierto es que no acababa de verse haciendo aquello que le habían demandado. Nunca había ejercido de pirómano y mucho menos sobre algo tan sumamente hermoso y fascinante como eran los libros. Pero él no quería pensar en ese momento tan solo sobre el presente, como si la labor de fogonero que le habían exigido tuviera que realizarla en un futuro lejano. Aunque lo cierto es que no era así. Un hermoso reloj de pared que figuraba en un lateral del comedor seguía dando las horas con precisión matemática y el minuterero corría ignorando la necesidad de detenerlo, tal y como suspiraba el señor secretario. Y así, casi sin darse cuenta del lapso de tiempo transcurrido desde que finalizara la cena, el reloj volvió a repiquetear con su monocorde sintonía las doce campanadas, recordándole que ese infame día había llegado a su fin.

En ese preciso momento don Ramón Sánchez destapaba una botella de *alcarreño* y llenaba un vasito de licor, esperando que le pro-

porcionara el ánimo necesario para el siniestro ritual que se disponía a realizar. De lo que bebiera esta noche mejor que no se enterara el médico pues le había prohibido el alcohol a causa de sus ataques de gota, aunque él hacía un caso relativo a sus consejos y para prueba, un botón. De manera que apuró su primer vasito, al que siguieron durante aproximadamente media hora otros tres más. Con el último de ellos parece que lo consiguió, así que se levantó con decisión del sillón para salir al cobertizo y recoger un canasto de mimbre grande y redondo. Con todo el pesar del mundo subió a la biblioteca y tras introducir la llave abrió la habitación para ver intacto por última vez su preciado tesoro.

Allí estaba todo de la misma manera que lo habían dejado los dos inquisidores del pueblo, con varios libros amontonados de cualquier manera en el suelo a modo de trastos inútiles. Seguía sin pensar en lo que hacía y prefería realizar su cometido como lo que era en realidad, una imposición absurda que le relegaba a la noche de los tiempos, como si estuviera viviendo en la antigua Grecia y él fuera un simple *ilota* espartano. O lo que es peor, como si le hubiesen nombrado miembro de la Guardia de Asalto alemana y tuviera que dirigir en la Opernplatz la noche del *Holocausto de libros*. Vaciló durante un instante y luego se aproximó al centro de la habitación para ir recogiendo los ejemplares esparcidos por el suelo y depositarlos con sumo cuidado en el fondo de la canasta. También retiró de las estanterías su colección de novelas eróticas y aquéllos que presumía no contaban con el beneplácito de las nuevas autoridades.

Una vez efectuó su cometido arrastró el pesado cesto bajándolo como pudo por las escaleras hasta dejarlo entre la butaca y la chimenea. Volvió a sentarse en el sillón para recobrar el resuello por el esfuerzo realizado y recogió de la mesa la botella de *alcarreño*. Esta vez no llenó ningún vaso ni gaitas por el estilo, directamente empinó el codo y bebió con ansia hasta que comenzó a notar un leve mareo que le indicaba que de seguir así acabaría de bruces en el suelo. Con el antebrazo se secó los labios y un fuerte regüeldo se escapó de su boca, esa era la señal de que estaba llegando al límite de su resistencia. No debería seguir bebiendo so pena de no controlar sus acciones, aunque eso era lo que pretendía, ignorar o no ser consciente de la barbarie que se disponía a realizar. Lo cierto es que en su interior todavía existía una constante lucha entre el deseo y la razón, aunque él se engañaba a sí mismo creyendo que dominaba por completo aquella degradante realidad.

Por fin, después de mucho pensar —o algo parecido debido a la ingesta de alcohol— decidió ponerse manos a la obra. Armado de valor quiso levantarse para recoger el primer volumen y quemarlo en la chimenea, pero ese acto todavía le resultaba imposible. De manera que insistió una vez más y alzó la botella para beber el enésimo trago deseando que el alcohol por fin le proporcionara los ánimos necesarios. Y parece ser que esta vez dio resultado, se levantó totalmente decidido y recogió el libro que tenía más a mano. No quiso saber de cuál se trataba, necesitaba realizar su cometido como un autómatas, sin sentimientos, de la forma más impersonal posible. Lo abrió de par en par forzando el lomo hasta el límite para depositarlo en lo alto de las brasas, y cuando se disponía a colocarlo se escurrió entre sus páginas una hoja doblada que fue a caer al pie mismo de la chimenea. El secretario se dio cuenta al momento y dejando el libro nuevamente en la canasta ojeó ahora su título de forma instintiva: *Los reyes, la iglesia y el pueblo ó los tres napoleones y la guerra de Italia*, publicado en el año 1860. Casualmente se trataba del primer ejemplar denostado por mosén Pascual en el expurgo de la biblioteca.

A continuación recogió el papel caído en el suelo y tras desplegar la hoja vio su contenido, no pudo evitar una amplia sonrisa y que las facciones de su rostro se relajaran. Y no era para menos, viejos recuerdos se agolparon en su memoria ante la visión del recién encontrado relato. Se trataba de la *Oda a la vejiga de Napoleón III*, una de sus primeras —digamos— poesías. Obra que escribió cierta noche donde no se acababa de centrar en la lectura e iba dejando que su mente surcara por extraños derroteros acompañados, eso sí, del inevitable *alcarreño*. La conexión entre la muerte del emperador francés Napoleón III como consecuencia de una enfermedad en la vejiga y su esposa la española Eugenia de Montijo, hizo el resto. Fruto de ello fue una descabezada ocurrencia que finalizó en el más absurdo y disparatado de los poemas escritos a lo largo de su vida. Sintió un impulso irrefrenable por volver a leer aquella oda, sus ojos ahora sí, se abrieron gozosos ante la visión del antiguo poema y se acabó recostando en el sillón buscando la máxima comodidad. Recordar batallitas como aquella, bien merecía la pena.

ODA A LA VEJIGA DE NAPOLEÓN III

Cierta noche la Montijo
cogió a Napoleón el pijo
y acercádoselo a la cara dijo
¡Oh cielos, que canijo!

Napoleón molesto la dijo
quítate la ropa Montijo
y verás como mi pijo
deja de ser tan canijo

Hizo esto la Montijo
pero ¡Oh desilusión!
continuó pequeño y canijo
el pijo de Napoleón

Entonces Napoleón la dijo
de tanto cabalgarme, Montijo
ni siento la vejiga ni siento el pijo
pero yo te regalaré un cortijo
si logras hacer que mi pijo
deje de ser tan canijo

¡Napoleón, has dicho un cortijo!
¡Sí! Respondió él, un cortijo
Y si encima me das un hijo
Te regalaré de oro un crucifijo

Acudió a la ermita la Montijo
que siempre le había dado cobijo
y después de rezar un rato dijo
Ayúdame san Cojonciano ¡qué aflijo!
pues Napoleón quiere que su pijo
deje de ser tan canijo

Se apareció san Cojonciano y la dijo
Este Napoleón es un entresijo
si es torpe, viejo y canijo
para qué aumentarse el pijo
en fin, yo que soy muy prolijo
buscaré solución para este acertijo

Se friccionó con ganas la barba
y después de pensar un rato dijo
¡Que se coloque un muelle
con resorte en el pijo!

Hizo pues Napoleón
lo que le dijo la Montijo
y colocándose un muelle
con resorte en el pijo
quedó como san Cojonciano dijo
Napoleón, torpe, viejo y canijo
pero con un lustroso pijo

Al terminar de leer su poesía don Ramón Sánchez radiaba felicidad por todos sus costados. Conforme repasaba el contenido del escrito su mente se trasladaba a la madrugada en la que compuso dicho poema. Y es que las noches para el señor secretario solían ser muy especiales. Vivir en soledad, como era su caso, le había convertido en una persona introvertida y encontraba en la lectura una válvula de escape que rompía la prolongada monotonía de su estancia en el hogar. Ya desde sus tiempos de estudiante gozaba leyendo, pero a partir del desengaño amoroso de su juventud la lectura se convirtió en una actividad compulsiva, casi enfermiza.

Muchas noches en el verano las pasaba en su biblioteca escrutando libros de todo tipo, mientras que durante el invierno solía hacerlo en el comedor sentado en su sillón y gratamente reconfortado por el calor de la chimenea ¡Cuántos ejemplares pasaron por sus manos durante aquellas noches interminables y cómo gozó con las historias leídas! Con su habano en la boca y la copa de brandy se sentía el hombre más dichoso del mundo. Y por si fuera poco, para su uso personal disponía de incontables relatos eróticos, que de tanto leerlos conocía casi al dedillo y le servían de válvula de escape. Si bien antaño se desahogaba visitando la fulana que tenía amancebada en Teruel, ahora que su miembro se hallaba en horas bajas y apenas le respondía tenía que conformarse con practicar los vicios de Onán, eso sí ayudado por aquellas maravillosas novelas. Es uno de los inconvenientes que tiene la soledad, que no deja más opción que la de consolarse cada uno como buenamente puede ¡Qué recuerdos los de aquellos entrañables años!

Aunque no sólo de carne vive el hombre y, don Ramón Sánchez, también rememoraba con indescriptible placer la lectura de obras clásicas como *Anábasis. La expedición de los diez mil* de Jenofonte, *Los nueve libros de la historia* de Heródoto o *La guerra de las Galias* de Julio César y así hasta un largo etcétera. Leídas todas ellas al calor de la lumbre mientras en la calle nevaba, llovía o hacía el tiempo que le daba la gana ¡Qué más daba! En realidad todo ello le traía al paio, porque con la lectura llegaba a abstraerse por completo y se sentía el hombre más feliz del universo.

Muy a su pesar, tras los instantes relajados y sumamente placenteros que acababa de vivir con la lectura del poema y los viejos recuerdos, no quedaba más remedio que volver a la cruda realidad. En ese momento mantenía entre sus manos aquél descolorido papel, que sin embargo para el secretario era oro en paño. Una vez que finalizó su lectura lo dobló con sumo cuidado colocándolo en la rehalda del hogar. Allí lo mantuvo sujeto debajo de un bello y floreado jarrón que dotaba de incomparable belleza al frontal de la chimenea. Fue recomponiendo su ánimo conforme pensaba la manera de continuar pero su indecisión era más que notable. En estos momentos se encontraba de nuevo como antes de descubrir el poema, es decir, sin acabar de decidirse a cumplir con su cometido ya que a pesar de la palabra dada se reconcomía por dentro.

Sin embargo, de repente le sobrevino una maravillosa idea. Todavía podía haber marcha atrás y salvar del cadalso al menos a parte de su colección. Recordó una cuestión que incomprensiblemente se le había pasado por alto, con toda seguridad, como consecuencia de los momentos tan intensos y aciagos que había vivido desde el mediodía. Disponía en la alacena de la cocina de un doble fondo que daba al suelo, allí tenía guardada una cajita de metal con parte de sus ahorros y alguna que otra joya fruto de herencias familiares. No era un hueco demasiado espacioso, pero con toda seguridad sería lo suficiente como para salvar varios ejemplares y que nadie los pudiera encontrar.

Rápido acudió a la cocina y abriendo las puertas inferiores de la alacena se dispuso a retirar las ánforas de las cantareras, junto al resto de los utensilios almacenados. Una vez sacados los objetos levantó la tabla suelta que servía de techo a su particular caja de caudales. Luego encendió el candil y lo aproximó para comprobar su profundidad, aunque una mueca de fastidio surcó su rostro al comprobar que ésta era inferior a como él la recordaba. No obstante hizo los cálculos necesarios para conjeturar cuántos libros podrían caber en aquel espacio. Sacó la pequeña caja de caudales y la llevó de nuevo al comedor colocándola encima de la mesa. La verdad es que ésta le importaba más bien poco y no solo por ser escasas las joyas que guardaba, sino más bien que el dinero allí depositado era republicano y su valor en la zona rebelde era nulo.

Pero ahora venía el momento más comprometido, el espacio de la alacena era pequeño y no podría colocar más que unos pocos ejemplares, por lo tanto tenía que decidir cuáles salvaría. Todavía algo confuso por el acopio étlico que había realizado durante esa noche comenzó a pensar si podría esconder más libros por el resto de su casa. No tardó en descorazonarse, su vivienda además de ser pequeña no disponía de ningún recoveco para poder ocultar bultos de tamaño mediano. Por más vueltas que le daba el único espacio disponible de la casa era el de la alacena, perfectamente construido por los anteriores propietarios y que dio con él por pura casualidad. En este aspecto estaba seguro que nunca lo encontrarían, pero respecto al resto de la casa no lo tenía tan claro. Si había una inspección tal y como le habían insistido y encontraban la caja de caudales no pasaba nada aunque el dinero fuese republicano, ya que en los años anteriores había trabajado de funcionario y cobrado su legítimo salario del Estado, por aquel en-

tonces la República. Pero si encontraban alguna de las obras condenadas podía ocurrir cualquier cosa, solo de pensar en ello se estremecía.

Cuando hubo decidido que aquel era el único lugar donde podía ocultar algunos libros quedaba por elegir aquellos que salvaría. Cogió con fuerza la canasta y la empujó hasta la cocina, luego fue sacando los ejemplares de su interior depositándolos con todo el cuidado del mundo encima de las losetas del suelo. Una vez extendidos, los miró a todos con suma atención calibrando la importancia que les otorgaba y fue directamente a recoger los primeros elegidos para el indulto. Aquellos afortunados, como no podía ser de otra manera conociendo su manera de ser, fueron *La República* de Platón y *Política* de Aristóteles, ahí no tenía ni la más mínima duda. Eso sí, cuando fue a colocarlos lo hizo con cierto temor por si encajaban adecuadamente debido a su tamaño, pero tuvo suerte y aunque algo justos entraron al fin y al cabo. Antes había situado a modo de forro en el fondo del agujero, hojas de periódicos viejos que gastaba para encender, en este caso podía servirle para aislar los libros de la humedad reinante en aquel espacio. Poca holgura quedaba ya para seguir completándolo, tan solo hacia arriba. Volvió a mirar los ejemplares que seguían en el suelo como si se tratara de una exposición ferial. Aquí las dudas sí eran tremendas, no acababa de elegir e indeciso bandeaba continuamente la cabeza.

Después de muchas cavilaciones apreciando los pros y las contras con continuos amagos hacia un libro u otro, finalmente se declinó de forma inopinada por las novelas eróticas. No cabían todas por supuesto ya que en conjunto su colección se acercaba a la treintena, por lo que tuvo que elegir entre ellas y después de rastrear a través de sus recuerdos más libidinosos se decidió por siete títulos. Los colocó encima de los que ya tenía escondidos y para su desesperación excedían la capacidad de almacenamiento del hueco. Volvió a sacar los siete elegidos y después de mucho cavilar decidió eliminar una obra de Fray Cerrojo titulada *Noche de novios*. El resto de los escogidos que se unirían a los clásicos griegos fueron las novelas de Juan del Olmo *Ah, pero ahí también*, Gonzalo González Gonzaga *Con paciencia y saliva*, César Cuevas *Julia la gozadora* y tres del Caballero Audaz *La hija de la cortesana*, *El pozo de las pasiones* y *De pecado en pecado*. Cubrió el agujero con las hojas arrugadas de un periódico y colocó encima la tabla forrando a la perfección aquél escondido hueco. A decir verdad, dicha

selección era pura locura y con toda seguridad de haber estado sereno habrían sido otros los elegidos, pero lo cierto es que en estos delicados momentos se dejó guiar por su instinto. Luego volvió a situar las ánforas en las cantareras junto al resto de los objetos cerrando a continuación las puertas de la parte inferior de la alacena.

Una vez guardados aquellos libros, don Ramón Sánchez, preso al mismo tiempo de una gran excitación y amargura, no pudo contenerse. Apretó los puños con rabia y levantó la cabeza lanzando un prolongado bramido que retumbó en la pequeña estancia. Era un grito de dolor y desesperación. Con él expulsaba sus demonios como si aquél alarido formara parte de un ritual exorcista. ¡Qué injusta era la vida! Nunca jamás se había sentido de esa manera. Había tenido que decidir qué libros tenía que salvar de la hoguera y era como exigir a una madre que escogiera entre todos sus hijos a quién quería salvar de la muerte. Y eso es lo que en cierta manera representaban para él los libros de su biblioteca.

Se sentía fatal. Ni siquiera saber que había salvado a varios de ellos le reconfortaba lo más mínimo. Aunque es cierto que en su interior seguía con la coetilla que rondaba su cabeza desde la tarde anterior. Eso tan manido del mal menor, de perder una batalla como representaba la quema de parte de su biblioteca para poder ganar la guerra, es decir, guardar el resto y que lo dejaran vivir en paz. El fin nunca justificaba los medios y él lo sabía. Ramón, siempre había criticado a aquellas personas cuya existencia basculaba alrededor de esa forma de vida, pero ahora él mismo, en una coyuntura delicada se situaba a idéntico nivel de lo que siempre había menospreciado y combatido. Y eso que en lo más profundo de su ser una voz le pedía que no se rindiera, que le plantara cara a la adversidad y fuera leal consigo mismo. Sin embargo todo daba igual, la decisión ya estaba tomada.

Repuesto de la excitación que supuso para don Ramón Sánchez la ocultación de aquellos libros, quedaba por consumir el compromiso que había adquirido y no tenía más narices que cumplir. Estaba convencido que a la mañana siguiente tendría la visita de los dos inquisidores locales por ver el estado de la biblioteca y ojear sibilamente entre las cenizas de la chimenea. Era de suponer que con toda seguridad albergaría algún resto de las obras entregadas al ardiente abrazo de Hefesto, el dios griego del fuego. Por ello se dispuso con gran pesar

a volver a introducir los libros condenados a la canasta de mimbre, y una vez lo hizo la empujó hacia el comedor dejándola nuevamente al pie de la chimenea.

Cansado por el trajín que había llevado se sentó en su butaca situada al pie mismo del hogar. Se repetían las circunstancias del primer paso que dio esa noche cuando el secretario bajó de la biblioteca los libros censurados. Ahora volvía a sentir la enorme presión de lo que inevitablemente tenía que llevar a cabo. Y como la vez anterior recogió la botella de *alcarreño* sorbiendo de ella como haría un bebé de la teta de su madre, no paró hasta que las gotas de licor se escurrieron entre sus labios por la imposibilidad de su garganta para poder deglutir todo aquel caudal. Prácticamente había finiquitado la botella y todavía no había tenido arrestos de realizar el cometido que se había impuesto. Él seguía recostado en el sillón con las piernas abiertas de par en par y los brazos cayendo por su peso a ambos lados de los reposabrazos, mientras sostenía en una mano la botella de licor. Se mantuvo en esa posición durante unos minutos esperando, con cierta indolencia, que los tragos realizados surtieran efecto y lograran animarlo, pero los remordimientos eran un lastre difícil de llevar y le impedían comenzar.

Poco a poco el alcohol iba haciendo efecto y empezaba a sentirse como en una nube, de manera que alzó su brazo para comprobar la cantidad de bebida que quedaba y acabó decidiéndose por apurar su contenido. A continuación acudió a la bodega como buenamente pudo, sin dejar de apoyarse en las sillas y muebles que encontró por el camino hasta que por fin logró agenciarse una nueva botella. El retorno hasta el comedor también costó lo suyo estando a punto de caerse en un par de ocasiones, pero por fin llegó recogién dose nuevamente en la butaca del comedor. La cabeza le daba vueltas, pero a pesar de todo pudo abrir la botella y beber un pequeño trago alcanzando esta vez el clímax perfecto, ni tan sobrio y por lo tanto imposible de realizar conscientemente la quema de sus libros, ni tan borracho como para no saber lo que hacía. En aquel punto intermedio se encontraba la perfección.

Entonces se decidió por fin a levantarse y recoger el primer ejemplar que debía sacrificar. Quiso el azar que fuera el de los franceses que había querido quemar anteriormente. Tal como hizo entonces dobló el lomo todo lo que pudo y espaciando las hojas para permitir el paso del aire entre ellas lo alojó encima del cúmulo de brasas. No

tardó en comenzar la ebullición del papel y poco a poco las llamas fueron devorándolo. Don Ramón Sánchez miraba con ojos vidriosos como las flamas de la hoguera iban consumiendo aquél ejemplar tachado por mosén Rufino de ser un compendio masón, librepensador y otras sandeces por el estilo. La tensión pudo con el secretario y, en silencio, las lágrimas comenzaron a surcar su rostro, pero a pesar de todo volvió su mirada hacia la canasta y recogió un nuevo ejemplar. Ahora, al contrario de lo que pensaba en un principio sí le apetecía leer los títulos. Este era el *Romancero Gitano* de García Lorca. Hizo lo mismo que con la obra anterior y doblando el lomo del libro lo máximo que pudo lo introdujo en la chimenea, mientras en un ejercicio mental intentaba recordar algún pasado momento vivido durante su lectura. En estos instantes el llanto ya no era tan silencioso y las lágrimas brotaban de sus ojos con la fuerza de un torrente en una tormenta de verano. Mientras lloraba con una pena infinita aquél hombretón maldecía su suerte, suspirando entrecortadamente y lamentando el cruel destino con el que aquellos malditos bastardos habían condenado a sus amados libros. Y bebía, seguía bebiendo como si le fuera la vida en ello.

La incendiaria bacanal que había tenido lugar esa noche en su casa le hizo recordar otros momentos vividos durante su juventud cuando estuvo estudiando en Valencia. El fuego de su chimenea se alzaba simulando una falla en el momento de la *cremà*, aunque ésta era la única coincidencia. En las fallas, la hoguera personificaba un auto de fe donde había que reducir a cenizas las imágenes que representaban, por regla general, aquello que el pueblo llano quería redimir o mejorar. Eran llamas purificadoras sobre cuyos rescoldos se reiniciaba un nuevo ciclo de la vida. Sin embargo el fuego de la chimenea de su casa representaba todo lo contrario, ya que se quemaba aquello en lo que no se creía para destruir y borrar de la faz de la tierra los textos e ideologías diferentes. Libros escritos por personas que cuestionaban el pensamiento único y homogeneizador de los que detentaban el poder y que pretendían imponer su excluyente modo de vida a sangre y fuego.

De esta manera fue transcurriendo aquella aciaga noche. Cada vez que cogía un ejemplar lo miraba con infinita ternura e intentaba recordar algún pasaje del mismo y después de suspirar lo lanzaba a las llamas. Entre libro y libro bebía un sorbo de *alcarreño*, era la única

manera de seguir adelante. Algún ejemplar incluso llegó a besarlo en reconocimiento por los buenos momentos que le había hecho pasar. Aquí hubo de todo, desde cierta novela de Blasco Ibáñez a varias de las *guarrindongadas* tan denostadas por mosén Pascual. Y así pasó aquellas horas interminables cogiendo los libros, comprobando sus títulos, recordando anécdotas, bebiendo y llorando como nunca en su vida había hecho, hasta que por fin dejó vacía la canasta.

La madrugada hacía su aparición cuando el secretario quemaba los últimos ejemplares, borracho y con una más que deplorable estampa. Una vez que terminó con el último ejemplar, que por cierto fue *Campos de Castilla* de Antonio Machado, empinó el codo la postrera vez en aquella turbulenta noche. Salió al cobertizo y mientras observaba las primeras luces del alba tuvo un acceso de ira, lanzó la botella que sujetaba en la mano contra la pared del corral haciéndola estallar en mil pedazos. Acto seguido, le sobrevino una fuerte náusea y comenzó a vomitar todo lo que el estómago de un ser humano puede albergar o incluso más. El considerable esfuerzo pudo con él por lo que tuvo que arrodillarse en el suelo y apoyar las palmas de las manos en el mismo, mientras le sobrevenían furiosas arcadas una tras otra. Conforme su estómago se iba vaciando la madrugada se consolidaba, su frescor le hizo tiritar y al menos aparentemente le ayudó a sobreponerse lo suficiente, como para poder volver al sillón del comedor aunque fuera dando tumbos. Don Ramón Sánchez se encontraba deprimido, con el ánimo hecho añicos y no dejaba de pensar en la barbaridad que acababa de cometer.

—¿Pero qué he hecho? —Se repetía sin parar mientras con las manos tapaba su rostro completamente avergonzado, borracho, llorando como una Magdalena y con persistentes ataques de hipo—. Yo, que criticaba a los nazis por su persecución sistemática de la cultura, voy y organizo mi propio *Holocausto de libros* —balbuceaba entre lágrimas.

Estaba completamente destrozado, los remordimientos le carcomían por dentro y por más que le daba vueltas no conseguía reconocerse. Esa noche iba a suponer un antes y después en su vida, de eso estaba seguro. Tras unos segundos de silencio sollozaba lamentándose por su irreparable actuación. Los efectos del alcohol se superponían entre los gemidos lastimeros y sus lágrimas, para otorgar a sus delirantes palabras la supuesta virtud de la verdad, según el refranero popular.

Durante esa noche, la orgía inquisidora instigada por Serafín y mosén Pascual logró reducir a cenizas una parte de la biblioteca de don Ramón Sánchez. Sí, aunque la culpa no residía solamente en aquéllos. Por más que el señor secretario se negara a reconocer, nunca podría olvidar que en aquel aquelarre de fuego había copado los principales papeles: protagonista, fogonero y verdugo. Por lo tanto, la última responsabilidad por todo lo ocurrido no había que buscarla en nadie más que en él mismo, porque suya había sido la decisión final de llevarla a cabo. Y ese sentimiento de culpa nacido durante esa madrugada al calor de la hoguera, lo iba a arrastrar a modo de ignominioso baldón durante el resto de su existencia.

A media mañana del día siguiente recibió la visita de Serafín con una talega repleta de libros colgada al hombro. Llevaba varios ejemplares sobre el Caudillo junto a otras obras que ensalzaban la España eterna y el papel de la Iglesia en el triunfo del bando “Nacional”, de aquella guerra que llegaron a bautizar como “Cruzada”. Volvió a reconvenirle que tenía que comprar ejemplares similares en el momento que acudiera a Teruel para tener plenamente dispuesta y como mandaba Dios su biblioteca. El secretario asentía como no podía ser de otro modo todas sus indicaciones. Sin apenas pronunciar palabras se dirigía al falangista tan solo con monosílabos, la cabeza agachada y completamente humillado, sabedor de que su futuro estaba en sus manos.

A partir de esa triste noche, los remordimientos le atenazaron de tal manera que ya no volvió a ser el mismo. Durante los siguientes meses cambió su carácter, se hizo más introvertido si cabe y daba la impresión de que ya nada le importaba. Los sucesos que tuvieron lugar en el Ayuntamiento varias semanas más tarde le confirmaron que en efecto había vendido su alma al diablo pero a cambio tenía a salvo su trasero. Una sesión de la Comisión Gestora del Ayuntamiento celebrada el día 8 de abril de 1939 confirmó el cese en sus funciones del anterior alguacil y del practicante municipal, represaliados y puestos a disposición de las autoridades por el simple hecho de haber sido fieles en su momento a la legalidad de la República Española. De buena se había librado, triste consuelo que bañó en alcohol durante esa noche y fue la primera de otras muchas, en las que emborrachándose pretendía olvidar sus propias vergüenzas.

Ya habían pasado unos cuantos años desde que finalizara la Guerra Civil y la vida del secretario de Monterde de Albarracín se había estabilizado, a pesar de los negros augurios que ensombrecieron su ánimo con la depuración de funcionarios realizada en 1939. En todo aquel equilibrio había tenido mucho que ver la ayuda prestada por Serafín y mosén Pascual. Auxilio que no le resultó en balde ni mucho menos, ya que ambos personajes ejercieron de supervisores de todas sus actividades e incluso, en muchas ocasiones, le hicieron retractarse de alguna de ellas. Y el ninguneo con que lo trataban era lo que más le dolía en esta nueva etapa de su vida, a pesar de que a comienzos de los años cuarenta firmó su completa adhesión al nuevo Régimen afiliándose a la Falange. Don Ramón Sánchez había cumplido con su máxima de ser un superviviente nato, aunque lo cierto es que en esta ocasión había sido un reconvertido a la fuerza.

Los primeros años del franquismo fueron sin lugar a dudas los más críticos en su vida, además mantuvo un incesante duelo para hacerse hueco entre los poderes locales. Ya no bastaba con su puesto de secretario, en esta nueva época si quería sobrevivir necesitaba mantener su cuota de poder más que en ninguna de las anteriores. Para conseguirlo, tenía que luchar a brazo partido contra el trío *Calavera* además de lidiar con el rechazo de los capitostes locales. El primer momento donde las tensiones se dispararon tuvo lugar a finales de febrero de 1943, ya que a la muerte del Delegado Sindical local siguieron las presiones para ocupar su cargo entre el propio secretario y Antonio Talanca, alias el *Judas*.

Ambos personajes mantenían un enconado enfrentamiento desde hacía tiempo para formar parte del núcleo duro del Régimen en Monterde de Albarracín y, como cabía esperar, cada uno de ellos tenía sus propios padrinos. El de don Ramón Sánchez era el del alcalde, el tío *Celipe*; mientras que en el caso de *Judas* su apoyo provenía de Serafín, el Jefe local de la Falange. El secretario aspiraba al cargo por sus permanentes ansias de seguir ejerciendo el poder de la manera que fuera. Mientras que para el miembro del trío *Calavera*, aumentarían las facilidades para seguir medrando a la sombra tal y como venía realizando con el estraperlo, gracias a la ayuda de Serafín y de otros terratenientes locales.

Lo cierto es que el intento de ocupar aquel cargo tenía su miga, era el complemento en el pueblo junto al Jefe local de la Falange para

llevar a cabo la mayor parte de las disposiciones emanadas desde la Jefatura provincial. Y precisamente, en el mes de marzo comenzaba una ingente tarea organizada y dirigida desde el Gobierno Civil de Teruel, nada menos que para el blanqueo obligatorio de las casas de los pueblos de la provincia. El grupo de presión más fuerte en el pueblo era el que apoyaba al *Judas*, que ya había comenzado a hacer planes sobre como mangonear y sacar tajada del asunto. Por lo pronto, habían contactado con los dueños de la calera de Orihuela del Tremedal que era de donde tenía que venir la cal para utilizarla en el blanqueo. Sin embargo, con lo que no contaban era con la negativa del alcalde y ésta no era una cuestión baladí, ya que se trataba de una de las personas más respetadas por su rectitud y honradez. El tío *Celipe* no estaba dispuesto a permitir los excesos que algunos militantes como los miembros del trío *Calavera* y varios terratenientes desde que acabó la Guerra Civil, y tenían en el estraperlo su punto más importante. Por eso negó su apoyo al *Judas* y, enfrentándose a todos los presentes en la asamblea local donde se trató el tema, impuso su criterio con apariencia de imparcialidad, debido a la labor pretendidamente administrativa que había de llevarse en el control de la operación. Todo, para que accediera al cargo el secretario del Ayuntamiento.

Este revés cimentó todavía más el encono entre las dos facciones de la Falange, que llegó a su punto culminante varias semanas después. El día 1 de abril se recibió una circular en el Ayuntamiento dirigida desde la Comisaría general de Abastecimientos y Transportes, donde se daban las instrucciones para un cambio próximo del sistema de Racionamiento. Un mes y medio más tarde de finalizada la Guerra Civil española había quedado establecido este sistema que, a pesar de sus intenciones, no logró solventar las tremendas necesidades de una población paupérrima y hambrienta. Las primeras cartillas de Racionamiento fueron familiares, pero debido a las carencias advertidas, con el paso del tiempo se acabaron cambiando en mayo de 1943 por cartillas individuales. Para el trío *Calavera*, era la segunda oportunidad que se presentaba para acaparar más poder y contaban nuevamente con la inquebrantable ayuda de los que siempre les habían favorecido.

Ungüevo y *Judas* llevaban la voz cantante en el estraperlo que se realizaba en el pueblo, pero lo cierto es que eran muchos a repartir. Serafín, como Jefe local, hacía la vista gorda y avisaba en cuando tenía

conocimiento de algún registro o investigación, mientras que varios paisanos ricos, les proporcionaban la harina elaborada a escondidas en el molino del pueblo. Cuando tenían la suficiente como para realizar el estraperlo se quedaba el *Chivato* en Monterde, mientras que la otra pareja que completaba el trío transportaba el cargamento entre la tarde-noche y perfectamente camuflado hasta la estación de Cella. Allí, con la complicidad de algunos ferroviarios era transportado en tren hasta Valencia. También en algunas ocasiones *Ungüevo* y *Judas* lo bajaron personalmente a la capital del Turia, sobre todo cuando sus enlaces habían conseguido otros productos como tabaco, medicamentos o cualquier artículo susceptible de ser intercambiado por su escasez en la Sierra de Albarracín.

Sin embargo y a pesar de todo su interés tampoco en esta ocasión lograron el apoyo del tío *Celipe* entre otras cuestiones, por la labor del secretario como Delegado Sindical local durante los casi dos meses que llevaba en el cargo, la cual había sido perfecta. Lo que resultaba más importante es que se estaba cumpliendo con los plazos del blanqueo de las casas y, al menos aparentemente, el alcalde no observaba ningún acto que le hiciera sospechar. Las presiones a las que se vio sometido fueron ingentes, tanto que hasta llegó a amenazar a su hijo con la dimisión. Afortunadamente este ultimátum cumplió su objetivo, por lo que don Ramón Sánchez pudo seguir en su cargo controlando la distribución del Racionamiento en la abacería del tío *Conejos*.

Las relaciones entre el secretario y el trío *Calavera* se estaban volviendo cada vez más tirantes. Todo tipo de apremios incluso el del propio mosén Pascual llovían sobre el señor alcalde pero a pesar de ello no se amilanó. Y por tercera vez en poco tiempo tuvo lugar un nuevo intento para descabalar de su nuevo puesto a don Ramón Sánchez. A mediados de mayo de 1943 se recibió un oficio restringido de la Delegación Provincial de Sindicatos, en la que se comunicaba la celebración de un acto sindical agrícola que se iba a celebrar en Teruel el día 30 de ese mismo mes. Como en tantas ocasiones se daba una serie de órdenes a tener en cuenta, como las consignas que debían de proclamar los participantes, el número de labradores que tenían que acudir al evento y cuantos tenían que ser los ricos y pobres, siendo estos últimos abastecidos gratuitamente por los primeros. Y por último se indicaba que desde la Delegación tomarían buena nota del celo en el cumplimiento de dicha orden, cuestión que sonaba ciertamente a una sote-

rrada amenaza. Sabedores en el pueblo del contenido de aquella misiva, los miembros del trío *Calavera* hicieron todo lo posible para boicotear el acto.

El sábado víspera del viaje programado, don Ramón Sánchez caminaba por la senda del Barranco de *La Hoz*. Iba ensimismado por la belleza de aquella primavera algo tardía y buscaba la necesaria inspiración para realizar otro de sus incalificables poemas. Ante sus ojos, las hierbas, arbustos y plantas con su variado colorido, adornaban los márgenes del arroyo Manzano y las laderas de las montañas que encajonaban su curso. Se había parado ante la presencia de varios guillomos en plena floración, mientras observaba la multitud de flores que lo engalanaban y dotaban a esos arbustos de gran tamaño con una estampa sumamente bella y singular. En plena contemplación escuchó el ruido de un carro que se aproximaba sin hacer el menor caso, pero cuando cesó el sonido de las ruedas no dudó en girarse para observar de quien se trataba. La mueca de fastidio resultó inevitable al comprobar la presencia de varios conocidos falangistas, entre ellos dos de sus más odiados adversarios.

—Buenos días Ramón, ¿ya tienes preparados los papeles para el acto sindical de Teruel? —le saludó el *Judas* ejerciendo de portavoz de los recién llegados.

—Estoy en ello —respondió ciertamente incómodo por aquella pregunta inesperada—, he encontrado algunas reticencias pero creo que al final podré completar el grupo para el viaje.

—Pero... ¿es que todavía no lo has logrado apalabrar con los ricos...? Oye, que nosotros no vamos diciendo nada para que no les quieran pagar el viaje a los pobres del pueblo... ¡Eh...!

—¿Qué me estáis diciendo?

—Pues eso... que si no les pagan el viaje de mañana a los *po-rretones* no será por nuestra culpa... que ninguno de nosotros ha hablado con los hacendados y camaradas que irán mañana a Teruel...

—¡Ah! Ya veo... lo cierto es que disimuláis muy mal... *Excusatio non petita accusatio manifesta*.

—Oye chupatintas te he dicho mil veces que a mí me tienes que hablar en cristiano —explotó el *Judas* como siempre que le escuchaba decir latinajos.

—Tranquilos no os enfadéis que son cosas mías...

—No me lo creo y por si acaso tu familia mucho más... Ahí te quedas con tus flores que nosotros sí que trabajamos y nos vamos a escardar.

Ungüevo que era el conductor tiró de las riendas del macho dando por finalizada de forma brusca aquella conversación entre la risotada general del grupito. Y en efecto, tal y como había escuchado hubo un plantón de los hacendados del pueblo varios de ellos falangistas, en seguir las órdenes emanadas desde la dirección del partido en Teruel. Al final solo ellos acudieron a la Asamblea porque ninguno de los pobres del pueblo quiso ni pudo costearse su estancia y la comida en la capital. También había acertado el señor secretario con su latinajo, resultaba evidente que aquella excusa sin venir a cuento por algo que aún no había ocurrido, en realidad los estaba acusando de haber sido los inductores. Este fracaso del Delegado Sindical local en seguir las indicaciones de la Jefatura provincial tuvo sus consecuencias que se tradujeron en el progresivo aislamiento al que se vio sometido don Ramón Sánchez.

El tira y afloja entre el trío *Calavera* y el señor secretario continuó prácticamente inalterable durante los siguientes años, aunque las posiciones ya estaban claras desde que Ramón Sánchez dimitió de su cargo como Delegado Sindical local y fue sustituido por Antonio Talanca, alias el *Judas*. Finalmente el grupo de oportunistas acabó saliendo con la suya ante la desesperación del alcalde que veía, con creciente temor, como las injerencias de su hijo en la vida municipal iban en un constante aumento y parecía no tener fin.

Por su parte, el secretario quiso dar por finalizada una etapa de su vida. Llegó un momento donde se dio cuenta de que su obsesión por mantenerse a la sombra del poder había llegado a ser enfermiza y no quería ser una rémora ni causar ningún perjuicio al alcalde. Ya se consideraba muy mayor para seguir luchando. Prefería gozar de todos los momentos por breves que fueran con lo que más le gustaba, leer, escribir y pasear. Todo ello muy en la línea de lo que su querido y añorado Boro le había insistido como necesario y fundamental para poder conseguir la plena felicidad. Para ello tenía que seguir a pie juntillas las enseñanzas de Epicuro, aquel sabio griego tan denostado por el propio Ramón Sánchez, cuando discutían sobre filosofía en su tertulia de

los sábados por la noche. Entre el epicureísmo y la escatología acabaría dándole la razón a aquel maestro anarquista con el que convivió durante la mayor parte de la República.

En un ejercicio de autocrítica, no dejaba de pensar que con toda seguridad había errado el camino elegido y lo que primaba era disfrutar de la vida en la medida de sus posibilidades. Nunca era tarde para poder enderezarla y aún tenía tiempo de ser feliz a pesar de la incómoda presencia de fascistas y oportunistas como el trío *Calavera*. Y de esta manera quedó repartido el poder en Monterde de Albaracín durante los siguientes años, don Ramón Sánchez actuando únicamente como secretario del Ayuntamiento, y Serafín junto a mosén Pascual y el trío *Calavera* haciendo y deshaciendo a su antojo.

El paso inexorable del tiempo le estaba jugando una mala pasada a don Ramón Sánchez. Cuando se aproximaba el verano de 1947, a sus sesenta y tantos años de edad tenía la sensación de ser casi un anciano. No disfrutaba del aguante y las agallas suficientes como para soportar con un mínimo de decoro aquellos años tan convulsos. Las nuevas generaciones, además de ser más activas se habían forjado en tiempos difíciles y lo sobrellevaban de mejor manera. Sobre todo lo notaba en la pérdida de su libido, antaño un volcán en erupción. Por eso, cuando comenzaron sus problemas de erección se aficionó a la vida de *voyeur*. Se contentaba con echar un vistazo a las parejitas mientras se hacían arrumacos o miraba con lascivia a las adolescentes del pueblo, quizás rememorando aquellos lejanos años de su vida en los que tuvo el primer contacto con la sexualidad. Esta última afición no había dejado de ocasionarle disgustos, al soltar alguna impertinencia erótica a más de una jovencita y tener que vérselas luego con sus padres para deshacer entuertos, con mil y una excusa. Pero en el momento que apreció que esas disculpas menoscababan su autoridad, se obligó a sí mismo a cambiar aquellos hábitos tan sumamente perniciosos como inmorales. Y encontró en su antigua pasión por la literatura erótica una válvula de escape donde podía desahogarse en la más completa intimidad.

Lo cierto es que pasó su travesía del desierto durante unos cuantos años, hasta que tuvo el valor de arriesgarse y abrir el escondite de su alacena donde guardaba los libros que pudo ocultar en la quema parcial de su biblioteca casi al final de la guerra. Mientras los desempolvaba, no dejaba de pensar que quizás había acertado en aquel terrible momento cuando tuvo que elegir los títulos que merecían ser salvados y optó entre ellos por algunos eróticos. Sonreía mientras lo recordaba y rememoraba el impulso que le llevó a guardarlos, posiblemente un sexto sentido previniendo los malos tiempos que le podía deparar el futuro.

Y visto lo visto acertó de pleno. Siendo un avezado lector como en realidad era, no conseguía en cambio encandilarse con la nueva bibliografía impuesta por las autoridades del Régimen, y que para él destacaban a modo de inmoral afrenta entre las obras literarias que poblaban su amada y culta biblioteca. Por más que continuara con su afición nocturna de embelesarse leyendo libros, no acababa de solazarse con la insigne vida del Caudillo ni otros bodrios semejantes, ni tan siquiera con las vivencias de santos y mártires, por mucho que insistiera el párroco del pueblo buscando la salvación de su alma. De manera que aunque lo intentaba, finalmente cedía a las tentaciones y acababa teniendo entre sus manos alguna novela picante. Si encima notaba un gusanillo entre las piernas su felicidad era completa, aunque es cierto que le costaba Dios, ayuda, y también por qué no decirlo, un poco de paciencia poder alcanzar el clímax.

Durante la segunda quincena del mes de junio de 1947, el ambiente en el pueblo se había calmado después de la excitación por todos los acontecimientos vividos con la entrada del Maquis. Todo parecía haber vuelto a la normalidad pero tan solo era un espejismo, la reciente presencia de la viuda de José María Cavero había encendido los ánimos de los falangistas y amigos de su difunto marido. Se rumoreaba que aquella mujer no acababa de estar bien de salud desde que finalizara la guerra, pero esa era una cuestión que al secretario le traía al paio, bastante tenía él con sus problemas como para inmiscuirse en asuntos ajenos. Además, la viuda María Rosario nunca le había caído del todo bien,

por lo que prefería mantenerse alejado de todas sus invitaciones para celebrar sus habituales conciliábulos junto a otros prebostes locales.

—¡Eh! Secretario...

Ramón Sánchez escuchó la inconfundible voz de *Chivato* pero prefirió ignorarla ya que con toda seguridad se trataría de alguna tontería como acostumbraba. Pero aquel atolondrado no estaba por la labor de dejarle marchar sin más y persistió en la llamada.

—¡Secretario! Qué demonios te pasa... ¿o es que no me oyes?

A pesar de su insistencia, el aludido continuaba haciéndose el sordo y seguía andando sin realizar ningún movimiento por el que pudiera intuir que le había escuchado. Pero lo cierto es que no le sirvió de nada. El *Chivato* aceleró el paso y colocándose delante de él le impidió continuar.

—Maldita sea secretario no me haces ningún caso...

—Tienes tanta razón que a partir de ahora te haré caso... omiso.

—Pues más te vale.

—Descuida tienes mi palabra de que así lo haré.

Dicho y hecho don Ramón Sánchez hizo el ademán de intentar volver a caminar, pero su interlocutor nuevamente se le colocó enfrente y ya con cierto hastío le volvió a insistir que se detuviera.

—Oye que no he acabado con lo que venía a decirte... y es que doña María Rosario quiere que acudas a su casa mañana por la noche sin falta, pues tiene algo importante que contar a los que considera sus únicos amigos.

—¿Y quiénes están citados para esa reunión?

—Yo, Serafín, Dionisio, Antonio, el alguacil, mosén Pascual, el tío *Celipe*, don Belarmino y tú.

—Haré lo que pueda, pero si no estoy allí después de cenar no me esperéis que tengo mucha faena retrasada y tiene que estar lista para el día del Referéndum.

—Como quieras, pero si no acudes se disgustará.

—No pasa nada, para eso estáis vosotros que ya sabréis darle coba y de paso sacar tajada.

—Tú siempre con tus excusas... menos mal que te conozco y no te hago caso... bueno yo he cumplido, si no quieres venir allá tú...

Don Ramón Sánchez continuó su camino dejándole con la palabra en la boca y un humor de mil demonios. Lo cierto es que el secretario y los miembros del trío *Calavera* cuando se hablaban era por pura formalidad que no cortesía. Como buen, o quizás sería mejor decir, como el filósofo retorcido que era en ocasiones, siempre que podía los dejaba en evidencia. Además, ninguno de los asistentes a esa velada salvo el alcalde —y dudaba mucho que fuera—, eran de su agrado. Tampoco le gustaba las reuniones en aquella casa, le daba la impresión de que la viuda buscaba algo de ellos. En caso contrario, ¿a qué venía tanta cordialidad y camaradería cuándo siempre había mirado por encima del hombro a todos los monterdinos? No, definitivamente no asistiría, y que el sol saliera por Antequera o por donde le diera la real gana.

Después de aquel plantón ya no hubo más invitaciones de María Rosario por lo que el señor secretario pudo descansar del acoso al que le tenía sometido, algo similar a lo que ocurrió con el tío *Celipe* que también había dejado de asistir. Además, la mujer dejó de dirigirle la palabra y cuando se cruzaban por la calle miraba hacia otro lado levantando el mentón con indisimulado orgullo. También a partir de aquel día, notó más raros y distantes a los integrantes del grupo que asistían con regularidad a las reuniones, pero lo cierto es que aquel desplante le traía completamente sin cuidado. Más aún, desde ese momento, cada vez que se cruzaba con alguno de ellos suspiraba y sonreía a partes iguales una vez lo había dejado atrás.

El trabajo se le había acumulado al secretario del Ayuntamiento durante la semana previa a la celebración del Referéndum sobre la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado. La correspondencia y la burocracia se multiplicaban por mil, sobre todo si tenemos en cuenta que aquel procedimiento tenía una raíz democrática, de la que estaba excluido por razones obvias el Régimen franquista. Se trataba de un auténtico encaje de bolillos, donde había que sortear todas las trampas que emanaban desde el Gobierno e intentaban dar al refrendo una apariencia de libre democracia, pero que en realidad era todo lo contrario.

Durante las madrugadas de esa semana, acudía a la secretaría para adelantar su trabajo todo lo posible. Así lo hizo en la del jueves 3

de julio de 1947, y mientras se encontraba repasando cierta documentación en la mesa de su despacho un impulso le hizo asomarse por la ventana. Desde allí, reparó la presencia de varias personas junto a la puerta que daba al atrio de la iglesia. Supuso que se trataba de jornaleros y en principio no le dio la menor importancia, ni tan siquiera cuando todos penetraron con cierta precipitación en el atrio. Retornó a su ocupación e instantes después sonaron las seis de la mañana, momento en que volvió a mirar por la ventana. Desde allí, observó, además del tránsito de un carro por debajo mismo del Ayuntamiento, cómo Violeta sujetaba las riendas del mulo mientras giraba al final de la calle en dirección a Teruel. Una mueca de pena se deslizó entre las facciones de su cara, era algo que no podía remediar cada vez que veía a la mujer. Pegó un respingo como si quisiera centrarse de una vez por todas en su trabajo y apretó con fuerza los papeles de la mesa para obligarse a estar centrado en su tarea. Pocos minutos después ya había despachado su primer informe. En un principio, daba la impresión de que aquella madrugada transcurría con total normalidad...

Los otros (y olvidados): Victoriano.

Victoriano no veía el momento de salir de la casa de su hermano en Monterde de Albarracín, el copioso almuerzo que se había metido entre pecho y espalda le estaba pasando factura, a cuenta de una sarta de recomendaciones sobre su errático comportamiento. Por eso, no le quedaba más remedio que apechugar con toda aquella retahíla de reproches disfrazados, eso sí, de simples consejos. En principio no tenía problemas para aguantarlos, porque su capacidad de abstraerse cuando no le interesaba la conversación era sobradamente conocida. Debido a ello, su hermano no hacía más que situarse enfrente para mirarle a los ojos y cuando observaba aquel estrabismo o ensimismamiento tan peculiar lo llamaba a capítulo para que volviera en sí. No, no eran aquellas reprimendas lo que más le incomodaba a Victoriano. Su apuro radicaba en que cuando volviera a la masada del *Zorzal*, donde vivía con su hermano Ramón y su cuñada *Ustaquia*, tendría que escuchar nuevos reproches. En esta ocasión sería por su tardanza, porque según sus cálculos ya tendrían que estar llegando allí y sin embargo todavía no había salido del pueblo.

Cuando por fin acabaron los sermones salió de estampida de la casa. Junto a *Catalán* y *Luisito*, enfilaron la calle Mayor para iniciar de una vez el camino de retorno. Pero apenas habían cruzado medio pueblo cuando no le quedó más remedio que detenerse de nuevo. Algún suceso importante estaba ocurriendo junto al Ayuntamiento, y la presencia de numerosas personas observando cierto tumulto le impedían el paso. Escudriñó todo lo que pudo entre los viandantes hasta que comprobó que se trataba de la brutal paliza que estaba sufriendo un detenido. Volvió a fijar la vista con morbosa curiosidad y pudo reconocer a Rafael Pérez tendido en el suelo retorciéndose de dolor y cubierto de sangre. A su lado estaba al autor de aquel castigo, el temido jefe de la Falange del pueblo, José María Cavero.

A Victoriano no le gustaban las aglomeraciones de personas ni mucho menos los tumultos, y nervioso miraba a su alrededor buscando alternativas para proseguir con su viaje. Sin embargo resultaba imposible poder acceder a otras calles, no le quedaba más remedio que continuar allí hasta que finalizara el penoso espectáculo. Pero todo fue a peor a pesar de que el falangista se marchaba en esos momentos, ya que al mismo tiempo aparecieron los padres de Rafael con su esposa e hija. El tumulto que se originó fue considerable. Los temores de Victoriano aumentaron cuando observó como un guardia civil le pegaba un culatazo a Violeta que la hizo caer al suelo junto a la pequeña Libertad. A continuación la gente se arremolinó a su lado para consolarla, mientras su marido caminaba calle abajo custodiado por los militares. En ese momento comprobó que tenía un hueco entre el gentío, llamó a capítulo a *Luisito* y *Catalán* y por fin pudieron salir de allí, mientras no dejaba de pensar en la triste escena que acababa de ver.

Cruzó el puente del arroyo Manzano y se dirigió hacia el camino de las Eras con la intención de subir al Alto de Ermita de san Cristóbal. Victoriano suspiró profundamente al haber salido por fin de Monterde mientras serpenteaba por aquella empinada cuesta. Nadie en este mundo se podía imaginar hasta qué punto aborrecía el trasiego de personas, pero por fin había dejado atrás aquel murmullo tan molesto, con el agravante del mal momento que acababa de vivir por los sucesos de Rafael y su familia. Si bien es cierto que su cerebro todavía le martilleaba con aquellas penosas imágenes, ya se encontraba en el medio que más le gustaba y donde era tremendamente feliz: el campo abierto. Que maravilloso era el silencio. La paz y tranquilidad que allí emanaban le daban fuerzas para seguir adelante, todo lo contrario de lo que le ocurría cada vez que iba a Monterde. En primer lugar no soportaba a su hermano que vivía allí, no hacía más que sermonearle siempre que acudía a su casa. Tampoco aguantaba ni al pueblo en sí ni a sus moradores, que solían hablar siempre a gritos como si estuvieran jugando una permanente partida de *Morra*. Y por si fuera poco, ahí estaban las campanas de la torre de la iglesia para recordar por partida doble cuál era la hora del día. En ese aspecto Victoriano sentía pena de los monterdinos, esos pobres infelices que necesitaban ayuda para saber a qué hora del día se encontraban. A él no hacía falta que nadie se lo recordara. Se guiaba por la posición del sol y si estaba nublado su estómago ya le indicaba si era la hora de comer, cenar o descansar que, a fin de cuentas, eran los momentos más importantes del día.

Apenas había llegado a la cumbre cuando escuchó el eco de unos sonidos y, al instante, los relacionó con disparos que con toda seguridad procedían del Barranco de *La Hoz*.

—Escucháis los tiros ¿verdad? Pues tranquilos que suenan lejos. Eso sí, conviene estar atentos por si continúan o aparecen personas... sobre todo te lo digo a ti *Luisito* que para eso sé que tienes un don especial.

Siguieron el camino con cierta intranquilidad aunque afortunadamente no tardaron mucho tiempo en dejar de escucharse las detonaciones.

—Mira *Catalán*, llevamos un retraso de la hostia y vamos a tener que dar demasiadas explicaciones para mi gusto a Ramón y a la pesada de *Ustaquia*. Creo que lo mejor sería que acortáramos el camino por otra senda..., ya sé que es más empinada no hace falta que me mires así pero es un pequeño esfuerzo que bien merece la pena. Y tú, *Luisito*, pon todos tus sentidos en marcha que no quiero tener ninguna sorpresa.

Y en efecto, tal y como había comentado Victoriano aquella cuesta se las traía pero merecía la pena el esfuerzo extra si con ello podían ganar una media hora. Aún con todo les quedaba un buen trecho para llegar al *Zorzal* por lo que quiso matar el tiempo con algunos comentarios y sesudas reflexiones a sus incondicionales amigos.

—Me parece que los problemas no han hecho más que comenzar. Mi hermano me ha insistido que nos vayamos a vivir a Monterde, dice que es más seguro estar allí que permanecer aislados en la masada... ¿Qué os parece? Vivir en el pueblo sin poder movernos o quedarnos en el *Zorzal*... Ya estuve con él hace algún tiempo y tuve que salir por piernas, no os digo más... Yo lo tengo claro, ¿y vosotros? — un elocuente silencio fue la respuesta a dicha pregunta.

—Quien calla otorga, es decir, doy por hecho que también estáis de acuerdo conmigo —Victoriano detuvo su alocución durante un instante y luego continuó con el monólogo muy seguro de sí mismo—. Y eso que no hace más que meterme miedo... que si el frente de la guerra está en la misma Sierra de Albarracín... que si habían combates por aquí cerca... que si esto... que si lo otro... ¡Bah! Donde esté la libertad de ir por el monte cuando queramos ¡eh *Luisito*!, la de carreras que nos pegamos... O tú, *Catalán*, no te me pongas celoso... o celosa... que todavía no sé lo que eres, je, je... Bueno, pues

seguro que tú también eres feliz respirando el aire del monte sin escuchar el estrépito de la vida en el pueblo. Pero sobre todo no os preocupéis, que sois mis amigos, o mejor dicho mis únicos amigos en este mundo, y juro que os protegeré con mi vida si es necesario.

Estas últimas palabras fueron proferidas con un tono de cierta gravedad, tanto, que hasta *Luisito* y *Catalán* se giraron para verle, una mirada franca que indicaba o bien una cierta comprensión o que ellos harían lo mismo por Victoriano. Y así, durante el resto del camino, continuó con aquella cháchara sin sentido mientras sus dos queridos amigos de vez en cuando parecían asentir o miraban fijamente al orador, sumamente tranquilos tan solo por escuchar su voz. Por fin, cuando la luz del sol le indicaba a Victoriano que estaba en plena tarde y sus tripas se removían inquietas a causa del hambre, llegaron a la masada. Tal como se iba aproximando comenzaba a cambiar su talante y era presa de cierto nerviosismo. Una vez en el recinto quitó los enganches del carro y llevó al mulo a la cuadra donde le soltó sus aparejos. Liberado éste del cabezal meneó compulsivamente la cabeza mientras resoplaba y, una vez se hubo tranquilizado, movió las orejas girándose para mirar detenidamente a su dueño. Luego, tras colocar Victoriano una brazada de paja en el pesebre le dio una cariñosa palmada en el muslo al tiempo que se despedía.

—Ahí te quedas *Catalán* descansa que por hoy hemos terminado, recobra fuerzas que dentro de pocas jornadas tendremos trabajo para rato.

Al salir de la cuadra se topó de nuevo con *Luisito* que se movía nervioso a su alrededor y comenzaba a ladrar demandándole atenciones y comida.

—Calla escandaloso que vas a hacer que salgan de la casa y se líen a golpes contigo. Quédate aquí y ahora te traigo algo.

Apenas había dicho estas palabras cuando salieron de la vivienda su hermano y cuñada.

—¿Pero tú crees que estas son horas de llegar? —fue el hosco recibimiento que tuvo por parte de Ramón— Nosotros aquí trabajando toda la mañana y tú sin dar golpe...

—Responde a tu hermano ¿Qué has estado haciendo? —le preguntó *Ustaquia* con actitud desabrida para conjeturar a continuación

con lo que supuestamente podía haberle ocurrido—. Seguro que tomando vinos en la cantina o de camino persiguiendo todos los conejos que te salían al paso...

—Yo no sé qué hacer contigo si sigues sin tomarte el trabajo en serio... —intervino nuevamente Ramón—. No pretendas sentarse en la mesa a comer mientras no te hayas ganado el pan...

—¡Zaparrastroso, mira a tu hermano cuando te hable!, que no eres más que un zaparrastroso... Pero habla de una vez ¡Maldita sea!

Aquella no era la primera bronca que le habían echado ni por supuesto iba a ser la última, pero lo que suele pasar cuando éstas son ásperas, reiterativas y sin venir a cuento, uno al final se acaba acostumbrando y ya no les hace el menor caso. Eso fue precisamente lo que le había ocurrido a Victoriano, persona realmente singular, y así se podía apreciar tanto por su aspecto físico como por su personalidad. Siendo el menor de cinco hermanos, dos mujeres y tres varones, presentaba sin lugar a dudas las diferencias más notables. Posiblemente, por haber nacido cuando su madre sobrepasaba holgadamente los cuarenta años de edad era de aspecto frágil y menudo, tanto, que no pudo ser alistado en el ejército por falta de talla y fue tratado poco menos que como un alfeñique.

Como consecuencia de la diferencia de edad que existía con la mayoría de sus hermanos nunca lo consideraron como uno más, daba la impresión de ser el sobrino no querido de algún pariente lejano. Precisamente por el desdén con que fue tratado se sintió excluido desde muy pequeño en aquella casa, sobre todo cuando faltaron sus progenitores y quedó a cargo de sus hermanos mayores. Con quien tuvo más contacto fue con las hermanas, pero al marcharse éstas de la masada su aislamiento era total porque sus hermanos no le tomaron nunca en serio, mientras que para sus cuñadas no era más que un estorbo. Y precisamente *Ustaquia* fue quien peor le trató, quizás, como consecuencia de no haber tenido hijos y el deseo no confeso de quitárselo del medio para llevar allí a otros sobrinos de su propia familia.

Debido a todo ello y al aislamiento de la masada apenas tuvo contacto con otros niños de su edad ni acudió a la escuela de Monterde, siendo por lo tanto analfabeto. Al haberse criado casi en completa soledad tenía un miedo visceral a las aglomeraciones humanas, por eso lo pasaba realmente mal cada vez que bajaba a Monterde, también

cuando se tuvo que ir a otras localidades más pobladas como Cella o Albarracín, o el par de ocasiones que acudió a Teruel en compañía de su hermano. Pero esta enoclofobia no afectaba para nada en su relación con el resto de los seres vivos, y a pesar de cruzar las palabras justas con las personas era todo lo contrario con sus auténticos y únicos amigos, el podenco *Luisito* y el mulo *Catalán*. Cada vez que salía con ellos para realizar alguna labor agrícola o marchaba de pastor les comentaba todo tipo de cuestiones o incluso sus más íntimos pensamientos. Pero no solo hablaba con estos animales o con otros de la granja, también lo hacía con los árboles frutales o los campos de labor animándolos a dar una buena cosecha o riéndoles cuando ésta era insuficiente. A pesar de esta aparente locura lo cierto es que estaba muy lejos de ser un perturbado, sino más bien un excéntrico. Lo que Victoriano mostraba en realidad no era más que el resultado de la soledad y la marginación que había padecido a lo largo de su penosa existencia.

En la primavera del año 1940 Victoriano cumplía los treinta años de edad, estaba en la plenitud de la vida pero no se sentía para nada feliz. Y ya no se trataba de que ni tan siquiera su hermano y cuñada no se hubieran acordado de su cumpleaños, eso era lo de menos porque no solían celebrar ninguno, tan solo las consabidas felicitaciones y nada más. Pero lo cierto es que durante las últimas jornadas llevaba un humor de mil diablos, tanto, que incluso *Ustaquia* se ahorraba muchos desplantes por si acaso.

La faena que tenía durante esas fechas labrando los tardíos era tantísima que no paraba de trabajar ni siquiera los días festivos. De manera que llevaba roturando durante las últimas jornadas ciertos campos en un vallejo para poderlos sembrar de cebada antes que se hiciera tarde. Y el primer domingo de abril se encontraba totalmente inmerso en su faena con *Catalán*, arrastrando el arado romano que les servía para remover la tierra. El mulo daba la impresión de que ese día no estaba por la labor, aunque también podía ser que no había llovido lo suficiente y la tierra estaba tan seca que apenas penetraba el arado, porque lo cierto es que el esfuerzo que realizaba era considerable. Si además lo mezclaba con las prisas por terminar a tiempo la faena y la

actitud extraña de Victoriano durante las últimas fechas —aunque esto ya era decir—, se antojaba un coctel realmente explosivo. En esta ocasión mientras intentaba labrar estaba desatado, lo notaron sus amigos a los que en contadas ocasiones había levantado la voz.

—¡Muuuuuulo! Ponte a trabajar de una vez engendro de yegua y burro.

Por su parte el noble bruto emitió un prolongado rebuzno mostrando su disconformidad con la orden dada.

—Relincha todo lo que quieras que ya sé que estás cansado de tirar del arado. Pero quiero que sepas que yo estoy más que ofuscado por tirar del tiro que tira de ti y no me quejo... pedazo de animal a ver si te ganas la comida.

Sin embargo, a pesar de intentarlo una y otra vez los esfuerzos de Victoriano resultaron baldíos y con mucho esfuerzo apenas conseguían avanzar unos metros, por todo ello su irritación iba en aumento.

—Me cago en el gitano al que te compré en la feria de Orihuela... en lugar de ponerte el nombre de donde era el tratante te tenía que haber llamado *Ladrón* por haberme engañado. Tira ya ¡Muuuuulo!

Pero ni por esas, la tierra estaba más dura de lo esperado y resultaba harto complicado perforarla. Además, como siempre que ocurría algo parecido las culpas iban a ser para él. Su hermano ya le había dicho semanas atrás que comenzara la labranza mientras que Victoriano la había ido postergando al suponer que no era el momento apropiado. Por si fuera poco *Luisito*, que se mantenía tumbado al sol junto al carro, se incorporó de inmediato y comenzó a ladrar con insistencia.

—¡Podeeeeeenco! ¿Qué te pasa galgo mal hecho? Me cago en el día que se me ocurrió ir a Teruel a buscar un galgo y me tuve que conformar con un mestizo que no sirve para nada ¡Te callas o te pongo un bozal!

Pero *Luisito* no le hacía el menor caso y, siguiendo su instinto, continuaba ladrando con la vista puesta hacia un lugar determinado. Victoriano detuvo la marcha hartado de que lo desobedeciera y se dirigió hacia el perro para ver si se callaba de una vez. Pero cuando estaba a su lado escuchó algunos ruidos en un matorral cercano, momento en que el can dejó de ladrar para comenzar a gruñir enseñando los dientes.

—¡Sujeta a ese animal o le pego un tiro!

Victoriano no salía de su asombro cuando a pocos metros de distancia vio aparecer una pareja de la Guardia Civil apuntándole con sus armas. Tras un instante de indecisión apretó el paso, dirigiéndose con rapidez hacia el perro que no paraba de ladrar y había avanzado unos metros hacia los recién llegados intentando acortarles el camino. Su dueño buscó dentro del asiento del carro hasta encontrar una cuerda con la que poder atarlo.

—*Luisito* cállate que me buscas la ruina.

—No pretendas echar las culpas al perro de algo que solamente tienes tú.

—Pero yo... ¿qué he hecho?

—¿Qué pasa? Que encima te las das de tonto o crees que somos imbéciles.

—Le juro que no sé de qué me está hablando...

—Anda díselo tú que me estoy calentando y aún le daré un par de leches —comentó el guardia con desprecio aunque en realidad no le quitaba ojo al perro que no paraba de ladrar y daba la impresión de que se acabaría desatando y abalanzándose sobre él.

—Pero vamos a ver, tú no sabes que está prohibido trabajar los días festivos —le comentó el otro guardia civil.

—¡La hostia! Pero ¿hoy es domingo?

—Este tío es tonto y además un blasfemo. Te vas a enterar hombre. Por lo pronto le quitas los aparejos al macho y te vienes con nosotros hasta la masada, porque tú debes de ser del *Zorzal* ¿Verdad?

—¡Sí...! Sí señor... me llamo Victoriano para servir a Dios y a usted.

—A buenas horas mangas verdes. Ni se te ocurra mentar a Dios después de haber blasfemado.

—Usted perdone pero es que yo estoy muy arrepentido y como el cura de Monterde dice que al arrepentirse uno se limpian los pecados pues...

—Mira el condenado la labia que tiene y eso que parecía tonto.

Escúchame bien, tienes razón cuando dices que para ser perdonado has que cumplir con la penitencia que impone el cura pero nosotros, por si no te has dado cuenta, de sacerdotes no tenemos nada. Somos guardias civiles y por las infracciones que acabas de cometer vas a pagar una multa y reza para no dormir alguna noche en el cuartelillo.

—Perdóneme señor guardia es que se me ha escapado... yo no quería... puede preguntar a quien quiera en el pueblo y verá como soy religioso y jamás he sido un blasfemo... Además, si he trabajado hoy es porque llevamos la siembra de los tardíos atrasada y le juro que no me acordaba del día que era...

—Pues hay que acordarse que todos vosotros siempre hacéis lo mismo, primero delinquís y luego todo son excusas... ¡Venga! Vayámonos ya a la masada que no quiero oír ni una palabra más... Cuando lleguemos veré el parte que hago y reza por el camino para que no te vengas con nosotros a Albarracín a pasar la noche en el calabozo... ¡Vamos! ¿A qué estás esperando?

Victoriano recogió todo lo deprisa que pudo el arado y aparejó a *Catalán* al carro. Cuando ya lo tuvo todo dispuesto fue a desatar a *Luisito* pero el animal una vez suelto comenzó a gruñir de nuevo. Se produjo un momento de tensión, el guardia que había llevado la voz cantante sacó su pistola y se abalanzó hacia el perro con intención de pegarle un tiro. Afortunadamente, se interpuso Victoriano en el momento preciso porque estuvo a punto de recibir el disparo.

—Maldita sea ¡quítate del medio! Apártate de ahí si no quieres resultar herido —gritó con rabia el militar.

—Perdóneme señor guardia pero no me voy a apartar, si tiene que matar a mi perro hágalo... pero también tendrá que dispararme a mí... aunque mire creo que tengo una solución... lo voy a atar de nuevo... me aseguraré de que quede firme para que no pueda soltarse y en el momento que podamos, yo o mi hermano vendremos a desatarlo pero por Di... por lo que más quiera, no lo mate que lo único que hace es defenderme.

El guardia dio un resoplido y volvió a guardar el arma en la funda.

—De acuerdo pero átalalo bien y como se suelte te quedas sin perro, te pongas enfrente tú o el sursuncorda.

Escuchada aquella advertencia Victoriano aseguró bien la soga en el árbol, al mismo tiempo lo acariciaba intentando tranquilizarlo y le daba consejos en baja voz de cómo tenía que comportarse. Una vez emprendieron la marcha el pobre animal seguía con sus ladridos, pero conforme se alejaban se habían transformado en quejidos lastimeros que llegaron a encoger el alma del pobre Victoriano. Durante el resto del camino el silencio fue la nota dominante y tan solo en algunos momentos se pudieron escuchar ciertos comentarios a baja voz entre los guardias civiles. Casi una hora más tarde llegaban a la masada y Afortunadamente Ramón se encontraba en la misma al haber vuelto más pronto de lo normal para encerrar al ganado. Una de sus ovejas había sufrido la mordedura de una víbora y tras hacer una cura de urgencia en el propio monte había decidido llevar todo el rebaño al redil. Se encontraba en la paridera junto a su mujer cuando escuchó la voz de su hermano que llamaba a *Ustaquia*, al suponer que él no se encontraba allí.

—Pero ¿qué pasa Victoriano?, ¿qué demontres has hecho esta vez? —se asomó Ramón como una exhalación.

—¿Es usted el hermano de Victoriano? —preguntó uno de los guardias.

—¡Sí...! Y ella es *Ustaquia* mi mujer ¿Qué ha pasado?

—¿Otro? Valiente familia ésta... Pero vamos a ver, ¿usted tampoco sabe que está prohibido trabajar los días festivos?

—Yo... ¡pues claro!

—¿Y qué está haciendo?

—Nada... aviar las ovejas.

—¿No las habrá sacado hoy?, ¿verdad?

—Por supuesto que no... claro que no señor guardia.

—Pues bien pasemos dentro que tenemos que hablar.

Todos entraron en la casa y los civiles comentaron a Ramón que habían pillado a su hermano trabajando y tenían que dar parte de él por lo que sería multado y, por supuesto, tendría otra sanción por haber blasfemado y más en su presencia. Victoriano recibiría una citación y después acudiría dónde y cuándo la autoridad lo reclamara.

—Tiene que perdonarlo señor guardia, mi hermano es buena persona y no se mete con nadie pero es muy corto de entendederas.

—Por esta vez te vas a salvar de venir con nosotros —le comentó el militar a Victoriano clavándole la mirada—, pero si vuelves a trabajar en día festivo o nos enteramos que vas por ahí blasfemando además de la multa te llevaremos al cuartelillo.

Una vez tomados los datos y amonestados los habitantes del *Zorzal*, se marcharon los guardias civiles de nuevo a recorrer los caminos para ver si podían cazar a otro pobre gañán que se saltara las reglas establecidas tras la Guerra Civil. Esa era precisamente una de las tantas funciones que tenía la Benemérita en el medio rural, vigilar para que a nadie se le ocurriera trabajar en los días festivos tal y como ordenaba la santa madre Iglesia, aunque fuera imprescindible dicho trabajo para poder comer. Y por supuesto que a ningún paisano se le ocurriera mentarla de mala manera porque si eran pillados ya sabían que había multa de por medio. Por encima de todas las cosas se pretendía cimentar la moral religiosa entre la población, que para ello habían ganado nada menos que una “Cruzada”. También tenían que extremar precauciones los contrarios al Régimen porque las multas para quien lo increpaba eran de órdago.

—¿Qué? ¡Estarás contento! —Ramón no pudo reprimir su ira cuando quedaron solos—. Mira que vengo tiempo diciéndote que te pongas ya con los tardíos y tú dale que te pego. Ahora se te ha echado el tiempo encima y te pones a trabajar hasta los domingos... pues mira la que has liado...

—Y encima no se te ocurre otra cosa más que blasfemar delante de los guardias —*Ustaquia* alzó todavía más la voz—, pero ¿qué conocimiento tienes?

—Si yo solo dije ¡Hostia! No dije nada más... —Intentó disculparse Victoriano.

—¿Y te parece poco?

—Se me escapó, os lo juro que se me escapó... además tú blasfemas más que yo ¿O no es cierto? ¡Oye!, ahora que estoy pensando... ¿cómo es que estabas aquí y no con el ganado en la dehesa?

—Pues... porque... yo sabía lo de guardar las fiestas... y por eso al final no he salido.

—Encima no se te ocurra culpar a tu hermano que a quien han pillado es a ti, que hasta para eso eres tonto —*Ustaquia* volvió a saltar desabrida—. Ramón, ya te dije un día que tu puesto está de labrador que para eso eres el mayor, y que Victoriano vaya al monte con el ganado. Ya ves lo que nos puede pasar...

—Tienes razón mujer, deja que acabe esta primavera mi hermano con los sembrados y a partir de la cosecha yo me haré cargo de las tierras.

—Pero yo no quiero...

—Ya está decidido Victoriano —confirmó su hermano— y no hay más que hablar. A partir del otoño tu trabajo en la masada será el de pastor y espero que esta vez lo hagas bien y no vuelva a pasar lo de hoy porque esta multa la vas a pagar con tu dinero.

—Pero si yo no tengo nada... lo guardáis todo vosotros.

—Entonces si quieres que lo paguemos haz lo que te digo.

—Maldita sea mi estampa... Siempre hacéis conmigo lo que os da la gana, para vosotros solo soy el tonto más grande de este mundo y además me tratáis como un esclavo mandando todo sobre mí.

Victoriano se marchó de allí para quitar los aparejos del mulo con un cabreo monumental, a renglón seguido acudió al campo que había intentado labrar para liberar de sus ataduras a su querido amigo *Luisito* y pedirle perdón por haberlo abandonado. Por su parte, Ramón y *Ustaquia* notablemente apesadumbrados se sentaron en la cocina y recogiendo una jarra de vino llenaron un par de vasos, la ocasión por excepcional lo requería.

—No sé qué le pasa a mi hermano pero de un tiempo a esta parte está de un humor de mil demonios.

—Yo creo saber lo que le ocurre Ramón... a tu hermano le falta una mujer a su lado.

—¿Qué dices *Ustaquia*, mi hermano casado? Y qué mujer va a tener tantas tragaderas como para aguantarlo ¡Ninguna! Y adonde se iría a vivir ¿Aquí?

—Pero mira que eres corto, yo te he dicho que le falta estar con una mujer pero no para casarse... ¿entiendes?

—Yo... sí... pues claro ¿por quién me tomas? Pero ahora eso está muy mirado. Ya ves a los civiles como andan y no te digo las amonestaciones de los curas en la iglesia... bueno de esos mejor no hablar.

—Déjate de pamplinas que cuando quieres hacerte el tonto nos das a todos sopas con honda. O sea, que a mí me han dicho que hay unas viudas en Cella que reciben visitas y con la de veces que has acudido a ese pueblo... ¿me quieres decir que no sabes nada?

—Yo que voy a saber. Pero qué cosas tienes mujer... bueno pues cuando acuda ya me enteraré pero veo difícil que Victoriano quiera ir a un sitio de esos...

—Si tu hermano es un hombre y tiene en la entrepierna lo mismo que todos los hombres seguro que irá. No me hagas hablar más de la cuenta que él pasa más necesidades de las que piensas... yo lo sé. Está mal decirlo porque son cosas privadas... pero como ahora no es el caso tienes que saber que cuando lavo sus calzones o las sábanas encuentro de todo menos limpieza.

—¿Qué dices?

—¡Serás lelo! Qué están amarillentas de tanto restregarse.

—¡Ah! Vaya... no me habías dicho nada.

—No tenía por qué hacerlo.

—Eres mi mujer...

—Ya estamos hablando demasiado y hemos dejado las ovejas a medio curar. Venga, levántate de una vez que si seguimos sentados y diciendo tonterías acabaremos perdiendo la hacienda.

Los intentos de Ramón en los días sucesivos para que Victoriano dejara de lado la virtud que se le presume a la virginidad no dieron su fruto. Por más que intentó llevarlo a Cella para que se desahogara con alguna de aquellas pobres mujeres que se prostituían solo por necesidad no tuvo éxito. Incluso en cierta ocasión llegó a acompañarle hasta una casa clandestina utilizada como prostíbulo, solo le faltó empujarlo a la habitación pero no pudo con él y Victoriano acabó dejándolo plantado en el último momento. El bueno e inocente de su hermano menor se había prometido a sí mismo mantenerse virgen hasta encontrar su media naranja, plenamente convencido de que tarde o temprano daría con ella.

Ya habían pasado dos largos años desde la multa que le impuso la Guardia Civil a Victoriano y el consiguiente cambio de trabajo. Lo cierto es que en un principio tuvo un acceso de ira impresionante, tanto, que estuvo barajando la posibilidad de marcharse a vivir a Monterde con su otro hermano. Pero por más vueltas que le daba no se acababa de convencer sobre todo por el conocido refrán de que nunca segundas partes fueron buenas. En definitiva, ninguno de sus dos hermanos lo trataba medianamente bien y, puestos en esa tesitura, prefería seguir en el *Zorzal* porque por lo menos disfrutaba del campo, la soledad y sus inseparables *Luisito* y *Catalán*. Si bien el perro era de su propiedad y su hermano no tenía nada que ver, no se podía decir lo mismo del mulo porque junto a un burro eran las acémilas de la masada y su trabajo ahora estaba a cargo de Ramón en el campo. De todas formas siempre que podía cuando regresaba a casa después de pastorear pasaba un buen rato en la cuadra acicalando a *Catalán* y, como de costumbre, sin dejar de comentarle los chismorreos que se le ocurrían.

El carácter de Victoriano mantenía sus incontrolados arrebatos de antaño, aunque para ser sinceros cada vez tenía menos accesos de furia y quizás esta mejoría estuviera basada en el cambio de trabajo. El pastoreo estaba más acorde con su manera de ser y además le permitía momentos de ocio donde dejaba libre su imaginación. Poseían un rebaño de algo más de cien ovejas junto a varias cabras y cada año que pasaba aumentaba su número, lo cual era la viva muestra del buen hacer de Victoriano. En dicha tarea contaba con la inestimable ayuda de un perro de aguas que sabía hasta latín y la compañía de *Luisito*, al que si bien su genética estaba adaptada para la caza no hacía ascos cuando su amo le daba alguna orden con el rebaño. Su terreno de pastoreo era bastante amplio, además de las tierras de la masada tenían arrendado a la Comunidad de Albarraçín parte de un terreno conocido como *Campos Blancos*, donde la presencia de varias dehesas y campos de labor separada por montañas lo hacían adecuado para que pastaran las ovejas.

En el límite de aquellas tierras hacia el este se encontraba la hacienda de una masada conocida como el *Chaparral*, con cuyos habi-

tantes mantenían un enconado enfrentamiento desde muchos años atrás. Lo cierto es que éstos eran muy pero que muy especiales. La masía estaba ubicada en un remoto valle prácticamente aislado al que solo se podía llegar a través de un laberinto de sendas y, por lo tanto, era escasamente visitada salvo por algún tratante de ganado. Los comerciantes que acudían allí además de saber orientarse entre los innumerables caminos y el monte, tenían que tener buenas dosis de paciencia y contención para poder tratar con los propietarios debido a su difícil carácter. No en balde más de uno acabó descalabrado o tuvo que huir con el rabo entre las piernas para evitar males mayores.

Allí vivían cuatro hermanos, tres varones y una mujer que era la más joven de todos. Dos de los hermanos estaban casados y sobrepasaban los cincuenta años, mientras que el mayor de edad y la mujer permanecían solteros. Debido a la incomunicación física de la masada y a cierta endogamia familiar a lo largo del tiempo, el castellano que allí se hablaba era más bien una jerga que solo ellos entendían, aunque también pudiera ser que se hubiera mantenido intacto el lenguaje propio de la zona desde los tiempos de Maricastaña. Una de las características más singulares de su vocabulario era que las palabras esdrújulas del castellano las trasformaban en llanas e, incluso, alargaban de forma considerable la última vocal de las palabras. Todo ello les proporcionaba un peculiar deje por otra parte común en los pueblos de alrededor pero sin tanta intensidad como en este lugar. Huelga decir que al encontrarse tan alejados de las poblaciones próximas ninguno de sus habitantes acudió a la escuela y eran analfabetos. Aunque para ser sinceros todos no, ya que la mujer de uno de los hermanos que era natural de Santa Eulalia sí sabía leer y escribir. Sea como fuere, con los visitantes que llegaban se entendían a la perfección porque el valor de las reses en dinero no necesitaba de muchos conocimientos. Además, pagaban lo que ellos decían o no había trato y si por casualidad se daban cuenta de que querían engañarlos ya podían echar a correr. Y entre aquella familia tan exclusiva destacaba María Cristina, conocida por todos como *Crestina*. Era la hermana pequeña de los *Chaparraleros*, que así eran comúnmente conocidos los miembros de aquella familia. Apodo, con el que se sentían plenamente identificados sobre todo los hermanos que hacían uso del mismo cuando acudían a las localidades próximas. Para ellos, algo parecido a un toque de distinción que les permitía diferenciarse entre la marabunta de la Sierra de Albarracín y los pueblos del Jiloca, sus áreas más próximas de comunicación.

En el verano de 1942 *Crestina* estaba a punto de cumplir los treinta y cinco años de edad. De complexión más bien robusta y de pequeña estatura, contemplaba el mundo con una mirada entre huidiza y seria característica de una incontrolable timidez. Y lo cierto es que dicha actitud era una lástima, sus ojos, cuando se podían mirar de frente sin aquella autocensura dotaban de una luminosidad a su cara que confundía a quien la observaba. Pero a pesar de todas estas peculiaridades un aspecto sobresalía por encima de todos y dotaba de singularidad a *Crestina*. Cuando era muy pequeña contrajo una terrible enfermedad quedando sordomuda aunque pocos años más tarde, por fortuna, acabó recuperándose de la sordera. Ser solamente muda a pesar de la innegable desgracia que ello suponía era casi un alivio, su familia hablaba tan rematadamente mal que escucharla habría supuesto perder el encanto de la belleza que sí tenía.

Sin embargo, su recobrada audición era desconocida para los habitantes de los pueblos próximos que seguían pensando que ella todavía era sordomuda. Sus hermanos contribuyeron a mantener aquel engaño, le insistían cuando era moza que no se alejara de los tratantes que llegaban a la masada para comprar ganado y así poder escuchar los comentarios que realizaban entre ellos. Por supuesto la muchacha era analfabeta pero a pesar de todo incluso de su silencio había encontrado las formas para poder entenderse, la gestualidad siempre ha resultado inconfundible incluso entre idiomas diferentes. Sin embargo, conforme fue creciendo y su físico se acercaba más al de una mujer aumentaron de forma considerable las miradas lascivas y los comentarios soeces de algunos visitantes.

Durante el intervalo de la Guerra Civil se mantuvieron viviendo en la masada y, afortunadamente, no sufrieron ningún percance más allá de la pérdida de su ganado aunque una vez finalizó la contienda lograron con mucho esfuerzo hacerse uno nuevo. En ese momento pudieron retomar el comercio de antaño y los hermanos determinaron que había que buscar una nueva ocupación en el *Chaparral* para *Crestina*. La situación con la hermana se había vuelto problemática al haber tenido varios enfrentamientos con los visitantes que retornaban para comerciar como siempre habían hecho. De persistir aquella situación acabaría siendo un menoscabo para la honra de la familia o algo peor, además, cualquier día se les podía ir de las manos de muy mala manera.

A pesar de sus deficiencias *Crestina* era muy aplicada, ello y la enfermedad del hermano mayor que trabajaba de pastor hicieron el resto, por lo que decidieran alejarla de la masada y encargarla del ganado. No le resultó muy difícil la adaptación, entre otras cuestiones ya lo había acompañado con el rebaño en más de una ocasión. El terreno donde acudía a pastorear estaba situado hacia el oeste de la masada, justo donde comenzaban las primeras estribaciones de la Sierra de Albarracín. En un principio los hermanos eran reticentes a que ella acudiera sola con el ganado, pero bien pronto les hizo ver que estaban equivocados y podía realizar perfectamente aquel trabajo. El que no pudiera hablar no representaba ningún problema ya que disponía de una perra muy ducha en las artes del pastoreo, mientras que el silencio podía suplirlo a la perfección con los gestos y sobre todo con sus potentes silbidos.

Desde un principio acudía alegre a los prados y colinas donde pacían las reses. Había redescubierto un mundo para ella singular y, además, no tenía que trajinar junto a sus hermanos con los que apenas podía comunicarse por razones obvias y más aún debido a su rudo carácter. Con las únicas personas que si se trataba en el *Chaparral* era con sus dos cuñadas, especialmente una de ellas llamada Amparo con la que tuvo infinidad de confianzas. Esta mujer era la única en la masada que sabía leer y escribir, y aunque intentó enseñar a *Crestina* apenas obtuvo resultados al marcharse precisamente de pastora. Semanas antes de que comenzara su nuevo trabajo le regaló una flauta hecha con madera de sabuco y le enseñó a tocar las primeras notas que, la pastora, aprendió en poco tiempo la mar de agradecida al escuchar aquellos hermosos sonidos, para ella lo más parecido a poder hablar.

Por otra parte, en la masada no había niños pequeños y curiosamente era una cuestión en la que se habían puesto de acuerdo sus progenitores. Los padres, porque los críos eran casi un estorbo aunque fueran sus propios hijos, eso sí, solo hasta que tuvieran la edad de ponerse a trabajar porque en ese momento lo harían allí, ya que era lo que tocaba por tradición. Mientras que las madres solo querían lo mejor para sus respectivas proles, pero tal circunstancia pasaba por la escolarización que no se podía llevar a cabo viviendo tan lejos de los pueblos. Por eso, los hijos de ambos matrimonios vivían con los abuelos en Cella y Santa Eulalia, localidades de donde eran naturales las dos mujeres y tan solo acudían a la masada en determinadas festividades.

Aquel verano de 1942 era el primero que *Crestina* pastoreaba sola. El día de san Juan quiso guarecerse del calor aprovechando la brisa refrescante que surcaba entre los altozanos, que a modo de islas poblaban aquella parte del campo donde se encontraba. Una zona por cierto que a ella le encantaba, pero que en pocas ocasiones había tenido oportunidad de acudir porque su hermano pastor la detestaba. Esa misma mañana, había decidido que su ganado se escampara por entre varias rastrojeras repletas de abundante comida mientras las vigilaba desde lo alto de una loma. Allí mismo, había descubierto la presencia de varias sabinas entre las que destacaba una por su envergadura y antigüedad. Unas grandes ramas se abrían a partir de su tronco como si fueran las varillas de un enorme paraguas, de esta manera, el tupido verdín que a modo de alfombra abarcaba el suelo dominado por el árbol quedaba protegido del sol. Hacia el mediodía el calor se hacía en ocasiones insoportable por eso ella permitió que, como en jornadas similares, descansaran las ovejas hasta la tarde en que el frescor era la compañía necesaria para que pudieran abandonar su letargo y seguir pastando. Después de un breve sueño tras haber terminado de comer, *Crestina* cogió su flauta y comenzó a deleitarse con los tonos de una de las primeras melodías que había aprendido a tocar. Llevaba un buen rato ejerciendo de ninfa, cuando la perra pastor se levantó inquieta y comenzó a gruñir mirando hacia la otra parte de la ladera de aquella colina. Y de pronto se sobresaltó al observar una presencia extraña, introdujo la flauta en el zurrón y cogió el cayado con las dos manos en actitud defensiva al tiempo que escuchaba los ladridos del perro que acompañaba al inesperado visitante.

—*Luisito* ¡Quieto ahí! —escuchó decir.

Aquel perro obedeció las órdenes de su amo y aunque persistía en su actitud beligerante se mantuvo estático, en ademán preventivo. No hizo lo mismo la perra de *Crestina* que marchó lentamente hasta situarse junto él y comenzaron a olisquearse. Observando los canes que sus respectivos dueños no les ordenaban lo contrario persistieron en su instinto animal, olfateándose y reconociéndose, hasta que llegó un momento en que dejaron de hacerlo para marchar junto a ellos. Mientras tanto, Victoriano no salía de su asombro.

—Perdona, no quería asustarte pero escuché una música y no me podía creer que aquí en medio del campo hubiera alguna persona tocando. Suena muy bien ¿sabes?

Dio unos pasos adelante para acercarse y apreciar más nítidamente las facciones de la mujer, pero ella no opinaba lo mismo y algo asustada después de la sorpresa inicial dio dos pasos atrás. En ese momento su perra comenzó a gruñir de nuevo tal y como hizo *Luisito*, aunque les duró poco el enfado porque a una indicación con las manos de los pastores ambos perros callaron al instante.

—No quiero hacerte ningún daño te lo juro, solo hablar contigo mientras ahí abajo tengo el rebaño sesteando con el otro perro... porque vaya casualidad que yo pastoree por el valle de esta parte del monte y tú por el otro lado.

A pesar de que aquellas palabras habían sonado sinceras, *Crestina* mantenía una cierta precaución. Anduvo unos pasos en compañía de su perra hacia la cumbre de la montaña donde pudo observar cómo, en efecto, las ovejas que decía aquel extraño estaban escampadas en las proximidades de una pequeña dehesa no muy lejos de allí. Una vez comprobado que decía la verdad marchó de nuevo al pie de la sabina situándose ambos a unos escasos metros de distancia. Debido a la relativa cercanía se dedicaron a observarse en el más completo silencio, mientras sus respectivos perros hacían lo mismo. No se podría decir cuál de los dos pastores estaba más asombrado. *Crestina*, porque aquel mozo que acababa de surgir de la nada como si fuera una aparición no le desagradaba en absoluto, más aún, le había encandilado aquel tono de voz tan diferente al de sus propios hermanos. Y Victoriano, seguía en la estupefacción más absoluta porque acababa de escuchar los sonidos de una música maravillosa tocada además por una mujer que, aunque todavía no la había oído hablar, poseía la cara más bonita que había visto en su vida.

—Me llamo Victoriano ¿y tú?

Lógicamente ella no pudo responder y tras un silencio de lo más azaroso le hizo un gesto con la mano indicándole que no podía hablar.

—¿Qué...?

Ella lo volvió a repetir y se produjo un nuevo silencio, roto a los pocos segundos cuando *Crestina* se llevó los dedos a la boca y con un potente silbido instó a su perra para volver monte abajo con el ganado.

—Dime ¿cuándo volverás por aquí? Supongo que lo harás ¿no?, ¿y de qué masada vienes? Porque estas son tierras de la Comunidad de Albarracín y más allá están las del... *Chaparral*...

Pronunció esta última palabra como si fuera un ahogo mudo y bajó ostensiblemente la voz al percatarse de que iba a pronunciar un nombre maldito para su propia familia. Y al instante recordó de cuando era tan solo un niño, alguna de las historias contadas por sus abuelos sobre las diferencias y enfrentamientos que habían mantenido desde tiempos remotos con los habitantes de aquella masada.

Cuando *Crestina* y Victoriano iniciaron el camino de regreso con sus respectivos rebaños tuvieron tiempo de sobra para pensar sobre cuál era la procedencia de la otra persona. Aunque lo cierto es que intuían la respuesta casi desde el primer momento en que se vieron ya que ambos se encontraban en tierra de nadie, aquella montaña marcaba el límite de donde podían pastorear los ganados de ambas masadas. La otra coincidencia entre los pastores fue que ninguno de los dos realizó el menor comentario en sus respectivas casas sobre lo sucedido. Especialmente, para no hacer partícipes de aquella maravillosa experiencia a ninguno de sus familiares, ya que ambos se sentían poco menos que los patitos feos de la camada. Llegada la noche apenas pudieron conciliar el sueño por idénticos motivos. *Crestina*, porque había descubierto a una persona de edad similar a la suya y cuya presencia después del susto inicial no le desagradó ni mucho menos; además, cuando decidió marcharse de allí, lo hizo más por incomodidad o coquetería que por un justificado temor. Mientras que Victoriano, no se podía haber imaginado ni en el mejor de sus sueños un encuentro como aquél. Sentía cosquillas en la boca del estómago por primera vez en su vida y no acertaba a descifrar aquella especie de enfermedad que padecía desde que escuchó el tañido de la flauta y vio a la mujer.

Aquel maravilloso día de San Juan cambió para siempre la vida de *Crestina* y Victoriano. Este último estuvo pastoreando por los alrededores hasta que justo una semana más tarde volvieron a verse en el mismo lugar pero, en esta ocasión, la mujer no se marchó con cajas destempladas como la primera vez. A pesar del relativo distanciamiento con el que se trataron, la muchacha le pudo hacer entender que era muda pero podía escucharlo perfectamente. Lo cierto es que ambos estaban deseando este nuevo encuentro que, además, fue el primero de otros muchos al quedar para hacerlo todos los miércoles que pu-

dieran. Y aunque hubo ocasiones en que alguno de ellos faltó a la cita, también es cierto que aquellas reuniones pastoriles tuvieron continuidad durante los siguientes meses.

Aún con todo resultaba evidente que no podían mantener una conversación tan solo monólogos, pero para ello Victoriano era todo un experto acostumbrado a realizarlos como solía con sus amigos *Luisito* y *Catalán*. Le contaba a *Crestina* las sensaciones de la azarosa vida que llevaba incluso a veces de forma reiterada y en el momento que sentía que quizás la estaba apesadumbrando con su cháchara detenía su alocución. Y tras unos segundos de silencio, ella le insistía en que continuara hablando ya que su timbre de voz le embelesaba. Al mismo tiempo, él le suplicaba que tocara la flauta para escuchar aquellas simples pero hermosas notas que le parecían auténticas melodías. Aquel lugar de encuentro fue el más frecuentado pero no el único para evitar agotar los pastos de los alrededores ni levantar sospechas entre sus familias. Eso sí, todos tuvieron lugar entre la divisoria de las tierras de sus respectivas masadas y la Comunidad de Albarracín. Solían dejar a los perros vigilando el ganado y, ellos, situados en cada parte de la difusa e invisible frontera que separaba el monte se veían, observaban o realizaban todo aquello que les apetecía... o casi.

A *Crestina*, le encantaba escuchar los sonidos propios de la naturaleza. Especialmente los producidos por el agua de una fuente cercana cuando caía encima de un gamellón de rodano y su curso iba resbalando hacia otro de sabinas donde las ovejas saciaban su sed. Pero también le entusiasmaba escuchar el silbido producido por el aire al moverse impetuoso entre los árboles. O diferentes ruidos de la naturaleza como la lluvia y sobre todo los truenos, porque a pesar del miedo que sentía no por ello dejaba de reconocer su majestuosidad. Y en el momento que comenzó el primer invierno que pasaban juntos, quedaron ensimismados escuchando el crepitar de las llamas cuando encendían fuego debajo de algún árbol para poder calentarse. Todo ello, a pesar de que a lo largo de sus vidas habían tenido multitud de experiencias similares con fenómenos naturales, aunque eso sí, en la más completa soledad y por supuesto sin haberse conocido. Sin lugar a dudas, aquellos fueron los mejores meses vividos hasta entonces por Victoriano y *Crestina*.

Para su desgracia sabían que en poco tiempo dejarían de estar juntos. Durante la estación invernal el ganado se mantenía cerrado en

las parideras y tan solo salía por las cercanías de las respectivas masadas si el tiempo acompañaba. Y el día que se presumía iba a ser uno de los últimos de aquel año donde podían verse, *Crestina* le dio a Victoriano una hoja con unas letras escritas y gestualmente le indicó que era su nombre. El pastor no lo dudó ni un instante y al día siguiente marchó a Monterde con la excusa de comprar sal gorda para el ganado dejando a su hermano que sacara el rebaño. Victoriano tenía muy pocos amigos en la población, por ello decidió acudir a don Ramón Sánchez que siempre le había tratado con mucha corrección aunque en ocasiones pecaba de rudo.

—Señor secretario quisiera pedirle un favor muy grande y además que no le dijera nada a nadie... No, no se preocupe que no he cometido ningún delito... pero es que prefiero mantenerlo como un secreto...

—Venga pues y no le des tantas vueltas *rediós*, que para lo poco que te veo siempre me vienes con romances.

Victoriano extrajo del bolsillo interior de su abrigo un papel doblado que entregó con suma docilidad a su interlocutor.

—¿Esto es todo? Y para leerte este nombre tanto misterio.

—Ya le he dicho que es muy importante para mí... por favor dígame el nombre que pone...

—¡Cristina! Aquí pone Cristina.

—¡Ah! *Crestina*, vaya nombre tan bonito.

—Victoriano, Victoriano, mal está que no sepas leer ni escribir pero que tampoco pronuncies como Dios manda es que tiene narices.

Aquel sermón del señor secretario resultó en vano y tras recoger el papel que volvió a guardar en un bolsillo del interior de su chaqueta salió de allí casi a trote, sin escuchar la amonestación que le acababa de dar. Total ¿qué más daba? Las personas de la Sierra no solían emplear correctamente el vocabulario, resultaba bastante común que se modificaran los nombres de las cosas y las personas en la vocal más débil, tal y como en esta ocasión habían coincidido los moradores de las masadas del *Zorzal* y la del *Chaparral* respecto a Cristina.

—*Crestina*... se llama *Crestina*... —seguía murmurando a baja voz completamente ensimismado.

Victoriano acudió a la tienda del tío *Conejos* y compró la sal gorda que había ido a buscar, pero cuando estaba cerca de la plaza para coger el camino de regreso observó la presencia del carromato de un quincallero y a éste con sus herramientas en plena faena. No lo dudó y tras colocar a *Catalán* junto al abrevadero para que saciara su sed se dirigió hacia aquel mercachifle.

—¿Cuánto vale una de esas medallas que está haciendo?

—Cinco pesetas...

—Un poco cara ¿no?

—Date cuenta todo lo que tengo que hacer, cortarla, cincelarla y grabar la inicial que quieres que ponga..., como verás es un trabajo delicado.

—¿Y no me puede hacer una rebaja? Solo soy un pobre que quiere darse un capricho.

—Entonces ¿qué pretendes, que el capricho te lo pague yo?

—No es eso... no es eso...

Victoriano había tenido una feliz idea pero no podía llevarla a cabo, su maldito hermano le había dado tan solo un poco más de lo que costaban los dos sacos de sal. Estaba claro que si quería regalarle una medalla de hojalata a *Crestina* no contaba con el aval suficiente, además, aquel ambulante estaba seguro de que no le fiaría y eso de pedírselo al hermano que vivía en el pueblo, mejor ni hablar. Pensó con rapidez en lo que podía realizar y dedujo que resultaba imperativo marcharse de allí con la medalla en la mano. Quería hacerle un regalo a su adorada pastora y no había hombre en este mundo que se lo pudiera impedir..., bueno hombre quizás no pero mujer sí que existía una que le pondría de vuelta y media cuando se enterara, su cuñada *Ustaquia*. Y en ese preciso momento cayó en la cuenta que si devolvía uno de los dos sacos tendría suficiente junto a la calderilla que todavía guardaba para hacer dos regalos, uno para *Crestina* y el otro para *Ustaquia*. De esta manera, su cuñada no se molestaría y otro día volvería para llevarse el resto de la dichosa sal. Acto seguido acudió a la abacería y, a pesar de la incomodidad del dueño, le recogió uno de los sacos devolviéndole el dinero que costaba. Luego, con el corazón acelerado acudió al quincallero para encargarle las dos medallas de hojalata que llevarían las iniciales de ambas mujeres.

Una vez las hubo recogido y más contento que unas pascuas marchó de nuevo con sus inseparables *Luisito* y *Catalán*, de vuelta a la masada. Tal y como era su costumbre, por el camino les hizo partícipes de sus más íntimos pensamientos y de la nueva vida que le esperaba de la cual, como no podía ser de otro modo, les hacía cómplices.

—Sabes *Luisito*, la pastora muda que toca como los ángeles se llama *Crestina*, me lo acaba de decir el señor secretario..., lo que no sé es cómo se llama su perra porque a ti también te hace tilín ¿verdad so pillo? Que ya me he dado cuenta como retozas con ella y las carreras que os pegáis cuando estoy con *Crestina*... Y tú *Catalán* aún no la conoces pero cuando la veas por primera vez te pasará lo mismo que a mí..., todavía no la he tocado pero seguro que su piel es tan fina y delicada que no te va a molestar que ella te cepille como lo hago yo... ¿Verdad *Luisito*? ¿A que todavía me quedo corto...? En fin lo dicho y oído, quien calla otorga y por eso entiendo que me dais la razón... —concluía como acostumbraba.

Lo cierto es que aquel viaje era similar a cualquier otro de los que venía realizando con la única diferencia de que en esta ocasión, Victoriano hablaba hasta por los codos. Sus incondicionales amigos le seguían la corriente ¿qué otra cosa podían hacer? Notaban sus buenas vibraciones con ese sexto sentido que, a decir de los entendidos, poseen algunos animales y les permiten conocer el estado anímico de sus dueños. Por todo ello parecían también algo excitados. *Luisito*, aún se dio algunas carreras persiguiendo los consabidos conejos y liebres que siempre saltaban por el camino, mientras que *Catalán* parecía trotar con más ánimo, tanto, que el viaje se le hizo corto a Victoriano. Y cuando todavía seguía con uno de sus conocidos monólogos apareció en el horizonte la inconfundible silueta de la masada del *Zorzal*, su casa. Ahora le tocaba lidiar con la más fea es decir, *Ustaquia*, si llegaba a ganársela con la medalla habría cumplido su objetivo, en caso contrario... bueno... mejor no pensarlo...

—Pero ¿cómo has traído tan poca sal? ¿No te dijo tu hermano que compraras dos sacos?, ¿qué has hecho con el dinero que te dio...?

Demasiados interrogantes para la primera conversación que tenía con su cuñada. Victoriano sudaba, las cosas no estaban saliendo como él había previsto. Por eso, quiso dar un golpe de efecto y rápidamente sacó de su bolsillo la medalla que le había comprado.

—Toma para ti... es un regalo que... hace tiempo quería hacer...

Victoriano extendió sobre su mano la medalla de hojalata estirando el cordoncillo para que la mujer pudiera observarla en toda su amplitud.

—Mira, además de la decoración... aquí han grabado la inicial de tu nombre.

—Mi inicial... ¿dónde?

—Pues aquí...

—Pero... ¡si esta letra es una U!

—¡Claro! La U de *Ustaquia*.

—Pero ¿tú estás tonto o qué? Todavía no te has enterado que me llamo Eustaquia ¿o es que toda tu familia es tan mal hablada y muerta de hambre que se comieron la primera vocal? ¡Maldita sea tu estampa! Para una vez que intentas hacer algo bueno en tu vida con un regalo después de todos los desvelos que he tenido contigo vas y te equivocas... ¡Ya verás cuando se entere tu hermano!

Fueron sus últimas palabras. Después de tirar al suelo con desprecio la medalla dio media vuelta y se dirigió hacia la casa mientras no dejaba de murmurar todo tipo de insultos. Victoriano se quedó clavado en el mismo lugar y todavía tardó unos segundos en recomponerse, quiso agacharse para recoger la maldita medalla pero en el último momento se detuvo. Aquella infame mujer no se merecía ninguna consideración, lo mejor sería que su regalo se mantuviera entre el polvo. No obstante le sobrevino una idea mejor, tras recogerla del suelo se dirigió directamente a la paridera para aliviar a *Catalán* de todos sus ropajes. Acto seguido se giró hacia la corte donde guardaban la gorrina destinada a parir y echó la medalla que quedó clavada entre el estiércol.

—Los regalos de la *Ustaquia* no se merecen más que estar rodeados de mierda ¡ahí te pudras! —refunfuñó con toda la rabia del mundo.

Y como no podía ser de otra forma cuando a la tarde regresó su hermano, que lo había sustituido de pastor durante aquella mañana, tuvieron palabras mayores ante el regocijo de la mujer siempre malca-

rada y dispuesta a pinchar lo necesario para romper la supuesta armonía entre ellos. El disgusto de Victoriano fue enorme, más aún cuando esa misma noche una nevada considerable hizo imposible su salida al campo al día siguiente y la entrega a *Crestina* de aquel regalo conseguido, nunca mejor dicho, a base de sangre, sudor y lágrimas. Pero aquella no fue su única decepción ya que el invierno se había adelantado. Apenas pudo salir a pastorear, dejando el ganado cerrado en la paridera y acudiendo al campo tan solo por las cercanías y en los días que las inclemencias del tiempo lo permitían.

La espera de aquella estación se le hizo interminable, en sus pensamientos tenía grabado a fuego a la pastora y no pasaba un día sin que dejara de recordarla. Esta sensación de melancolía estaba agravada por las constantes burlas de la cuñada que el calzonazos de su hermano no se avenía a detener. Hasta que a comienzos de enero comprobó con estupefacción como Ramón y *Ustaquia* apenas se dirigían la palabra, el ambiente en ocasiones era tan sumamente tenso que daba la impresión de poder cortarse el aire con un cuchillo. Al mismo tiempo la mujer dejó de incordiarle como hacía a la menor ocasión. El bueno de Victoriano creyó que alguna importante discusión había existido de por medio y, aunque nunca supo los motivos, no era tan tonto como para no poderlos imaginar.

Por fin cuando a mediados de febrero de 1943 las nieves y los hielos comenzaron su retroceso, Victoriano salió con su ganado a pastorear por la zona próxima a los *Campos Blancos* de la Comunidad de Albarraçín, es decir, el mismo sitio del año anterior. En el momento que pudo acudió al lugar de su primera cita pero a pesar de su desesperación no vio rastro de *Crestina* ni tampoco a la semana siguiente. Sin embargo, el tres de marzo, primer miércoles de dicho mes, fue un día inolvidable para ambos y al fin pudieron verse una vez transcurrido aquel crudo invierno. Aunque lo cierto es que si alguien los hubiera podido observar no se habría dado cuenta de lo que sentían el uno por el otro ni del tiempo que llevaban esperando ese día. Apenas un tímido saludo con las manos, nada más que eso, en una mañana donde el astro rey pugnaba por salir del encierro al que había estado sometido y la pareja de pastores buscaban los rayos del sol como si les fuera la vida en ello. Victoriano llevaba unos minutos contando parte de sus peripecias durante aquel invierno pero sin atreverse a comentarle la cuestión más importante que le había

quitado el sueño durante los últimos días, hasta que finalmente se decidió a hacerlo.

—*Crestina*... ves... ya sé cómo te llamas... y vaya nombre que tienes tan bonito —dijo mientras se ruborizaba como un zagal.

La pastora aludida bajó la mirada buscando la complicidad de su perra, que ignorante de aquellos devaneos se encontraba junto a *Luisito* y como solían hacer los canes reconociendo sus olores corporales. Por su parte, Victoriano, no pudo aguantar más y algo atropellado quiso entregarle el regalo que tenía guardado desde finales del año anterior.

—Toma *Crestina*... esta medalla la mandé hacer para ti... espero que me aceptes el regalo... y yo no quiero nada a cambio ¿Eh? Te la doy... porque me gustaría que te quedaras con algo mío... pero eso sí no se la enseñes a nadie...

La mujer recogió el cordoncillo y quiso colocarse la cadena de inmediato pero era demasiado corto y no le pasaba por la cabeza. De manera que intentó desatar el nudo, cosa que consiguió tras un gran esfuerzo y se lo dio a Victoriano para que se lo colgara del cuello mientras ella se levantaba el pelo con las manos facilitándole la labor. Así lo hizo el pastor, pero le resultaba bastante complicado realizar el nudo teniendo enfrente la nuca de *Crestina*, sus manos temblaban a partes iguales por la emoción de aquel instante y la responsabilidad de no quedar en mal lugar. Finalmente lo pudo anudar. Ella, coquetamente se miraba una y otra vez aquella medalla de hojalata tan bellamente labrada y que tenía grabada una “C” en la parte central. Con toda seguridad, el regalo más hermoso que le habían hecho en su vida y desde luego el primero que le hacía un hombre. Una vez se cansó de observarlo miró con detenimiento a su galante compañero, se abalanzó sobre él propinándole un fuerte abrazo con beso en la mejilla incluido que acabó por derrumbarlo emocionalmente.

El bueno de Victoriano ya lo tenía claro si es que en algún momento desde que se conocieron lo había dejado de tener, estaba locamente enamorado de *Crestina* y aquel abrazo lo tomó como el consentimiento que ella le daba para que pudieran proseguir con la relación. Y así era, en efecto. Es cierto que las personas sea cual sea su raza o religión, grosor o finura, letrados o no, en definitiva cualquier ser humano, tiene su media naranja en algún lugar de este mundo es-

perándole. Solo hace falta la química que transmite una mirada o el leve roce de la piel para que pueda activarse el mecanismo y reconocer que están hechos el uno para el otro, tal y como ocurría con Victoriano y *Crestina* durante aquella fría pero soleada mañana del mes de marzo de 1943.

Aquel año fue el que representó la confirmación de los deseos compartidos por esa pareja pero lo cierto es que no lo tenían nada fácil, sobre todo, por la manifiesta enemistad que mantenían sus respectivas familias. Cuando *Crestina* estaba con la suya apenas se atrevía ni a nombrar siquiera a los habitantes del *Zorzal* y si en alguna ocasión salía a relucir, sus hermanos ponían el grito en el cielo. Nadie en aquella casa se dio cuenta de nada salvo su cuñada Amparo, que suponía que algo le ocurría por el notorio cambio de carácter desde que comenzó su trabajo de pastora. Algo similar le ocurría a Victoriano. En el momento que sacaba a relucir las tierras próximas del *Chaparral*, su hermano Ramón se ponía hecho un basilisco porque todavía recordaba la última pelea entre su padre y dos *Chaparraleros*, que acabó con el descalabro de su progenitor. Pero además, *Ustaquia*, siempre dispuesta a entrometerse llevaba meses observando como su cuñado estaba bastante cambiado, tanto, que incluso aquel sempiterno mal humor que había sido su señal de identidad parecía cosa del pasado.

—¿Te has dado cuenta de lo raro que está tu hermano últimamente?

—¿Qué dices? Yo no noto nada..., bueno sí, cada vez parece que va más a gusto a trabajar.

—Pues eso precisamente ¿no te parece extraño?

—No entiendo por qué me lo tiene que parecer... para ti siempre ha sido una persona rara y ahora que ha sentado la cabeza me dices que te parece extraño ¡No hay quien te entienda mujer!

—Tú dirás lo que quieras pero para mí que oculta algo...

—No insistas más... qué quieres que esconda mi hermano si va todos los días al monte con el ganado y yo sé lo pesada que es esa faena ¿de dónde quieres que saque tiempo para hacer algo?

—Como tú digas... pero esa cara que trae algunos días es parecida a la que ponías tú cuando... espera... ¡No me lo puedo creer! ¡Tu hermano se desahoga en el campo!

—No digas tonterías ¿con quién?

—*Rediós*, pues con quién va a ser ¡con una cabra!

—Venga ya. No me imagino a Victoriano trajinando con animales.

—Pues yo te digo que la cara de cachazudo desustanciado que tiene últimamente me dice todo lo contrario. Tú no lo sabes porque no te veías durante los primeros meses de nuestro matrimonio... pero tu cara era un poema y mira que se reían tus hermanos cuando te veían.

—Vamos *Ustaquia* te he dicho mil veces que no cates el vino más que en las comidas... déjate de vainas y vamos a buscar ababoles para las gallinas.

—Lo que tú digas, pero Victoriano se monta a una cabra te pongas como te pongas.

Durante una temporada *Ustaquia* siguió erre que erre con el manido tema de la zoofilia de su cuñado. Lo cierto es que tampoco hubiera sido descabellado, a fin de cuentas era una práctica que realizaban muchos pastores ya fueran trashumantes o del propio terreno como consecuencia de la impenitente soledad de su trabajo. Visto el escaso eco que tuvo aquella insidia en su marido, la mujer dejó de lado semejantes comentarios para centrarse en controlar la vida de Victoriano, porque ya podía decir lo que quisiera Ramón pero lo cierto es que algo estaba pasando. Y como irrefutable demostración de sus argumentos tenía, además de su cara de pánfilo, que hacía tiempo que no manchaba las sábanas ni los calzones ¡Había gato encerrado!

En las semanas siguientes, eran tan elocuentes los gestos de *Crestina* y las palabras de Victoriano cada vez que trataban el tema de sus respectivas familias que les llenaban de amargura, pensando que nunca podrían estar juntos y por lo tanto jamás podrían compartir su felicidad. Pero tras ese breve instante de temor retornaban a la cruda realidad, reafirmandose como lo que eran en realidad, una pareja muy especial con unas familias de lo más pendencieras e irracionales.

Conforme iban pasando los meses, su relación personal apenas había pasado de algún tímido beso en las mejillas, abrazos o cogerse de las manos. Ellos echaban en falta una última decisión, pero el hecho de ser todavía vírgenes a sus treinta y tantos años era una dificultad añadida bastante difícil de superar, aumentada además por la timidez de la mujer y la ingenua candidez del hombre. Sin embargo, a pesar de todo se daban por satisfechos, se conformaban con lo poco que tenían ya que circunstancias ajenas a su voluntad habían ocasionado que su horizonte como pareja estuviera lleno de nubarrones. El invierno de 1943 estaba a punto de llegar y con él aparecería de nuevo el gélido clima de la Sierra con la consiguiente parada agrícola y ganadera. El día 1 de diciembre fue el último miércoles de ese año que pasaron juntos, además, en su lugar predilecto. Mientras descansaban resguardados del aire frío que comenzaba a soplar con fuerza, Victoriano le hablaba a *Crestina* de sus anhelos y de una posible vida en común allende sus respectivas familias y aquella tierra tan inhóspita. La mujer asentía con la cabeza los argumentos pero no dejaba de pensar que para poderlo lograr tendrían que batallar como auténticas fieras.

Estaban unidos por las manos proporcionándose el calor necesario y por la imperiosa necesidad de mantener el contacto físico, cuando Victoriano se percató de que hacía un buen rato que no veían a ninguno de los perros. Movi6 con cierta insistencia el cuello buscando por los alrededores y observó una escena que primero lo dejó pasmado y a continuación le hizo saltar como un resorte, hecho una furia. No muy lejos de allí los canes estaban dejándose llevar por su instinto y *Luisito* cabalgaba a la perra pastor de *Crestina*. Rojo de rabia cogió su cayado y marchó hacia ellos. Mientras iba caminando les gritó para que se soltaran, sin embargo, comenzaron a gruñirle desafiantes. Victoriano no se amilanó y continuó vociferando palabras ininteligibles, pero antes de que pudiera acercarse más se interpuso *Crestina* y le detuvo al tiempo que movía la cabeza aconsejándole dejarlos en paz.

Victoriano meditó por un instante y acabó haciéndole caso, así que volvió inmediatamente al refugio del árbol mientras su fiel amigo *Luisito* se daba un festín. Se mantuvo todavía la tensa situación hasta varios minutos después, momento en el que aparecieron los dos perros tan campantes y moviendo los rabos plenamente satisfechos por la cópula realizada. La despedida de aquella tarde fue la más triste de todas las que recordaba haber realizado con *Crestina*, no ya porque con toda

seguridad tardarían varios meses en volver a verse, sino porque sentía una enorme impotencia por el suceso que acababa de ocurrir. Su perro *Luisito* había sido más valiente y decidido que él mismo. Aunque era bien cierto que no se podía comparar el instinto animal con los sentimientos humanos, también había quedado en evidencia que si no llevaba la iniciativa sería casi imposible lograr lo que llevaba tanto tiempo deseando: perder la virginidad con la mujer amada.

Aquel invierno lo pasó Victoriano como el anterior encerrado en la masada, salió en contadas ocasiones a pastorear y tan solo por las cercanías del *Zorzal*. La despedida que tuvo y los consiguientes remordimientos por el paso que no se atrevía a realizar le sumió en una melancolía de la que le resultaba difícil salir. Por fortuna el trabajo en la masada no finalizaba ni mucho menos porque dejaran de labrar o pastorear, siempre había alguna tarea que realizar como aviar los animales y mantener en buenas condiciones los aperos y utensilios que utilizaban. Pero también y, sin que el interesado lo supiera, *Ustaquia* redobló el seguimiento que venía realizando a su cuñado empeñada como estaba de que andaba liado con una cabra. Sin embargo, por más que extremó la vigilancia de la paridera e incluso entró intempestivamente en alguna que otra ocasión no logró pillarlo en falso y finalmente optó por dejar de lado aquella rocambolesca actitud. Sobre todo a partir del día en que descubrió nuevamente manchadas las sábanas, aunque esta última cuestión la mantuvo en secreto con su marido no fuera a enfadarse como la última vez.

Cuando llegó el año 1944 Victoriano ansiaba que terminaran las copiosas nevadas de una vez por todas y en el momento que mejoró el tiempo comenzó a salir con su rebaño feliz y decidido. Pero al igual que ocurriera el año anterior durante las primeras semanas no lograron verse, hasta que por fin el miércoles posterior a la Semana Santa coincidieron en su conocido altozano. El encuentro fue de una intensidad fuera de lo común pero no pasó de ahí, aunque dio la impresión de que la fruta estaba lo suficiente madura como para dar el siguiente paso que llegó quince días más tarde en el mismo lugar. Y ese miércoles al comienzo de la primavera, acabaron recostados los dos debajo de aquella sabina donde se vieron por primera vez y que tenía desde entonces la consideración de talismán para la pareja.

Tomó la iniciativa Victoriano muy a su pesar, conocía de sobra sus limitaciones pero era su única y plausible oportunidad. Afortuna-

damente para ambos el día había salido caluroso y tan solo algunas despistadas nubes transitaban por el cielo. El bagaje que llevaban desde el año anterior se reducía a varios arrumacos y algún que otro furtivo beso por lo que no hubo problemas en comenzar los prolegómenos de idéntica manera. Pero cuando Victoriano comenzó a quitarse la ropa y le pidió a *Crestina* que hiciera lo propio, ésta dudó. No le apetecía para nada desnudarse en medio del campo por lo que detuvo con los brazos el ímpetu nudista de su amante, tan solo quiso desabrocharse la blusa dejando al descubierto sus pechos e instantes después se quitó las enaguas. Él apenas protestó viendo su determinación pero a partir de ahí casi todo fue precipitación. Aunque lo cierto es que a la pareja le dio igual porque, extasiados, estaban descubriendo un mundo que les había estado vedado durante demasiado tiempo. A pesar de estar poseído por una impetuosa y exacerbada pasión, Victoriano la penetró con sumo cuidado deteniéndose cada vez que ella se lo pedía para hacer de aquella primera vez un momento cumbre y poderlo recordar durante el resto de sus vidas. Y cuando por fin llegaron al éxtasis quedaron rendidos y tumbados sobre el verdín que servía de alfombra a la sabina, con la sensación de gozo y felicidad grabada en sus rostros. Tardaron unos minutos en volver a vestirse pero apenas una hora más tarde y ante las caricias e insistencia de Victoriano, *Crestina* cedió y volvieron a hacer el amor. Daban la impresión de que pretendían recuperar el tiempo perdido lo más rápidamente posible.

Durante las siguientes semanas hicieron el amor casi siempre que se veían como si estuvieran en plena luna de miel y la Sierra fuera el escenario de su viaje de novios. Pero ya no era solo Victoriano el que buscaba con insistencia los encuentros amorosos, la propia *Crestina* gozaba como la que más con aquellos íntimos momentos. Daba la impresión de que la pareja estaba sumida en un bucle pasional que parecía no tener fin. Esta situación se mantuvo constante hasta comienzos del verano en el que Victoriano comenzó a notar una serie de cambios de actitud en *Crestina*. Al menos, aparentemente, seguía contenta cada vez que se encontraban y gozaba cuando cohabitaban. Pero también había ocasiones donde la veía pensativa, ensimismada, como si alguna cuestión de suma importancia la estuviera distrayendo en aquellos mágicos momentos. Y por si fuera poco, ella, tan amante de tañer su flauta, últimamente apenas lo hacía. Victoriano apenas le dio importancia aunque le resultaba difícil entenderla, cuando le preguntaba si le pasaba algo ella se encogía de hombros y con la cabeza lo negaba.

Pero lo cierto es que sí existía una seria preocupación en *Crestina*. Una madrugada a primeros de julio mientras estaba preparando los almuerzos en la cocina del *Chaparral* sufrió un desvanecimiento, cayó al suelo y se golpeó levemente la cabeza. Al escuchar el estruendo acudió su cuñada Amparo que, junto a ella, eran los únicos habitantes de la casa durante esa mañana, el resto se encontraba cosechando y el hermano mayor seguía enfermo enclaustrado en su alcoba. Se asustó al verla en el suelo, más aún cuando observó como un hilillo de sangre bajaba por su cara desde la ceja herida. La levantó ayudándola a sentar en una silla de la cocina y rápidamente se marchó a por un caldero de agua para poderla lavar y cortar la leve hemorragia, algo que consiguió casi al instante.

—Pero ¿qué te ha pasado?

Como respuesta *Crestina* se encogió de hombros y con ambas manos le hizo ver que se había mareado y en su caída se había golpeado con la mesa.

—Vale, ahora estate tranquila y descansa que no es nada importante. La sangre es muy aparatosa y aunque veas el trapo manchado ya no te sale apenas y dentro...

Amparo no pudo continuar con la explicación. *Crestina* se levantó como una flecha llevando su mano a la boca al tiempo que sufría varias arcadas, avanzó casi a trompicones hasta que logró salir al patio y, una vez allí, comenzó a vomitar. A renglón seguido su cuñada se encontraba junto a ella, le puso la mano en la frente con la intención de ayudarla y también la sujetó para que no se volviera a caer. En el momento que comenzó a sentirse mejor unos minutos más tarde entraron de nuevo en la casa.

—¿Has sufrido más mareos?

Crestina asintió con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

Ahora movía la mano a derecha e izquierda dando a entender que llevaba algún tiempo con los mismos síntomas.

La confusión en la que todavía estaba sumida *Crestina* junto a un fluir de pensamientos ciertamente descabellados por parte de Amparo produjo un momento de silencio, hasta que ésta no pudo soportar

más la incertidumbre y con voz temblorosa le hizo una delicada pregunta.

—¿Cuántas faltas de la regla has tenido?

Crestina bajó la mirada al suelo y tras una nueva insistencia de su cuñada alzó dos dedos de su mano.

—¡Válgame Dios! ¡Estás embarazada! Pero ¿cómo es posible, y por quién?

Ella no respondió, al contrario, se sentó en la silla y tapándose la cara con las manos comenzó a llorar desconsoladamente. Luego, ya más calmada, colocó los codos sobre la mesa y continuó sollozando.

—¿Sabe alguien más que estás embarazada?

Crestina negó con la cabeza.

—¡Ay, Dios mío!, —exclamó Amparo sin poder contenerse— ¡Qué desgracia más grande...! No quiero ni pensar cuando se enteren tus hermanos lo que pueden llegar a hacer... Pero ¿cómo se te ha podido ocurrir? Dime..., dime quién es el padre porque tiene que hacerse cargo... eso si antes no lo descalabran tus hermanos... Ahora mismo voy a por papel y lápiz y de aquí no sales hasta que escribas su nombre.

Pero ella, conocedora del enfrentamiento que mantenían los habitantes de las dos masadas no quiso escribir su nombre y se mantuvo seria, llorando y con los brazos cruzados mientras miraba como ausente la hoja que su cuñada había depositado encima de la mesa. En un momento dado no pudo reprimir un nuevo sollozo, las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo en unos ojos que habían perdido la viveza de antaño y mostraban en estos momentos el mayor de los desconsuelos. En un acto intuitivo se levantó y abriendo los brazos se fue hacia Amparo implorando su ayuda que, emocionada, no dudó en recogerla en su regazo abrazándola con sentimiento.

—No te preocupes *Crestina* que yo estaré a tu lado ahora más que nunca y en el momento que nos calmemos tienes que hacer todo lo posible para que sepa con quién y dónde has estado. También quiero saber si estás enamorada de esa persona, solo de esta manera sabremos a qué nos vamos a enfrentar. Confía en mí y yo haré todo lo posible por aplacar a tus hermanos.

Por su parte Victoriano llevaba varios días muy preocupado porque su querida pastora no aparecía por los lugares acostumbrados, no paraba de hacerse las mil y una cábalas pero por más que lo intentaba no acertaba a entender qué estaba sucediendo. Con el paso del tiempo se estaba volviendo una persona taciturna, aquella melancolía le generaba una angustia difícil de contener, incluso llegó a perder el apetito ante el asombro de su hermano y cuñada que seguía empeñada en las rarezas de Victoriano. Hasta que llegó un día mientras estaba pastoreando en el que vislumbró a lo lejos la polvareda que levantaba el rebaño de *Crestina* por las tierras del *Chaparral*. Loco de contento dejó el suyo en medio de la dehesa con la compañía del perro pastor y marchó junto a *Luisito* a la búsqueda de su amada, pero cuando se estaba aproximando el perro comenzó a gruñir. Victoriano, extrañado de aquel proceder detuvo su camino y ordenándole callar se escondieron detrás de unos arbustos. Lo que vio aumentó su extrañeza y consternación, se trataba de la perra y el ganado de *Crestina* pero quien lo llevaba era otra persona, un hombre para más señas.

Aquella tarde no dejó de pensar en que algo malo le había ocurrido para tener que sustituirla por otro pastor. Durante la cena en compañía de su familia apenas probó bocado, se mantuvo en silencio roto tan solo cuando se enfadó con *Ustaquia* por hacerle demasiadas preguntas. Se subió a su alcoba pero tampoco podía dormir. Victoriano siempre había sido una persona dubitativa, que le costaba todo un mundo decidirse a realizar cualquier cuestión y cuando finalmente lo hacía era tarde la mayoría de las veces o se equivocaba. Pero en esta ocasión estaba plenamente decidido a tomar cartas en el asunto. Así lo hizo cuando se levantó a la mañana siguiente y se puso sus mejores mudas, iría al *Chaparral* y buscaría a *Crestina* con todas las consecuencias. Por supuesto no hizo el menor comentario a su hermano y cuñada, prefirió marchar solo dejando en la masada a sus entrañables amigos.

Las tres mujeres que vivían en el *Chaparral* se encontraban saneando el interior de la casa ese mismo domingo gracias a la llegada del buen tiempo y la finalización de la cosecha. *Crestina* llevaba varios días sin salir de allí, sus hermanos habían tenido que contratar un pas-

tor para que les llevara el ganado dado el estado de la mujer. Desde que se descubrió el embarazo de la hermana la situación era lo más parecido a un polvorín a punto de estallar. Los hermanos lo vivieron como una afrenta personal efecto de un paternalismo mal entendido que tiraba más bien de rancio y casposo. A pesar de su interés y como no lograron sacar el nombre de la persona que había mancillado su honor se revolvieron contra la pobre *Crestina* que aún tuvo que soportar algún que otro guantazo y si no fue a más fue por la intercesión de las cuñadas, especialmente Amparo que veló noche y día para que no le ocurriera ninguna desgracia.

Pero la suerte estaba echada, el conciliábulo de los hermanos determinó aquello que debía de hacerse sin discusión. Le permitirían seguir con el embarazo enviándola a un hospicio de Teruel donde las monjas le ayudarían a parir, luego, donarían el recién nacido a algún matrimonio que lo necesitara. A partir de ese momento *Crestina* marcharía a Zaragoza para servir de criada, aprovechando la amistad que mantenían con cierto paisano en la capital aragonesa. Conociendo los antecedentes violentos de los *Chaparraleros* en un principio sus esposas no osaron contradecirles, era un mal menor aunque no por ello dejaba de ser una tremenda e injusta aberración.

A *Crestina* seguían sin comunicarle la verdad de lo que habían decidido por ella los hermanos a pesar de que sus esposas no dejaban de suplicarles que debían de actuar de otra manera. Por fin, después de mucho insistir, lograron aplacarles en cierta medida y sellar un compromiso. Ella debería abandonar por completo toda idea de irse con la persona que la dejó embarazada fuera quien fuera, por su parte, ellos no investigarían para darle su merecido. Y también le dirían que la criatura había nacido muerta, para que su ruptura con el pasado fuera completa y quedara solo en un mal trago. Por supuesto, la querían fuera de la masada y de su marcha a la capital aragonesa no cabía la menor discusión.

En aquel lugar ni siquiera los domingos se relajaba el ritmo del trabajo. Esa mañana después de estar las mujeres aseando la casa le habían comentado a *Crestina* que se bajara a la cocina para preparar la comida mientras sus cuñadas limpiaban las habitaciones. En el momento que se quedaron solas y escucharon como aquella infeliz estaba haciendo los almuerzos se miraron a los ojos y no pudieron contener un suspiro de pena.

—Pobre muchacha —comentó Amparo sin poder evitarlo.

—Yo la compadezco también pero vamos a ver... ya no es una cría y sabía lo que hacía ¿en qué estaría pensando?

—¿Y tú que crees? Con todo lo que ha pasado en su vida y encerrada en este lugar en medio del campo... seguramente había perdido toda esperanza.

—Perdona... lo cierto es que tienes razón pero es que me sabe todo tan mal especialmente su embarazo.

—¡También a mí!, pero a lo hecho pecho. Ahora ya no podemos decir que si esto o aquello porque tenemos por delante un duro trabajo con ella. Tú y yo somos madres y estarás conmigo que te quiten a un hijo es lo peor que te puede pasar.

—Pues sí. Y aún tendremos dar gracias por tener a los nuestros en Cella y Santa Eulalia con los abuelos, de pensar que podían vivir aquí y acabar siendo como tu esposo o el mío es que me da un pasmo... Amparo, ¿no podemos hacer que ella se quede con su hijo o adoptarlo cualquiera de nosotras?

—Ya lo he intentado, he hablado con ellos pero es imposible porque se vuelven unos energúmenos... De verdad, pobre muchacha, porque lo peor de todo es que está enamorada hasta los tuétanos. Cada vez que le preguntaba quién la había dejado embarazada los ojos le brillaban como hacía tiempo no había visto a nadie y mucho menos a ella.

—A mí me ha ocurrido lo mismo..., además hay veces que se queda ensimismada y yo creo que pensando en él ¡Qué desgracia tan grande Amparo! ¡Qué desgracia!

—Es nuestro sino. Todas las mujeres que han pasado por esta masada han sufrido lo suyo y menos mal que nosotras mantenemos casi a raya a nuestros maridos que si no...

—Oye que me olvidaba ¿al final has averiguado cual es el nombre de su amigo?

—Válgame Dios ¿dónde tengo la cabeza? Pues claro que sí, ayer a la tarde logré que me lo escribiera a medias y el resto lo conseguí diciéndole letras hasta que finalmente lo averigüé... se llama Victoriano... es lo único que sé...

Ellas seguían hablando mientras en el patio los dos hermanos estaban limpiando de enrunas el suelo del cobertizo, ajenos completamente al desaliento de sus esposas. En un momento dado uno de ellos detuvo la faena y acercándose a una sombra cogió el botijo dispuesto a saciar su sed, apenas lo levantó cuando se dio cuenta que una nube había tapado el sol y miró hacia el horizonte. No le gustó para nada aquello que vio.

—*Tato, date presa ca poniente venen zuños.*

El aludido se giró y comprobó que, efectivamente, desde la Sierra comenzaban a verse algunas nubes sueltas que la circulación del aire las dirigía hacia las estribaciones del Jiloca. Pero fijándose detenidamente observó también la presencia de un extraño que se aproximaba por aquella zona y así se lo hizo saber a su hermano.

—*¡Anda mia tu! Conoices al cazoletero ese.*

—*No me suena su cara... pero mira lo enjuto ques y ademas paice un miriñaque.*

—*Pos una dos, el zancajo ese sa perdio o busca bulla.*

—*Pos yo me barrunto ques un cenutrio que va calamocano.*

—*¡Quia! Demasiao escocado y tieso va como paber bebio yo creo que viene a gulismiar.*

Todavía continuaban con aquellos inclasificables comentarios cuando el visitante se encontraba enfrente de ellos.

—Buenos días... ¿Qué tal?

—*Nosotros mucho bien hasta cas venio amuelar ¿De quien eres tu?*

—Me llamo Victoriano y vivo en la masada del Zorzal.

—*¡Anda! Este debe ser el guarin de los "Porretones" —dijo dirigiéndose a su hermano—. A ver cuando pagais lo que debis que quien paga descansa y quien cobra mas. Ya testas yendo por dondas venio.*

—No he venido a discutir con ustedes, solo quiero hablarles de algo importante...

—*Oye so zancajo —le interrumpió el Chaparralero elevando la voz y con un tono que dejaba entrever el tremendo rencor que sentía por el visitante y su familia— ya hemos parloteao muchismo. Basta ya*

de cascadera y a mi no me vuelvas a chartir o tendiño un mamporro que tenderas.

—Me ha costado mucho venir aquí y no pienso marcharme sin hablarles de *Crestina*.

—*Mia que me lo imaginaba... este es el criminal que nos amolao la Crestina. Siempre dije que la muchicha era muchismo pregonada y algarera... mala leche quel Tato enfermara para que la mandaras de pastora pal monte. La culpa es to tuya* —culpó a su hermano— *y encima con el baldragas este del Zorzal na menos.*

—*Lo hecho no tie remedio y este desustanciao va a conocer quies son los Chaparraleros...* —ordenó el aludido— *¡Tato! Coge la gobanilla paque no se suelte que lo voy a descuajeringar.*

Así lo hizo y colocándose detrás de Victoriano, con inusitada rapidez le dobló los antebrazos dejándolo a disposición de su hermano que, inmediatamente, comenzó a golpearle con furia por todo su cuerpo al tiempo que le insultaba.

—*Asi que tu eres quien nos ha desgraciao la Crestina pos que crees so ababol que la miel sizo pala boca del asno... Ande vas tu abantico que desta sales trasquilao... palurdo... ajoson...*

Nada podía hacer Victoriano para contenerlos y cada vez que hablaba aunque fuera para quejarse se redoblaban los golpes. Llegó un momento que ni tan siquiera podía mantenerse de pie y cayó a plomo al suelo. Entonces, quien lo había sujetado se vio libre para propinarle su ración de golpes y patadas hasta que lo dejó completamente inmóvil. En última instancia Victoriano tuvo suerte ya que salió una mujer de la casa y corriendo se colocó delante de él impidiendo que le siguieran golpeando.

—¡Dejadlo ya que lo vais a matar!

En ese momento aquel par de brutos detuvo la paliza mientras la mujer lo ayudaba a levantarse. La cara de Victoriano mostraba la congoja que le producía observar el estado en que se encontraba, sangraba por todo su cuerpo incluso le habían roto el traje y apenas podía tenerse en pie pero seguía insistiendo en el asunto que le había llevado allí.

—*Crestina...* —atinó a decir mientras elevaba la mano en dirección a la casa, como si a pesar de lo sufrido quisiera verla aunque fuera por última vez.

Pero la aludida no podía escucharlo porque al percatarse su otra cuñada de lo que estaba sucediendo se la había llevado con una excusa a las habitaciones interiores donde no podía oír los gritos de la pelea.

—*No has tenio bastante o quies llevarte otra somanta palos* —comentó haciéndose el gallito el *Chaparralero* que había llevado la voz cantante en aquella paliza.

—¡Vete, por Dios! Te lo suplico, vete o te matarán.

—*Que pasa Amparo cualquiera que toiga debe pensar questas a favor del. Como se nota que a quien han desgraciao nos naide de tu familia.*

—Vete —de nuevo le imploró la mujer al visitante—, lo mejor que puedes hacer es irte y que te vea un médico —y dirigiéndose a los hombres de la hacienda les suplicó que tuvieran clemencia— Ya le habéis pegado bastante... dejad que se vaya por Dios y tranquilizaos...

—*Mia mujer si yo estoy enfurruñaio es por culpa del y por mi puede ir a que lo vea un medico o quel cura le de la extremaucion pero que se vaya de una puñetera vez* —fue la desabrida respuesta que obtuvo.

Sin embargo, a pesar de todos aquellos apremios Victoriano no estaba por la labor de marcharse sin ver antes a *Crestina* y conocer de la manera que fuera qué le ocurría. No obstante, aún pudo considerarse afortunado porque sus hermanos daban la impresión de que ya se habían desahogado con aquel miserable que había deshonrado a su familia, de manera, que uno de ellos se le acercó para despedirlo según su costumbre.

—*Toma mi moquero pa que te limpies y largate por dondas venio o te juro que tarranco los arbillos y taborco con ellos.*

—*Amos vete ya y no vuelvas nunca mas al Chaparral o en Monterde las campanas van a tocar a tranes de la somanta tozolones que vas a llevar* —sentenció el otro hermano.

Con muchas dificultades Victoriano inició el regreso a su casa. Llevaba todo el cuerpo magullado por los golpes y la sangre, aunque ya no fluía, le había empapado la cara. Tuvo que pararse a descansar en varias ocasiones a lo largo del camino hasta que llegó a la masada aquel infausto domingo a finales del mes de julio de 1944, una fecha

que jamás olvidaría. Su hermano y cuñada se encontraban trajinando por los alrededores del cobertizo cuando lo vieron aproximarse. Andaba con enormes dificultades por uno de los caminos que llevaban a la masada, dejaron sus tareas y acudieron a socorrerle. Victoriano no pronunció ninguna palabra, tan solo algunos gemidos por otra parte inevitables debido al dolor que sentía por todo su cuerpo. Ramón le ayudó a subir a su habitación y desvestirle en el preciso momento que llegaba *Ustaquia* con un balde de agua y alcohol macerado con árnica para curarle las heridas. Una vez aseado le ayudaron a acostarse, pero tras preguntarle de nuevo sobre lo que le había ocurrido y recibir la callada por respuesta decidieron salir de la habitación. Sin embargo, en el momento que se disponían a cerrar la puerta, Victoriano se decidió a realizar el único comentario.

—No quiero... que deis parte a nadie... de lo que me ha ocurrido... ni llaméis al médico... solo necesito descansar... y olvidar...

Durante los días siguientes, Victoriano continuó enclaustrado en su habitación contando con la visita ocasional de su hermano siempre que el trabajo se lo permitía y por supuesto de *Ustaquia*, que por primera vez en su vida estaba cuidando a su cuñado como era debido. No obstante, el papel en la economía de la hacienda que realizaba Victoriano era insustituible, por todo ello tuvieron que hacerse con el concurso de un pastor que lo supliera durante el tiempo de su convalecencia. Ramón y *Ustaquia* especulaban todos los días sobre aquella paliza pero no sabían a ciencia cierta ni cómo ni quien había sido el causante porque se negaba a hablar, más aún, lo encontraban tremendamente abatido por algo más que sus heridas. Tan solo intuían que tenía que haber ocurrido entre los términos municipales de Cella y Gea de Albarracín, porque cuando llegó al *Zorzal* iba por el camino que conducía a dichas localidades.

A mitad de aquella misma semana se encontraba *Ustaquia* aviando los animales en el cobertizo cuando por ese mismo camino observó cómo se acercaba una mujer a lomos de su caballería, detuvo su tarea y esperó pacientemente a que se aproximara lo suficiente para ver si la reconocía. Apenas tardó un minuto en tenerla a su lado, en ese momento se apeó del animal y pudo observar sus facciones que denotaban claramente que vivía en el campo. Era una mujer robusta sin ser entrada en carnes y las canas de su pelo la situaban por encima de los cincuenta años.

- Buenos días —saludó la recién llegada.
- Buenos sean —respondió *Ustaquia*.
- ¿Victoriano vive aquí?
- Sí, es mi cuñado ¿y quién es usted?
- Me llamo Amparo y me gustaría verle.
- ¿Por qué?
- Porque es muy importante y necesario, créeme.
- ¿Sabes qué le ocurrió a mi cuñado?
- Sí. De eso precisamente vengo a hablarle.
- Pues cuéntamelo a mí primero.

Daba la impresión de que aquella conversación no llevaba a ninguna parte y además corría el riesgo de que no la dejara continuar si conocía su procedencia, por eso Amparo decidió insistir pero con nuevos argumentos. Dio un paso adelante y se colocó enfrente mismo de *Ustaquia*.

—Has dicho que es tu cuñado y me alegra saber que tiene a personas que velan por él. Victoriano es un buen hombre y no le haría nunca mal a nadie... creo además que lo tienes que conocer muy bien. Por eso te pido... de mujer a mujer y con la experiencia de la vida que tenemos a nuestra edad, que me dejes verlo y hablarle..., estoy convencida de que debe de estar pasándolo muy mal y lo más seguro es que esté todavía convaleciente de sus heridas... y no te hablo solamente de las que sangran, las del alma son demasiado profundas y perduran mucho más en el tiempo... por favor... ¡Llévame con él!

Ambas mujeres se miraron fijamente a los ojos durante un instante, el tiempo suficiente como para darse cuenta de que las dos querían lo mejor para Victoriano y que ello pasaba porque la recién llegada lo viera y pudiera hablarle. De manera que *Ustaquia* se hizo a un lado y dando media vuelta la invitó a que le acompañara. Penetraron en la casa y tras subir las escaleras en completo silencio llegaron a un pasillo que daba a dos puertas. Entró en una de las habitaciones que estaba en penumbra y dirigiéndose a la ventana la abrió de par en par, de esta manera entró la luz suficiente como para que pudieran verse. Todos aquellos movimientos habían despertado a Victoriano que se incorporó

como pudo apoyándose entre la almohada y la cabecera de la cama, instante en el que miró fijamente a la mujer que acompañaba a su cuñada.

—Quisiera pedirte un nuevo favor ¿Podías dejarnos a solas?, —solicitó Amparo.

—Vale, me voy... pero procura no cansarle que está todavía muy débil.

Ustaquia salió de la habitación dejando la puerta entreabierta, sin embargo Amparo se dio cuenta del detalle y antes de ponerse a hablar con Victoriano se giró para cerrarla. Una vez lo hizo se colocó al pie de la cama mientras se miraban y la recién llegada pensaba con detenimiento como hablarle sin ocasionarle más daño del que ya había sufrido. Sin embargo, fue Victoriano quien rompió el silencio.

—¿Cómo está *Crestina*? Recuerdo que sus hermanos decían que por mi culpa estaba mala... Porque tú eras quien salió en mi defensa en la masada del *Chaparral*... ¿verdad?

—Bien... *Crestina* se encuentra bien... y en efecto soy yo quien dices, pero tan solo hice lo que debía.

Suspiró el convaleciente de forma entrecortada y quiso seguir con la conversación, sin embargo no se lo permitió Amparo y colocándose el dedo índice entre los labios le demandó silencio. A continuación movió las palmas de ambas manos adelante y atrás solicitándole paciencia al tiempo que le hablaba.

—Tengo algo muy importante que decirte... pero necesito que me escuches hasta el final en el más completo silencio...

Victoriano asintió con la cabeza y la invitó a seguir.

—Tienes que olvidarte de *Crestina*... —le comentó de sopetón.

—Pero ¿qué dices?, —a Victoriano le temblaba la voz.

—Me habías asegurado que ibas a guardar silencio hasta que acabara.

—Sí, porque no me imaginaba la barbaridad que me ibas a pedir.

—No es ninguna barbaridad

—Lo es porque la quiero más que a nada en esta vida

—Si tanto la quieres como estoy segura te insisto que lo mejor para vosotros es que dejéis de veros.

—Pero... no puedo... es la mujer que amo...

—Lo siento en el alma créeme pero te insisto en que es lo mejor que puedes hacer.

—No me puedes pedir eso... tengo treinta y cuatro años y ella ha sido la primera y te puedo asegurar que será la única mujer de mi vida...

—Victoriano, no te imaginas lo que supone para mí tener que hablarte de todo esto pero te aseguro que no existe otra solución salvo que quieras que te pase algo a ti... y a ella...

—¿Qué me dices? No puedes estar hablando en serio.

—¿Y por qué te crees que estoy aquí? Para empezar he tenido que mentir a mi marido y decirle que me iba a Santa Eulalia, si encima se entera que he venido al *Zorzal* ese bruto me mata.

—Pero lo nuestro no puede acabar de esta manera..., no es posible...

—Sí lo es Victoriano... desgraciadamente así es. Y aunque no te lo creas estoy aquí para evitar que echas a perder tu vida... porque ésta continúa.

—Y... ni tan siquiera la voy a poder ver... ¿ni una vez?

—Es lo mejor, créeme..., además el domingo de la semana que viene se marcha definitivamente de estas tierras... sus hermanos la envían a trabajar de criada a una capital.

—¿Cuál?

—La que sea... ¿qué más da? Lo hacen porque no pueden soportar la idea de que podáis seguir juntos. Mira, Victoriano, puedes creer que esta situación me duele tanto como a ti o incluso más... y ahora escúchame que voy a contarte una pequeña historia para que veas que no solo tú has pasado por estos trances —Amparo suspiró entrecortadamente y comenzó la narración—. Yo nací en Santa Eulalia y tuve una juventud muy dichosa... de joven me enamoré perdidamente de un vecino que me correspondía de igual manera. Pero un día faltó mi padre y ante las carencias de mi casa mi madre me pro-

metió con un *Chaparralero*. Yo me rebelé y junto a mi novio quisimos escaparnos aunque finalmente nos resultó imposible. Entonces, hice de todo para que mi madre cediera, incluso pensé en quitarme la vida pero al final me resigné a mi suerte aunque decidí vencerles a mi manera, la única posible y que nadie salvo yo conocía... y ahora tú. Llevo desde entonces aquel pesado lastre encima de mí pero lo sustituyo con imaginación. Cuando mi esposo, que no mi querido amante me hace el amor, no le veo a él porque transformo su cara en la de mi novio de juventud. En mis escasos ratos de ocio pienso en él y en todos los buenos momentos que pasamos juntos, o también cuando me acuesto sueño que lo tengo a mi lado. Existen muchas posibilidades para mantener viva su presencia, aunque tan solo nos hayamos visto desde entonces en contadas ocasiones. Y yo sé, aunque él no me lo haya dicho, que piensa y actúa de la misma manera...

—Me parece bien todo lo que me estás diciendo... pero yo ¿qué puedo hacer? Mi juventud quedó atrás y además no quiero buscar a nadie porque ya he encontrado a la persona adecuada.

—Con lo que te he comentado solo perseguía hacerte saber que hay muchas posibilidades de seguir adelante a pesar de inconvenientes como el que has sufrido, pero en tu caso hay otro peligro y son los *Chaparraleros*. Tú sabes perfectamente que vuestras familias se odian a muerte y ellos han jurado que si os seguís viendo os van a matar. Victoriano, te aseguro que los muy cafres son capaces de cumplir su palabra, que barbaridades como esa es lo que mejor se les da. Por eso te pido que continúes con tu vida, que lleves siempre si lo deseas a *Crestina* en tu pensamiento y en tu corazón, me imagino que lo que habéis vivido ha debido de ser hermoso aunque por vuestro bien espero que no haya más encuentros. También te digo que lo mejor es que intentes comenzar de nuevo, que busques por ahí porque es muy probable que puedas encontrar a otra mujer ya que si persistes en lo contrario vuestra historia acabará mal.

Victoriano se mantenía en silencio abrumado por todos aquellos comentarios, se le veía confuso, con una mirada que parecía implorar a aquella mujer que le dijera que se trataba de una pesada broma. Sin embargo, el gesto serio y preocupado de Amparo le indicaba precisamente todo lo contrario. Pasados unos segundos de paralización ella se dirigió a la cabecera de la cama y cogió el crucifijo que pendía de un clavo en la pared, lo sujetó con fuerza entre las dos manos

y sentándose en un lateral de la cama miró a Victoriano con firmeza. Sin embargo, antes de que se dispusiera a hablar de nuevo fue el hombre quién se adelantó.

—¿Qué piensa de todo esto la *Crestina*?

Fue escuchar aquella frase y una catarata de lágrimas comenzó a caer por las mejillas de Amparo, ésta suspiró entrecortadamente pero a pesar de su esfuerzo no pudo detener aquel aluvión de llanto, respiró con fuerza y por un momento pareció que había contenido sus sentimientos. Entonces extrajo un pañuelo de su bolsillo y por fin consiguió secarse la cara, luego elevó el mentón como si quisiera remarcar aquel instante por la crucial trascendencia e importancia que para ella tenía. Y mientras hablaba de nuevo, algunas lágrimas rebeldes seguían surcando su rostro sin que la mujer en medio de su impotencia las pudiera detener.

—Te cojo el crucifijo como si fuera la propia biblia para jurarte por Dios y los santos del cielo que todo lo que te he dicho es verdad. Que me trague el infierno con sus tormentos si te he mentido pero por favor no me pidas que te diga nada más porque acabo de jurar ser sincera y no puedo ni quiero mentirte. Querido Victoriano, la verdad en muchas ocasiones resulta demasiado dolorosa para ser escuchada, por eso es preferible para todos dejar esta conversación ahora mismo —comentó al tiempo que besaba el crucifijo.

Seguía llorando en el momento que se levantó para colocar de nuevo la cruz en su lugar. También se contagió Victoriano que no acababa de dar crédito al infierno que estaba viviendo, precisamente cuando creía haber encontrado la estabilidad en su vida y se sintió por primera vez la persona más feliz de este mundo. En el momento que Amparo salió de la habitación casi se dio de bruces con *Ustaquia* que, fiel a su carácter, se encontraba fisgoneando detrás de la puerta. La visitante no afeó su conducta antes al contrario forzó una medio sonrisa.

—Por favor cuida a tu cuñado porque te va a necesitar y sobre todo no dejes que cometa ninguna locura.

Un carácter tan desabrido como el de *Ustaquia* no se eliminaba de un día para otro pero lo cierto es que a partir del suceso de su cuñado hizo lo imposible por cambiarlo y casi lo consiguió. Lo de Victoriano ya fue otro cantar, cada día que pasaba aumentaba su abatimiento y se volvía tan huraño y silencioso como antaño. Además, se había acostumbrado a empinar el codo y en aquella jornada ya llevaba algún que otro vaso de vino.

—Victoriano tenemos que hablar —le propuso Ramón.

—Tú dirás —se ofreció.

—Necesito que me digas cuando vas a volver al tajo porque quedé con el pastor que trabajaría mientras estuvieras convaleciente, en realidad está aquí haciéndonos un favor y necesita volver a su casa.

—Pues le pagas y le agradeces los servicios prestados.

—Entonces ¿Ya estás bien para trabajar?

—Lo estoy. Lo que no tengo son ganas.

—¿Estarás de broma?, desde que vino aquella mujer para hablar contigo no hay quien te entienda..., por cierto ¿de qué hablasteis? La *Ustaquia* me dijo que escuchó un nombre... ¿no te habrás metido en un lío de faldas?

—Si quieres saber más se lo preguntas a la fisgona de tu mujer.

—En serio Victoriano ¿qué te ocurre?

Como respuesta, su hermano apuró de un solo trago algo más de medio vaso de vino.

—Bebiendo como lo haces no vas a conseguir nada.

—Te equivocas. Es la única manera de poder olvidar.

—Mal asunto si no dejas que te ayude..., por cierto además de aquel nombre no sé qué escuchó de un cantarral o algo parecido ¿a qué podía referirse?

—¿Qué pasa Ramón? Veo que estás empeñado en que te lo cuente todo y por lo que te conozco no vas a parar hasta conseguirlo —levantó la voz que sonó con un tono algo achispado—. Pues te vas a enterar, hombre. Sí, la alcahueta de tu mujer no iba muy desencaminada porque hablamos de alguien a quien quiero con toda mi alma

y se llama *Crestina*. Pero todavía no sabes lo mejor —se detuvo por un instante para regodearse más del momento mientras aumentaba la perplejidad de su hermano—, es una *Chaparralera*... sí, pertenece a esa familia que tanto os odiáis y por eso precisamente estamos tremendamente jodidos mi *Crestina* y yo... ¿Satisfecho?

—¿Pero tú estás loco? ¿Cómo se te ocurre ir a enamorarte de la persona equivocada?

—¿Y quién te ha dicho que es así? Mira si existe algo sincero en este mundo es el amor... ¡Joder! Fíjate si hasta con mis años hablo igual que los mozos... venga Ramón vamos a brindar por las mujeres o por quien te de la real gana, pero bebamos hasta que al final podamos olvidarnos de todas y de la madre que parió a los carcamales de nuestros abuelos.

—Vale ya Victoriano, deja de una vez el vino.

—No me da la gana porque aún no he terminado.

—Ten cuidado y no digas nada de lo que luego te tengas que arrepentir.

—Tranquilo, no lo haré, lo tengo todo muy estudiado... sabes... me voy del *Zorzal*... me marcho a buscar trabajo a Monterde.

—¿Qué dices...? ¿Y el ganado?

—Te lo regalo.

—De eso nada. Déjate de tonterías porque como te vayas... lo vendo.

—Pues por mí te lo puedes comer entero. Ya todo me da igual.

Victoriano se levantó tambaleándose y se dirigió hacia el cobertizo donde apenas tardó un instante en ponerse a vomitar. Una vez se le hubo pasado los efectos de la borrachera subió a su habitación, allí estuvo el resto del día rumiando sobre los últimos acontecimientos que habían llevado su vida de nuevo al desastre en el que siempre había estado. A la mañana siguiente después de levantarse bajó a la cocina donde estaban desayunando su hermano y cuñada, tomó un almuerzo frugal en el más completo silencio pero antes de salir se despidió de ellos.

—Quiero que me perdones *Ustaquia*, ayer hablé más de la cuenta y te insulté... es lo que tiene el vino cuando se apodera de quien

lo bebe, que le roba la razón y yo ayer la perdí si es que la he tenido alguna vez. Y a ti, Ramón, te deseo lo mejor pero yo me marcho a Monterde con nuestro hermano, no me gusta para nada la vida en los pueblos pero quiero intentarlo aunque sea por última vez... seguir en esta masada me trae muchos recuerdos y créeme algunos son demasiado crueles para poderlos soportar... ¡Ah!, perdona, pero quiero dejarte en la masada a *Luisito*, espero que lo cuides como si fuera yo mismo; también te dejo a *Catalán*, trátalo bien y no te pases con él que a veces es un poco cabezón... Los dejo aquí porque esta nueva vida la quiero empezar desde cero... ¡Hasta siempre!

Sin embargo Victoriano en esta ocasión les había mentido al menos en parte, porque aquel lunes de agosto no acudió a Monterde sino que marchó hacia Cella. Un asunto le venía requemando las entrañas y quería dar el punto y final desde que escuchó a Amparo decir que *Crestina* se marchaba a trabajar de criada y se habría ido precisamente el día anterior. Le costó sus buenas horas llegar y fue directamente a la estación situada a las afueras del pueblo. Se iba acabando la tarde y el andén ya estaba vacío de personal pero él, totalmente decidido, marchó hacia la vivienda del jefe de estación llamando a la puerta.

—Buenas tardes señor —hizo el saludo de rigor.

—Ya no sale ningún tren hasta mañana —respondió el aludido algo incómodo por aquella intromisión.

—Perdone, pero yo no quiero coger ninguno, tan solo hacerle una pregunta que es muy importante para mí —suplicó Victoriano.

—Bueno... pues tú dirás —se ofreció el ferroviario algo perturbado ante la cara de angustia de aquel extraño.

—Verá, se trata de saber si ayer domingo... quiero decir que ayer no sé si por la mañana o por la tarde estaban... ¿Usted conoce a los *Chaparraleros*?

—¿Y quién no los conoce en Cella? Con lo brutos que son...

—Pues eso... si los vio ayer por aquí para coger el tren... y si iban solos o con alguien...

—Aquí estuvieron desde luego... si mal no recuerdo iban con una hermana suya me parece... sí, una que es sordomuda la pobre...

—¿Y recuerda hacia dónde marcharon?

—Cogieron el tren que venía de Zaragoza camino de Valencia pero no recuerdo el billete que les vendí...

—Entonces... ¿no sabe su destino?

—No. Para qué te voy a mentir... pudieron haberse ido a Teruel... La Puebla... Segorbe... Sagunto... o Valencia... sobre todo esta capital que fue donde vendí la mayor parte de los billetes según acabo de anotarlos en el estadillo..., pero no recuerdo adónde... Eso sí..., espera... creo que llevaban una maleta y un par de bultos... es decir, que adonde fueran iban para quedarse alguna temporada... ¿es eso lo que querías saber?

—Si señor... muchas gracias...

Una vez el jefe de estación entró en la casa, Victoriano marchó hacia el andén y sentándose en el borde del mismo comenzó a pensar sobre los próximos pasos a seguir. Quedaba claro que Amparo le había dicho la verdad sobre la marcha de *Crestina* para trabajar fuera de allí y, respecto a las amenazas de muerte, las tomaba muy en serio. En estos momentos no le importaba lo que pudiera ocurrirle pero solo de pensar en el daño que podían hacerle a *Crestina* sentía escalofríos. Estaba hecho un lío y no sabía qué camino seguir. Así pasó el resto de la tarde pensando en hacer lo mejor para ambos pero sobre todo para aquella maravillosa mujer que había dado un vuelco a su vida. Cuando quiso darse cuenta ya había anochecido pero seguía en el mismo lugar todavía indeciso. El frescor de la madrugada a la mañana siguiente lo despertó mientras dormía en el borde mismo del andén. Se levantó totalmente decidido e inició la vuelta hacia Monterde mientras no dejaba de pensar en su perra suerte. Se sentía derrotado, había dado por perdida definitivamente aquella batalla.

Durante todo el mes de agosto de 1944 Victoriano ya se había cansado de ir dando tumbos por Monterde, pero seguía sin tener la más mínima intención de volver a vivir con su familia en la masada del *Zorzal*. Y cuando estaba a punto de rendirse encontró por fin su

oportunidad de trabajar como pastor asociándose con un conocido suyo de la localidad llamado Paulino Martín. Durante la subasta del contrato anual de la cabrada comunal ambos presentaron las condiciones de trabajo más ventajosas, de manera que formalizaron el acuerdo con el Ayuntamiento. Esta labor comenzaba el día de San Miguel abarcando hasta la misma fecha del año siguiente, es decir, la sanmiguelada típica de los arriendos en la Sierra de Albarracín. Aquella oportunidad le llegó como agua de mayo porque cada día que pasaba odiaba más estar en el pueblo y aguantar a todos los carcamales que allí vivían.

A finales del mes de septiembre comenzaron su trabajo. Mantenían a la cabrada pastando por algunos prados existentes en la Sierra del término, especialmente en dos lugares conocidos como *Peñalamejada* y la *Majada de las Cabras*. En este último lugar existía un chozo de piedra techado con chasca de carrasca donde los pastores podían guarecerse de los rigores del clima y en el que habían dispuesto dos rústicos camastros. Eso sí, a pesar de todos sus cuidados lo cierto es que el chozo no era más que una cochambrosa casucha, por mucho que estuviera medianamente acondicionada para ser utilizada como vivienda. A las afueras del mismo, sobre un pequeño promontorio, tenían colocado en el suelo una gran losa de rodeno utilizada como base de la hoguera donde podían realizar las tareas de cocina al aire libre, y también les proporcionaba calor durante las largas noches de vigilia mientras guardaban la cabrada.

El ganado compuesto por algo más de mil reses pastaba por estos andurriales todos los días de la semana excepto los domingos, ya que salían de madrugada en dirección a Monterde donde llegaban a primera hora de la mañana. Las cabras eran recogidas por sus dueños en la plaza pero también solían acudir solas a las parideras de sus amos guiadas únicamente por su instinto. Ello era debido a que allí siempre las mantenían cebadas, por una parte en comederos repletos de cereal y por otra con sal gorda depositada en grandes losas de piedra caliza. Luego, a las seis de la tarde y desde la plaza del pueblo, el cabrero que estuviera de guardia hacía el toque de llamada general con una caracola de gran tamaño recogiendo nuevamente el ganado para volver a los prados de la Sierra durante otra semana. El pastor soplaba con fuerza a través de un orificio situado en la punta de la concha originando un sonido grave, el cual retumbaba por toda la localidad y re-

cordaba —aunque de forma más limitada—, al que producían las sirenas de los barcos cuando iban a iniciar su salida del puerto. Y de esta manera fueron pasando casi todo el año de contrato.

Hacía algunos días que había comenzado el mes de septiembre de 1945 y a finales del mismo llegaba san Miguel, fecha en la que se daba por finalizado el trabajo de la cabrada. Hasta ese momento, tanto Victoriano como Paulino habían alternado los descansos de algunos domingos para acudir a sus respectivos hogares. El primero, lo hacía nuevamente a la masía del *Zorzal* con su hermano y cuñada a pesar de las discusiones que solían mantener y de que la vivienda se encontrara bastante alejada de su lugar de trabajo. Eso sí, era impensable que se quedara en el pueblo ya que sus relaciones con el mundo en general y con los monterdinos en particular eran casi inexistentes, más aún después de la enésima bronca con el hermano que vivía en la localidad.

Por su parte, Paulino, cuyo estado civil también era el de soltero mantenía una actitud todavía más inestable que su compañero, de manera que todo dependía de su volátil estado de ánimo. En ocasiones acudía a la masía de su familia ubicada no muy lejos de donde guardaban la cabrada y en otras se quedaba en el pueblo. Ahora bien, una vez al mes no podía sustraerse a sus instintos y solía acudir a Teruel o Cella, para dar rienda suelta a sus más perentorias necesidades. Precisamente, esta última cuestión traía de cabeza a Victoriano. Cada vez que Paulino andaba en busca de meretrices era raro que volviera al tajo el primer día de la semana y su paciente compañero tenía que trajinar por ambos con el más que previsible enfado. De la misma manera, algún que otro día después de cerrar el ganado habían acudido los dos pastores a la masía de Paulino para comer o adecentarse. Allí, Victoriano, tuvo la oportunidad de conocer a su familia en la que destacaba una tía viuda que vivía con ellos y tenía por nombre Hermelinda, más conocida con el apodo de la tía *Cuentos*.

Se trataba de una persona ciertamente singular. Ya no tanto por su aspecto, pues si bien es cierto que el transcurso de los años había modificado la lozanía de su primitiva belleza juvenil, ahora, en plena madurez, todavía conservaba un cierto encanto. En estos momentos, a pesar de su pelo canoso y las arrugas de la frente —conocido fruto del paso del tiempo y de los rigores del clima—, lo cierto es que aparentaba ser una anciana señorial de porte distinguido. Ese semblante elegante y la magnífica estampa que ofrecía a su edad quedaban re-

marcados por su prestancia natural donde destacaba su máspreciado tesoro: una excelsa memoria. Gracias a ella había logrado mantener intacto el legado que los más viejos del lugar le habían transmitido durante su juventud y, era en estos momentos, la única persona del pueblo que seguía conociendo las historias y leyendas más ancestrales de la localidad. Es decir, era el vivo ejemplo de lo que en el mundo de la Grecia clásica conocían como los “Aedos”, aquellos poetas singulares que mantenían viva la palabra y la historia trasmitiéndola a sus coetáneos por vía oral en unos siglos donde muy pocos conocían la escritura. Si bien es cierto que algún que otro anciano tenía conocimiento de parte del legado cultural de Monterde, en realidad, éste no era tan preciso ni numeroso como el que poseía Hermelinda. Quizás esta hubiera sido una cuestión baladí de no haber sido porque ella era analfabeta como la mayor parte de las personas de su edad en el pueblo, especialmente las mujeres. Esta circunstancia redoblaba su mérito, todo en la tía *Cuentos* era pura memoria y lo mejor del caso es que además disfrutaba ejerciéndola.

Así pues, cada día de la semana tenía una labor específica en la casa familiar ya fuese la colada, haciendo el pan o aquello que se terciara por peregrino que fuera. Y dentro de esta dinámica de trabajo, el primer viernes de cada mes sin excepción, lo dedicaba a mantener vivos los recuerdos que le habían trasmitido en su juventud. Por eso, después de desayunar empezaba a ejercitar supreciado don. Primero, enumeraba los parientes más cercanos que había conocido o aquellos que sus ancestros le habían mencionado con sus características más sobresalientes; que si el bisabuelo tal combatió contra los franceses en la guerra de la Independencia, o que su abuelo paterno murió atropellado por un carro, los hijos que tuvo su abuela, los de su madre, es decir, cualquier asunto importante que hubiera afectado a su familia y que a ella le habían comentado. Luego, seguía por las cuestiones generales que ocurrieron en el pueblo años ha, como cuando las tropas napoleónicas pasaron por Monterde en dirección a Albarracín acosadas por las partidas guerrilleras del general Villacampa. A continuación comentaba temas religiosos tales como la vida de Jesús, el nombre de los apóstoles, los de las doce tribus de Israel, el de los jueces que existieron según el Antiguo Testamento, los hijos de Jacob u otras historias religiosas más relevantes. Una vez había llegado a este punto daba la impresión de estar en pleno trance y, a partir de ese momento, se dedicaba a lo que más le gustaba como era rememorar los cuentos

y leyendas de Monterde, y aquí refería todas las narraciones locales que conocía.

Un mohín de disgusto se marcaba en su rostro cada vez que llegaba este instante empero el enorme placer que encontraba cuando las narraba. Y ello, porque a pesar de haber comentado estas historias alguna vez a las jóvenes de la localidad, no encontraba en ninguna de ellas la necesaria voluntad para conservarlas vivas tal y como había ocurrido hasta entonces, y pensaba que en poco tiempo su recuerdo se acabaría diluyendo. El transmitir las por vía oral había resultado primordial para poder seguir evocándolas, pero en la actualidad la tía *Cuentos* ya no estaba tan convencida. En contra de lo que ocurrió cuando ella era muy joven, ahora casi todas las niñas acudían a la escuela y la mayor parte de las mismas sabían leer y escribir. Últimamente le daba muchas vueltas a la situación, sin embargo, no encontraba una respuesta satisfactoria por lo que todos estos interrogantes la tenían sumida en la mayor de las incertidumbres. Lo cierto es que a pesar de ser una excelente observadora no atinaba a atisbar una conclusión que la convenciera plenamente.

Sin embargo todo ello era algo tan simple como el que las circunstancias y la época habían cambiado de forma sustancial sobre todo durante los últimos años. Ahora, la mayor parte de los jóvenes del pueblo eran letrados y, las cuestiones locales, habían pasado de ser el máximo exponente de su cultura a convertirse en algo anacrónico e incluso en ocasiones tachado de ridículo. A pesar de sus intentos de lograr nuevos acólitos como ella lo fue en su momento, estas tentativas no acababan de cuajar. Cuando finalizaba el relato de estas historias —normalmente estaba sola pero las comentaba a viva voz como si tuviera enfrente cualquier interlocutor—, continuaba nuevamente con rezos y cánticos religiosos. Y en una persona creyente como ella la llenaba de suma placidez haciéndole olvidar ese cúmulo de malos presagios. Eso sí, se trataba de una mujer con carácter alegre y muy dispuesta a todo, de manera que cuando bajaba al pueblo resultaba frecuente verla siempre departiendo con los parroquianos y accediendo a contarles cualquier historia que le demandaran. Y por supuesto gozaba como nadie con la gente menuda, su gran debilidad y casi siempre el centro de sus atenciones y relatos.

Un día la tía *Cuentos* tenía que llevar la comida a su sobrino Paulino al prado donde guardaban las cabras, además pensaba reco-

lectar hierbas silvestres y ramas de retama para renovar alguna desgastada escoba. Cuando la vieron los pastores acudieron prestos al chozo y le insistieron para que se quedara a comer con ellos, ya que a pesar de estar acostumbrados a la soledad admitían de buen grado la visita de cualquier ser humano. Aceptó la mujer y acomodados todos en las losas de piedra que rodeaban la chimenea de rodeno iniciaron el ágape comentando intrascendentes chascarrillos.

Paulino, conocía el carácter crédulo y melindroso de Victoriano y en un momento dado hizo mención —tal y como venía repitiendo durante las últimas fechas— del macabro suceso ocurrido en el chozo años atrás durante una tormenta eléctrica que se saldó con la muerte de varias reses y de uno de los pastores. Lo cierto es que desde que lo comentó la primera vez, su compañero se ausentaba del chozo cada vez con más frecuencia y rehuía en lo posible su estancia en el mismo si no estaba acompañado. La notoria aprensión que notaba en Victoriano le proporcionaba un regocijo difícil de describir y rompía el hastío del pesado y monótono trabajo diario, haciéndole sonreír cada vez que sacaba algún tema escabroso y comprobaba sus reacciones.

En medio de la conversación que mantenían surgió el tema de las hierbas que buscaba su tía y Victoriano comentó que muchas de ellas crecían en las cercanías de la Fuente del *Alma Negra*. Fue escuchar ese nombre y la anciana no pudo sino estremecerse, se santiguó tres veces al tiempo que susurraba una breve oración y negaba a renglón seguido que fuera a acudir a dicho paraje por nada del mundo. En el preciso instante que la tía *Cuentos* se cerró en banda con su repulsa, un pensamiento maquiavélico alumbró la mente de Paulino y relamiéndose por su ocurrencia sugirió a su tía:

—Podías contar la leyenda que existe sobre la Fuente del *Alma Negra*.

A renglón seguido y sin dejarla responder, Victoriano que se mantenía extrañado por la reacción que había tenido la mujer también quiso preguntarle sobre ella.

—La verdad es que no la comprendo. No entiendo el por qué se ha asustado tanto al oír el nombre de la fuente y tampoco su empeño en no ir a dicho lugar para recoger las hierbas que allí crecen, si con tanto ahínco las está buscando.

Paulino por su parte volvió a insistir esta vez con más determinación mirándole fijamente a la cara.

—Venga ya tía ¿a qué vienen tantos remilgos? conoces de sobra la leyenda ¡pues cuéntala! Y eso de que quieras ir o no a por hierbas a ese lugar es cosa tuya pero la historia de la Fuente la tienes que contar —Paulino, testarudo como pocos le insistía a su pariente.

Por su parte, la señora que no había podido abrir la boca acosada ante tanta insistencia, mantenía el ceño fruncido mientras permanecía pensativa y callada. Finalmente, presionada por sus interlocutores y viéndose apremiada a decantarse no pudo sino exteriorizar su disgusto.

—¿Para qué queréis que os relate la historia si yo misma me estremezco cada vez que la cuento? De todas las leyendas que conozco me pedís que os narre la única que al hacerlo se me pone un nudo en la garganta, pero... ¡cómo sois! Paulino —dijo mirando a su sobrino—, sabes bien que no lo puedo remediar, cada vez que oigo el nombre de esa maldita fuente se me revuelven las tripas. Ya tengo bastante con recordarla de vez en cuando... —y después de un breve silencio concluyó con determinación— hazme el favor y no insistas.

—Tía —Paulino trató de calmarla—, todas esas historias de gente que jura y perjura ha visto cosas raras por los alrededores no son más que chismorreos sin sentido, tonterías de personajillos que no tienen otro trabajo que hacer más que murmurar bufonadas. No les tenías que hacer caso porque eres inteligente, sabes que tan solo se trata de una leyenda y lo que digan en el pueblo te tiene que traer sin cuidado —el pastor insistía con vehemencia para que ella iniciara la narración.

—Aunque sea como tú dices lo cierto es que ese relato me deja un mal regusto en el cuerpo, es superior a mis fuerzas —respondió la mujer—, igual estoy equivocada pero temo a ese lugar tanto como al mismísimo Belcebú.

Ante las continuas vacilaciones de la anciana y viendo que no les hacía caso a ninguno de los dos, Victoriano volvió a entrar en la conversación intentando justificar sus demandas.

—Mire, yo no quería molestarla, lo que ocurre es que no sé nada de la fuente esa y como me paso todo el día por allí, pues eso...

que me gustaría saber por qué tiene ese nombre tan rebuscado y si es por eso por lo que tiene usted tanto miedo.

—No es miedo, no es miedo... —repitió la anciana con un cierto retraimiento o más bien parsimonia que no hacía sino ratificar su notoria inquietud—. Lo que ocurre es que se trata de una leyenda muy antigua que se pierde en la noche de los tiempos y todavía me sobrecoge cuando la rememoro.

La tía *Cuentos* suspiró profundamente como queriendo recuperar la compostura ante la inusual demanda de sus interlocutores. Tras unos instantes de pausa acabó por convencerse de que en realidad no se trataba más que de una de las tantas historias que conocía del pueblo y, ya que la había contado tantas veces a lo largo de su vida, no perdía nada por hacerlo una vez más. De manera que viendo la determinación de los pastores, finalmente acabó cediendo.

—Bueno... pero mira que sois pesados... en fin, os habéis salido con la vuestra. Eso sí voy a contarla tal y como me la relataron con la única condición de que no me interrumpáis y me dejéis acabarla de un tirón. Y memorizarla bien, nunca más os la contaré ni permitiré que me preguntéis sobre ella ¿De acuerdo?

Los dos pastores asintieron con la cabeza y adecuaron su asiento lo mejor que pudieron entre las piedras que rodeaban la chimenea de rodeno al aire libre. Y en medio de un expectante silencio la tía *Cuentos* inició la introducción a la historia con un hablar pausado, comedido, como queriendo dotar a la misma de un aura especial, tal vez para remedar las intrínsecas lagunas que encontraba en la leyenda que se disponía a contar, y que a ella le habían provocado más incertidumbres que certezas. En realidad, no sabía si catalogarla como épica propia de un tiempo inmemorial y más bien oscuro o pensar que algún suceso más o menos truculento bien pudo haber tenido lugar. Los pastores seguían expectantes especialmente Victoriano, que al ser analfabeto concebía la historia oral como un elemento primordial gracias al cual podía entender los mecanismos que rigen el conocimiento general de la vida. Por su parte, Paulino, a pesar de ser también iletrado, conocía de sobra la leyenda escuchada en labios de su tía cuando era pequeño. A menudo recordaba las eternas noches de invierno al calor de la lumbre de su casa como uno de los momentos más felices de su infancia. Aunque lo cierto es que nunca prestó la atención necesaria a las histo-

rias que narraba la tía *Cuentos*. Sus inquietudes resultaron ser más procaicas durante esa época, por regla general entre los juegos y la permanente búsqueda de comida, el resto apenas importaba.

La mujer, acostumbrada a sentirse observada siempre que comenzaba sus alocuciones comprobó con una actitud coqueta e indolente la reverente atención que le estaban dispensando los pastores. Volvió a respirar profundamente mientras miraba al cielo y su rostro, ahora serio, mostraba la importancia que ella concedía a su labor de cronista. Y por fin, tras un prolongado suspiro, sobreactuando, Hermelinda, más conocida como la tía *Cuentos* comenzó la narración de la tan esperada historia.

—Hace muchísimos años vivía por estos contornos una mujer llamada Inés García a la que Dios había dotado de una belleza admirable y pertenecía a una familia de pastores bien avenida y temerosa del Señor. No obstante, el agrio carácter de esta mujer era poco menos que insufrible, los malos modos, insultos y desprecios eran constantes en el trato con su familia. Incluso en las numerosas ocasiones en las que se enfadaba las más procaces blasfemias formaban parte de su vocabulario. Cuando pastoreaba Inés García le gustaba pasar parte de su tiempo en completa soledad enfrascada en sus pensamientos más profanos. Cerca de un pequeño prado donde llevaba sus ovejas había descubierto un rincón siempre solitario. Un recóndito claro en medio del bosque de pinos que simulaba algo así como la entrada de una covacha y, debido a que allí se encontraba a gusto, lo visitaba siempre que podía. Ahora bien, contra lo que pudiera parecer no todo el mundo temía a Inés García pues había un pastor en la Sierra que creía ciegamente en la bondad de esta mujer. Él, estaba convencido que su desabrido carácter era porque todavía no había encontrado al amor de su vida. Este pretendiente llamado Thomas Ximenez estaba perdidamente enamorado de ella y así se lo hizo saber, pero los años transcurrían y la mujer no quería darse por enterada ignorándole continuamente y haciéndole sufrir un auténtico calvario con sus desplantes. Un día totalmente decidido y cansado de tan larga espera decidió pasar a la acción. Habló con sus padres y con los de la muchacha y los convenció para desposarse con ella creyendo que forzando la situación la joven cambiaría. Pero al conocer la noticia, Inés García, fiel a su díscolo carácter no mermó las hostilidades que mantenía hacia sus familiares y el pretendiente, antes bien, su forma de ser se tornó todavía más bronca y

pendenciera. A pesar de estar convenida la boda entre las dos familias, una mañana después de despotricar fieramente con sus progenitores decidió ir a la vivienda que la familia de Thomas tenía en la Sierra. No pensaba en otra cosa que plantarles y decirles que nunca se casaría con aquél que la habían prometido, zahiriéndoles de paso como era su costumbre. Sin embargo, Dios, cansado de los desmanes de esta mujer había decidido castigarla. Se le apareció mientras se dirigía a dicha casa cuando la recóndita senda por donde transitaba atravesaba muy cerca de la zona frondosa y oscura que ella tanto apreciaba. Nuestro Señor le comunicó lo defraudado que estaba con sus actos pues le había otorgado todas las prebendas que se pueden esperar de la vida, mientras que Inés a cambio se había dedicado a dejar de lado la religión, hacer el mal a sus vecinos y sobre todo a las personas que más la querían. Por ello, en ese lugar ignoto y oscuro del bosque que tanto le gustaba había pensado castigarla por sus innumerables pecados y convertiría su cuerpo en dura piedra, a imagen y semejanza de su pétreo corazón. Tal y como escuchaba los reproches a Dios Nuestro Señor iban pasando por su mente las escenas más ingratas de su existencia. Finalmente, se dio cuenta del cúmulo de maldades con las que había castigado a sus semejantes y, arrodillada, se arrepintió en ese postrer momento llorando con fuerza por cómo había transcurrido su vida y el triste final que le esperaba. Las lágrimas surcaban su rostro con una fuerza inusitada como nunca jamás lo había hecho. Dios se aperció del sincero arrepentimiento de la mujer y, en prueba de ello, permitió que siguiese brotando el agua por aquellas cavidades una vez transformado su cuerpo en roca.

Poco tiempo después su familia recorrió el bosque buscándola pero no la encontró y acordándose sus padres del lugar donde gustaba guarecerse en ocasiones allí acudieron. Aquel sitio lo recordaban tal y como había sido hasta entonces, es decir, lo más parecido a la boca de una madriguera, un claro tenebroso en medio del tupido bosque. Sin embargo, a pesar de no haber perdido su frondosidad, lo cierto es que había cambiado totalmente el contorno de su paisaje. Observaron como el agua brotaba entre la abertura de una roca que no recordaban haberla visto antes y, tras un pequeño remanso en el claro, seguía su curso monte abajo hasta perderse en medio de varios sumideros. Además, los pájaros, mariposas y otras criaturas de la naturaleza poblaban el lugar dotándolo de una belleza desconocida. Tiempo después llegó la noticia al pueblo de Monterde de la pérdida de la mujer

y la aparición de un manantial de agua en aquel recóndito rincón que tanto le gustaba visitar. Los lugareños pensaron que era obra de aquella infame y que sin duda alguna el diablo también habría tenido algo que ver, por eso llamaron *Alma Negra* a la fuente recién aparecida, porque de esta manera recordaban como había sido el carácter de la finada.

El espíritu de su pretendiente el pastor Thomas Ximenez sigue vagando por el bosque llorando su infortunio y aprovecha las corrientes de aire para trasladarse a otros lugares del monte en una incesante búsqueda de su amada. Si un pastor se te aparece un día estando por estos lares y te pregunta por Inés García, levanta el brazo e indícale por donde se encuentra la Fuente del *Alma Negra* pero nunca le mires directamente a los ojos. Su mirada tiene el marchamo de la demencia por todo el padecimiento sufrido y, aquél que se fija en ella, más pronto que tarde ve trastornada su mente en la más absoluta locura.

Cuando la anciana mujer evocaba la leyenda de la Fuente del *Alma Negra*, Paulino observó cómo el ingenuo de Victoriano abría los ojos totalmente absortos ante los comentarios de la tía *Cuentos*. Y sobre todo, su rostro se tornó todavía más temeroso con la explicación de la posible aparición fantasmal de aquel pretendiente. Al apreciar la turbación de su compañero pensó sin dudar ni un instante en gastarle una pesada broma junto a sus amigos del pueblo, aquella tarde estaba lleno de las más variopintas ocurrencias. De manera, que unos días más tarde mientras estaba anocheciendo e iban guardando la cabrada en el prado, Paulino, de acuerdo con sus compinches, le indicó a Victoriano que fuera a recoger las últimas reses que estaban desparramadas por una zona cercana a la Fuente del *Alma Negra*. Acudió obediente el incauto pastor y cuando estaba en las proximidades del tenebroso lugar que él había comenzado a temer desde la conversación que tuvo días atrás, escuchó algunos ruidos por el contorno que lo ponían al borde de un ataque de nervios. Al momento percibió un sonido más fuerte y entre la masa de pinos que tenía enfrente por donde él caminaba, apareció la figura de un pastor con el semblante de su cara marcadamente blanca. El recién aparecido se paró de repente y, señalando con el bastón a Victoriano, le preguntó con voz como de ultratumba:

—¿Por ventura conoces a Inés García? Dime ¿Dónde puedo encontrarla?

Victoriano, que temblaba de puro miedo recordando las advertencias de la tía *Cuentos* bajó la vista al suelo y, tiritando como un poseso, extendió el brazo señalando hacia el punto donde se encontraba la Fuente del *Alma Negra*. Al apreciar que la aparición seguía caminando y cada vez la tenía más cerca tomó la determinación de salir de allí pitando como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Tiró al suelo su garrote mientras gritaba con fuerza inusitada y sin atreverse tan siquiera a levantar la vista puso tierra de por medio a una velocidad endiablada, golpeando su cara y el cuerpo contra los arbustos y ramas que se interponían en su precipitada huida. Y así continuó hasta que por fin llegó al camino que llevaba hacia el pueblo. No paró hasta llegar a Monterde y se dirigió presuroso a la cantina del tío *Conejos* donde todavía había algunos vecinos. Demandó un vaso de vino e intentó recobrar el aliento para darse ánimos y comentar a los presentes aquello que le había acontecido.

Sin embargo, mientras estaba bebiendo al pie de la barra, uno de los parroquianos se acercó por detrás con un pañuelo tapándose la cabeza. Caminaba lentamente, al tiempo que realizaba aspavientos con sus manos y en tono de burla susurraba con voz sorda, monótona y siniestra unos susurros guturales pretendidamente fantasmales. Cuando el inocente de Victoriano escuchó aquellos sonidos del susto se atragantó con el vino que bebía, carraspeó con tanta fuerza que su garganta se resintió y acabó expulsando parte de lo ingerido. Al instante se giró mirando con seriedad al bromista y, sólo entonces, al advertir las risotadas de los presentes fue cuando se dio cuenta de que todo el suceso del prado no había sido más que una broma, una pesada burla de su compañero Paulino y sus compinches del pueblo.

Visiblemente acalorado salió de la cantina como una exhalación, de estampida, y sin pagar siquiera su abortada consumición se dirigió a toda prisa hacia la masada familiar. Se trataba del único lugar de este mundo donde podía vivir sin la odiosa presencia del resto de los seres humanos que conocía, aunque tuviera que soportar a su hermano y cuñada lo cual no era moco de pavo. En su apresurado camino tuvo que subir a tientas por la empinada cuesta que llevaba al Alto de la ermita de san Cristóbal. Una vez allí, jadeante y sudoroso, se paró un instante para recuperarse del cansancio y el estrés padecido por los últimos acontecimientos. Cuando reinició el camino ahora ya cuesta abajo, no dejaba de pensar en qué iba a ser de su vida a partir de ese

momento. Ciertamente esta situación le atormentaba en lo más profundo de su ser ya que nunca creyó que discurriría por esos derroteros tan lamentables.

Mientras caminaba, una sutil luminiscencia emanaba del cielo en aquella noche estrellada guiando sus pasos. Ello, junto a los innumerables sonidos que indicaban la existencia de una exuberante vida nocturna le iba acompañando como en volandas hacia la masada del *Zorzal*, su inevitable destino. Las lechuzas, búhos y demás moradores de la oscuridad vigilaban desde sus atalayas situadas en lo alto de roquedales o sabinas y no cejaban en su empeño de hacerse notar. Unos chirriaban, otros ululaban, e incluso se escuchaba el lejano balido de un ciervo. Cada uno de los animales del bosque emitía los cantos o sonidos propios de su especie reivindicando su existencia ante aquella intromisión. Porfiaba dicha fauna con sus cánticos para que Victoriano dejara de serpentear por el bosque, diera marcha atrás y no siguiera profanando su espacio vital. Arduo pero vano empeño porque conforme pasaban los minutos seguía introduciéndose en la espesura, plenamente convencido de que lo más aconsejable para él sería quedarse en la masía con su hermano Ramón y su cuñada *Ustaquia* y, eso sí, para no salir de allí nunca jamás.

Después de varias horas del suceso de la bromista “aparición” por fin llegó al recinto del *Zorzal*. Su, en otro tiempo inseparable *Luisito*, le dio la bienvenida como solo los auténticos amigos del alma saben dar, el viejo podenco se abalanzó sobre él con un empuje nervioso y alegre hasta que ambos acabaron rodando por el suelo. Sus ladridos constantes y los lametones que le obsequió fueron un bálsamo que alivió en parte el sofoco que llevaba. Cuando pudo reponerse del impacto inicial penetró en la vivienda dejando al perro en el corral. Tanteó en la oscuridad hasta que pudo encontrar uno de los candiles que estaba colgado en la pared de la entrada, lo encendió y llamó voceando a sus parientes que bajaron corriendo, asustados ante el estruendo ocasionado por Victoriano y el podenco en medio de la noche.

El recién llegado, sin más preámbulos que el de desquitarse del enésimo desaire padecido, se dirigió directamente a la cocina y encima de la mesa depositó el candil. La tenue luz que emitía reflejaba su sombra dejándola impresa en la pared como si se tratara de una visión fantasmal. Antes de sentarse, cogió la jarra de vino que guardaban en la fresquera al tiempo que el matrimonio de masoveros entraba en la ha-

bitación visiblemente alterado. El primer vaso de vino lo ingirió de un solo trago, sin pestañear, con el ansia de quien necesita aplacar su atormentado espíritu lo más rápidamente posible. A las primeras de cambio, los vapores etílicos comenzaron a hacer mella en el recién llegado y, ya más sosegado, habló a su hermano al tiempo que llenaba otro vaso de aquel corajudo licor.

—Estoy más que harto de esta puta vida, Ramón. No aguanto más. He vuelto a casa para quedarme definitivamente. Eso sí, nunca me preguntes los motivos que me han traído hasta aquí. Me voy a quedar para siempre en el *Zorzal* y punto.

—Pero ¿Qué te ha pasado?

—¡No me has oído o es que estás sordo! —respondió Victoriano con acritud a un desconcertado Ramón que no sabía qué era peor, si la inesperada llegada de su hermano o esa forma de hablar tan impropia de él.

Apuró Victoriano las últimas gotas de vino que albergaba el fondo de la jarra y, diligente, acudió a la bodega para llenarla de nuevo y poder seguir empujando el codo. La noche era joven y se le presumía un final toledano aunque no existiera más contrario en la pelea que uno mismo.

—Por favor dejadme en paz esta noche y mañana os daré todas las explicaciones que queráis —suplicó de nuevo bajando el tono de voz que en estos momentos con los dos vasos largos de vino ingeridos sonaba como más aflautada—. No me pasa nada pero ya estoy hasta las narices de ir dando tumbos por ahí como si fuera un menesteroso. Aquí tengo parte de mi hacienda y si me tengo que quedar el resto de mi vida así lo haré —acabó confirmando al tiempo que se le empezaba a nublar la vista por los recuerdos de los padecimientos sufridos esa noche y los efectos sedantes del divino fruto de la uva.

Ustaquia tomó de la mano a Ramón y después de recoger una vela en la cocina la encendieron dirigiéndose a continuación hacia su alcoba en el más completo y silencioso pesar. A medio camino de la escalera se detuvieron y giraron sus cuerpos hacia abajo en dirección a la cocina donde el recién llegado daba cumplida cuenta de la jarra de vino. Se miraron a los ojos todavía incrédulos por el sobresalto que acababan de padecer, Victoriano, estaba de nuevo en la casa y ante dicha situación lo cierto es que no sabían si llorar o reír. En fin, sólo

el paso del tiempo confirmaría qué verbo se le aproximaba más. Por lo pronto cuando se levantaron al día siguiente no lo encontraron en la cocina pero siguiendo su rastro dieron con él en la cuadra, se encontraba tumbado encima de uno de los pesebres y con un baste como almohada. Parecía dormir plácidamente junto a sus amigos más queridos el podenco *Luisito* y el mulo *Catalán*, los únicos seres de este mundo que jamás de los jamases le habían fallado. Eso sí, la jarra de vino estaba volcada sobre su pecho y el licor desparramado por todo su cuerpo. Lo despertaron al momento pero, Victoriano, sin hacerles el menor caso, volvió a entrar en la vivienda a trompicones y nuevamente recogió vino del tonel que guardaban en la bodega. Por todo desayuno se bebió un nuevo vaso y con la jarra en la mano salió dando tumbos en compañía de su inseparable *Luisito* buscando la soledad que proporcionaba el monte cercano. Acabó sentándose al pie de una sabina y, tras volver a beber de la jarra, cayó sumido en un profundo sopor mientras el podenco le lamía la cara como si intentara reanimarlo. Poco tiempo después, Ramón dio con él y llamando a *Ustaquia* se lo llevaron a la casa alzándolo por los hombros como buenamente pudieron. No sin grandes esfuerzos lograron subirle por las escaleras, lo introdujeron en su habitación y quitándole la ropa lo metieron en la cama colocándolo de lado, no fuera que con la descomunal borrachera que llevaba le diera por vomitar y esta vez acabara todo en un serio disgusto.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó *Ustaquia* con cierto pesar.

—Déjalo, lo tenemos en casa que es lo importante el resto ya nos lo dirá si él quiere —respondió el marido.

—Sí, pero estás hablando de tu hermano ¿o es que no conoces cómo es?

—Por eso te lo digo, si él quiere.

Tres días más tarde de aquel suceso, Paulino estaba apesadumbrado por todo lo que había ocurrido y pensaba que, quizás, se había extralimitado con la broma a su compañero. Sobre todo se encontraba contrariado con los efectos que ésta había tenido en su trabajo diario. Victoriano se había marchado y él, estando solo para llevar la cabrada, no le iba a quedar más remedio que redoblar los esfuerzos en la semana que le quedaba hasta finalizar el contrato. Durante la solitaria cena de esa noche se mantuvo estático y pensativo al pie de la hoguera. Una

vez hubo acabado con el último trozo de queso dio por terminado el ágape, cogió la bota de vino y se apresuró a beber un último trago. Al momento, ya recompuesto de los rigores del hambre, decidió descansar un rato para que los alimentos recién ingeridos se asentaran convenientemente en su estómago. El frío de la noche le ocasionó un leve estremecimiento por lo que se dispuso a avivar las llamas de la hoguera. Agarró un palo que tenía junto a la leñera y comenzó a mover las brasas con bastante insistencia, tanta, que pocos instantes después el fuego ya había doblado su volumen. El crepitar nervioso de las chispas y el sonido sordo que producían tenían completamente hipnotizado a Paulino que miraba ensimismado el resplandor de la hoguera.

Por todo ello, no se apercibió como una sombra que se deslizaba a través de los pinos traspasaba los umbrales del bosque y comenzaba a penetrar por el prado. Mientras tanto, el pastor —que seguía imbuido en sus reflexiones— notó el rigor de la digestión y, en medio de una pereza indomable, estiró sus miembros y arqueó la espalda todo lo que pudo para poder relajar los músculos después de un día de arduo trabajo. Pero solo fue un breve instante y se incorporó inquieto al apreciar cómo el viento había comenzado a soplar de repente con una fuerza inusitada. Miró hacia los perros guardianes y los vio tumbados completamente ajenos a las inclemencias del tiempo, más aún, parecían dormir con suma placidez.

Paulino esbozó una sonrisa y apenas le dio importancia a estas últimas novedades, volvió a sentirse totalmente abstraído en sus pensamientos hasta que un susurro lejano le hizo mover levemente la cabeza. Y mirando detenidamente de dónde provenía pudo observar la borrosa figura de una persona caminando hacia donde él se encontraba. Como medida de precaución llamó a los perros pero éstos lo ignoraron, seguían a modo de trance desde unos minutos atrás como sumidos en un prolongado letargo. Observó con determinación a quien se aproximaba y pensó que debía de tratarse de un pastor, más que nada por el atuendo que llevaba. Destacaba en el mismo un chaleco de piel de oveja aunque era una prenda que, ciertamente, había dejado de verse por el pueblo desde mucho tiempo atrás, así como los pellejos también de oveja que cubrían sus pies y se mantenían sujetos a las piernas gracias a las cintas de las albarcas de cáñamo que calzaba.

Los tonos flameados de las llamas de la hoguera hacían cada vez más visible al personaje que se aproximaba. Cuando estaba casi a

su lado e intentó apreciar el semblante de su rostro, el viento redobló su ímpetu arrebatándole la boina a Paulino al tiempo que el pelo, ahora libre, se movía nervioso entre sus ojos y la frente. Finalmente logró asir con la mano su rebelde cabellera y mirando al recién llegado observó detenidamente su cara, pero no reconoció a ninguno de los vecinos del lugar. La tenue luminosidad de la luna llena en esa noche incidía sobre aquel ignoto rostro remarcando la palidez de su piel. Pero lo que más le llamaba la atención eran sus ojos, que lo dotaban con una perturbadora mirada a medio camino entre la locura y la más absoluta maldad. Entonces, las facciones del rostro de Paulino se abrieron asombradas e inquietas y una idea funesta sobre lo que intuía iba a ocurrir comenzó a surcar por su mente. No tardó en escuchar la profunda voz del desconocido pastor con aquella pregunta que tanto estaba empezando a temer:

—Busco a Inés García ¿Podría decirme dónde puedo encontrarla...?

Paulino no pudo soportar la presión del momento y profirió un grito profundo y desgarrador que retumbó en medio del bosque rompiendo el silencio de la noche.

A la mañana siguiente, un labrador acudía subido en su carro con la intención de labrar un bancal próximo a la Majada *de las Cabras*. Cuando pasaba por la cercanía de la Fuente del *Alma Negra*, el perro que le acompañaba comenzó a ladrar con cierta insistencia y saliendo de la senda se encaminó directamente hacia el manantial. El campesino no hacía más que llamarlo pero el can fiel a su instinto seguía ladrando y cada vez penetraba más y más dentro del bosque. El hombre, ciertamente receloso por la actitud del sabueso dio el alto al mulo, frenó el carro y salió a continuación por donde se había encaminado su perro con tanta determinación. Atravesó la fuente y siguió escuchando sus ladridos más adelante.

La paciencia del labrador se estaba acabando por el trasiego padecido al correr por el monte y la cabezonería de aquel maldito chuchó. Eso sí, cada vez lo oía más cercano hasta que llegó un momento en que los ladridos sonaban con total claridad. Por fin, le dio la impresión que el animal se había parado y al observarlo a lo lejos le pareció que estaba ladrando a algo o alguien. Aceleró el paso todo lo que pudo y exhausto llegó donde el perro estaba detenido y miraba con

determinación un lugar concreto. Echó un vistazo el labrador hacia ese punto situado hacia lo alto y una mueca de terror transformó su rostro. Allí mismo, enfrente de donde se encontraba, un poderoso pino albergaba entre sus ramas a un hombre balanceándose ligeramente con una soga atada al cuello. Observó con detenimiento la figura inmóvil del finado y al momento asintió con la cabeza mientras se santiguaba repetidas veces. Sí, en efecto era él, se trataba de Paulino, el pastor de la cabrada...

Por su parte, Victoriano se había integrado de nuevo con sus parientes en la masada del *Zorzal*, eso sí, durante los primeros días lo pasó realmente mal inmerso en una profunda depresión. Las causas de su retraimiento eran variadas y de peso cuyo origen se podía remontar hasta la niñez, especialmente, en lo que respecta a su enfermizo aspecto y la actitud que mantenía hacia la vida en general. Harto de los menosprecios que sufrió por miembros de su propia familia, marchó a Albarracín cuando todavía no había cumplido los veinte años de edad. Allí intentó ganarse la vida de jornalero pero le fue imposible debido a su apática presencia y a la crisis de trabajo que ya existía. Lo único que pudo conseguir fue un empleo como aguador, por el cual, bajaba a la Fuente de la *Peña* situada cerca del río y llenaba los cántaros que le daban las dueñas de las casas situadas a más altura en la población. Luego, con la ayuda de un pequeño burro las volvía a subir y ayudaba a las mujeres a colocarlas en las cantareras situadas en la parte baja de las alacenas. Si bien es cierto que aquél fue su primer trabajo también es que estaba muy mal remunerado. Pero lo peor es que desde un principio fue objeto de burlas constantes, especialmente por los peones camineros que trabajaban en la carretera de Albarracín. Cada vez que Victoriano bajaba a la fuente topándose con ellos solían cantarle una canción.

Si quieres hacer algo
y acabas de aguador,
señal de que vales poco
o eres mal trabajador.

Al final, tremendamente descorazonado por tantos desaires y tan pocas ganancias decidió volver de nuevo a su hogar poco tiempo después de la proclamación de la República. En un principio estuvo en Monterde en casa de un hermano, donde para ser sinceros no fue bien recibido por su familia política y tuvo que aguantar de todo para poder seguir viviendo allí. Más tarde fue llamado a filas, pero sus ilusiones por abandonar el pueblo se vieron cortadas de raíz al quedar exento de cumplir el servicio militar por falta de talla. Tras este nuevo traspié y debido a la mala relación que mantenía con su familia en Monterde, decidió ir a la masada del *Zorzal* donde vivían solos Ramón y *Ustaquia*. Ésta última, a base de ardidés había logrado que se marcharan de allí los familiares de su marido. Desde que volvió de nuevo tuvo que soportar los malos modos de su cuñada que hasta llegaba a sacarlo de quicio y, de esta manera, pasó el resto de la etapa republicana y la Guerra Civil. Victoriano, era culo de mal asiento pero a pesar de todo no le quedó más remedio que mantenerse en la masada, eso sí, cada vez más introvertido y ausente respecto al mundo exterior. Hasta que años después conoció a su único amor, *Crestina*, con el triste final de su relación y, por si fuera poco, tiempo después sobrevino el último y desventurado episodio de la Fuente del *Alma Negra*. En definitiva, la vida de Victoriano había sido un desastre y el retrainamiento que padecía era la lógica consecuencia de los avatares sufridos a lo largo de ella.

Después del último episodio vivido tardó todavía un tiempo en adaptarse de nuevo a la vida de la masada, pero ya no pudo volver con el ganado porque su hermano Ramón había cumplido con la palabra dada en la víspera de su despedida y lo vendió a los pocos días. Gracias a las ganancias obtenidas había comprado algunos *piazos* y ahora le venía de perlas su ayuda por varios motivos. Había cumplido los sesenta años y cada vez notaba más el peso de la edad, además, se afanaba en no contratar a ningún jornalero porque en el caso de hacerlo tendría que ser de la familia de su mujer, y era algo que no quería bajo ningún concepto. Por eso resultó fundamental para la hacienda de la masada la vuelta de Victoriano aunque otra cuestión era su comportamiento que, como siempre, resultaba el principal punto de fricción entre ellos y sobre todo con su cuñada.

Pero un año más tarde, en 1946, ya estaba plenamente integrado en su trabajo de la masada. No obstante, la situación general por aquella parte de la Sierra había sufrido un cambio notable durante

el último semestre del año anterior y así lo notó Victoriano. Con anterioridad a esas fechas la presencia de la Guardia Civil era bastante irregular, de hecho, después de la multa que le impusieron por blasfemar y trabajar los días festivos no volvió a verlos hasta tres meses después. Sin embargo, a partir de la primavera de 1946 raro era el mes que no aparecían dos o tres veces por la masada. Siempre con la misma pregunta relacionada con la posible presencia por la zona de partidas de guerrilleros que comenzaban a llevar en jaque a las autoridades. Durante ese año el Maquis protagonizó numerosos actos de sabotaje o incluso robos. Como el asalto al tren del dinero en Caudé a primeros de julio por el que obtuvo un numeroso botín, acción que significó el definitivo final de la tranquilidad para los habitantes del *Zorzal*.

Ni Victoriano ni sus hermanos se habían significado políticamente durante la II República y se mantuvieron neutrales en la Guerra Civil. Todo ello, a pesar de que por ambos bandos les fueron requisados ganado y cereal aceptándolo como la solución menos mala dados los tiempos que corrían. Y en estos momentos con el nuevo Régimen lo tenían claro, había que acatarlo aunque no les gustaran las formas de cómo eran tratados por las autoridades. Añoraban sin ser explícitamente republicanos, aquellos tiempos en los que se podían mover con total libertad y la Iglesia no condicionaba los días que había que trabajar y, mucho menos, la manera de hablar.

Durante aquel otoño de 1946, Victoriano pudo observar en un par de ocasiones a grupos de hombres armados moviéndose entre las pequeñas lomas cercanas al término de Cella. Pero él tenía muy claro y perfectamente asimilado la máxima de oír, ver y callar. Y lo que resultaba hasta extraño en aquella masada era que, por una vez, sus tres habitantes pensaban lo mismo. De manera que la siguiente vez que acudió la patrulla de la Guardia Civil al *Zorzal* para realizar su informe ordinario, la respuesta fue idéntica a la de anteriores ocasiones: Nadie había visto nada extraño.

Sin embargo, a primeros del mes de noviembre un suceso puso a prueba aquella supuesta neutralidad. Victoriano se encontraba arando un *piazo* en medio de un tupido bosque cuando *Luisito* comenzó a gruñir indicando una presencia extraña por los alrededores, motivo por el cual detuvo la labranza y se dirigió hacia el lugar donde ladraba cada vez con más insistencia. En ese momento escuchó cómo se movían unas ramas y, al instante, el can aumentó el volumen de sus

ladridos cuando vio aparecer a dos hombres armados que llevaban en volandas a un tercero, el cual cojeaba ostensiblemente.

—Quieto no te muevas... solo ves hacia el perro y sujétalo.

Hizo aquello que le ordenaron sin rechistar e inmovilizó a *Luisito* con una cuerda atándolo a un radio de la rueda del carro.

—¿Quién eres?

—Me llamo Victoriano y soy de la masada del *Zorzal*.

—Tienes que ayudarnos.

—Ustedes dirán...

—Cómo puedes ver nuestro compañero apenas puede andar y necesitamos que se cure cuando antes del esguince que padece en su tobillo... No podemos llevarlo con nosotros, por eso te vamos a encargar que lo cuides en la masada o donde quieras durante una pequeña temporada hasta que pueda valerse por sí mismo.

—¿Pero yo no sé nada de medicina?, ¿qué queréis que haga?

—Lo que tiene no es ninguna herida de bala solo necesita descanso y alimentos pero, sobre todo, un buen lugar donde pueda esconderse... la masada por ejemplo.

—Yo... no sé...

—Pues piensa ¡Maldita sea! Sabemos quién eres y te hago responsable de lo que pueda ocurrirle.

—Oiga a mí no me amenace que yo nada tengo que ver en su guerra.

—Entonces... tú que eres ¿un fascista?

—Yo no soy nada... jamás en mi puñetera vida he entendido la política ni a los políticos y espero seguir hasta el día que me muera... con trabajar y poder comer siempre me he dado por satisfecho y es lo único que conozco.

—O dicho de otra manera... que no piensas ayudarnos.

—En ningún momento he dicho eso y por supuesto yo no soy ningún criminal..., si su compañero no puede caminar le ayudaré pero será como yo quiera porque a la masada no podemos llevarlo, la Guardia Civil viene muy a menudo y lo último que quiero son problemas

para mi familia. Pueden estar tranquilos que yo lo alimentaré y cuidaré, solo una cosa les digo... que no me amenacen por no hacerlo..., que quede claro que lo hago porque quiero no porque ustedes me obliguen.

—Pues nada Lázaro te dejamos en las manos de Victoriano, nosotros nos vamos que no podemos perder más el tiempo... aguanta todo lo que puedas y cuando estés en condiciones de volver al campamento lo haces.

—¡Venga!, ¡marchaos ya! —exclamó el herido con cierta impaciencia.

—Victoriano, te estaremos vigilando y el día menos esperado te abordaremos... Ya has pensado donde lo vas a esconder.

—Creo que sí porque en esta dirección tenemos una paridera donde yo antes guardaba el ganado, ahora está vacía y creo que es el mejor lugar porque está en un vallejo muy difícil de ver... no creo que lo conozca ni la Guardia Civil... es lo único que puedo hacer...

—¿A cuánto está de aquí?

—En línea recta, poco más de un kilómetro debajo de aquel roquedal que se ve allí al fondo.

—Vale nos vamos, *Seminarista* tienes tus armas y cargadores ¿necesitas algo más de nosotros?

—¡Nada! Venga, idos ya que estáis perdiendo demasiado tiempo.

No hubo oportunidad de prolongar la despedida, la pareja de guerrilleros volvieron a introducirse en el bosque y en apenas unos segundos el silencio se hizo dueño del ambiente, quedaba claro que controlaban a la perfección cómo pasar desapercibidos por el monte. En el momento que desaparecieron, Victoriano exhaló un profundo suspiro y acudió a por *Catalán* que seguía detenido con el arado en mitad del *piazo*. Lo llevó hacia el carro y una vez allí le quitó sus aparejos y los de labrar.

—Bueno amigo mío, por hoy ya hemos terminado... puedes estar tranquilo, vamos a llevar a este señor a la paridera del *Terminillo* y nos volvemos para casa. Y tú, *Luisito*, ya vale de gruñir y ladrar... a ver si tenemos suerte nos sale algún conejo y eres tan listo como para cogerlo y dárselo a nuestro invitado que se lo cene a tu salud.

Lázaro el *Seminarista* escuchaba asombrado aquella retahíla de recomendaciones. No dejaba de sonreír ante las ocurrencias de aquel labrador tan estrafalario incluso, por un momento, olvidó los dolores que le producía su tobillo maltrecho. En el momento que Victoriano tuvo preparado y dispuesto al mulo ayudó al guerrillero a subirse al carro haciéndole un hueco entre los utensilios de labranza y, aunque resultaba algo incómodo, era la mejor manera de trasladarlo a lugar seguro.

—Agárrese bien que tenemos media hora laga de camino... ¿Tiene hambre?, ¿o mejor un trago de vino?

—Hambre no tengo pero el maldito dolor solo me lo puede quitar el vino... ¡Sí!, me echaría un trago.

Victoriano cogió la bota que llevaba en el cajón del asiento y se la ofreció al guerrillero que dio dos tragos tan consistentes que acabó con casi media bota de vino. El camino era bastante tortuoso y con un firme irregular como consecuencia del poco tránsito de carros que había por aquel contorno. Ello motivó que tuvieran que parar en alguna ocasión, la sacudida de las ruedas ocasionaba que los pasajeros saltaran o se movieran con brusquedad padeciendo más de un golpe. A pesar de que por el camino salieron un par de conejos, *Luisito* no fue capaz de cazarlos y el guerrillero se quedó sin la prevista cena de esa noche. Cuando por fin llegaron a la paridera era como la había descrito el masovero escondida en medio del bosque, y aunque desde allí no existían grandes vistas era el lugar perfecto para pasar desapercibido durante una temporada. Nada más ayudarle a bajar del carro dejó al guerrillero en la puerta misma de la construcción ganadera, se volvió y rebuscó en el asiento hasta encontrar un hachote. Cuando Lázaro lo vio con él en la mano sacó la pistola de su funda y apuntó a Victoriano.

—Ya me parecía a mí que no eras de fiar, tantas vueltas para llegar aquí y me quieres pillar a traición.

—¿Qué dices?, anda guarda esa pistola no se te vaya a disparar que regreso ahora mismo.

Y en efecto, apenas tardó unos minutos en volver mientras el guerrillero escuchaba cómo estaba cortando algunas ramas, ya que debido a las reducidas dimensiones del hachote poco más podía hacer. En el momento que reapareció, llevaba entre sus manos para el herido

que todavía mantenía la pistola en su mano, una muleta hecha con una rama en forma de “Y”.

—Tome, mire si es perfecta su altura para que pueda caminar solo o la tengo que cortar un poco más.

Pero el bueno de Victoriano había tenido ojo y se acoplaba a la perfección, de manera que dio media vuelta y se introdujo de nuevo en el bosque volviendo a los pocos minutos con algo de leña seca. Por último, descargó del carro una manta que siempre llevaba y le dio su merienda.

—He hecho todo lo que he podido, mañana por la tarde volveré y le traeré más comida y otra manta.

—Muchas gracias. Con la leña seca no pasaré frío por la noche y si bien por el día no me puedo aventurar, con la muleta que me has hecho podré moverme algo más. Creo que aguantaré sin problemas.

—Hay una cosa que no entiendo ¿Por qué no se ha ido con sus compañeros? Total, una muleta y listo...

—Es mejor que no lo sepas... créeme, por tu seguridad es lo aconsejable. Menos mal que te vimos a lo lejos labrando porque en caso contrario me hubiera tenido que quedar solo en el monte hasta que volvieran a buscarme, así, por lo menos tengo una oportunidad. Y tú, dime la verdad... ¿por qué nos ayudas si no eres de los nuestros?

—Tiene razón. Como les comenté antes en el *piazo* nunca he sido político pero ello no me impide ayudar a quien lo necesita... eso sí, le repito lo que le dije a sus compañeros, no se les ocurra amenazarme porque entonces me tendrían enfrente en lugar de a su lado.

—Siento que lo hayas tomado como una amenaza, no es nuestra manera de proceder aunque quizás los nervios de mis compañeros por el percance que padecí les hiciera hablar de esa manera, pero nada más lejos créeme.

—Vale... le creo... Y de lo que me preguntaba de por qué lo hago, lo cierto es que además de lo que le he comentado antes yo he escuchado a la gente decir que están contra las antiguas costumbres y pretenden con su revolución hacer un mundo nuevo... ¿es así?

—Más o menos... luchamos por la libertad de todos los españoles y la República.

—Pues que sepa que sobre todo les ayudo por eso, quiero que esto cambie ya porque todavía padecemos por lo que hicieron nuestros abuelos...

No pudo continuar, los recuerdos de su añorada *Crestina* seguía teniéndolos a flor de piel. Si algo le había quedado claro de lo que les sucedió, es que mientras la cerrajón y el pasado siguieran pesando en las vidas diarias seguirían ocurriendo sucesos tan tristes como los que ellos padecieron. A la mañana siguiente Victoriano realizó sus ocupaciones como si tal cosa y, por supuesto, sin hacerles la más mínima confesión a su hermano y cuñada del encuentro que había tenido. Esa prudencia casi le costó un disgusto cuando estuvieron a punto de sorprenderle con una ristra de embutidos y una pierna de somarro que, diligentemente, introdujo en un saco donde guardaba la comida de *Catalán*. También tuvo la precaución de llevar alcohol de árnica para que lo aplicara diariamente en el maltrecho tobillo. Durante más de una semana nadie sospechó en la masada sobre la sustracción de comestibles que tuvo lugar. Pero en una de las ocasiones, Ramón se extrañó que su hermano acudiera con tanta frecuencia a una zona de *piazos* que, por su extensión, en poco más de tres días habría tenido suficiente para labrarla. Cuando iban a partir cada uno de ellos hacia los lugares que tenían programados detuvo su carro y lo llamó antes de que saliera del recinto de la masada.

—Victoriano... espera...

—¿Pasa algo?

—En principio no pero... ¿Tú no tenías labrados ya los campos de los lindes con Gea de Albarracín?

—Yo... sí... mejor dicho no, me falta solo uno...

Pero mientras estaba hablando con él, Ramón se dio cuenta que del saco de la comida de *Catalán* sobresalían varios comestibles. Por un momento pensó que se trataba de los alimentos del mulo y para que no se esparcieran por el fondo del carro abrió el saco disponiéndose a introducirlos de nuevo y anudarlo después. Pero al abrirlo observó que habían más de los que pensaba y dando un manotazo al saco se enfrentó a su hermano.

—¿Qué demonios significa todo esto Victoriano?

—Ramón... yo...

—¿En qué lío te has metido ahora?

—En ninguno... Mira será mejor que te vengas conmigo y te lo explico pero que no se entere tu mujer porque entonces tendremos problemas.

Subieron los dos al carro y en el trayecto hasta la paridera donde se escondía el guerrillero, Victoriano le contó todo lo que le había ocurrido con la partida del Maquis. Ramón se echó las manos a la cabeza al enterarse de aquel despropósito, los peligros que se cernían sobre ellos se multiplicaban y corrían el riesgo de ser descubiertos con lo que ello suponía, cárcel o muerte. Estuvieron discutiendo durante un buen rato sobre cual tenía que ser su proceder y, posiblemente, por primera vez en su vida Ramón cedió a los planteamientos de su hermano. La situación había devenido de esa manera y ya no podían cambiarla, así pues, ayudarían al guerrillero herido lo mejor posible para que se pudiera ir cuando antes y por supuesto no dirían nada a la Guardia Civil. Tuvieron suerte. Unos días más tarde cuando Victoriano acudía como siempre a su cita, lo halló junto al que parecía dirigir el grupo cuando se encontraron por primera vez. Sus palabras y el tomo sonaron diferentes en esta ocasión y acabaron agradeciéndoles todas las atenciones que les habían dispensado.

Sin embargo y en contra de lo que pensaron los hermanos, aquella no fue la única vez que tuvieron que ayudar a los guerrilleros y hasta el verano del año siguiente no les quedó más remedio que volverlo a hacer en otras dos ocasiones. El Maquis sabía que podía contar con su silencio y ayuda, pero hasta ahí llegaban las atenciones ya que cuando les insinuaron participar más a fondo ambos se negaron. La actividad del Maquis durante el año 1947 fue la más considerable que habían tenido hasta esos momentos, multiplicándose el avistamiento de guerrilleros por la zona aunque sin ninguna implicación de importancia. Ahora bien, las visitas de la Guardia Civil a la masada del *Zorzal* fueron tan frecuentes como en años anteriores. Esto último los masoveros lo llevaron de peor manera, sobre todo porque el trato que les dispensaban era brusco y en algunas ocasiones incluso violento, especialmente a partir de aquel mismo verano.

Victoriano seguía aislándose todo lo posible de los vecinos de Monterde. Tan solo acudía a la población cuando era imprescindible y acortando el tiempo siempre que podía para marcharse lo antes po-

sible. Por otra parte, él tampoco tenía buena prensa especialmente desde los sucesos de la Fuente del *Alma Negra*. En otras palabras, ni él quería acudir ni los vecinos verlo merodear por el pueblo.

A primeros de julio de ese año, tuvo que bajar a casa de su hermano en Monterde para recoger una carga de encañadura con la que realizaban los haces de cereal, no dudó en acudir cuando estaba anocheciendo a fin de pasar lo más desapercibido posible. Durmió en su vivienda y a la mañana siguiente, 3 de julio de 1947, madrugó para irse antes de que empezara el trasiego propio de un día de siega. Inició su marcha por la calle Mayor, también conocida como Alemania, y mientras se desperezaba en su asiento del carro advirtió al final de la calle cómo una mujer llevaba del ramal a una mula y giraba hacia la plaza. En el momento que Victoriano se estaba aproximando a la iglesia comenzaron a sonar las campanas de la torre dando las seis y vio las sombras de varias personas merodeando cerca del atrio. No dio importancia a todas aquellas presencias y continuó por el camino de las Eras hacia la masada del *Zorzal*. En un principio, daba la impresión de que aquella madrugada transcurría con total normalidad...

Los vencedores: Serafín y mosén Pascual.

Ya era casi el mediodía de una calurosa mañana a mediados de septiembre de 1936, cuando en el Salón de Actos de Monterde de Albarracín se estaba cumplimentando las órdenes recibidas para cambiar a los concejales de la localidad. Las voces dirigentes en aquella reunión no eran otras que las de los dos únicos “Camisas viejas” falangistas del pueblo, Belarmino Fuentes, más conocido como el tío *Chalecos* y José María Cavero, este último el Jefe local de la Falange. Les acompañaban o sería mejor decir asentían cada una de sus palabras el resto de los allí reunidos, tres nuevos falangistas, personas de orden y otros conocidos por su orientación política de claros tintes derechistas, párroco del pueblo incluido. Y contaban además con la presencia de varios guardias civiles que habían llegado horas antes a la localidad en la comitiva de José María Cavero.

Como primer y único punto del día se dio lectura al oficio recibido de la Comandancia de la Guardia Civil por el que se cesaba a los concejales existentes y se nombraba otros nuevos para dirigir el Ayuntamiento. La Corporación anterior había tenido una vida efímera, alrededor de una semana, justo el tiempo que tuvo algún avisado monterdino para mandar una carta a la Comandancia acusando a dos de los gestores de haber sido antiguos simpatizantes republicanos. Una nueva terna en la que tomaron parte activa los “Camisas viejas” de Monterde fue la propuesta que aceptó la Comandancia de la Guardia Civil y era la que se acababa de proclamar. Cuando se dieron por finalizados aquellos trámites y tomó posesión la nueva Comisión Gestora comenzaron los consabidos corrillos que tenían, como no podía ser de otro modo, a la Guerra Civil como principal protagonista. Y

entre toda aquella barahúnda se podía escuchar la inconfundible voz del tío *Chalecos* comentando sus impresiones sobre la manera de actuar en una contienda que se presumía iba para largo.

—(...) no podemos caer en el error de ser blandos con el enemigo..., la mejor solución para vencerles es actuar con mano firme como se está haciendo en el avance por Andalucía...

—Don Belarmino —comentó uno de los presentes—, yo he estado allí durante muchos inviernos de cuando trabajábamos en los molinos de aceite y aquellas tierras no se parecen en nada a nuestra Sierra... por allí el campo es más abierto y resulta más fácil batallar, por eso avanzan nuestras tropas... pero por aquí será más complicado no lo dude usted...

—No me seas majadero —saltó aquél como un resorte— que yo conozco la geografía mejor que tú, por eso te digo que nuestros militares saben mucho de guerrear no como la panda de “Rojos” y desarrapados a los que nos enfrentamos... Pues claro que sí, ya sé que son tierras diferentes pero la mano del ejército se adapta mejor a la situación de lo que te crees. Ellos sí que son profesionales..., aunque si hubieras prestado atención a mis palabras te habrías enterado que yo hablaba de actuar con mano firme no de cómo enfrentarse al enemigo en campo abierto... Bueno, a lo que iba, voy a contaros lo que tuve oportunidad de ver cuando estuve en Orihuela del Tremedal a comienzos del Alzamiento. Eso es precisamente lo que se tiene que hacer para vencerles... acobardarlos de la manera que sea..., por supuesto además de ganarles en el campo de batalla... ¿satisfecho?

Antes de que continuara su alocución cesaron en la sala el resto de los murmullos. El tío *Chalecos* mantenía un considerable ascendente sobre la mayor parte de la población de Monterde y, aunque pudiera parecer lo contrario no estaba enfadado, sencillamente era su manera de hablar cuando lo hacía con el pueblo llano. Además, era el cacique más importante del pueblo y en estos momentos de incertidumbre el hombre fuerte de uno de los bandos en disputa, precisamente el que estaba ganando la guerra en la Sierra de Albarracín. También José María Cavero se mantuvo en silencio y miró con reverente atención a su maestro y mentor, no en balde le debía el puesto que ocupaba en el pueblo como Jefe local de la Falange ya que fue quien lo propuso a finales del año anterior.

—Como alguno de vosotros sabréis, al poco tiempo de producirse el Alzamiento tuve que pasar un par de días allí para recabar información y órdenes directas de los mandos de la Falange. Lo cierto es que había bastante confusión, tuvimos noticias de que por la carretera del *Puerto* tenía que bajar uno de los sindicalistas revolucionarios más peligrosos de la Sierra. Por eso, se apostaron tiradores cerca de las primeras casas y yo los acompañé aunque no llevaba armas. Hacia el final de la tarde apareció el coche que esperábamos y lo acribillaron a balazos, el sindicalista murió en el acto pero el chofer quedó malherido. Estábamos muy contentos porque los habíamos detenido. Entonces, uno de los nuestros quiso subir a donde estaba el automóvil para rematar al herido que no hacía más que quejarse, con toda seguridad estaba sufriendo de lo suyo. Sin embargo, el Jefe de aquella operación se negó en redondo y mandó volver a los parapetos desde donde se les había disparado para ver si cazábamos más “Rojos”.

En esos momentos el silencio de la sala era total. Casi no se escuchaban ni las respiraciones, todos intuían que el dato más importante de aquella historia venía a continuación y, en efecto, así era.

—Eso es lo que hicimos durante toda la noche, aguantar apostados desde donde teníamos a tiro esa parte de la carretera. Le pregunté al Jefe si se esperaba algún vehículo más porque yo estaba con él cuando se recibió la noticia de que ese revolucionario iba a pasar por Orihuela y nos dijeron que solo iba un coche ¿Sabéis lo que me respondió?, y os digo esto para que os deis cuenta de que sí existe una forma de ganarles la partida a los malditos “Rojos”...

—No... —varias negaciones se escucharon en la sala.

—Pues me dijo que no esperaba a ningún otro automóvil, pero se había dado cuenta de que los quejidos del herido eran tan fuertes que los habrían escuchado sin duda alguna otras personas, más aún, en esos momentos con toda seguridad lo sabría todo el pueblo. Ese era el motivo por el que estábamos agazapados, porque esperaban precisamente a los que acudieran a socorrerlo para rematarlos a todos allí mismo. No importaba que algunos fueran por piedad al escuchar los constantes lamentos de alguien que no podía moverse, lo verdaderamente importante era que la persona que lo hiciera acabaría pagándolo con su vida ¿Os dais cuenta de lo que quiero hacerlos ver? Esa es la única manera de tratar al enemigo y poder vencerlo... usar el terror como arma...

—Don Belarmino... ¿acudió alguien a socorrerle? —se escuchó a un curioso desde el fondo de la habitación.

—¡No! Ninguno se atrevió. Y eso que durante la noche en medio del silencio imponía como no os podéis imaginar escuchar los lamentos del chofer, pero nadie acudió. Al amanecer fuimos allí para rematarlo aunque tuvimos suerte y nos ahorramos las balas porque ya había muerto... dos “Rojos” menos...

En medio de aquella conversación la puerta de la habitación se abrió con ímpetu y un guardia civil entró como una exhalación.

—¡Lo tenemos! Ya es nuestro por fin...

—¿Quién?, —preguntó asombrado el Jefe local de la Falange.

—Rafael Pérez, el sindicalista que tanto insistías en que buscáramos por todo el pueblo.

—No me lo puedo creer... ¡Por fin!

En ese preciso momento, José María Cavero se giró sobre sí mismo para salir al balcón como si no acabara de dar crédito a la noticia. Y una vez allí comprobó que, en efecto, se trataba de aquel denostado revolucionario. Entonces, volvió a entrar en la habitación y tras recoger su fusta de encima de la mesa desde donde había dirigido la sesión del Ayuntamiento se encaminó hacia la calle. No se podía pedir más, andaba como si fuera un pavo real henchido de soberbia y regodeándose del momento, la espera bien había merecido la pena. Instantes después se encontraba frente a su enconado enemigo.

—Pero mira quien tenemos aquí. Si es nada menos que el salvador de la Patria ¿Cómo estás Rafael? —comentó expectante y con tono burlesco.

La respuesta del detenido no se hizo esperar así como la del falangista una vez la hubo escuchado. El sindicalista monterdino recibió una dura paliza con la fusta de caballo, maniatado y en el suelo poco podía hacer sino maldecir a su torturador e instarle a que lo desatara para poder valerse por sí mismo. Sin embargo, José María no le hizo caso alguno y, cuando consideró que ya lo había escarmentado suficientemente, ordenó su traslado a Cella porque él tenía que partir de inmediato a Albarracín con la intención de ultimar unos asuntos rela-

cionados con su cargo. Se despidió de todos los presentes con especial dedicación al tío *Chalecos* y Serafín Oquendo, que era su segundo al mando en Monterde.

Casi un mes más tarde de estos acontecimientos un nuevo suceso alteró a los habitantes de la localidad, llegaron noticias de la proximidad de los milicianos de la Columna del Rosal y de que el asalto a Monterde no iba a tardar en producirse. En esos momentos no se encontraba allí José María Cavero, por lo que Serafín con la ayuda del tío *Chalecos* convocaron a los vecinos en la plaza del pueblo. Todavía tocaban a rebato las campanas de la iglesia cuando el subjefe local de la Falange ya había empezado su alocución.

—Tenemos a los milicianos casi a las puertas y como habéis podido comprobar los nuestros se están replegando para agruparse y lanzar en el momento oportuno una ofensiva que esperamos sea la definitiva. Todos los que os sintáis en peligro es mejor que os marchéis del pueblo de inmediato. Me han comunicado que como Pozondón y Santa Eulalia son plazas firmes, nos podrán cobijar hasta que los militares los expulsen de Monterde...

—Serafín, cuanto tiempo tenemos para irnos porque...

—No tenéis apenas —le interrumpió—, de manera que cargar los carros con vuestros bártulos de más valor... Es cuestión de horas o a lo sumo un día para que estén aquí los milicianos y ya habéis escuchado las barbaridades que cometen allá donde van... por eso os digo que todo aquel que quiera marcharse debe hacerlo ya.

—Pero si nos vamos de inmediato solo podremos llevar lo puesto y poco más.

—Es mejor eso porque quedarse significa la muerte —intervino el tío *Chalecos*—, pensad en vuestras mujeres que allá donde van dejan a su paso violaciones y muerte.

—Aquí no vamos a estar seguros, de manera que el que quiera seguirnos que lo haga y el que no... que se apañe por sí solo —concluyó Serafín.

Un murmullo se extendió por la plaza del pueblo ante las terribles consecuencias que, según las autoridades locales, les podía ocurrir a todos los que se quedaran. Daba la impresión de que aquel que lo hiciera lo pasaría mal por culpa de los milicianos, o con la velada amenaza que se percibía en el tono de aquella declamación. Rápidamente, las personas que más se habían significado a favor de los insurrectos aviaron sus carros y marcharon raudos a los pueblos señalados. Sin embargo, finalmente no fueron tantos como hubiera deseado el propio Serafín, tan solo los más acaudalados, algún que otro conocido derechista y, por supuesto, el cura y los más fervientes católicos.

La mayor parte de ellos acudieron a la localidad de Pozondón distante a unas dos horas en carro mientras que Serafín, el tío *Chalecos* y el resto de los hacendados marcharon a Santa Eulalia, pueblo de mayor tamaño y situado más a retaguardia. Aquella aventura duró tan solo un mes porque a finales de noviembre nuevamente los rebeldes se hacían con el control de Monterde de Albarracín. Las familias más acomodadas decidieron permanecer todavía en aquellas poblaciones no así Serafín que, como subjefe local de la Falange, quiso volver para reorganizar el pueblo después de la efímera conquista de la Columna del Rosal.

Una vez en Monterde pudo comprobar los efectos de la ocupación, sobre todo en lo que respecta a la iglesia, desposeída de los retablos y elementos religiosos que acabaron en la hoguera mientras que allí mismo los milicianos habían dispuesto el centro logístico de la Columna. La crispación del ejército rebelde fue tan grande que, como muestra de desagravio por aquella acción, quemaron los numerosos ejemplares de la biblioteca municipal que se había logrado gracias a las aportaciones recibidas durante la II República. También pudieron comprobar los efectos de la colectivización, ya que habían desaparecido muchos aperos de labranza en las casas de las familias ricas para ser utilizados en la Colectividad. Sin lugar a dudas, fue el tema de la quema de las tallas e imágenes de la iglesia el que deparó más tensión una vez regresaron la mayor parte de los vecinos que habían huido. Tal circunstancia agrió el carácter todavía más de mosén Pascual, su inquina hacia todo lo que tenía que ver con la República se consolidó definitivamente como una de sus señas de identidad.

La vida social en el pueblo quedó marcada a partir de entonces por la actividad del párroco y la de Serafín Oquendo ya que el Jefe local de la Falange, José María Cavero, apenas acudió en un par de

ocasiones y delegó en Serafín las actividades propias del cargo. Su estreno en la política municipal tuvo lugar a finales de noviembre de 1936 en un pleno del Ayuntamiento donde se trató cierto tema, para él importante, que tenía que perfilarse en la nueva España.

—Todos los presentes en esta sala saben de sobra que uno de los refranes más repetidos en Monterde dice que “Es de bien nacido ser agradecido” y de eso precisamente se trata... En nuestro país se vive una guerra entre civilización y barbarie y, aunque tenemos en contra buena parte de Europa, afortunadamente están a nuestro favor las potencias más importantes como Alemania e Italia... Ayer mismo recibimos un oficio que confirma lo que acabo de decir. Precisamente esos países han dado una vez más prueba de su civilidad y cultura así como de amor a España y han reconocido oficialmente al Gobierno de nuestro Caudillo Generalísimo Franco, como único legítimo de nuestra querida Patria...

—¡Viva Alemania! ¡Viva Italia! —gritó uno de los presentes

—¡Viva! —se escuchó con estruendo al tiempo que todos aplaudían.

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! —comenzaron a gritar a continuación con entusiasmo desmedido mientras se levantaban de sus asientos y alzaban el brazo al modo fascista.

Se mantuvieron en esa postura durante un par de minutos y en el momento que Serafín comenzó a observar que decaía algo el ímpetu inicial fue el primero en bajar la mano y solicitar a los asistentes que volvieran a sentarse.

—¿Supongo que algo podremos hacer para agradeceréselo?, —comentó mirando a los allí presentes.

—Les enviamos un telegrama —alguien respondió.

—Eso no es suficiente —intervino el alcalde—. Si los miembros de la Corporación están de acuerdo haremos constar además en el Acta la satisfacción inmensa y el agradecimiento a las indicadas potencias europeas. Y al mismo tiempo, con tan fausto motivo, reiteraremos la inquebrantable adhesión al Jefe del Gobierno del Estado Español e invicto Generalísimo de su Glorioso Ejército Excelentísimo Señor Don Francisco Franco.

Los componentes de la Comisión Gestora dieron su asentimiento y dicha petición fue aprobada por unanimidad. El resto de los presentes aplaudieron a rabiar y volvieron a gritar reiteradamente el nombre del insigne Caudillo hasta que el alcalde demandó tranquilidad para poder finalizar la sesión municipal. Sin embargo, Serafín no estaba del todo conforme con que dicha situación acabara con un telegrama y una simple Acta. Quería algo más y de paso dejar su impronta en el Ayuntamiento, como hubiera hecho el propio José María Cavero de haber estado allí.

—No creo que sea bastante... quisiera hacer una propuesta a la Corporación... Me gustaría que en el momento que se pudiera rotuláramos dos calles del pueblo con los nombres de Alemania e Italia... y también que nuestra plaza tenga a partir de ahora el nombre de Generalísimo Franco...

—Por mi parte estoy de acuerdo —respondió el alcalde— y si el resto de los miembros de la Corporación lo están que conste en Acta.

La comisión Gestora aprobó por unanimidad dicha resolución y todos los presentes acabaron ese 26 de noviembre de 1936 plenamente satisfechos por lo que acababan de realizar, ser buenos patriotas y agradecidos. Pero quien estaba más contento que nadie era, sin lugar a dudas, Serafín. Por primera vez, había actuado con total independencia en los asuntos municipales sin estar a la sombra del Jefe local de la Falange José María Cavero o del tío *Chalecos*, el auténtico poder. Y lo que resultó más importante, dicho golpe de autoridad encabezando la mencionada petición fue unánimemente aprobada por sus convecinos que no dudaron en felicitarle.

Lo cierto es que ese invierno fue de los peores que se recordaban en el pueblo, ya no tanto por la propia guerra sino por las carencias de alimentos que afectaba a la mayor parte de sus habitantes, especialmente las mujeres. Ésta, fue la causa principal de que varios de los nacidos en el pueblo murieran en el mes de diciembre como consecuencia de la falta de desarrollo o raquitismo. Pero eso sí, los monterdinos podían estar tranquilos y orgullosos porque le habían dedicado sendas calles a Alemania e Italia y toda una plaza al mismísimo Caudillo.

Cuando daba la impresión de que ya se empezaba a normalizar la vida local, tuvo lugar en la primavera de 1937 un nuevo éxodo de los derechistas y sus familias a las poblaciones de Pozondón y en menor medida a Santa Eulalia. Se dio la curiosa coincidencia de que el mismo día que se firmaba el Decreto de Unificación de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, los soldados republicanos de la 61 Brigada Mixta pertenecientes a la antigua Columna del Rosal entraban de nuevo en Monterde. Pero también en esta ocasión fue corta la estancia de las tropas gubernamentales, porque tres meses más tarde abandonaron de nuevo el pueblo ante el empuje rebelde en su afán por reconquistar la capital de la Comunidad de Albarracín.

Durante el otoño de aquel año, las fuerzas republicanas fueron replegándose hacia el sur de la Sierra logrando estabilizar el empuje enemigo. La línea divisoria de ambos contendientes quedó establecida entre Toril y Masegoso, las orillas del río Cabriel y siguiendo la ruta del Alto Tajo hasta Peralejos de las Truchas, frente, que se mantuvo hasta el final de la Guerra Civil. Lo más reseñable durante ese invierno fue la conquista de Teruel por las tropas republicanas a comienzos de 1938, aunque fue una victoria efímera porque acabó en manos rebeldes el día 22 de febrero de ese mismo año.

Esa batalla que, aparentemente no afectaba para nada a Monterde, sí tuvo consecuencias en la dirección de la Falange local. A finales del mes de febrero llegó la noticia al pueblo de la muerte en combate de José María Caveró, por lo que quedó vacante la plaza de Jefe local de la Falange. La persona que podía haber optado al cargo era el tío *Chalecos* ya que era el único “Camisa vieja” con vida que quedaba en el pueblo. A pesar de que fue instado a ello no quiso acceder al cargo, entre otras cuestiones estaba viviendo cómodamente en Santa Eulalia y, además, siempre se había sentido mejor dominando los resortes del poder desde la sombra. Por todo ello declinó el ofrecimiento y propuso a Serafín para el cargo que, por otra parte, ya lo venía ejerciendo con las sustituciones a José María Caveró en sus numerosas ausencias. Si bien se había afiliado a la Falange poco después del levantamiento militar contaba con su beneplácito y, además, pertenecía a una familia adinerada del pueblo amante del orden y religiosa. En definitiva, todos los requisitos para que su elección resultara factible por el Jefe provincial de la Falange de Teruel, tal y como tuvo lugar.

A comienzos de marzo de 1938, Serafín Oquendo fue nombrado Jefe local de la FET y de las JONS de Monterde de Albarracín, había cumplido por fin con uno de sus sueños. Se trataba de un joven de veintiséis años de edad, soltero, que habría sido alistado al ejército de no haber padecido un accidente al poco de comenzar la guerra. Para su desgracia, una engavilladora se volcó sobre él y le produjo la rotura del menisco y varios tendones de su mano izquierda. Quedó tan malparado que cojeó ligeramente durante el resto de su vida perdiendo asimismo casi toda la fuerza de su mano herida.

Era el menor y único varón entre los cuatro hijos de uno de los mayores hacendados de Monterde, Felipe Oquendo, también conocido como el tío *Celipe*, y quizás esa fuera la causa por la que durante su niñez fue mimado hasta el extremo. Conforme pasaban los años, este personaje se fue convirtiendo en el paradigma de lo banal destacando por ser un sujeto vanidoso y arrogante, y preso de una ambición desmesurada llegó a cuestionar incluso a su propio padre. Durante la República fueron frecuentes las discusiones familiares para que repartiera cuanto antes la hacienda ya que según su parecer no le sacaba todo el beneficio que, con una dirección más dinámica y moderna, podía conseguir. En el aspecto físico, Serafín era una persona de mediana estatura, delgada, con una cara fina donde destacaba un poblado bigote que le confería cierta personalidad, además, poseía una mirada turbadora e inquietante y solía mover nervioso los ojos cuando escrudñaba a su interlocutor. Continuaba soltero porque le incomodaban las ataduras matrimoniales como nadie se podía imaginar. Eso sí, tal circunstancia no le impedía desahogar su libido con las criadas de su casa ante la continua reprobación de sus progenitores.

Nada más acceder al cargo puso todos sus sentidos en seguir las instrucciones de la Jefatura provincial de Teruel que, en esos momentos, tenía su sede en Alcañiz y desde luego se hizo de notar. Su primera actuación en la primavera de 1938 fue la de realizar un inventario de los republicanos y aquellos que habían prestado su colaboración cuando los “Rojos” penetraron en el pueblo. Siguiendo aquellas directrices elaboró una lista de todos ellos con la intención de incautar sus bienes. De esta manera los muebles, utensilios agrícolas, animales, ciemo o incluso el cereal almacenado, fueron subastados poco tiempo después. También mandó un escrito al capitán de la 2ª compañía del 333 Batallón de infantería presente en la zona, con todos

los nombres de los concejales y alcaldes habidos durante la República y los que se habían pasado al enemigo desde la fecha del Alzamiento. Aquellas acciones fueron el pistoletazo de salida en su nuevo puesto de Jefe local de la Falange y favorablemente acogida por los partidarios de los sublevados, creciendo su popularidad como la espuma. Tanto es así que, gracias a su labor, aumentó el número de afiliados a la Falange.

Llegado a este punto, Serafín se sintió lo suficientemente fuerte como para iniciar el asalto al Ayuntamiento y, para ello, había concebido un plan que tenía como eje central a su propio padre, el tío *Celipe*. Eso sí, habría que convencerlo como fuera incluso mintiendo si hiciera falta, todo, con tal de conseguir sus fines. En el momento que tuvo la menor oportunidad le abordó, resultaba imperativo poner en marcha su plan lo antes posible.

—Ya me dirás por qué era tan importante que nos volviéramos de Santa Eulalia con tantas prisas —protestó sin excesiva convicción el tío *Celipe*.

—Porque la situación es completamente estable y los “Rojos” han perdido la batalla definitiva en la Sierra —respondió forzando el tono de voz en una especie de súplica—, por eso quería que vinierais cuanto antes mejor... bueno por eso y porque necesito que me hagas un favor...

—Otra vez con el reparto de la hacienda..., ya te dije en su momento que no...

—Sé perfectamente lo que piensas y para mí es un caso perdido... pero no, en esta ocasión te has equivocado de cabo a rabo, no es eso lo que quiero pedirte.

—Pues tú dirás hijo mío.

—Ante todo espero que me escuches con atención, sé de tus reparos con la política, pero quiero... que te afilies a la Falange.

—Tú lo has dicho, me conoces perfectamente y sabes cómo pienso, por lo tanto comprenderás mi negativa a nada que tenga que ver con ella.

—Padre, no se trata de la política que has conocido. Nuestro Movimiento va más allá de los partidos políticos y lo de la afiliación

es mero formulismo, no tendrás que hacer nada que te incomode... solo es un medio para conseguir que seas... el alcalde del pueblo.

—¡Vaya por Dios, ya me parecía a mí! No se me ha perdido nada en el Ayuntamiento... Sabes de sobra que no es la primera proposición que tengo al respecto. Siempre decliné todos los ofrecimientos porque detrás de ellos suele haber intereses que no tienen nada que ver con los propios vecinos..., no me pidas eso...

—Es que ahora es necesario. Mira, el alcalde que hay lo hemos sorprendido quedándose bien incautados a los “Rojos” y he recibido la primera llamada de atención de la Jefatura..., por eso no me fío de nadie solo de ti. Pero para que te pueda presentar en la próxima terna de la Comisión Gestora necesito que te afilies, ya que solo los falangistas pueden ser elegidos alcaldes... Piensa lo que puedes hacer desde ese puesto... Tú siempre has defendido a los campesinos y jornaleros del pueblo muchas veces contra mi voluntad, pues bien, ahora tienes una excelente oportunidad desde la alcaldía...

—No sé qué hacer hijo mío, me pillas de improviso...

—Además, mira la de cosas que puedes realizar en favor de la iglesia ya que sigue en estado ruinoso..., yo he conseguido un cargamento de tejas confiscado también a los “Rojos”. Conociendo tus contactos imagina lo que puedes lograr... Piénsalo y decídetelo pronto, pasado mañana tengo que enviar una circular al gobernador civil de la provincia con tu nombre y la afiliación a la Falange... eso si estás de acuerdo, padre.

El tío *Celipe* no estaba ni mucho menos por la labor que le solicitaba su hijo. Siempre se mantuvo apartado de la política y, en efecto, cuando en otra época fue requerido para ocupar la alcaldía se negó aduciendo mil excusas. Lo cierto es que era una persona conservadora, aunque para ser sinceros, se podía definir mejor como tradicional en el amplio sentido del término. Siendo uno de los terratenientes más importantes del pueblo siempre fue querido por todos sus jornaleros a los que trataba como personas y no como lacayos a sus órdenes. Tanto es así, que era el único de los hacendados de Monterde que nunca fue objeto de críticas por los miembros del sindicato socialista durante la República.

Hasta hacía bien poco tuvo que soportar las presiones de su hijo para modernizar el trabajo del campo comprando una engavilla-

dora. Pero él siempre se negó con el argumento de que prefería estar con personas antes que con máquinas, además, el propio Serafín había sufrido un accidente cuando conducía la del tío *Chalecos* que lo había dejado malherido. Pero si en algo destacaba el tío *Celipe* era su acendrada religiosidad. Se trataba de un ferviente católico, incluso disponía de una capilla en su propia casa donde casi todos los días solía recogerse y rezar junto a su mujer. Y ahí precisamente dio en el clavo su hijo, al recordarle la pésima situación de la iglesia parroquial y la necesidad de realizar urgentes reformas le movió a cambiar de parecer. En definitiva, era una buena persona y perspicaz, lo suficiente, como para saber que su hijo se traía algo entre manos y conociéndolo casi sería mejor aceptar lo que le pedía para poderlo controlar más de cerca, no fuera a meterse en líos. Aunque a decir verdad esa era la teoría.

Por su parte, Serafín no había sido del todo sincero. Como cabía suponer tenía un especial interés en que su padre fuera el alcalde de Monterde de Albarracín, de esta manera, podría controlar mucho más los mecanismos del poder en el pueblo. Para ello, no había cejado en el empeño de expulsar de la alcaldía a la persona que lo ocupaba en esos momentos. Mandó varios informes sesgados o sacados de contexto para hacerle parecer a las autoridades como un corrupto que, además, tenía antecedentes en el partido Radical. El secretario del Ayuntamiento don Ramón Sánchez era otro escollo a batir. Siempre había estado trajinando en la sombra pero en estos momentos parecía estar a vuelta de todo y acataba el mando de la Falange sin rechistar.

De todas formas tendría que ir con tiento, desde la Jefatura provincial se miraba todo con lupa y él solo llevaba unos pocos meses como Jefe local de la Falange. Aunque tal y como estaba dirigiendo los asuntos del pueblo, pensaba que aceptarían de buen grado su parecer respecto al cambio de la Comisión Gestora que dirigía en esos momentos el Consistorio de Monterde. Y por fin, a mediados del mes de junio de 1938, en una sesión del Ayuntamiento se dio lectura al oficio del gobernador civil de Teruel procediéndose al nombramiento del tío *Celipe* como nuevo alcalde. Había logrado su objetivo.

Inmerso en una actividad frenética, Serafín fue adueñándose de todos los resortes de la autoridad local y participó activamente en la represión que comenzó a vivirse en el pueblo a partir del verano de ese año. Toda la información requerida por la Comandancia militar respecto a los antecedentes políticos de los monterdinos, era respon-

dida en la mayoría de las veces a vuelta de correo salvo que necesitara confirmar alguna investigación, aún con todo, la rapidez fue la nota dominante. De esta manera, acabaron detenidos o encarcelados numerosos vecinos sin que el tío *Celipe*, al menos en un principio, se enterara.

La parafernalia propia de la época también comenzó a implantarse durante esas fechas. La primera ocasión fue con motivo del aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, todo organizado y dirigido como era de suponer por el Jefe local de la Falange. Estos actos tuvieron como colofón las doce de la mañana del día 20 de noviembre con la colocación en el atrio de la iglesia de una placa conmemorativa con el nombre del “Ausente”. Todo ello sería el punto de partida para que más adelante se anotaran también el resto de los monterdinos muertos en la Guerra Civil aunque, por supuesto, únicamente los del bando “Nacional”. Por lo pronto, una nueva circular insistía a Serafín para que a la mayor brevedad posible mandara una relación de todos los camaradas muertos a fin de ayudar a sus familiares, eso sí, de los difuntos republicanos ni hablar. Y en el momento en que la decisiva batalla del Ebro finalizó con el triunfo de los rebeldes se sintió con las manos libres para incrementar su actividad represora.

Serafín Oquendo estaba convencido además de que su vida iba a ser totalmente diferente de lo que había sido hasta entonces. Por eso, para asentarla según pretendía habló con sus padres y, a pesar de sus reticencias, logró convencerles para que le dejaran irse a vivir solo a una de las casas que poseían en el pueblo. La contrapartida de aquella independencia fue la de negarle que una de las jóvenes criadas de la propia mansión del tío *Celipe* marchara con él, en cambio lo hizo la de más edad que, por otra parte, había sido su aya de pequeño. Sin embargo no acabó tomándoselo a mal porque su relación con la nodriza siempre había sido excelente y hacía la vista gorda ante las reiteradas visitas femeninas. A partir de entonces, Serafín tuvo las manos libres y la soledad necesaria para poderse centrar en lo que realmente le importaba, el poder absoluto en Monterde de Albarracín.

Durante la segunda quincena de noviembre de 1938 tuvieron lugar una serie de incidentes dirigidos por los falangistas monterdinos a pesar de la desaprobación del tío *Celipe*, muy a menudo superado por las circunstancias. A varias mujeres les raparon el pelo y a unas

pocas incluso les hicieron beber aceite de ricino. Los motivos esgrimidos fueron el acendrado republicanismo, haber participado en la quema de imágenes de la iglesia o en la Colectividad anarquista. También se obligó a contraer matrimonio religioso a todas las parejas que lo habían realizado únicamente por lo civil. Lo mismo ocurrió con los niños que no habían sido bautizados en su momento, cambiando además sus nombres a varios de ellos por no pertenecer a la onomástica cristiana.

En esta última labor contó con la inestimable participación del cura del pueblo mosén Pascual, enemigo acérrimo de todo lo que olía a revolucionario o simplemente se tenía por republicano. El párroco hizo obligatoria la asistencia a los servicios religiosos e irradiaba la más completa felicidad cuando a finales de año fue derogada la Ley de Secularización de los cementerios. Ya no existía más punto de vista que el cristiano para ir formando y dirigiendo a la sociedad. Quedaba claro que la Iglesia había ganado la guerra, no en balde la llamaron “Cruzada”. A partir de esos momentos se crearon los cimientos de lo que había de ser la Causa General contra los perdedores de la Guerra Civil, genéricamente conocidos por “Rojos” aunque solo se tratara de republicanos de cualquier matiz político o de anarquistas.

Los dos mandamases de Monterde todavía tuvieron una oportunidad de oro para saldar cuentas pendientes cuando la contienda estaba a punto de finalizar, en este caso con don Ramón Sánchez. Nada más llegar Serafín al Ayuntamiento cierta mañana a mediados de febrero de 1939, le salió al paso el señor secretario para comentarle las últimas disposiciones del Gobierno que afectaban a los funcionarios, al tiempo que le hacía patente la necesidad de que él y mosén Pascual mediaran para que no le aplicaran la prevista incompatibilidad. Viendo Serafín el nerviosismo que dicha Ley le había ocasionado pensó sobre la marcha que era una excelente oportunidad que no podía desaprovechar y, después de tranquilizarlo, acudió a ver a mosén Pascual para comentarle sus impresiones sobre lo que había ocurrido con el secretario.

—Adivina mosén la noticia que me acaban de dar.

—Por tus gestos me imagino que debe ser muy buena.

—Y lo es. Pero estoy convencido que a ti también te va a gustar.

—Venga, no te hagas más de rogar y dime de que se trata.

—Hace días que ya venía escuchando rumores sobre este tema cuando marchaba a Teruel y hoy por fin he tenido la confirmación. Acaban de salir dos leyes sobre las Responsabilidades políticas y la Depuración de funcionarios, y... ¿adivinas a quien tenemos temblando como un flan?

—¡No me lo puedo creer! ¿Al secretario?

—En efecto, acertaste... y no sabes lo mejor... ¡me ha pedido ayuda!

—¿Qué ese majadero te ha pedido ayuda? Como dijo Santo Tomás, ver para creer... Por supuesto le habrás dicho que apechugue con sus faltas que en este pueblo todos sabemos del pie que cojea... perdona quiero decir que no sabe vivir sin mandar...

—No te disculpes que te entiendo... pero sabes... lo he estado pensando detenidamente y creo que lo vamos a ayudar.

—Cómo puedes decir eso si es un marimandón y republicano por más señas aunque ahora lo esconda. Si no sé por qué está todavía en el Ayuntamiento...

—Todo eso es verdad pero creo que vamos a ganar si permitimos que siga de secretario.

—Explícame por qué debemos ser condescendientes con él.

—Muy sencillo, ahora mismo está irreconocible de lo asustado que está..., si lo hubieras visto pensarías como yo y esa es precisamente la razón por la que debemos acceder a sus deseos de dejarle continuar en su puesto. Si lo defendemos estará siempre besándonos los pies sobre todo si le hacemos pasar las de Caín para avalarlo, que no lo vea tan fácil, que tiemble solo de pensar que con sus años si lo echan de funcionario no tiene de qué vivir. Piénsalo, si ayudamos a que lo tiren nos habremos vengado de él, sí, pero ahí habrá acabado todo. Mientras que si gracias a nosotros continúa en su trabajo nos deberá su felicidad y no te quepa la menor duda que nos la cobraremos cada día... será un pelele en nuestras manos... ¿qué opción te gusta más mosén Pascual?

—Tal como lo dices no tengo dudas de cuál es la mejor... Hay que ver cómo has crecido en tan poco tiempo. Si hasta pareces el Príncipe del mismísimo Maquiavelo.

—No sé si tomarme lo que acabas de decir como un cumplido o es que te estás riendo de mí.

—Créeme que no me estoy burlando. Y ahora en serio, me encanta la forma de cómo le has dado la vuelta a este asunto llevándolo de una manera tan retorcida y maquiavélica que nos puede satisfacer a los dos. Muy bien Serafín, nos entendemos, en este caso estoy completamente de acuerdo contigo y haré lo que me pidas.

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

El día 1 de abril de 1939 se leyó el último parte de guerra firmado por el general Franco y, en efecto, si bien la Guerra Civil había llegado a su fin también era cierto que para los perdedores era lo más parecido a haber estallado la paz. No fue sino hasta el día siguiente cuando Serafín escuchó de sus mandos de la Falange la histórica noticia emitida por radio la noche anterior. Al mismo tiempo, las nuevas autoridades le encomendaban la sagrada misión de ayudar a poner a España en pie y, en lo que a él respecta, tenía la responsabilidad de Monterde de Albarracín con sus más de quinientos habitantes. Había que ayudar a sentar las bases políticas de un nuevo Estado y los primeros meses fueron de una actividad constante.

En primer lugar tenía que realizar un listado de los monterdinos con antecedentes republicanos, de aquellos que participaron en la quema de las imágenes de la iglesia y en la Colectividad, los tres pecados capitales utilizados a partir de ese momento en la mayoría de las acusaciones y que acabaron con penas de cárcel. Para ello, contaba en primer lugar con un inventario que realizó nada más llegar al cargo de Jefe local de la Falange el año anterior. Pero además, para completarlo recibió la inestimable ayuda de los recién afiliados a la FET y de las JONS y, por supuesto del tío *Chalecos*, nuevamente en Monterde una vez finalizada la Guerra Civil. Precisamente con este último camarada tenía Serafín la ayuda más importante, aunque los medios en aquel año eran bastante limitados.

Una tarde de finales de abril de 1939 habían quedado en el despacho de la Falange para realizar el mencionado listado de los “Rojos” de Monterde y las fechorías que cometieron. Para no tener ningún despiste fueron enumerando las casas del pueblo y sus moradores, anotando las actuaciones de todos ellos antes y durante la guerra. Una vez se hubo realizado, Serafín despidió a los afiliados porque tenía que tratar cuestiones delicadas con el tío *Chalecos*, y para ir templando los ánimos quiso comentarle el último chascarrillo una vez hubieron salido todos de la habitación.

—Belarmino, no acudiste a la última sesión del Ayuntamiento...

—¡Bah! Tenía cosas más importantes que hacer, a ver si te crees que mis jornaleros saben trabajar si no estoy encima... ¿me perdí algo?

—Ver como sudaba el secretario y se le hacía un nudo en la garganta... ¿te parece poco?

—Hombre, pues igual sí que me hubiera gustado estar, ¿y a qué se debía tanto miedo?

—¿No te has enterado...? Pues a la notificación de las destituciones como funcionarios del practicante y el alguacil por la Ley de Depuración de los Funcionarios... ¡de la que se ha librado el pájaro!

—Ya te puede estar agradecido, ya... y eso que hace poco me dijeron todo lo que le hicisteis pasar.

Los dos falangistas comenzaron a reírse ruidosamente del aludido ya que ellos, junto al párroco del pueblo, nunca habían congeñado con aquel vividor que siempre se las había dado de ser el mandamás del Ayuntamiento y de estar por encima del resto de los monterdinos. Aún con todo, el tío *Chalecos* tenía la mosca tras la oreja como vulgarmente se suele decir.

—Vamos a ver Serafín, no creo que te hayas deshecho de todos los camaradas para comentarme la vida y milagros de nuestro muy ilustre secretario —comentó con sorna y un pelín de mala leche.

—Tú siempre tan directo... pues de acuerdo si así lo quieres iré al grano —respondió molesto.

—No seas tan quisquilloso, sabes muy bien que para mí el tiempo es oro y si aquí no pinto nada después del listado de republicanos que hemos hecho, me voy.

—Lo sé... bueno, quiero que sepas que he recibido un oficio de la Jefatura provincial sobre la necesidad de realizar una depuración entre los afiliados a nuestro Partido.

—Pero ¿qué dices? A ver, enséñamelo.

El tío *Chalecos* recogió la carta con evidentes signos de malhumor y leyó detenidamente las dos hojas con los argumentos para realizar aquel acto que tanto parecía desagradarle.

—¡Valiente estupidez! Qué se han creído ese atajo de majaderos... ni que en los pueblos tuviéramos cientos de militantes...

—Yo creo lo mismo pero sabes que tengo que acatar las órdenes... por eso te he pedido que te quedaras un rato más, te necesito para realizar los informes de cada uno de los afiliados.

—Por supuesto que si me lo pides te ayudaré, pero te digo de antemano que no pienso hablar mal de nadie... ¿qué demonios querrán desde la Jefatura? Somos un pueblo de medio millar de habitantes y... ¿cuántos afiliados tenemos?

—Diecisiete, nueve hombres y ocho mujeres.

—Pues fíjate, ¡cómo para ir poniendo encima palos en las ruedas!

—Mira Belarmino yo en el fondo pienso como tú. Pero también estarás de acuerdo conmigo en que si tenemos que asentar una nueva España no podemos caer en el error de que los cimientos no sean estables... por eso nos insisten que se depuren a aquellos vividores de la política, vanidosos y arribistas que se han unido a nosotros para medrar en el Partido...

—Escucha Serafín y desengáñate... te lo digo yo que de esto sé un rato. Para llevar a cabo esta empresa necesitaremos mucha gente, pero si somos tan melindrosos como para ir quitando la paja del trigo acabaremos quedándonos sin cosecha, ¿me has entendido? Cuantos más se afilien más fuertes seremos, luego, si alguien se sale de madre ya encontraremos la forma de reconvertirlo por las buenas o por las malas.

—O sea que damos por válidos a todos los afiliados y lo corroboramos en los informes, ¿es esa tu opinión?

—Por supuesto, aunque quiero que sepas lo decepcionado que estoy porque seamos tan pocos en este pueblo con todo lo que hemos hecho para levantar España y ganar una guerra a las hordas "Rojas".

—De acuerdo pues ¡Qué así sea! Tengo las fichas de todos, ayúdame a rellenarlas que las quiero enviar cuando antes.

De esta manera se pusieron manos a la obra. Tal y como habían quedado obviaron las cuestiones que pudieran dar al traste con cualquiera de los afiliados recientemente a la Falange. Mientras estaban trabajando apenas intercambiaron más palabras que las necesarias, algo por otra parte muy normal en la manera de ser del tío *Chalecos*. Pero Serafín lo conocía de toda la vida y sabía cómo llevarse bien con él, además, por su propio interés estaba obligado a tratarlo con deferencia si es que quería hacer carrera en el Partido. Por eso, cuando llevaban rellenas algo más de la mitad de las fichas no dudó en sacar un nuevo comentario buscando su beneplácito.

—Sabes Belarmino, he pensado que ya han pasado tres años desde que hice cierta propuesta en una sesión del Ayuntamiento y creo que ya es hora de llevarla a cabo.

—¿De qué se trata si puede saberse...? porque estoy seguro que estás desando decírmelo...

—La verdad es que sí y además creo que te gustará... verás, se trata de reconocer a los Estados que han ayudado a España en nuestra guerra de Liberación. En aquel momento quedamos que cuando se pudiera dedicaríamos dos calles a Alemania e Italia y que la plaza sería para nuestro Caudillo. Pues bien, lo quiero llevar al siguiente pleno para hacerlo oficial y que lo apruebe la Comisión Gestora. Bueno... y a ti, ¿qué te parece?

—Estoy completamente de acuerdo contigo solo que añadiría una nación más, Portugal, que también fue de las primeras en reconocer a la España de Franco y, por supuesto, la plaza tendría que ser para el Generalísimo.

—Sabía que te gustaría... de manera que colocaremos las placas con sus nombres. La calle Mayor será la de Alemania; la calle del Horno, la de Italia; la de Portugal la podemos poner en la calle del Barrio Alto... y la plaza por supuesto para el Caudillo. Ya sacaremos el dinero de donde sea, pero de este año no pasa que Monterde sea de los primeros pueblos de la Sierra en homenajear a quien se lo merece.

Había transcurrido ya más de un año del final de la Guerra Civil y la vida en España se estaba amoldando a los nuevos tiempos que los vencedores habían impuesto, y tanto la parafernalia propagandística como una represión activa eran la nota dominante en la vida diaria. Monterde de Albarracín no escapaba para nada de esta dinámica siendo Serafín, como no podía ser de otro modo, quien llevaba la batuta. El año 1940 fue el primero donde se organizaron los fastos conmemorativos que iban a jalonar en adelante la vida social en todos los pueblos del país. Por supuesto, llegado el 18 de julio tenía que salir perfecto, sin dejar al albur absolutamente nada y repitiéndose en cada localidad los esquemas preconcebidos.

Y así ocurrió en Monterde. Desde primera hora de la mañana y según estaba previsto, se concentraron en el Ayuntamiento todos los miembros de las FET y de las JONS junto a los de la Hermandad de Labradores para oír las consignas emitidas en Radio Nacional. En dicho espacio, también tuvieron oportunidad de escuchar la propaganda del Régimen y algunos párrafos de los más afamados discursos de José Antonio y el Caudillo. A continuación, tuvo lugar un desfile en el que participaron los afiliados y simpatizantes de la Falange y que acabó en el atrio de la iglesia parroquial junto a la Cruz de los Caídos. Por supuesto, en ese acto se cantó el “Cara al Sol” y mientras todos los participantes lo hacían en posición de firmes y con la mano alzada, parte del grupo de los falangistas detuvo a todos los paisanos que estaban por los alrededores y a bofetones les hicieron descubrirse obligándoles a cantar también al modo fascista.

Llegada la tarde tuvieron lugar festejos populares entre los que destacó la presencia de músicos y el baile de jotas. Por supuesto, esa fecha había sido declarada festiva y además del aniversario del Alzamiento se celebraba la Fiesta de la Exaltación del Trabajo. Se trataba de una nueva conmemoración fascista que tenía como origen la Fiesta del Trabajo del primero de mayo, tachada como no podía ser de otra manera de comunista. Por todo ello, los labradores y jornaleros del pueblo —quisieran o no— tuvieron que interrumpir la siega y dejar de acarrear la mies so pena de recibir una considerable multa por trabajar en día festivo.

Sin embargo, lo más destacable en la ostentación del Régimen que tuvo lugar en el pueblo durante dicha festividad fue el propio Serafín Oquendo, dirigiendo absolutamente todo y al tanto de que sa-

lieran los actos tal y como estaban previstos. Aunque también es cierto que contra lo que él mismo hubiera deseado, su figura fue en realidad la auténtica comidilla entre los mentideros locales, mucho más que el cambio de fecha del antiguo Día del Trabajo. Desde el verano de 1937 siempre se le vio vestido con la camisa azul de conformidad con el uniforme de los afiliados a la FET y de las JONS. A comienzos de julio había estado en Teruel para concretar asuntos relacionados con su cargo y, cuando volvió al pueblo, sus vecinos se tuvieron que acostumbrar a la que sería su nueva imagen por lo menos en determinadas festividades o de parafernalia falangista. A la camisa azul con las insignias le añadió los correajes militares y para cubrir su cabeza cuando fuera necesario comenzó a utilizar la boina roja carlista. Y así precisamente quedó puesto de manifiesto durante ese 18 de julio, además de su conocida cojera comenzó a llevar el pelo engominado y echado hacia atrás, mientras que su anterior y poblado bigote había quedado reducido a una línea fina horizontal equidistante entre la nariz y el labio superior. Todo ello, en consonancia con el modelo que se había hecho fuerte entre los prebostes y simpatizantes del Régimen.

Pero no solo se estaban creando las pautas de actuación para determinadas solemnidades del Nuevo Estado. Si bien eso formaba parte del universo lúdico y festivo franquista también la represión contra los perdedores de la Guerra Civil era una señal de identidad. Desde que finalizó la contienda esta sinfonía de horrores había sido continua, ahora bien, en Monterde de Albarracín aumentó considerablemente a partir del segundo semestre del año 1940. Y como no podía ser de otro modo era Serafín quien manejaba los hilos, centrando las denuncias a la autoridad competente.

Durante esas fechas fueron numerosos los monterdinos acusados por cualquier motivo que acabaron con sus huesos en la cárcel, esquiladas sus posesiones por las incautaciones de bienes o desterrados del pueblo tal y como aconteció entre otras muchas personas a Concepción y Margarita. A finales de septiembre se condenó a estas dos mujeres a diez años de destierro del término municipal por los motivos clásicos utilizados durante estos años, es decir, su activo republicanismo, la participación en la quema de las imágenes de la iglesia y haber sido unas contumaces militantes de la Colectividad. Lo cierto es que aquella condena se había buscado con insistencia y en la misma participó además de Serafín el cura del pueblo mosén Pascual, cuyos

informes fueron determinantes. No querían para nada a dichas mujeres en Monterde porque habían sido unas irredentas republicanas además de ateas y pusieron en jaque durante la República a las autoridades locales y eclesiásticas. Pocos días después de conocerse la sentencia, los dos mandamases de la Falange caminaban por las calles del pueblo a la hora del Ángelus.

—Por fin nos vamos a librar de esas dos “Rojas” —exclamó Serafín con evidentes signos de satisfacción.

—Qué quieres que te diga... yo hubiera preferido que se pudieran en la cárcel —como siempre el tío *Chalecos* lo tenía muy claro.

—Fue muy blando el Tribunal —censuró el Jefe local de la Falange—, pero podemos estar tranquilos porque diez años son muchos y más para la edad que tienen... ¡Ya no volveremos a verlas por Monterde!

—No sé qué pudo fallar, yo estaba convencido que les iba a caer una condena mayor —insistía Belarmino.

—Por lo que me he podido enterar el tema de la edad ha sido fundamental, pero además el que no tuvieran delitos de sangre.

—Bueno, pues a pesar de todo hoy es un día para celebrarlo, vayamos a la cantina que te invito a un vermut.

Marcharon a la abacería del tío *Conejos* y allí estuvieron festejando aquella condena, sin embargo, cuando ya estaban a punto de salir entró mosén Pascual como una exhalación. En el momento que lo vieron se dieron cuenta de que algo había ocurrido, el semblante del cura era una amalgama de ansiedad y crispación.

—Por fin os encuentro —exclamó con rapidez a modo de saludo—, llevo media hora por todo el pueblo buscándoos..., no os podéis imaginar de lo que me acabo de enterar...

—Serénate mosén... vamos a sentarnos y nos lo cuentas todo... pero te voy a pedir un vermut que te sentará bien —volvió a invitar Belarmino Fuentes.

—Que sean tres porque a vosotros también os va a hacer falta —respondió.

Así lo hizo el abacero ante el asombro y la perplejidad de los falangistas y en un instante ya se encontraban sentados con el vermut

en la mano. Antes de hablar, mosén Pascual apuró medio vaso de un solo trago.

—Voy a tener que hacerles un exorcismo a Margarita y Concepción para quitárnoslas de encima... ¡Maldita sea su estampa!, —no pudo contener su crispación.

—Pero ¿qué dices hombre de Dios?, —preguntó el tío *Chalecos* ciertamente escandalizado por aquella exclamación tan impropia de un cura.

—¡Lo que habéis oído!, —fue su rabiosa respuesta— ¿Sabéis dónde está la masada de *Chulilla*?

—Por supuesto, en la Manga de Albarracín, no muy lejos de aquí... —dijo Serafín.

—Pues eso precisamente, que el malnacido de Cosme la tiene arrendada con las tierras y después de hablar con su dueña la ha convencido para arreglarla y que puedan vivir allí esas malditas “Rojas” —el párroco continuó con su irreverente vocabulario.

—¡No puede ser!, ¿Cómo se atreve Adelaida Cavero a semejante barbaridad? Bajaré a Teruel y hablaré con ella... no podemos permitirlo —exclamó ahora fuera de sí el tío *Chalecos*.

—No hace falta que vayas. La he llamado por teléfono y no hay nada que hacer, está completamente decidida a ayudarlas —mosén Pascual no pudo ocultar su resignación.

—¡Vaya por Dios! Su hermano José María debe de estar revolviéndose en la tumba... esto es un despropósito... no tiene pies ni cabeza —insistió Belarmino.

—¿Y no podemos hacer nada?, —preguntó Serafín con cierto desánimo.

—La verdad es que no —confirmó mosén Pascual—. La sentencia las desterró del término municipal y la Manga pertenece a Albarracín aunque está más cerca de nuestro pueblo como bien sabéis...

—Espera un momento —entró nuevamente en liza el tío *Chalecos*—, igual sí que podemos hablar con nuestros superiores de la Jefatura provincial y lo más seguro es que logremos impedirlo..., aunque estoy pensando que igual no nos interesa hacerlo...

—¿Qué estás tramando Belarmino? —preguntaron casi al unísono los otros dos.

—Creo que quizás nos pueda convenir repetir lo que hicimos con el secretario, es decir las tenemos cerca para que estén más controladas y por eso qué mejor que sea en una masada solitaria...

—Bien pensado —redundó Serafín asumiendo al vuelo aquella idea aparentemente descabellada—, de esta manera será más fácil que tengan noticias del pueblo y a buen seguro que maldecirán nuestros progresos...

—Sí. Todo eso está muy bien pero hay algo que estamos dejando de lado y ahí sí que tenemos que ser implacables... —comentó el tío *Chalecos*.

—¿A qué te refieres?, —volvieron a preguntar.

—Me refiero a Cosme. No me dice nada que sea el consuegro de Margarita y que por eso les haya ayudado, lo que no soporto es su intercesión por ellas y que como resultado las tengamos aquí cerca. Una cosa es lo que habéis comentado, aprovechar que se quedan en *Chulilla* para que se fastidien sabiendo de nosotros por la cercanía y que además las podamos tener bien vigiladas. Pero otra bien distinta es que alguien lo haya hecho posible contraviniendo el sentir general de las personas de bien de este pueblo. Tenemos que darle un escarmiento.

—Me parece muy bien —confirmó Serafín.

—Yo también estoy de acuerdo —asintió asimismo mosén Pascual.

Con sabor agridulce se levantaron los tres mandamases de Monterde y después de pagar la consumición salieron del local conversando sobre los próximos movimientos para defenestrar a Cosme. En pocas palabras, decidieron que lo tendrían que denunciar para que acabara en la cárcel por una buena temporada, de esta manera serviría de ejemplo para otros samaritanos del pueblo y a nadie se le ocurriría volver a interferir en las actuaciones de la Iglesia y la Falange. Mientras seguían discutiendo sobre cuáles serían las acusaciones que lanzarían sobre el aludido, comenzó a escucharse el tañido de las campanas de la iglesia que indicaba una defunción. Y así era en efecto. Como luego tuvieron oportunidad de conocer en boca del sacristán, el fallecido

era Irineo, el marido de Margarita, cuyo corazón no había podido resistir la tremenda injusticia que se había cebado con el destierro de su esposa.

Recién comenzada la primavera de 1941 el tío *Celipe* cumplía los tres años al frente de la alcaldía de Monterde de Albarracín. Una etapa en la que había tenido de todo y, en la que a pesar de lo que pudiera parecer, siempre que pudo intentó frenar los excesos de su hijo. Es bien cierto que el alcalde formaba parte del grupo de los vencedores de la pasada contienda pero no por ello había dejado de ser la persona amable, religiosa, paternalista y tradicional que siempre había sido. Desde su cargo, el tío *Celipe* retrasó todo lo que pudo los oficios recibidos que le ordenaban comunicar los antecedentes políticos y sociales de determinadas personas, y ello le granjeó más de un disgusto e incluso alguna multa por negligencia.

Tan solo se activaba desde el Ayuntamiento cuando podía mover los resortes para beneficiar en lo posible a las familias que pasaban necesidades sin hacer caso a su ideología, o mitigar las penas impuestas a algunos monterdinos. Eso sí, en algunos casos le resultó prácticamente imposible, ya fuera por el ninguneo de su propio hijo como Jefe local de la Falange que le impedía enterarse de lo que estaba ocurriendo, o porque se oponía con firmeza a que se involucrara en algún asunto concreto. Y así ocurrió con los destierros de Margarita y Concepción u otras penas de cárcel, muchas de ellas a vecinos por motivos personales y nada ajustados a la realidad de los hechos en los que habían participado durante la guerra, como fue el caso de Cosme.

Pero no todo tenía que ser únicamente sinsabores. En esos días, varios alcaldes y sus secretarios de los pueblos de la Comunidad de Albarracín entre los que él mismo se encontraba, habían decidido celebrar una reunión con merienda incluida para hablar de la situación política y personal en sus respectivos consistorios. Sin embargo, tal y como fue conociendo los pormenores de aquella especie de asamblea no acababa de tenerlo claro, y finalmente acabó negándose cuando le confirmaron que la fecha acordada era el día 28 de marzo. Así lo hizo saber a su hijo.

—No pienso ir Serafín, lo tengo decidido.

—Pero padre piensa que muchos alcaldes de la Sierra han confirmado su presencia, si no acudes acabarás señalado y eso no nos interesa para nada.

—El problema en todo caso será mío, nunca tuyo.

—En los asuntos que conciernen al pueblo estamos metidos los dos, tú por ser alcalde y yo como Jefe local de la Falange.

—Mira Serafín empiezo a cansarme de todo esto..., cuando me incitaste a aceptar el cargo en realidad lo hiciste para poder manejarme a tu antojo...

—Si tanto recelabas ser alcalde, ¿por qué aceptaste?

—Muy sencillo, porque había que levantar el pueblo y sobre todo la iglesia después de cómo la dejaron los “Rojos”, pero también para impedir los abusos y que nadie se tomara la justicia por su mano.

—Pero ¿qué dices?

—No te hagas el nuevo que eres hijo mío y te conozco mejor que nadie en el pueblo... ¿Qué piensas, qué no me doy cuenta? Llevo muchos años a mis espaldas y conozco a la gente mejor de lo que crees...

—No sé de qué me estás hablando.

—Creo que lo sabes de sobra y para que no te hagas el ignorante te lo voy a decir. No me parece bien cómo controláis el Auxilio Social y el Racionamiento... y del estraperlo mejor me callo, ¿verdad? Desde el Partido, tu camarilla me cierra el acceso a las cuentas y que yo pueda intervenir, ¿por qué, si yo también pertenezco a la Falange?

—Padre, todo eso no son más que figuraciones tuyas...

—¡Ya!, como las denuncias que vas presentando cuando te viene en gana contra los que han hecho algo y los que no... Que esa gente haya perdido una guerra no significa que sean todos unos criminales... y estás jugando demasiado con fuego por eso vas a acabar quemándote, te lo advierto... Pero no solo tienes tú la culpa, ya sé que el señor párroco anda como desquiciado para encerrar a todos los republicanos, independientemente de que participaran en la quema de los retablos de la iglesia... Además..., algún día me explicarás por qué

te involucraste para que encerraran a Cosme, o tu inmensa alegría cuando desterraron a Margarita y Concepción, o también...

—Padre no sigas por ahí que todo eso no lo puedes entender, forma parte de la política...

—Pero vamos a ver no se hizo una guerra para acabar con los políticos y sus mezquindades pues estamos cayendo en sus mismos defectos...

—Te estás equivocando de plano y no quiero discutir... te lo repito una vez más, tienes que ir a la reunión de alcaldes porque nos interesa saber que se cuece en la Sierra.

—Y yo te vuelvo a decir que no iré..., además como nos hemos enzarzado en esta discusión no me has dejado acabar con los argumentos de mi negativa...

—Vale, pues dílos de una vez.

—No puedo ir ese día porque cae en viernes de cuaresma y conociendo a los engullidores de carne que van a acudir me temo que quebranten la más sagrada prohibición.

—Pues nada te pago una bula y ya la puedes comer.

—¡No me faltes el respeto Serafín! ¿Será posible que siendo mi hijo no me conozcas lo suficiente como para saber que todo eso atenta a mis creencias?

—Nada más lejos padre y tranquilo, si no quieres ir no vayas, que lo último que quiero hacer es obligarte... ya me enteraré de lo que allí pase por otros alcaldes amigos —dijo por zanjada la discusión.

Y en efecto, así ocurrió. El tío *Celipe* no fue a la reunión y Serafín se enteró de cómo transcurrió por sus otros amigos alcaldes... y por el Jefe provincial de la FET y de las JONS. Tal y como había advertido su padre, en aquella reunión iban a participar muchos tragaldabas y conociéndolos era de suponer un final tormentoso como así fue. El gobernador civil de Teruel envió una circular a todas las alcaldías que asistieron al evento criticando duramente los hechos que tuvieron lugar por ir contra los principios del Nuevo Estado. Los alcaldes y secretarios que acudieron fueron sancionados con multas de hasta cien pesetas por haber participado en una gran comilona donde también se abusó del vino, y que terminó con lamentables incidentes y

violencia de palabra y obra. Además, se hizo sin contar con la necesaria autorización gubernativa y, por encima de todo, estaba el escándalo público que se causó. Asimismo se esgrimió como motivo que aquella comida entre las autoridades y en viernes de Cuaresma estuvo realizada a base de carne y, por lo tanto, también infringiendo el precepto de la Iglesia. En definitiva, el tío *Celipe* se libró de una buena al haber declinado la invitación y, por el contrario, su ausencia le reportó parabienes cuando llegó a oídos de las autoridades provinciales y eclesiásticas.

Pero desde el arzobispado de Teruel no solo se miraba con buenos ojos al alcalde de Monterde por su acendrado sentido religioso, también para el párroco eran abundantes los elogios por su mano firme y todo lo que había conseguido para la Iglesia. Si bien en un principio podría parecer que ambos caminaban por la misma senda de la ortodoxia cristiana, lo cierto es que no tenía que ver nada con la realidad, eran tan diferentes como el día y la noche. El tío *Celipe* era un fervoroso creyente, fiel cumplidor de los oficios religiosos y tenía las enseñanzas del Evangelio como modelo a seguir. Mientras que mosén Pascual era un cura engreído, de un fanatismo religioso rayando en la crueldad, nada empático con los diferentes y que usaba la religión como una excusa del poder religioso y temporal.

Todas estas cuestiones alcanzaron su cenit en la primavera de 1941 cuando por un azar del destino el sacerdote se vio obligado a acudir periódicamente a la escuela, allí pudo comprobar un ascendente al que apenas había hecho caso relacionado con los niños y niñas del pueblo. Forzados a realizar los consabidos besamanos, la muchachada se rebeló a su manera. Como no podía ser de otro modo Mosén Pascual no se lo tomó nada bien, sobre todo, al ser rechazado por los “Rojillos” que así eran conocidos de forma despectiva los hijos de los “Rojos”.

Después de intentar revertir aquella situación y apreciando su incapacidad para poderla llevar a cabo optó, como era su costumbre, por acusar a los padres de ser los instigadores de aquel rechazo. El resultado, como no podía ser de otro modo, fue la pena de cárcel para varios de ellos como Violeta, la madre de una niña llamada Esperanza, que fue condenada a cuatro años en una prisión de Zaragoza. En este último caso, el problema subsiguiente para el párroco fue la propia niña.

—No sé qué podemos hacer con la *muchicha*.

—No creo que sea muy difícil —respondió el alcalde a la pregunta del párroco—. Si su padre no está y la madre va a ingresar en la cárcel, que se vaya con los abuelos.

—Es lo que yo había pensado pero lo cierto es que no me acaba de convencer.

—Dejarla con ellos es lo más natural...

—Pero las circunstancias no lo son.

—No entiendo por qué.

—¿Acaso has olvidado los motivos que han llevado a su madre a la cárcel? Ella y otros padres indispusieron a los niños contra mí, de tal manera que en los últimos tiempos incluso se mofaban de mi ministerio.

—Conozco de sobra lo que ocurrió y a mí nunca me pareció bien pero los resultados son todavía peores, se ha pasado de recriminarles a conseguir que los encierren en la cárcel y en ese trayecto hay un largo y desmesurado trecho... Ya sabes que no estoy de acuerdo con el proceder de esos padres y, por eso, ahora que has conseguido lo que querías te repito que ignoro las causas reales del problema que dices tener.

—Es bien sencillo, desde hace unos días las aguas parece que han vuelto por su cauce pero no me acaba de convencer del todo, los críos son bastante inestables y pueden volver a las andadas más pronto que tarde. Por ello, no hago más que darle vueltas a una cuestión que me han comentado los tíos de la *muchicha* y para hacerlo necesito tu aprobación.

—Tú dirás, soy todo oídos.

—Me han preguntado si hay algún inconveniente en que se marche una temporada con su abuela materna que, como sabes, está desterrada en la masada de *Chulilla*. Me dicen que les puede echar una mano en el trabajo de la casa, a veces no dan abasto y más desde hace unos días que Margarita sufrió un accidente y anda delicada.

—Pero la niña tiene que estar escolarizada —protestó el alcalde.

—No creo que haya problemas —insistió mosén Pascual—, su abuela era hija de maestro y sabrá llevarla... No perdemos nada con

que se quede allí lo que resta de curso... cuando vuelva que le hagan un examen o lo que sea para ver si ha estudiado..., además, el que lo aceptes es un favor personal que te pido.

El tío *Celipe* titubeó durante un instante, no le agradaba para nada que Esperanza se marchara del pueblo ya que en Monterde también tenía otros familiares. Pero por otra parte, había observado de primera mano las reacciones de los niños cuando se negaban a realizar el besamanos al cura y eso era una falta de respeto hacia un representante de la Iglesia que no podía consentir. No estaba nada de acuerdo con el proceder de mosén Pascual, aunque de ahí a permitir que se mofaran del párroco del pueblo había todo un mundo.

—De acuerdo, permiso concedido para que la niña pase una temporada en la masada de *Chulilla* con su abuela materna. Pero dime... ¿qué es eso de un favor tan importante?

—Ya te lo he dicho... es muy personal...

Mosén Pascual salió del Ayuntamiento más contento que unas castañuelas y cuando apenas había traspasado sus umbrales se tropezó con Serafín que, fiel a su cita diaria, acudía al despacho de la Falange a cumplir con sus obligaciones.

—Buenos días mosén Pascual.

—Muy buenos son gracias a Dios.

—¿Qué te pasa que te veo tan contento?

—No es para menos, acabo de expulsar al diablo convertido en una niña del pueblo... pero ahora tengo prisa, ya te contaré...

Aquel triunfo con la defenestración de los padres “Rojos” que habían manipulado a sus hijos contra él, habían subido el ánimo de mosén Pascual hasta las nubes. Estaba como desatado y no dejaba de repetirse que ese era el camino que debía seguir si quería controlar el ateísmo soterrado que se vivía desde los tiempos de la República. Así llevaría por el buen camino a las nuevas generaciones de monterdinos, sobre todo las mujeres que seguían siendo responsables del pecado ori-

ginal. A partir de ese momento no cejó en el empeño, especialmente con los adolescentes. Tal y como solía comentar, un junco joven podía doblarse y se adaptaba con más facilidad que uno viejo el cual al forzarlo por regla general se rompía.

Conocía los pecados de sus feligreses gracias a la obligatoriedad de la confesión, de manera que sabía de antemano los pasos que solían dar antes de pecar. Por eso, conforme avanzaba el buen tiempo acudía muchas tardes a caminar por los altozanos de las montañas que bordean el Barranco de *La Hoz*. Desde allí vigilaba a los mozos y mozas para saber de sus roces, tocamientos impuros o pecaminosos besos y, lo más importante, comprobaría posteriormente si lo confesaban todo. Por supuesto, exigía que le contaran con pelos y señales el momento y la forma en que habían pecado, y cuando sabía alguna cuestión que el penitente no le había referido insistía como si conociera de sobra —y así era— sus oscuros secretos. A más de una joven llegó a cimbrearle la cara o las manos por aquellos olvidos inconfesables.

Pero en aquellos tiempos difíciles ocurrió algo tan humano y al mismo tiempo inevitable, como que el señor cura que tanto cuidaba la moral y las buenas costumbres de sus feligreses fuera presa del mismísimo diablo y diera la impresión de que tenía pensamientos impuros con la recién nombrada maestra del pueblo. Quizás ocurrió porque le había cogido el gusto a eso de acudir a la escuela durante los recreos y ya se sabe que el roce hace el cariño, o puede ser que las facciones de la educadora le recordara el ideal de la figura materna o alguna imagen religiosa, pero lo cierto es que un día sí y otro también se hacía ver por allí y departía muy amigablemente con la maestra. Como no podía ser de otro modo, enseguida fue objeto de divertidos comentarios que tenían como tema central la inimaginable lujuria de mosén Pascual.

Hasta que llegó un momento donde algún avispado monterdino tuvo la ocurrencia de escribir una carta jocosa con citas en las que se intentaba rimar rudimentarios versos que hablaban de los (imposibles) amores del cura y la señora maestra. La hoja manuscrita fue corriendo de mano en mano, pero ya se sabe que un secreto conocido por muchas personas es un secreto a voces y así fue como ocurrió lo inevitable. Por eso, una vez el propio mosén Pascual tuvo conocimiento de lo que alguna mente febril había tramado contra su sentido de la ética y la integridad moral, no dudó en ponerlo en conocimiento de las autoridades. Las consecuencias de la trastada apenas se hicieron es-

perar, lo cierto es que durante aquellos años las fuerzas del orden no estaban para bromas ni mucho menos. Como no podía ser de otro modo, al poco tiempo acudió la pareja de la Guardia Civil junto a un cabo y contó además con la ayuda de varios miembros de la Falange local, para realizar los interrogatorios a los mozos del pueblo en el mismo Ayuntamiento. Todo ello a pesar de las reiteradas protestas del tío *Celipe* por lo que consideraba una intromisión militar en la Casa Consistorial.

—Esto es inadmisible.

—Tenemos órdenes de que sea así y así será.

—Pues no estoy de acuerdo... el Ayuntamiento es la casa de todos, no una habitación para interrogar... y encima ocupando mi despacho y teniendo al secretario para cumplimentar los trámites... pero bueno, ¡hasta ahí podemos llegar!

—Usted puede decir lo que quiera pero nosotros vamos a hacer nuestro trabajo tal y como nos han ordenado. Llame a Comandancia si lo estima oportuno.

—Eso pienso hacer... ¿qué os habéis creído?

La irritación del señor alcalde era de las que marcan época pero en realidad no era más que puro pataleo, si lo había decidido la autoridad competente quedaba perfectamente claro que finalmente se haría. Antes de que comenzaran con el interrogatorio realizó dos llamadas, la primera a la Comandancia de la Guardia Civil con los resultados que cabía esperar. Y la segunda a la Jefatura provincial de la Falange en Teruel, donde se le confirmó que debía de obedecer las órdenes de la Benemérita y actuar en consecuencia. Cuando finalizó la conversación, su rostro crispado era la viva muestra de la más absoluta decepción.

—¿Qué hacemos?, —preguntó el secretario.

—No nos queda otra que obedecer... haz lo que te indiquen —comentó apesadumbrado.

El tío *Celipe* salió contrariado del Ayuntamiento, su aspecto visiblemente irritado era algo verdaderamente inusual en él siempre tan comedido en todos sus actos incluso en los que no le agradaban para nada. Su malestar radicaba en que conocía perfectamente la forma

de actuar de la Benemérita en casos similares, los jóvenes iban a pasar un mal rato a causa de aquella carta que había circulado entre los tertulianos de cantina y charanga del pueblo. Desde luego, los chismorreos de ese tipo le incomodaban pero había sido siempre algo de lo más natural entre la gente joven, las notas picantes como aquella era consustancial con la edad. Lo que ocurría es que los actores afectados eran nada menos que el párroco y la maestra, por ello se habían excedido, les habían faltado el respeto a los representantes de lo que el alcalde tenía como lo más sagrado: la Iglesia y la Escuela. Y para colmo en el propio Ayuntamiento, la casa del pueblo nada menos, era desde donde se había decidido llevar a cabo los interrogatorios con todo lo que ello representaba. Vamos, que aquella situación se había convertido para el tío *Celipe* en un auténtico dislate y no dejaba de pensar en ello cuando su figura se iba perdiendo por la antigua calle Mayor camino de su casa.

—¡A ver que entre el primero!, —se escuchó la orden desde dentro del Ayuntamiento.

—Dime tu nombre —le ordenó al joven nada más penetrar en la habitación— ¡Vamos señor secretario!, ¿qué espera para ir tomando nota?

Y de esta manera fueron pasando todos los mozos del pueblo. La mesa del alcalde la habían retirado a una esquina y a su lado don Ramón Sánchez tomaba las notas pertinentes. Tan solo una silla se encontraba en el medio de la habitación y detrás de ella estaban situados los dos números de la Guardia Civil con sus carabinas al hombro, imagen que sobrecogía y de qué manera a los jóvenes cuando entraban al ser lo primero que veían. El cabo llevaba la voz cantante del interrogatorio, previo comentario al oído de cualquiera de los tres falangistas que completaban el supuesto grupo de investigación.

Más de un adolescente salió de la habitación llorando a causa de la tensión padecida o por algún tortazo al no recordar o responder mal a la pregunta que fuera. Lo cierto es que todos los que entraban eran tratados por igual sin distinción de clase social. Uno de los hijos de las familias pudientes del pueblo penetró tan distraído que no se percató que llevaba puesta la boina, de un fuerte cachete se la tiraron al suelo por la supuesta falta de respeto y aún se ganó otros dos más por no haberlo previsto antes de entrar en la habitación. Sin embargo,

los esfuerzos de la Benemérita resultaron baldíos ya que si bien los mozos recordaban las palabras escritas, nadie sabía a ciencia cierta quién tenía en esos momentos la carta y mucho menos la persona que la escribió.

Aquel suceso tuvo dos consecuencias, por una parte la maestra cesó en su puesto al acabar el año escolar y, por otra, crispó todavía más a un inestable mosén Pascual que, incluso desde el confesionario, intentó conocer quiénes fueron los jóvenes que movieron el asunto de la carta, pero a pesar de sus intentos no lo pudo lograr. Lejos de retraerse al ser objeto de aquellos comentarios irónicos, lo cierto es que mantuvo desde entonces una actitud beligerante especialmente hacia el Ayuntamiento, acusando a la Comisión Gestora de no haber hecho lo suficiente en las investigaciones.

A partir de entonces fue constante su intromisión en los asuntos municipales pretendiendo a través de su cargo obtener beneficios de todo tipo. Para ello, no dudó en estrechar todavía más los lazos con algunos falangistas especialmente Serafín, por el contrario, los enfrentamientos con su padre el alcalde del pueblo reincidieron notablemente. El tío *Celipe* no aceptaba de buen grado la presencia constante de mosén Pascual en la alcaldía solicitando o exigiendo favores como lotes de leña, arreglos suntuarios en la casa que habitaba, la compra de una imagen de Nuestra Señora de la Asunción por ser la patrona del pueblo, incluso su injerencia en las sesiones del Ayuntamiento para mandar donativos a diferentes causas religiosas.

Entre todas las aficiones que mantenía mosén Pascual una de ellas, la caza, también era compartida por Serafín Oquendo con el que tenía bastantes cosas en común como los tremendos enfados que cogían cuando volvían sin haber cobrado ninguna pieza. Aunque en honor a la verdad era el Jefe local de la Falange el más irascible de los dos. Cuando en cierta ocasión entró en el pueblo sin haber podido disparar un solo tiro, no pudo aguantar la imagen de dos excelentes podencos cazadores que eran propiedad de unos vecinos catalogados como “Rojos” y les disparó a quemarropa matándolos. Por supuesto, sus dueños se limitaron a llevarlos a un muladar y hacer mutis por el foro como si no hubiera ocurrido nada, ya que si hablaban incluso podría ser peor. Resultaba frecuente ver como partían juntos a cazar Serafín y mosén Pascual aunque también hubo ocasiones donde lo hicieron por separado, sobre todo en época de veda.

El más proclive a saltarse las reglas de la caza era el párroco, pero tenía que ir con sumo cuidado ya que fue pillado in fraganti en varias ocasiones y, si bien salió de rositas, tenía tan escamado a los guardas forestales que le amenazaron con denunciarle la próxima vez que lo encontraran por muy sacerdote que fuera. Por enésima vez quiso jugársela todo a una carta y una madrugada días antes de levantarse la veda salió a probar suerte de nuevo. Iba con mucho tiento para que no lo descubrieran y lo cierto es que tuvo suerte ya que consiguió varias piezas sin toparse con ningún guarda. Había llenado el morral con lo obtenido y cuando regresaba a casa todavía pudo ver correr a varios conejos logrando cazar un par de ellos. El problema radicaba en que el morral que había llevado en esta ocasión era pequeño y en estos momentos ya estaba lleno, por lo que tuvo que atarlos de las patas y llevarlos colgados del hombro. Pensaba que ya tendría tiempo de esconderlos antes de llegar al pueblo e ir a recogerlos lo antes posible.

Al mismo tiempo y cerca por donde caminaba mosén Pascual se encontraba Joaquín, un zagal de apenas once años de edad que había dejado la escuela por unos días para ayudar a la economía familiar y en estos precisos momentos estaba pastoreando un pequeño hato de ovejas. Sin embargo, durante aquella mañana el *muchicho* no andaba muy contento que digamos, su irritación con el rebaño iba en aumento porque los animales no le hacían el menor caso y estaban empeñados en entrar a un bancal donde no se podía pastorear. Finalmente, después de mucho porfiar, las ovejas acabaron saliéndose con la suya.

—¡Hostia! Os he dicho que fuera de aquí, —gritó con un cabreo considerable y remarcando la exclamación.

Y cuando estaba empujándolas literalmente y lanzándoles piedras para que salieran de una vez del dichoso *piazo* escuchó una voz a su espalda.

—¿Qué has dicho?, vamos... ¡repítelo si tienes valor!

—Yo... no... —se giró tartamudeando sin saber de quien se trataba.

—Tú sí. Lo he escuchado perfectamente o es que te crees que estoy sordo... ¿lo estoy?, —le espetó el cura fulminándolo con la mirada.

—No... no... yo...

—Tú eres Joaquín, el hijo de Vicente y la tía *Rompa*, ¿verdad?

—¡Sí!

Por un instante los dos protagonistas guardaron un escrupuloso silencio mientras se observaban y las ovejas volvían a penetrar en el sudicho bancal al olor del succulento pasto que allí existía. Después del sobresalto inicial, el niño se había recompuesto y observaba detenidamente la estampa del sacerdote cazador con la escopeta abierta, el morral y los conejos colgados de su hombro. Mientras que éste mantenía el gesto de sorpresa y enfado a causa de aquel encuentro, desde luego hubiera preferido no haberse topado con nadie pero la blasfemia era un pecado imposible de perdonar. Fue el *muchicho* el primero que quiso hablar e inocente como era hizo una pregunta que no podía tener respuesta salvo que el cura se decidiera a mentir descaradamente.

—Mosén... hoy no se puede cazar... ¿verdad? —preguntó timorato sin saber en realidad las consecuencias que tal acto le podían acarrear.

—¿Cómo te atreves? Eres un *muchicho* de lo más desvergonzado.

—Yo...

—Estás en pecado mortal, ¿lo sabías?

—¿Por qué?

—¿Y aún preguntas? Por haber blasfemado... Pero esto no va a quedar así y más te vale que guardes silencio porque aún puede ser peor... ¿Cuándo guardas las ovejas?

—Antes de que anochezca.

—Pues esta noche iré a hablar con tu madre a ver qué es lo que hacemos contigo y cuando tu padre vuelva el domingo de traer la cabrada lo haré con él, ya veremos que castigo te imponemos.

Acto seguido mosén Pascual continuó con su marcha, contento por las piezas que había cobrado y todavía más a raíz del último comentario que había tenido con el hijo de Vicente, ya que su progenitor era en esos momentos el pastor de la cabrada comunal de Monterde. Y una maravillosa idea comenzó a surcar por su cabeza gracias a ese encuentro, Joaquín sería la última pieza cobrada durante ese día. Tal y como le había comentado al *muchicho*, esa noche acudió a casa de la

tía *Rompa* y la puso en antecedentes sobre lo que había ocurrido sin mencionar, por supuesto, que él había estado cazando en época de veda. Solo hizo hincapié en que aquel encuentro había sido pura coincidencia e hizo lo mismo el domingo al mediodía cuando regresaron los pastores de la cabrada. Durante los días que transcurrieron desde el incidente, mosén Pascual había tenido tiempo de sobra para concebir un plan y así se lo hizo saber a su padre.

—No voy a dar parte de tu hijo a la Guardia Civil por haber blasfemado pero hay que darle un escarmiento para que no lo vuelva a repetir y he pensado... que lo haga pastoreando contigo en la cabrada comunal pero con la misión de vigilar exclusivamente mis cabras... ¡ah!, y tiene que estar todo lo que resta de tiempo hasta la sanmiguelada que viene.

—Pero si acabamos de empezar y queda casi un año... mi Joaquín va a perder la escuela...

—Tu hijo ya es adulto, de hecho tú lo has sacado para que llevara a pastorear unas ovejas.

—¡Sí! Pero era solo por unos días hasta que sanara Fausto, mi hijo mayor que lo tengo enfermo...

—Ya... pero lo he escuchado blasfemar y puedo denunciarlo... ¿sabes la multa que te puede caer? Y además a mí no me parece bien que el pastor de la cabrada del pueblo tenga un hijo que vaya blasfemando por ahí, igual lo que dice son cosas que ha escuchado en su casa... sabes, no serías el primero al que se le rescinde el contrato.

—De acuerdo... de acuerdo... pero no nos denuncie... mi hijo hará lo que usted quiera y llevará sus cabras en la cabrada comunal hasta que acabe mi contrato.

Así fue la manera de cómo consiguió mosén Pascual que el inocente de Joaquín trabajara gratis para él aunque durante casi un año no pudiera acudir a la escuela. Ese era el modo de actuar del párroco del pueblo y por extensión también de Serafín. Sin lugar a dudas, lo más parecido al derecho de saqueo en las guerras de épocas pretéritas, cuando el capricho y la arbitrariedad de los dirigentes del bando vencedor legalizaban su rapiña a propios y extraños. Incluso importaba bien poco que también afectara a los de su mismo bando, lo cierto es que se habían convertido en las nuevas élites con el derecho legitimado

“casus belli” para actuar a su libre albedrío gracias a su victoria en la guerra y la bendición otorgada por la Iglesia. Eso es lo que ocurrió en la España de los años cuarenta y, desde luego, Monterde de Albarracín no fue un caso aparte.

Cada vez más resolutivos mosén Pascual y Serafín Oquendo junto al resto de los afiliados y simpatizantes falangistas, hicieron y deshicieron en el pueblo a su antojo durante los años siguientes. La represión fue la nota dominante pero no solo visible a través de los destierros y encarcelamientos, sino también de forma soterrada en multitud de situaciones cotidianas con el fin de amedrentarlos y que se marcharan voluntariamente del pueblo. De hecho, durante esos años todos los simpatizantes republicanos naturales de Monterde o bien continuaban en la cárcel o habían pasado allí una buena temporada. No hubo piedad con ellos por sus supuestas responsabilidades políticas ya que las denuncias estaban a la orden del día, ni con los que en algún momento se entrometieron a su favor o molestaba su presencia a los representantes del Régimen. Los hacendados no les daban trabajo como antaño y, sin esos jornales, resultaba difícil la supervivencia ya que la mayor parte de los vecinos no disponían de campos suficientes como para mantenerse dignamente. Pero no todos los vencedores de la contienda actuaron de la misma manera. De los grandes terratenientes tan solo el tío *Celipe* no participó de esos planteamientos, aunque las presiones de su hijo eran cada vez más fuertes y en muchas ocasiones acabó dando su brazo a torcer.

Otro punto de represión estaba en el Ayuntamiento. Desde allí no les concedían tierras cuando eran los antiguos republicanos quienes las demandaban, pero el resto de los vecinos sí las conseguían y todo ello a pesar de que el tío *Celipe* siempre que pudo coló alguna solicitud. O también cuando desde uno de los Servicios de la Jefatura provincial se mandaba todo tipo de enseres y ropas, en una época de tantas carencias, para distribuirlos entre las personas necesitadas, viudas o huérfanos pero únicamente se las concedían a las del bando autodenominado “Nacional”. El resto se tenía que apañar como fuera y aquí poco pudo hacer el alcalde pues era desde la sede de la Falange

donde se distribuían los envíos. En definitiva, se actuaba como si no existieran los partidarios del bando perdedor ya que la prioridad del franquismo fue la de ningunearles y hacerlos pasar al olvido.

Cuando a la capitulación de la guerra se unió el quebrantamiento moral de los derrotados, quedó claro para los afiliados y simpatizantes a la FET y de las JONS en Monterde de Albarracín que ahora sí habían vencido definitivamente a los republicanos, a pesar de que cada vez los guerrilleros de la Sierra actuaban con más desenvoltura. Pero con el tema resuelto en el pueblo gracias a la represión sistemática que se había llevado a cabo, ahora lo que se estaba comenzando a vivir era una lucha sin cuartel por hacerse con el control de la Falange. Este era un tema ciertamente apetitoso porque a través de las sucesivas obras o tareas que se tenían que realizar siempre podría obtener beneficios quien las dirigiera, por eso, los afiliados locales se dividieron en dos grupos de presión. Además, unos pocos avispados monterdinos no dudaron en entrar a formar parte del Partido. Desde la Jefatura provincial se insistía periódicamente en la realización de las purgas, pero éstas tenían enfrente al tío *Chalecos* y Serafín Oquendo paralizando todo lo que podían aunque con relativo éxito porque finalmente un par de afiliados fueron obligados a marcharse.

Las repetidas manifestaciones del Jefe local de la Falange para cumplir con las ordenanzas del Régimen comenzaban a cansar a sus paisanos, y una de ellas fue la que se llevó la palma incluso entre sus propios camaradas por el énfasis que puso para realización de la última exigencia del Partido. Con motivo de una circular, convocó a los afiliados y simpatizantes para después de celebrada la misa del último domingo de abril de 1944 en el amplio Salón de los Plenos del Ayuntamiento. Fue tanta la expectación o quizás también se podría decir miedo, que incluso había personas a las afueras intentando escuchar aquello tan importante que tenía que decir el Jefe local de la FET y de las JONS.

Destacaba en dicha presentación la parafernalia fascista propia de los grandes momentos en el pueblo. Encima del escalón de la Sala se había colocado una mesa alargada de buen tamaño y varias sillas donde se acomodó la plana mayor de la Falange local mientras que detrás, en la pared, estaban los retratos recientemente renovados de Franco y José Antonio y entre ambos un crucifijo. Todos los miembros vestían el uniforme azul reglamentario de las grandes ocasiones y per-

manecieron sentados durante el acto arropando a su Jefe, Serafín, el cual situado en el centro mismo de la mesa realizó toda su alocución de pie. Éste, movía los brazos y las manos con insistencia y cada vez que quería realzar alguna palabra gesticulaba con todo su cuerpo. En definitiva, un lenguaje corporal que daba a entender su pleno dominio de las artes escénicas y su puesta a punto como orador. Se notaba la madurez adquirida a través de los años que llevaba ejerciendo como Jefe local de la Falange y, sobre todo, como alumno aventajado gracias a lo aprendido en sus frecuentes viajes a Teruel.

—La primera cuestión es bastante sencilla —comenzó hablando con firmeza y fue subiendo de tono conforme continuaba la disertación—, los miembros de la Falange y simpatizantes en general siempre nos hemos dirigido a nuestra organización como al Partido. Sin embargo esta situación nos ha hecho recordar en numerosas ocasiones que, precisamente, luchamos en la guerra contra la presencia y proliferación de los partidos políticos durante la nefasta etapa republicana. Nosotros no tenemos nada que ver con esa realidad, somos como un espíritu que no permanece inactivo y se mueve continuamente luchando por el bienestar de nuestra querida Patria. Por eso, desde las más altas estancias nos vienen reconviendo desde hace algunos meses para que dejemos de reconocernos de una vez por todas como Partido y lo llamemos en adelante Movimiento Nacional. Y con este nombre no incluimos solo a la Falange sino a todos los organismos que forman parte del Nuevo Régimen.

—Pero ya lo venimos llamando así desde el otoño pasado —replicó uno de los veteranos falangistas.

—Sí. Reconozco que muchos de vosotros ya hicisteis lo posible para adaptaros a la nueva normativa pero sigue sin ser suficiente, lo cierto es que a toda hora se sigue escuchando y, la verdad, me avergoncé el pasado domingo cuando llegó el Jefe provincial y mientras hablabais con él todavía se os seguía escapando ese término que hay que desechar de una vez por todas... ¡Estamos!

Dado el tono enérgico con el que dio por finalizada aquella cuestión, un tenso silencio se apoderó de la Sala e incluso llegó a contagiar a las personas que seguían la reunión a las afueras del Ayuntamiento. Mientras se miraban muchos de los presentes haciendo gestos sobre lo que acababan de escuchar, Serafín continuó su alocución cam-

biando de tema, en esta ocasión, templando la voz y dejando atrás el notable enojo que se intuía por la cuestión que acababa de comentar. El anterior reproche dio paso a una nueva petición comentada asimismo con considerable firmeza.

—Y ahora pasemos a otra cuestión... Nuestro Caudillo como Jefe Nacional de la Falange ha dado una orden para que vuestros hijos de uno y otro sexo mayores de once años, pertenezcan a las Falanges Juveniles de Franco. El que no haya cumplido, ya puede acusarse a sí mismo de ser un mal padre, un mal falangista y un mal español.

A estas primeras palabras siguió un murmullo que mostraba inquietud y desaprobación y fue en aumento conforme Serafín comenzó a desglosar los puntos de la última circular recibida

—Es un mal padre, un mal falangista y un mal español aquel que no ha sabido imbuir en su hijo ese espíritu que debe poseer todo buen militante, y le ha dejado huérfano del apoyo y expuesto a caer, por su vida sedentaria, en campos abonados a la semilla comunista. Ese hombre ha creado inconscientemente un futuro enemigo para la vida de la Patria o un indiferente en el mejor de los casos y no puede llamarse español.

Llegado este punto habían cesado todos los susurros. El Jefe local de la Falange había ido subiendo nuevamente el tono de voz y muchos de los allí presentes comenzaron a sentirse cohibidos por la rotunda sentencia que estaban escuchando. Más aún si se daba el caso de que fueran padres de familia y contaran con hijos de la edad que acababa de mencionar.

—Corregid esto, todavía estáis a tiempo, enviad a vuestros hijos al Frente de Juventudes para que reciban la formación española que ésta les da dentro de la disciplina falangista, y así cumpliréis como disciplinados militantes o simpatizantes, las órdenes emanadas por nuestro Caudillo.

No hizo más que mencionar dicha palabra y se puso firmes, dio un taconazo en el suelo y extendiendo inmediatamente el brazo al modo fascista gritó con toda la fuerza que pudo.

—¡Arriba España!

—¡Arriba!, —se escuchó con atronadora firmeza en la Sala y los alrededores del Ayuntamiento.

A continuación mientras todos los presentes se mantenían erigidos, el Jefe local de la Falange comenzó a cantar el “Cara al sol” y una vez terminado gritó uno a uno los lemas propios que resonaron con fuerza contagiados por el ímpetu demostrado en la reciente alocución. Y como siempre ocurría en estas ocasiones, los vecinos más avisados habían huido de los aledaños del Ayuntamiento pero siempre unos pocos curiosos se detenían para ver de qué se trataba y acababan de mala manera. En el preciso momento que comenzaban los cánticos fascistas era obligatorio pararse para cantar brazo en alto, a los remolones les solían llover una buena somanta de palos para que siguieran el ejemplo de los falangistas y mostraran su respeto a las normas obligatorias del Estado.

Por parte de Serafín Oquendo su enfado era más que evidente debido a los últimos acontecimientos que se habían vivido en el pueblo. El que más le dolía tenía su origen un año atrás. El alcalde de Monterde recibió una carta del director de la cárcel zaragozana donde Violeta cumplía su condena para tratar del tema sobre la concesión de libertad provisional. El tío *Celipe* no opuso resistencia alguna ante la desaprobación de su hijo cuando tuvo noticia de ella y las relaciones entre ambos se enfriaron a raíz de dicho suceso. A partir de entonces para él todo había ido de mal en peor en el ámbito político. De ahí su enojo por las cuestiones que acababa de comentar especialmente dirigidas a sus propios correligionarios, a los que había que ir insistiendo para que se tomaran en serio las órdenes emanadas desde la Jefatura provincial.

Como bien había dicho ya habían pasado varios meses y todavía seguían llamando Partido a la Falange, además ningún padre había mandado a sus hijos al Frente de Juventudes, eso y los pocos afiliados que había en esos momentos —apenas una docena—, hacían de Monterde uno de los pueblos de la Sierra con menor afiliación porcentual, cuestión que ya le había sido advertida desde la Jefatura. Serafín se había tomado muy en serio aquella reunión, de hecho, había memorizado casi toda la circular recibida sobre las Falanges Juveniles de Franco para dar más énfasis a su declamación. Además, prefirió no extenderse mucho para que quedara más nítido el mensaje que pretendía exponer. Todo resultó perfecto excepto por el día escogido para dicho discurso al ser domingo, precisamente el último día de abril justo cuando esa misma noche se celebraban los

conocidos *Mayos* y el vino y la juerga logró que los simpatizantes monterdinos no tardaran en olvidar las tremebundas palabras del Jefe local de la Falange.

Pasados algunos meses y observando desde la Jefatura provincial que a pesar de los sucesivos intentos no se había logrado conocer las causas del retraimiento de la población de Monterde, se movilizó a toda la agrupación falangista. A partir de ese momento, estaban obligados a mandar cada quince días una relación de las noticias sobre el ambiente político nacional e internacional u otras ya fuesen locales, regionales o provinciales que se escucharan en el pueblo. Serafín maldecía su suerte, además del trabajo que suponía llevar adelante la organización local tenía que hacer también de espía. Casi nada.

Esos fueron los años más duros de la postguerra en Monterde de Albarracín. Incluso los afines al Movimiento pasaban por fuertes necesidades que no podían paliar ni tan siquiera el Auxilio Social o el Racionamiento. Además, desde los órganos competentes del Estado seguía la política de coerción permanente con sus múltiples matices. En esta variada gama se podía incluir la que tuvo lugar a comienzos de 1946. Serafín recibió una circular en la que se le indicaba la imperiosa necesidad de realizar una relación completa de los caídos en la guerra, por supuesto únicamente los del bando “Nacional”, ya que en realidad eran los que realmente importaban al Régimen. Las consecuencias de tantas formas de represión fue que a muchas familias de los antiguos republicanos no les quedó más alternativa que marcharse definitivamente del pueblo.

No obstante, un nuevo suceso vino a agigantar todavía más la brecha que existía entre los dos grupos mayoritarios de la población en Monterde de Albarracín, alimentado por el odio secular al eslabón más débil que les profesaban especialmente Serafín y mosén Pascual. Las fiestas de la Semana Santa de ese año habían transcurrido en medio de una creciente religiosidad aunque sería más propio decir de obligada presencia, pero que lo cierto es que propició una masiva participación en las tradicionales procesiones como la del “Encuentro”. Aparentemente todo transcurría bajo los derroteros que las “Fuerzas Vivas” del

pueblo se habían empeñado en mantener, mientras los monterdinos se afanaban en continuar con las labores del campo una vez terminadas aquellas fiestas.

Durante la mañana del último miércoles del mes de abril, el tiempo pasaba en medio de una plácida monotonía. Llevaba abierta la Casa Consistorial casi un par de horas, para que los vecinos del pueblo catalogados como “Enemigos sospechosos” pasaran el obligatorio control y saber adónde acudirían a trabajar durante ese día. Dentro del Ayuntamiento tan solo se encontraba el secretario y, muy a su pesar, durante esa mañana era el encargado de tomar las notas de aquellas personas. Ello, al no acompañarle la pareja de la Guardia Civil como ocurría a menudo, ya que en ocasiones se ausentaban cuando sus superiores les encomendaban otros asuntos. De pronto, entre aquella tranquila estampa comenzaron a escucharse unos gritos que indicaban algún suceso importante

—¡Que me han robado, Dios de mi vida!, —insistía cierta persona una y otra vez— ¡Me han robado...!

Era el hijo del tío *Conejos* que se lamentaba del suceso que acababa de descubrir al ir a abrir la abacería que regentaba desde la muerte de su padre. Algunos de los monterdinos con los que se topó mientras caminaba con cierta premura hacia el Ayuntamiento se detuvieron y le acompañaron hasta allí, sin dejar de preguntarle sobre lo que le había ocurrido. Pero el abacero no respondía, tan solo alzaba los brazos sin cesar y emitía sus lamentos obsesionado por llegar cuando antes y dar parte a la primera autoridad que encontrara. Vio las puertas del Consistorio abiertas y entró seguido de varios paisanos entre expectantes y sorprendidos por aquel inesperado suceso.

—¡Qué desgracia tan grande don Ramón!, ¡Ay, que desgracia! —comentó dirigiéndose al secretario, la única persona que encontró dentro.

—Venga, serénate y cuéntame que ha ocurrido.

—Ya se lo he dicho, que me han robado...

—Sí, ya me he enterado. Es lo que vienes repitiendo desde que entraste pero necesito que me digas algo más...

—Yo... pues nada... que cuando he ido a la tienda esta mañana lo he visto todo revuelto con muchas cosas tiradas en el suelo...

por eso me he temido lo peor y al entrar en el almacén ha sido cuando me he dado cuenta que nos habían robado porque los estantes estaban casi todos vacíos...

—De acuerdo con que te han robado, pero ¿por dónde han entrado los ladrones?

—Eso lo he descubierto enseguida..., había un montón de cascos debajo de la ventana y al mirar detenidamente he visto que ya no estaba la reja, entonces, he salido corriendo a la calle y me he dado cuenta de que habían reventado desde fuera el marco con la reja de la ventana... Me han robado don Ramón... se lo han llevado casi todo...

El secretario tomó inmediatamente las riendas del asunto e hizo lo que mejor sabía, dirigir las operaciones. A uno de los vecinos presentes en la secretaría lo mandó inmediatamente a por el señor alcalde, y a otro que casualmente era afiliado a la Falange le encomendó que acudiera a casa de Serafín para advertirle del hecho y que bajara lo antes posible, mientras tanto él seguiría con las investigaciones.

—¡Vale! Y al resto de vosotros no tengo más que deciros que os vayáis a vuestras ocupaciones, que aquí ya no tenéis nada que hacer.

Los vecinos presentes le obedecieron marchándose del Ayuntamiento mientras conversaban sobre el suceso que acababa de ocurrir y hacían cábalas sobre los posibles culpables. Eso sí, a los pocos minutos la preocupación entre ellos era bien patente al pensar que los días venideros iban a ser muy pero que muy duros, sobre todo hasta que logran capturar a los ladrones.

El alcalde y el Jefe local de la Falange llegaron al cabo de unos minutos casi al unísono, para desconsuelo de don Ramón Sánchez que les tuvo que dejar el protagonismo. Cuando se enteraron de todo lo sucedido llamaron al cuartel de la Guardia Civil de Albarracín dando cuenta de los hechos y después de que les advirtieran que no tocaran absolutamente nada, quedaron a la espera de que arribara la Benemérita para empezar con las investigaciones. Una hora más tarde ya habían llegado y junto a varios falangistas de Monterde acudieron al lugar de los hechos, allí lo único que pudieron comprobar era que la violencia empleada en la rotura de la ventana implicaba la presencia de varias personas. De nuevo en el Ayuntamiento recogieron la nota del abacero donde indicaba lo que echaba en falta, fundamentalmente tejidos de todo tipo, paquetería y algo de dinero. A continuación hubo una reu-

nión entre la Guardia Civil y los falangistas del pueblo, entre ellos el alcalde y el juez de Paz que tenía que notificar también aquellos hechos.

—Esto ha sido obra de varios individuos sin lugar a dudas —certificó el cabo de la Guardia Civil—. Y por el pueblo... ¿no habéis visto nada raro durante estos días?

—¡No!, —fue la unánime respuesta.

—¿Han podido ser los del Maquis? —preguntó un falangista.

—Por poder ser, sí, pero estoy convencido que no han sido ellos... ¿qué van a hacer con las telas? Si hubiera sido una armería o por dinero, seguro, pero en este caso no tienen nada que ganar y no se van a exponer por tan poca cosa —respondió el militar con pleno convencimiento.

—¡Yo sé quién ha sido!, —dijo Serafín muy seguro de sí mismo.

—¿Quién?, —preguntaron los allí presentes mirándolo con extrañeza.

—¡Los “Rojos” del pueblo! No me cabe la menor duda que han sido ellos.

—¿Qué pruebas tienes para semejante afirmación? —le rebatió su propio padre sin dar crédito a lo acababa de escuchar.

—Tengo dos. Primero porque son “Rojos” y segundo que no son más que unos resentidos y como la abacería del tío *Conejos* marcha viento en popa...

—Pero ¿qué tontería estás diciendo?, —insistió de nuevo el tío *Celipe*— ¿Cómo puedes culpar a nadie sin pruebas, así, con tanta tranquilidad?

—Todos los que estamos aquí sabemos que son unos muertos de hambre además de infames y por eso son capaces de cualquier maldad...

—Nosotros no lo descartamos pero necesitamos algo tangible... ¿se te ocurre algo?, —preguntó el cabo con una media sonrisa dibujada en sus labios.

—En eso mismo estaba pensando... y creo haber encontrado la forma... registremos sus casas —dijo Serafín con toda naturalidad.

—¿Podemos hacerlo, así, sin más...? —preguntó extrañado el tío *Celipe*.

—¡Sí!, —respondió el cabo.

—¿Legalmente? —insistió.

—Por supuesto —confirmó el militar con cierta suficiencia—. Tan solo se necesita un Auto firmado por el Juez de Paz del pueblo que pase por el trámite de presentarlo en la secretaría del Ayuntamiento.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —Serafín no pudo contener su alegría y acto seguido comenzó a esbozar un plan—. Vamos a contabilizar las casas de los republicanos más recalcitrantes y entraremos a registrarlas de arriba abajo... y para hacer el listado de todos ellos tenemos ya uno que realizamos antes de que se acabara nuestra “Cruzada”.

Mientras hablaba, Serafín ya se había levantado para acudir al cuarto de la Falange. Una vez allí abrió un armario cerrado con llave para extraer dichos papeles que llevó nuevamente a la secretaría con el rostro exultante de pura satisfacción.

—Bueno secretario comienza a rellenar el Auto que nosotros te vamos a decir las casas de los “Rojos” que vamos a registrar.

Así lo hizo don Ramón Sánchez y fueron anotados los nombres de cuarenta y dos domicilios donde vivían los republicanos sospechosos de aquel robo. Una vez rellenado y firmado el impreso, acudieron tres grupos en comisión a las viviendas citadas contando cada uno de ellos con un guardia civil y varios miembros de la Falange, todo ello con la intención de acabar cuando antes y de que no tuvieran oportunidad de poderse avisar entre ellos. En todas las casas solicitaban permiso para poder entrar a registrar porque era el procedimiento a seguir y luego en el informe así lo hacían constar, pero si se negaban entraban de igual manera y asimismo quedaba anotado cuál había sido su proceder. Eso sí, fueron escudriñadas de arriba abajo y removiendo absolutamente todo a pesar de las tímidas protestas de los propietarios.

Realizadas las pertinentes inspecciones no pudieron demostrar que habían participado en el robo al no encontrar nada, excepto en el caso de una costurera llamada Violeta a la que a pesar de su oficio le requisaron parte de sus pertenencias aunque solo fuera para molestar.

Nunca se supo en realidad quién o quienes participaron en el robo a la abacería del tío *Conejos*, pero los efectos de aquel nuevo acoso a los republicanos si tuvo consecuencias sobre muchos de ellos que, dándose cuenta de la imposibilidad de tener una vida normal en Monterde, decidieron dar un vuelco a sus vidas. Y mientras algunos se marcharon del pueblo otros, en cambio, se animaron a participar más activamente contra el Régimen franquista según fueran sus posibilidades.

Un año largo después de ese suceso, el Ayuntamiento de Monterde de Albarracín vivía en plena ebullición por los comentarios sobre un posible Referéndum sobre la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, que comenzaban a conocerse entre los círculos oficiales del Régimen. Se estaba tramitando todavía en las Cortes pero se sabía inminente su aprobación. Ese fue uno de los motivos para que la mayor parte de los afiliados falangistas, excepto el alcalde, decidieran marchar a Teruel con el fin de recabar información y gestionar además diversos asuntos relacionados con el Ayuntamiento. A todos ellos se les agregó a última hora mosén Pascual, aunque su destino sería el Arzobispado.

Subidos en dos carros acudieron a Cella en la madrugada del 5 de junio de 1947 y de allí hasta Teruel hicieron el recorrido en tren. El párroco y la mayor parte del séquito volverían a la tarde del día siguiente mientras que Serafín y el tío *Chalecos* habían decidido quedarse hasta el domingo. Todo ello al suponer que tardarían más de lo previsto en acabar con su trabajo. La ciudad se encontraba en plena efervescencia con una cantidad de obras ejecutándose según los criterios del Servicio Nacional de Regiones Devastadas, aunque todavía seguía sin construirse edificios como el Seminario o la Casa de la Falange.

Nada más llegar a la capital, decidieron continuar juntos durante esa tarde para buscar alojamiento ya que por lo menos iban a pernoctar una noche. La cuesta de la Escalinata del paseo del Óvalo se le atragantó a mosén Pascual, sus ciento cuarenta peldaños eran demasiados para personas apenas acostumbradas al ejercicio físico. Una vez hubieron superado el tremendo desnivel esperaron todos a que el párroco se pudiera recomponer y eso que se habían parado durante la subida en un par de ocasiones. Se encontraban allí detenidos mientras

rodeaban a mosén Pascual dándole ánimos en medio de alguna sonrisa irónica, cuando apreciaron que su rostro mostraba signos de incredulidad o más bien estupefacción mientras observaba las personas que caminaban por los alrededores del paseo del Óvalo. Resopló con fuerza como si quisiera darse ánimos para abrirse paso entre los monterdinos y, una vez los hubo dejado atrás, corrió varios metros hasta situarse delante de una mujer logrando que se detuviera.

—María Rosario... ¿eres tú...? —preguntó entrecortadamente, todavía sofocado por el esfuerzo que acababa de realizar.

La desconocida escudriñó la fisonomía del cura que se había interpuesto en su camino y tras unos instantes de duda su rostro cambió de expresión, lo había reconocido.

—¡Mosén Pascual!

La mujer flexionó la rodilla derecha y arrodillándose cogió la mano del sacerdote para besarla con intensidad. Tanto empeño puso que finalmente tuvo que ser el propio cura quien levantara la mano mientras con la otra le daba unas suaves palmadas en el hombro.

—Hija mía... ¿eres tú!... cuando te he visto no lo podía creer y la verdad es que me ha costado un poco reconocerte... pero tu pose y tu forma de andar apenas han cambiado... ¡qué alegría! Yo pensaba que estabas todavía en el mani... perdona, quiero decir... en la Casa de Salud...

—No padre... ya estoy bien, los médicos me han dicho que puedo vivir en mi casa y hacer vida normal... Ahora precisamente vengo de ver a mi hija Marcelina que está viviendo con su tía Adelaida... yo quería que se viniera de nuevo conmigo... pero los médicos me dicen que es mejor que no lo haga por lo menos hasta que pasen unos años o yo deje de tener pesadillas...

—Pero tú ya estás bien... ¿no es eso lo que me has dicho?

—Sí, padre, sí... lo que ocurre es que todavía me cuesta dormir y me parece ver a mi esposo... yo no me acuerdo que... y me pongo a hablar con él...

En ese preciso instante el grupo de monterdinos llegaba donde ellos y se colocaban detrás de mosén Pascual observando detenidamente a la mujer.

—Mirad a quien he encontrado, es María Rosario, la... viuda de José María Cavero.

De entre todos los presentes se adelantaron Serafín y el tío *Chalecos* para saludarla dándole la mano aunque ella dio un paso atrás como si no los reconociera.

—No te asustes María Rosario que son todos de Monterde y siempre fueron excelente amigos de tu esposo...

—¡Ah, vale...! Sí... creo que me acuerdo de vosotros... y os recuerdo a algunos hablando con mi...

El rostro de la mujer dio muestras de reconocer por fin a aquellas personas y lo cierto es que no era una cuestión fácil, hacía más de diez años que no subía al pueblo justo desde el comienzo mismo de la Guerra Civil. Después de recomponerse acabó dando la mano a todos los presentes y antes de continuar con su camino les hizo una observación.

—Me alegro mucho de veros y sobre todo a usted mosén Pascual... llevo ya algún tiempo viviendo en mi casa de Teruel... pero igual voy al pueblo a pasar algunos días porque aquí... los recuerdos de mi José María no me dejan dormir muchas noches... y el médico me ha dicho que necesito reposo y tranquilidad... así que puede que nos veamos dentro de poco.

María Rosario volvió a coger la mano de mosén Pascual para besarla ante la consternación del párroco que no sabía a qué atenerse ni qué pensar de aquella mujer. Una vez hubo realizado el besamanos dio media vuelta y se marchó ante la atenta mirada de los monterdinos que la veían alejarse por el paseo del Óvalo.

—Pero esta mujer ¿no estaba encerrada en el manicomio de Teruel desde poco antes de acabar la guerra?, —comentó el tío *Chalecos*.

—Sí y según parece la han soltado porque ya está curada —fue la respuesta del sacerdote.

—Yo no sabría qué decir con esa mirada perdida y el énfasis que ha puesto cuando mencionaba a su marido —insistió de nuevo.

—Eso es verdad y además es el origen de su locura..., parece ser que José María murió entre sus brazos después de una lenta agonía cuando los “Rojos” tomaron Teruel... —dijo Serafín que conocía su historia a la perfección.

—Pobre mujer lo que habrá tenido que padecer —expuso otro falangista mientras el resto asentía con la cabeza.

—No lo sabes bien, perdió la razón por completo y su hija tuvo que irse a vivir con Adelaida la hermana del difunto... pero bueno si los que entienden dicen que ya está bien de salud no seré yo quien insista en lo contrario —concluyó el párroco con cierta incomodidad ante la persistencia de aquellos comentarios.

Pasado aquel encuentro se despidieron de mosén Pascual y marcharon al Parador del *Tozal* para reservar las habitaciones. Luego, mientras la mayor parte del grupo acudía a cumplir diferentes encargos, los dos falangistas de más autoridad en Monterde, Serafín como Jefe local y el tío *Chalecos*, acudieron a la Jefatura provincial de la FET y de las JONS situada en el nuevo edificio del Gobierno Civil en la plaza de san Juan. Departieron con las autoridades provinciales durante el resto de la tarde y llegado el momento regresaron al Parador donde les esperaban el resto de sus compañeros de viaje. El trasiego de aquel día los había cansado, de manera que después de cenar se subieron a sus respectivas habitaciones con la intención de meterse a la cama lo más rápidamente posible. No obstante, antes de que llegara la medianoche, Serafín y un par de jóvenes camaradas del pueblo salieron de sus respectivas habitaciones y después de verse en el vestíbulo se fueron a la calle en busca de un poco de juerga, en la que por supuesto no podía faltar alcohol y sexo.

—¿Queda lejos?, —preguntó Serafín, ansioso de conocer la ubicación de aquella casa que tan buenas referencias le habían dado.

—Para nada, está aquí cerca del Arrabal —respondió el aludido.

—¿Supongo que llevaréis vuestra documentación de la Falange como os dije en el pueblo?

—Por supuesto pero lo que no entiendo es por qué tienes tanto interés... ¿qué más da llevarla o no?

—Si no nos pillan desde luego que nada, pero como haya algún problema si la llevas encima te librarás de pasar la noche en el calabozo, ¿te parece poco?

—Tú eres el Jefe... pues lo que tú quieras.

—Y ahora dime, ¿has entrado dentro y visto a las mujeres? Porque según me han informado aquella casa es de lo mejorcito de Teruel aunque con lo que cuesta ya puede serlo. Solo os pido una cosa y es discreción. Como se entere mi padre los problemas no los tendré solo yo, eso os lo puedo asegurar, y como además alguno de vosotros haga de meapilas y se lo cuente al cura ya se puede ir preparando.

—Por nosotros puedes estar tranquilo pero como se enteren nuestras mujeres tendremos problemas, ahí tú tienes suerte bribón que vas libre por el mundo...

—Pero ¿qué dices so lerdo? Guarda las formas y el respeto debido, aunque vayamos juntos de putas yo soy el Jefe de la Falange de Monterde y tú un simple afiliado, ¿estamos?

—Vale... perdona... yo creía...

—Pues no creas nada y no se te ocurra dejarme en evidencia ante ellas o te juro que no vuelves entero al pueblo... Ya estás avisado majadero.

Sus dos camaradas falangistas le hicieron caso y desde luego aquella noche fue de las que hacen época. Como no podía ser menos la dirigía un señorito malcriado y repelente llegado del corazón de la Sierra de Albarracín con ganas de encontrar todo lo prohibido, por otra parte imposible de ver en su propio pueblo. Para Serafín no era lo mismo, ni mucho menos, acostarse con una criada le gustara o no, que hacerlo con una mujer que ejercía con total sabiduría el oficio más antiguo del mundo. Por supuesto, siempre había aprovechado sus viajes a Teruel para buscar aquellas no tan anónimas casas de libertinaje y dar satisfacción a sus necesidades. Y de vez en cuando solicitaba nuevas referencias a sus amistades de la capital, de ser posible no le gustaba repetir más de dos veces en la misma casa de lenocinio.

A la mañana siguiente apenas se podía levantar preso de una colosal resaca y para colmo el posadero comenzó a golpear con fuerza la puerta llamándole a gritos. Desde luego no le hizo ni puñetero caso, pero cuando al momento escuchó la inconfundible voz de don Belarmino Fuentes y la de sus otros compañeros de juerga intuyó que algo grave había ocurrido de manera que, tras demandar que cesaran los golpes, se levantó y, mientras con una mano se presionaba la cabeza masajeándola, con la otra abrió la puerta. Los efectos de la noche pasada se estaban cebando en él y encima creyó ver visiones cuando ob-

servó la presencia de varias personas en el pasillo de su habitación y, entre ellas, a una pareja de la Guardia Civil.

—Serafín, apresúrate. Nos volvemos al pueblo —dijo el tío *Chalecos* con cierto nerviosismo a modo de saludo.

—Pero ¿qué dices? Con la de cosas que tenemos que ha...

—El Maquis entró anoche en Monterde —no le dejó acabar.

—¿Qué...?

—Ya me has oído, esta mañana han venido a comunicárnoslo.

En efecto, la pasada noche un grupo de guerrilleros del Maquis había entrado en Monterde de Albarracín y se había hecho con un excelente botín tanto en metálico como en provisiones, un asalto que empezó sobre las diez de la noche y finalizó a la una de la madrugada. Mientras se estaba vistiendo, uno de los falangistas le fue poniendo en antecedentes. De esta manera se enteró de que también habían entrado en las casas de los mayores hacendados, entre ellos las del propio Serafín y el Tío *Celipe*, y que se habían llevado todo el dinero que encontraron. Su propio padre se había tenido que marchar hasta Albarracín cuando todavía no había amanecido para denunciar el hecho a la Guardia Civil, ya que otra de las acciones que cometieron los bandoleros fue la de sustraer los flexibles del teléfono para que no se pudiera utilizar.

Durante el viaje de vuelta todos dejaron entrever la desazón que les había producido aquel suceso, del mismo modo que la inexistencia del Somatén en Monterde había sido una de las causas que había propiciado el asalto. Culpaban de ello a la insolidaridad de los monterdinos ya que cuando fue requerida la creación de este cuerpo se negaron en redondo, al contrario de lo que ocurrió durante la dictadura de Primo de Rivera. Además, estaba la insólita casualidad de que justamente ese día, en el cual no se encontraban las “Fuerzas Vivas” en el pueblo había sido el elegido por el Maquis para un acto de semejante calibre, sin lugar a dudas algún vecino les había puesto sobre aviso. De haber estado ellos o en su caso el Somatén lo más probable es que no se hubieran atrevido, ¿o quizás sí? Pensaban en dicha circunstancia y al mismo tiempo casi se alegraban de haberse marchado, con toda seguridad habrían tenido enfrentamientos y es probable que se hubiera producido más de una muerte. Aún con todo, lo que tenían claro es

que algún enlace de los guerrilleros existía en el pueblo, pero eso sí, también estaban convencidos que más temprano que tarde acabarían dando con él.

Una vez llegaron a Monterde y tuvieron constancia de primera mano de todo lo ocurrido, Serafín y el tío *Celipe* realizaron un oficio sobre el asalto dando cuenta de los bienes sustraídos. Sin embargo y aunque no lo esperaban, tuvieron una grata sorpresa al día siguiente cuando les llegaron noticias de que la partida guerrillera había sido localizada y sus miembros puestos en fuga, además la Guardia Civil había requisado gran parte de los sustraído aunque no el dinero.

Los días siguientes fueron de bastante actividad para Serafín y el tío *Celipe*, la burocracia franquista era excesiva e insufrible y junto con el secretario del Ayuntamiento se dedicaron a cumplimentar todos los informes solicitados. Para colmo, estaba el asunto de la devolución de los artículos sustraídos por el Maquis que ahora tenían que ir a reconocer, además de terciar y no de buena manera con el mismísimo gobernador civil. En definitiva estaban sobrepasados por los acontecimientos y, para colmo, recibieron una notificación junto a un paquete por parte de la Jefatura Provincial de la FET y de las JONS informándoles sobre el asunto que no habían podido tratar en Teruel debido a su precipitada marcha.

El tiempo se les estaba echando encima, ya que para la celebración del Referéndum quedaban casi tres semanas y todavía una gran cantidad de trabajo por realizar. Aquel último envío tenía como destinatario a Serafín y estaba íntimamente relacionado con una investigación de carácter político y social respecto a los habitantes del pueblo, ante el reto que representaba la esperada votación. Una de aquellas circulares reservadas le conminaba a mandar un informe sobre todas las personas que en el año 1936 tenían más de veinte años y que en estos momentos no vivían en Monterde, por supuesto demandaban su filiación e ideario político. Otra circular le daba una serie de instrucciones de carácter confidencial sobre la actuación que debía de seguir la FET y de las JONS del pueblo durante el Referéndum, advirtiéndole al mismo tiempo que solo debían de conocerla los camaradas y personas de la máxima confianza y garantía.

En aquel paquete también había un puñado de hojas de propaganda sobre lo que representaba la ley propuesta por el mismísimo

Caudillo, en la que se indicaba que solo sus adversarios y los enemigos de la nación española estaban empeñados en que no saliera adelante. Por supuesto, toda aquella propaganda fue distribuida en los lugares públicos de la localidad para que los habitantes de Monterde tuvieran el necesario conocimiento de lo que se trataba. Y por último les mandaban dos impresos idénticos en forma de estadillo, para que cumplimentaran todas sus casillas y mandaran uno a la Jefatura y el otro lo mantuvieran a buen recaudo en el pueblo.

Serafín había decidido que el jueves diecinueve de junio tenía que estar todo el tema del Referéndum perfectamente hilvanado, por tal motivo antes de que amaneciera ya se encontraba en su despacho del Ayuntamiento junto a la mayor parte de los falangistas locales. Para poder tener a punto el estadillo, los camaradas de la FET y de las JONS ya tenían dispuesto el primitivo listado que realizaron en el año 1939, con una relación de los monterdinos afectos al republicanismo y los actos en los que habían participado. Además, llegado el caso, al estar todos juntos podían recordar cualquier cuestión que en un principio se les hubiera pasado por alto

De esta manera fueron rellenando las diferentes casillas del estadillo adaptándose a lo que demandaban, es decir, los nombres de todas las personas mayores de veintiún años, su domicilio y la profesión por una parte. Y por la otra se anotaba si cada una de ellas era falangista, adicta al Régimen, enemiga del Régimen o si acataría la disciplina del Movimiento. Con todas las casillas completas la Falange local y Provincial disponían de un elemento de primer orden, un listado ideológico para poder calibrar a cada una de las personas inscritas como electores en el Referéndum. Y ese mismo trabajo afectó a todos los pueblos de la provincia de Teruel. Las posibilidades que existían con dicha relación eran infinitas, desde saber a ciencia cierta aquellas con las que se podía contar, a las que se podía influir o las que estaban irremediabilmente perdidas para la causa. De los más de trescientos electores que figuraban en el listado de Monterde de Albarracín, cerca de setenta estaban clasificadas como que no acatarían la disciplina del Movimiento. Para Serafín y el resto de los falangistas del pueblo, aquella no era ni mucho menos una buena noticia.

A partir del día siguiente no les quedó más remedio que ir haciendo proselitismo sobre la causa a todos los vecinos que ellos tenían catalogados como indecisos respecto a su acatamiento al Movimiento

Nacional, quedaba claro que con los irreductibles no había nada que hacer. Acudieron a todas las casas indicadas para hablar con sus moradores. Mientras a unos se les intentaba convencer por las buenas para que acudieran a votar y hacerlo además afirmativamente por ser un acto de patriotismo, a otros el amedrentamiento era la única solución. Por otra parte al propio mosén Pascual no hizo falta que le solicitaran ayuda, por su cuenta realizaba también constantes referencias al Referéndum e insistía a sus feligreses para que acudieran a cumplir con su sagrado deber el primer domingo de julio, y por supuesto en el sentido en que deberían hacerlo.

Y por si hubiera pocos problemas, éstos se incrementaron de forma notable con algo que ni Serafín ni mosén Pascual habían previsto. El constante ajeteo de esos días les había hecho olvidar el suceso puntual que vivieron en Teruel, aquel día de infausto recuerdo por la entrada del Maquis en Monterde. Era la primera hora en la tarde del domingo 22 de junio y apenas habían comenzado las partidas del guiñote en la cantina o las más avezadas del julepe, cuando los sonidos de la chiquillería junto a un lejano ruido del motor de un automóvil se sobrepusieron sobre el vocerío de las partidas de cartas. Mosén Pascual y Serafín, que eran compañeros en una de ellas, se levantaron inmediatamente imitándoles muchos de los presentes en la antigua cantina del tío *Morras*. Escuchar los coches circular por el pueblo era algo ciertamente inusual, sobre todo, porque se estaba acabando de construir la carretera que iba a enlazar desde el desvío de la paridera del *Meadero* hasta Monterde, y de allí a la que llegaba a Bronchales partiendo de Santa Eulalia. Por todo ello y siendo todavía varios los kilómetros de camino polvoriento, tan solo la necesidad hacía circular a los que llegaban a la localidad.

De manera que cuando acudía algún vehículo se tomaba como un suceso extraordinario ya que por regla general se trataba de coches oficiales o el taxi de Bronchales que llevaba al pueblo a cualquier hacendado. Sea como fuere lo cierto es que siempre ocasionaba un impresionante revuelo entre la chiquillería, como en esta ocasión en la que corrían todos detrás del automóvil que, además, tenía que circular despacio debido a la gran cantidad de gallinas que poblaban las calles. Una vez que pasó por delante de la cantina muchos de los parroquianos habían depositado las cartas encima de la mesa y salido a la calle para comprobar de quien se trataba, entre todas esas personas estaban como

no podía ser de otra forma Serafín y mosén Pascual, los garantes de la seguridad ciudadana. El coche se paró un poco más arriba de la calle y, del mismo, salió una mujer bellamente vestida y con ademanes de diva que se abrió paso entre los niños hasta la puerta de una casa. La siguieron otra mujer de aspecto normal y el chofer que fueron los que comenzaron a bajar los bultos del coche.

—¡Vaya por Dios, si es María Rosario! —exclamó mosén Pascual.

—¿Estás seguro? —preguntó Serafín.

—Pues claro... la he reconocido por sus andares igual que como cuando la vimos en Teruel... Además mira donde ha parado el coche, al lado mismo de la mansión de los Cavero.

—Tienes razón y ahora que lo dices recuerdo que comentó sobre la posibilidad de volver al pueblo por una temporada.

—Sí... pero no veo a nadie más, debe haber venido sola.

—¿Sin su hija?

—Eso parece.

—No será que todavía no está bien de la cabe... bueno ya me entiendes.

—No estoy de acuerdo contigo porque si ha venido es porque los médicos que la atienden se lo han permitido y qué mejor para su descanso que estar sola... Lo que tenemos que hacer es visitarla a menudo y que su estancia en el pueblo sea lo más placentera posible.

—Bueno... si tú lo dices...

—Te lo diré de otra manera que seguro me entenderás mejor ¿Sabías que como viuda de José María Cavero tiene un ascendente importante sobre las máximas autoridades provinciales? ¿Y que sus relaciones con las eclesiásticas son inmejorables, sobre todo desde que donó al Arzobispado un molino que poseía en la Sierra? Pues imagínate lo que podemos conseguir nosotros sí sabemos dorarle la píldora.

—Mosén Pascual nunca me hubiera imaginado que fueras tan interesado.

—No te hagas el estrecho conmigo Serafín, aunque no quieras nos necesitamos el uno al otro porque nos parecemos más de lo que crees.

Ambos se miraron a la cara y sonrieron abiertamente, luego se dieron una palmadita en la espalda y marcharon a continuar con la interrumpida partida de guiñote, tiempo tendrían de sobra para ir a ver a la viuda. Pero lo cierto es que no tuvieron que esperar mucho. A la mañana siguiente, Serafín recibió en su despacho del Ayuntamiento a María Rosario. Ésta, iba acompañada de mosén Pascual que hacía de cicerone y le estaba presentando a todos los vecinos con los que se tropezaba. Bueno a decir verdad no a todos. Los antiguos simpatizantes republicanos que la reconocían y más desde que su llegada se había escampado por todo el pueblo no le hacían el menor caso, más aún, la miraban con indisimulado desprecio recordando su anterior estancia y comportamiento en el pueblo durante la II República.

A mediados de semana la mujer quiso celebrar una reunión en su casa para agasajar a los amigos de su difunto marido y, por ello, varios monterdinos recibieron la correspondiente invitación citándoles para el miércoles 25 de junio. Cuando los invitados entraron en la mansión de los Cavero casi no la podían reconocer después de cómo había quedado tras la entrada de los milicianos durante la guerra. Adelaida, la cuñada de María Rosario, la había adecentado de nuevo al poco de finalizar la contienda, llevando muebles y arreglando los desperfectos ocasionados. Sin embargo no dejó entrar a nadie del pueblo, nunca mantuvo buenas relaciones con las “Fuerzas Vivas” de la localidad a pesar de formar parte de esa misma élite local. Y en estos momentos, con la ayuda de una criada que había llevado María Rosario junto a las de varias mujeres del pueblo, habían acondicionado convenientemente su interior y por lo menos la planta baja se parecía bastante a como siempre la habían conocido.

Los participantes en aquella reunión ascendían a diez personas incluida la anfitriona y estaban acomodadas alrededor de la mesa del comedor presidida por ella misma. A una indicación de María Rosario entró su criada y fue depositando encima de la mesa algunos dulces y dos botellas de licor con los vasos correspondientes. Durante esos primeros momentos los presentes hablaban en varios corrillos aunque quizás algo cohibidos por estar en dicho lugar, pero cuando ya se habían tomado alguna que otra copa comenzaron a encontrarse más desinhibidos y fue el instante que aprovechó la viuda para comenzar a hablar dirigiéndose a todos ellos.

—Me alegro mucho que hayáis aceptado mi invitación..., espero que os encontréis a gusto y cualquier cosa que os apetezca no dudéis en pedírmela que haré lo posible por complaceros.

Las primeras palabras de María Rosario dejó boquiabierto a más de uno ya que el recuerdo que tenían de aquella mujer era justamente lo contrario, áspera en el trato, elitista y cargada de soberbia. Por otra parte, todos sabían de su pasado al lado de José María y del amargo trance que padeció con su muerte y motivó su encierro en el Hospital Psiquiátrico de Teruel. Desde luego, viéndola como se desenvolvía en estos momentos nadie se podía imaginar que casi desde el final de la guerra había estado encerrada en el manicomio. Un clamor silencioso entre los presentes dejó constancia de que la mujer había superado por fin aquel trauma.

—Los médicos me han recomendado reposo porque mi salud es todavía quebradiza y espero conseguir en Monterde lo que no he podido en la capital...

—Creo hablar en el nombre de los presentes —comentó mosén Pascual levantándose de la silla y extendiendo los brazos como si quisiera abarcar a todos los vecinos— para desearte lo mejor y por ello esperamos que tu estancia en el pueblo sea lo más placentera posible.

—Pues mira ahora que lo dices una cosa sí que podáis hacer y sería beneficiosa para mi tranquilidad pero también para la de vuestras familias, estoy segura que de una manera u otra habéis pasado por una situación similar a la mía.

—Hemos venido aquí para escucharte.

—Muchas gracias. Quiero en primer lugar decir que celebro veros de nuevo después de nuestro encuentro en Teruel, fue un milagro que me reconocierais y yo lo aproveché al día siguiente para acudir al Arzobispado porque quería ver a mosén Pascual y preguntarle con más tranquilidad cuestiones particulares. Pero mirad por donde, nuestro querido párroco acababa de enterarse de lo sucedido en Monterde la noche anterior con la entrada del Maquis. Por todo eso pasé el resto de la tarde pensando qué hacer. Asimismo, durante la noche no pude conciliar el sueño porque también habían entrado en nuestra mansión familiar, pero como podéis ver no pudieron llevarse nada ya que estaba deshabitada. En fin..., antes de continuar quisiera agradecer asimismo la presencia

de don Belarmino Fuentes, y decirle delante de todos que es usted una verdadera garantía para el progreso y bienestar de este pueblo.

El aludido esbozó una media sonrisa e hizo un esfuerzo para levantar ligeramente el brazo pero permaneció callado y sentado en la silla como si le molestara aquellos agasajos, aunque por supuesto, él se tenía por el personaje que había calificado la anfitriona e incluso más. Sin embargo, le incomodaba bastante que aquella mujer a la que siempre había tenido por una arribista se colocara en un plano superior a su persona, aunque solo fuera para darle ceba con esos excelentes calificativos.

—De acuerdo pues —continuó María Rosario dando comienzo su esperada alocución—. Os he citado a todos aquí porque llevo una temporada dándole vueltas a una cuestión de suma importancia y creo que nos concierne a todos... Lo que quiero deciros es que parece mentira de que hayamos ganado una guerra con toda la sangre que derramaron nuestros mártires para acabar de la forma como lo estamos haciendo, Y sí, no pongáis esas caras, sabéis tan bien como yo que los “Rojos” están campando a sus anchas y a los hechos me remito.

Un ligero murmullo recorrió la habitación y los falangistas se movieron incómodos en sus asientos por las palabras de la anfitriona. Todos pensaban que al menos en Monterde sí llevaban a raya a los republicanos, en todo caso lo único que faltaba era hacer sacas con ellos como en la guerra para después abandonarlos con un tiro en la nuca por cualquier cuneta. Tras un instante de confusión nuevamente el silencio se hizo dueño de la estancia mientras seguían escuchando los reproches de la viuda de José María Cavero.

Durante todo este año los bandoleros no han dejado de matar, asaltar, robar y secuestrar a personas inocentes mientras que nuestras fuerzas no tienen bien claro cómo deben de actuar. Por eso se sienten superiores y porque se ha sido demasiado blandos con ellos, con sus familias y también con los simpatizantes de su causa después de los desmanes que cometieron en la Guerra Civil ¿O ya os habéis olvidado de todo lo que hicieron en la iglesia de Monterde y en las casas de bien? ¿Y me queréis decir qué condena han tenido? Yo os lo diré, algunos la cárcel, otros desterrados por un tiempo y ya está. Os creéis acaso que con esas penas pagan todo lo que hicieron pues ¡No!, lo digo una y mil veces... ¡No!

—Pero nosotros no podemos hacer nada —intervino el tío *Celipe*—, para eso están los tribunales de Justicia y a ellos nos debemos de atener...

—No señor alcalde, no estoy para nada de acuerdo porque aquí estamos hablando de... ¡Justicia, en mayúsculas!, —cortó el comen-
tario mosén Pascual y después de un pequeño silencio alzó la voz re-
marcando nuevamente las últimas palabras—. Pero no la Justicia
terrenal a la que siempre os referís para lavaros las manos como Poncio
Pilatos, la divina también es parte intrínseca de ella. Tengo perfecta-
mente claro que la misma les llegará el día del Juicio Final, de eso po-
deís estar seguros, pero mientras alcanzamos ese momento... ¿qué
podemos hacer?, ¿dejar que campen a sus anchas en nuestro amado
pueblo?... ¿qué sus simpatizantes y familiares, porque a fin de cuentas
son todos lo mismo lleven a maltraer a las personas de bien? Pues yo
digo como María Rosario que ¡Basta!

—Pensad por un momento en lo que estamos hablando y ve-
réis que no es nada del otro mundo —intervino nuevamente la
mujer—, se trata de advertirles que van por el mal camino y que sepan
que nosotros estamos aquí para reconvenirles por las buenas o por las
malas... solo se trata de eso...

—Entonces... ¿cómo debemos de actuar?, —preguntó en esta
ocasión el secretario para que ella se decidiera a concretar de una vez
por todas.

—Yo no digo nada, solo pretendo que reflexionéis y penséis en
lo que sea... seguro que algo se podrá hacer —insistió de nuevo—,
porque... ¿para qué ganamos una guerra a los “Rojos”?, ¿para que no
podamos vivir en paz? Es que no os dais cuenta que nuestros muertos
se están revolviendo en sus tumbas...

En ese preciso momento María Rosario detuvo su alocución y
tuvo que contenerse emocionada para no echarse a llorar, dio media
vuelta y acudiendo al mueble del recibidor cogió un retrato de su di-
funto marido y lo estrecho sobre su pecho tras darle unos sonoros
besos. Los allí presentes se mantuvieron callados por la emotividad de
aquel instante, pero sobre todo lo que les había llamado la atención
fue el terrible rictus que mostraba el rostro de la viuda justo cuando
habló de los muertos, y el cambio de su tono de voz entre chirriante e
histérica en ese preciso momento.

—Nos estamos acomodando a una vida placentera y esa gente solo entiende a base de palos... —intervino Serafín por primera vez molesto por el ninguneo al que le había sometido la anfitriona.

—¿Y para qué nos vamos a involucrar en algo que solo las fuerzas militares tienen capacidad de obrar? Si observamos cualquier acto contra el Régimen lo denunciaremos y que actúen ellos que, por otra parte, es lo que hemos venido haciendo hasta ahora —seguía siendo la opinión del secretario.

—Poco españoles seríamos si...

—Ten cuidado Serafín con lo que vas a decir que puede que te atragantes con tus palabras...

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy pidiendo cordura...

—Camaradas ¡Basta ya!, —gritó con fuerza el tío *Chalecos*—. Pero es que no podéis dejar ni por un momento de pelearos incluso delante de una mujer que se merece todos nuestros respetos. Aquí lo único que se ha propuesto es que reflexionemos porque la situación está más caliente de lo que pensáis...

—No pasa nada don Belarmino —quiso rebajar la tensión María Rosario modulando su tono de voz y añadiendo ciertas dosis de decepción— es normal que existan opiniones diferentes, lo que ocurre es que yo pensaba que todos estábamos en el mismo barco y remábamos en la misma dirección.

—Y por mi parte así es no le quepa la menor duda señora, solo que entiendo que existen otros medios para llevar a cabo lo que nos estáis solicitando —replicó de nuevo el secretario.

Aquella conversación continuó todavía durante casi una hora aunque María Rosario apenas habló. Durante la mayor parte del tiempo mantuvo un silencio expectante escrutando a todos los allí presentes y tomando buena nota de aquellos que se mostraban favorables a su planteamiento. En realidad, esa reunión tenía un cometido real para ella y era el ir conformando un grupo sólido para conseguir llevar a buen fin sus ocultas intenciones. Cuando finalizó la reunión volvió a quedar con ellos para el sábado a la misma hora y, en efecto, tal como intuía no todos acudieron a la cita porque faltaron el tío *Celipe* y el se-

cretario don Ramón Sánchez, algo que tal y como se había desarrollado el primer encuentro no era difícil de imaginar. En cada una de las siguientes citas les fue dando más detalles, aunque lo hizo de manera que pudiera parecer que las personas a las que había que dar un escarmiento habían sido elegidas al azar. Y por supuesto, para que todavía le fueran más fieles, María Rosario además de adular a los miembros de la cuadrilla les ofreció su mediación para cuando necesitaran cualquier apoyo con las autoridades civiles y eclesiásticas de la provincia, con las que mantenía —según sus propias palabras— una excelente relación.

Y por fin llegó el día esperado que resultó ser el 3 de julio de 1947. Del grupo que acabó conformado tan solo excusó su asistencia a última hora el tío *Chalecos*, fundamentalmente por motivos de la edad aunque lo cierto es que a él nunca le había gustado participar personalmente en ese tipo de actos. Se contentaba con dar la cobertura necesaria y apoyar ciegamente cualquier acción que le proporcionara beneficios y si por ello resultaban perjudicados los “Rojos” mucho mejor. En este caso, ya estaba pensando en negocios con las altas esferas del Régimen en Teruel y todo gracias a la mediación de María Rosario. Así pues, durante esa madrugada se habían dispuesto dos carros para marchar a un determinado lugar, siendo seis al final las personas que iban a participar en la prevista incursión. El punto de encuentro era la puerta del atrio de la iglesia. Mosén Pascual la había dejado convenientemente abierta por si a esas horas pasaban los monterdinos a sus trabajos diarios, o los “Rojos” entraban en el Ayuntamiento para firmar e indicar sus destinos durante ese día. Era todavía noche cerrada y ya estaba casi toda la cuadrilla preparada en el atrio. En un principio, daba la impresión de que aquella madrugada transcurría con total normalidad...

Los represaliados: La familia de Rafael.

Como en tantas ocasiones durante los últimos dos meses, la Guardia Civil había acudido a Monterde de Albarracín a mediados del mes de septiembre de 1936. Ello no era ni mucho menos una buena noticia para la mitad de su población, es decir para todos aquellos que a lo largo de sus vidas habían sentido simpatía por la República o los que no acababan de compartir la ideología de los militares golpistas. Una de las personas que sufría siempre con la llegada de la Benemérita era Violeta precisamente por su pasado republicano y reivindicativo, y porque desde el levantamiento militar tenía a su marido Rafael escondido en una casa de la localidad bajo la acusación de ser un sindicalista revolucionario. Ya se habían realizado varias inspecciones en las anteriores visitas, y si no lo habían podido encontrar, nada hacía suponer que esta ocasión fuera a ser diferente. Pero Violeta no las tenía todas consigo y a pesar de haberse encerrado en su casa desde que los vio entrar en el pueblo, mantenía el alma en vilo mientras escuchaba atenta en compañía de su hija Libertad los diferentes sonidos que provenían de la calle. Cerca del mediodía percibió algo parecido a un lejano rumor entremezclado con voces estridentes que le indicaba algún incidente de consideración. No pudo evitar pensar en lo peor, más cuando el portón de su casa se abrió de repente y aparecieron sus suegros visiblemente alterados.

—Qué desgracia hija mía ¡Qué desgracia más grande! ¡Han detenido a Rafael!, —exclamó su suegra Enriqueta.

—¿Qué me están diciendo?

—Lo que oyes... —insistió con la angustia reflejada en su cara— ¡Qué desgracia! Vamos rápido que tenemos que hacer todo lo posible para que lo suelten los civiles...

La primera impresión ante la impetuosa llegada de sus suegros la había dejado paralizada pero se rehízo enseguida y, recogiendo a su hija en brazos, salió de la casa como si su vida dependiera de ello.

—No puede ser, no puede ser... ¡Ay mi Rafael...! ¿Qué le van a hacer? ¿Qué será de nosotras? —Exclamó Violeta sin poder contener un sentido ahogo.

Corrió la calle arriba junto a ellos y apenas tardó en ver a una comitiva compuesta por guardias civiles, algunos falangistas y dos presos, uno de ellos su marido. Con total decisión se abalanzó sobre los guardias en el momento que comenzaban a bajar la calle desde el Ayuntamiento. Aquel pelotón rodeaba a los prisioneros e impedía acercarse a las personas que les seguían pero aun así Violeta pudo comprobar que su marido estaba magullado y sangraba. Además seguía cojeando por el accidente que lo había dejado postrado al poco del levantamiento militar y era la causa de que hubiera acabado escondiéndose. Los padres de Rafael también clamaban contra aquella arbitrariedad y temían por la suerte que pudiera correr su hijo. La intensidad del momento hizo que las dos mujeres comenzaran a llorar a lágrima viva y sus voces imploraban clemencia por el detenido.

—¡Mi hijo! ¡Ay mi hijo! ¿Qué le vais a hacer...?

—¿Por qué habéis detenido a mi marido que no le ha hecho nada malo a nadie...? ¡Devolvédmelo! Por lo que más queráis tened piedad de nosotras...

Violeta no paraba de gritar y en medio del acaloramiento en que estaba sumida se había acercado demasiado al grupo que custodiaba a los prisioneros. En ese momento un guardia civil se giró y comenzó a gritarle a pesar de que la mujer llevaba a su hija en brazos de tan solo dos años de edad, y no contento con ello la detuvo en seco propinándole un culatazo con su carabina que dio con ella en el suelo. Libertad, que llevaba gimoteando un buen rato al ver el estado de excitación de su madre también cayó a tierra momento en el que rompió a llorar desconsoladamente. Violeta todavía tuvo que sufrir los exabruptos y amenazas de muerte pronunciados por el militar que la había golpeado. Con ayuda de los presentes logró alzarse de nuevo pero tan solo pudo contemplar como la comitiva continuaba su recorrido. Mientras tanto, Rafael se giraba continuamente haciéndole comentarios apenas audibles debido a la distancia y por el continuo vocerío de

los vecinos que allí se encontraban. Con su hija en brazos y soportando un fuerte dolor en el pómulo le siguió con la mirada hasta que, finalmente, desapareció de su vista mientras se encaminaban por el Barranco de *La Hoz* en dirección a la localidad de Cella. Nada más podía hacer por él.

Durante los siguientes días Violeta vivió sumida en una fuerte depresión. El golpe recibido había sido doble. Por una parte el físico derivado del culatazo que padeció y que le produjo un fuerte hematoma e hinchazón en su cara, pero todavía le dolió más el no tener ninguna certeza de cómo ni donde se encontraba su marido. Al principio subía constantemente al Ayuntamiento y preguntaba al alcalde el cual le insistía que tan solo tenía conocimiento de su paso por Cella y le aconsejaba estar tranquila, en poco tiempo estaba seguro que tendría noticias de él. Algo parecido le pasaba cuando iba a ver a Serafín, uno de los gerifaltes locales de la Falange, aunque las largas que le daba eran en realidad porque no quería saber nada. En definitiva nadie en el pueblo de los que tenían un perfecto conocimiento de lo sucedido le hacía el menor comentario ni le daba razón sobre su marido Rafael. Tan solo el secretario del Ayuntamiento don Ramón Sánchez se interesó al principio pero a los pocos días sus respuestas eran bastante similares a las del resto. Al cabo de una semana acudió a Monterde José María Cavero, Jefe de la Falange en el pueblo y que había sido la persona que organizó su captura y traslado. Sin embargo él también se negó a darle la más mínima información y en la única ocasión que sí lo hizo fue para reprobar que ella y su marido hubiesen dirigido la llamada revolucionaria que envenenó la vida local. Tan solo una frase lapidaria salió de sus labios:

—Quien siembra vientos recoge tempestades.

Esa era la acusación que pesaba sobre ella y su marido, el haber formado parte del sindicato socialista que plantó cara a los caciques locales acostumbrados a dominar todos los resortes del poder económico y municipal y que además contaba con la bendición del párroco. El orden establecido en el pueblo tenía su máxima expresión en la defensa a ultranza de la religión y la propiedad privada. Subvertirlo equivalía a la revolución, por ello, fueron perseguidos a sangre y fuego a pesar que desde el sindicato lo único que pretendían era un mejor reparto de la riqueza para que todos los campesinos y jornaleros pudieran tener una vida digna. De manera que en estos momentos, cuando los

correligionarios políticos de Serafín, José María Cavero y tantos otros se habían alzado en armas contra la legalidad republicana, los sindicalistas eran el primer objetivo. Y así había quedado demostrado con las detenciones que habían tenido lugar en el pueblo sin olvidar ni mucho menos la suerte que habían corrido los afectados.

A pesar de todos los inconvenientes, Violeta junto a los padres de Rafael decidieron acudir a Cella a finales de septiembre buscando noticias sobre su paradero, sin hacer el menor caso del momento tan delicado que se vivía porque aquella zona se encontraba demasiado cerca de la línea del frente. A pesar del riesgo evidente, el traslado a carro se realizó sin contratiempos pero una vez en el cuartel el quebradizo ánimo de la familia de Rafael se vino nuevamente abajo. Las noticias eran contradictorias y no supieron o no quisieron decirles lo que sin lugar a dudas allí conocían: su paradero. Totalmente frustrados retornaron al pueblo sin realizar apenas comentarios y con algún que otro incontrolado sollozo. Los tres se encontraban sumidos en la desesperación más absoluta al carecer de cualquier indicio para poder encontrarlo y ni por asomo tenían la certeza de lo que podía haberle ocurrido.

Pocos días más tarde de aquella visita, un Batallón de milicianos de la Columna del Rosal entró en Monterde de Albarracín y en medio de un ambiente enfervorizado proclamó la revolución creando una Colectividad agrícola. Sin embargo, a pesar de que el escenario era en cierta manera bastante propicio a las ideas que siempre había mantenido Violeta, la ausencia de su marido le impidió durante el tiempo que los milicianos permanecieron allí sumarse plenamente a los acontecimientos. No se sentía con el ánimo suficiente como para participar en los actos que jalonaron la estancia de las Milicias Confederales. Aquella situación se complicó a finales del mes de noviembre cuando las embestidas del ejército fascista comenzaron a ser cada vez más fuertes y amenazaban con romper el frente. Una tarde, las campanas de la iglesia replicaban con insistencia llamando a los vecinos, y cuando por fin cesó su tañido, multitud de ellos se encontraban congregados a las puertas del Ayuntamiento.

—La situación se está volviendo insostenible —gritó un miliciano a todos los presentes desde el balcón del Consistorio—. No sabemos cuánto podremos aguantar, cada vez son más y no podremos resistir por mucho tiempo. Vamos a realizar un último esfuerzo para

que aquellos que lo deseen se puedan marchar del pueblo hacia nuestras líneas, aunque eso sí, tiene que ser lo más rápidamente posible. Pero antes de irnos queremos que sepáis que esta derrota no nos va a amilanar en la lucha revolucionaria contra el fascismo. Nos vamos pero volveremos, las Milicias Confederales no abandonamos nunca nuestro compromiso con el pueblo...

Ya no había tiempo siquiera para continuar con los discursos, se tenía que actuar rápidamente y el grupo de milicianos que había acudido al Ayuntamiento salió del mismo a toda prisa para dirigirse de nuevo al frente situado a unos dos kilómetros de la localidad. De entre todos los vecinos allí presentes surgieron numerosos corrillos donde se hablaba sobre los próximos pasos a seguir. Uno de aquellos grupos estaba formado por Violeta junto a su hija y sus padres y además la familia de su marido Rafael.

—Yo creo que lo mejor que puedo hacer es marcharme a Torres —dijo Violeta a su madre Margarita—. Lo llevo pensando varios días conforme se han ido recrudeciendo los combates y quiero que vengáis conmigo...

—No hija mía —respondió su padre Irineo—, estaremos mejor aquí porque ya somos mayores para ir danzando por estas montañas y conmigo en el pueblo tu madre no correrá ningún peligro. Si nos marchamos quedaremos marcados para siempre... por irnos con los "Rojos"...

—Nosotros pensamos lo mismo —intervino su suegro Cosme—. Prefiero quedarme aquí porque no creo que nos hagan más daño. No nos hemos significado demasiado por eso dudo que tengamos problemas, bastante hemos padecido ya... con nuestro hijo...

La emoción embargó sus últimas palabras impidiéndole continuar, instante que aprovechó Violeta para abrazarse a ellos y despedirse. Se fue hacia su casa acompañada de sus padres que le ayudaron a recoger lo imprescindible para aquella precipitada marcha. En una sábana colocó algunas mudas suyas y de su hija junto a una cajita de madera con los utensilios de costura que le compró su hermana en la plaza Redonda de Valencia. Dobló la tela haciendo un fardo y con la máxima celeridad se despidió de su familia, salía del pueblo junto a otros muchos monterdinos en el preciso momento en que comenzaba a oscurecer. Tuvo suerte porque en su mismo camino iban algunos

amigos que se hicieron cargo de la pequeña Libertad, y acompañados por la tenue luz de las estrellas siguieron la vieja senda que les conducía a la Sierra del pueblo.

Era ya noche cerrada cuando llegaron al cruce de caminos del *Lavadero* y desde allí se dispersaron en tres grupos, uno hacia Noguera, otro más numeroso que se dirigió a Terriente por Tramacastilla, y el de Violeta junto a una treintena de personas que se encaminaron a Torres de Albarracín. Este último grupo tenía que pasar por las proximidades de la Fuente del *Alma Negra* donde decidieron descansar, no era buena idea intentar llegar a su destino en plena noche ya que los soldados republicanos los podrían confundir con el enemigo. Se dispersaron a lo largo de varios claros del bosque alrededor de la fuente y encendieron hogueras para calentarse porque aquella noche estaba resultando muy fría. El cansancio se reflejaba en los rostros de todas aquellas personas pero en las de más edad se sumaba también un cierto temor al haberse detenido precisamente en aquel lugar. El recuerdo de arcanas leyendas escuchadas durante los inviernos cuando eran niños al calor del hogar impidió conciliar el sueño a más de uno. Pero a pesar de todos esos reparos, lo cierto es que aquella parte del monte resultaba perfecta para que pudieran pasar desapercibidos, bastante desgracias llevaban a cuestas como para dejarse influir por supersticiones de ningún tipo...

Hacía un buen rato que había amanecido cuando divisaron la silueta de Torres junto a la hermosa vega del río Guadalaviar. Caminaban en hilera por la senda que comunicaba los dos pueblos hasta que se toparon con las fuerzas republicanas que les dieron el alto. Después de comprobar quienes eran les dejaron continuar acompañados por varios soldados mientras uno de ellos se adelantaba para dar las nuevas a sus superiores. Primeramente quedaron emplazados a las afueras de la localidad hasta que acudió un oficial para hacerse cargo de los refugiados y distribuirlos por las casas del pueblo. Pero antes de reiniciar la marcha, tuvo que darles una desagradable noticia.

—Sed bienvenidos a Torres... os habéis librado de una buena. Sobre todo quiero tranquilizaros porque no ha habido víctimas pero tenéis que saber que Monterde ha caído en poder de los fascistas.

Se produjo unos instantes de silencio, parecían aturridos por la sucesión de acontecimientos que habían tenido lugar en tan solo

un día y más aun teniendo aquel colofón. Pero antes de que nadie pudiera comentar nada, el teniente republicano volvió a hablar de nuevo.

—A media noche comenzó el repliegue de nuestras fuerzas en dirección a Albarracín, por eso no han existido combates en Monterde. Estas son las únicas noticias que dispongo, cuando sepamos más os lo haremos saber.

Tal y como bajaban hacia el pueblo comenzaron a ver salir de sus casas a numerosos vecinos que se dirigían hacia los refugiados. Un matrimonio de edad avanzada no dejaba de mirar a Violeta con su hija y fueron hacia ella invitándola a que les acompañaran a su casa. Cuando estaban a mitad de camino vieron venir corriendo a varios jóvenes monterdinos entre ellos Rubén, motivo por el que detuvieron su marcha y comentaron sobre lo sucedido. Pero no pudieron conversar durante mucho tiempo, la actividad del ejército y los vecinos era considerable. De manera que se despidieron e instantes después penetraban en la vivienda del matrimonio que les había acogido. Una vez hechas las presentaciones sus anfitriones se dieron a conocer como José Luís y Mercedes, una familia de sastres de las más destacadas y conocidas de la Sierra. Se encontraban solos porque sus hijos Laura y Miguel residían desde hacía tiempo en Zaragoza. Ellos nunca se habían podido acomodar a la vida de la ciudad, por eso preferían vivir en su pueblo ejerciendo su trabajo de toda la vida y por el que sentían una innegable pasión.

Hasta esos momentos, Violeta tan solo había cosido lo necesario para el día a día, ganchillo, zurcidos, remiendos, bordados y en definitiva lo imprescindible para ser autosuficiente respecto al mantenimiento de las labores de su casa, pero nada más. Sin embargo, a lo largo de su estancia en Torres de Albarracín su vida resultó de lo más placentera que cabía esperar junto a aquellas personas que la trataron como si fuera su propia hija ausente que tanto recordaban. Así pues, aprendió a confeccionar todo tipo de prendas —vestidos incluidos— y llevar a la perfección una máquina de coser que cuidaban con esmero y de la que se sentían muy orgullosos. Aquel trabajo les reportaba sobre todo dinero y alimentos de manera que, a pesar de que las jornadas en ocasiones resultaban agotadoras, no pasaron necesidades salvo en contadas ocasiones.

Durante poco más de dos años estuvo viviendo con los sastres de Torres y ni tan siquiera quiso marchar de nuevo a Monterde cuando en la primavera de 1937 su pueblo volvió a ser tomado por el ejército republicano. Se habían aclimatado perfectamente y aunque solo fuera por su hija Libertad era preferible su estancia allí para intentar mantener un cierto equilibrio en su vida. Por otra parte, dada la cercanía de ambas localidades durante el tiempo que permanecieron bajo el control de la 42 División republicana, fueron frecuentes tanto la correspondencia como las visitas realizadas por sus padres y suegros. Sin embargo, desde mediados del año 1938 comenzó a cambiar la situación en su pueblo de acogida por el férreo control que la Falange local tenía sobre la población. Entre otras cosas ella estaba obligada a acudir periódicamente al Ayuntamiento y demostrar junto al matrimonio que la había acogido las razones de su permanencia.

A finales de 1938 con la partición de la zona republicana y la conquista de Cataluña, a Violeta le resultaba evidente que la victoria completa de las tropas franquistas no tardaría mucho tiempo en producirse. Los pueblos de la Sierra de Albarracín llevaban ya más de un año en su poder y la población se iba aclimatando como buenamente podía a la nueva realidad social y política. Durante el segundo semestre de ese mismo año, se había ido produciendo una paulatina vuelta a sus localidades de origen por parte de los refugiados que estaban dispersos por las zonas conquistadas y que llevaban tiempo bajo el yugo del bando rebelde. Como no podía ser de otra forma, los monterdinos residentes en Torres sin ninguna vinculación familiar en dicha población fueron obligados a retornar de nuevo a su pueblo natal.

El domingo 4 de diciembre de 1938 bajó Cosme con el carro para recoger a Violeta y Libertad. El momento de la partida fue muy emotivo porque sus anfitriones, José Luís y Mercedes, se habían portado como unos auténticos padres con ella y su hija. Además de compartir las vivencias durante esos dos años le habían enseñado un oficio que podía aprovechar en el pueblo para sacar algunos dineros. Era el único sustento con el que podía contar ya que a pesar de sus esfuerzos seguían sin saber nada de Rafael. Al mismo tiempo, Violeta temía la reacción de sus paisanos, ya había visto el rechazo que habían padecido los que se marcharon de Torres y retornaron por las mismas circunstancias que le impulsaron a ella. Sobre los cambios que preveía temía especialmente los procedentes de la Iglesia, y más conociendo el apos-

tolado de mosén Pascual en Monterde que siempre se había caracterizado por un cruel e iracundo fanatismo. Y precisamente ella había sido de las personas que más lo habían padecido por haber contraído el primer matrimonio únicamente civil que hubo en la localidad, y que significó el comienzo de una secularización más o menos generalizada.

Cuando esa tarde entraba de nuevo en su pueblo tuvo la extraña sensación de que sus conjeturas sobre los cambios producidos se habían quedado cortas. Quizás fuera el hecho de que Monterde no estuviera tan bien comunicado como Torres, por donde pasaba una carretera que atravesaba la Sierra de Albarracín dotando a esta población de un carácter más abierto. Pero lo cierto es que a su añorado pueblo lo encontró tan gris como el tiempo invernal que hacía ese día. Muchos de los vecinos con los que se cruzó apartaban la mirada ante su presencia o se hacían los despistados, tan solo unos pocos detuvieron su camino para saludarla. Las personas que más alegría mostraron fueron, como no podía ser de otro modo, sus padres y el resto de su familia política. Pero a pesar de esas muestras de agrado por el reencuentro lo cierto es que Violeta notó cierta aflicción cuando pudo abrazar a su madre, la cara de su padre mostraba evidentes signos de que había ocurrido algún percance que por el motivo que fuera todavía no le habían comentado. Le extrañó verla con un pañuelo anudado a la cabeza, una prenda que en raras ocasiones se colocaba, pero siempre en el verano y en estos momentos se encontraban a las puertas del invierno.

—Qué le pasa madre que la veo tan rara con el pañuelo en la cabeza, ¿le ocurre algo?

Instintivamente quiso quitárselo pero Margarita retrocedió un paso y con ambas manos detuvo a su hija para que no se acercara más.

—No te preocupes hija mía que ya pasó todo —quiso mantenerse seria pero le resultó imposible y cuando intentó volver a hablar las lágrimas brotaron de pronto—. Ya... te lo contaré...

—No hagas llorar a tu madre Violeta —intervino Irineo—, lleva una temporada muy sensible por tu ausencia.

—No dudo que esté triste por ello pero de la misma manera ahora debería estar dando botes de alegría como estaba yo hace un momento. Aquí ocurre algo más y tengo derecho a saberlo padre, así que cuando antes me lo digan más pronto acabaré con esta incertidumbre.

—No te preocupes Irineo que nuestra hija se merece que le contemos todo lo que ha pasado y que sepa ya en lo que se ha convertido Monterde por culpa de la camarilla de fascistas y meapilas que lo gobiernan.

—¡Chisto mujer! ¿O es qué quieres que lo vuelvan a hacer de nuevo?

—Pero ¿qué te crees, que por no decirlo va a dejar de enterarse más temprano que tarde? Nunca en mi vida he callado ante las injusticias y no lo voy a hacer ahora —respondió Margarita al tiempo que se quitaba el pañuelo y dejaba ver a su hija la cabeza rapada—. Esto es lo que me ha pasado.

Violeta dio un paso atrás y llevándose las manos a la boca dejó exclamar un gemido ante aquella deplorable escena. Inmediatamente se rehízo y se abalanzó hacia su madre volviéndola a abrazar y llenándola de besos.

—Desde el día que se llevaron a tu marido el cura nos la tenía guardada porque le afeamos su acción... —comentó Margarita sobre el supuesto origen de aquel vergonzoso acto.

—Di la verdad, porque te metiste con la religión y la Iglesia —Irineo contó su propia versión.

—Y qué querías que hiciera si ese malnacido se burló de Rafael y encima quiso que la gente fuera a rezar un rosario por los salvadores de la patria, pues eso, que Concepción y yo le dijimos lo que pensábamos de la religión que él profesa y que no tiene nada que ver con la que enseñaba el propio Jesucristo —desde siempre Margarita lo había tenido muy claro—. Nada hija mía, como además el cura es un rencoroso y nosotras ya lo conocemos bien, en el momento que tuvo oportunidad nos acusó de todo lo que quiso, ya fuera verdad o mentira. Por eso nos cortaron el pelo y nos hicieron pasear por el pueblo para que la gente supiera cómo nos habían castigado. Mientras tanto el diablo del sacerdote riendo la gracia y comentando que sentía no tener aceite de ricino para hacérselo beber, como pasaba en otros lugares donde las pobres mujeres eran expuestas al público rapadas y cargándose encima para escarmiento de los suyos y regodeo general.

—Madre no nos tenemos que hundir y ahora menos que nunca —intentó Violeta levantarle el ánimo—. Puede que nosotras

hayamos sido derrotadas por los fascistas pero vencidas ¡Jamás! Nunca debemos permitir que alberguen la más mínima esperanza y a cada empujón nos alzaremos de nuevo con más brío si cabe. Y no le quepa la menor duda que nuestro momento llegará.

Ya más calmadas después del emotivo encuentro y el conocimiento de las penalidades sufridas entraron dentro de la casa. Entre todos sus familiares la habían adecentado, sin embargo la encontró a falta de varios muebles que dejó al marcharse ya que según le dijeron los suegros, el Jefe local de la Falange había incautado los bienes de todos los monterdinos que se fueron con las tropas republicanas y al poco tiempo los subastaron. Pero a Violeta le daba igual y eso que muchos de los que se llevaron le traían buenos recuerdos al haberlos comprado junto a Rafael, pero lo cierto es que estaba dispuesta a comenzar una vida nueva y ese era tan solo un problema relativo. La chimenea estaba en marcha y para esa noche bien merecía la pena un guisado de carne de oveja que le habían regalado los sastres de Torres como despedida. Con aquella cena pensaba celebrar que a pesar del trance de la guerra estaban todos juntos de nuevo, bueno a decir verdad, casi todos, porque era inevitable seguir echando en falta a Rafael.

Pero tal y como había comenzado a sospechar desde que llegó, los problemas no tardaron en aparecer. Al día siguiente de recalar en el pueblo acudió al Ayuntamiento para poder avecindarse y se dio de bruces con la desagradable realidad que le esperaba en Monterde de Albarraçín. Se encontraba en la secretaría con don Ramón Sánchez al frente relleno su inscripción, cuando entraron al unísono el jefe de la Falange y el párroco para darle las nuevas normas de convivencia establecidas en el pueblo, que huelga decir eran de obligado cumplimiento.

—No te puedes imaginar lo que estábamos esperando tu llegada y ahora has de prestar atención —dijo mosén Pascual mirándola fijamente a los ojos—. Para empezar te espero mañana por la mañana sin falta en el atrio de la iglesia porque tú y otras tantas “Rojas” como tú tienen que reparar el daño hecho a la santa madre Iglesia. ¡Ah!, y no olvides llevarte un pozal y trapos para limpiar.

Ella se mantuvo callada y sin mirarle a la cara, asintiendo con la cabeza la orden dada por un sonriente párroco que, junto a Serafín, formaban el dúo de mandamases de Monterde.

—Por supuesto pueden acudir contigo todas las personas que quieran ayudarte porque la iglesia tiene que quedar como una patena de limpia —insistía regodeándose—. Solo de esta manera se pueden realizar los bautizos y tu hija que yo sepa no lo está. Así que mañana limpiáis a fondo el templo de Dios y pasado mañana la bautizamos, no querrás que si le ocurre cualquier percance acabe en el infierno ¿Verdad?

—Para infierno el que estamos viviendo mi hija y yo desde que comenzó la maldita guerra y se llevaron a mi marido... —respondió con firmeza y dolor levantando —ahora sí— la cabeza y clavándole la mirada con indisimulado desprecio.

—Cada uno en esta vida tiene lo que se merece y aun puedes dar las gracias que no te llevaran a ti —la interrumpió el falangista elevando el tono de voz e interponiéndose entre ambos—. Las reglas las ponemos nosotros que para eso hemos ganado la “Cruzada”, allá tú si te rebelas pero entonces atente a las consecuencias. Has visto a tu madre pues también fue afortunada de que la cosa no pasara de ahí y todavía puedes dar gracias que contigo no hagamos nada parecido... o lo que sea...

A Violeta le había quedado claro desde que tuvo conocimiento del resultado de la batalla del Ebro que la guerra estaba perdida. Venía asimilando desde entonces las consecuencias que tendría sobre ella y si quería seguir adelante no le quedaba más remedio que aguantar todo tipo de represalias y humillaciones como la que estaba sufriendo allí mismo. Tenía que sobrevivir a todo trance, aunque solo fuera para salvaguardar a su hija Libertad. De manera que al día siguiente tuvo que acudir con su familia a la iglesia para limpiarla bajo las miradas sarcásticas de muchos vecinos afectos a los golpistas, quizás demasiados para el número que ella recordaba que existían antes de marcharse del pueblo. Y no dejaba de mirar de reojo a varias de aquellas personas como lo que eran en realidad, veletas que actuaban o dirigían su vida según soplara la dirección del viento.

Y cuando llegó el día acordado, la familia de Violeta acudió a la iglesia con su hija Libertad que era la principal protagonista a sus cuatro años de edad. La misa efectuada por mosén Pascual fue sobria, pero no le importaba, se encontraba a sus anchas como si fuera un auténtico redentor de almas pecadoras. Lo cierto es que según su criterio

había cumplido con creces ya que en fechas anteriores fueron bautizados en Monterde otros niños y niñas que no lo habían sido cuando nacieron en tiempos de la República. El proceso de secularización que tuvo lugar durante aquellos años afectó a todos los aspectos de la vida cotidiana y muchos padres agnósticos o ateos lo único que hicieron fue inscribirlos en el Registro Civil. Pero con estos nuevos bautismos, también se daban casos de numerosos cambios de nombre que no pertenecían a la onomástica religiosa, y eso les ocurrió a Luz, Alba, Democracia, Ramsés, Amable, Amor y Armonía que lo hicieron antes que Libertad. Puestos a elegir, Violeta decidió por segunda vez y a pesar del disgusto de su madre, que no seguiría con la secular tradición de su familia de poner nombres de flores a las hijas, una fórmula singular para ningunear la imposición cristiana. Finalmente decidió que sería Esperanza por todo lo que esa palabra significaba. Y sin más preámbulos una vez acabado el acto salieron de la iglesia bajo la mirada complaciente del cura que veía con agrado como las ovejas descarriadas volvían al redil... quisieran o no.

Desde el día que Violeta llegó a Monterde tuvo que hacerse buena cuenta de las nuevas imposiciones cuyo obligado cumplimiento era supervisado por las autoridades civiles y eclesiásticas. Entre todas ellas, la que llevó bastante peor fue la obligación de confesarse como mínimo una vez a la semana que había impuesto mosén Pascual, imitando el procedimiento seguido por un íntimo amigo suyo, el párroco de Gea de Albarracín. Aún con todo no llegó al extremo de este sacerdote que cierto domingo antes de finalizar la misa y de que salieran los fieles de la iglesia les hizo entrega a cada una de las familias de una cartilla que tenía que firmar él cada vez que se confesaran, y en la que figuraba el número total de confesiones que tenían que realizar mensualmente en base a los adultos de cada una de las familias. Llegó un momento que aquel cura sospechó —a pesar de que las cartillas familiares se rellenaban al completo— porque no veía a muchos hombres confesarse y supuso que las mujeres doblaban las suyas suplantando a sus maridos. Así que, ni corto ni perezoso, cierto día después de misa repitió la entrega de cartillas pero en esta ocasión no era para las familias sino individuales. Los habitantes de Gea de Albarracín ya no tenían escapatoria porque conocían los correctivos que existían para los que no cumplían con el sacramento de la confesión. Afortunadamente, para los vecinos de Monterde de Albarracín, mosén Pascual no llegó a tales extremos aunque en un principio también fue inflexible respecto a este

tema. Sin embargo, con el paso del tiempo acabó relajando la aplicación de aquella medida por la inesperada resistencia que encontró.

Lo cierto es que muchos monterdinos demostraron estar armados de valor para negarse a seguir las consignas de mosén Pascual por las funestas consecuencias que podían sufrir. Por su parte, éste no castigó las ausencias aunque siempre que tuvo oportunidad las reprobó bien por la calle llamando la atención a los infractores o desde el mismo púlpito con nombre y apellidos. Pero para ser sinceros en esta aparente falta de celo aparte de su indolencia tuvo mucho que ver el alcalde del pueblo, el tío *Celipe*, cristiano practicante y plenamente convencido de que este proceder resultaba contraproducente, no se podía obligar a nadie a realizar algo que tenía que hacerse únicamente por devoción. “Religión a la fuerza ateo seguro” fue la persistente coetilla por la que clamó para que dejara de lado aquellas imposiciones.

Aún con todo durante una primera época era obligatoria la asistencia a misa, y fueron obligadas a limpiar tanto la iglesia como las ermitas aquellas mujeres que estaban marcadas porque pertenecieron al sindicato o fueron fervientes republicanas, pero también si lo habían sido sus familiares más próximos en una especie de pena compartida. Todas ellas estaban señaladas y, junto a los hombres, tenían prohibido su presencia en el salón del baile cuando éste se abría durante las fiestas y por supuesto trabajar los días festivos aunque fuera por fuerza mayor. Como le ocurrió en cierta ocasión a su suegro Cosme que marchó a la era a tapar las cinas de cereal al aproximarse una tormenta, y fue multado solo por ello. Aunque a decir verdad con las familias ricas se hacía la vista gorda y en el peor de los casos una limosna a la iglesia bastaba como penitencia. El dinero podía con todo, como comprar bulas para poder comer carne en Cuaresma, eso sí, los ricos eran los únicos que podían pagarla.

Cuando los antiguos republicanos se marchaban de buena mañana a trabajar al campo tenían que pasar en primer lugar por el Ayuntamiento y decir adonde pensaban ir y hasta qué hora se quedarían. Huelga decir que a la vuelta tenían que hacer lo mismo y llovieron palos en más de una ocasión ya fuera por las tardanzas ocasionadas por cualquier motivo, como que al guardia civil de turno le pareciera que aquellos labradores no les respondían correctamente, o si sospechaba que el perro que llevaban en realidad lo iban a utilizar para cazar. Debido a que los republicanos tenían prohibida la posesión de cualquier

tipo de arma tan solo podían hacerlo con perros o colocando lazos. Ese fue el motivo por el que prohibieron dichas modalidades, excepto la caza con escopeta que solo podían realizar los adictos al Movimiento previa investigación de la Falange. Buena parte de estos cazadores no lo hacían por necesidad sino por negocio ya que acudían a Teruel o los pueblos próximos a vender los ejemplares obtenidos a pesar del hambre con mayúsculas que pasaba la mayoría de los habitantes de Monterde. Y qué decir de la blasfemia, como le ocurrió a un vecino fichado como republicano que soltó una y acertó a escucharlo la pareja de la Guardia Civil, imponiéndole una multa de quinientas pesetas que era todo lo que iba a ganar durante medio año con su patrono.

No solo las nuevas normas menoscababan la vida de los perdedores de la Guerra Civil, la totalidad de los republicanos del pueblo pasaron por la cárcel y fueron juzgados sin ningún tipo de garantías. El motivo mayoritario fue por “Auxilio a la rebelión”, algo totalmente incomprensible que rayaba en el más absoluto cinismo porque ellos habían permanecido fieles a la legalidad republicana y los que se habían sublevado habían sido los fascistas y parte del ejército. Además, cuando volvieron los presos una vez cumplida o reducida su condena les hicieron la vida imposible, y poco a poco no les fue quedando más opción a sus familias que marcharse del pueblo. Otros cargos de la acusación eran el “Asalto a las casas pudientes” cuando sus miembros se marcharon de la localidad ante la llegada del bando gubernamental, pero los más importantes fueron sin lugar a dudas la “Quema del altar de la iglesia” y sobre todo la “Participación en el Centro de Colectividad”.

Además de las penas de cárcel a varios años también se produjeron los destierros y uno de los más sonados, confirmado en septiembre de 1940, condenó a Margarita y Concepción a permanecer fuera de Monterde de Albarracín y su término municipal durante diez años. Las causas esgrimidas en el tribunal que las juzgó fueron su manifiesta y conocida animadversión a la Iglesia en los aspectos religiosos y morales, por su actividad en la secularización, por haber participado en el saqueo y quema de la iglesia, y en último lugar por su fanatismo republicano. Aunque lo cierto es que planeaba sobre todo los cargos la antipatía personal que mantenían Serafín y mosén Pascual —el auténtico inductor de todos los cargos— contra esas mujeres que desde siempre le combatieron con la palabra sus inquisitoriales planteamientos sociales y en materia de fe.

La primera consecuencia de la condena fue el fallecimiento de Irineo, el marido de Margarita, cuyo gran corazón no pudo aguantar más contrariedades y la enorme impresión que le había llenado de amargura por todo lo que le estaba sucediendo a su mujer, hija y nieta. La guinda que colmó el vaso fue la sentencia contra su esposa a la que amaba más que a nada en este mundo. Y sobre todo ello basculaba la enorme decepción que para él —católico convencido— tuvo la actitud mantenida por la Iglesia y con especial hincapié en algunos sacerdotes como el de Monterde de Albarracín.

La situación de Concepción y Margarita —ambas viudas— se presentaba comprometida, tenían un corto plazo de tiempo para marcharse del pueblo y estaban hechas un tremendo lío. Concepción tenía casados a la mayor parte de sus hijos vivos, pero seguía sin noticias de los dos mayores que todavía permanecían solteros al haber estado combatiendo con el ejército republicano. De uno llamado Eleuterio, lo último que supo era que se encontraba en el frente de Madrid y del otro, Rubén, que lo habían visto a primeros de 1938 en Teruel. Por todo ello, no le quedaba más remedio que distribuir a los cuatro con los que convivía en el pueblo de edades comprendidas entre los quince y diecinueve años con el resto de sus hermanos casados. Y por otra parte Margarita, recientemente enviudada, solo había tenido dos hijas. La mayor, de nombre Hortensia, estaba casada con Boro, el antiguo maestro del pueblo. Tuvieron la suerte de haber salido de Monterde justo antes del comienzo de la guerra y en estos momentos se encontraban exiliados en México. La otra era Violeta, que malvivía en el pueblo con su hija Libertad ahora conocida por el nombre de Esperanza.

Las dos viudas estaban sumidas en la desesperación y no sabían a ciencia cierta cómo enfocar su nueva vida. Pero sin que ellas lo supieran los suegros de Violeta habían pensado una posible solución desde el momento mismo en que se conoció la sentencia. A Cosme, la hija de sus antiguos patronos con los que siempre mantuvo una excelente relación, le había arrendado la masada de *Chulilla* y sus tierras anejas en ese mismo verano. Se trataba en realidad de un complejo compuesto por la vivienda propiamente dicha, una paridera para guardar el ganado y un cobertizo con techo de chasca, circunvalando las tres construcciones una especie de plazoleta interior.

Lo que hacía verdaderamente importante su ubicación era el hecho de estar situada en la conocida como “Manga” de Albarracín

que separaba los términos municipales de Monterde y Cella. Por lo tanto, si se decidieran a ir a vivir a dicha masada no incumplirían la sentencia y estarían relativamente cerca de Monterde así como de sus familias. El único problema estribaba en hablar con Adelaida que era la propietaria y, en caso de que permitiera vivir allí a las mujeres, habría que reformar la masada porque se encontraba vacía desde el comienzo de la Guerra Civil. Cuando en el pueblo tuvieron conocimiento de ello no les pareció mal a las autoridades, incluso —lo que le resultó más extraño a Cosme— a los gerifaltes de la Falange y a mosén Pascual que habían sido los inductores de aquel destierro. Por tal motivo no acabó de entender la peregrina acusación realizada por Serafín como Jefe local de la Falange y que acabó con su encarcelamiento en Teruel.

Por todo ello, Violeta estaba sumida en una situación endiablada y enrevesada, y a pesar de contar con un pequeño corral y la ayuda de su familia y amigos especialmente los ganaderos Jesús y Rosa, apenas tenía lo suficiente para poder mantenerse. Este matrimonio, a cambio de ayudarles con la faena de su paridera o por la confección de varias cortinas y prendas, le cedió un par de cabras para que pudiera realizar quesos y obtener ganancias con su venta. Aunque lo cierto es que debido a la represión y a las numerosas incautaciones de bienes que tuvieron lugar, dichos animales fueran formalmente propiedad de los ganaderos, en caso contrario se los habrían requisado a Violeta como le ocurrió a muchos monterdinos.

Aquellos fueron unos meses de intenso trabajo pero que apenas le daban para sobrevivir. Eso sí, en primer lugar estaba su hija, la primera receptora de los alimentos que llegaban a su casa. Mientras Cosme estuvo preso, su hijo Faustino se ocupaba de ir a labrar las tierras de la masada de *Chulilla* y de paso atender a Margarita y Concepción. Gracias a los hijos de esta última que vivían en Gea de Albarracín, de vez en cuando les llegaban provisiones que ellas estiraban todo lo posible aunque fuera a fuerza de pasar algo de hambre. La mayor alegría vino cuando les proporcionaron animales de corral y un minúsculo rebaño compuesto por cuatro ovejas y dos cabras cuyo pastoreo les ocupaba casi todo el día.

El primer invierno que pasaron en *Chulilla* fue el más crítico y en el que estuvieron más cerca de tirar la toalla. Tuvieron suerte que Violeta y su cuñado Faustino acudieran en más de una ocasión llevando leña y alimentos, sobre todo carne seca y somarro, que ellas

agradecieron porque estaban convencidas que si lograban sobrevivir los meses de frío se acabarían aclimatando en aquel lugar. Y lo cierto es que sufrieron mucho por las constantes nevadas pero también a causa de las frugales comidas compuestas en la mayoría de los casos por sopas mentirosas, preparadas a base de condimentos y huesos que finalmente acababan brillando de tanto usarlos.

Si acaso, el único momento de felicidad que pasaron fue el fortuito encuentro con un perro moribundo que encontraron una fría mañana tumbado y sin fuerzas en la plazoleta que conformaba el recinto de la masada, y que con toda seguridad había sido abandonado. Tenía el cuerpo llagado con multitud de golpes, cabía la posibilidad de que estuviera enfermo y además estaba tan flaco que se le marcaban las costillas. Ambas mujeres sintieron lástima por el pobre can que daba una penosa impresión equiparable en cierta medida con la de ellas, de manera que decidieron adoptarlo y aunque no les sobraba comida por lo menos no le faltaría el calor del hogar. En un principio no tenía fuerzas ni para comer pero con paciencia, esfuerzo y cariño lograron que con el tiempo pudiera recuperarse. Eso sí, a la hora de ponerle un nombre no fueron muy originales y debido a la estampa tan penosa que tenía cuando lo encontraron le llamaron *Careto*. Una vez sanado de sus dolencias se quedó para siempre con sus salvadoras acompañando a Margarita cuando salía a pastorear y haciéndolo tan bien que daba la impresión que conocía de sobra aquel trabajo.

También en la casa de los padres de Rafael había problemas, Cosme seguía en la cárcel y nada hacía adivinar que fuera por poco tiempo. Faustino hacía lo que podía para compensar su ausencia pero era realmente poco si tenía en cuenta el número de personas al que proporcionaba ayuda. Había que revertir aquella situación pero por más que lo intentaba en el pueblo no conseguía la ayuda de los poderosos. Esta era una condición indispensable para que no se alargara más en el tiempo la incomprensible condena impuesta a su padre, en realidad tenía toda la pinta de ser una repugnante venganza por haber facilitado la residencia de Margarita y Concepción en la masada de *Chulilla*.

A pesar de todos esos contratiempos, durante el año 1941 la vida de Violeta estaba comenzando a repuntar gracias a los conocimientos de modista adquiridos durante su estancia con los sastres de Torres. De vez en cuando le hacían algún encargo y poco a poco se fue

haciendo notar en el mundillo local como una excelente costurera, aunque lo cierto es que las familias ricas con las que podía obtener mayores beneficios preferían acudir a Cella o Teruel, antes que dar trabajo a aquella republicana tan detestada por muy buena que fuera cosiendo. Aún con todo gracias a esas labores, elaborando quesos o ayudando en la paridera cuando se lo pedían Jesús y Rosa, lograba tener lo suficiente para sobrevivir. Incluso de vez en cuando podía permitirse el lujo de marchar hacia la masada de *Chulilla* y llevar comida a sus moradoras.

Pasaban las semanas y la vida de Violeta parecía ir acomodándose a pesar de todos los inconvenientes aunque quien daba la sensación de estar mejor asentada era su hija Esperanza. Con sus seis años de edad era una niña despierta y muy activa, siempre que volvía de la escuela lo hacía contenta porque disfrutaba con la enseñanza que les daba una maestra llegada el curso anterior. Y eso que nada tenía que ver con la didáctica impartida en el pueblo durante la República o en los breves momentos cuando fue ocupado Monterde por las Milicias Confederales o el ejército gubernamental en la pasada Guerra Civil. Durante esas etapas, la pedagogía fue radicalmente diferente ya que primaba la libertad formativa sobre los aspectos coercitivos y la imposición. En estos momentos el dirigismo político y religioso que tenía lugar resultaba asfixiante como cuando entraban los niños y niñas en la escuela de Monterde de Albarracín y cantaban una canción después de santiguarse. Algo que no gustó para nada a Violeta cuando tuvo constancia de ello.

Señor Dios os rogamos que iluminéis nuestro entendimiento y mováis nuestra voluntad a fin de que las cosas que hemos aprendido de nuestro maestro/a nos sirva para el bien temporal, espiritual y eterno. Así os lo pedimos por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Por si fuera poco notaba también que a su hija le faltaba algo para ser completamente feliz. Cuando se quedaba en casa la veía muy sola, inmersa en su mundo de fantasía y en ocasiones la escuchaba hablar con su amiga invisible. Aquella soledad de niña tenía que acabar porque ella recordaba cuando tenía su edad y lo feliz que era en compañía de su hermana, por eso reconocía que algo le faltaba y lo tenía que solventar cuando antes mejor. De manera que llevaba tiempo guar-

dando las plumas que encontraba ya fuera el plumón de las gallinas o el de las palomas que llegaban a sus manos, hasta que por fin llegó el día que ya tenía las suficientes. Así que cosió un retal dando forma a una rústica muñeca que rellenoó con aquellos plumones y una vez hecha la terminoó bordando las facciones de la cara. Llegado aquel sábadoo por la noche después de cenar justo antes de que se fuera a la cama, le hizo entrega de la muñeca. Los gestos de Esperanza eran de tal alegríaa que incluso llegó a contagiar a la propia Violeta.

—¿Te gusta la muñeca?

—Sí, mamá... es muy bonita.

—Tienes que quererla y cuidarla mucho.

—Pues claro que lo haré... será como mi hermana.

—Bien pero no la aprietes tanto que la romperás.

Y tal como se lo estaba comentando se acabaron deshilachando varias puntadas de una de las manos y al momento comenzó a salir de allí parte del plumaje interior.

—Dámela que te la voy a volver a coser.

—¿Qué es lo que tiene dentro mamá?

—Está hecha base de plumones de pichón y paloma.

—Pues ya sé cómo llamaré a mi muñeca.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Pues *Paloma* ¡Claro!

Durante las siguientes semanas Esperanza era sin lugar a dudas la niña más feliz de todo Monterde. Cuando llegaba a casa después de la escuela y no tenía que ayudar a su madre o había acabado con los deberes cogía a su muñeca y jugaba con ella. Cualquiera objeto era susceptible de formar parte de aquel mundo de fantasía sin igual del que por supuesto formaba parte *Paloma*, que se convirtió en inseparable ya que la acompañaba cuando se acostaba y a ella le refería todas sus sensaciones. Pero algo ocurrió al margen de su casa que modificó considerablemente la actitud de Esperanza después de la Semana Santa de aquel año. La maestra con la que estaba tan integrada y había logrado que avanzara en sus estudios fue detenida una mañana y apartada de la escuela y en el juicio celebrado en el mes de junio de ese año fue

condenada con una multa de 500 pesetas y su inhabilitación absoluta para seguir dando clases.

Las niñas de Monterde quedaron afectadas por su ausencia, que luego se supo que había sido como consecuencia de sus reminiscencias republicanas y el consiguiente expurgo que comenzó una vez finalizada la guerra. Se necesitaban nuevos docentes totalmente accesibles a los recientes contenidos pedagógicos. Sobraban por lo tanto aquellos que formaron parte de la Institución Libre de Enseñanza que catapultó la pedagogía en España durante la II República, y entre las que se encontraba al parecer la maestra sancionada. No tardaron mucho tiempo en echarla en falta porque la nueva sustituta no llegaba hasta el verano, y mientras tanto acudió un maestro interino habilitado para tal fin. El único bagaje docente que presentaba era la estrecha amistad que mantenía con mosén Pascual además de ser adicto al Régimen, por ello, desde el primer momento intimó con las autoridades locales especialmente con el Jefe local de la Falange.

Tenía como costumbre muchas mañanas salir de clase para departir con Serafín o incluso ir a tomar algunos vinos mientras encargaba a una niña que vigilara y apuntara en la pizarra a las alborotadoras. En el momento que volvía al aula tenía que estar todo en orden y si no le gustaba pegaba con una regla astillada en su punta a quien le parecía. Al poco tiempo sus ausencias fueron cada vez más frecuentes y conocidas entre las gentes del pueblo por lo que incluso mosén Pascual acudía a visitarlo para que el maestro interino no abandonara la escuela. Y lo que nadie podía ni siquiera imaginar, al sacerdote le acabó gustando tanto acudir allí que era frecuente verlo merodear sobre todo en los recreos. Pero aquella inesperada afición por visitar la escuela nada tenía que ver con su interés con la docencia, la causa era bien diferente. Cuando acudió por primera vez pasó junto a los niños que se encontraban en el recreo, los cuales se abalanzaron en tropel con la intención de abrazarlo mientras instintivamente estiraba sus manos para que se las besaran como hacía en determinadas ocasiones con los adultos. Y no tardó en darse cuenta de que para él representaba la más maravillosa de las experiencias ver a la camada de los odiados republicanos monterdinos acercarse para besarle la mano, en un acto de sumisión hacia el clero muy propio de estas tierras. Cada vez le apetecía más rodearse de ellos por el poder que representaba pero, al mismo tiempo, comenzó a observar como algunos niños y

niñas se mostraban reacios a realizar aquel besamanos. Y fijándose detenidamente comprobó la coincidencia de que la mayor parte de los que le rechazaban pertenecían a aquellas familias que él tanto detestaba. Para el señor cura aquel desplante representaba una ofensa a la tradición y los símbolos religiosos por lo que se dedicó a combatir semejante afrenta con la inquina que acostumbraba. De manera que cuando veía que no acudían los llamaba con insistencia para que obedecieran y en el caso de negarse los castigaba.

A Esperanza nadie en su casa le había comentado los problemas que habían tenido su familia con dicho personaje, pero a pesar de lo pequeña que era recelaba bastante de aquellas reverencias, más todavía porque otras compañeras con las que jugaba siendo algo mayores que ella también eran remisas a realizarlo. La situación se volvió tan espionosa que mosén Pascual convocó cierta mañana a todas las que no habían participado en los besamanos increpándolas tanto como a sus familias, mientras les aseguraba que tendrían un puesto reservado en el infierno además de los tormentos que allí padecerían. Pero sobre todo aquella reprimenda iba dirigida a sus progenitores, especialmente a las madres ya que la mayor parte de las niñas o bien les faltaba el padre o éste estaba encarcelado. Y lo mismo hizo en la clase de los niños. Aquel día al salir de la escuela, muchos niños y niñas lloraban a lágrima viva, no acababan de entender aquellos tremendistas discursos y cuando lo contaron en sus respectivas casas nadie daba crédito a semejantes comentarios.

Cada familia se lo tomó de manera diferente pero entre las que no soportaron para nada aquellas amonestaciones se encontraba Violeta, y tenía razones de sobra para estar enfadada por todo lo que le había acontecido a su propia familia. Los amargos lloros de su madre cuando tuvo conocimiento de todo lo que le ocurrió en la escuela marcaron de una manera singular a la pequeña Esperanza, que desconfió desde ese día todo lo referente a aquel cura que siempre que hablaba parecía estar enfadado. A partir de entonces bajó su rendimiento escolar y además se negaba en redondo a realizar el besamanos a mosén Pascual. Cansado de las negativas de algunas niñas un día las obligó a quedarse con él cuando el resto entraba en el aula una vez finalizado el recreo. Después de afearlos nuevamente por su conducta las llevó de nuevo a su clase y antes de que entraran lo hizo él manteniendo la puerta abierta.

—Estas niñas que están entrando son hijas de los “Rojos” del pueblo es decir las “Rojillas” y por lo tanto un anatema imposible de reconvenir por el buen camino que es el camino de Dios —dijo elevando la voz para que todas las presentes lo pudieran escuchar—. Ellas y sus familias son pura escoria porque durante la República se dedicaron a hacer maldades sin fin, incluso quemaron nuestra iglesia. Están condenadas al infierno y también todas las niñas con las que hablen porque terminarán pervirtiéndolas... y vosotras... ¿no querréis acabar como ellas de cabeza al infierno por vivir en pecado mortal? ¿Verdad? Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer, señalarlas con el dedo como lo que son, niñas pecadoras y malas que ignoran los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

Al instante acudió a la clase de los niños y repitió aquella alocución haciendo levantar de sus asientos a todos los que se venían negando a realizar las reverencias. A partir de ese momento y durante los siguientes meses hasta que se cansaron del tema, todos aquellos inocentes fueron objeto de las burlas crueles de los niños y señalados por éstos con el estigma de “Rojillos”.

Sin embargo, ésta no fue la única barrabasada que cometió mosén Pascual. A partir de ese momento comenzó a hacer de su sotana un sayo en todo lo que afectaba a los niños y niñas de la escuela. Llegado el caso se empeñaba en los juegos que tenían que realizar especialmente las niñas quisieran o no. Además, durante esa temporada fue frecuente verlo por la escuela, bien acercándose durante los recreos para provocar su conocido besamanos o para sustituir al maestro cuando tenía que marcharse por cualquier cuestión. Pero el tiro le salió por la culata al sacerdote ya que a pesar del miedo que le tenían los más pequeños, en el momento que los mayores le cogieron el punto, se burlaban siempre que podían. Entonces, mosén Pascual, ciego de ira los castigaba de todas las maneras imaginables, hasta que en cierta ocasión al ver que se le estaba yendo de las manos hizo subir a la tarima a los más revoltosos y les dio dos fuertes bofetones a cada uno de ellos.

—Ahora cuando marchéis a vuestra casa se lo contáis a vuestros padres y si no están de acuerdo que vengan a hablar conmigo que también les daré su ración —dijo una vez acabó la paliza general en un acto chulesco impropio de un sacerdote.

Pero no acabó ahí el tema porque observaba que su autoridad era cada vez más cuestionada por algunos progenitores de los escolares, entonces hizo lo que mejor sabía: denunciarlos. Y de esta manera, dos madres y un abuelo acabaron siendo juzgados y condenados por participar en el saqueo e incendio de la iglesia, atentar contra los dogmas y la moral cristiana, colaboración con grupos guerrilleros republicanos y todas las cuestiones que le vino en gana añadir a la denuncia, amén de conseguir los testigos necesarios. En la parodia de juicio que tuvo lugar a finales del mes de junio de 1941, Violeta fue condenada a cuatro años de cárcel y trasladada a una prisión de mujeres de Zaragoza. En definitiva, recién acabada la Guerra Civil el párroco de Monterde mosén Pascual hacía y deshacía en el pueblo según su libre albedrío, sembrando el terror y la desazón más absoluta entre los perdedores de la contienda, sus grandes enemigos.

La situación de la familia de Violeta durante el verano de 1941 era realmente crítica ya que ella estaba encarcelada y su madre desterrada. Por otra parte, su suegro Cosme también había ido a parar a la cárcel, en este caso la de Teruel. Muy mal pintaban las cosas porque todo descansaba sobre su suegra y sus dos hijos ya casados María y Faustino. Por si hubiera pocos problemas la madre de Violeta, Margarita, sufrió una caída y a consecuencia de la misma perdió la visión en ambos ojos, aunque el curandero que fue a visitarla insistía en que se trataba de algo pasajero y con el tiempo y los cuidados necesarios, acabaría recobrándola.

Las dificultades eran múltiples por ello, Faustino, que había quedado a cargo de la familia estaba barajando alistarse a la División Azul desde que llegó al Ayuntamiento una circular de la jefatura provincial de la Falange en busca de voluntarios, que con el lema “Rusia es culpable” comenzaba a calar en muchos jóvenes españoles. En unos momentos de tanta penuria económica su familia recibiría mensualmente una cantidad de dinero que paliaría su marcha, además dispondrían de otra cartilla de racionamiento y por lo menos en ese aspecto los suyos estarían mejor atendidos.

Sin embargo, lo cierto es que esas cuestiones le traían al paio porque maldita la gracia que le hacía marcharse a pegar tiros a Rusia y dejar a los suyos. Meterse en aquel berenjenal era por algo mucho más importante como conseguir la libertad de su padre Cosme y, por supuesto, también pensaba que llegado el caso podría ayudar a su cu-

ñada Violeta, ya que su hija Esperanza había quedado momentáneamente sin padres y al cuidado de su abuela paterna. En definitiva, si al final se acababa alistando sería únicamente porque no le quedaba más remedio. Y esto era así porque apenas tenía ascendente en el pueblo ni mucho menos en la cúpula provincial del Movimiento en Tírruel, a pesar de que había combatido con el ejército franquista desde el verano de 1938. Como hasta esos momentos ningún esfuerzo había sido suficiente para liberar a su padre se había conchabado con Miguel, un amigo suyo que era hijo de un oficial de la Guardia Civil afincado en Albarracín, el cual tenía decidido marchar a combatir a Rusia con los alemanes. Aunque lo cierto es que entre ambos existían notables diferencias, el joven de la capital serrana estaba afiliado a la Falange y lo hacía por ideología mientras que Faustino era únicamente por necesidad.

El primer domingo de septiembre del año 1941 Faustino y su madre Enriqueta recogieron a Esperanza para llevarla a la masada de *Chulilla* a vivir con su otra abuela Margarita. Les partía el corazón separarse de la pequeña pero era inevitable en vista de la situación que vivía, y como además estaba mosén Pascual con sus inquinas de por medio resultaba la opción menos mala. Aunque recientemente había cumplido siete años y no dejaba de ser una *muchicha*, lo cierto es que era voluntariosa y podía ayudar a Concepción a realizar alguna tarea dado el estado de Margarita. Ésta, todavía estaba recuperándose de su problema ocular e iba recobrando, aunque con bastante lentitud, la visión de uno de sus maltrechos ojos. Eso sí la niña tenía confundidos sus sentimientos. Por una parte triste porque ya no estaría con sus amigas de Monterde y sus abuelos paternos durante mucho tiempo, por otra alegre al irse a vivir con su otra abuela a la que tanto quería. Y sobre todas estas sensaciones basculaba una pena infinita por haber dejado de ver a su madre Violeta a comienzos del verano, poco tiempo después de los sucesos de la escuela y el cura del pueblo.

Una vez llegaron a la masada les recibieron Margarita y Concepción con vivas muestras de alegría. Por su parte, Faustino bajó del carro los bártulos de la pequeña con su inseparable muñeca *Paloma*

junto a algunas vituallas que habían conseguido en el pueblo y de las que ellas estaban tan necesitadas, sobre todo desde el encarcelamiento de Cosme y Violeta. Comieron todos juntos y cuando acabaron, Faustino se dedicó a arreglar algún que otro desperfecto visible de la casa. Una vez reparó lo más urgente quedó con las mujeres que volvería días más tarde con material y lo acabaría todo, luego, él y su madre subieron al carro y retornaron a Monterde.

La pequeña Esperanza ya conocía la masada y recordaba muchos de los rincones de los alrededores pero a pesar de todo existía una cuestión que no había podido superar en sus pocos años de vida: su miedo al monte sabinar. Durante los meses anteriores siempre que su madre la dejó en compañía de la abuela, la niña se resistía a salir de aquella casa e incluso por causas que no sabía explicar apenas se atrevía a traspasar los umbrales del complejo de la masada. Pero ahora estaba de nuevo allí, se quedaría a vivir durante una temporada que se presumía larga con aquellas mujeres que tanto la querían, por eso había hecho el firme propósito de no defraudarlas. Y en efecto, desde un principio se tomó en serio ayudar a sus *tatas* tal como las llamaba. Para empezar, aquel mismo día comenzó por replegar los *vajillos* de la mesa una vez hubieron comido amontonándolos en la canasta para ir a lavarlos al corral. Sin embargo, con su escasa fuerza apenas podía levantarla y tuvo que ser Concepción quien la ayudara a transportarlos, y luego la dejó allí mientras la *muchicha* los limpiaba con el agua depositada en un gamellón al mismo tiempo que jugaba.

—Pobre niña... ¿qué marcha va a llevar en la masada?, —preguntó Concepción a su amiga y compañera de fatigas nada más verla entrar en la cocina.

—La cuidaremos de la mejor manera posible —respondió Margarita segura de sí misma—. Contigo que arrime el hombro en la casa todo lo que pueda y yo la llevaré al aprisco para que me ayude a pastorear. Aunque todavía no veo del todo bien creo que me las apañaré con ella y así tendré la oportunidad de enseñarle las materias de la escuela para que no pierda comba en los estudios.

—Haz lo que quieras pero no estaría de más que también le enseñaras a trabajar en lo que fuera como hacer quesos o jabón..., aunque es pequeña casi está en la edad en la que comenzamos nosotras ¿O es que ya no te acuerdas?

—Yo sí lo recuerdo pero hay una cosa con la que no cuentas Concepción, ¿te has fijado en la mirada tan triste que tiene? No es para menos. Mi pobre niña apenas conoció a su padre y por si fuera poco encierran en la cárcel al abuelo y a su madre aunque la chiquilla no sabe que está allí, o también la muerte de mi marido su otro abuelo... ¿no te parece todo esto una locura?

—No te lo discuto pero se puede empezar dándole cariño y solo cuando la situación sea propicia buscar el momento para ir enseñándole a trabajar —le instó de nuevo.

—Mira Concepción, a mí no me parece bien —volvió a reafirmarse Margarita—. En esta época que nos ha tocado vivir todas las personas hacen lo posible para salir adelante, las mayores como nosotras luchando contra el hambre e intentando sobrevivir y los niños para hacer que sea eterno su mundo de fantasía, así desarrollan su imaginación y de esta manera cuando son adultos tienen más opciones para progresar en la vida. Mi nieta acaba de cumplir los siete años y está en plena infancia, por eso, enseñarle a trabajar después de todo lo que está sufriendo es lo último que se me ocurre. Deseo que su niñez transcurra con toda normalidad, dentro de poco tiempo ya será una jovencita y estará preparada, es más tendrá el resto de su vida para aprender lo que significa el trabajo y sufrir de sobra en este valle de lágrimas. Pero mientras mantenga la edad de la inocencia yo la trataré como tal y la haré vivir de la manera que lo haría cualquier niña con sus años. Es una etapa muy corta de la vida y mi nieta ha sufrido como nadie, por eso no deseo que padezca más y como te he dicho en pocos años ya tendrá tiempo, todo el tiempo del mundo. Vendrá conmigo al aprisco a soltar el ganado y le haré ver que me sirve su ayuda aunque no sea así, y a cambio de su compañía jugaré con ella y poco a poco le iré abriendo los ojos ante esta perra vida.

—¡Pues que así sea! —Concepción dio por finiquitada aquella discusión viendo la firme determinación de su amiga.

Lo cierto es que Margarita era una mujer de armas tomar y eso que su vida no había sido nada placentera desde que llegó siendo pequeña a Monterde procedente de su Jabaloyas natal. Sus progenitores eran verdaderamente singulares e influyeron de manera notable en su educación. Su padre era maestro y se hizo cargo de la escuela de Mon-

terde a comienzos de siglo haciéndola partícipe desde su más tierna edad de la importancia de la educación y su amor por la lectura.

Todo ello hizo de aquella muchacha una persona estudiosa e inquieta que la distinguía y diferenciaba entre el resto de los jóvenes del pueblo, con una capacidad intelectual tan solo equiparable a la de Boro, el maestro durante la República, y al secretario Ramón Sánchez. Mientras que por parte de la madre fue educada bajo los criterios naturalistas y paganos que habían mantenido sus antepasados, causa de la defenestración de su familia en Jabaloyas y su posterior traslado a Monterde. Años más tarde, las necesidades económicas marcaron su futuro con una boda no del todo deseada y la muerte de sus padres por lo que tuvo que acceder a diferentes trabajos para poder sobrevivir.

De todas sus creencias había hecho partícipe a sus dos hijas y pensaba hacer lo mismo con sus nietos aunque como consecuencia de la guerra solo podía contar con Esperanza. Su mente ágil y lengua acerada le había ocasionado más de un disgusto al discutir contra quien fuera si creía estar en posesión de la razón. Y por eso precisamente se encontraba desterrada del pueblo, uno de sus acérrimos enemigos era nada menos que el párroco local al que puso en jaque en más de una ocasión durante la República, algo que jamás le perdonó.

La primera noche, abuela y nieta se acostaron juntas al tiempo que Margarita decidió que también lo harían en las siguientes hasta que Libertad o Esperanza —porque estaba hecha un lío y no se decidía cómo llamarla—, tuviera la suficiente entereza para dormir sola en el catre que le habían acondicionado entre los numerosos cachivaches de la cambra. La cuestión del nombre de la pequeña era de suma importancia. Si bien el corazón le decía que tenía que ser el que le habían puesto sus padres, lo cierto es que el sentido común le indicaba justo lo contrario para no ahondar todavía más en la confusión que sin duda alguna padecía la niña.

Por todo ello tuvo que ceder a sus deseos tragándose el orgullo y decidió que la llamaría Esperanza mientras no cambiaran los tiempos o los curas siguieran mandando en todo. Desde el día siguiente Margarita se esforzó en cumplir con su cometido y después de desayunar acudía con su nieta y *Careto* a pastorear el ganado. Como siempre que salían llevaba consigo un garrote y Esperanza se fijaba mucho en lo que hacía, su abuela decidió regalarle un cayado de sauce que encontró

en la cambrá de la masada cuando fueron allí a vivir. Después de soltar el rebaño acudían a varios lugares, aunque tenían predilección por el Vallejo del *Torrucó* cercano al aprisco donde en ocasiones las guardaban, y por una pequeña dehesa próxima a *Sabinaquemada*.

Durante los primeros días la niña caminaba siempre junto a su abuela y bastante insegura por la desconfianza que seguía manteniendo hacia el sabinar, aunque lo cierto es que su miedo se debía más que nada al desconocimiento de aquel bosque. Tan solo en algunas ocasiones había ido junto a su madre a la masada, pero siempre se sintió insegura y eso le creó el desasosiego que padecía en esos momentos. Margarita, conocedora de sus temores y vacilaciones, siempre que salían la llevaba cogida de la mano para que no se asustara, hasta que un día decidió que lo mejor mientras caminaban sería contarle alguna historia sobre aquél monte con el fin de que dejara de lado su atávico miedo.

La relación que había mantenido Margarita con el sabinar había sido la normal de una persona acostumbrada a moverse por el mismo llevando a pastorear a su pequeño ható de ganado. Sin embargo, esta situación había cambiado considerablemente con el accidente que padeció poco tiempo después de que se llevaran a la cárcel a su hija Violeta. Bien fuera porque su estado de ánimo se vino abajo o por la tensión del momento, lo cierto es que una mañana sufrió un desmayo golpeándose la cabeza en su caída y como consecuencia del accidente sufrió una pérdida parcial de visión.

A pesar de aquel percance siguió empeñada en seguir guardando el rebaño aunque ahora con la inestimable ayuda de *Careto*, el viejo perro pastor, y de Concepción, que la acompañaban al aprisco y luego hasta las proximidades del prado donde solía pacer el ganado durante el verano. En todo este tiempo, Margarita tuvo que mantener los ojos tapados como le indicó el único curandero que se atrevió a visitarla. Pero lo cierto es que ese percance alteró su vida para siempre porque debido a su ceguera parcial aprendió a escuchar la vida invisible de aquel milenario bosque. Por eso, cuando tiempo después recobró la visión casi por completo en uno de sus ojos se dio cuenta que su integración en la naturaleza era mayor de cómo había sido con anterioridad. Y ahora, con la presencia en la masada de su nieta y además con los temores que llevaba a cuestras, pensó que podía transmitirle sus recientes sensaciones por ver si de esta manera lograba superar sus recelos de una vez por todas.

—Esperanza quiero que escuches al sabinar —le comentó cierta mañana señalando con la mano a su alrededor.

—No oigo nada abuela.

—Será porque prestas demasiada atención a lo que ves y por eso no utilizas igual el resto de tus sentidos —comentó Margarita soltando de la mano a la pequeña, plenamente encantada de la inocencia y sencillez de aquella respuesta—. Tienes que saber que el bosque habla y su lenguaje son los sonidos que escuchas, apreciarás cómo estos se multiplican cuando cierras los ojos y te centres únicamente en el sentido del oído. Lo mismo ocurre con el olfato, las fragancias que emana la naturaleza se multiplican si te olvidas de mirar y escuchar, para concentrar tu mente en percibir únicamente los olores del monte. Si solo te dedicas a observar el sabinar con tus ojos te darás cuenta de la grandiosidad de su belleza, es bien cierto, pero a cambio perderás otras sensaciones igual de hermosas. Por eso resulta imprescindible adecuar todos tus sentidos y no solo el de la vista para poder captar el entorno tan maravilloso que te rodea de la mejor manera posible.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—Paremos por un momento y cierra los ojos, mantente quieta y escucha... —Comentó Margarita al tiempo que se los tapaba con tacto exquisito.

La niña obedeció a su abuela y se mantuvo inmóvil elevando el mentón como si quisiera captar su horizonte más próximo y, tras un breve silencio, Margarita continuó su relato con un hablar pausado y a baja voz.

—Ahora sentirás como te envuelve la vida del bosque, el sonido de la brisa al estrellarse en tu cuerpo, o cuando lo hace sobre las ramas de los árboles. Además, si te concentras puedes percibir una resonancia diferente según sea el tamaño del objeto con el que colisiona el aire... Y cuando controles esas sensaciones podrás abrir tu percepción a otros sentidos que son más fáciles de apreciar, como el olfato. Las rachas de viento te llevarán los aromas más diversos que esconde el sabinar, olerás a manzanilla, tomillo, ajedrea, té y otras hierbas propias de la primavera y comienzos del verano... Por supuesto sabrás que estás en el estío no solo por el calor sino por el perfume que exhala la mies recién cortada. Y percibirás que estás en el otoño cuando tu olfato se empape con las fragancias de los prados y bosques y el olor de las setas llegue a

ti impregnado en el aire húmedo propio de la estación... Notarás asimismo por la fuerza del calor si te encuentras en la sombra o al sol y si éste deja de calentar de pronto intuirás que hay nubes en el cielo. También aprenderás a reconocer los diferentes pájaros que viven en el sabinar porque son los más escandalosos que existen, incluso puede que escuches al resto de los mamíferos que pueblan estos contornos como este ganado que llevamos a pastorear.

Esperanza abrió los ojos y señaló a las ovejas que guardadas por *Careto* estaban escampadas no muy lejos de donde se encontraban. Las dos rieron con ganas porque en efecto el ganado descansaba en una pequeña dehesa situada en medio del sabinar, y era casi constante el tintineo de los cencerros cuando se movían las reses así como sus balidos y no digamos del olor que dejaban a su paso. La primera lección estaba bien aprendida, lo había entendido a la perfección y así se lo hizo saber a la abuela en medio de una amplia sonrisa. Ésta quiso continuar con su disertación y volvió a cerrarle los ojos con la mano.

—Existe también otro tipo de vida en el monte que apenas se ve pero que ahí está sobre todo para hacernos la vida imposible en muchas ocasiones —continuó—. Ahí tienes los insectos y según el zumbido que escuches podrás diferenciar a moscas, tábanos, abejas, avispas e incluso los zánganos y moscardones. O también sabrás que estás cerca de una charca cuando escuches el croar de las ranas.

En estos momentos Esperanza hizo lo que se podía esperar de cualquier cría a su edad y abriendo nuevamente los ojos comenzó a croar en medio de una prolongada risa. Su abuela sonrió ante la reacción de la pequeña y comprendió que ese era el camino que debía de seguir para salvar a su nieta de su anterior apatía tristonera. Y por tercera vez volvió a cerrarle los ojos aunque antes de hacerlo se colocó el dedo índice entre los labios indicándole que se callara.

—Y por último tenemos el silencio, el que tú crees sentir y el real. Por eso quiero apercibirte de algo muy serio, para que te pongas siempre en guardia cada vez que no escuches nada pero absolutamente nada, cuando el silencio absoluto te envuelva de tal manera que ni tan siquiera sientas los latidos de tu corazón. Entonces cierra los ojos por un instante y si continuas percibiéndolo vuelve a abrirlos y ponte inmediatamente en guardia porque el peligro te acechará por donde menos lo esperes. Nunca olvides que el lenguaje del bosque te trasmite

dos momentos de sumo peligro, por el día lo hace mediante el silencio absoluto y por la noche con el canto del búho.

La niña escuchaba totalmente absorta las explicaciones de Margarita que por cierto le gustaban más que las repetitivas tablas de multiplicar con las que días atrás había iniciado su periplo de maestra. Todo ello a pesar de que aquel vocabulario no acababa de comprender algunas de las palabras pero asentía con total complacencia el relato de su abuela. Por su parte, ésta dio por finalizada la lección del día y con un golpecito en el hombro conminó a su nieta para que abriera los ojos. Ambas se miraron a las caras, sonrientes y se acercaron a donde apacentaban las ovejas y cabras. Margarita no quiso cansarla con nuevos comentarios, tiempo tendría de sobra para continuar con ellos. Viendo lo feliz que veía a Esperanza con sus explicaciones pensó que siempre que la encontrara desanimada podría darle una nueva lección sobre las historias del bosque, daba la impresión de que la niña era muy receptiva y ya había perdido su primitivo temor. Durante el resto del día pudo comprobar como la pequeña jugaba cerrando los ojos por su cuenta cuando le apetecía e intentaba seguir con las indicaciones que le diera su abuela. Todo estaba meridianamente claro para aquella niña, había descubierto un mundo nuevo y fascinante con un sinfín de recorridos en donde se confundían a partes iguales realidad y fantasía.

Ya habían pasado varias semanas desde que llegara Esperanza a la masada y cada vez estaba mejor integrada y, por supuesto, más unida a su abuela. Después de las dudas iniciales por fin se había aposentado en su habitación de la cambra y no tardó mucho tiempo en dormir sola, a veces con la ayuda de la luz de un candil que en ocasiones tenía que apagar Margarita antes de acostarse. Por su parte a ésta no le iban tan bien las cosas por lo menos en lo que a la salud se refiere, daba por perdida definitivamente la visión de su ojo derecho, mientras que el izquierdo tenía que seguir con sus enjuagues de manzanilla y aguantar frecuentes dolores. Respecto a la presencia de su nieta estaba claro que la llenaba de alegría a pesar de las circunstancias tan adversas que habían condicionado su llegada por el ingreso en la cárcel de Violeta, de la que tan solo mantenía un contacto por correo, eso sí, una vez al mes y contando con la censura.

Mientras tanto en Monterde las cosas se mantenían sin grandes cambios, por lo que Faustino finalmente optó por enrolarse en la Divi-

sión Azul junto a su amigo de Albarracín. Antes de marchar a Teruel visitó a Esperanza en la masada de *Chulilla* y decidió con su abuela que ese invierno sería mejor que la pequeña lo pasara en el pueblo con su familia paterna, era la mejor solución dadas las circunstancias y además Margarita había evolucionado favorablemente de su afección ocular. Así pues, a mediados del mes de noviembre la llevó de nuevo a Monterde y gracias a la nueva maestra y a las atenciones dispensadas por su otra abuela Enriqueta, no tuvo demasiados problemas para ser una más de las niñas de la escuela. Pero los sucesos del año anterior no los había olvidado y persistía en su rechazo al sacerdote, ya que a pesar de su corta edad comprendía el enorme daño que había ocasionado a los suyos.

Durante medio año permaneció Esperanza con su familia de Monterde. Llegado el mes de mayo de 1942 mosén Pascual ya había dado muestras de querer entrometerse nuevamente en la vida de la pequeña. Pero ocurrió que a primeros de junio volvió libre su abuelo Cosme de la cárcel de Teruel y apreciando que la situación podía volver a enroscarse, los abuelos paternos decidieron que estaría mejor viviendo con su abuela Margarita, de manera que allí la llevaron a finales de ese mismo mes.

Estaba claro que con sus casi ocho años de edad la pequeña Esperanza no podía elegir el lugar donde poder quedarse a vivir pero si le hubieran dejado escoger lo habría hecho sin lugar a dudas con su abuela Margarita en la masada de *Chulilla*. Sobre todo porque a pesar de la corta experiencia que tuvo durante el año anterior, había sido suficiente para abrirle los ojos y quedó encantada con la vida en el monte sabinar y las historias que le contó su querida abuela, todo ello a pesar de la soledad de aquella finca y de las pocas visitas que recibieron. De manera que su reincorporación fue bastante tranquila muy al contrario de lo que le sucedió en septiembre del año anterior, y a los pocos días de su llegada ya se había acoplado perfectamente. Era feliz aunque mantenía algunos momentos de cierta tristeza como cuando recordaba a su madre Violeta a la que tanto echaba de menos.

Una mañana como otra cualquiera a primeros de julio del año 1942 caminaban juntas Margarita y Esperanza llevando su ganado

hacia *Sabinaquemada*. Pasaron junto a una charca y observaron como un buen número de mariposas iniciaban el vuelo asustadas por el estrépito ocasionado por ellas al bordear aquel minúsculo humedal.

—Mira abuela, mariposas ¡qué bonitas son!

Margarita observó risueña la reacción de su nieta y por su mente pasaron fugazmente algunos cuentos y leyendas escuchadas tanto en Monterde como en su pueblo natal, Jabaloyas. Y pensó con inusitada rapidez la forma de comentárselas para que la niña tuviera una nueva fantasía con la que soñar, el tema del lenguaje del sabinar del año anterior ya había dado todo de sí y notaba que comenzaba a faltarle alguna que otra historia con la que pudiera echar a volar la insuperable imaginación que poseía.

—Esperanza, esos animalitos que ves no son mariposas.

—¿Qué dices abuela? ¡Pues claro que son mariposas! ¿Qué otra cosa podían ser si no?

—Hadas, Esperanza, las mariposas son en realidad hadas que guardan el bosque.

La niña abrió los ojos de par en par incrédula ante lo que decía su abuela, mirándola fijamente como si quisiera corroborar en las facciones de su rostro que estaba diciendo la verdad. Ésta agrandó su sonrisa mientras le acariciaba la cara y sin más preámbulo inició un relato que iba a transformar la vida de su nieta durante los próximos meses.

—Tú todavía no lo sabes pero este sabinar es un bosque mágico donde nada es lo que parece ser. Aunque no lo puedas apreciar en realidad está poblado por seres fantásticos y cada uno de ellos tiene una ocupación en su vida.

—Pero yo nunca les he visto hacer nada raro...

—Mira prenda mía, nada es lo que parece ser. Es bien cierto que en el monte muchos animales luchan por sobrevivir, pero en ese combate también se producen tiempos de tregua durante todos los días y es cuando los seres mágicos que te voy a mencionar realizan las funciones que la Madre Naturaleza ha ordenado para salvaguardar la armonía del bosque. Si no existiera ese delicado equilibrio la vida sería un caos y acabaría desapareciendo de este mundo la totalidad de su fauna de la que nosotros también formamos parte ¡Mira! Ves

esa mariposa de allí, sí, esa que destaca tanto sobre las demás, la más grande de todas y con esos colores tan preciosos —Margarita alzó la voz mientras levantaba el brazo señalando hacia un punto determinado.

—¡Sí! —respondió la niña.

—Pues esa mariposa es la *Isabelina* —Observando la creciente expectación que había logrado en su nieta no dudó en hacerle una pregunta—: ¿Quieres que te cuente la historia de las hadas del sabinar?

—Sí abuela, hazme el favor.

—Vale, pero tienes que prestar atención porque no solo te voy a hablar de las hadas también te voy a relatar la historia de todos los animales mágicos que moran este monte.

La pequeña Esperanza asintió con la cabeza y continuó expectante y con los ojos muy abiertos esperando las palabras de su abuela, intuía que estaba a punto de conocer una historia maravillosa. Por su parte, Margarita estaba que no cabía en sí de gozo ante la actitud de su nieta y pensó detenidamente la forma de enlazar aquel relato. Una vez hubieron llegado a *Sabinaquemada* se sentaron sobre unas grandes losas de piedra a la sombra de una sábina situada justo enfrente de aquella que daba nombre al lugar. Mientras tanto, como siempre, el ganado pacía guardado por el perro pastor en un pequeño prado cerca de donde se encontraban.

—En primer lugar has de saber que entre todos los seres vivos que pueblan este bosque, las mariposas son las más importantes y sobre todas ellas destaca la *Isabelina* que actúa como el Hada Gobernanta del sabinar y está delegada aquí por la Madre Naturaleza. La *Isabelina* tiene cuatro mariposas capitanas y son las más grandes que representan a todas las de su color ya sean amarillas, blancas, azules o moteadas. Todas ellas son las hadas guardianas del bosque. El resto de mariposas que tienen un tamaño más pequeño son las aprendices de hadas y forman la tropa ya que son las más jóvenes y revoltosas, su única misión es obedecer a las mayores y aplicarse en sus enseñanzas. Y si demuestran con el paso del tiempo que han aprendido lo suficiente, la Madre Naturaleza las nombra hadas del bosque.

Detuvo su alocución durante un breve instante para comprobar si su nieta prestaba la atención necesaria a su comentario, y al verla

tan interesada continuó hablando remarcando con su voz —más grave de lo normal— la importancia que pretendía otorgar al relato.

—Como te he dicho la *Isabelina* es el Hada Gobernanta del sabinar, por eso es mágica. Si la ves acompañada será seguramente porque estará enseñando a las otras mariposas sean capitanas, guardianas, simples hadas o la tropa, cualquier cuestión referente a su cargo, pero si únicamente la ves a ella es que va a ocurrir algo trascendental. Tienes que saber que toda persona a la que se le aparece en solitario se verá afectada por algún suceso importante durante las siguientes veinticuatro horas, porque a esta mariposa la Madre Naturaleza le concedió el don de la clarividencia.

—Abuela ¿qué es la clarivi... eso?

—Pues mira es una capacidad extraordinaria y sobrenatural de los sentidos que ayuda a descubrir todo tipo de cuestiones sea cual sea su origen y que además permite adivinar los acontecimientos que sucederán. Eso sí las noticias pueden ser buenas o malas y para poder interpretarlas hay que observar cómo se desarrolla el vuelo de esta mariposa. Si es errático seguramente serán malas noticias pero si asciende y baja repetidas veces con majestuosidad y elegancia no cabe duda que se trata de buenos augurios. También hay que tener en cuenta que si después de su aparición y baile observas que va desplazándose hacia un lugar determinado, es porque de allí procederá el suceso que nos está advirtiendo, sea bueno o malo. Otro de los dones que tiene esta mariposa es el de la intuición, por lo que saben si las personas que van por el monte han realizado alguna barrabasada y entonces hacen lo posible por castigarlas, pero si al contrario tienen buenos sentimientos siempre que pueden les ayudan. Y como la *Isabelina* también es muy perspicaz e incluso a veces vengativa, conviene no molestarla nunca ni a las de su especie por las represalias que pueda tomar.

—¡Ahí va! —Atinó a decir la niña mirando a su abuela en medio de un asombro incontrolado.

—Una cosa más Esperanza, ¿te has fijado bien cuál era la forma de la mariposa *Isabelina*?

—Sí, era la más grande de todas, de color verde claro con rayas más oscuras y círculos de muchos colores... ¡ah!, y con una cola muy larga... creo...

—Eso está muy bien, pero será mejor que no lo olvides nunca y cuando vayamos juntas y las veamos vuelvas a fijarte bien para retener en tu memoria su forma y color. Y ahora sigamos con los otros seres mágicos del sabinar y aquí tenemos también a los saltamontes, siempre los verás brincando por los alrededores de las mariposas y son los pajes de las hadas del bosque que les sirven en sus deseos. Cuando la *Isabelina* visita los rincones de sus dominios manda por delante a sus pajes para avisar de su llegada. Además de los otros animales del sabinar has de saber que ella tiene por lugarteniente y consejero al Búho Real. Éste, le sirve de enlace con todas las aves y vigila el bosque desde que se pone el sol hasta que sale de nuevo porque es el momento en que descansa el Hada Gobernanta. Por eso es frecuente escuchar al búho ulular rompiendo el silencio de la noche, de esa manera avisa de los peligros que se ciernen sobre los animales que habitan por ese contorno.

—¡Uy qué bonito! Pero... ¿y eso del ulular qué es abuela?

—Lo que te he dicho, es el canto del búho. Mira es parecido a esto.

Margarita se colocó las manos juntas sobre la boca y expulsando aire mientras movía los dedos realizó algo parecido al sonido que realizaba dicha ave. Esperanza quiso imitarla pero al comprobar que no sabía hacerlo se encogió de hombros, bajó la mirada al suelo y comenzó a recordar la cantidad de información que acababa de recibir. Nunca se había imaginado que el sabinar guardara aquellas maravillas que le había contado su abuela y recordaba que desde siempre había tenido miedo a ese bosque, pero claro, debía de ser porque ignoraba la magia que encerraba. Se mantuvo en silencio mirando a su alrededor como queriendo reconocer alguno de aquellos seres maravillosos cuya existencia acababa de conocer en la naturaleza que le rodeaba. Observó a lo lejos un grupo de mariposas y sonrió abiertamente porque ahora sabía sus secretos. También entre el verdín del suelo existente bajo la sabina donde estaban descansando pasaron de forma fugaz dos pequeños saltamontes, ello ocasionó que Esperanza levantara la mirada siguiendo su abrupto recorrido. Margarita también levantó la vista pero fue para observar la posición del sol y como comprobó que ya era mediodía decidió volver al aprisco para guardar el ganado e irse a comer a la masada. Así lo hicieron y, después de dar buena cuenta de las gachas preparadas por Concepción junto al descanso correspondiente, volvieron a media tarde para soltar otra vez al rebaño. Hasta

que llegaron al prado situado cerca de *Sabinaquemada* la pequeña se mantenía en silencio observando todo a su alrededor. Pasaron de nuevo cerca de la charca de la mañana pero en esta ocasión el grupo de mariposas era menor y no se encontraba la *Isabelina* por más que Esperanza se esforzara en mirar. Fue ella quien cogió de la mano a su abuela y la volvió a sentar en las losas donde se habían acomodado hasta el mediodía.

—Cuéntame más cosas de los seres fantásticos del sabinar abuela.

—No has tenido bastante esta mañana que todavía me pides más.

—Por favor abuela me ha gustado mucho lo que me has contado y estoy segura que conoces más historias, anda cuéntamelas...

Margarita sonrió maliciosa ante la petición de su nieta y después de pensar detenidamente por donde iba a continuar decidió seguir con el relato fantástico del sabinar de Monterde de Albarracín.

—Si quieres que te hable del mundo mágico de este sabinar así lo haré no te preocupes —la tranquilizó—. Mira, en primer lugar quiero que sepas que es un bosque enorme que se extiende a lo largo de la Sierra de Albarracín. El monte sabinar que hay en los pueblos de Saldón y Valdecuencia es precioso y los árboles son grandes y están bien cuidados, también los de Bezas sobre todo alrededor de su hermosa laguna, y por supuesto los de Albarracín, Pozondón, Bronchales y Torres. La diferencia es que el de Monterde además de ser el más extenso de todos es el que posee los ejemplares más feos, rugosos y retorcidos, de manera que resulta más fácil esconderse de cualquier peligro. Por eso, el Hada Gobernanta del Sabinar ha escogido este bosque para gobernar desde aquí a todos los sabinares de la Sierra de Albarracín. Y en su labor tiene la inestimable ayuda de los seres mágicos que lo habitan: los geniecillos durante el día y los duendes desde que oscurece.

—Abuela ¿y cómo son los geniecillos y duendes?... Y las sabinas donde moran ¿están cerca o lejos de aquí? —Preguntó la niña vivamente interesada.

—Muchas cosas me pides Esperanza... pero bueno vayamos por partes. De los geniecillos puedo decirte que son traviosos y juguetones aunque también muy pequeños casi como la palma de la mano. Mientras hay luz trasladan las órdenes del Hada Gobernanta a los ani-

males del bosque y lo hacen como si fuera un pasatiempo lleno de diversión. Para los ojos de los seres humanos son prácticamente invisibles pero sin embargo los animales sí que los pueden ver. Y cuando han comunicado los mandatos se esconden y a la menor oportunidad brincan y corretean en medio de sus juegos o también se transforman en cualquier vegetal, sobre todo las setas, porque tienen ese don. Sin embargo nosotros no podemos verlos y como se trata de seres mágicos solo se puede intuir por donde se encuentran al escuchar ruidos extraños o movimientos entre la vegetación, porque si se dirige la mirada hacia donde crees que están se diluyen en la nada y desaparecen. Tan solo podemos apreciar algo de su contorno al observar de reojo hacia el lugar donde se intuye que están, pero como mucho solo podemos ver su sombra en apenas un suspiro, precisamente por eso, porque son seres prodigiosos.

—Vaya qué lata... ¿y los duendes tampoco los puedo ver?

—La verdad es que son muy diferentes a los geniecillos sobre todo en el carácter ya que son pacíficos y virtuosos como nadie. Observarlos es algo complicado, no tienen un aspecto determinado con el que se les pueda reconocer con claridad y están formados por una especie de aura... bueno, para que me entiendas, como si fueran un trozo de niebla pero muy pequeño. Durante el día no se pueden encontrar porque descansan escondidos en sus casas situadas en el interior de las sabinas y allí mantienen la forma que a ellos más les complace. Conforme va oscureciendo y comienzan a salir de sus moradas lo hacen como si fueran el aliento de un espíritu y por lo tanto sin tener una forma definida.

—Pero entonces abuela... ¿cómo los puedo reconocer?

—Ese es el problema, porque los duendes tienen el aspecto que tú quieras que tengan, ni más ni menos, por eso los vemos como nuestra mente quiere que los veamos.

—Pero... no lo entiendo...

—Mira Esperanza en este mundo no hay dos personas iguales, por eso nuestra imaginación se proyecta de distinta manera hacia esos espíritus y así los moldeamos dependiendo de la fantasía, el estado de ánimo y nuestra conciencia. Es por eso que cualquier persona que logre verlos apreciará en ellos rasgos diferentes. Como te he dicho antes son seres fantásticos, espíritus creados por la Madre Naturaleza pero que

moldeamos nosotros mismos con nuestra imaginación. Por eso los duendes resultan diferentes para cada una de las personas que los observan.

—O sea que yo puedo verlos de una forma y tú de otra...

—En efecto, veo que lo has comprendido ¡Pero que niña más lista eres! —respondió con evidentes signos de satisfacción al tiempo que le pellizcaba ligeramente los mofletes.

Margarita observó con detenimiento a su nieta y comprobó complacida su ensimismamiento. Podía percibir a través de aquella mirada como su mente infantil construía en su imaginación el relato que acababa de escuchar con tanto interés. Y después de un breve paréntesis continuó con la narración.

—Y respecto a las sabinas donde moran geniecillos y duendes te diré que lo hacen en los árboles más espantosos y enroscados de Monterde, que se encuentran en el Bosque de las *Pesadillas* y también dentro del Barranco del *Horcajo*. Encontrarás esos árboles si te fijas bien en sus formas porque se trata de los ejemplares centenarios más antiguos y que el paso de los años los ha ido moldeando hasta lograr las formas más retorcidas que te puedas imaginar. Por eso precisamente y por la gran cantidad de agujeros y recovecos que tienen esas sabinas sirven de vivienda a las familias de estos seres maravillosos. También tienes que saber que en el momento que llega la noche los cánticos que se escuchan cuando estás en el sabinar son las llamadas de los duendes para reunirse. Además de esos cantos tienes que prestar una atención especial al del Búho Real que es el que te enseñé esta mañana y siempre indica algún tipo de peligro.

Los ojos de la niña se volvieron a abrir de par en par, ahora la historia había dado un giro importante y otro mundo fantástico y extraordinario se abría ante ella. A su lado, Margarita gozaba como nunca al comprobar el interés de su nieta en todo lo que le contaba. Cuando estaba a su lado se olvidaba de todos los males que le habían perseguido durante los últimos años, tan solo tenía puesta su atención en la pequeña Esperanza o Libertad porque en definitiva, se llamara con el nombre que fuera, lo cierto es que tenía mucho que ver con su propio futuro. Mientras tanto seguía sonriendo ajena a sus preocupaciones más íntimas al tiempo que continuaba con la narración...

—Pero eso sí, prenda mía, también tengo que prevenirte sobre las sabinas traicioneras —siguió la abuela con su disertación—. Unas

las reconocerás porque son también ejemplares de tronco retorcido pero que no disponen de agujeros donde puedan vivir los duendes y geniecillos del bosque. Esos árboles están malditos y se dice que son la representación atormentada de las almas de aquellas personas que sufren en el infierno por los malos actos realizados cuando vivían. Incluso existen ancianos en el pueblo que aprecian en la forma de alguna de esas sabinas a qué vecino fallecido se asemeja, como la sabina del tío *Aniceto* que ya te enseñaré un día. Las otras que tienes que cuidarte de ellas son las que no tienen limpio el tronco y su ramaje marchito llega casi hasta el suelo. Se cuenta que estos ejemplares son espectros plantados por el mismísimo diablo para sembrar el terror entre los pastores y caminantes que atraviesan el bosque. Por eso hay que evitar quedar enganchada de alguna de sus ramas secas porque su intención es atrapar a los desprevenidos e incautos viajeros. Y si mantienen sujeta a una persona sin que se pueda separar durante un día entero su espíritu pasa a poder del demonio que transforma su cuerpo en una nueva sabina a imagen y semejanza de aquella que le aprisionó. Pero los que vivimos en las cercanías del sabinar somos más precavidos, por eso llevamos al ganado a las partes bajas de esos árboles para que se coman los brotes cuando son tiernos, de esta manera sus troncos crecen limpios y al estar las ramas situadas por encima de nuestras cabezas no nos pueden retener.

Con ese aluvión de historias Esperanza se encontraba como sumida en una nube, aquél universo extraordinario que existía en el sabinar nunca se lo había podido imaginar de no haber sido por su abuela. Por su parte, ésta se encontraba realmente satisfecha por el nuevo mundo que le había mostrado a su nieta, desde luego estaba logrando su cometido y la niña fantaseaba con aquellas historias. Como le dijo en su momento a Concepción, tiempo tendría Esperanza de madurar y hacerse mayor pero antes debía de gozar como cualquier niña a su edad.

La excitación de aquel día cobró factura a Esperanza que apenas pudo conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada y así lo notó su abuela cuando fue a despertarla a la mañana siguiente. Durante el resto del día a la niña se la veía fatigada y muy lenta de reflejos, el cansancio había hecho mella en ella. De manera que cuando a la tarde recogieron el ganado, Margarita decidió hacer algo para que no se volviera a repetir el insomnio de la noche anterior.

—Esperanza quiero hacerte un regalo.

—¿De qué se trata abuela?

—El otro día me trajeron de una cerería de Teruel varias velas que hace una vieja amiga mía de Jabaloyas. Te voy a poner una en el candil y ya verás cómo ilumina...

—¿Pero qué tiene de especial abuela?

—Pues... —recogió aquel envite al vuelo y tras un breve titubeo pensó en la forma de comentarlo— Es que se trata de una vela especial... realizada con cera que ha sido recogida en el monte Jabalón durante la madrugada de la primera luna llena después del día de san Juan.

La niña se giró mirando de nuevo a su abuela e intrigada seguía sin comprender que tendría de especial aquel cirio de color crema y algo rugoso que estaba sacando la mujer entre varios envueltos en un paquete. Sin embargo, las palabras de Margarita realizadas a baja voz como si fuera a contar algún misterio la sustrajeron con rapidez de su introversión.

—Es una vela prodigiosa... la luz que desprende es mágica y te hará ver entre las sombras aquello que tu desees... Mira, la vamos a colocar en este viejo candil y la pondremos sobre la mesita de tu alcoba. Luego cierras los ojos y no tienes que abrirlos bajo ningún concepto... Mientras, piensa en las cosas más bonitas que te han pasado ese día o en lo que tú quieras... ya verás cómo sin necesidad de volverlos a abrir te sumerges en el mundo que estás deseando vivir y a la mañana siguiente lo recordarás todo ¡Ah! y no te preocupes por apagar la vela porque su luz como es sobrenatural cesará por sí sola en el momento que penetres en ese mundo fantástico.

Margarita pensó que de esta manera su nieta no estaría pendiente del candil y se podría dormir con más facilidad, ya encontraría ella el momento de subir a la cambra y apagarla cuando estuviera dormida. Sin embargo durante esa noche, Esperanza nuevamente siguió sin poder conciliar el sueño por más que cerrara los ojos con redoblada insistencia. Todavía seguía algo alterada por las fantásticas y maravillosas historias que le había contado su abuela el día anterior y durante esa misma tarde. Después de una hora larga revolviéndose en la cama sin poder dormir por el insomnio notaba que cada vez tenía más seca

la garganta, aguantó todo lo que pudo hasta que por fin decidió acudir a la cocina y beberse un buen trago de agua, eso sí antes de levantarse tuvo la precaución de esconder a su muñeca *Paloma* debajo de la almohada. Bajó las escaleras con el candil en la mano y mucho tiempo no fuera a despertar a sus queridas *tatas*, pero lo cierto es que los ronquidos que salían de sus habitaciones le indicaron que estaban sumidas en un profundo sueño. Por supuesto, tampoco hizo el menor ruido cuando volvió a subir una vez hubo saciado su sed, sus pisadas apenas se escuchaban entre aquella sinfonía de gruesas respiraciones.

Una vez de nuevo en la cama seguía sin poder dormirse a pesar de volver a cerrar los ojos por lo que decidió apartar el candil de la mesita no fuera a ser que la tenue luz que emanaba fuera la causa que le impedía conciliar el sueño. El ligero bamboleo mientras lo depositaba encima de un tocón situado en un lateral de la cama inundó de luces y sombras nuevas aquella habitación, dándole la impresión de que todos los objetos inanimados allí depositados habían cobrado vida. Y ciertamente estos eran muchos porque en aquella cambra se guardaban trojes para el cereal, y además estaban acomodadas en la pared una buena cantidad de horcas de diferentes puntas, palas y escobas de retama junto a un par de estropeados baúles y varias antiguallas desparrramadas por el suelo o colgadas de las vigas del techo. En un principio se asustó, no reconocía su cuarto para nada aunque no tardó en recomponerse al pensar que sin duda alguna se trataba de la fantástica visión que le había apercibido su abuela. Desde luego llevaba dos días muy especiales, en estos momentos se encontraba la mar de contenta y la felicidad que sentía acabó por trastocar completamente todos sus temores. Dos pasos decididos y un salto felino la incorporaron de nuevo a la cabecera de la cama. Buscó debajo de la almohada hasta dar de nuevo con su querida muñeca a la que abrazó con fuerza y dándole la vuelta la colocó mirando hacia el fondo de la cambra.

—Mira *Paloma* que bonito está el sabinar esta noche —le comentó al tiempo que la sujetaba con un brazo y deslizaba el otro abarcando el frontal de la habitación para mostrarle aquel imaginario bosque.

Acto seguido se giró y dobló la almohada para recostar su cabeza sobre ella, se arrojó con la manta y suspiró profundamente mientras por tercera vez cerraba los ojos siguiendo el consejo que le dio Margarita.

—Sabes, te voy a contar la mágica historia del sabinar de Monterde, no te puedes ni imaginar la de seres maravillosos que viven allí.

A continuación comenzó a relatar a su querida muñeca las fantásticas historias que le había comentado su abuela desde que llegó a la masada. Poco tiempo después el sueño por fin acabó ganando la partida y cuando se despertó a la mañana siguiente su rostro era la viva muestra de la más completa felicidad. Esa fue la primera de todas las noches donde su imaginación voló como nunca lo había hecho. Aquel universo lleno de fantasías parecía que nunca iba a tener fin y descubrió en la cambra de la masada un mundo nuevo, y eso que muchas mañanas al levantarse no recordaba el sueño que había tenido. Pero para ella todo era igual e insistía en realizar la misma rutina de cuando se acostó aquella increíble noche. Primero colocaba el candil en el tocón, para apreciar a continuación como los objetos de aquella habitación parecían cobrar vida y se transformaban en un bosque gracias a los vaivenes de la luz, a continuación cerraba los ojos y no los abría por muchos ruidos que pudiera escuchar. Eso sí todas las mañanas cuando se levantaba el candil ya estaba apagado como le pronosticó su abuela, lo cual era señal —pensaba Esperanza— que durante esa noche había visitado aquel mundo mágico.

En todos los sueños que podía recordar se imaginaba que era una mariposa pequeña, su madre Violeta la *Isabelina* y la abuela Margarita por supuesto, la Madre Naturaleza. Y que ella un día al hacerse mayor se hacía merecedora de ser nombrada nada menos que el Hada Gobernanta del sabinar. Entonces se veía rodeada de los pajes mientras viajaba por el bosque y daba las órdenes pertinentes a sus súbditos. Y cuando oscurecía mientras descansaba tranquila y feliz por el trabajo realizado, observaba como el Búho Real hacía su papel con el resto de las aves. Eso sí, en todos sus viajes fantásticos se veía acompañada de su inseparable *Paloma* que por obra y gracia de la magia la había convertido en un saltamontes y actuaba como el mayordomo de sus pajes. En definitiva, cada historia que le contaba su abuela cobraba vida durante las noches cuando la luz que emanaba de aquel mágico candil, su imaginación y el sueño se aliaban y la introducían en un mundo diferente solo apto para la fantasía infantil.

A primeros de julio de 1942 Violeta ya había cumplido el primer año de estancia en una cárcel de mujeres en Zaragoza y su vida allí era realmente muy difícil de sobrellevar. Jamás se imaginó que le pudiera ocurrir algo semejante pero le había quedado claro que ese destino o uno peor era lo que les esperaba a los perdedores de la Guerra Civil. La ausencia de su marido Rafael se le hacía realmente insostenible a pesar del tiempo que había pasado desde que se lo llevaron, o quizás fuese por eso mismo, pero lo cierto es que era una herida que resultaba imposible de cicatrizar. Además, los peores augurios se cebaban en ella y su ánimo recaía hasta límites alarmantes conforme escuchaba al resto de las reclusas comentar las atrocidades que habían padecido sus respectivas familias. Si no cometió ninguna locura fue sobre todo por el recuerdo de su querida hija a la que jamás imaginó hasta donde la podía echar de menos, así como a su madre y también al resto de la familia.

Con cierta periodicidad recibía cartas de Margarita pero la censura de la propia cárcel le impedía poder leerlas en su totalidad, siempre aparecían los sobres abiertos y en más de una ocasión con tachones sobre alguna cuestión que no aceptaban los censores. Especialmente al principio de su estancia fueron más numerosas las cartas parcialmente mutiladas, pero cuando ella y su madre comprobaron los hechos procuraron no escribir nada sospechoso para que éstas llegaran intactas. A las dos les molestaba como nadie se podía imaginar que reventaran la intimidad que para ellas representaba su correspondencia, ya que era el único enlace que mantenían. Había llegado un momento donde casi no les importaba que las leyeran pero que suprimieran parte de su contenido, por regla general cuestiones personales, era algo que ni de lejos podían soportar.

Nadie de su familia pudo viajar hasta Zaragoza para visitarla pero sí que lo hizo con alguna frecuencia un familiar de Fernanda, la otra mujer de Monterde de Albarracín que estaba allí encerrada por el mismo motivo que Violeta. Esta reclusa era viuda de Florentín un amigo íntimo de su marido Rafael y perteneciente a la directiva del sindicato del pueblo, el cual fue detenido por guardias civiles al comienzo de la guerra y poco tiempo después se enteraron de que lo habían fusilado muy cerca de Gea de Albarracín. La mujer era asimismo una excelente persona, siempre habían sido amigas y en la cárcel incrementaron su relación debido a la ayuda mutua que se prestaban.

Precisamente, el estar juntas en su cautiverio les hizo posible superar aquella miserable vida porque en caso contrario habría sido extremadamente difícil. Por lo pronto compartieron un colchón comprado por la familiar de Fernanda que vivía en la propia Zaragoza ya que las reclusas de la cárcel dormían en una especie de estera o petate bastante incómodo, y más teniendo en cuenta el clima riguroso de la capital.

La alimentación era sencillamente mala e insustancial pero afortunadamente casi todas las semanas los familiares de Fernanda le llevaban paquetes con algo de comida que compartía con Violeta. Más aún, en el momento que supieron de las deficiencias sanitarias que padecían las reclusas se las ingeniaron para colocarles pastillas dentro de alguna pieza de longaniza o en el resto de la chacina. Semejante acción no dejaba de representar un riesgo considerable, en caso de ser descubiertas lo iban a pagar muy caro pero dadas las circunstancias merecía la pena. Los días de visitas acudían juntas Violeta y Fernanda a una sala con dos rejas. A una parte de la misma se colocaban las presas mientras que la otra era para las visitas, y por el medio de ambas caminaban las carceleras escuchando como se comunicaban a gritos dada la distancia que separaban a prisioneras y visitantes.

A finales de aquel mismo verano se instaló un taller de costura y gracias a los conocimientos de Violeta y el apoyo que prestó a Fernanda pudieron mejorar algo su calidad de vida. Allí comenzaron a realizar todos los procesos de producción de trajes y ropa militar dejándolos listos para su envío por el que les pagaban un salario de auténtica miseria en un trabajo continuo de lunes a viernes. Pero ambas también se ayudaban en otras cuestiones más íntimas ya que debido a la deficiente higiene y a la carencia de agua para poder ducharse los insectos campaban a sus anchas, por eso todas las noches les tocaba despiojarse a fondo cabeza y vestidos. Aquella fue una de las tantas causas por las que varias enfermedades infecciosas camparon a sus anchas a lo largo del tiempo que permaneció encerrada. Y fueron dos las ocasiones en que se declararon sendas epidemias que impidieron las visitas y consiguientemente la recogida de los paquetes con alimentos. Todas estas deficiencias les traía sin cuidado a las autoridades franquistas y por supuesto a las carcelarias, pero no así la formación moral y religiosa de las presas, por lo que todos los domingos y fiestas de guardar había misa y durante la semana no se libraban de alguna hora de catequesis.

Esta cárcel zaragozana apenas difería en sus objetivos de las del resto de España y se basaba en el ensañamiento y tortura de las prisioneras, cuando no la antesala para los fusilamientos de muchas de ellas. Por supuesto se procuraba destruir la integridad de aquellas que no eran pasadas por las armas forzándolas a la asistencia de los servicios religiosos, y sufrían todo tipo de malos tratos y vejaciones donde sobresalía el abuso de autoridad. Debido a ello era frecuente que acabaran en las celdas de castigo por periodos de un mes. Fernanda y Violeta lo padecieron en una ocasión.

Precisamente Violeta lo fue a causa del enfrentamiento con una carcelera que estuvo a punto de descubrir como introducían las pastillas en la cárcel. La celadora estaba empeñada en que le dieran una pieza de embutido que, maldita casualidad, era la que contenía los fármacos. Solo gracias a la rápida actuación de Violeta y a la posterior pelea pudieron quitarle la longaniza destruyéndola para evitar que pudieran encontrar el medicamento escondido. Pero aquello no le resultó gratis ni mucho menos porque sufrió represalias, una buena paliza entre todas las guardianas y el consiguiente rapado de cabeza. Como no les interesaba estar a mal con las carceleras, los familiares de Fernanda doblaron la medida de alimentos que llevaban para que las repartieran con ellas ya que les resultaba imperativo seguir manteniendo el contacto con las monterdinas. Muchas de las prisioneras fallecieron por la falta de alimentación adecuada o por enfermedades ante la despreocupación del director de la cárcel pero Violeta mantuvo en alza su espíritu, siempre pensando en que llegaría un día donde podría reunirse con su familia. Y pensar de esa manera le permitió ganarles la partida.

Mientras tanto en la masada de *Chulilla* la vida transcurría con toda normalidad, ajenas sus moradoras de la penosa existencia de Violeta en la cárcel de Zaragoza. Ella nunca quiso preocuparlas y jamás les contó las penurias de su vida diaria, algo que por otra parte no hubiera llegado a su destino a causa de la persistente censura. Una vez al mes Margarita bajaba a Cella para recoger el correo y entregaba el suyo para su hija. En sus cartas, Violeta siempre escribía algunas líneas

como si estuviera trabajando en el servicio de alguna casa para que en caso de leerlas su hija no tuviera la menor idea de donde se encontraba realmente.

Por su parte, Esperanza estaba maravillada por las recientes historias que había incluido en su mundo imaginario y todo gracias a su abuela. Durante el comienzo de aquel otoño siguieron con sus tareas en la masada y llevando el ganado a pastar al Vallejo del *Torruco*, o más frecuentemente al prado próximo a *Sabinaquemada*, su lugar preferido. Además, siempre que podía jugaba con su abuela que le enseñaba a descubrir los animales según sus heces o a través de las huellas. En otras ocasiones cuando pasaban por alguno de los pequeños barrancos que poblaban esa zona aplaudían a la vez para ver cuantos conejos salían de estampida y quién de ellas acertaba su número. También solía llevarla a un pequeño valle próximo al término de Monterde donde le enseñó a recoger los fósiles que se percibían a simple vista, enseñándole a distinguir los más comunes como los *ammonites*, *belemnites*, *terebrátulas*, *rhynchonellas* y *crinoideos* que guardaba con sumo cuidado en una cajita de cartón.

Y como no podía quedar de lado el tema del monte sabinar, un día la llevó con el peligro de ser descubierta al Barranco del *Horcajo*, ya que estaba situado en el término municipal de Monterde de Albaracín. Allí se acercaron hasta una sabina conocida como la del tío *Aniceto* que según contaban los más ancianos del pueblo cuando se miraba desde una determinada posición su tronco tenía la apariencia de una difunta persona muy recordada por su pésimo carácter. Asimismo aprovecharon el viaje para observar sabinas milenarias de formas imposibles y aspectos fantasmales conociendo de paso donde estaban ubicadas las más destacadas del término municipal. En definitiva aprovechando las enseñanzas de la abuela cada día se multiplicaban los momentos para dar rienda suelta a su imaginación, con el monte sabinar y la mariposa *Isabelina* a la cabeza. Duendes, geniecillos, lagartos, pajes y sabinas se entremezclaban también en todas las historias que su mente todavía infantil recreaba en aquel fabuloso e increíble universo que es el mundo de los sueños. En fin, la vida de la pequeña Esperanza fue una constante aventura durante esos meses, además, y lo que resultaba más importante, se la veía tremendamente feliz.

Con la llegada del otoño y las primeras nieves aumentaba el tiempo que pasaban dentro de la casa, mientras la vida cotidiana daba

la impresión de que se estaba estabilizando a pesar de la notoria anomalía de aquellos años. En la masada de *Chulilla* apenas tenían visitas. Tan solo desde ese mismo verano Cosme y Enriqueta acudían una vez al mes para dar una vuelta y ver las necesidades de todas ellas. Por su parte, Concepción recibía en ocasiones a alguno de sus hijos que vivían en otros pueblos de la provincia de Teruel. También ciertos domingos o fiestas de guardar los compartían con varios amigos de la familia que solían acudir con sus hijas o nietas para estar con Esperanza, la cual ejercía de auténtica cicerone y acompañada por *Careto* les mostraba todos sus fantásticos descubrimientos. Otro de los pocos visitantes que se atrevía a pasar por aquel paraje era Domiciano, un especulador de huevos vecino de Monterde y amigo de aquellas mujeres que, en su trayecto desde dicha población hasta Teruel para vender sus productos, solía desviarse para verlas, darles recados o comentarles las nuevas que acababa de conocer. Además, durante algunas noches Esperanza creyó escuchar voces masculinas en la casa pero siempre tuvo miedo de preguntar a su abuela y acabó confundiendo con sus propios sueños. Por otro lado y cada vez con más frecuencia padecían las temidas visitas de la Guardia Civil al estar las dos catalogadas como “Rojas” irreductibles, sobre todo desde el momento en que se consolidó el movimiento guerrillero en la Sierra de Albarracín.

Estaba próxima la fiesta del Pilar del año 1942 y gracias a la conjunción de las lluvias de otoño con el buen tiempo, la cosecha de setas carderas se estaba dando muy bien. Margarita y Concepción tenían por costumbre acudir a unos bancales perdidos cerca del Vallejo del *Tórruco* y mientras alguna de ellas junto al perro vigilaba el ganado, las otras dos de las cuales una siempre era Esperanza, buscaban las setas a la par que jugaban. Aquel día se había dado muy bien a pesar de la lluvia fina pero constante que caía y en el momento que ésta arreció se metieron dentro del antiquísimo *Tórruco* que daba nombre a aquel paraje. Se trataba de una pequeña construcción circular de origen medieval realizada con la técnica de la piedra seca, y por lo tanto sin argamasa, que se iba cerrando a lo alto mediante una cúpula también toda de piedra. Había una sola entrada de pequeño tamaño cuyo dintel era un tronco rebajado de sabelina y un minúsculo agujero en el centro del techo para que pudiera salir el humo. Dicho habitáculo estaba concebido en origen para vigilar al ganado cuando hacía frío por el valle mientras el pastor quedaba resguardado del frío o la lluvia y podía encender fuego. Y eso precisamente es lo que hicieron las mujeres y el perro,

meterse dentro para poder calentarse con una pequeña hoguera hasta que pasara la tormenta. En esta ocasión tardó un poco más de lo previsto de manera que en el momento que aminoró la lluvia salieron con rapidez, ya estaba anocheciendo y urgía regresar antes de que se echara la noche encima.

Cuando llegaron a la casa guardaron el ganado en la paridera y aviaron los animales de corral. Luego, mientras Concepción y Margarita subieron a sus habitaciones para cambiarse de ropa, Esperanza se quedó en la cocina al calor de la lumbre. En un momento dado estornudó y sintió un escalofrío por lo que quiso calentar más la habitación y se fue a la leñera para coger un tronco con el que alimentar el fuego. Pocas veces había acudido a aquel lugar de la casa, no le gustaba para nada ya que al estar siempre a oscuras tenía que ir provista de un candil. Una vez allí divisó dos montones de leña, una de ellas llena de ramajes y tacos de un grosor similar que según había escuchado alguna vez era de carrasca, siendo la que se gastaba por regla general. Mientras que el otro montón olía maravillosamente bien y al estar algunos troncos resquebrajados se apreciaba en su interior un colorido amarillento y la parte central ligeramente tornasolada. Pensó durante un instante y se decidió por coger como buenamente pudo uno de aquellos troncos abiertos que eran tan hermosos llevándolo a la cocina. A continuación volvió a repetir el traslado dejando en esta ocasión el candil en la puerta y, tanteando, llegó al cúmulo deseado donde pudo agarrar otro de pequeño tamaño.

Una vez en la cocina no lo pensó dos veces y colocó toda aquella leña encima del fuego para que la habitación se calentase lo más rápidamente posible. Al instante comenzó a surtir efecto, las llamas se alzaron impetuosas y una fragancia agradable se apoderó de la casa. Esperanza se arrimó feliz al hogar, por primera vez había realizado por sí sola una función que siempre estaba en manos de las mayores y tan solo en determinadas ocasiones le habían dado algún tronco para que lo depositara encima de la lumbre. Pero cuando estaba cayendo en un cierto sopor debido al exceso de calor escuchó como bajaban sus *tatas* corriendo por las escaleras.

—Pero *rediós*, ¿qué has hecho *muchicha*? —Exclamó Concepción sin poder contener un cierto nerviosismo—. ¿Cómo se te ocurre poner madera de sabelina precisamente hoy?

Esperanza tuvo un abrupto despertar porque no se esperaba para nada aquella especie de bronca y se contuvo para no derramar alguna furtiva lágrima. Viendo el estado en que se había quedado la pequeña, Concepción se apenó yendo hacia ella y la abrazó con fuerza al tiempo que le acariciaba la cabeza para que no fuera a más aquel disgusto.

—Venga... va... no pasa nada porque tú... ¿qué sabías? Perdona que te haya hablado así, la culpa es solo nuestra por no haberte dicho qué madera no debías de poner nunca salvo que te la diéramos nosotras.

Mientras Concepción estaba intentando aplacar el sofoco de Esperanza, su abuela se había ido a por una pala e intentaba quitar lo más rápidamente posible aquellos troncos que habían comenzado a arder y transportaban el aroma tan intenso de sabina por los contornos de la masada, precisamente esa noche en la cual esperaban la llegada de los guerrilleros. La muchacha —como no podía ser de otra forma— lo ignoraba, pero ese olor que se trasmitía por el aire era una señal de aviso para ellos. Sobre todo por la noche donde indicaba que había peligro y no debían acercarse bajo ningún concepto, mientras que por el día además del olor a leña de sabina la indicación de peligro era más visual, en este caso una prenda tendida de color azul en la ventana de la cambra. La seguridad primaba ante todo durante aquellos años tan convulsos. Cuando finalmente Margarita retiró aquella leña la humedecieron para acabar con su penetrante olor y esperaron que éste no hubiera delatado una situación de peligro que en realidad no se daba. Pero ya era tarde y aunque el olor a sabina duró tan solo unos minutos fue suficiente para que, alertados los guerrilleros, desistieran del encuentro durante esa noche. Aquello contrarió mucho a las mujeres pero prefirieron no decir nada a la pequeña no fuera a ser que en su inocencia hablara más de la cuenta cuando de forma inesperada aparecía la Guardia Civil.

Una semana más tarde las mujeres de la masada ya habían olvidado aquel contratiempo y mantenían la cortina de raso de color blanco prevista para la ocasión en la ventana de la cambra indicando que no había peligro. Por fin Esperanza había logrado superar el suceso de la leña y recobraba a marchas forzadas su ansia de nuevas aventuras por lo que comenzaba a fantasear siempre que tenía la menor ocasión. Llegó una noche que le costaba conciliar el sueño y además sus *tatas*

no se habían ido a dormir ya que se encontraban en la cocina hablando de sus cosas al calor de la chimenea. Como sentía deseos de orinar decidió acudir al cobertizo, bajó por la escalera mientras las seguía escuchando e incluso logró abrir el portón de la entrada sin que se dieran cuenta de ello, inmersas como estaban en una de sus intensas conversaciones. En el momento que salió afuera percibió el canto de un búho, rápidamente recordó la advertencia de peligro que le contara su abuela durante el pasado verano cuando le habló de los seres fantásticos del monte sabinar. Miró a su alrededor y gracias a la tenue luz de aquella noche observó cierto movimiento entre un grupo de sabinas cercanas.

—¡Ahí va! —Exclamó.

De pronto se le habían ido las ganas de orinar por lo que miró con determinación hacia aquel lugar.

— Deben de ser los duendes —pensó segura de sí misma.

Mientras fijaba su mirada en ese preciso punto intentaba discernir entre las cambiantes sombras que allí se daban la forma que debería de tener aquel espíritu misterioso. Y tras unos segundos no pudo evitar otra exclamación de asombro porque le daba la impresión que estaba saliendo del tronco de aquella sabina un duende... pero con forma de cabeza humana. No le gustó para nada dicha visión y no acertaba a comprenderlo porque ya le había prevenido su abuela que ellos tenían la apariencia que cada persona que los veía quería que tuvieran, y por supuesto Esperanza se los imaginaba con otro aspecto. El siguiente ruido que ocasionó el movimiento de las ramas de aquel árbol le hizo reconvenir que, definitivamente, aquel ser mágico no era de su agrado y además no se fiaba porque el búho seguía con su monótono ulular indicando el peligro. Dio media vuelta y subió corriendo escaleras arriba, una vez llegó a la cambra dio un salto hacia su cama y recogiendo a su muñeca *Paloma* se cubrió completamente con la manta. Mientras tanto, Margarita y Concepción se habían alertado del ruido ocasionado por la niña levantándose para acudir a la entrada. Allí se alteraron al ver el portón abierto y al asomarse comprobaron como un grupo de cuatro guerrilleros caminaba hacia ellas.

—¡Salud y República compañeras! —Las saludaron en el momento que estuvieron junto a ellas.

—¡Salud y República! —Respondieron al unísono— ¿Qué os pasa que parecéis tan contentos?

—Nada grave pero me temo que vuestra nieta nos ha debido de confundir con fantasmas o algo parecido.

—¿Os ha llegado a ver?

—No. Pero mientras mirábamos para cerciorarnos que era ella y no alguna trampa creo que se ha imaginado cualquier cosa por la manera de cómo ha dado la vuelta.

—Voy a subir a ver cómo está —indicó preocupada Margarita—. Entrad también pero procurad no hacer ruidos para que no sepa nunca de vuestra presencia. Es una niña y conviene ante todo preservarla para que en su inocencia no pueda cometer ninguna indiscreción.

Margarita subió a la habitación de su nieta a la que no pudo ver al encontrarse completamente arropada por una manta, de manera que tanteó con la mano por la cama hasta que por fin pudo tocarla.

—Esperanza no tengas miedo que nosotras estamos ahí abajo vigilando para que nada te ocurra ni a ti ni a la masada. Esta noche es especial por eso procura no bajar y descansa.

—Es que no me puedo dormir abuela.

—Pues cuéntale a *Paloma* la historia de los moradores del monte sabinar y verás lo bien que lo vais a pasar. Y mejor aún te voy a preparar un tazón con leche bien caliente y ahora mismo te lo subo.

A la mañana siguiente, Esperanza bajó a desayunar como todas las mañanas y encontró a sus *tatas* trajinando en la cocina. Como estaban a lo suyo no se percataron de la presencia de la niña que miraba con la inocencia propia de la edad a aquellas mujeres que tanto la querían. Lo hizo con cierto disimulo, de manera que inmersas como estaban en sus quehaceres diarios no llegaron a percatarse de que las estaban observando. Y después de ese breve instante no pudo aguantar por más tiempo y corrió hacia ellas mientras las abrazaba con fuerza y mucho sentimiento.

—Os quiero mucho a las dos ¡Qué feliz sería si estuviera mi madre también con nosotras!, —exclamó.

Margarita y Concepción se miraron durante un instante a los ojos y tuvieron que reprimir un ahogo para no delatarse, pero la verdad es que en la masada padecían como en ningún otro lugar todo tipo de adversidades. A pesar de aquella supuesta entereza lo cierto es que las

dos mujeres sufrían como nadie por el encierro de Violeta. Por su parte, Concepción desconocía el paradero de dos de sus hijos, Eleuterio, que lo último que supo de él es que se encontraba en Madrid combatiendo por la República, y Rubén, que tras verlo un paisano en Teruel a comienzos de 1938 había dejado de tener noticias. Muy a menudo pensaban que el mundo que les había tocado vivir era definitivamente una auténtica porquería pero tenían el ineludible deber de no claudicar y seguir adelante. Bien es cierto que las habían derrotado en una guerra pero, eso sí, jamás se darían por vencidas.

Y así casi sin darse cuenta llegaron las primeras nieves y a mediados de diciembre antes de que éstas fueran más persistentes recibieron la visita de Cosme y Enriqueta. Llevaban algunos dulces elaborados en el horno comunal del pueblo y un poco de matanza para colaborar en la despensa de la masada. Fue un día muy feliz para Esperanza y por supuesto contagió a todos sus abuelos y también a Concepción, que fue la que más trabajó en la casa para que ellos pudieran pasar todo el tiempo posible con la pequeña. Pero aparte de las viandas también habían llevado en el carro paja y comida seca para el ganado y los conejos, junto a una buena provisión de teas con leña de estepa y un tronco de gran tamaño.

—¿Qué te parece esta cepa Margarita? Es la más grande que tenía en casa del último lote de leña que corté.

—Es tan buena que se pasa porque creo que no nos va a caber en la chimenea.

—Córtale con un hachote parte de las raíces y aunque sea justo yo creo que te valdrá.

—¿Y tú no lo haces este año?

—Hace tiempo que no, aunque en el pueblo todavía hay casas que siguen con la tradición..., en fin... quizás algún día la retome.

—No dejo de reconocer que para hacerlo hace falta cierto estado de ánimo pero debemos sobreponernos a todas las adversidades y que nada ni nadie nos obligue a dejar de lado nuestras costumbres.

—Me gustaría tener tu carácter pero en mi caso...

—Todos sufrimos de alguna manera y vale ya de tristezas que tenemos aquí a Esperanza y por ella todo esfuerzo merece la pena.

En efecto desde el primer momento de la conversación allí se encontraba la pequeña observando asombrada como iban bajando todo lo que habían acarreado sus abuelos desde Monterde. Les había escuchado la conversación pero lo cierto es que entre aquellas medias palabras tan solo pudo entender que aquel enorme tronco de árbol era muy valioso para su abuela aunque no tenía ni idea del porqué tan solo que acabaría en la chimenea de la masada.

La vida continuó con su ritmo habitual en esas fechas. Esperanza todavía recordaba que el año anterior había pasado las navidades con sus abuelos en Monterde y también las fiestas que tuvieron lugar allí tanto en la iglesia como en la casa donde además comieron algunos dulces. Pero algo le decía que en esta ocasión todo iba a ser diferente porque a su abuela Margarita no la había escuchado hablar todavía de la Navidad. Más aún, siempre la había notado reticente a la hora de comentar algo sobre el nacimiento del niño Jesús, ni por supuesto cantar ningún villancico como sí lo hizo su otra abuela Enriqueta. Y de esta manera, instalada en aquel mar de confusión e incertidumbre llegó el día veintiuno de diciembre.

Cuando Esperanza se despertó acudió como todas las mañanas a desayunar a la cocina que siempre estaba caldeada, era el primer trabajo que realizaba Concepción al levantarse de madrugada. En esta ocasión mientras bajaba por la escalera observó cómo ella y su abuela arrastraban con enorme dificultades el tocón que le habían llevado desde el pueblo días atrás. Finalmente y con mucho esfuerzo lograron penetrar con él en la cocina y tras hacer palanca lo introdujeron encima de unos rescoldos del hogar. Concepción recogió el fuelle de la rehalda de la chimenea y comenzó a avivar las llamas hasta que por fin prendieron en la madera y comenzó a arder tímidamente. En ese momento las dos mujeres dieron un grito de alegría y sentándose alrededor de la mesa bebieron sendos vasitos de anís, cogieron cada una un trozo de la torta que hacían para los días especiales y desayunaron. A Esperanza le daba la impresión de que aquel día parecía una fiesta, más que nada porque encontraba a sus *tatas* relajadas hablando de sus cosas y sin el ajeteo propio de un día cual-

quiera donde cada una de ellas a esa hora ya estaba atareada en sus cometidos.

—Buenos días... ¿Ya es Navidad?

—No. ¿Por qué lo dices? —Dijo Margarita esbozando una sonrisa.

—Como os veo comiendo torta y la mar de tranquilas en la cocina... pues es lo que me parece...

—Nada de eso hija mía —Insistió la abuela— ¡Hala! Ven aquí con nosotras y desayuna que hoy no sacaremos al ganado, ya le pondremos algo de comida más tarde cuando aviemos el corral. Hace mucho frío, se va a poner a nevar de un momento a otro... y además hoy es un día especial ¡Qué *redios!* Nos quedaremos en casa y veremos cómo arde la *Tronca*.

—Un día especial, ¿por qué? Y eso de la *Tronca*, ¿qué es...? —preguntó con evidentes gestos de asombro.

—Muchas preguntas haces para ser tan temprano —respondió Concepción.

La muchacha seguía detenida en la escalera y ahora con aquella respuesta que parecía más bien un reproche incluso llegó a esbozar un mohín de disgusto arqueando las cejas. Aunque lo cierto es que solo duró un instante porque cuando la vieron tan seria las dos mujeres comenzaron a reírse con ganas.

—Anda no te demores más que cogerás frío —le insistió su abuela de nuevo—. Baja de una vez que te voy a preparar un tazón de leche bien caliente y prueba el bizcocho que trajo tu abuela Enriqueta.

Al momento la niña ya estaba sentada en la silla mientras Concepción arrimaba la tortera de leche al fuego gracias al canto, y poco después le llenaba su tazón. Las mujeres se miraron a la cara con una sonrisa cómplice y mientras Esperanza desmigaba un trozo de aquella torta que tan buena pinta tenía escuchó la voz de su abuela.

—Como te hemos dicho hoy es un día especial y lo es porque es único en el año —comentó Margarita—. Yo sé que eres muy observadora y me imagino que te habrás dado cuenta que cada vez amanece más tarde y oscurece más pronto ¿A que sí?

Esperanza asintió con la cabeza mientras con la cuchara no perdía comba de aquella riquísima sopa de leche con bizcocho.

—La importancia de la que te estamos hablando es que a partir de hoy habrá más tiempo de luz y así seguirá hasta el comienzo del verano. Por eso este día se conoce como el solsticio de invierno porque es el más corto del año. No te puedo explicar más sobre esto porque no lo entenderías tan solo tienes que saber lo que te he dicho y cada año que pase te iré comentando más cosas sobre este tema hasta que entiendas por completo todo su proceso —zanjó la explicación.

—Pues precisamente para celebrar este día —intervino Concepción— y el renacimiento del sol, que es quien da vida a la tierra, ponemos a arder la *Tronca* en la chimenea y además colocamos encima de ella unas ramas de sabuco que recogimos el año pasado a comienzos del verano. Igual cuando estuviste en las navidades pasadas en Monterde lo hicieron tus abuelos aunque en el pueblo muchos lo conocen con el nombre de *Nochebuena* ¿Ellos no quemaron un gran tronco en la chimenea este día?

—No me acuerdo...

—¡Bah! No pasa nada. Si alguna vez lo ves allí que sepas que es lo mismo solo que se tiene que hacer realmente el día del solsticio de invierno, pero eso como tantas cosas se las apropió la Iglesia y debido a la cercanía de las fechas la pasaron al día de nochebuena. Por eso a la *Tronca* los cristianos le llaman *Nochebuena*.

—Anda deja, no sigas por ahí que liaremos a la chiquilla —intervino nuevamente Margarita.

Las mujeres se levantaron al instante y se fueron a aviar los animales dejando a Esperanza sumida en un mar de dudas sobre lo difícil que resultaba a veces entender a los mayores. Y tal como le dijeron, durante aquel día no trabajaron más allá de lo verdaderamente imprescindible, aunque le resultaba raro que sus *tatas* se pasaran la mayor parte del tiempo en la cocina observando como ardía aquella *Tronca* para mayor gloria y honor del solsticio de invierno, según decían. Eso sí la comida de aquel día era de las buenas pero sobre todo fueron los dulces, y destacó entre ellos una pastilla de chocolate y otra de turrón de guirlache que, con mucho esfuerzo y colaboración entre toda la familia, habían comprado Cosme y Enriqueta en Teruel para obsequiar a sus nietos.

A la mañana siguiente antes de iniciar sus respectivos cometidos Esperanza estuvo con ellas mientras cavaban un hoyo en el huerto próximo a la casa. Seguía observando lo que hacía su abuela sin pronunciar palabra alguna porque si preguntaba estaba convencida que no acabaría de entender la respuesta. Y de esta manera, en silencio, la vio escogiendo un tizón de la *Tronca* que tras cogerlo con las tenazas de la chimenea guardó en una vieja lata colocándola en un altillo de la despensa. Luego fue retirando la ceniza con una pala y depositó parte de ella en el agujero del huerto que tapó primero con unas tejas y después la cubrió con tierra. Mientras tanto, Concepción, con un pozal lleno de ceniza había subido por una escalera de madera al tejado de la casa y una vez allí echó varios puñados sobre la techumbre como si quisiera cubrirla por completo, y después de bajar hizo lo mismo con la paridera. Debido al sumo cuidado con el que estaban realizando aquel acto, le dio la impresión a la pequeña de que aquella ceniza era mágica y que con ella pretendían proteger tanto la casa como el huerto. Y en efecto, Esperanza no se equivocaba tal y como tuvo oportunidad de conocer algunos años más tarde.

Cuando a finales de enero de 1943 llegó lo más crudo del invierno, los habitantes de la masada dejaron de ir al campo todos los días, y los animales comían en los pesebres y comederos de la paridera si no podían salir debido al mal tiempo o a causa de la nieve. Cosme había acarreado en sus viajes a *Chulilla* varios haces de cebada con cereal seco y junto a las mielgas, pipirigallo, gamones y otras hierbas que habían recogido sus *tatas* por el monte, podían dar de comer a su exiguo rebaño y animales de corral en los momentos de apuro. Por su parte, Esperanza combinaba su estancia en la casa entre los estudios y la ayuda que prestaba en las tareas del hogar. En eso se afanaba Concepción, empeñada en enseñarle a hacer los quesos de cabra que a la pequeña tanto le gustaba comer, aunque eso sí, lo de ordeñarlas lo llevaba bastante mal y no solo por levantarse temprano, es que al parecer una de las cabras la tenía tomada con ella. Las mayores discusiones que mantenían estaban relacionadas con el reparto de los calostros en los pocos días que se podían degustar, manjar que les en-

tusiasmaba por igual pero siempre era Esperanza la mayor afortunada en el reparto.

Los mejores instantes de la niña los pasaba mientras hablaba con su abuela y Concepción al calor de la lumbre y escuchaba relatos fantásticos sobre la vida en el bosque o le repetían las historias ya contadas que casi se las sabía de memoria. Eso sí, ahora que estaba más tiempo en la casa era cuestión de aprovechar para estudiar todo aquello que como consecuencia de sus ocupaciones durante el verano y otoño pasado no había podido cumplir. Y bien fuera al lado de la ventana ayudada por la luz del sol o apurando el resplandor de la chimenea, todos los días realizaba sus deberes sin dejar de acordarse de su pobre madre que, según le insistía la abuela Margarita, estaba en Zaragoza trabajando para que ella pudiera tener un futuro mejor.

El trabajo durante la estación invernal era más bien escaso, además las lluvias y nieves mantenían a las mujeres dentro del hogar. En los últimos días del año varias nevadas dejaron completamente aisladas a las habitantes de la masada, momento en que Esperanza siempre deseosa de que su abuela le contara otras historias le suplicó nuevos relatos. Por otra parte tampoco hacía falta que insistiera mucho porque a Margarita desde siempre le había encantado el oficio de cronista como ocurría con otras abuelas del pueblo, dispuestas en todo momento a compartir las narraciones de los cuentos y leyendas que conocían. Cierta tarde la niña estaba estudiando la prehistoria y cómo el hombre fue poblando la tierra, sin embargo, no acababa de centrarse en la lectura. Aprovechó que su abuela le pidió que acudiera a la leñera por una brazada de estepas y cuando las depositó al pie mismo de la chimenea recogió su silla para sentarse a su lado al tiempo que observaba como removía las ascuas del fuego. Una vez lo tuvo dispuesto, Margarita acopló la trébede y encima de ella colocó un caldero con agua.

—Abuela...

—Dime Esperanza.

—¿Es verdad que en otro tiempo los hombres primitivos habitaban en cuevas y solo comían de lo que cazaban o pescaban?

La mujer la miró en medio de una abierta sonrisa y por un instante pensó que el tedio de ese día había llegado a su fin ya que apenas habían hablado entre las mujeres de la casa, cada una ocupada en sus

tareas. Miró por la ventana y apreció cómo nevaba cada vez con más fuerza. No dejó de sonreír ni por un instante porque además esos días eran de los que más le gustaban, de manera que decidió hablar de los hombres y la naturaleza que, por otra parte, era uno de sus temas preferidos.

—Sabes mi niña, hace muchos años, allá en la noche de los tiempos el hombre vivía en paz con la naturaleza, se cobijaba en cuevas y comía de aquello que encontraba y podía cazar. Su presencia en la tierra estaba marcada por el equilibrio que debe regir el mundo para que todo siga funcionando como es debido. La Madre Naturaleza veía con orgullo como una criatura que había nacido en su seno y a la que siempre había protegido seguía las pautas de la equidad y mesura en su relación con el resto de los seres vivos. De manera que decidió dotar al hombre con más capacidad intelectual para que a través de su ingenio pudiera expandirse por toda la tierra. En un principio la evolución de los seres humanos fue excelente pero al poco tiempo el hombre, sabedor de su poder, se creyó autosuficiente y comenzó a gobernar el mundo a su antojo.

Esperanza se percató al instante de que esa historia iba para largo y conociendo a su abuela y lo que le gustaba hablar, sobre todo cuando estaba relajada, la interrumpió diciendo que volvía enseguida. Subió corriendo a la camara de la casa y recogió de una canasta tres manzanas reinetas para poder merendar. Bajó por las escaleras lo más deprisa que pudo y una vez en la cocina dio una a Margarita y otra a Concepción, mordisqueó la suya y volvió a sentarse completamente excitada por el trajín que había llevado. Miró a su abuela y con un gesto de asentimiento la conminó a seguir. Por su parte, ésta se había guardado la fruta en el bolsillo del delantal, e iba introduciendo en el agua que comenzaba a hervir manojos de gamones recogidos a finales de la primavera. Por un momento detuvo su trabajo y miró a su nieta que la observaba expectante. Margarita no se hizo mucho de rogar y continuó de nuevo con el relato.

—Como te había comentado, la existencia de los hombres dejó de tener reglas y poco a poco el caos comenzó a apoderarse de sus vidas, no existía concierto ni sensatez en sus actos y todos actuaban tal y como les venía en gana. Los leñadores cortaban troncos a su libre albedrío talando enormes extensiones de bosque y pudriéndose una gran cantidad de árboles derribados. Por su parte los cazadores mataban

más piezas de las que su tribu podía comer echándose a perder muchos de los animales abatidos. Y también comenzaron a proliferar las guerras, la mayoría de ellas por motivos sin importancia, a pesar del inmenso dolor y las desgracias que ocasionaban. La arbitrariedad fue la norma común durante aquella época hasta que la Madre Naturaleza decidió tomar cartas en el asunto y quiso darles una lección que nunca olvidarían.

—¿Y qué hizo? —Preguntó la niña con los ojos y la boca abierta ante lo que suponía iba a ser la parte central de aquella historia.

—Eso es lo que te voy a contar, tranquila Esperanza que te enterarás enseguida de todo lo que ocurrió —respondió la abuela mientras miraba a Concepción y ambas sonreían ante la expectación de la pequeña.

—Así pues —continuó después de una breve pausa—, convirtió a los familiares de los leñadores en árboles y cuando un leñador talaba más de la cuenta los últimos ejemplares se volvían a transformar de nuevo en sus parientes ante la estupefacción y dolor de aquel que los había cortado. También los cazadores sufrieron la autodefensa de la Madre Naturaleza y de la misma manera sus allegados más queridos fueron convertidos en animales salvajes, y cuando abatían más de los necesarios el excedente volvía a recobrar su anterior aspecto humano. Y lo mismo pasó en las guerras, los familiares de los combatientes se transformaban en guerreros del bando contrario y cuando morían se convertían en aquellas personas que habían sido en realidad ante el asombro y dolor de quienes habían acabado con sus vidas. Al poco tiempo, los hombres comenzaron a pensar que aquellos portentos tenían que ser en realidad un castigo de la Madre Naturaleza.

La niña había dejado de mordisquear la manzana y observaba extasiada a su abuela que seguía atendiendo de la misma manera a su nieta y la cocción de una nueva remesa de gamones.

—Por eso llegó un día en que los seres humanos decidieron solicitar una tregua —continuó la abuela con la narración— y para ello se reunieron delegados de todas las tribus y clanes designados entre sus miembros más ancianos y respetados. Todos ellos decidieron marchar sin demora al bosque más impenetrable que existía y de esta manera poder entrar en contacto directo con la Madre Naturaleza. Ésta, apreciando los argumentos que todos aquellos expusieron decidió dar una

nueva oportunidad a los hombres aunque les puso una condición, y era que la siguiente vez que obraran de la misma manera poniendo en peligro la armonía y el equilibrio del mundo sería la última, porque en ese preciso instante se encargaría de acabar con todo vestigio de la raza humana. Y para vigilar su actitud desde ese preciso momento eligió a los animales más sabios del bosque con la misión de controlar y supervisar todas las acciones de los hombres. Así, de esta manera estamos hoy en día, ya sabes que existen esos gobernantes o vigilantes por todos los rincones de la tierra, y en lo que respecta al sabinar como te comenté en su momento tenemos a la mariposa *Isabelina* haciendo de Hada Gobernanta y delegada de la Madre Naturaleza.

—¡Ah, bueno! Ahora entiendo por qué la nombraron delegada y lo que siempre has dicho que todos los animales del bosque son necesarios...

Una vez acabada aquella historia Esperanza volvió a recuperar el apetito perdido y en un par de bocados acabó con aquella deliciosa manzana a medio comer. Desde luego ¡Cuántas cosas conocía su abuela! Ni los libros de estudio que le obligaba a leer sabían tanto como ella, de eso estaba completamente segura. Se produjo un breve silencio que coincidió con el tiempo previsto para cocer la última tanda de gamones en el caldero, y una vez que estuvieron a temperatura ambiente Margarita los colocó en una canasta y se los dio a su nieta para que cuando se hubieran enfriado los depositara en el pesebre de la paridera. Una vez allí, mientras las tres cabras y la media docena de ovejas degustaban aquel manjar, Esperanza jugaba con los chotos persiguiéndoles por todo el recinto.

Margarita siempre tenía a sus hijas en el pensamiento y más durante los inviernos cuando el mal tiempo la obligaba a permanecer encerrada en la masada. Estaba tranquila respecto a su primogénita porque según las noticias que había recibido, Hortensia y su marido Boro se habían aclimatado muy bien en México gracias a la política seguida por su presidente Lázaro Cárdenas en favor de los refugiados españoles. Pero padecía mucho por Violeta ya que pensaba que su estancia en la cárcel, y el no poder ver a su hija, con toda seguridad la

tendrían amargada y sumida en una profunda depresión. Asimismo en sus recuerdos tampoco dejaba de lado a Faustino, al que tenía mucho que agradecer por los cuidados que tanto él como su padre Cosme le habían proporcionado. Ni más ni menos que poder vivir en la masada junto a las atenciones recibidas para hacer más agradable su estancia.

Hacía bien aquella mujer en preocuparse por Faustino porque su vida desde que marchó de su tierra como voluntario de la División Azul había sido una auténtica odisea. Todo comenzó a finales de noviembre del año 1941 con un largo y tedioso viaje en tren atravesando Francia hasta llegar a la ciudad alemana de Grafenwöehr, situada a un centenar de kilómetros de Núremberg. En los alrededores de aquella población existía un campamento donde los voluntarios españoles realizaron la instrucción durante algo más de un mes y juraron fidelidad al *Führer* Adolf Hitler.

Por fin, a primeros de marzo de 1942, tras una interminable marcha en tren y a pie los miembros de la División Azul llegaron a su destino en Rusia. Su área de acción se extendía a lo largo del Frente norte que iba desde Leningrado hasta Novgorod. La primera acción bélica de Faustino fue no muy lejos de esta ciudad junto al río Vóljov y tuvo lugar en plena ofensiva soviética a pesar de la cual lograron detenerlos tras arduos combates. Aquella batalla se alargó hasta el verano cuando lograron rodear al ejército ruso en una bolsa gigantesca que acabó a finales de junio con la victoria de las tropas alemanas, y en la que tuvieron un papel destacado los expedicionarios españoles.

A partir de ese momento, los efectivos de la División Azul fueron avanzando sus posiciones durante el otoño de ese mismo año hasta situarse en las proximidades de Leningrado, ya en pleno invierno. Pero por aquellas tierras el clima durante esta estación era extremadamente frío, incluso para personas como Faustino que ya estaban habituadas a las bajas temperaturas de la Sierra de Albarracín, y con frecuencia se alcanzaban los 40° bajo cero con numerosas nevadas y ventiscas. Allí se mantuvieron durante casi un año padeciendo todo tipo de penalidades hasta que a comienzos de 1943 se tuvo la certeza de que los soviéticos iban a lanzar una gran ofensiva para rebasar el cerco sobre Leningrado. Durante el mes de enero las escaramuzas fueron cada vez más frecuentes y poco a poco dio la impresión de que en cualquier momento iba a estallar la batalla definitiva. Mientras tanto, ambos

contendientes no dejaban de calibrar la situación en la que se encontraban las tropas enemigas por lo que aquel toma y daca daba la impresión de que no se iba a terminar nunca. La Compañía de infantería a la que pertenecía Faustino junto a otra de ametralladoras de su mismo Batallón defendía una posición situada al sur de la localidad de Krasny Bor y por el momento llevaban a raya los ataques rusos. El terreno llano de la estepa que se extendía a lo largo de aquella zona posibilitaba la defensa por la enorme visibilidad que ofrecía, además, la gran cantidad de nieve acumulada y el intenso frío dificultaban enormemente la progresión de los atacantes.

—Ya se acercan otra vez mi brigada —comentó un vigía.

—Cuando los tengáis a tiro disparad —ordenó el suboficial—. No hay que dejar que sobrepasen nuestra línea de seguridad y no centréis los disparos únicamente sobre los penados rusos. Hacedlo en general porque eso es lo que pretenden, si nos cebamos en ellos el resto tendrán más posibilidades de asaltar nuestra posición y encima les hacemos un favor matando a los que señalan con esas ropas.

—Se necesita tener mala leche para hacerle eso a un compatriota —dijo Faustino sin poder contener una mueca de desprecio.

—No lo creas, es pura inteligencia castrense aunque yo añadiría que también tiene unas buenas dosis de sadismo —intervino otro militar—. No me negaréis que castiguen a determinados soldados y les obliguen a ponerse ropas de color marrón para destacar en medio de la estepa nevada, no se merece ese calificativo o incluso uno peor.

—Si lo piensas bien tiene su lógica. Y como ha dicho el brigada lo que no debemos hacer es caer en su trampa —razonó Faustino.

—Por eso precisamente os lo digo ¡Joder! Y dejáros ya de tanta cháchara que parecéis alcahuetas pregonando en el mercado... —cortó en seco y algo malhumorado el suboficial—. Ahora es el momento ¡Disparad!

Así lo hicieron y la cerrada descarga ocasionó un buen número de bajas al enemigo. Los primeros en caer fueron como siempre los que llevaban la ropa más llamativa mientras que el resto al ir completamente de blanco resultaba un objetivo más difícil de centrar. Aunque los divisionarios tampoco quedaron bien parados porque resultaron alcanzados en algunos puntos de la posición por una lluvia de proyec-

tiles lanzados con morteros. Esa fue prácticamente la tónica general de la División Azul durante el mes de enero y primeros de febrero del año 1943.

Alcanzado el día nueve de febrero, si Margarita hubiera seguido pensando en Faustino su preocupación habría alcanzado cotas máximas, ya que a cuatro mil kilómetros de distancia el monterdino estaba a punto de caer en una emboscada. El capitán de su Compañía había organizado una patrulla de reconocimiento para que explorara las proximidades de la posición por donde solían embestir últimamente las tropas soviéticas. La misma estaba compuesta por ocho soldados entre los que se incluía un sargento. Iban bien armados y disponían todos de sus respectivas raquetas que servían para poder desplazarse a pie entre la inmensa masa de nieve. Aligeraron el camino todo lo que pudieron ya que la intención era salir lo antes posible del extenso páramo e introducirse en uno de los pequeños bosques de abedules que, a modo de islas, rompían la monotonía de aquel plúmbeo paisaje.

Pero lo que ellos ignoraban es que los rusos les habían tomado la delantera. Una patrulla soviética llevaba ventaja al haberlos descubierto y se encontraban convenientemente camuflados entre el matorral y los árboles, teniéndolos ya a tiro. En el momento propicio comenzaron a sonar los disparos y fueron alcanzados en la primera andanada varios soldados españoles, uno de ellos Miguel el compañero de Faustino, que cayó a su lado herido de muerte. Los divisionarios respondieron con furia aquel inesperado ataque y también consiguieron abatir algunos enemigos. Durante varias horas continuaron los tiros aunque cada vez eran más esporádicos, y a pesar de que tan solo quedaban tres rusos con vida lo cierto es que estaban perfectamente camuflados acechando como francotiradores, y sus disparos eran ciertos la mayoría de las veces. Por parte española se mantenían vivos únicamente cuatro soldados que después de tanto tiroteo comprobaron que apenas tardarían en agotar sus municiones. Habría que intentar realizar alguna acción aunque fuera a la desesperada, de seguir así serían cazados como conejos y por supuesto ellos no estaban dispuestos a dar tantas facilidades. A una indicación del sargento ensartaron las bayonetas y serpenteando por el bosque se lanzaron al ataque. Fue un combate despiadado y brutal en el cuerpo a cuerpo, que finalizó con la muerte de dos de los tres últimos soldados soviéticos, mientras que por parte española tan solo se salvó Faustino aunque con un fuerte

golpe en la cara. El soldado ruso superviviente no quiso enfrentarse al español y corrió como pudo por la nieve calzado con sus raquetas, y aunque el divisionario quiso dispararle no pudo hacerlo al haberse quedado sin munición.

La luz de aquel día se estaba yendo con inusitada rapidez y tras un primer vistazo Faustino convino que, en efecto, era el único que quedaba con vida. Su enemigo estaba fuera de la vista y no había percibido más movimientos por los alrededores de aquel lugar. A pesar de todo lo ocurrido se sintió con el ánimo suficiente como para ir hacia donde yacían los cuerpos inertes de dos comunistas y les quitó sus prendas de abrigo muy superiores a las suyas. También hizo lo propio con las de sus compañeros. El tiempo apremiaba, en el momento que anoheciera las temperaturas comenzarían a bajar y marcarían como en los días anteriores entre los veinte y treinta grados bajo cero, o incluso más. Marchó con rapidez hacia donde había caído Miguel con la vana esperanza de encontrarlo aún con vida, pero aunque fue así las heridas que tenía eran mortales de necesidad y estaba agonizando.

—Me muero... Faustino... —susurró en medio de un gran esfuerzo.

—No digas eso, te sacaré de aquí —intentó animarle a sabidas de que no era posible.

—No insistas... que me ha llegado la hora... toma... coge mi medalla y... llévasela a mi padre... dile que siento mucho... haberle defraudado... pero hice lo que debía, cuéntaselo... y a mi madre... que rece por mi... —fueron sus últimas palabras casi inaudibles, apenas un susurro.

Faustino le cogió la medalla que pendía de su cuello y la guardó, le registró los bolsillos e hizo lo propio con todos los objetos personales de su amigo pero no quiso llevarse la chapa de identificación ya que tenía que dejar su cuerpo allí mismo y solo en el caso de que avanzaran ellos o los alemanes podría recuperarlo y enterrarlo adecuadamente. Además tenía que buscar abrigo con la máxima rapidez, en caso contrario se congelaría, por eso recogió todo el ramaje y arbustos que pudo e hizo algo parecido a un fresnal, ubicó varios abrigos a modo de colchón situándose encima con su equipamiento y las mejores prendas de abrigo para utilizarlas como mantas. Por último comió un poco y se colocó dos pasamontañas manteniendo el cuerpo cubierto

en su totalidad, pero a pesar de todo y como consecuencia de haberse quedado inmóvil notaba el intenso frío de la noche. Apenas pudo conciliar el sueño y su mente comenzaba a mostrar signos de flaqueza, por eso cuando habían pasado varias horas ya no pudo aguantar más y decidió salir de allí. Aunque sabía que era extremadamente peligroso no le quedaba más remedio y tras un instante de íntimo recogimiento se despidió de su amigo Miguel. Al momento ya se había colocado las raquetas, luego se equipó con los abrigos soviéticos y cuando se vio en condiciones inició el camino hacia donde intuía que se encontraba la posición de su Regimiento, en el preciso instante que comenzaba a nevar.

Después de un largo lapso de tiempo todavía a oscuras y tanteando entre el bosque de abedules convino que ya podría adentrarse por la estepa y lo hizo extremando las precauciones sobre todo porque a pesar de la borrasca comenzaba a clarear el horizonte y no tardaría en amanecer. Y él, un soldado español de la División Azul, vestía una prenda de abrigo del enemigo que por supuesto no estaba dispuesto a quitarse. Las fuerzas comenzaron a flaquearle en el momento más inoportuno, intentaba seguir pero conforme pasaban los minutos le resultaba más difícil caminar entre aquel inmenso erial helado mientras la nieve seguía cayendo. Además, la ventisca le impedía apreciar con nitidez los contornos del lugar donde se encontraba, tanto, que llegó a pensar que se había extraviado y cuando no pudo aguantar más acabó desplomándose sobre el manto nevado.

No había perdido el conocimiento pero conforme pasaban los minutos aumentaban unas extrañas sensaciones hasta que llegó un momento donde creyó escuchar de fondo algo así como un zumbido molesto pero que extrañamente le resultaba familiar. No sabía cuánto tiempo llevaba en esa posición, apenas sentía su cara y mucho menos las orejas, pero hizo un último esfuerzo y alzó levemente la cabeza para ver qué era aquel lejano rumor. Hacía rato que ya había amanecido y lo que vio le llenó de un intenso placer porque ya no nevaba y estaba relativamente cerca de su posición. Aquellos sonidos que había escuchado eran por supuesto sus compañeros discutiendo por cualquier acontecimiento tal y como hacían a diario. Quiso levantarse pero apenas podía moverse y, cuando después de realizar un esfuerzo sobrehumano lo creyó posible, se detuvo en seco al tener un súbito pensamiento. Si aún no lo habían descubierto era precisamente por el

excelente camuflaje que le proporcionaba la ropa que llevaba, junto a la nieve helada del suelo y la que había estado cayendo sobre su cuerpo mientras continuaba tendido. De manera que tumbado como estaba todavía podía sentirse a salvo, pero si se levantaba lo más probable es que fuera tiroteado al llevar encima la ropa del enemigo. Por eso había que hacer algo a más no tardar, realmente estaba perdido o se moría de frío o acribillado.

—¡España!... ¡España!... escuchadme... soy español no disparéis... no lo hagáis por Dios —gritó con toda su alma sacando fuerzas de la flaqueza.

Rápidamente sus camaradas divisionarios se pusieron en guardia a lo largo de la trinchera mientras apuntaban a un enemigo invisible porque Faustino apenas había levantado la cabeza para no ser descubierto.

—Quién demonios eres... hazte ver de una vez... —le gritaron.

—Soy yo mi brigada, soy Faustino Pérez... el último superviviente de la patrulla —exclamó con cierta excitación al haber reconocido la voz de su interlocutor—, y usted es el brigada Moliner.

—Si eres quien dices ser sal de una maldita vez —le ordenó.

El monterdino quiso levantarse pero como consecuencia del tiempo que había estado entre la nieve se le habían agarrotado tanto los músculos que apenas podía mover las articulaciones.

—Me está costando Dios y ayuda poder moverme y si hago un esfuerzo brusco igual no se interpreta bien y me disparáis —volvió a gritar Faustino.

—Déjate de tonterías y no hagas que pierda la paciencia, levántate de una puñetera vez aunque sea de golpe —le exigió de nuevo—. Y vosotros quietos, que nadie dispare si yo no lo ordeno.

—Lo siento mi brigada no puedo... —volvió a disculparse—. Mire voy a mover la cabeza todo lo que pueda y sabrán donde me encuentro pero no me disparen que llevo encima un abrigo de los comunistas.

Así lo hizo Faustino y fue suficiente para descubrir la mancha oscura del pasamontañas de su cara que sobresalió entre la inmaculada blancura de la nieve. El brigada señaló hacia aquel lugar e inmediata-

mente ordenó que acudieran dos soldados para ayudarlo a levantarse y traerlo a volandas de nuevo con los suyos.

Sin embargo para los miembros de la División Azul acantonados en Krasny Bor las sorpresas no habían terminado con el encuentro en aquel puesto de vigilancia y mientras los sanitarios estaban reanimando a Faustino un estampido sacudió la trinchera. A esa primera explosión siguieron otras cada vez más cercanas y numerosas. Aquel bombardeo artillero era espectacular, como jamás había padecido ninguno de los españoles presentes en aquel reducto. El estampido ocasionado por los “Órganos de Stalin” se escuchaba por doquier a lo largo del perímetro de la línea del frente. Además, un nutrido grupo de bombardeos y cazas rusos hizo su aparición de repente para seguir machacando la posición. Por su parte, los divisionarios nada podían hacer más que resguardarse lo mejor posible entre aquella marabunta de fuego y solicitar con insistencia la ayuda del ejército alemán situado no muy lejos de allí. Después de unas dos horas de intensa actividad artillera, los rusos cesaron los bombardeos sobre la primera línea del frente para empezar a castigar la retaguardia. Y esa era la señal para iniciar el asalto a las posiciones defendidas por los españoles desde la próxima población de Kolpino donde se habían estado reagrupando.

Las bajas fueron cuantiosas así como los heridos, y uno de ellos fue el propio Faustino al que una explosión le había seccionado de cuajo dos dedos de una mano y tenía además una esquirla de metralla incrustada en su pierna. La posición defensiva se estaba reorganizando y los heridos —dadas las circunstancias— eran trasladados lo más rápidamente posible hacia la retaguardia en medio de un intenso bombardeo. Mientras le llevaban en camilla, Faustino no dejaba de escuchar a los mandos del Regimiento solicitar ayuda a los alemanes pero éstos seguían sin mover sus fuerzas. Y enfrente de ellos miles de soldados soviéticos como en una oleada interminable corrían entre la nieve intentando llegar a la posición española que se había convertido en un barrizal como consecuencia del fuego artillero. También numerosos carros de combate se abrían paso a través de la helada estepa haciendo fuego continuamente sobre las trincheras sin que los defensores pudieran defenderse adecuadamente.

Tras horas de duros combates y sin recibir el apoyo alemán, la División Azul con más de mil muertos y otros tantos heridos a sus espaldas tuvo que repliegarse unos tres kilómetros dejando Krasny Bor

en poder de los rusos. Sin embargo el mando soviético no pudo alcanzar su objetivo de romper definitivamente el frente para reconquistar Leningrado debido a la enconada defensa que encontraron a pesar de que eran muy superiores en número. Allí quedó como un baldón para los soldados españoles la displicencia alemana que los dejó morir en aquel matadero sin prestar ayuda. Fueron carne de cañón, como les ocurrió en otros combates a las unidades de voluntarios de todos los países que decidieron colaborar con el Régimen nazi. Aquella batalla resultó de capital importancia en el devenir de Faustino porque sus heridas le impidieron seguir participando en la guerra. Le llevaron a retaguardia para poder curarlas junto a los cientos de heridos que hubo durante esa fecha y, más tarde, en el momento que se hubo repuesto fue repatriado y obtuvo la licencia del ejército.

Cuando Faustino estuvo de nuevo en España no quiso demorar por más tiempo su vuelta a casa y a mediados de marzo de 1943 ya se encontraba en Teruel, donde por cierto ni él ni los otros turolenses licenciados que lo acompañaban encontraron el recibimiento que esperaban por parte de las autoridades. Una vez pasó por el trámite de su presentación en el Gobierno Militar marchó en primer lugar a Albaracín para visitar a la familia de su malogrado compañero. Acudió al cuartel de la Guardia Civil y pudo hablar con su padre que, emocionado, recogió la medalla de Miguel y le batió a preguntas sobre la vida que habían llevado en Rusia, a pesar de que su hijo se lo contaba por carta quería escucharlo de viva voz. Se emocionó al oír cómo murió y le agradeció de corazón que hubiese cuidado de él hasta el último momento, solo una cosa le entristecía y era el no poder saber dónde estaba enterrado.

—Mi hijo murió y eso ya no tiene remedio pero qué injusticia más grande es no saber donde reposan sus restos. Llegará un día que esta maldita guerra habrá finalizado y lo que yo daría para conocer su paradero, poder visitar su tumba y rezar allí mismo aunque fuera una sola vez en la vida. Es un agravio que jamás en mi vida podré superar.

—No se aflija señor que su hijo fue un soldado valiente que murió en defensa de unos ideales... Si me permite decirlo peor hubiera sido que lo hubieran hecho prisionero... ahora mismo no conocería su suerte y esa es una incertidumbre imposible de soportar...

—Tienes más razón que un santo pero nunca te podrás imaginar lo que se siente al faltar un hijo y desconocer en qué lugar reposan sus restos.

Faustino no quiso contradecirle porque el hombre estaba sufriendo como cualquier persona que ha perdido a un ser querido. Y lo cierto es que sí podía haberle respondido. Precisamente, su hermano Rafael estaba desaparecido desde el comienzo de la Guerra Civil y no sabían de su paradero o lo que había ocurrido. No dejaba de pensar que el dolor por pérdidas similares no es patrimonio de nadie, ni por política ni zarandajas por el estilo, y todos los familiares ya sean “Rojos” o “Azules” lloran con la misma intensidad cuando esto se produce. Por un momento quiso trasmitirle sus más íntimos pensamientos, como por ejemplo que también le hubiera gustado que se hubiera investigado las fosas donde habían arrojado a muchos republicanos y no solo las de los vencedores de la pasada contienda. Quizás en una de ella habrían encontrado a su hermano y en este caso sus padres y esposa tendrían un lugar donde recogerse con el difunto. Pero finalmente optó por callar. No dejaba de temer que fuera contraproducente más que nada porque desde hacía años había comprobado que existían dos tipos de españoles, los vencedores y los vencidos. Se despidieron con un fuerte abrazo y el guardia civil le comentó que cualquier cosa que necesitara se lo hiciera saber y haría todo lo posible para devolverle el inmenso favor que le había hecho con aquella visita.

Aquel encuentro era inevitable pero en estos momentos lo que más ansiaba Faustino era llegar cuando antes a su casa y encontrarse con su familia para poder abrazarlos a todos. Enfiló el camino a Monterde de Albarracín por el tramo más corto aunque abrupto a través de la masada de *Monteagudo*, y a pesar de todo el cansancio acumulado lo cierto es que no llegaba a hacerle mella y parecía tener alas en los pies. Después de todas las penalidades que había padecido durante el último año aquello no pasaba de ser más que un juego de niños. El reencuentro tan largamente esperado fue uno de los momentos más maravillosos de su vida y su familia lo festejó como buenamente pudo aunque también con la mirada puesta en la cárcel de Zaragoza, donde seguía encerrada Violeta. Dos días más tarde partieron todos juntos hacia la masada de *Chulilla* para poder pasar la jornada con sus queridas inquilinas.

Además, la llegada a su pueblo fue con el tiempo justo para poder presentarse al trabajo municipal de *Viejero* ya que tenía todas

las papeletas para que se lo otorgaran a pesar de que había otros candidatos tan necesitados como él o incluso más. Por fortuna para Faustino las directrices del Estado junto a la actitud mantenida por el Ayuntamiento, al igual que los del resto de España, era la de primar para los puestos laborables a aquellos que habían participado en la Guerra Civil con el bando franquista o eran afines a los principios ideológicos del Movimiento. Sin pretenderlo ni mucho menos, a priori entraba de lleno en esta tesitura ya que estuvo enrolado durante algo más de un año en el ejército golpista y además se fue voluntario a la División Azul de la que por si fuera poco volvió mutilado.

Lo mismo ocurrió en el pueblo con el trabajo de *Machero* donde fue elegido entre la terna que lo solicitaba un amigo del jefe local de la Falange. Este caso también resultó sangrante para una de las personas que optaban a dicho puesto, ya que se trataba de un padre de familia numerosa y pobre de solemnidad, situación económica que ya venía arrastrando desde muy joven, incluso en los censos electorales antiguos llegó a figurar que tenía la profesión de “Pordiosero”. Era tan pobre que su familia no tenía ni para comprar calzado nuevo y utilizaban las albarcas para todo, pero cuando tanto él como sus hijos se tenían que mudar por cualquier motivo no resultaba raro ver a cada uno de ellos calzar un zapato desgastado y diferente en cada pie, ya que les daba igual con tal de que acoplara. Para las autoridades municipales les era indiferente las enormes necesidades por las que pasaba aquella familia, lo único que de verdad importaba era que el padre estaba catalogado como republicano aunque ni tan siquiera estuvo afiliado a ningún partido político y solo fue un simpatizante más.

No obstante en su nuevo empleo, Faustino seguía considerándose una más de las personas represaliadas del pueblo por mucho que ahora le hubieran dorado la píldora. Nunca podría olvidar las calamidades que había tenido que pasar él y su familia por el único delito de que alguno de sus miembros pensara y actuara de manera diferente respecto a los vencedores de la contienda. De por medio se habían dado destierros y encarcelamientos, además él mismo había acabado mutilado en una guerra que ni le iba ni le venía, a la que se había tenido que marchar como voluntario con el único argumento de poner fin a las represalias que padecía su propia familia.

En realidad, la política le había traído sin cuidado a lo largo de su vida y eso que su hermano la tuvo como principal objetivo y a través

de ella intentó mejorar la situación de los vecinos de Monterde. Si Faustino se sumó al ejército franquista fue porque lo obligaron, es más no le tenía ninguna simpatía y no dejaba de pensar en Rafael. Su hermano jamás hizo daño a nadie en su vida pero el bando golpista se lo llevó al inicio de la guerra e intuía el fin que había tenido, a pesar de todo se guardaba de comunicar a nadie sus íntimos pensamientos y mucho menos a sus padres y cuñada. Así pues, decidió que aprovecharía aquella hipócrita e indigna coyuntura para beneficiarse todo lo que pudiera y, de este modo, revertir en su familia esta situación aunque solo fuera por todo lo que había padecido tan injustamente.

El trabajo de *Viejero* le ocupaba algo más de medio año, aproximadamente entre los meses de abril a octubre y en realidad podía considerarse algo así como el carnicero. Todos los vecinos que poseían ganado le mandaban aquellas ovejas viejas que querían sacrificar juntándose en un rebaño que era agraciado con los mejores pastos del término municipal. Llegado el momento se encargaba de matarlas y descuartizarlas, para vender por el pueblo previamente pesados los trozos de carne en una torja de cuatro esquinas que marcaba los kilos por cuartos o medios. De los beneficios obtenidos, una parte era para el *Viejero* y la otra para el dueño de la res.

Pero la reentrada en la vida civil de Faustino no fue tan natural como cabría suponer. Durante las primeras semanas apenas podía conciliar el sueño y era común que se despertara en medio de terribles pesadillas.

—Dispara, dispara... mira allí... y por este lado vienen más... dispara... mávalo... dispara... hace mucho frío... —repetía sin parar medio dormido y sudoroso hasta que los espasmos le hacían reincorporarse.

Su esposa pasó muchas noches en vela y afligida porque veía a Faustino sufrir como nunca lo había hecho. Pero poco a poco aquella situación acabó por remitir y finalmente su estancia en Rusia quedó aparcada en el rincón del olvido. Tanto fue así que se negó a contar a nadie del pueblo, ni siquiera a su propia familia, ninguno de los acontecimientos que vivió en aquella inhóspita tierra. Hubiera sido como revivirlos de nuevo y eso era algo que se negaba en redondo. Para él quedaron grabados a fuego los intensos combates, el frío padecido, las muertes, el haberse considerado carne de cañón y poco menos que la

última mierda para los alemanes. Y por encima de todo, la desidia de las propias autoridades españolas una vez los divisionarios volvieron de nuevo a casa. La política estaba por encima de los sentimientos y todo valía, incluso denostar a las personas que habían incitado o convencido para que combatieran en nombre de España. Y en estos momentos donde los derrotados de la guerra se inclinaban en contra de Alemania convenía estar a bien con los aliados.

Escaldado como estaba Faustino se dio de bruces en el pueblo con una situación que detestaba como nadie se podía imaginar. En Monterde de Albarracín como en tantas localidades de la Sierra existía una clara diferenciación de la sociedad local. Desde siempre, los ricos o que se consideraban como tal habían acudido a sus propios locales de ocio y diversión mientras que el resto de los vecinos lo hacía en el suyo. Pero una vez acabada la guerra ya no existían locales para los dos grupos, en realidad las cantinas y los salones del baile eran coto privado de los mismos, es decir de los vencedores de la Guerra Civil.

Faustino no era muy bailador pero al poco de haber llegado al pueblo y finalizada la Semana Santa de aquel año tenía ganas de pasar un día de auténtico jolgorio. De manera que quiso aprovechar la fiesta de los *Mayos*, ya que una vez concluida la festividad cristiana a la Iglesia ya no le chirriaba tanto que los jóvenes se solazaran en los bailes públicos. Además tenía ganas de festejar su vuelta, por lo que junto a su mujer y varias parejas de amigos decidieron ir al único baile que había en el pueblo el sábado primero de mayo, a pesar de las reticencias de alguno de sus conocidos que consideraba semejante acción como de alto riesgo. Desde la calle ya se escuchaban los acordes de la orquesta contratada para la ocasión mientras que en el Salón del baile se veía gran animación de jóvenes *mayos* bailando pasodobles con sus *mayas* y las madres de las mozas vigilado sentadas al fondo de la estancia. El grupo de amigos se acercó al local y cuando el primero de ellos acababa de subir los escalones y se disponía a entrar, salieron de estampida varios jóvenes falangistas empujándole hacia afuera y uno de ellos le propinó un puñetazo que le hizo rodar escaleras abajo hasta la calle.

—En el baile del pueblo no entran los “Rojos” ni su escoria —gritó el matón con un tono chulesco al tiempo que mantenía los brazos en jarra mirando retador al caído y sus acompañantes.

Mientras el resto de amigos se acercaban para ayudarle y varias mujeres comenzaban a gimotear bajando la mirada al suelo, Faustino, comenzó a subir con decisión por la escalera y cuando llegó arriba del todo los falangistas le impidieron el paso haciendo grupo en la misma puerta.

—Aquí no queremos a los “Rojos” y tú eres uno de ellos aunque te hayas disfrazado de Divisionario.

—Pero yo por lo menos me fui a Rusia a combatir a los comunistas mientras la calaña como tú se quedaba aquí a verlas venir.

Las voces de todos ellos se alzaron al unísono protestando por aquel supuesto insulto aunque lo cierto es que no era tal. Aquellos que más clamaban en Monterde y se tenían como acérrimos defensores del Régimen en realidad se cuidaron mucho de marcharse en su momento y disfrazaron su cobardía hostigando constantemente a los “Rojos” del pueblo. Por el contrario los que sí lo hicieron o bien fue por auténtica necesidad, como el caso de Faustino, o por convicción ideológica aun a riesgo de perder su propia vida como le ocurrió a Miguel. En los alrededores de la puerta cada vez se escuchaban más gritos al tiempo que la orquesta seguía tocando porque nadie, salvo los causantes de aquella pelea, se había percatado de lo sucedido.

—Os marcháis inmediatamente de aquí o acudimos al Ayuntamiento a llamar a la Guardia Civil y ya sabéis lo que va a pasar —amenazó uno de los alborotadores.

—Me parece muy bien que lo hagáis pero yo lo hablaré también con el padre de Miguel, que en paz descansa —se plantó Faustino mirando directamente a la cara de cada uno de los miembros del grupo—. Sí, ya sabéis de quien hablo, de ese patriota que tuvo lo que tenía que tener y no vociferaba tanto como vosotros. Sí, ese que se vino conmigo y murió combatiendo contra los comunistas que tanto odiáis mientras aquí os quedabais vosotros, los salvadores de la patria, disfrutando de los placeres de la vida a pierna suelta. ¿Qué hacemos?, llamamos a la Guardia Civil de Albarracín pero eso sí, de paso que venga también el padre de Miguel que es capitán en ese cuartel y le explicamos lo ocurrido. O por el contrario nos dejáis pasar.

Se produjo un tenso silencio mientras todos ellos se miraban a la cara sin tener claro los próximos movimientos. Esa indecisión fue aprovechada por Faustino que quiso dar el golpe definitivo.

—Mientras cada uno de nosotros paguemos la entrada a este local nunca en vuestra puñetera vida se os ocurra detenernos... ¡Está claro!

El tono entre enérgico y militar con el que finalizó su disertación los cohibió de tal manera que optaron por dejarles pasar. Acto seguido los que habían participado en la pelea y algunas personas más decidieron marcharse del Salón.

—Todo el baile para vosotros que cuando el dueño no gane lo suficiente ya se encargará de cerrarlo. Acabaréis yendo a bailar a una paridera con las cabras —comentó en tono jocosos uno de ellos entre la risotada general de sus amigos.

Aquella última pataleta era lo único que podía hacer el falangista retador, y junto a su grupo salió con paso firme hacia la cantina con toda seguridad a desahogar la bilis que se habían tenido que tragar con Faustino, para ellos un redomado traidor que se había convertido en amigo de los “Rojos” del pueblo. Durante el resto de la tarde fue la comidilla en aquella cantina pero poco más podían hacer que criticarlo, ya que quien les había retado en aquel singular duelo había estado en la División Azul combatiendo el comunismo y encima volvía con la aureola de caballero mutilado. A partir de ese momento tendrían que aprender a convivir con él, por más que se empeñaran en ir en su contra nada iban a conseguir y ellos lo sabían. Lo mejor sería seguir cada uno su vida.

En el Salón del baile, la orquesta había finalizado la canción y dándose cuenta del percance que acababa de tener lugar se hallaban expectantes mirando hacia la puerta ante lo que pudiera ocurrir. Por su parte, Faustino fue el primero en entrar y dirigiéndose a los músicos los conminó a seguir tocando lo que fuera pero lo más pronto posible. Así lo hicieron y al instante sus amigos comenzaron a bailar, muchos de ellos era la primera vez que lo hacían en aquel lugar desde que estuvieron en el pueblo durante la Guerra Civil las Brigadas Confederales.

Y el autor de aquella hazaña gozaba como nadie viendo bailar pasodobles y tremendamente felices a varias parejas del pueblo que lo hacían maravillosamente bien. Allí estaban Francisco y Narcisa o también los entrañables Amador y Amadora, que vaya casualidad que llegaran a conocerse dos personas que se llamaran con esos nombres tan poco usuales aunque lógicamente en géneros diferentes. Y no fue lo

único que ocurrió, aquella irrupción posibilitó que todas las personas que se quedaron pudieran al menos comenzar a relacionarse de nuevo después de la amarga experiencia vivida años atrás. Si bien es cierto que los más intransigentes se marcharon de allí durante esa misma tarde lo cierto es que antes de un mes ya habían vuelto de nuevo al baile, eso sí, marcando las distancias porque seguían viendo a la colla de los “Rojos” como al enemigo.

Mientras tanto, Esperanza seguía con su rutina habitual de las últimas semanas en la masada de *Chulilla* y gracias a las enseñanzas de su abuela iba abriendo sus conocimientos a las materias escolares. También había un pequeño espacio para el mundo fantástico del sabinar aunque lo cierto es que cada vez con menos frecuencia. De esta manera fueron pasando los días en aquel crudo invierno y así, casi sin darse cuenta, estaba a punto de llegar por fin la primavera y con esa nueva estación, aquellas mujeres volvieron a retomar la actividad cotidiana que mantenían durante la mayor parte del año. La muchacha llevaba un tiempo acudiendo de pastora con su abuela al Vallejo del *Torruco* al ser el lugar más abrigado y con los mejores pastos durante esta época del año, pero sentía añoranza para ir cuando antes al prado próximo, a *Sabinaquemada*, por todos los buenos recuerdos que tenía de aquel maravilloso lugar. En este caso Margarita era inflexible y a pesar de su insistencia le había comentado que no irían hasta el preciso momento que cambiara la estación. Sin embargo Esperanza no cejaba en su empeño, por eso cada mañana después de levantarse bajaba rauda a la cocina y lo primero que hacía era preguntar a su abuela aunque siempre obtenía la misma respuesta.

Desde que habían comenzado a pastorear todas las madrugadas parecían idénticas, pero antes de amanecer aquel veintiuno de marzo la muchacha se despertó sobresaltada al escuchar unos sonidos y golpes que provenían de fuera de la casa. Se vistió con rapidez y bajó por las escaleras saltando los peldaños de dos en dos, y conforme se aproximaba a la puerta aquel sonido se hacía más de notar. Una vez llegó a la entrada y abrió el portón de la casa su asombro no tenía límites por lo que estaba viendo. A las afueras del recinto de la masada se encon-

traba Concepción golpeando fuertemente con unos palos cierto tronco que parecía hueco y generaba un sonido profundo y monocorde. Por otro lado estaba su abuela la cual soplabla con insistencia una caracola de mar que guardaban en la casa, y que cierta vez cuando lo preguntó le dijeron que era utilizada por los pastores para llamar al ganado. Aquel sonido era bastante parecido aunque no tan grave al que producían las bocinas de los barcos cuando zarpaban. Y así se mantuvo durante varios minutos, observando como repiqueteaban aquella especie de instrumentos hasta que finalmente resultó visible la figura del sol en el horizonte y ellas, exhaustas, dejaron por fin de tocar.

—¿Qué estáis haciendo? ¿A qué viene tanto ruido?

—Estamos ayudando a la primavera para que se despierte y comience de nuevo la vida en el campo —le comentó Concepción con cierta suficiencia.

Entonces Margarita, tras una fugaz y cómplice mirada a su amiga, se acercó hacia a la niña que no acababa de salir de su asombro y quiso explicarle los motivos que les llevaban durante todos los equinoccios de primavera a realizar los mismos ritos.

—Mira los campos que hay alrededor, siguen yermos y sin vida, lo mismo le ocurre a los árboles que mudan sus hojas durante el otoño y todavía no han comenzado a brotar. Si ocurre eso es porque el invierno todavía tiene fuerza y su poder se hace sentir sobre la vida, por eso muchas personas durante el equinoccio de primavera, es decir hoy, cuando el día y la noche ocupan el mismo tiempo en el cielo, intentamos despertar a la primavera para que conquiste de nuevo el mundo que nos rodea y lo cubra todo de vida. Pero además este día precisamente es singular porque cuando llega la noche es mágica por doble motivo. Hoy es el equinoccio de la primavera y además tenemos luna llena, algo que ocurre cada siglo en contadas ocasiones. Y ello precisamente nos llena de satisfacción, estos años suelen ser beneficiosos con todos los que creemos en la importancia de la naturaleza y ponemos nuestro granito de arena para que desbanque de una vez al pesado invierno.

Desde luego sus *tatas* y en especial su abuela eran una fuente de sorpresas para Esperanza, que seguía asombrándose por todo aquel fantástico mundo que le rodeaba aunque era incapaz de descubrirlo si no contaba con la ayuda de aquellas abuelas tan espabiladas. Mientras

daba aquellas explicaciones, Margarita observaba complacida la respuesta emocional de la muchacha y dedujo que bien podía distraerla con una nueva historia que le ayudara a fantasear durante una temporada más.

Habían pasado dos semanas después de la fiesta de los *Mayos* de 1943 cuando Margarita y Esperanza sacaron al ganado para que pastara como hacían todos los días, pero aquella cotidiana monotonía finalizó cuando atravesaron un pequeño roquedal cubierto de matorros. El ruido procedente de uno de aquellos matorrales las asustó y volvieron su cara a la vez para ver de qué se trataba. Apenas tardaron en darse cuenta del autor al observar como un fardacho grande de color verde intenso se movía incómodo, tanto, que abandonó el lugar privilegiado donde estaba tomando los primeros rayos de sol. A pesar del susto aquel lagarto detuvo su carrera a los pocos metros justo delante de unas matas de espliego, giró su cabeza y miró a aquellas extrañas entre altanero y retador. Abuela y nieta estaban paralizadas, Margarita porque le hechizaba la belleza singular de estos reptiles, mientras que Esperanza mostraba un semblante angustioso por aquel brusco encuentro.

—No te asustes que no pasa nada, si lo dejamos en paz él seguirá su camino como si tal cosa.

—Es que me da un poco de miedo.

—No tienes nada que temer porque los lagartos también forman parte del mundo mágico del monte sabinar.

—¿De verdad abuela? Pues anda cuéntame su historia que hace tiempo que ya no me cuantas nada.

La mujer aminoró la marcha porque ya estaban muy cerca de *Sabinaquemada* y además *Careto* había mecanizado tanto su labor de perro pastor que casi no era necesario hacerle ninguna indicación. Y mientras observaban como el pequeño rebaño se dispersaba en el prado ante la atenta vigilancia del can, ellas se dirigieron hacia una gran losa de piedra desde donde solían vigilar a las reses. Ese breve lapso de

tiempo fue suficiente para que la abuela pensara la manera de enfocar una nueva fábula que alimentara la enorme imaginación que poseía su nieta.

—No sé si te he contado alguna vez que los grandes lagartos del bosque que habitan en estas tierras se conocen como fardachos y son los herederos de los antiguos dragones castigados por la Madre Naturaleza a causa de su maldad.

Como siempre que Margarita iniciaba un relato los ojos de la niña se abrieron en medio de su asombro, aquella historia daba la impresión que prometía, total viniendo de su abuela era lo más propio que podía ocurrir. Por su parte, ésta, apreciando la expectación causada comenzó con la narración haciéndola coincidir con otros momentos mágicos vividos recientemente.

—En realidad todo lo que ocurrió es una de las causas por las que en el equinoccio de primavera despertamos a la naturaleza como tuviste oportunidad de comprobar en la masada hace unas semanas al romper el alba.

—Te refieres a cuando me despertasteis por la mañana con el ruido del tronco y la caracola de mar.

—Claro y espero que no lo olvides para que a partir de ahora sigas siempre con esta tradición que se pierde en la noche de los tiempos.

—¿Y eso cuánto es?

—Bastante, Esperanza... Verás hace muchísimo tiempo en un lugar ignoto y perdido vivían los últimos descendientes de los grandes saurios que habían dominado el mundo millones de años atrás. Estaban confinados allí por la Madre Naturaleza debido a que en cierta ocasión se rebelaron contra el orden establecido y estuvieron a punto de acabar con la vida en la tierra. Los desterró con el apercibimiento de que la siguiente vez que interviniera sería para destruirlos definitivamente. Durante mucho tiempo la vida continuó sin problemas y los seres y organismos que la poblaban se amoldaron de la mejor manera posible. Como pasaban los años y todo seguía las pautas establecidas por la Madre Naturaleza, ésta fue dejando poco a poco la vigilancia sobre el planeta. Y en el preciso momento en que los saurios o dragones se vieron libres de aquel control comenzaron de nuevo a aterrorizar al resto de los seres vivos. Entonces, la Madre Naturaleza pensó en la ma-

nera de reconducir la situación y decidió que sería mejor dotar al hombre, que era su creación mimada, de las capacidades necesarias para contrarrestar el creciente poder de los dragones. De esta manera los podría mantener a raya sin necesidad de intervenir personalmente porque ello supondría el final de esa especie por la promesa que les hizo en su momento, aunque ella por principios, no era partidaria de soluciones tan drásticas.

—Y entonces ¿Qué hizo?

—No corras pequeña, no corras que te voy a contar toda la historia pero paso a paso... Como puedes imaginar los dragones no estaban dispuestos ni mucho menos a claudicar e intentaban crear un nuevo mundo en la tierra. Lo primero que quisieron hacer fue cambiar la forma de vida existente para adaptarla a sus necesidades y para ello resultaba crucial robar los tres principales sentidos del resto de los seres vivos. De esta manera cambiarían el mundo conocido y aquellos que lo habitaban quedarían completamente desamparados al despojarles paulatinamente del oído, el olfato y finalmente la vista. A partir de ese momento todos ellos no serían más que presas fáciles y vivirían tan solo para servir de comida a los dragones.

—Pero al final perdieron los dragones ¿verdad?

—Por supuesto porque en caso contrario ahora mismo nosotras no estaríamos hablando, pero lo cierto es que costó muchísimo esfuerzo ganar aquella guerra. Había dragones que escupían fuego mientras que otros lo helaban todo con su aliento y éstos precisamente eran los más temibles, tanto, que incluso se impusieron y esclavizaron también al resto de los saurios. La batalla fue brutal y duró millones de años con muchos vaivenes en los cuales la estación invernal se hacía eterna con el frío y la nieve cubriendo la tierra. La fuerza de los dragones de hielo era tan terrible que cuando llegaba el invierno y la vida quedaba en suspenso, como adormecida, usaban su aliento para mantener o incluso incrementar las nieves eternas. Sin embargo, enfrente tenían nada menos que a la Madre Naturaleza que luchaba con todas sus fuerzas para proteger el mundo creado y gracias a su innegable poder logró detener el avance de las glaciaciones. Así se mantuvo esta lucha durante miles de años hasta que se unieron a la humanidad los seres mágicos del bosque en el momento que acabaron dándose cuenta que el fin de la vida hasta entonces conocida significaba también su propio final.

Después de mucho investigar aquellas entidades fantásticas descubrieron que el punto débil de los dragones era el ruido y cuando éste era muy fuerte se volvían mucho más frágiles y asustadizos, por eso precisamente era el sentido que habían querido destruir en primer lugar. Y así pasa todavía en la actualidad ya que en el momento que los lagartos escuchan algún sonido estridente corren espantados. Por eso el día que va a comenzar la primavera durante el equinoccio el bosque se llena de un estruendo ensordecedor realizado por hombres y animales para forzar a que despierte la estación junto a todos los sentidos que han permanecido adormecidos durante el invierno. Se trata de una manifestación de los seres vivos motivada por los recuerdos de aquella época inmemorial donde tanto se luchó contra los dragones. Toda ayuda es poca si con ello conseguimos que la vida siga adelante en nuestro planeta y la primavera vuelva a ganar su batalla al crudo invierno impregnando el campo con savia nueva.

—Entonces... ¿Desaparecieron para siempre?

—Sí... pero no. Verás hija mía la Madre Naturaleza siempre ha sido magnánima con sus creaciones de manera que antes de destruirlos definitivamente les quiso dar a elegir entre la muerte y el olvido de su especie por toda la eternidad o convertir a sus descendientes en seres pequeños y frágiles justamente lo contrario de lo que habían sido hasta esos momentos. Y por supuesto también les quitó el enorme poder que habían adquirido a lo largo de tantos años de evolución negándoles la capacidad de modificar el clima, así como poder interferir sobre los sentidos del resto de los seres vivos. Ellos aceptaron el castigo pero le suplicaron que les dispensara el privilegio de seguir conservando algunas de sus características para poder reconocerse mejor y que no afectaban a su relación con la naturaleza. Por ello mantienen desde entonces tanto la belleza de su colorido como su soberbia y miran desafiantes y orgullosos a todo aquel que se cruza en su camino, aunque eso sí, siguen estando sujetos a los avatares de la vida como el resto de los habitantes del bosque.

Y sentadas sobre una losa de piedra permanecieron abuela y nieta durante el resto de aquella hermosa mañana de primavera, preguntando la niña sobre los avatares de los seres del bosque y Margarita respondiendo con el placer y entusiasmo de una buena maestra de escuela.

Aquel año de 1943 resultó algo atípico respecto al clima y cuando se estaba aproximando el verano las tormentas se repitieron con más frecuencia de lo normal. Precisamente una de ellas descargó un considerable caudal de agua y motivó cuando escampó el tiempo que Margarita y Concepción decidieran jugársela de nuevo y, junto a la pequeña Esperanza, se trasladaron una madrugada a cierto paraje situado entre los términos municipales de Albarracín y Monterde. En aquel lugar, la divisoria de ambos términos era ciertamente difusa y siempre que las descubrieran podían alegar que se encontraban fuera del de Monterde, para ellas prohibido a causa de su destierro. A pesar de esos inconvenientes lo cierto es que se había presentado una oportunidad que no convenía desaprovechar y más teniendo en cuenta la permanente necesidad que existía de conseguir alimentos.

Cuando salieron de la masada aquella mañana habían dejado al ganado encerrado en la paridera y tan solo llevaban una canasta plana de mimbre, un saco de arpillera con unos trapos del mismo material junto a dos corbellas que utilizaban para recoger las mielgas que comían sus conejos. En realidad, salvo aquellos trozos de tejidos y la cesta, el resto de los objetos no eran más que una simple coartada por si se topaban con la pareja de la Guardia Civil. Por supuesto, Esperanza no tenía ni la más remota idea de lo que iban a realizar, tan solo obedeció las indicaciones de sus *tatas* y recogió ropa de abrigo porque debido a las recientes lluvias todavía refrescaba sobre todo por la mañana. Y por fin tras una hora de caminata llegaron al lugar indicado, se trataba de un pequeño *piazo* encajonado en un barranco por donde seguía su recorrido el arroyo Manzano después de su paso por la localidad de Monterde. La familia de Cosme era la propietaria de aquel campo y ellos fueron precisamente quienes les comentaron que era el lugar perfecto para coger truchas y si tenían suerte lo harían en gran número, operación que ya habían realizado en otras ocasiones. Por regla general aquel arroyo no llevaba mucha agua pero con las torrenceras producidas durante las tormentas del estío aumentaba considerablemente su caudal y acababa confluyendo varios kilómetros más abajo con el río Guadalaviar. En las contadas ocasiones que se producía este enlace, las

truchas remontaban desde allí corriente arriba y debido a la relativa profundidad de este aislado paraje en el momento que bajaba el caudal resultaba fácil poder agarrarlas con la mano.

—Venga Esperanza ayúdanos y coge las piedras más grandes que puedas para echarlas en este punto del arroyo pero antes de mover alguna de ellas no te olvides de mirar debajo por si hay alacranes —le indicó Concepción.

—Ya lo sé. Estoy cansada de escuchar siempre lo mismo ni que fuera una niña pequeña... y no me cambiéis de tema ¿Para qué estamos aquí? A veces me canso de vuestros secretos —protestó.

—No seas impaciente y haz lo que te dice Concepción —entró Margarita en liza—. Vamos a comprobar si eres tan lista y perspicaz como aparentas y adivinas qué hemos venido a hacer antes de que nosotras te lo digamos. Y ahora espabila que cuando antes hagamos la pared más pronto comenzaremos la faena.

Así lo hicieron las tres y a pesar de la fatiga de aquel trabajo apenas tardaron en conseguir realizar una especie de dique en el punto que indicaba Concepción, que era quien llevaba la voz cantante. Pero en un momento dado Esperanza observó que dentro del agua había algo y así lo hizo saber a sus *tatas*.

—¡No sé qué hay aquí dentro pero no para de moverse!, —exclamó realmente asustada—. Esto son... ¡peces!

En efecto, era de lo que se trataba, había acertado la muchacha tal y como aventuraba su abuela. No le quisieron decir nada porque jamás había visto vivo a ninguno, tan solo sus dibujos en los libros de la escuela, además, en un par de ocasiones tuvo la oportunidad de probar sardinas de bota pero ese era en realidad todo el conocimiento práctico que poseía sobre el mundo acuático. Y precisamente esa era la sorpresa que le habían estado guardando sus *tatas*, el que pudiera ver por primera vez en su vida los seres vivos que habitaban en el agua. Si bien es cierto que cuando estuvo refugiada con su madre en Torres acudió en ocasiones al río Guadalaviar con el matrimonio que las tenía acogidas, la verdad es que ella era tan pequeña que apenas lo recordaba. En todo caso si se hubiera esforzado quizás habría evocado algunas comidas en la vega junto al río y la red de acequias que distribuían el agua para el riego de los banales. Pero también podría haber recordado los consejos dados por sus amigos para que no entrara en el

río a causa de los remolinos, ya que la mayor parte de las personas que tenían la desgracia de caer en uno de ellos eran arrastradas por la corriente y morían ahogadas. Precisamente durante una tarde en un descuido de su madre mientras buscaban cangrejos debajo de las piedras, la niña penetró en el agua por un lugar peligroso y solo la rápida reacción de los caseros de Torres impidió males mayores. Fue Violeta la que resultó más afectada por dicho incidente aborreciendo para siempre aquellos crustáceos que aunque eran tan sabrosos bien pudieron haberle costado muy caro. A partir de ese día prefirió mirar desde lejos todos los ríos y cursos de agua.

Mientras tanto, Esperanza completamente ajena a los acontecimientos ocurridos años atrás miraba extasiada como las truchas se movían con inusitada agilidad en aquella represa del arroyo. Por su parte, Margarita y Concepción no habían perdido el tiempo y ya se habían remangado las faldas atándoselas alrededor de la cintura para poder realizar sus tareas de la mejor manera posible.

—Esperanza, lo que tienes que hacer es quitarte la falda y así podrás entrar en el agua —le dijo Concepción que seguía llevando la voz cantante—. Cuando lo hayas hecho recoge ese palo, colócate junto a las piedras y cada vez que se acerquen las truchas muévelo para que no pase ninguna.

—¿Y vosotras qué vais a hacer?

—Ya lo verás vamos a conseguir comida para varios días —respondió Concepción orgullosa y muy excitada por lo que se disponía a realizar—. Yo entraré con la cesta e iré echando a tierra todas las que se metan dentro y tu abuela cogerá las que pueda en el agua con los trapos de arpillera para que no se les escurra y las tirará también afuera.

Aparentemente resultaba fácil aquella labor pero nada más lejos de la realidad porque en un momento dado desaparecieron la mayor parte de los peces escondiéndose entre las piedras o las deformaciones del lecho próximas a la ribera.

—Ahora procura no realizar ningún movimiento brusco, solo cuando veas alguna trucha que se acerca hacia ti haz lo que te he dicho y una vez que se vaya no hables ni hagas movimiento alguno.

Pasados unos instantes de plena quietud el agua dejó de estar turbia y la progresiva limpieza permitía observar como los peces habían

salido de sus escondites y eran seguidos mediante movimientos pausados de las mujeres con la intención de atraparlos. Como no podía ser de otra manera fue Concepción quien tuvo la suerte de ser la primera en pescar y con un fuerte impulso a la cesta lanzó al pez por el aire hasta que cayó a tierra no muy lejos de donde estaba Esperanza. Ésta miraba con asombro como la trucha daba pequeños saltos moviéndose con insistencia hasta que finalmente dejó de hacerlo y quedó inerte sobre la tierra. Instantes después fue Margarita quien cogió otra ayudada por el trapo de arpillera y de un fuerte impulso la lanzó fuera del agua repitiéndose la misma escena de la vez anterior.

Esperanza estaba como hipnotizada por aquel espectáculo, era la primera vez en su vida que lo veía y tenía mil preguntas que hacer pero debido al silencio que le habían recomendado no se atrevía a hablar. Su despiste iba a más de manera que no tardaron en renegarla para que prestara la debida atención porque los peces estaban huyendo por el dique de piedra que ella tenía que custodiar. Tras una primera indecisión se dio cuenta de la importancia de su puesto de vigilancia y agarrando el palo con fuerza comenzó a moverlo en el momento que vio acercarse a varios de ellos. Aquel equipo acabó resultando perfecto y al cabo de casi una hora habían conseguido siete truchas. A una señal de Concepción salieron las mujeres del agua dando por finalizada la faena.

—Ya tenemos bastantes y no creo que consigamos sacar más, así que ya vale por hoy. Esperanza, ocúpate tú de recogerlas y colócalas dentro de la cesta —le indicó Concepción.

—No puedo... se me escurren entre los dedos y no puedo cogerlas...

—Eso te pasa porque las quieres agarrar por el lomo y su piel ahí es muy resbaladiza, lo que tienes que hacer es cogerlas por la tripa y así no se te escurrirán —la mujer seguía encontrándose a sus anchas y se lo explicaba con cierta suficiencia.

—¿Por qué se movían tanto los peces cuando los habéis sacado del agua?

—Porque se estaban asfixiando ya que no pueden vivir fuera de allí, de la misma manera que nosotros nos podemos ahogar si estamos mucho tiempo dentro del agua y no salimos para poder respirar —intervino Margarita.

—Entonces cuando abrían la boca era porque se estaban muriendo ¿No?

—Ya te hemos dicho que sí... pero ¿adónde quieres llegar con tantas preguntas?

—Nada abuela son cosas más...

El semblante de Esperanza cambió por completo al escuchar aquella explicación, había observado de cerca la agonía de un animal por mucho que fuera un pez y no le acababa de gustar ni mucho menos, al contrario, le había dejado mal sabor de boca. Tanto fue así que la primitiva expectación por aquel descubrimiento se había trocado en un evidente malestar que no pasó desapercibido para las mayores. Durante el resto del camino de vuelta permaneció callada, inmersa en las contrariedades que una niña como ella observaba sobre la vida y que en ocasiones como en la de esa misma mañana presentaba su cara más cruel.

Y aquella percepción que bien hubiera podido pasar como un suceso puntual aunque desagradable para Esperanza aumentó con creces cuando llevaban andado un buen trecho del camino de vuelta. En el momento que atravesaron la carretera y enlazaron con la senda que se dirigía a la masada vieron pasar por sus aledaños a un zorro que llevaba un gazapo entre sus dientes. La niña emitió una exclamación de pena y rompió a llorar desconsolada ante la triste suerte que había corrido aquella cría de conejo.

—Escucha Esperanza no tienes que llorar por situaciones como ésta, resultan crueles pero son inevitables —intentó consolarla su abuela—. En realidad la vida dentro del bosque es así porque hay animales que matan a otros para poder alimentarse ya que es propio de la naturaleza y forma parte de la vida. Mira, ella es sabia y nosotros no tenemos que romper el equilibrio en que se sustenta, ya te he dicho muchas veces que los animales cumplen con su función y no los hay buenos ni malos aunque algunos nos gusten más que otros. El zorro tiene que vivir y se alimenta de otros animales pero también lo hacemos nosotros como has visto hace poco con las truchas o con los que tenemos en la granja de la masada y no por ello somos peores ni mejores, sencillamente es el mundo que nos ha tocado vivir.

—Pues a mí no me gusta que sea de esa manera, ni quiero ver como matas a los conejos en casa o como los desuella la *tata* Concep-

ción y tampoco vendré jamás a coger truchas al arroyo ¡No pienso comer ningún animal en mi vida!

—No digas eso Esperanza si no comes carne ni pescado serás una persona débil y enclenque durante toda tu existencia.

—¡Me da igual! Comeré todo lo que me pongas en la mesa pero no más carne ni pescado por favor... —comentó al tiempo que fruncía el ceño y bajaba la cabeza doblando el labio inferior con un mohín de disgusto.

La pequeña, a pesar de sus casi nueve años de edad se mostró inflexible con aquel razonamiento, tanto, que llamó poderosamente la atención de la abuela y sobre todo de Concepción que no hacía más que sacudir la cabeza cada vez que escuchaba desatinos como aquel, y eso que no era la primera vez que los decía. Ella precisamente era la encargada de hacer lazos para cazar conejos o liebres. Siempre que había llevado alguna presa a la masada y estaba cerca la niña tenía que ir con sumo cuidado para que no la viera porque se entristecía y se negaba a comer. Por si fuera poco el día de pesca había resultado un fiasco a tenor de la reacción que había tenido, aunque lo que resultaba más problemático es que esta vez parecía que iba en serio y la pequeña Esperanza no quería dar su brazo a torcer.

En un principio ambas mujeres pensaron que esa intención sería pasajera como le había ocurrido en las anteriores ocasiones y que aquellas reacciones eran las propias de una niña que iba descubriendo el mundo. Pero en esta ocasión se equivocaron porque en ese preciso momento Esperanza tomó la primera decisión importante de su vida y fue inflexible: nunca más volvió a probar la carne o el pescado... o por lo menos así lo creyó. Sin embargo las dos mujeres sabían más que el diablo y a partir de ese día siempre que cocinaban buscaban la manera de condimentar los alimentos de manera que, o bien en sustancia o troceados, la niña comiera como era debido. Por eso, Concepción que era la cocinera aumentó a regañadientes y siempre que pudo la frecuencia de determinados platos locales como el morteruelo, las migas o el gazpacho, en fin, todos aquellos donde era posible desmenuzar o triturar la carne.

Aunque a decir verdad tampoco abundaba este tipo de comidas y por regla general las gachas, patatas y cocidos mentirosos formaban la base de su alimentación mientras que el resto eran consideradas ex-

cepcionales. Durante el tiempo que vivió en Monterde con su madre, Esperanza no tuvo problemas con la comida pero ahora que ya llevaba más de un año instalada en pleno campo y observaba como su abuela o Concepción mataba y despellejaban los animales que iban a consumir le daba una pena infinita. Y después de aquella infausta jornada de pesca con la agonía de las truchas, ver al pequeño gazapo en la boca del zorro fue la gota que colmó el vaso. Si para comer carne o pescado era necesario hacer sufrir a los animales, se prometió que no los comería nunca más.

Afortunadamente durante los días siguientes el tiempo mejoró de forma sustancial y un prematuro calor comenzó a indicar la presencia próxima del verano. Llegado el veintiuno de junio, Margarita le dijo a su nieta que a media tarde cerrarían los animales porque tenían algo muy importante que celebrar al día siguiente, convenía prepararlo todo bien y estar suficientemente descansadas ya que se trataba nada menos que del solsticio de verano. Esperanza, que las había visto durante los últimos días acumular grandes brazadas de leña en un pequeño prado cercano a la casa, recordaba cierta conmemoración que tuvo lugar el año anterior en Monterde.

—Pero abuela ¿La hoguera que vamos a hacer no es para el día de san Juan?

—Cómo se nota que tu nieta ha pasado en el pueblo la mayor parte de las festividades ¿Te das cuenta? —replicó con cierta sorna Concepción.

—Hasta ahora ha sido así pero aquí estamos nosotras para enseñarle la otra cara de la moneda —le respondió Margarita recogiendo el envite.

—Esperanza, esta tarde nos ayudarás a preparar la comida de los dos próximos días, cenaremos pronto y nada más acabar tendremos que ir a dormir porque vamos a tener que guardar fuerzas para mañana —le comentó el plan a seguir—. Respecto a tu pregunta de que si las hogueras son el día de San Juan te diré lo mismo que te dije este invierno con la *Tronca* y el *Nochebueno*. Se trata en realidad de ritos antiguos que la Igle-

sia recogió y los hizo suyos quitándoles la esencia naturalista y pagana que tenían en su origen... Y sí... lo que vamos a hacer mañana es lo mismo que los cristianos harán el día veinticuatro en la fiesta de su santo.

Tal y como había indicado Margarita durante esa tarde prepararon una buena sartenada de gazpachos en cuya elaboración intervino la propia muchacha mientras que los escabeches de carne como era lógico corrieron a cargo de Concepción. Después de la cena se marchó cada una a su habitación pero a pesar de las intenciones lo cierto es que les costó bastante poder conciliar el sueño. Cuando el cuerpo se habituaba descansar a determinadas horas resultaba complicado modificar los hábitos adquiridos más aún si conscientemente se obligaba una misma por la tensión que tal acto generaba. Los nervios como no podía ser de otra manera jugaron una mala pasada a Esperanza que precisamente esa noche no logró dormir sino hasta alguna hora más tarde de lo acostumbrado. Pero como había anticipado Concepción muy pronto acudieron a levantarla, en esta ocasión no se hizo la remolona ya que debido a su excitación se alzó con bastante rapidez de la cama y en un santiamén ya estaba lista en la cocina para desayunar.

—Pero... para que me habéis dado tanta prisa si todavía no hay nada preparado —protestó la pequeña.

—Lo siento Esperanza —la consoló su abuela—, pero esta mañana no almorzaremos hasta después de que amanezca, ya cenamos bastante anoche.

—¡Venga!, vayámonos o se hará tarde —apuró Concepción.

Después de dar una vuelta al ganado en la paridera y llenar los pesebres para que no echaran en falta su salida al campo, salieron raudas de la masada mientras le iban comentando a Esperanza los pormenores de aquella marcha matinal.

—No vamos a probar bocado ni beber agua hasta que lleguemos a un antiquísimo pozo que está situado al pie mismo del castillo de Los *Ares* en el término de Pozondón.

—¿Y por qué tenemos que ir allí? ¿Es que no hay otros pozos más cerca?

—Por supuesto que sí y lo cierto es que también nos valdría para lo que tenemos que hacer, pero el de ese lugar es especial y como es tu primera vez queremos que sea allí precisamente donde lo realices.

—¿Y por qué es especial abuela?

—Ya me imaginaba yo que no pararías de hacer preguntas pero estás en la edad de hacerlas y nosotras tenemos la obligación de responder a todas ellas aunque a veces nos cueste comprenderlo. Pues mira, es especial el pozo de Los *Ares* a donde nos dirigimos porque está al pie de un castillo medieval que los viejos del lugar consideraban mágico. Además no muy lejos de allí los primitivos habitantes de estas tierras dejaron sus huellas y mi padre que era el maestro de Monterde junto al de Pozondón me llevaron cierto día con la condición de guardar aquel secreto que muy pocas personas conocían.

A pesar de la oscuridad de la noche durante el primer tramo de aquella marcha apenas se presentaron dificultades ya que siguieron parte del antiquísimo camino que desde Albarracín iba a la localidad de Alba. Luego, al llegar a una carretera se desviaron por su izquierda para atravesar las parameras de Pozondón y ello a pesar de la avanzada edad de las dos abuelas que las hacía detenerse a menudo, más que nada por seguridad porque una caída a sus años podría resultar peligrosa.

Marchaba la primera Concepción y la seguían Esperanza y Margarita, esta última extremando las precauciones porque además su visión se reducía a un solo ojo. Las dificultades tan solo llegaron cuando transitaban por la paramera, tuvieron que ir tanteando sobre el terreno para no sufrir ningún tropiezo. Hasta que por fin llegó el momento que Concepción estaba esperando desde que salieron de la masada y pudo distinguir una roca de gran tamaño que se alzaba sobre un terreno ondulado y algo quebradizo. La bordearon siguiendo sus indicaciones hasta que dieron con el pozo en el preciso instante que por el horizonte, hacia el levante, una luz todavía tenue comenzaba a bordear los contornos de las montañas situadas en esa dirección. Y al momento, una vez dejó en el suelo el hatillo que llevaba con comida descubrió el viejo pozal que todavía seguía con una cuerda atada en el asa. Sin más dilación lo tiró al pozo para recoger agua que fue descargando sobre la cavidad de una gran losa de rodeno muy desgastada por el paso del tiempo y situada al pie mismo del pozo. Debido al hecho de que aquella roca no presentaba fisuras, el agua quedó almacenada como si se tratara de un gamellón. Todavía estuvieron un buen rato alternándose entre las dos hasta que por fin pudieron llenarlo.

—Vale, a desnudarse tocan. Tenemos que hacerlo y estar preparadas en el momento que salga el sol —Margarita dio comienzo al rito del agua en el solsticio de verano.

—¿Yo también abuela?

—Por supuesto porque tú serás la primera en ser bendecida con este agua que, al ser pura por tratarse precisamente de este día tan especial y estar bañada por el sol en el momento preciso, te protegerá de todos los males a lo largo del año.

A una indicación de Margarita, su nieta y Concepción se situaron junto a la balsita estrecha y alargada que con una orientación de norte a sur era perfecta para recibir los rayos solares con ellas situadas de frente. El frescor de la mañana les hacía tiritar pero a pesar de ello estaban contentas, especialmente Esperanza que no cabía en sí de gozo al pensar que aquellas historias que últimamente le contaba su abuela diferían bastante de las de años atrás y le daba la impresión de que poco a poco estaba entrando en el recóndito mundo de los mayores.

Cuando los primeros destellos de luz comenzaron a reflejarse sobre el agua depositada en la minúscula y rocosa alberca, Margarita y a renglón seguido Concepción y Esperanza introdujeron sus manos y comenzó cada una a mojarse hasta que sus cuerpos quedaron humedecidos por completo. Se mantuvieron estáticas recibiendo los primeros rayos del sol que fueron secando el agua prodigiosa con la que se habían empapado, y solo entonces comenzaron a vestirse de nuevo. En ese preciso momento tuvieron oportunidad de comprobar las ruinas del castillo de Los *Ares* del que tan solo quedaba los restos de algunas torres y paredes. El mismo estaba situado encima de un enorme peñascal de rodeno y de dicho material rojizo eran las losas labradas que conformaban aquellas ruinas, proporcionando la fantástica impresión de haber cuarteado y domesticado la cima de la montaña. Luego abrieron el hato y sacaron el almuerzo que devoraron con ganas después del esfuerzo realizado. Al poco de iniciar el camino de vuelta se desviaron hacia un barranco lleno de sabucos y recogieron varias ramas para colgar en la casa como medida de protección.

La primera parte de la fiesta del solsticio de verano se había cumplido a la perfección sin haber sufrido contratiempo alguno, tal circunstancia planeaba sobre ellas desde el momento mismo que salieron de *Chulilla*. Aquella aventura hasta ese momento seguía adelante

pero no las tenían todas consigo ya que estaban en peligro al incumplir las estrictas normas impuestas especialmente a personas como ellas. Al encontrarse en una masada perdida entre el sabinar, se suponían con más libertad pero lo cierto es que no era así. En más de una ocasión se habían sobresaltado al tropezarse de madrugada con la Guardia Civil que las trillaba a preguntas sobre lo que estaban realizando y muy a menudo con malos modos. Por todo ello esa misma mañana, sin lugar a dudas habrían tenido problemas de haberse topado con alguna patrulla porque los guerrilleros seguían manteniendo sus posiciones en la Sierra de Albarracín y ellas, debido a su destierro, eran consideradas poco menos que sus cómplices.

Durante el camino de vuelta a la masada, las *tatas* fueron contando a Esperanza los pormenores del solsticio de verano, de manera que la niña iba comprendiendo los términos astronómicos que se daban al cabo de un año. Precisamente ese era el tercero que había conocido después del otro solsticio de invierno con la *Tronca*, el equinoccio de primavera con el despertar de la vida y ahora el solsticio de verano que tenía en el agua y la luz del sol los principales protagonistas.

Durante el resto de aquella jornada la vida en la masada transcurrió como si se tratara de un día festivo —que para ellas por supuesto lo era— y no trabajaron más que lo estrictamente necesario aviando los animales. Y en el momento que llegó la noche comenzaron los preparativos para la segunda fase de aquella festividad: la hoguera. Como se realizaba a las afueras del recinto de la masada en un pequeño prado no existía peligro alguno de ocasionar un incendio en el sabinar pero aún con todo extremaron las precauciones, las llamas iban a ser considerables y convenía ante todo la prudencia. Era ya media noche cuando comenzó a arder la chasca colocada en primer lugar y en el momento que había prendido a la perfección la hoguera, las *tatas* incorporaron tacos de leña de mayor grosor para que el fuego fuera más consistente.

—Esperanza, con mucho cuidado echa aquellas ramas al centro de la hoguera y así cumplirás también con el rito del fuego de este día —le indicó su abuela.

—Ya voy... pero por qué tenemos que hacer tan grande la hoguera ¿Es que no vale una más pequeña?

—Todo lo contrario cuando más grande sea, mucho mejor.

—¿Por qué?

—Pues porque es la forma de mostrar nuestro apoyo al sol que nos da la vida y purificarnos nosotras mismas por ello. A partir de esta fecha su poder irá declinando ya que los días serán más cortos hasta el solsticio de invierno por lo que la vida en toda la tierra se irá contrayendo. Es por eso por lo que debemos mostrar nuestra solidaridad con el astro rey generador de la vida... Ah y como resulta que es muy generoso con las personas que reconocen su poder, durante esta mágica noche escucha nuestras peticiones si participamos en las hogueras purificadoras... ¿has hecho ya la tuya?

—¿Yo...? ¿Cómo se hace?

—Es muy sencillo. Lo que hay que hacer es escribir en un papel un deseo, luego se enrolla y se echa al fuego para que las llamas lo quemem, la petición llegue a su destino y pueda cumplirse. Como me da la impresión de que todavía no lo has escrito entra rápidamente a la casa y haz lo que te he dicho, pero recuerda también que tienes que mantenerlo en secreto porque en el momento que cuentes tu petición a cualquier persona, ésta será automáticamente desechada.

Esperanza siguió a pies juntillas las indicaciones de su abuela y pocos minutos después estaba de nuevo junto a ellas, entonces echó el papel al fuego que fue devorado por las llamas en breves segundos. Margarita y Concepción acudieron donde tenían acumulada la leña para recoger un par de brazadas que depositaron al pie mismo de la hoguera con la intención de alimentarla poco a poco. A continuación, las tres se unieron de la mano mirando extasiadas a las llamas alzarse imponentes hacia el cielo como si fuera una flamígera espada abriéndose paso en la oscuridad, una noche mágica donde tan solo se escuchaba el crepitar de las llamas bajo la tenue luz de las estrellas. Y así siguieron durante un buen rato, rememorando sin duda alguna la petición que había realizado cada una de ellas en aquella extraordinaria noche del solsticio de verano.

—¡Alto a la Guardia Civil! ¡Que no se mueva nadie!

Las tres mujeres se soltaron de las manos al instante, asustadas ante el atronador grito que hizo añicos el maravilloso encanto de aquella noche y, como un resorte, se giraron para mirar por donde provenían las voces. Hacia ellas se acercaron dos números de la benemérita blandiendo sus carabinas en actitud claramente amenazadora.

—He dicho que no se mueva ni Dios, no se os ocurra ni pestañear —gritó el militar.

—Pero ¿Qué ocurre señor guardia? Nosotras no hemos hecho nada... —se defendió Margarita.

—¿Qué no habéis hecho nada? Y esta hoguera, ¿qué es?

—Pues la hoguera que siempre se hace en estas fechas... por San Juan.

—Que yo sepa para San Juan todavía quedan tres días.

—¡Vaya despiste el nuestro! Y nosotras que creíamos que ya era el día...

—Bien sabéis vosotras y, sé que sabéis que yo también lo sé, que me acabáis de mentir y eso es algo que me saca de quicio —la increpó todavía más irritado—. Lo primero que vais a hacer ahora mismo es apagarla antes de que me cabree más de lo que ya estoy.

—Pero...

—Sin rechistar u os llevo a las tres inmediatamente al cuartelillo.

Acto seguido, las mujeres recogieron sendos baldes de dentro de la casa y los llenaron del agua que habían dispuesto en el gamellón próximo a la paridera para que el ganado bebiera a la mañana siguiente. Dado el enfado que mostraban los guardias civiles, Margarita pensó que lo mejor que podía hacer era no contradecirles e intentar convencerles de que todo había sido un mal entendido. Aunque debido a la irritación que mostraba el que llevaba la voz cantante igual lo mejor sería contar la verdad, de esta manera los problemas posiblemente no fueran a más. Eso sí, ellas estaban convencidas de que una buena multa les iba a caer y mientras se reconcomían por dentro clamaban para que esta situación no afectara más de la cuenta a Esperanza, a la que veían cada vez más seria y con el semblante decaído.

—Abuela, si apagamos la hoguera qué ocurre con las peticiones que hemos hecho, ¿ya no valen? —preguntó Esperanza con un mohín de tristeza.

—Nada de eso hija mía —trató de tranquilizarla—, porque... en el momento que se prendieron fuego quedaron ligadas con su des-

tino..., no tienes nada que temer solo estate tranquila a mi lado y si preguntan no comentes nada de lo que hemos hecho esta madrugada.

—¿Me queréis decir qué significa esta hoguera? —Retomó el guardia civil nuevamente el interrogatorio—, de vuestra respuesta depende lo que yo haga.

Margarita dudó por un instante sobre cuál era la mejor versión que podía dar aunque viendo la ofuscación y seguridad que mostraba el militar se decantó por lo más sensato.

—Hemos prendido fuego porque hoy es el solsticio de verano —respondió con tono serio y una pose de dignidad—. Es algo que he venido haciendo durante toda mi vida y nadie nunca jamás me llamó la atención por ello.

—Que no te la llamaran no significa nada, en todo caso lo único que me dice es que has estado rodeada de cobardes que no han querido o no han sabido llevarte por el buen camino. Pero a mí no me engañas, yo sé de lo que se trata en realidad y es propio de genteza como vosotras que no sois más que unas rojas y ateas..., además pretendéis iniciar en vuestro pecaminoso mundo a niñas indefensas...

—Nosotras no...

—No se te ocurra interrumpirme —la increpó dando un paso adelante y mirándole directamente a la cara—. Lo que habéis hecho esta noche es imperdonable y más en la nueva España que estamos construyendo... Sí, no me mires así, que todo esto es un atentado contra los principios ideológicos del Movimiento y contra la doctrina de la Iglesia. Voy a dar parte a mis superiores y mucho me temo que con vuestros antecedentes no vais a salir bien paradas. Durante la semana que viene pasaremos una mañana para notificaros la resolución que se ha tomado al respecto.

Concepción y Margarita se encontraban sumidas en el más absoluto desconsuelo por todo lo que habían escuchado pero dado los antecedentes que conocían incluso podía haber sido mucho peor.

—Y tú pequeña ¿Cómo te llamas? —le comentó el guardia civil mientras cambiaba ostensiblemente el anterior y áspero tono de voz.

—Esperanza.

—Pues mira Esperanza, sabes que lección has tenido esta noche.

—Yo...

—Qué siempre hay que ir con la verdad por delante...

Luego, mirando a las mujeres continuó con su diatriba sin menguar un ápice su más que notorio enfado.

—Si os hubierais empeinado en mentir la cosa habría ido a mayores, por eso, lo menos malo que habéis hecho al final ha sido decirme la verdad. Y por supuesto ni se os ocurra volverlo a repetir, si queréis hacer algo honesto acudid a la iglesia, oíd misa, rezad y en todo caso una hoguera por la noche que es lo que corresponde realizar únicamente en el día de san Juan, pero nada de estas paparruchadas paganas.

Nuevamente se dirigió a la joven, ahora ya más calmado como si estuviera realizando una amonestación pastoral.

—Todavía eres una niña por eso eres pura e inocente. Si quieres ser una persona virtuosa como Dios manda lo mejor que puedes hacer es andar por el camino correcto y convencer a las mayores de que están equivocadas ¿Me has entendido?

—Sí, señor guardia... como usted diga...

Las visitas de forasteros a la masada de *Chulilla* durante el estío se multiplicaban por lo que cada semana solían tener alguna y por supuesto entre ellas se contaba las realizadas por la Benemérita aunque a pesar de su acoso nunca obtuvieron ningún resultado positivo. Por el contrario, durante estas fechas disminuía el contacto con los guerrilleros que operaban por la Sierra debido especialmente a la duración de la luz del día, ya que al ampararse ellos en la oscuridad resultaba más fácil ser descubiertos. Prácticamente todos los fines de semana acudía algún familiar o conocido del pueblo y una vez al mes los abuelos paternos de Esperanza. También ocasionalmente cualquiera de los hijos de Concepción. Pero lo más común es que acudieran algunas vie-

jas amistades de las dos mujeres o incluso de Violeta para que su hija siguiera manteniendo el contacto con las otras niñas del pueblo.

Habían pasado varios días del mes de agosto y aquel verano iba camino de ser el mejor de los últimos años. Por su parte, Esperanza estaba contenta porque todas las noches sus queridas *tatas* la invitaban a salir fuera de la casa una vez habían terminado de cenar. Se sentaban las tres en el poyo de piedra situado junto a la puerta principal y allí comentaban diferentes cuestiones o historias de cualquier tipo. Y junto a ellas como fiel guardián siempre las acompañaba *Careto*, el perro pastor. Lo cierto es que durante esas fechas la muchacha era sumamente feliz y todavía lo hubiera sido más de haber contado con la presencia de su madre a la que tanto añoraba. Una de aquellas noches estaban las *tatas* más contentas que de costumbre y alargaron la presencia fuera de la casa ya que apetecía bastante debido al calor.

—Yo voy a acostarme porque estoy muy cansada... ¿queréis seguir todavía un poco más?, —les preguntó Concepción bien entrada la noche.

—Yo un poco más y mi nieta también ¿Verdad?

La muchacha movió la cabeza asintiendo. A ella le daba lo mismo subir a dormir o quedarse, pero lo cierto es que la temperatura de aquella noche era tan buena que hasta prefería seguir allí a la vera de su abuela.

—Sabes lo que te digo Esperanza que esta noche vamos a estar mejor en el prado... *Careto*, vente con nosotras.

El can obedeció como no podía ser de otra forma aquella llamada de su dueña, además interesaba que las acompañara por si se topaban con algún animal ya que a pesar de que no se iban a desplazar mucho de la masada no convenía olvidar que se encontraban en medio del monte.

—Este lugar es perfecto, vamos a tumbarnos en la hierba.

—Abuela, ¿por qué hemos venido aquí...? ¿No querrás que nos quedemos a dormir al raso?

—Nada de eso hija mía... pero vamos a ver, ¿no me dijiste una vez que te gustaba mucho ver el cielo por la noche?

—Sí. Pero también lo puedo ver desde la ventana de la cambra.

—No es lo mismo Esperanza porque si hay algo de luz en la casa te impide ver en toda su intensidad la belleza de la noche estrellada. Por eso nos hemos desplazado, para que nada interfiera en el prodigio que vamos a empezar a observar.

—¿Y qué es abuela?

—Una lluvia de estrellas.

—¿Se van a caer las estrellas?

—Nada de eso hija mía son los meteoritos que caen a la tierra y la atmósfera los convierte en polvo. Su roce cuando penetran y se descomponen es tan potente que brilla, por eso da la impresión que son estrellas que caen pero nada más lejos de la realidad puedes estar tranquila. Ahora mira al cielo a ver quién de las dos ve más estrellas fugaces... ¡Mira allí! ¡Una! ¡Dos!

—¡Ahí va! ¡Qué bonito! Pero esas dos no valen... hay que empezar a contar de nuevo y veremos quién gana.

—De acuerdo pero un par de cosas más tienes que saber. Lo que vamos a ver solo ocurre unas pocas noches a lo largo del año y especialmente hoy. Por lo tanto no tienes que salir de casa más veces porque verás el cielo estrellado pero no la lluvia de estrellas, en todo caso alguna ocasional pero nada más. Y otra cosa cuando veas una estrella fugaz que dure mucho tiempo en el cielo tienes que cerrar los ojos y pedir un deseo en silencio porque a veces se conceden.

—Abuela...

—¿Qué?

—Me gusta mucho como está el cielo esta noche.

—Mira Esperanza tenemos la suerte de vivir en un sitio privilegiado. Por una parte gozamos con el monte sabinar y la magia que encierra y por otra estamos en uno de los pocos lugares habitados de España si no el único donde casi puedes coger las estrellas con la mano. Si alzas los brazos al cielo y lo deseas con mucha intensidad hasta las puedes tocar con la punta de los dedos... En noches como esta y aquí en la Sierra es cuando te das cuenta que hacen falta muy pocas cosas en esta vida para poder ser feliz...

Aquel verano estaba tocando a su fin y tras el continuo trasiego vivido desde el solsticio la monotonía del trabajo se estaba imponiendo de nuevo. Como todas las mañanas desde esa fecha la muchacha ya iba sola a pastorear mientras que Margarita y Concepción se quedaban en la casa hasta que acababan las tareas, entonces su abuela acudía a por ella para guardar al ganado en el aprisco y volver para comer. Así pues, Esperanza recogió a su pequeño rebaño de la paridera de la masada y junto a *Careto* se encaminó hacia el Barranco del *Tórruco*, su destino por estas fechas. Todo parecía normal durante aquella mañana, y quizás debido a su aburrimiento, cuando observó en un ribazo varios matojos de árnica decidió ponerse a recoger las flores con las que Concepción realizaba uno de sus ungüentos.

Cerca de donde se encontraba existía una pequeña vaguada que mantenía siempre cierta humedad y cuando se aproximó al lugar siguiendo la estela de aquellas flores un grupo numeroso de mariposas se removieron inquietas. Esperanza detuvo por un instante la recolección guardando las que había recogido dentro del zurrón y comenzó a fijarse en aquellos maravillosos insectos objeto de muchas de sus fantasías infantiles. Apenas tardaron en expandirse por el contorno la mayor parte de ellas y cuando dio la vuelta para volver sobre sus pasos se dio de frente con la maravillosa e inigualable *Isabelina*. La observó con detenimiento fijándose como siempre en sus bellos colores y colosal tamaño mientras volaba, o quizás sería más exacto decir mientras bailaba con cierta cadencia, como dejándose transportar por la leve brisa que soplaba en esos momentos. Miró a su alrededor y ya no vio a ninguna otra, además el ganado y *Careto* se encontraban algo más alejados justo a la otra parte de la ladera, por lo que estaban solas la mariposa y ella. Y en un instante le dio la impresión que la *Isabelina* le dedicaba en exclusiva aquella hermosa danza, porque subía y bajaba con tanta delicadeza que parecía invitarla a que la imitara y formaran un dúo etéreo... ¿O qué pretendía...?

Por un momento Esperanza se quedó estática y pensativa mientras observaba con sumo placer la evolución de la mariposa. Ésta sin embargo seguía repitiendo el mismo baile, subía y bajaba suavemente

muy lejos del comportamiento errático que en otras ocasiones había apreciado en ellas, además se alejaba siguiendo una misma dirección sin dar ningún bandazo hacia los lados. Estaba confundida y por su cabeza comenzaron a revolotear multitud de historias que le contó su abuela Margarita tiempo atrás, hasta que recordó las costumbres de las mariposas y en especial la forma de como la *Isabelina* daba los mensajes a los seres humanos. Miró hacia el horizonte a la dirección donde parecía que se dirigía la *Isabelina* y se apercibió que por allí era donde se encontraba situada la masada de *Chulilla*. Todo empezaba a cuadrar y resultaba cada vez más evidente ya que tal y como se desarrollaba aquel baile le estaba indicando que se cumplían por fin sus deseos de los últimos meses: que su madre Violeta volvía de nuevo con ella. Los recordó con brevedad, el realizado durante la madrugada del solsticio de verano, la nota quemada en la hoguera o las repetidas peticiones cada vez que observaba en el cielo alguna estrella fugaz ¡Era cierto todo lo que le había contado su abuela! Y pensar que en algún momento creyó que le engañaba. No dudaría de ella nunca jamás porque la *Isabelina* era la muestra de que siempre le había dicho la verdad... De manera que según todos los indicios... su madre... estaba en la masada...

Subió corriendo por la pequeña cuesta hasta doblar la ladera ante la mirada de atención de *Careto* que bajo la sombra y tumbado en el verdín de una sabina vigilaba como pacía el ganado. Llamó con energía al perro pastor y con un grito le indicó que recogiera al rebaño que rápidamente lo dirigió hacia donde indicaba Esperanza. En muy poco tiempo llegaron al aprisco donde las dejó encerradas y echó a todo correr hacia la masada seguida por el perro, que debido al constante movimiento de la pastora parecía intuir algún suceso importante y no paraba de ladrar. No se detuvo en ningún momento y al cabo de unos minutos ya se encontraba en los alrededores de *Chulilla*, sin embargo conforme se iba acercando y observaba todo a su alrededor no apreciaba ningún movimiento. Pero los ladridos del perro eran un excelente reclamo y cuando ya se encontraban dentro del recinto salieron de la casa Margarita y Concepción algo inquietas y sorprendidas al escuchar a *Careto* y por la presencia jadeante de la muchacha.

—¿Qué ocurre Esperanza? ¿Estás bien?

—Demontres niña dinos algo...

Esperanza se encontraba tan cansada que no podía articular palabra alguna y miraba con insistencia hacia todos los lados por si aparecía su madre pero lo único que apreció fue la cara de preocupación de sus *tatas*, sobre todo de su abuela que le llevaba un vaso de agua al tiempo que la acompañaba hacia el poyo de piedra para que se sentara a descansar.

—Venga bebe y tranquilízate...

—¿Te encuentras mejor niña? ¿Te has hecho daño...? ¿Le ha pasado algo al rebaño? —preguntó Concepción.

—No la atosigues mujer —intervino Margarita—, parece ser que no tiene nada solo la excitación de haber venido corriendo... Porque tú estás bien, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces... ¿a qué viene todo esto?

Con el breve descanso y el trago de agua Esperanza se había tranquilizado y recompuesto lo suficiente como para pensar con detenimiento que excusa les daría a sus *tatas* por el susto que acababan de tener. Pero sobre todo lo que tenía claro es que no podía decirles la verdad bajo ningún concepto especialmente a Concepción ya que la trataría de tonta o algo peor. En todo caso se lo podía decir a su abuela, pero mejor en otro momento... o quizás tampoco le diría nada...

—Me asusté mucho porque... olía muy mal en un sitio... fui a ver y encontré un jabalí muerto y a su alrededor muchos buitres que salieron volando y hacían mucho ruido... por eso cerré el rebaño y me vine aquí...

—Pobre niña, yo te acompañaré durante el resto de la mañana.

—No hace falta abuela... ya estoy bien. No llevaré al ganado a ese lugar, me iré a otro... total es media mañana y aún queda un buen rato para cerrarlas y venir a comer.

—¿Estás segura de lo que dices? Porque aunque tengo faena aquí puedo dejarla para otro día.

—Tranquila abuela que ya no pasa nada, ha sido solo lo que te he contado y no tenía que haberme asustado tanto... tú siempre me has enseñado a enfrentarme a los peligros y con haberme marchado de allí habría bastado. No volveré a pasar... os lo prometo.

—Te lo repito, ¿estás segura?

—¡Sí! ¡Vamos *Careto*!

Esperanza se levantó con rapidez del poyo y volvió sobre sus pasos mientras la cabeza le martilleaba por todo lo ocurrido. La *Isabelina* le había mentido, quizás todas esas historias no eran más que burdas fantasías o peor aún patrañas que le había contado su abuela cuando estaba aburrída. En el momento que llegó de nuevo al aprisco soltó el ganado pero en contra de lo que les había dicho a sus *tatas* volvió a ir al mismo lugar, ya que estaba empeñada en ver de nuevo a la mariposa embustera para estrujarla entre sus manos por el mal trago que la había hecho pasar. Sin embargo cuando bajó a la hondonada húmeda no pudo ver a ningún insecto, habían desaparecido como por arte de magia.

—Igual todo lo que ha ocurrido han sido imaginaciones más a causa del calor —pensó.

Viendo que nada tenía que hacer allí volvió a subir la pequeña cuesta y se colocó junto a *Careto* que descansaba cobijado en una sombra. Conforme pasaban los minutos una intensa melancolía comenzaba a hacerle mella y tuvo que contenerse en más de una ocasión para no echarse a llorar. Quería sobre todas las cosas estar junto a su madre y no acababa de comprender que diantres hacía en Zaragoza trabajando como criada en una casa cuando lo que tenía que hacer era vivir con ella como había hecho siempre. Por un instante pensó que su madre era la persona más egoísta del mundo porque había preferido marcharse del pueblo a permanecer en él con toda su familia. Pero esas ideas la entristecían todavía más y cuando le surgían intentaba pensar en otras cosas para no manchar la inmaculada imagen que tenía sobre ella. En esta situación se mantuvo hasta el mediodía cuando —ahora sí— encerraba al ganado como todos los días del verano, hasta la tarde en que volvía de nuevo para soltarlo a la fresca y recogerlos al anochecer en la paridera de la masada.

Al poco de iniciar el camino de vuelta un ruido la sobresaltó, se trataba de una liebre que brincaba incansable para huir del peligro que se cernía sobre ella, el perro pastor al oler la pieza se había lanzado como un lebrél a su captura. En otro día cualquiera Esperanza habría jaleado a la liebre para que huyera lo más rápidamente posible y escapara de las fauces del depredador pero en esta ocasión no hizo el menor

gesto, se encontraba apesadumbrada por el suceso ocurrido durante aquella mañana y daba la impresión de que todo le daba igual. Cuando estaba a punto de entrar en el recinto de *Chulilla* observó a lo lejos como una persona caminaba por la senda que desde Albarracín llegaba a la población de Alba y pasaba precisamente por los aledaños de la masada. No eran muchos los viajeros que merodeaban por aquellos contornos y menos andando, de manera que colocándose las manos sobre la frente para proporcionar sombra a sus ojos miró con detenimiento para ver si la reconocía. Sin embargo le resultaba imposible comprobar su identidad, de manera que permaneció estática clavada en la misma posición durante unos segundos hasta que aquella sombra difusa se fue definiendo cuando por fin se desvió del camino a través de la senda que llegaba hasta la masada.

Esperanza pensó que sin duda alguna sería alguien conocido y decidió esperarlo sentada en el poyo de la puerta. La sombra que allí se le ofrecía era especialmente agradable en un día tan caluroso como aquel y por un momento se acordó del perro pastor, lo que le motivó un gesto de fastidio por la suerte que podía haber corrido la liebre. Pasó algún minuto allí sentada, mientras no dejaba de pensar en todo lo sucedido durante esa movida mañana e incluso dio la impresión que se había olvidado del motivo por el cual todavía no había penetrado en la casa. Hasta que lo recordó de pronto y se levantó con rapidez para observar a quien llegaba porque con toda seguridad ya lo podría identificar. Y en efecto, miró hacia la senda con determinación y en ese preciso instante quedó como petrificada, no daba crédito a lo que estaba viendo. Abrió los ojos todo lo que pudo para volverlos a cerrar al instante y repetir con insistencia aquella secuencia. Finalmente dio por buena la visión tras volver a ponerse la palma de las manos en la frente y dar sombra a sus ojos. Por fin se habían cumplido sus deseos porque aquella desconocida no era otra que su madre Violeta que asimismo la reconoció.

Tras un breve instante de completa paralización ninguna de las dos pudo aguantar por más tiempo la presión, lanzaron a la vez un potente grito que englobaba un sinfín de emociones corriendo al encuentro con los brazos abiertos y llorando a lágrima viva. Al instante salieron de la casa Margarita y Concepción alertadas por el griterío y al verlas allí fundidas en un prolongado abrazo descubrieron de quien se trataba y corrieron hacia ellas para celebrar el encuentro. Aquel mo-

mento tan emotivo las acabó contagiando y no pudieron evitar derramar un mar de lágrimas, hasta que pasado los primeros instantes se separaron para poder apreciarse con más calma después de dos años largos de ausencia.

—¡Yo estaba en lo cierto abuela, acabo de darme cuenta de que estaba en lo cierto! Esta mañana cuando he venido a la masada... tan solo me equivocaba en el plazo que podía ocurrir...

—Esperanza ¿De qué me hablas?

—Tú me dijiste en cierta ocasión como era el aviso de la mariposa *Isabelina* y que según fuera su vuelo te podía suceder algún portento bueno o malo en las veinticuatro horas siguientes... Eso fue lo que me ocurrió esta mañana que una *Isabelina* con su revoloteo me comunicó un suceso muy importante... por eso vine lo más rápidamente posible... Yo sabía que tenía que ser mi madre porque es el deseo que siempre he pedido desde que se fue de casa.

Y mientras Esperanza les comentaba como se había convenido que acabaría ocurriendo aquel maravilloso encuentro, Margarita y Concepción, sin pronunciar palabra alguna se miraban en medio del pasmo más absoluto. Por su parte Violeta las observaba complacida aunque no entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando. A ella le daba todo igual porque lo verdaderamente importante es que se encontraba de nuevo con su familia después de haber pasado la mitad de su condena en la infame cárcel zaragozana ¿Qué más podía pedir...? Aunque sí, había algo... pero eso era otro cantar, casi un imposible.

Durante ese otoño Violeta fue inmensamente feliz por haber recobrado la libertad y poder vivir de nuevo en Monterde con su hija. También se congratulaba de como se había desarrollado la vida de su madre en la masada donde parecía estar más asentada junto a su inseparable amiga Concepción. Pero por encima de todo, la persona que más había luchado para que ella saliera de la cárcel lo más pronto posible era su cuñado Faustino, al que agradeció sinceramente que mediara con los mandos de la Guardia Civil de Albarracín y acabara con

el desatino de su encarcelamiento. Aunque en otro orden de cosas seguía sin asimilar el hecho de que se hubiera marchado con los fascistas de la División Azul por mucho que su intención fuera favorecer a su padre y en última instancia a ella misma. Definitivamente para Violeta, Faustino se había alistado con los mismos que un día se llevaron a su hermano Rafael y ya nunca más supieron de la suerte que había corrido, por eso ella seguía purgando la pena y condenada en vida al ignorar el destino que había tenido su marido. Otro trago amargo fue comentarle a su propia hija lo que realmente le había sucedido, es decir, que no se había ido a trabajar voluntariamente a Zaragoza sino que fue denunciada por mosén Pascual y por eso dio con sus huesos en la cárcel. Lo hicieron precisamente la misma tarde de su llegada a *Chulilla* por el convencimiento de que una vez en el pueblo se enteraría muy probablemente de mala manera y era preferible que fueran ellas mismas quienes se lo contarán.

Si bien había salido de la cárcel a mitad de su condena no por ello estaba exenta de ciertas formalidades. Así pues al día siguiente lo primero que tuvo que hacer al llegar al pueblo fue acudir al Ayuntamiento para entregar su documentación e informes de la cárcel. Violeta se encontraba fichada ya antes del juicio por eso ahora tenía que extremar todavía más las precauciones ya que estaban sobre ella controlando sus pasos. Por lo pronto se le comunicó que todas las salidas que realizara por las mañanas para trabajar y cuando volviera a casa lo tenía que comunicar en el Ayuntamiento como ya lo venían haciendo todos los perdedores de la Guerra Civil. Además, debería acudir a modo de concejada o peonada cada vez que se la requiriera para cuestiones fundamentalmente de limpieza del pueblo y sobre todo de la iglesia, algo que por otra parte ya realizaba antes de su encarcelamiento junto a otras mujeres de la localidad ideológicamente afines, sirviendo aquel castigo de mofa y escarnio general. En definitiva, poco o nada había cambiado la vida desde dos años atrás y como entonces debería hacer todo lo posible para sobrevivir de la manera que fuera. Por eso había decidido que acudiría sumisa a todo lo que le mandaran, pero por muchas represalias que hubiera con ella y su familia se prometió a sí misma que jamás conseguirían doblegar sus principios.

Una nueva vida comenzaba para Violeta y Esperanza y lo primero que tenía que hacer era buscar la mejor forma de ganarse la vida. Sus amigos, los ganaderos Jesús y Rosa, le ayudaron de nuevo devol-

viéndole las cabras que guardaron cuando se marchó a Zaragoza junto a las que habían parido y las mantenían hasta el momento de su vuelta. También en pocos días con la ayuda de algunas amistades ya tenía varias aves de corral, y junto a medio lote de leña proporcionada por su suegro Cosme la casa en Monterde fue recobrando nuevamente la perdida normalidad. Tampoco le faltaron los encargos de costurera y antes de la llegada del invierno con mucho esfuerzo ya se había ganado algunos jornales. Este trabajo era el que más le gustaba y pudo aprovechar además los conocimientos adquiridos cuando estuvo en la cárcel de Zaragoza. Ahora de nuevo en Monterde, desempolvó su preciada cajita de madera que disponía de todos los utensilios de costura necesarios y como mínimo podía salir del paso hasta que pudiera comprar nuevo material en Teruel.

Y por supuesto, todos los sábados visitaba a su madre en la masada de *Chulilla* previo permiso de las autoridades locales porque se quedaba allí a pernoctar y volvía el domingo a la tarde. Ese viaje tenía dos motivos importantes para Violeta, por una parte estaba con Margarita y Concepción a las que tenía tanto que agradecer y por otra le servía de excusa para no acudir a misa, ya que si se quedaba en el pueblo su asistencia era poco menos que obligatoria. El último sábado del mes de noviembre marchó como siempre a su cita en la masada en compañía de su hija y una vez allí, mientras ésta se encontraba jugando con los chotos que todavía no habían cumplido el mes, acertó a pasar como hacía en ocasiones Domiciano, el especulador de huevos que vivía en Monterde.

—Buenas tardes tengamos ¿Cómo te va la vida? —saludó a Concepción que se encontraba en la entrada.

—Muy bien Domiciano, pasa a la cocina y tómate un vino que hace frío —invitó.

—No me vendrá mal y de paso hablo con vosotras.

Al escuchar cómo había entrado una persona en la casa bajaron Margarita y Violeta que se encontraban limpiando en el piso superior.

—Pero bueno si también estáis aquí ¡Vaya casualidad!

—¿Qué te trae por la masada? —preguntaron.

—Os lo diré, precisamente a eso vengo —comentó después de apurar el vasito de vino—. Margarita, quería hablar primero contigo

para una propuesta que quiero hacerte sobre tu hija pero como ella está aquí, pues miel sobre hojuelas, la hablamos los tres a ver qué os parece.

—Venga, tú dirás que nos tienes en ascuas.

—De toda mi vida estáis perfectamente enteradas, ¿para qué voy a hablar de mis penalidades y que vosotras no sepáis o hayáis pasado por algo parecido? Pues nada... ya no puedo más y he decidido irme a vivir con mi hermana la de Masegoso y mi cuñado que tampoco tienen a nadie. Desde que murió mi mujer no hago más que dar tumbos por esta vida trabajando de especulador de huevos, siempre con la misma rutina, ya sabéis, comprarlos en Monterde para luego venderlos en Teruel. Pero ya estoy cansado de tanto trajinar, y lo que es peor, me encuentro solo, muy solo...

—Pero tienes a tu hijo ¿Por qué no te vas a vivir con él?

—Antes me cuelgo de una viga ¡Qué desgracia la mía! Tener dos hijos siendo de los mismos padres y que cada uno de ellos tire hacia un lado en la política. Mi hijo pequeño republicano hasta la médula se fue con los suyos y lo perdí en la batalla del Ebro, con su fallecimiento murió una parte de mi vida porque era muy buena persona y también comenzó a morir su madre hasta que finalmente no pudo más y como sabéis dejó este mundo hace un par de años. Y mi otro hijo, el mayor, se afilia a la Falange al poco de estallar la guerra y le jura odio eterno a su propio hermano. No os podéis ni imaginar la de peleas que tuve en casa ¡Qué infierno! Y después de la muerte de su hermano las broncas fueron conmigo y su madre, según él habíamos querido más al difunto y además confraternizábamos con los “Rojos”. Soy su padre y... ¡no me habla, Margarita! Mi hijo mayor no me habla porque me acusa de republicano... Bueno para que voy a seguir contando las penas de un pobre viejo...

—Domiciano no te sofoques y toma otro vaso de vino.

—Perdonadme pero son los achaques de la vejez. Bueno a lo que venía... Violeta quiero decirte que podrías encargarte tú de llevar los pedidos de huevos a Teruel, pero primero tienes que saber que aunque me conocen como el especulador ya no trato con ese tipo de venta. Si bien comencé así durante la República ahora de lo que me encargaba era de llevarlos a varias casas a pesar de que la gente me seguía conociendo por mi trabajo anterior. Yo te puedo dar las direcciones de Te-

ruel, y a las personas que se los compro en el pueblo los conoces muy bien porque son de los nuestros y no tendrás problemas. Te puedes ganar algunos duros con ello pero tienes que saber que es un trabajo muy pesado, llueva o truene habrás de cumplir con tu compromiso porque lo más importante de esta faena es la formalidad.

—No es mala idea Violeta —recogió aquel envite Concepción—. Yo también estuve varios años mientras vivía en la masada de *La Gollela* en Gea de Albarracín e iba a Teruel dos días a la semana. Sé que todavía viven varias personas a las que suministraba huevos... y quesos tiernos de cabra, además tú sabes que los de Monterde tienen fama de ser los mejores de toda la Sierra de Albarracín... Ahora que caigo tú tienes las cabras que te guardaron Jesús y Rosa, además aquí tenemos tres... y han parido varios chotos entre ellos dos hembras... las guardaremos y en poco más de un año ya valdrán para parir.

—Violeta, buscabas una ocupación y creo que gracias a Domiciano tienes una que te va a permitir vivir algo mejor, ya que de costurera me parece que apenas vas a tener para manteneros vosotras dos. Arréglate con nuestro amigo y habla con Jesús el ganadero, lo conozco y lo más probable es que su mujer Rosa haga también quesos para que los vendas. Si además Concepción te puede dar algunas direcciones solo es cuestión de probar suerte.

—Creo que tenéis toda la razón del mundo y eso es lo que haré.

En ese preciso momento entraba Esperanza por la puerta llevando entre sus brazos un choto de pocos días y cuando sus *tatas* se disponían a renegarla escucharon a una cabra que se había introducido también en la casa y balaba incesantemente por la sustracción de su cría. Al momento una auténtica sinfonía de balidos se escuchaba desde la plazoleta del recinto de la masada mezclados con algún que otro ladrido de *Careto* por aquella imprevista espantada. Esperanza había dejado la puerta de la paridera abierta y se habían escapado todos sus inquilinos. Los adultos se levantaron de la mesa de la cocina y salieron lo más deprisa que sus años permitían para reunir el ganado y poder cerrarlo de nuevo. Cuando regresaron a la casa el choto estaba solo en la cocina y balaba llamando a su madre. Por su parte, Esperanza se había subido a su habitación de la cambra y tumbada en la cama prefería pensar en las aventuras que había pasado en aquel lugar durante

el último año, tiempo tendría de sobra para escuchar las reprimendas que le iban a caer con toda seguridad por aquella trastada.

Aunque Esperanza se marchó a vivir a Monterde con su madre Violeta seguía acudiendo con bastante frecuencia a *Chulilla*, no solamente algunos sábados y domingos sino que también lo hacía alterando semanas enteras. En un principio le tendría que haber resultado imposible ya que estaba obligada a ir a la escuela, pero los gerifaltes del Régimen en el pueblo y sobre todo mosén Pascual recelaban bastante de ella. El motivo residía en que durante la ausencia de la muchacha las cosas se habían calmado bastante entre los escolares y no eran tan respondones como en años anteriores. Por ello el cura no quiso asumir el riesgo de lo que podía ocurrir si permitía su acceso de nuevo, y no le puso objeciones a su madre para que la muchacha volviera a pasar algunas temporadas en la masada con su abuela.

Pero la reentrada de Violeta sí fue más problemática, la habían encerrado en la cárcel y estaba estigmatizada para el resto de los vecinos. Si antes de condenarla ya existía un numeroso grupo de ellos que la tenían señalada por su pasado republicano, aquel número aumentó considerablemente en parte por ideología pero también debido al miedo a tratarse con ella ya que estaba señalada por los adictos del Régimen. Tan solo mantenía relación con un reducido grupo de amigas o antiguas compañeras del sindicato como Dolores, que era el vivo ejemplo de una mujer positiva incluso ante la más aterradora adversidad. Hay que ver las enfermedades del alma que puede llegar a curar una buena sonrisa y eso que se llamaba Dolores. O Gloria, mujer de pequeña estatura pero enorme en cuanto a corazón y generosidad con sus amigos. Era la esposa de un miliciano anarquista que languidecía con una elevada pena en la infame prisión zaragozana de san Juan de Mozarrifar. Ambos formaron parte de la cuadrilla de Boro, el antiguo maestro del pueblo durante la República, un ácrata convencido que esparció por el pueblo el sueño igualitario del ideario anarquista. También estaba Vicenta que siempre le ayudaba con alimentos ya que disponía de posibles y su marido que, aunque nunca se había significado políticamente y ahora estaba en la órbita de los vencedores, tampoco se ensañaba con las amigas de su mujer por muy contrarias que fueran del Régimen. Y por supuesto Rosa, la esposa de Jesús el ganadero, siempre que podía colaboraba con alguna pieza de carne cuando sacrificaban animales o de somarro si le fallecía alguno. Solían reunirse

en casa de una de ellas sobre todo en la que peor lo estaba pasando y entre todas se animaban para superar los malos momentos y arrimar el hombro en todo lo que hiciera falta. Aquella ayuda mutua les permitió sobrevivir al infierno que se desencadenó en Monterde recién acabada la Guerra Civil con los perdedores de la contienda y que no finalizó hasta que las familias represaliadas salieron del pueblo varios años más tarde en busca de un futuro mejor.

Aquel invierno fue duro tanto que ni las cartillas de racionamiento, por mucho que en esos momentos fueran individuales, podían paliar el hambre que sufrían bastantes familias, además de las restricciones impuestas por el Auxilio Social que no afectaban a todo el mundo. En Monterde de Albarracín, la mayor parte de la población pasaba necesidades de todo tipo siendo el estraperlo una autentica válvula de escape, aunque solo para quien podía traficar con la cotizada harina o determinados alimentos, y a pesar de la exhaustiva vigilancia y control al que estaban sometidos. Este tipo de contrabando no fue utilizado en absoluto por la familia de Rafael y eso que gracias al trabajo de *Viejero* de Faustino habrían tenido posibilidades al ser el carnicero del pueblo. Pero lo cierto es que siempre que tuvo oportunidad lo que hizo fue favorecer a todos sus familiares y por supuesto también se vio beneficiada su cuñada. Los miembros de aquella familia se deslomaban trabajando de sol a sol pero aún con todo tenían lo justo para vivir decentemente.

Peor lo llevaban en la masada de *Chulilla* porque a pesar de las ganancias que obtenía Violeta era poco lo que podía aportar, y mucho menos los hijos casados de Concepción que bastante tenían con alimentar a sus proles y a los hermanos que habían ido a vivir con ellos a causa del destierro de la madre. En esta delicada situación se encontraban desde la primera vez que llegaron allí, de manera que para salir adelante lo aprovechaban casi todo. La necesidad aguzaba el ingenio de Margarita y Concepción, por eso el campo lo tenían trillado de tanto buscar cualquier tipo de alimentos que pudiera proporcionar como los cardillos que a pesar de su azarosa limpieza servían para comer. En primavera y otoño era frecuente verlas merodear determinados prados y laderas donde proliferaban las setas carderas si el tiempo había sido apropiado. También conseguían unas pocas verduras gracias a un pequeñísimo huerto regado con agua del pozo que abastecía la masada. Mención aparte estaban las enseñanzas de Cosme, por las que

tanto Margarita como sobre todo Concepción lograron hacerse unas excelentes cazadoras con lazos a pesar de la brutalidad de esta modalidad de caza y de que estuviera prohibida. Pero lo cierto es que con dicha práctica de vez en cuando lograban un suplemento alimenticio que paliaba en gran medida sus necesidades.

A comienzos de enero del año 1944 el crudo invierno le había pasado factura a Margarita que se encontraba resfriada y postrada en la cama, además, debido a que solo utilizaba remedios naturales era lógico que su enfermedad durara algo más de lo normal. Como consecuencia de su debilidad, Esperanza tuvo que pasar una nueva temporada en la masada de *Chulilla* cuidando a su abuela y ayudando a Concepción en las labores domésticas. También en los días que no nevaba sacaba a pastorear al ganado aunque lo cierto es que la mayor parte del tiempo estuvo encerrado en la paridera. Pero el trabajo más importante que aprendió a realizar en la masada fue sin lugar a dudas la elaboración de quesos. Cuando estuvo el invierno anterior tan solo había acompañado a sus *tatas* mientras los estaban procesando pero sin prestar la atención debida y en lo único que colaboró fue para ordeñar de madrugada a las cabras aunque con más pena que gloria. Concepción la fue introduciendo poco a poco en la preparación del queso hasta que al final ella sola llegó a realizar todos los pasos.

Lo cierto es que habían transcurrido varios años desde que Esperanza acudió a la masada de *Chulilla* por primera vez y ahora podía colaborar más intensamente con las labores generales de la casa. Pero debido a ello también pudo cerciorarse de varias cuestiones que años atrás le habían pasado desapercibidas, entre ellas que sus *tatas* eran maníacas y bastante supersticiosas. Con las hogazas de pan tenía que tener un especial cuidado al tener allí la mayor consideración. Al igual que en su casa del pueblo, existía un masador o habitación con una artesa donde se arropaba la masa de pan con la ayuda de una manta para ayudarla a fermentar y poderlo hacer a la mañana siguiente en el horno de la masada. Una vez hecho el pan para varios días se guardaba en la artesa y el que se iba consumiendo era tratado con cierta reverencia, a la manera de como los creyentes hacían con los objetos religiosos.

Cuando se recogía para trocearlo había que depositarlo nuevamente en la mesa con cuidado y en su adecuada posición. Por eso cuando se caía al suelo o quedaba del revés encima de la mesa, la mujer que estaba más cerca lo recogía con sumo cuidado y lo besaba depositándolo con suavidad en su lugar correspondiente. Y casi siempre era Esperanza la autora de aquellos desaguizados, por lo que se le reprendía inmediatamente para que extremara el cuidado. Aunque quizás la manía que más le llamó la atención tuvo lugar cuando ya había mejorado su abuela y Concepción se dispuso a cortarle el pelo, con una parafernalia como jamás pudo imaginar. Una vez lo hubo hecho, tuvo lugar una paciente y precisa búsqueda para que no quedaran restos de ningún mechón, ni tan siquiera pelos sueltos por el suelo, y a continuación los echaron a la lumbre teniendo especial cuidado para que todos se quemaran. Aquella actitud extrañó y de qué manera a Esperanza.

—Aprende bien lo que acabamos de hacer —comentó su abuela—. Cuando te corten el pelo no dejes restos por pequeños o insignificantes que creas, cógelos, que no quede ninguno, los echas al fuego y compruebas que se quemen del todo... Sí, lo que has oído y no me mires con esa cara de pasmada... por tu bien espero que me hagas caso.

—Vale, lo haré... pero, ¿por qué?

—Yo te lo diré *muchicha*... —entró Concepción en aquel diálogo tan estrafalario—. Aunque ninguna de nosotras dos somos cristianas... lo del diablo ya no lo tenemos tan claro...

—No sigas por ahí que acabarás liándola —la interrumpió Margarita dirigiéndose a continuación a su nieta—. Lo que quería decirte es que todo aquello que ha formado parte de nosotras tiene la misma señal de identidad y esos restos ya sean pelos o uñas tienen que desaparecer quemados, es la mejor manera de que se destruyan por completo. De esta forma nadie podrá recogerlos y, mediante conjuros o fórmulas que... desconocemos, utilizarlos contra la persona a quien pertenecía. Por eso te insistimos en que tienes que ser muy precavida por tu propio bien.

Y allí quedó Esperanza, su cara era la viva muestra de la perplejidad más absoluta y si no hubiera podido comprobar en primera persona las caras serias y circunspectas de sus *tatas*, habría pensado que —nunca mejor dicho— le estaban tomado el pelo. Pero ciertos gestos

fuera de lugar y el nerviosismo que había observado en ellas mientras recogían los restos esparcidos por el suelo le hizo creer que no se trataba de ninguna invención y de que estaban plenamente convencidas de todo ello. Sea por lo que fuera lo cierto es que cuando regresó de nuevo a Monterde ya había interiorizado aquellas experiencias o supersticiones haciéndolas suyas durante el resto de su vida.

El último viernes del mes de enero de 1944 aprovechando uno de los viajes de su madre volvió con ella a Monterde de Albarracín cuando regresó de Teruel. Todo parecía ir bien hasta que Esperanza se resfrió probablemente contagiada por su abuela o también pudo ser porque el tiempo se había vuelto inestable con un notable aumento del frío. Los síntomas que padecía eran similares a los que había sufrido Margarita y por lo tanto tenía que pasar bastante tiempo en la cama y tomar la medicación que le dio el galeno local.

Una de aquellas tardes cuando ya hacía horas que había oscurecido se encontraba Violeta trajinando en las habitaciones y poniendo orden entre el zafarrancho de la cambra. Antes de subir había dejado a Esperanza sentada en una silla de la cocina cerca de la lumbre. El calor de la habitación junto a su cansancio por la enfermedad había aumentado la somnolencia de la muchacha, y mientras tenía a su muñeca *Paloma* entre las manos un profundo sopor se fue adueñando de ella sumiéndola en un intenso sueño. En muy pocos minutos la situación comenzó a ser bastante extraña ya que la pequeña había quedado dormida en una forzada posición con la barbilla pegada literalmente a su pecho. Su respiración comenzó a ser cada vez más difícil dando la impresión que se le estaba bloqueando la glotis. Un sonido agudo como un silbido apenas audible comenzó a escucharse cada vez que expulsaba el aire, además, por momentos su cara se estaba tornando morada. Y mientras pasaban los segundos ocurrió que el gato de la casa, hijo del que regalaron a Violeta y Rafael el día de su boda y como su padre de nombre *Basilio*, saltó de la silla donde estaba adormilado al sentir aquellos ruidos tan extraños.

Era la primera vez que escuchaba esa especie de pitido o puede que quizás también observara algo extraño debido a la posición de la muchacha. Lo cierto es que el felino intuía que algo no funcionaba correctamente y en ese preciso instante comenzó a maullar con una entonación grave y repetitiva, tanto, que Violeta tras escucharlo llamó a gritos a su hija y al no obtener respuesta optó por bajar a ver qué pa-

saba. Cuando llegó a la cocina observó un inquietante panorama con la anormal situación de Esperanza y el gato enfrente de la silla mirándola y maullando con fuerza. Aún con todo lo que más le alarmó fue ver el color amoratado de su cara, de manera que la levantó con ambos brazos para depositarla a continuación en el suelo, pero la niña seguía inconsciente. Le quitó la chaquetilla y comenzó a presionar y masajearle el pecho, incluso le dio unos pequeños golpes intentando que se despertara, hasta que por fin pudo lograrlo y poco a poco fue volviendo en sí. Salió a la calle pidiendo auxilio y rápidamente alguien marchó por el médico que afortunadamente se encontraba en el pueblo. Cuando éste escuchó a Violeta relatar lo que había pasado no pudo más que felicitarla por su valiente resolución, probablemente unos minutos más tarde y habría muerto asfixiada. Desde aquel día mimaron al gato *Basilio* todavía más de lo que habían hecho hasta entonces, Esperanza le debía nada menos que la vida.

Llegada la primavera del año 1944 Violeta ya se había hecho con una clientela fija en Teruel y todos los jueves acudía a su cita. En poco tiempo había asimilado a la perfección aquel trabajo y gracias a él podía mantener aunque con ciertas dificultades a su hija, pero también a su madre y Concepción que realizaban parte de los quesos que luego ella vendía. Lo cierto es que eran pocas las ganancias y encima tenía que estirarlas lo increíble. Además el pasado invierno por ser el primero que fue a Teruel tuvo que hacerse el ánimo y acudir pese a las inclemencias del tiempo tal y como Domiciano le indicó al proponerle el trabajo. Sin embargo, a pesar de su interés no lo pudo hacer en alguna que otra ocasión, bien fuera por culpa de las nevadas, el excesivo frío o las rosadas. Los meses que llevaba bajando a Teruel eran precisamente los únicos en los que podía ofrecer todos sus productos al completo. Huevos había durante casi todo el año pero respecto a los quesos al ser tiernos y no curados se ceñían únicamente al período de crianza de las cabras comprendido entre Navidad y el mes de mayo. Por eso intentaba aprovechar todo lo posible esos cinco meses que ahora estaban a punto de finalizar, durante el resto del año sus ingresos se reducirían considerablemente.

Como todos los “Rojos” de Monterde, uno de los problemas que Violeta tenía que sortear durante aquellos viajes, residía en la obligación de presentarse previamente en el Ayuntamiento. Ya desde las primeras veces que lo hizo estaba aterrada al ver el comportamiento que los guardias civiles tenían con algunos de los labradores o jornaleros que acudían a dar sus respectivos partes de salida. En más de una ocasión vio auténticas palizas por cuestiones verdaderamente nimias como que interpretaran mal el tono de las respuestas o que estuvieran convencidos de que mentían, y sobre todo por la mera sospecha de simpatizar con los guerrilleros. Pero por una vez Violeta tuvo suerte ya que el alcalde del pueblo, el tío *Celipe*, a pesar de ser falangista siempre se había mostrado bastante comprensivo con ella. La verdad es que no las tenía todas consigo cuando acudió a solicitarle que la dispensara de pasar por aquel humillante trámite ya que se iba muy temprano, y en caso contrario le sería imposible completar todo su trabajo en un solo día. El alcalde escuchó las razones expuestas y se lo permitió con la condición de que fuera al Ayuntamiento la noche anterior a su partida, luego en Teruel pasara por la comandancia de la Guardia Civil para que le sellaran el permiso que le daba y por último tenía que acudir de nuevo al Ayuntamiento para registrar su vuelta. Todo aquello resultaba excesivamente burocrático e incluso asfixiante pero era lo que había y si quería seguir adelante con aquella ocupación no le quedaba más remedio que acceder a dichas demandas.

El último jueves del mes de mayo se levantó siendo todavía de noche y despertó a su hija Esperanza que la tenía que acompañar hasta *Chulilla*. En el momento que ambas acabaron de desayunar ensillaron con mecánica precisión los aparejos de la mula del abuelo Cosme el cual se la prestaba para que pudiera realizar los traslados a Teruel. Luego, con exquisito cuidado colocaron las canastillas que contenían los quesos acopladas en una alforja e hicieron lo propio con los huevos en otros banastos con algo de paja machacada para que no pudieran cascarse durante el recorrido. La primera parte del camino era por regla general la más esforzada y no porque se realizara a pie, sino más bien debido al frescor de la madrugada que atizaba lo suyo.

Sin embargo, una vez que ya habían andado varios kilómetros se entraba en calor haciéndose el trayecto más llevadero. Eso si el tiempo lo permitía, ya que en alguna ocasión le resultó imposible el viaje a consecuencia de las nevadas o por estar lloviendo. Cuando lle-

gaba al desvío de la carretera que se dirigía a la masada de *Chulilla* siempre tenía dos opciones, si en el cruce se encontraba Margarita o Concepción con la alforja llena de quesos —como ocurría por regla general— la acoplaban a la carga, pero si no estaban le tocaba acudir a la masada para recogerlos. Eso mismo tuvo que hacer en esta ocasión ya que Esperanza se iba a quedar con sus *tatas* hasta que Violeta volviera de Teruel al día siguiente.

Tras un breve descanso reinició de nuevo el viaje y después de atravesar la localidad de Cella pudo enlazar con la carretera de Zaragoza a Teruel. Debido a lo temprano del día no existía mucha circulación pero conforme se iba aproximando a la capital aumentaba el tráfico en medio de un caos medianamente controlado. Lo peor que sentía Violeta cuando se encontraba en Teruel era una enorme sensación de agobio que le impedía integrarse en la vida de la ciudad. Desde siempre había permanecido en Monterde salvo los dos años que pasó en la cárcel de Zaragoza y quizás por ello no acababa de sentirse a gusto entre aquella muchedumbre. Para ella, un auténtico maremágnum donde destacaba la estridencia propia de la urbe, en la que los sonidos producidos por personas, animales y vehículos, se multiplicaba con creces debido a la resonancia de aquellas calles tan estrechas. Y no digamos de los desastrosos efectos de la pasada guerra que había ocasionado un sinfín de las obras públicas lo cual hacía difícilmente transitable algunos tramos de la vía urbana. En definitiva, Violeta nunca se sintió integrada en aquel hormiguero que era la capital turolense, sino más bien como si fuera una gota de aceite en un vaso de agua, algo imposible de combinar.

Ni tan siquiera la pudo convencer la mejor modista de Teruel que tenía su taller de confección en la calle Rincón, muy cerca del *Tozal*. Cierta día en el que se encontraba más abatida de lo acostumbrado por la carencia de medios económicos que padecía, los dueños del Parador el *Tozal* le comentaron que la modista buscaba una empleada. Quiso probar suerte y sus conocimientos y manera de actuar convencieron a la dueña que le ofreció aquel trabajo sin dudarlo, pero tras mucho pensar Violeta acabó declinando finalmente la oferta. Su coste resultaría excesivo para lo que emocionalmente podía soportar, no le quedaría más remedio que separarse de parte de su familia y además tendría que irse con su hija a vivir a la capital con el agobio que ello representaba.

Durante ese jueves, la primera parada que realizó al mediodía fue en la fonda del *Tozal* y luego como acostumbraba acudió a la cuadra para que la mula pudiera descansar junto al pesebre quitándole los aparejos. Una vez recogidas las alforjas con las canastillas, subió a la habitación donde pernoctaría durante aquella noche. Pagó por adelantado su alojamiento con parte de los productos que llevaba y lo primero que hizo fue acudir a la comandancia de la Guardia Civil a cumplimentar su estancia en Teruel. Volvió de nuevo al parador para comer y en el momento que finalizó marchó rauda a los domicilios que tenía apalabrados, urgía acabar cuanto antes.

Pero entre casa y casa, en el supuesto de que no existiera ningún contratiempo, siempre había un momento para dejarse llevar por los sueños. Así le ocurría cuando entre los domicilios de dos de sus clientes tenía que cruzar por la calle Valcaliente y sus ojos repasaban el escaparate de una tienda de máquinas de coser donde se mostraban varias de ellas. Frente a dicha exposición Violeta suspiraba por un sueño, que llegara el día donde pudiera comprar una *Singer* y vivir de modista en su propio pueblo. Pero lo cierto es que era imposible no ceñirse a la dura realidad y el poco dinero que ganaba con aquel trabajo no tenía más remedio que gastarlo en cosas verdaderamente importantes y necesarias. De manera que no muy lejos de aquel lugar, concretamente en la calle Ramón y Cajal, existía una sastrería y hacia allí se encaminó para conseguir telas con las que confeccionar varios encargos y coserle un vestido a su hija. En diferentes tiendas de la plaza Carlos Castel, más conocida como la del Torico, acabó de comprar lo necesario para su costurero. Cenó y durmió en el parador del *Tozal* y a la madrugada siguiente inició el camino de regreso a Monterde, aunque todavía le quedaba un último sitio donde acudir. En algunas ocasiones como en el presente viaje llevaba más cantidad de huevos que la demandada por sus clientes y a la salida de Teruel, hacia la carretera de Alcañiz, vivía un especulador de huevos donde antes acudía Domiciano, el cual solía quedarse con todo su excedente, por supuesto previa discusión sobre el precio que tenían en el mercado.

Con ligeras variantes aquel viaje era similar a los que venía realizando Violeta desde que comenzó su nuevo periplo laboral. Lo cierto es que tanto ajeteo le acababa pasando factura y acusaba el cansancio por lo que la vuelta a casa solía efectuarla en parte del camino subida a lomos de la mula, como ocurrió ese viernes. Cuando se estaba

aproximando al desvío de la carretera hacia *Chulilla* observó como un peatón llevaba su mismo camino alcanzándolo cuando estaba a punto de sobrepasar el cruce.

—¿Hola? —le llamó porque creyó reconocerlo—. Enrique... ¿eres tú?

El aludido se giró algo sorprendido al no haberse percibido de aquella aproximación.

—¡Sí, soy yo!, —respondió— Y tú eres... ¡Violeta! Valla sorpresa, lo último que supe de ti es que estabas... en la cárcel ¿Vienes a Monterde o vas a ver a tu madre?

—A verla voy..., pero mira ya es el mediodía ven conmigo y comerás con nosotras que aún queda un buen trecho hasta Monterde.

—¡Qué demonios! Tienes razón y así lo haré porque supongo que después te subirás al pueblo ¿No?

—Por supuesto, luego me voy con mi hija y si tú vienes con nosotras mucho mejor.

La oferta era realmente tentadora por lo que Enrique no se hizo demasiado de rogar y desde que enfilaron el camino hasta la masada le estuvo contando que lo habían licenciado del ejército y que intentaría quedarse en Monterde pero que lo veía difícil, ya estaba más que harto de tantos atropellos y las continuas represalias que padecía su familia. Las moradoras de *Chulilla* eran muy pobres y de comida andaban siempre muy justas pero también habían aprendido a estirar lo suficiente como para dar de comer a una persona más, sobre todo si se trataba de alguien también perseguido y vilipendiado en el pueblo por enemigos que les eran comunes. Margarita y Concepción lo saludaron con extremado afecto y cuando tenían la mesa dispuesta en la cocina y se disponían a comenzar, el invitado se levantó con cierta brusquedad y se fue corriendo de la casa.

—¿Te ocurre algo Enrique?, —le gritó Concepción.

—No es nada... hablando con vosotras me había olvidado... no os preocupéis que vuelvo enseguida.

Las mujeres se miraron extrañadas mientras observaban como salía de la cocina. Por otra parte la curiosidad y el descarado de Esperanza no tenían límites y levantándose de la mesa lo siguió hasta la misma

puerta de la casa. Y allí se quedó viendo cómo se alejaba del recinto y al cruzar con los primeros árboles se detenía. Le vio doblar el cuerpo hacia delante y a continuación como se introducía los dedos en la boca y después de varios intentos con las consiguientes arcadas le escuchó vomitar. Una vez se rehízo sacó un pañuelo del bolsillo limpiándose lo mejor que pudo. Y cuando inició el regreso a la casa, la muchacha marchó rauda a sentarse de nuevo en la mesa muy excitada por lo que acababa de ver.

—¿Qué ha pasado Esperanza?

—Ha salido fuera, cerca del cobertizo y se ha puesto a vomitar... —dijo como a trompicones al saberse poseedora de un secreto que por lo visto les interesaba a todas.

Sin embargo detuvo el comentario súbitamente al escuchar que se cerraba el portón de la casa, el hombre acababa de entrar y no tardó en penetrar en la cocina.

—Perdonadme... pero tenía que salir sin remedio...

—¿Te ocurre algo Enrique?, la niña te ha visto vomitar...

—No os preocupéis que no es nada... es que... tengo que hacerlo siempre antes de probar bocado.

—Pero... ¿qué dices? Eso no es normal.

—¿Y qué le voy a hacer...?

Margarita observó la cara de circunstancias de su invitado y supuso que algo le ocurría en realidad aunque daba la impresión de que no quería hablar y miraba de reojo a la muchacha. Quiso entender la mujer que se trataba de alguna cuestión delicada por eso actuó con rapidez.

—Esperanza, he olvidado coger la fruta para el postre. Sube a la cambra y mira el cesto de las manzanas, elégalas bien con calma para que no tengan ninguna muesca y bájate unas cuantas.

La muchacha hizo un gesto de fastidio antes de levantarse pero obediente acudió a hacer el recado siguiendo las recomendaciones de su abuela que además le indicó que no corriera por las escaleras. Apenas había salido de la cocina cuando las mujeres observaban detenidamente a Enrique en una especie de silencioso interrogatorio que pretendía averiguar el mal que le aquejaba. Y el hombre algo cohibido pero ple-

namente dispuesto, en el momento que desapareció Esperanza se decidió por fin a contarlo.

—Me daba un no sé qué hablar con la *muchicha* delante pero a vosotras os lo puedo decir... lo cierto es que estoy obligado a vomitar antes de comer ya que en caso contrario me resulta imposible poder tragar absolutamente nada.

—¿Y desde cuándo te ocurre?

—Desde la maldita noche que vi algo espantoso y que todavía no lo he podido olvidar, es como una pesadilla que vuelve a mi cabeza una y otra vez... Supongo que ya sabéis que después de estar combatiendo con la República pasé por varios campos de concentración hasta que me tocó reenganchar y hacer nuevamente el servicio militar esta vez en el ejército contra el que había combatido. Y así he estado durante tres años en Zaragoza que han terminado hace unos días pero de qué manera... Una de las últimas noches antes de licenciarme me encontraba de guardia y el sargento me llamó para decirme que me apartara de mi garita, que iban a tener lugar unos fusilamientos en una tapia próxima, prácticamente enfrente. En ese momento me puse muy nervioso ya que en aquella cárcel había varios conocidos de nuestro pueblo y entre ellos mi propio padre. Estaba asustado como no os podéis ni imaginar, el corazón me latía a mil por hora y creía que me iba a estallar de un momento a otro... hasta que vi cómo llevaban a varias personas entre ellas una mujer. Yo no hacía más que escudriñar aquellos rostros por si los reconocía pero no fue así... por lo menos no estaba mi padre, aunque maldito consuelo, en definitiva iban a fusilar a cuatro personas. No podía dejar de mirarlas, sus caras de pánico se apreciaban a pesar de la distancia y la poca luz que ofrecía el farol situado encima de la tapia. Primero el cura habló con cada uno de ellos, luego todo se precipitó y después de colocarlos en posición el oficial ordenó al pelotón que disparase. A la descarga cayeron todos al suelo, pero tan solo estaba muerto uno de ellos. Entonces mientras observaba como gemían y se retorcían de dolor vi al oficial dando el tiro de gracia y el último fue para la mujer que era muy joven y lloraba amargamente hasta que un disparo acabó con su vida... De la impresión que tuve no he podido levantar cabeza desde entonces...

Enrique detuvo su desgarrador relato en el momento que escuchó unos pasos procedentes de la escalera. Esperanza bajaba saltando

con cierta prisa sabedora que los mayores se habían quedado a solas y con toda seguridad estarían hablando algo interesante sobre el invitado.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer para curarte? Porque seguro que has ido al médico, ¿o no?

—No me fio de ellos y si no, ¿cómo les digo la causa...? —dijo mirando de reojo a la muchacha y sabedor de que ella ignoraba el anterior relato continuó pero midiendo bien sus palabras—. Hace una semana cuando volvía de Zaragoza me paré en Santa Eulalia para ver a una curandera que conozco desde que era un *muchicho*. Me palpó la barriga y creo que acertó el diagnóstico, intuyó que había tenido una impresión muy fuerte y como consecuencia de la misma se me había hecho una bola de sangre en el estómago. Adivinó también que no podía probar bocado y que siempre que lo hacía vomitaba. Por eso insistió en que estaba condenado a vomitar antes de realizar comida y de que tan solo mejoraría el día que en uno de esos vómitos pudiera expulsar todo el coágulo de sangre que tenía almacenado en el estómago.

—¡Qué asco...! ¿No? —Esperanza no pudo reprimir esa exclamación.

—¡Hija mía...! —exclamó Violeta azorada por aquel comentario.

—No la reneguéis por favor que tiene razón la niña pero no te preocupes Esperanza, cada vez me encuentro mejor... y después de haberlo hecho antes estoy... dispuesto a comer, aunque primero volveré a salir para lavarme un poco en el pozo... Perdonadme de nuevo que ahora vuelvo.

Enrique salió de la casa por segunda vez y mientras recogía un balde de agua en el pozo de la masada, las mujeres se mantuvieron sentadas esperando que retornara. Todas se miraron en silencio, incluso Esperanza, que por fin pareció entender que detrás de aquel acto tan repulsivo se escondía con total seguridad algún suceso triste y doloroso. Pero sin lugar a dudas la más cariacontecida por todo lo que había escuchado era Violeta ya que no había podido evitar pensar una vez más en la suerte que podía haber corrido su marido Rafael en aquella irreconocible España. Aunque se negaba a comentarlo con nadie cada día temía más el resultado debido a la inmisericorde crueldad con que los vencedores de la Guerra Civil pretendían forjar un nuevo Estado.

Después de comer descansaron un poco, momento que aprovechó Concepción para acudir a un lugar del monte situado en las proximidades de la masada para ver si habían tenido suerte con la caza y podía darle alguna pieza a Violeta. Sin embargo, cuando volvió lo hizo cariacontecida al no haber conseguido nada.

—No hemos tenido suerte esta vez Violeta.

—No te preocupes que igual Cosme ha sido más afortunado.

—Esto va a días y como hace algunos que no cazamos nada voy a tener que cambiar los lazos de lugar, los animales aunque parezca lo contrario son muy listos y acaban aprendiendo.

—Haz lo que quieras pero ten cuidado porque si os pillan ya sabes que además de multa igual os llevan al cuartel de Albarracín...

—Ya lo sé Violeta, pero más cornadas da el hambre y es un riesgo que hay que asumir..., además lo que me saca de quicio es aquello que me dijiste de que en Monterde los mandamases sí que pueden disponer de escopetas y cazar legalmente todo lo que quieran ¡Maldita sea! Mientras tanto los pobres apenas tenemos para migajas, encima a escondidas y con el alma en vilo como si fuéramos bandidos...

—No te enfades Concepción que no conseguimos nada con ello. Como seguramente te habrá dicho mi madre en más de una ocasión, al mal tiempo buena cara... y yo además añado aquel que dice eso de que no hay mal que cien años dure...

—Pues si te pones con los refranes yo te diría que dentro de cien años todos estaremos calvos pero eso no me complace para nada, solo lo recitan como último recurso los perdedores y dime, hasta que llegue ese maravilloso día, ¿qué hacemos?

—Luchar por sobrevivir... es lo que nos toca porque estoy convencida que ya vendrán tiempos mejores y tenemos que llegar a ese momento con nuestra moral y autoestima intactas...

—Ya pero mientras tanto a ver que comemos estos días, casi no nos queda nada de los víveres que nos trajo Faustino y tan solo contamos con lo de Teruel... Hasta yo estoy dispuesta a zamparme la zorra que ha caído en uno de los lazos...

—¿Has dicho una zorra?

—¡Sí! Hasta ahí llega nuestra perra suerte...

—¿Y dónde la tienes?

—La saqué del lazo y la tiré por el barranco que...

—Llévame allí que no me subo a Monterde hasta que la vea —comentó con cierta precipitación mientras le encomendaba por señas a su madre que se iba y que no le dijera nada a Esperanza.

Al momento se marcharon de allí hacia el barranco donde Concepción había tirado a la desventurada raposa. Afortunadamente aquella quebrada no se encontraba muy lejos por lo que en pocos minutos ya habían llegado. Violeta se bajó por el terraplén y gracias al hedor pudo llegar hasta ella, la recogió del rabo y con cierta aprensión volvió a subir la cuesta. De vuelta a la masada le pidió a Concepción que fuera a por su madre y que procuraran que Esperanza se quedara en la casa con cualquier excusa, tenía algo importante que contarles y prefería que la muchacha no estuviera presente. Ya era la segunda vez que con cierto disimulo la apartaban en una conversación de los adultos y aunque ellas no quisieran darse cuenta lo cierto es que Esperanza estaba sumida en un mar de sospechas por tanta ocultación.

—No me apetece discutir para nada con mi hija por eso prefiero que hablemos a solas. Ya no me acordaba del pregón que echaron en el pueblo hace alrededor de un mes y trataba sobre la recompensa por la eliminación de animales dañinos. Cuando has mentado lo de la zorra me ha venido a la cabeza que por ella daban nada menos que doce pesetas y también pagaban por búhos, gavilanes, azores, cuervos, urracas... ¡Ah! y por sus nidos, también por ellos pagaban algo de dinero.

—¡Vaya noticia! Me parece muy bien... —exclamó Concepción.

—Pues a mí nada, ¿qué demontres nos han hecho estos pobres animales para tener que matarlos? —Le rebatió Margarita.

—Nada madre —respondió Violeta segura de sí misma—. Pero mientras no tengamos lo suficiente como para vivir decentemente y pasar por las necesidades que estamos pasando no nos queda más remedio. Se trata de ellos o nosotras... ¡Usted decida! Antes quiero que sepa que pensamos igual, pero mire lo que tengo que hacer todas las semanas y el escaso beneficio que consigo con mi trabajo... A poco que logren atrapar algunos pájaros, sus nidos o las zorras, nos ganare-

mos unas perras que nos vendrán de maravilla porque todavía no sabemos qué nos puede deparar el futuro. Y eso que no es tan fácil como parece, se los tendremos que dar a Cosme para que cobre los animales como si se hubieran encontrado en Monterde. Perdone que sea tan dura pero yo me dejaría de pamplinas y en el momento que vayamos sobradas de dinero o comida dejamos de hacerlo.

—Es ley de vida Margarita —comentó Concepción a su querida amiga al estar más acostumbrada a este tipo de actividades.

—Maldita sea mi estampa y esta perra vida —le respondió con un tono de amargura.

—Estoy pensando que seré yo quien se encargue de la caza porque tú siempre me pones muchos reparos —se ofreció Concepción—. De manera que a partir de ahora dejarás de hacer los lazos conmigo y a cambio tan solo te pido que mientras lo haga tengamos la fiesta en paz.

Dado que ya habían llegado a un acuerdo y escucharon como se aproximaba Esperanza decidieron dar por zanjada la conversación. Por su parte Margarita no dejaba de morderse los labios, apesadumbrada por la miserable noticia que había llevado su hija. Pero aparte de maldecir su suerte, lo cierto es que no podía hacer nada más. Ya venían cazando conejos a lazo desde que llegaron a la masada y gracias a ello habían mejorado un poco su alimentación, ahora lo que tenían que hacer era prepararlos también en otros lugares para que cayeran zorros y cuando divisaran algún nido, de aquellas aves que las malas e ignorantes lenguas calificaban como dañinas, hacer lo propio. Tan solo con la cabeza de la zorra que llevaba Violeta a Monterde iban a obtener más pesetas de las que suponía el salario diario de un jornalero y con ese dinero podrían realizar una buena compra de comestibles. A Margarita se le hacía un nudo en la garganta pero no tuvo más remedio que claudicar y reconocer que mientras perdurara la represión que padecían no les quedaría más remedio que hacer lo necesario para sobrevivir, aunque a ella semejante matanza le doliera como nadie ni remotamente podía imaginar.

A comienzos de agosto de 1944 Esperanza celebraba los diez años de edad y por tal motivo se encontraba tremendamente feliz y contenta. Pero precisamente en ese mes, festejar cumpleaños era lo último que pensaban los monterdinos ya que se encontraban inmersos en la mayor ocupación del año, se trabajaba a destajo porque la mies ya estaba casi toda segada y convenía proceder a su trilla. Una de las eras del pueblo era propiedad de Cosme y allí tenían acumuladas las cinas de cebada y trigo pertenecientes a cada uno de los miembros de la familia, incluida por supuesto Violeta, ya que todos actuaban como una auténtica unidad ayudándose en cada una de las labores agrícolas. Debido al constante trasiego que representaba dicha tarea sus miembros arrimaban el hombro ya fuera en la siega, acarreado la mies o cuando había que trillarla. Esperanza tenía encargado realizar las labores de la trilla al ser la mayor de todos los nietos de Cosme y Enriqueta. Sus hijos y cónyuges eran los primeros en acudir a la era todas las mañanas y con una horca expandían el cereal abarcando una superficie circular encima de las losas de piedra que pavimentaba la era. Después de extender la parva Faustino colocaba los correajes y el trillo al mulo para comenzar lo antes posible a trillar. En esta labor estaba una hora aproximadamente, entonces acudía Esperanza para sustituirlo de manera que los mayores se pudieran marchar a los *piazos* donde estaban segando y después acarrear el cereal.

Debido a la diferencia de peso de Esperanza respecto a un adulto, su tío solía colocar encima del trillo alguna losa de piedra donde se sentaba o también la podía acompañar alguno de sus primos que eran más pequeños que ella. Por supuesto y como consecuencia del calor existente siempre llevaba un pañuelo anudado a la cabeza. El trabajo de la trilla era continuo, parando solamente al mediodía para comer, y duraba casi hasta la tarde cuando la mies quedaba completamente desmenuzada. Entonces tan solo faltaba ablenar con una pala todos los restos del cereal ya trillados. El aire movía la paja alejándola mientras que el grano, al tener más peso, quedaba a pie del suelo. Esta faena era efectuada por los adultos mientras que Esperanza tan solo ayudaba a separar la granza de la paja, y mientras lo primero servía para los animales lo segundo se abocaba por la puerta del pajar que daba a la era.

Durante los siguientes meses, la vida de Violeta seguía un ritmo parecido al que tuvo cuando salió de la cárcel y se dedicó a su

nuevo trabajo. Por ese lado no tenía más problemas que el cansancio propio cuando realizaba aquellas pesadas y rutinarias marchas a Teruel. Sin embargo el ambiente en Monterde de Albarracín se iba enrareciendo cada día más, ni tan siquiera la mediación de su cuñado Faustino lograba hacerla escapar a la maledicencia aldeana protagonizada por algunos falangistas, acérrimos enemigos de todo lo que olía a republicano. A ella le dispensaban una especial inquina por ser la esposa de Rafael, el jefe de los revolucionarios del pueblo en tiempos de la República, y siempre que podían intentaban humillarla de la forma que fuera. Quizás lo que más aborrecía la mujer eran las obligatorias peonadas con la limpieza de la iglesia incluida, a la que parecía estar abonada junto a su grupo de amigas por similares motivos.

Los gerifaltes de la Falange y mosén Pascual eran sus principales enemigos. Habiendo padecido con creces sus desmanes, procuraba evitar cualquier enfrentamiento y acudía cuando la llamaban, eso sí, siempre que podía se escabullía, sobre todo los fines de semana para no acudir a misa. El pésimo trato que recibía y las continuas vejaciones sufridas por su familia, antes que bajarle el ánimo la iban soliviantando conforme pasaban los meses aunque ella procuraba encauzar dicha rabia por otros derroteros.

Respecto a su hija Esperanza apenas hubo modificaciones sustanciales ya que seguía pasando muchos fines de semana en la masada de *Chulilla* o también a temporadas cuando era requerida por cualquier motivo. Lo cierto es que mientras estaba allí disfrutaba con las historias de su abuela o de Concepción y las ayudaba en todo aquello que le pedían, con especial dedicación al pastoreo.

Y de esta manera se llegó a la primavera del año 1945 donde a pesar de los seis años transcurridos desde el final de la Guerra Civil la situación de muchos monterdinos seguía siendo bastante delicada. Precisamente la noche del tres de abril un suceso alteró para siempre la vida de Violeta. La mujer se había acostado bastante tarde porque había querido acabar la confección de unas cortinas para una vecina de Bronchales que le iban a suponer dinero contante y sonante. Aquello no era lo normal ya que los trabajos que solía realizar en Monterde eran abonados por regla general en especie debido a que las personas que se los encargaban eran tan pobres como ella o incluso más.

Como consecuencia del cansancio acumulado apenas tardó en dormirse, pero a mitad de la noche unos ruidos procedentes del corral la sobresaltaron, motivo por el cual se levantó inmediatamente de la cama. Le había parecido escuchar a las gallinas y, debido a la presencia durante las últimas fechas de una zorra causando destrozos por los gallineros más desprotegidos del pueblo, pensó que las suyas estaban corriendo peligro. Recogió con rapidez la toca que se colocó alrededor del cuello al tiempo que bajaba por la escalera, luego una vez en la cocina encendió el candil. Abrió la puerta que daba al corral y comenzó a gritar a la presunta raposa y así poder ahuyentarla. Como no obtuvo ningún resultado salvo el cacareo de las gallinas por aquel alboroto, llamó a voces por si acaso había alguien y estaba siendo objeto de una broma pesada, pero tampoco obtuvo la menor respuesta. Entonces se decidió a penetrar en el cobertizo para escudriñar si entre la leñera y el gallinero se encontraba el posible intruso. Pero en el preciso momento que dio el primer paso en dicho recinto, una persona se colocó detrás de ella tapándole la boca con una mano mientras con la otra le inmovilizaba el brazo que sujetaba el candil. La auténtica sorpresa vino después cuando escuchó el nombre del causante de aquella intromisión, ya que se trataba nada menos que Rubén, un antiguo amigo y correligionario político del que no sabía nada desde que los republicanos abandonaron el pueblo durante el verano de 1937.

Una vez la hubo liberado entraron dentro de la casa fundiéndose en un fuerte abrazo y cuando se separaron le pidió que no alzara mucho la voz para evitar que Esperanza se despertara. Durante el resto de la noche estuvieron hablando de sus respectivas vidas a lo largo de los pasados años y convinieron que lo mejor sería que se quedara escondido en la casa hasta que ella lograra contactar con un enlace de los guerrilleros que conocía y era natural de Bronchales.

Llegado el jueves, Violeta marchó como acostumbraba a Teruel y en esta ocasión se llevó a su hija para que permaneciera durante una temporada en la masada de *Chulilla* con su abuela. Por regla general los viajes a la capital solían durar dos jornadas, especialmente en las estaciones frías a causa de la corta duración de la luz del día. Pero conforme ésta iba aumentando algunas veces podía completar sus tareas en uno solo, y eso fue precisamente lo que hizo en esta ocasión a pesar de que aún no había llegado la temporada estival. Le dio una maravillosa noticia a Concepción la madre de Rubén que por fin tenía noti-

cias de su hijo después de tantos años, cuando ya parecía haber perdido toda esperanza de volver a verle con vida.

Llegada la madrugada del sábado, Violeta tuvo que marchar a Bronchales para llevar el pedido de las cortinas y, por supuesto, pasó antes por el Ayuntamiento tal y como era preceptivo. Allí se miraba con lupa todas las salidas del pueblo, pero ella, al menos en esta ocasión, tenía una excelente excusa que además le serviría para ponerse en contacto con Cipriano, un joven masovero que gracias a su trabajo como pastor servía de enlace a los guerrilleros de la Sierra. Por otra parte, su amigo Rubén continuó durante los siguientes días escondido en la cambra de su casa. Eso sí, nadie en el pueblo tuvo el más mínimo conocimiento de su presencia, ni los allegados ni tan siquiera sus conocidos republicanos más recalcitrantes. Imperaba ante todo la seguridad porque las consecuencias serían fatales en caso de ser descubiertos o por cualquier delación.

Y una noche, después de la señal convenida apareció el enlace de Bronchales saltando por la tapia de su corral que daba al arroyo Manzano. Violeta no pudo dejar de pensar que en los últimos tiempos esa forma de entrar en su casa se había convertido en una peligrosa costumbre. Una vez presentados tomaron unos vasitos de aguardiente al tiempo que la mujer observaba preocupada la seriedad del bronchalino.

—Cipriano, ¿te ocurre algo?

—Hace unos pocos días fusilaron a mi padre... nosotros nos entramos anteayer —respondió con cierta congoja.

—Cuanto lo siento —fue la emotiva respuesta de Violeta.

—Y yo —intervino Rubén.

—Pero ¿cómo ha sido? —Preguntó la mujer ciertamente intriga—da—. Me dijiste que lo habían condenado a muerte pero que con algunas declaraciones que habíais conseguido todavía existían esperanzas de que se la conmutaran por una pena de cárcel.

—¡Ya! Eso creíamos nosotros también pero en el pueblo sigue habiendo gente que nos odia a muerte —explotó Cipriano con rabia apenas contenida, y después de una breve pausa continuó con la explicación de las causas—. A mi padre le acusaron de todo lo habido y por haber y eso que muchas de las imputaciones no se pudieron probar, sencillamente porque no fue el autor o ni siquiera participó en los he-

chos. Lo único cierto es que él era militante de la UGT, eso sí, también estuvo como otros muchos en la toma de la iglesia y sobre todo en la Colectivización. Por supuesto ayudó a las tropas republicanas cuando estuvieron en el pueblo pero nunca jamás acusó a nadie ni hubo muertes por su culpa. Sin embargo, a pesar de todo le acusaron de ello, y lo que resulta más chocante, también de “Adhesión a la rebelión”, por eso cada vez tengo más claro que todo lo ocurrido no es más que una miserable venganza y que en realidad lo que pretenden hacer es una limpieza de todos los partidarios de la República. No les resulta suficiente el haber ganado la guerra, a lo que aspiran en realidad es eliminar todo vestigio físico del enemigo.

—Entiendo tu ira, pero vamos a ver, el fusilamiento de tu padre será con toda seguridad un caso aislado ¿No? O me quieres decir que todavía siguen matando a la gente — preguntó Rubén con cierta ingenuidad mientras Violeta y Cipriano le miraban incrédulos.

—Por supuesto y mira si hace tiempo que acabó la Guerra Civil... sé de otros casos similares... pero además hay otras formas de quebrar al enemigo, es decir, a nosotros. Conozco camaradas donde después de los juicios los han mandado a trabajar en empresas de obras públicas como las carreteras solo por la comida y otros prisioneros han acabado en la construcción de varios pantanos. La única posibilidad que tenemos para poder vivir en este país es hacerlo bajo las estrictas normas del Régimen, trabajar como un auténtico esclavo en sus empresas o acabar en el pelotón de fusilamiento, eso es lo que nos espera en la España de Franco.

—¿No pudisteis despediros de tu padre?

—De ninguna manera, no nos dejaron... La última vez que lo vimos fue cuando lo iban a trasladar de la cárcel donde lo tenían encerrado desde que lo apresaron, y por lo menos tuvimos suerte de dar con un guardia civil que tenía sentimientos. Lo llevaban andando hasta la estación del ferrocarril y conmigo estaba mi abuela que no paraba de llorar al ver a su hijo y no poder acercarse, levantaba los brazos al cielo y suplicaba por él.

En ese preciso momento Cipriano Domens detuvo su alocución y su mente se trasladó meses atrás evocando los acontecimientos que siguieron con aquella imagen que todavía mantenía fresca en su memoria.

—¿Quién es esa mujer que nos sigue?

—Es mi madre.

—Pues vuelva usted y dele un abrazo, es lo propio entre madre e hijo.

Así lo hizo su padre y los tres se abrazaron con remarcada emoción después del tiempo que llevaban sin verse y la incertidumbre que vislumbraban sobre su futuro.

Y mientras Cipriano recordaba aquella última vez y la contaba a los presentes le daba la impresión de estar reviviendo de nuevo dicha escena mirando abstraído un etéreo espacio situado en el centro de la habitación. Un suave golpe de Violeta en su hombro lo trajo de nuevo a la realidad.

—Tenéis que marcharos ya, cuanto más tiempo paséis aquí más peligro habrá de que os descubran —comentó.

Llegado el jueves Violeta marchó nuevamente a Teruel y cuando al día siguiente regresó a Monterde después de pasar por la masada de *Chulilla* lo hizo en compañía de su hija. Durante ese sábado —aniversario de la proclamación de la República—, la actuación provocadora que siempre habían mantenido los falangistas de la localidad hacía aconsejable a los antiguos simpatizantes republicanos permanecer recluidos en sus casas. Se dio la circunstancia que ese preciso día llegó al pueblo un vendedor ambulante de Cella con un cargamento de patatas, auténtica joya culinaria que se cultivaba en la vega del Jiloca. Aquellos vecinos que podían costearlas acudieron a la plaza a comprar el delicioso tubérculo o en todo caso con la intención de realizar un trueque si el tendero cellano se avenía. Dos de los falangistas más imponentes de Monterde pertenecientes a un clan de pésima fama conocido como el trío *Calavera* estaban empeñados en llevarse un saco pero no querían pagar nada por ello.

—Cuando viniste la última vez creo recordar que preguntabas si alguien tenía un gato que fuera excelente cazador porque necesitabas uno bueno para que te guardara la bodega ¿Te sigue interesando?, —preguntó uno de ellos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque como éste te puede jurar tengo uno que es de lo mejorcito del pueblo, lleva a todos los roedores a raya y a nadie respeta más

que a mí. Fíjate si es bueno que apenas hay que darle comida, tan solo muy de vez en cuando porque él solo se vale con lo que encuentra.

Muy bueno tiene que ser si es como dices —respondió el tendero con cierto sarcasmo.

—¿Es que acaso lo dudas...? ¿Me estás llamando mentiroso...?
—alzó la voz sobreactuando.

—¡No! Ni mucho menos —rebajó la tensión el vendedor al que no le interesaba en absoluto indisponerse con el falangista—. Toma este saco vacío, tráemelo y a tu vuelta según como sea hablaremos de negocios.

Recogieron el saco y marcharon hacia la casa de Violeta por cuyos alrededores solía estar su adorado minino conocido como *Basilio*. A poco de ocurrir el suceso que estuvo a punto de acabar con la vida de Esperanza su historia era conocida en todo el pueblo, aunque hubo algunas personas malintencionadas que perjuraban que era tan solo la invención de una mujer que había perdido la razón. Bien fuera porque no la creyeran o debido al persistente ensañamiento con ella lo cierto es que como siempre que podían decidieron hacerle pasar un mal rato. Y para ello decidieron que lo mejor sería hacer desaparecer al gato, en un principio incluso habían pensado en matarlo y colgarlo de una ventana de su casa pero la aparición del cellano vendiendo patatas les hizo reconvenir sobre el mencionado asunto. Tuvieron mucha suerte porque, en efecto, *Basilio* se encontraba cerca de la casa, además no parecía haber nadie dentro y los que transitaban por la calle lo hacían inmersos en sus ocupaciones. No sin mucho esfuerzo y con algún que otro rasguño pudieron introducirlo dentro del saco donde el pobre animal no paraba de moverse y bufaba constantemente. Bajaron a la plaza y sin abrir el saco se lo mostraron al cellano, el cual apreció por las formas y sus constantes movimientos que en efecto tenían razón y aquel gato, con toda seguridad, le acabaría dejando la bodega totalmente limpia de roedores. Plenamente convencido del trueque o quizás porque no le quedara más remedio, el tendero decidió acceder a la petición de los monterdinos y cambió un saco de patatas por aquel felino presunto cazador.

Violeta comenzó a echar en falta a *Basilio* al día siguiente porque no apareció por la casa como acostumbraba. En un principio pensó que estaría en alguna de sus correrías, pero cuando una vecina

le contó lo que había visto desde su ventana y quienes habían sido los autores de la sustracción, no pudo sino echarse a llorar por la suerte que podía haber corrido. Temía sobre todas las cosas cual sería la reacción de su hija Esperanza ya que siempre lo había tenido en gran estima, más aún desde que tuvo conocimiento que gracias a él había salvado su vida. Desde entonces era el mimado de la casa.

Durante los siguientes días el desconsuelo en el domicilio de Violeta no tenía límites y todo por un simple gato. Si bien para su hija el mal momento se ceñía exclusivamente a dicha pérdida, respecto a Violeta se trataba de algo más profundo, a dicho sentimiento había que añadir una rabia infinita motivada porque dicha acción se llevó a cabo con el único fin de hacerle el mayor daño posible. Aquel cúmulo de represalias que estaba padeciendo desde que acabó la contienda parecía que nunca iba a tener fin y por primera vez dicha situación comenzaba a calar muy hondo en el ánimo de Violeta. Sin embargo y aunque solo fuera por una vez la mujer tuvo una agradable sorpresa a mediados de mayo, cuando de forma misteriosa apareció el gato en el portal de su casa, delgado y cansado pero seguramente feliz por encontrar de nuevo a su familia, ya que así eran considerados los animales de compañía en casas como aquella. Nadie, ni tan siquiera el comerciante cellano hizo el menor comentario respecto al asunto porque tenía bemoles que el gato se hubiera escapado de la prisión que con toda seguridad representaba la bodega del tendero. Pero no cabía otra explicación y eso fue con toda seguridad lo que ocurrió. Por una vez, un final feliz se asomaba a la casa de Violeta.

Sin embargo aquella aparente tranquilidad apenas duró un suspiro. Con cierta intermitencia se producían sucesos que afectaban a la familia de Rafael y no precisamente para proporcionarles alguna satisfacción. Un año más tarde cierto suceso vino a enturbiar nuevamente las relaciones de los vecinos de Monterde de Albarracín del que por supuesto salieron peor parados los de siempre. Poco tiempo después de la celebración de la Pascua del año 1946 se produjo un robo en la abacería conocida como del tío *Conejos* que en estos momentos era regentada por su hijo. Entre la noche del último martes del mes

de abril y la madrugada del miércoles, una o varias personas reventaron el marco con la reja de una ventana que daba al almacén de la abacería.

Una vez amaneció y se conocieron los hechos se puso en conocimiento del Juez de Paz de Monterde y rápidamente se concentraron en el lugar todos los miembros de la Falange, secretario incluido, para dar parte a la Guardia Civil de Albarracín. El Juez de Paz hizo un informe en el que directamente se aludía la existencia de indicios racionales para suponer que en los domicilios de casi una cincuentena de personas podían encontrarse los bienes sustraídos. Por supuesto el único argumento presentado para dar pábulo a semejante afirmación es que eran conocidos “Rojos” de la localidad. Según el enunciado de la propia ley de Enjuiciamiento Criminal, las fuerzas del orden o delegadas podían entrar por las buenas o por las malas en aquellos domicilios donde se habían abierto las diligencias.

Como cabía suponer la casa de Violeta era una de las señaladas y con la presencia del Juez de Paz su domicilio fue registrado a conciencia por varios números de la Benemérita y falangistas locales. A pesar de todo el estricto reconocimiento, lo único que pudieron encontrar fueron los utensilios de costura y algunas telas compradas en Teruel como retales de Vichy, lino o de sarga junto a varias bobinas de hilo. Por supuesto sabían que ella era costurera pero no estaban por la labor de escucharla ni mucho menos, y a pesar de unas tímidas protestas se llevaron todo lo que encontraron con el pretexto de que el abacero las examinara por si acaso.

La irritación de Violeta no tenía límites y así lo hizo saber ante las risotadas de sus paisanos. Una vez más se habían cebado con ella. Al sacar de su casa las piezas de tela estaban dando a entender que era una ladrona y los comentarios malintencionados no tardaron en surgir alimentados por sus enemigos de siempre. Por si fuera poco habían revuelto la casa de arriba abajo y tardó un par de días en volver a poner las cosas como estaban. Y como no podía ser de otro modo también en la masada de *Chulilla* recibieron la visita de la Guardia Civil junto a los falangistas monterdinos, pero a pesar de la intensa búsqueda tampoco obtuvieron resultados positivos. Nunca se supo quién o quiénes fueron los autores del robo, pero la enésima provocación sufrida por Violeta tuvo un efecto contrario al pretendido. Comenzó a pensar muy en serio que el único camino viable y consecuente en su vida no podía

ser otro más que el de ayudar a los guerrilleros —ahora también conocidos como Maquis— que combatían la represión del Régimen franquista.

Pasaron varios meses y ella seguía manteniendo la idea de colaborar en la medida de sus posibilidades pero nunca lo llegó a concretar, ni mucho menos se lo hizo saber a su amigo Rubén, en el fondo no dejaba de temer lo que podría ocurrirle a su hija en el caso de que la descubrieran. Aún con todo le llegó su oportunidad a finales del mes de octubre, una partida de guerrilleros entre los que figuraba el propio Rubén la abordó en la carretera mientras se dirigía a Teruel con la intención de pedirle que fuera su enlace con la capital. Aunque Violeta repasó durante unos instantes todos los inconvenientes que conocía, acabó aceptando encantada aquella propuesta, era la oportunidad que había estado buscando desde hacía tiempo y haría todo lo posible para aprovecharla.

Un día cualquiera a comienzos de la primavera de 1947 uno de los numerosos ganaderos que existían en el pueblo se dirigía con su rebaño hacia los pastos situados en la parte alta del término de Monterde de Albarracín. Para ir a dicho lugar, lo hacía a través del Barranco de la *Sierra* por una de sus laderas menos pronunciadas. Aproximadamente a mitad del camino aquella rambla se estrechaba y mientras hacia el este se encontraba la Cueva del *Bu*, prácticamente en frente, al oeste existía un aprisco conocido como el del tío *Frascuelo*. Ambos lugares formaban parte de una estafeta de las varias que el Maquis tenía a lo largo de la Sierra de Albarracín. En la cueva solían esconder alimentos mientras que en un punto concreto del muro que circunvalaba el aprisco y servía para guardar el ganado los guerrilleros escondían los mensajes.

El pastor llevaba varias jornadas sin recibir ninguno pero como siempre que pasaba por dicho lugar escudriñó a conciencia todo a su alrededor por si merodeaba otro ganadero o algún labrador que acudiera a sus labores. Al no observar movimiento alguno, y una vez cerrado el rebaño en el aprisco, acudió a un punto en concreto del interior del muro imposible de observar desde fuera de aquel contorno.

Movió una piedra que tapaba cierta oquedad de la pared y de allí extrajo un cuerno, quitó el trapillo que obstruía la boca y palpando en su interior notó la existencia de un papel, leyó su contenido y lo guardó al instante en el zurrón volviendo a taparlo y junto a la piedra los colocó tal y como estaban.

Esa misma noche Violeta fue como todos los miércoles al Ayuntamiento para dar cumplida cuenta de su marcha al día siguiente a Teruel. Luego acudió a las casas de tres pastores para recoger los quesos de cabra dejando en último lugar la del enlace, que de paso le dio la nota que tenía que llevar al punto acostumbrado en la capital turolense. Tras guardarla en la suela de uno de sus zapatos se despidió para marchar directamente a su casa. Una vez en su hogar cerró a conciencia todas las puertas y ventanas acondicionando los quesos en unas canastas y los huevos con la paja en dos grandes banastos, dejándolo todo arreglado para el día siguiente. Después de cenar subió a su habitación y abriendo el costurero cogió sus enaguas para realizar unos respuntes en la cinturilla previa introducción del mensaje. De esta manera quedaba perfectamente cerrado y camuflado para que en el caso de que sospecharan de ella o la detuvieran les fuera más difícil encontrar la nota.

Todavía era de noche cuando salió de su casa para tomar el camino a Teruel, en esta ocasión no tuvo que desviarse hacia *Chulilla* porque en el cruce de la carretera la estaban esperando su madre Margarita y Esperanza que llevaba una temporada ayudándolas en la masada. Cuando llegó a la capital y después de dejar su montura en el parador del *Tozal* se presentó en el cuartel de la Guardia Civil para marchar a continuación a las casas que tenía apalabradas. Una de ellas era desde hacía pocos meses precisamente la del enlace en Teruel y se trataba asimismo de una mujer con la que tenía varios puntos en común. Fundamentalmente, la brutal represión sufrida a causa de que su marido muerto en la Guerra Civil fue uno de los dirigentes republicanos más importantes en un pueblo próximo a la capital.

Una vez dentro de aquella casa lo único que tenía que hacer era deshilar el dobladillo de la enagua para extraer el mensaje y en caso que hubiera respuesta colocar el nuevo en la misma posición. De vuelta otra vez en Monverde acudió a ver a los pastores para devolverles las canastillas y al enlace para entregarle la nota que tenía que dejar a su vez en el muro del aprisco del tío *Frascuero*. Esa fue la existencia de Violeta durante esos meses, una vida agitada con algunas ocasiones de

peligro que afortunadamente no acabaron mal. Eso sí, no pudo evitar algún que otro susto, pero quedaba superado por la satisfacción de poder ser útil a una causa por la que ella y su marido Rafael tanto habían luchado.

Cuando se estaba aproximando aquel verano Esperanza ya contaba con casi trece años de edad, era una muchacha espabilada y todavía algo fantasiosa posiblemente debido a la cercanía de sus *tatas* y especialmente de su abuela Margarita. Su aspecto físico no difería en exceso de cuando acudió a la masada por primera vez, es decir, delgada y de altura no muy elevada. Las facciones de su cara eran como su figura, alargadas y surcadas por innumerables pecas que le conferían todavía un aspecto infantil, aunque una densa mata de pelo de color castaño le hacía aparentar más edad de la que en realidad tenía. Tanto Concepción con cincuenta y nueve años como Margarita que tenía sesenta y nueve sufrían por esa época los inmisericordes embates de la edad, una crisis que aumentaba por la pena de destierro que aún padecían. Y para colmo no les quedaba más remedio que permanecer en la masada con las dificultades que ello representaba ya que todavía les faltaba algo más de tres años para acabar de cumplir la condena.

Ese era precisamente el motivo por el que Esperanza se encontraba casi de continuo con ellas, ayudándolas en todo lo posible para que pudieran gozar de una vida con un mínimo de dignidad. A sus pocos años ya era una veterana pastora y además excelente conocedora de las hierbas medicinales y de los remedios naturales. Cuando marchaba con el ganado, llevaba en ocasiones un saco de arpillera con unas zoquetas y la corbela. Aprovechaba el prado donde pacían las reses bajo la vigilancia de *Careto* para segar mielgas y durante el otoño también gamones que, convenientemente preparados, servían para alimentar los animales de corral y el ganado de la masada. Pero sobre todo eran las cabras quienes le traían de cabeza al ser más independientes y marchaban en ocasiones por zonas pedregosas. Este ganado era el que más necesitaba de sus cuidados, no ya porque proporcionaban la leche con la que hacían los quesos en la masada, más bien era porque con frecuencia enfermaban y las tenía que curar bien con *árnica* o en el caso de que les picara alguna víbora mediante un punzón de hueso que llevaba en su zurrón. Con él les realizaba una incisión en la mordedura y presionaba para que saliera la sangre envenenada. Esto último era lo que peor llevaba de su trato con el rebaño.

Aunque sus malos ratos también en ocasiones eran fruto del subconsciente. Así le ocurrió cierta noche a primeros del mes de mayo de 1947 cuando las mujeres de la masada salieron cada una por un lado para buscar a un choto que se había extraviado cerca del Vallejo del *Torruco*. Afortunadamente había luz suficiente gracias a una luna poderosa, pero cuando Esperanza se encontraba cerca de donde lo había visto por última vez se detuvo presa de un miedo irracional. El satélite iluminaba una sabina muerta y su esqueleto se definía a la perfección delante de ella. Para la muchacha era una pavorosa visión más aún cuando comenzó a escuchar el ulular de un búho real. Recordando las historias de su abuela tuvo un mal presagio de manera que dio media vuelta y marchó corriendo hacia su casa, se sentó en el poyo de piedra y las esperó angustiada. El encuentro finalmente tuvo lugar cuando apenas habían pasado unos minutos, pero en contra de lo que ella creía aquel mal augurio que acababa de tener no estaba relacionado con el choto al que Concepción llevaba ensogado mientras el pobre animal no dejaba de balar. Esperanza se encogió de hombros sin acabar de comprender su reacción y por supuesto no comentó nada del sentimiento que había tenido.

También existía un punto de fricción en la vida de Esperanza en la masada y estaba relacionado con sus queridas *tatas*, a las cuales la edad les estaba pasando factura no solo física sino también en la forma de ser. La muchacha, que estaba a punto de comenzar los difíciles años de la adolescencia, no llevaba muy bien aquel carácter cambiante y en ocasiones lunático de las mayores, motivo por el cual las discusiones se hacían cada vez más frecuentes como en el desayuno de aquel domingo del mes de junio.

—Quien no guarda cuando tiene no come cuando quiere
—Concepción volvió a recitar uno de sus refranes preferidos.

—Pero tengo hambre —protestó Esperanza— ¿Por qué no me puedo comer otra madalena?

—Ya te lo he dicho *¡Rediós!*

—Deja a la niña haz el favor y que se coma la mía —medió como casi siempre la abuela.

—Yo no soy ninguna niña cuando vas a dejar de tratarme así... ya casi soy una mujer... me están saliendo los pechos...

—Anda *muchicha* no digas tonterías... —terció nuevamente Concepción.

Acto seguido Esperanza se levantó de la mesa torciendo el gesto en medio de una rabieta y dejándola con la palabra en la boca. Los enfados eran cada vez más numerosos pero por encima de todo resultaban pasajeros, era mucho más el amor que sentían entre ellas.

Se dio la circunstancia de que la noche del 5 de junio de 1947 mientras Violeta se encontraba descansando en Teruel y Esperanza continuaba con sus *tatas* en la masada de *Chulilla*, los guerrilleros entraban en Monterde de Albarracín y ponían patas arriba la población. El primer fin de semana posterior al asalto subió Violeta a la masada y, a pesar de las restricciones, festejaron aquella acción con una buena comida y una botella de anís que había comprado en Teruel. Mientras tanto, Esperanza no sabía a qué atenerse ante tanto cambio de humor de las mayores pero desde luego tenía claro que prefería las risas a los enfados, y por supuesto participó en la celebración aunque sin comprender los motivos de aquel jolgorio.

Sin embargo un acontecimiento vino a romper aquella precaria armonía precisamente durante la Sanjuanada de ese año. Tal y como tenían costumbre de realizar desde la primera vez que lo hizo Esperanza acudieron ese año al pozo del castillo de Los *Ares* en Pozondón, pero una vez regresaron a la casa Margarita acudió a dar una vuelta a la paridera y se dio de bruces con un *Careto* agonizante. Nada se podía hacer por él y debido a su estado impidió a su nieta que entrara a la paridera. Cuando llegó la noche no hicieron la hoguera de San Juan ya que aquella situación les había dejado un poso de amargura, sin lugar a dudas el mismo que de haber sido un ser humano. Porque de eso se trataba, y con aquel perro pastor al que salvaron de una muerte segura cuando lo encontraron tiempo atrás habían tenido una relación más bien familiar por la mutua ayuda que se habían prestado a lo largo de los años.

Lo dejaron durante esa noche en la paridera y a la mañana siguiente Margarita salió al monte con la intención de buscar una buena

rama de carrasca con la que poder llevar al perro a un lugar determinado, se negaba a enterrarlo como insistía Concepción. Mientras tanto, Esperanza apenas hacía comentarios ya que notaba entre las mayores cierta crispación por la iniciativa que había tenido su abuela y esperaba nerviosa sus indicaciones para acompañarla. Desayunaron frugalmente y una vez en el recinto sacaron al perro y lo depositaron encima de la chasca cortada, cuyo denso ramaje hacía la vez de cama atándolo de la mejor manera que pudieron. Luego, Margarita cogió el tronco y lo llevó arrastrando por el monte durante un buen trecho y, por supuesto, tuvo que descansar en varias ocasiones por el considerable esfuerzo de la caminata y el peso del animal. Por fin, tras algo más de una hora llegaron a un muladar que le resultó ciertamente asqueroso a Esperanza, al encontrarse como era natural repleto de huesos.

—Vamos, ayúdame y no seas tan escrupulosa que los muertos también forman parte de la vida aunque te parezca un contrasentido —censuró Margarita la actitud meliflua de su nieta.

La muchacha no estaba en esta ocasión para acertijos ni florilegios por el estilo, pero a pesar de la impresión que le causaba el cuerpo inerte del pobre *Careto* no dudó en realizar todo aquello que le mandaba.

—Abuela, ¿por qué has querido dejar aquí al perro y no enterrado como decía la *tata* Concepción?

—Porque cada día estoy más convencida que nuestro paso por la vida tiene que ser completo incluso en el último momento.

—No te entiendo abuela ¿Qué me quieres decir?

—Aunque te moleste oírlo todavía eres muy pequeña y hay cosas que no las entenderías de todas formas voy a intentar que conozcas lo que pienso. Ven sentémonos ahí al lado y veamos un rato por nuestro querido *Careto*, mientras tanto te contaré un secreto que esconde la petición que quiero hacerte.

—Sabes que haré lo que me pidas... además siempre lo he hecho.

—En este caso tengo mis dudas pero...

—Abuela mira que le das vueltas a las cosas antes de hablar... dímelo de una vez.

—Empezaré por lo que nos ha traído aquí. Como sabes Concepción y yo hemos discutido a causa del enterramiento del perro. Finalmente la he hecho entrar en razón aunque no sé por qué me da en la nariz que ha reculado como otras veces para no discutir conmigo. Mira Esperanza yo prefiero que se cumplan los designios de la Madre Naturaleza y en lugar de cavar una fosa y enterrarlo prefiero dejarlo en este muladar, su cuerpo muerto puede servir para que otros animales como los buitres e insectos vivan gracias a una carne que acabaría pudriéndose ¿No te parece maravilloso que a pesar de la desgracia de una muerte ésta sirva al menos para que la naturaleza se renueve y el ciclo de la vida continúe? Este muladar es una representación de lo que te estoy diciendo, aquí traen los vecinos de los pueblos de alrededor sus animales muertos y no los entierran como dice Concepción...

—Pues qué quieres que te diga... a mí no me acaba de gustar.

—Tienes que aceptarlo hija mía... y además quiero pedirte un favor... que espero que cumplas con mis últimas voluntades...

—Pero... ¿Qué dices? ¿De qué voluntades hablas?

—De una que llevo largo tiempo rumiando... y creo que ha llegado el momento de que la sepas...

—Abuela me estás asustando.

—No temas Esperanza que lo que te voy a pedir es tan sencillo y natural como la vida misma... Verás yo quiero que me prometas que cuando me muera no consentirás que me entierren en el cementerio... quiero que también me dejen en este muladar o en pleno bosque y que mi cuerpo sirva para alimentar a otros seres de la naturaleza...

—¿Qué...?

—Lo que has oído que hagáis conmigo lo mismo que hemos hecho con *Careto*.

Esperanza no pudo aguantar más aquel dislate y se levantó del suelo totalmente enfurecida, tiró con rabia una de las cuerdas con las que habían atado al perro y dando media vuelta se marchó de allí con el ceño fruncido y gritando a viva voz.

—Te he escuchado decir durante estos años tantas historias que nunca se cuándo me hablas en serio o si lo haces en broma.

—Las irás descubriendo con el paso del tiempo mi querida niña.

—No descubriré nada porque no pienso hacerte caso... no me pidas eso abuela... dejarte en el bosque a merced de los animales es una barbaridad y no hay más que hablar.

Durante el resto del camino hacia la masada apenas se dirigieron la palabra y cuando lo hacían era para oír un reproche de la joven que seguía sin creer lo que había escuchado. Ella iba unos pasos delante y caminaba deprisa hecha una auténtica fiera de manera que al poco tiempo ya había dejado muy atrás a su abuela, tanto, que ésta no dudó en gritarle para que se detuviera y la esperara. Así lo hizo Esperanza pero cuando estuvieron nuevamente juntas presionó sus labios con fuerza y mirando de reojo a su abuela continuó la marcha siempre por delante. No tardaron mucho en llegar a la masada y allí, sentada en el poyo, estaba Concepción que vio como la muchacha pasaba delante de ella sin saludarla y entraba en la casa totalmente enfurecida. A los pocos segundos Margarita llegó con la respiración entrecortada y se sentó al lado de su amiga.

—No me digas que se lo has dicho —le preguntó Concepción con cierta incredulidad.

—Pero vamos a ver, ¿tú también...? —Refunfuñó Margarita—. Que obsesión tenéis las dos para mandar sobre mí una vez que me haya muerto. O sea, ¿las últimas voluntades de una persona no significan nada para vosotras? Me defraudáis, nunca pensé que actuaríais de esa manera.

Margarita se levantó indignada del poyo y entró a la casa dirigiéndose a su habitación y cerrando la puerta se sentó sobre la cama mientras divisaba a través de la ventana el monte próximo. Aquel día ocurrió algo sin precedentes entre las mujeres de la masada, todas estaban tan disgustadas que ni tan siquiera bajaron a comer y se mantuvieron encerradas en sus respectivas habitaciones. Respecto a Esperanza su monumental enfado fue más duradero en esta ocasión, durante los siguientes días abuela y nieta mantuvieron un cierto distanciamiento, sobre todo por parte de la joven que no dejaba de pensar que su abuela había perdido definitivamente la cabeza.

El martes primero de julio de 1947 Violeta estaba muy atareada porque quería terminar con el encargo de unas cortinas, y pretendía acabarlas antes de su marcha a Teruel el jueves de esa misma semana. En su viaje anterior ya había comprado la tela que le encargaron y en estos momentos se encontraba cosiéndolas. Llegó la noche y realmente estaba muy cansada debido a todo aquel ajeteo, tanto que le costó trabajo incluso hacerse una sencilla sopa de ajo para cenar, y tan solo unos minutos después ya se encontraba en la cama. Pero apenas había conciliado el sueño cuando padeció un sobresalto por ciertos ruidos que provenían de su corral. En un primer momento se inquietó pero tras unos segundos de confusión una idea comenzó a surcar su mente, se vistió con rapidez y encendiendo el candil bajó por las escaleras.

Todavía no había llegado a la planta baja cuando se dio de bruces con Rubén, que conociendo las costumbres de Violeta sabía dónde guardaba la llave del corral y ya se encontraba dentro de la vivienda. El guerrillero le contó los motivos de su presencia. La mujer no se arrugó ni mucho menos ante aquel requerimiento y tras conformar con Rubén cuál sería su aposento en la casa marcharon cada uno a su estancia. Al día siguiente Violeta continuó con sus labores como si tal cosa para que nadie en el pueblo pudiera tener la más mínima sospecha, de manera que por la mañana siguió cosiendo las cortinas. Comieron juntos al mediodía y departieron sobre sus vivencias, especialmente Rubén que relató los sucesos que había padecido el Maquis desde la toma de Monterde. Luego, a la tarde se despidieron. El guerrillero fue a esconderse a una vivienda contigua, tal y como había quedado con Violeta, mientras que ésta acudió a recoger los huevos a las casas que acostumbraba. Y por último, en el momento que comenzaba a anochecer fue al Ayuntamiento para comunicar su viaje del día siguiente.

Cuando todavía era de noche durante las primeras horas de aquel tres de julio de 1947, Violeta iniciaba la rutina de su marcha a Teruel. Acondicionó los aparejos de la mula y colocó convenientemente los banastos con los huevos recogidos. Pero aquel día no se presentaba como el de un jueves cualquiera y un ligero cosquilleo en la

boca de su estómago le indicaba la importancia del encargo realizado, seguramente el más trascendental de todos los que había tenido hasta ese momento. Y no era para menos, del éxito de su misión dependía la supervivencia de un comando guerrillero instalado en Teruel, porque los servicios secretos del Régimen habían descubierto el sabotaje que preparaban para el día del Referéndum de Sucesión en la Jefatura del Estado. La valiente mujer suspiró profundamente y recogiendo el ramal de la mula salió de su cuadra dirigiéndose hacia la calle principal. En el momento que pasó por la puerta de la iglesia se giró al parecerle que se movían ciertas sombras, pero en realidad lo único que pudo apreciar con nitidez fue como se cerraba la puerta del atrio de la iglesia. No le dio la menor importancia al hecho por lo que continuó decidida su camino acompañada por el sonido de las campanas de la torre de la iglesia, en el preciso momento que daban las seis de la madrugada. En un principio, daba la impresión de que aquella madrugada transcurría con total normalidad...



Era todo lo que se podía esperar de aquel cruce de caminos que conformaba la plazuela situada entre el Ayuntamiento y la iglesia. A través de aquel punto neurálgico, los monterdinos se desplazaban cada día a realizar sus asuntos cotidianos. Y también, en otros momentos fue el punto de partida de algún suceso que condicionó la vida futura de sus protagonistas. Así ocurrió con el apresamiento del sindicalista Rafael Pérez a comienzos de la Guerra Civil, o durante esta madrugada del 3 de julio de 1947, en la que habían coincidido varios vecinos durante un corto lapso de tiempo...

Glosario

ABABOL.- Amapola, insulto, soso, que tienes poca gracia.

ABANTICO.- Torpón, aturullado, con poca gracia.

AEDO.- Poeta griego de la antigüedad clásica.

AGUADOR.- Persona dedicada a llevar agua en cántaros a las casas que no tienen.

AJOSÓN.- Imbécil, payaso.

ALACENA.- Armario con puertas y estantes que se usa para guardar alimentos o poner el menaje de cocina.

ALCARREÑO.- Bebida de alta graduación extraída del mosto de la uva originaria de la comarca de la Alcarria, que solía consumirse en la sierra de Albarracín.

ALGARERA.- Persona que está poco en casa. Catacaldos.

ANDURRIALES.- Situación de un paraje en algún punto no concreto.

APRISCO.- Lugar cercado donde se recoge el ganado para resguardarlo de la intemperie.

ARBILLOS.- Los intestinos limpios del cerdo que se emplean para hacer embutidos.

ARPILLERA.- Tela de estopa basta con la que se realizaban sacos o talegas.

ARTESA.- Caja de madera que sirve para amasar el pan.

ASPILLERAS.- Ventana pequeña y estrecha situada en recintos de ganado como las parideras.

BALDE.- Cubo de cinc o de cobre que sirve para el transporte de líquidos.

BALDRAGAS.- Persona débil, sin energía. Palabra despectiva.

BINAR.- Arar por segunda vez una tierra de labor para eliminar las malas hierbas.

CALAMOCANO.- Que va un poco bebido.

CAMBRA.- Desván, parte superior de la casa donde se almacena el grano.

CANTARERAS.- Parte inferior de la alacena donde se colocan las ánforas o cántaros.

CANTERO.- Trozo pequeño de pan.

CANTO.- Soporte semicircular de hierro que se ponía en la lumbre tras las ollas para evitar que se volcaran.

CARNERA.- Pequeño estante donde se guarda la carne o el embutido.

CASCADERA.- Conversación larga.

CAZOLETERO.- Entrometido.

CENUTRIO.- Cabezón. Que no se aviene a razones.

CHAMIZO.- Cobertizo hecho con ramas.

CHANTIER.- Empresas francesas generalmente agrícolas que utilizaban mano de obra española en los albores de la II Guerra Mundial.

CHAPURREAR.- Hablar de muy malas maneras, con dificultades y cometiendo errores.

CHARTIR.- Replicar.

CHASCA.- Ramas finas de carrasca cortadas para hacer el techado de los cobertizos.

CHOZO.- Construcción rústica de piedra y techado de ramas utilizado para el refugio de pastores.

COMPONEDOR.- Pequeño receptáculo rectangular, metálico, de unos 30 cms. de largo, en la que el cajista iba colocando pequeñas cantidades de texto que luego trasladaba a las galeras.

DESCUAJERINGAR.- Estropear.

DESUSTANCIADO.- Soso, con poca gracia.

ENCAÑADURA.- Manojó grande de cereal generalmente centeno que después de un proceso servía para atar los haces de cereal.

ESCOSCADO.- Ir muy arreglado, muy limpio.

- ENGAVILLADORA.*- Máquina de tracción animal que servía para segar y agavillar los cereales.
- ENJUTO.*- Seco, delgado, fino.
- FET Y DE LAS JONS.*- Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.
- FRESNAL.*- Acumulación de ramas en forma piramidal.
- GACHAS.*- Alimento realizado a base de harina y aceite al que se le puede añadir leche o caldo.
- GAMELLON.*- Comedero y bebedero para animales que solía ser de madera de sabina.
- GAMÓN.*- Planta con hojas en forma de junco y flores blancas formando una espiga apretada, que se desarrolla en la primavera.
- GAYUBA.*- Mata silvestre con frutos en forma de bolitas rojas y hojas pequeñas y bulbosas.
- GERIFALTE.*- Alguien que se sabe importante en una actividad determinada.
- GUILLOMO.*- Arbusto con una floración característica de multitud de flores blancas.
- GOBANILLA.*- Se llama así a la muñeca (antebrazo).
- GUARÍN.*- El cerdo más pequeño de una camada.
- GULISMIAR.*- Meterse uno donde no le importa.
- ILOT.*- Parcela compuesta de varios barracones en los campos de concentración franceses.
- ILOTA.*- Antiguo esclavo espartano.
- MACHERO.*- Encargado de pastorear los machos de los rebaños hasta la época de cubrir las hembras.
- MASADOR.*- Habitación donde se amasaba el pan y guardaban ciertos alimentos.
- MASOVEROS.*- Los dueños de una masada que viven en ella o los habitantes de la misma.
- MAYOS.*- Fiesta popular antiquísima para emparejar los jóvenes de los pueblos.

- MEHALA*.- Cuerpo del ejército marroquí que luchó en España compuesto por varios tabores.
- MIELGAS*.- Especie de alfalfa silvestre muy utilizado en la Sierra de Albarracín para alimentar el ganado de granja.
- MIRIÑAQUE*.- Ir muy arreglado.
- MOVIMIENTO (EL)*.- Es el nombre que recibió durante el franquismo el mecanismo totalitario de inspiración fascista que pretendía ser el único cauce de participación en la vida pública española.
- MUCHICHO*.- Vocablo local monterdino que designa a los muchachos pequeños entre los cinco y los diez u once años.
- MUCHISMO*.- Modismo local de muchísimo.
- MULADAR*.- Prado pequeño situado por regla general en algún altozano donde se lleva a las reses muertas.
- PAISA*.- Saludo de los soldados marroquíes en la Guerra Civil española.
- PALURDO*.- Persona ignorante.
- PARIDERA*.- Especie de corral o lugar donde se guarda el ganado.
- PIAZO*.- Bancal, terreno de labor o campo de cultivo generalmente de forma alargada y rectangular cuya extensión equivale aproximadamente a una u dos fanegas de secano, es decir entre las 0'44 y las 0'88 Ha.
- PORRETONES*.- Pobres de solemnidad.
- POYO*.- Banco, asiento de piedra.
- PREGONADA*.- Ligera de cascos. Tierna de morro.
- QUINCALLEROS*.- Trabajadores ambulantes que se dedicaban a arreglar todo tipo de utensilios.
- REDIÓS*.- Exclamación a la hora de censurar algún acto.
- REHALDA*.- Repisa o vasar en torno a la campana de la chimenea.
- RODENO*.- Es una piedra de arenisca de grano medio y tono rojo.
- SOMARRO*.- Cecina obtenida de la carne fresca de oveja o de cabra, sazónada con sal, ajo y vinagre. Antiguamente se utilizaban también los animales muertos recientemente.

SPAHIS.- Unidad de caballería del ejército francés procedente de la colonia de Senegal.

TABOR.- Unidad de tropa marroquí al servicio del ejército español.

TALEGA.- Saco con una medida precisa de capacidad.

TÍO.- Patronímico de ciertas personas en los ambientes rurales de la Sierra.

TORJA.- Medida de peso utilizada para repartir los trozos de carne de la res muerta.

TOZOLONES.- Dolores de barriga.

TRAGALDABAS.- Apasionado por la comida.

TRANES.- Toque especial para anunciar al pueblo que ha fallecido una persona.

TRÉBEDE.- Soporte de hierro con tres patas para colocar recipientes.

TROJES.- Compartimentos en el desván para guardar cereales.

ZANCAJO.- Concepto despectivo de una persona.

ZUÑOS.- Nube amenazadora.

Índice

Todos los sucesos históricos que aparecen en la novela tuvieron lugar tal y como se describen. Los únicos personajes que existieron y salen reflejados en la novela son los abuelos y la familia paterna del autor. El resto de los personajes son ficticios. Cualquier parecido con la realidad de las personas que vivieron durante esos años es pura coincidencia.



Este libro se acabó de imprimir a primeros del mes de diciembre de 2017,
coincidiendo con la fecha en la que los emigrantes invernales de la
Sierra de Albarracín marchaban para trabajar
en los molinos de aceite andaluces
durante la primera mitad del siglo XX.

La Sierra de Albarracín siempre fue considerada como una tierra mágica aunque la realidad del día a día nada tenía que ver. Una comarca dura, difícil, donde muchos de sus habitantes tan solo podían contentarse con sobrevivir. Durante el siglo XX la Guerra Civil y la postguerra añadieron una carga dramática a esta sociedad. Las consecuencias de la contienda y la posterior represión multiplicaron con creces el sufrimiento de la población serrana. En esos trágicos momentos, la magia de las fantasías y arcanas leyendas dejaron de tener cabida... ¿o no? Esta es la historia de varios personajes que bien pudo haber tenido lugar en uno cualquiera de sus pueblos.

